Locke

Pensamientos sobre la educación

Maqueta de portada: Sergio Ramírez
Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Primera edición en Básica de bolsillo, 2012

© Ediciones Akal, S. A., 2012

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-3429-2
Depósito legal: M-3463-2012

Impreso en Fernández Ciudad, S. L.
Pinto (Madrid)

John Locke

Pensamientos sobre la educación

Traducción
La lectura y Rafael Lasaleta

akal

CRONOLOGÍA

1632	Nace en Wrington, Inglaterra, John Locke, el día 29 de agosto. Su padre era abogado y parlamentario, de ideas liberales y educación religiosa puritana.
1646/52	Cursa estudios secundarios en Westminster.
1652/58	Continúa sus estudios en el Christ Church de Oxford. En 1655 se gradúa como bachiller y obtiene en 1658 el título de maestro en artes.
1658/65	En esta primera etapa se interesa por las ciencias naturales y la medicina, llegando a colaborar con el célebre químico Robert Boyle. A partir de 1660 da clases en la Christ Church de Oxford, donde se había graduado.
1665-6	Viaja a Alemania, permaneciendo en Berlín como Secretario de William Swam, embajador de Inglaterra.
1668	Viaja a Francia como secretario del conde de Northumberland. Es elegido miembro de la Royal Society de Londres y traba amistad con lord Ashley, Conde de Shaftesbury, que intervendría y lo introduciría en las luchas políticas de la época, a favor del liberalismo y contra la política absolutista de los católicos Estuardo, dinastía reinante.
1670/71	Locke comienza a trabajar en la que será su gran obra, el *Ensayo sobre el conocimiento humano*.
1672	Shaftesbury es nombrado gran canciller de Inglaterra, situando a Locke como Secretario de Presentación de los Beneficios.
1675/79	Por motivos de salud, y también a causa de los altibajos de su suerte política, viaja a Francia y se instala en Montpellier.

1679 Shaftesbury recibe el nombramiento de Presidente del Consejo, y recupera a Locke como Secretario.

1682 Con la caída en desgracia y destierro de su protector, Locke decide acompañarlo y refugiarse en Holanda. El gobierno inglés pide su extradición y Locke se ve obligado a ocultarse. Entra en contacto con los partidarios de la casa de Orange, liberales.

1687 Se publica en francés, en una colección dirigida por Leclerc, un extracto del *Ensayo*.

1688/9 Locke colabora con la revolución que acaba con el reinado de Jacobo II Estuardo y vuelve a Inglaterra acompañando al nuevo rey Guillermo III de Orange —febrero del 89—. Recibe el nombramiento de Comisario Real de Comercio y Colonias y publica en inglés sus famosas *Cartas sobre la tolerancia*, inicialmente redactadas en latín, en las que niega al Estado el derecho de intervención en los asuntos religiosos.

1690 Publica sus *Dos tratados sobre el gobierno civil*, obra en la que combate a los partidarios del depuesto rey Estuardo, sentando además las bases de su teoría del gobierno; fundamenta la tesis del «contrato» —que luego explicitaría Rousseau— establece con anterioridad a Montesquieu la «división de poderes» y rechaza el «derecho divino» de los reyes y las tesis absolutistas defendidas por Hobbes en el *Leviatán*. Publica también este año su obra capital, el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, base de su teoría filosófica de corte empirista, en el que combate las construcciones metafísicas que le anteceden, negando toda realidad —en la existencia objetiva— a la idea de substancia. Publica también este mismo año dos pequeños ensayos contra Norris y Malebranche.

1691 Publica sus *Consideraciones sobre las consecuencias de la disminución de los impuestos y del aumento del valor de las monedas*, que constituye su única incursión en la teoría económica de la época.

1693 Publica los *Pensamientos sobre la educación*, obra clave en el pensamiento pedagógico que tendría una gran repercusión posterior, entre otros en el *Emile* rousseauniano.

1694 Segundas ediciones, corregidas y ampliadas, del *Ensayo* y de los *Dos tratados*.

1695 Publica su obra *La adecuación del cristianismo a la razón*, que levanta una gran polémica. Locke es acusado de ateísmo —entre otros por el obispo de Worcester— viéndose obligado a responder con la publicación de una *Defensa* de dicha obra. La polémica se propagará durante el siguiente año. Aparece la tercera edición del *Ensayo*.

1697 Locke publica un nuevo texto sobre educación —temática que le obsesionaría en sus últimos años— titulado *la dirección del entendimiento*.

1698 Se producen la segunda y la tercera edición de los *Pensamientos sobre la educación* —cuya edición francesa ya había aprecido en 1695—.

1699 Cuarta edición de los *Pensamientos sobre la educación*.

1700 Cuarta edición del *Ensayo*; —en 1691 se había vertido al latín, dándose así a conocer con amplitud en Europa—; Pierre Coste traduce dicha obra al francés este mismo año, con adiciones y correcciones del filósofo. Locke renuncia a su cargo de Comisario real y se retira al campo, aquejado por la edad y las enfermedades, fijando su residencia en Essex.

1704 Muere el 28 de octubre, en Essex, Inglaterra. Simultáneamente, Leibniz finalizaba sus *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, en los que ataca las concepciones empiristas de Locke. La obra no vería la luz hasta 1765 —tras la muerte de Leibniz—, pues, desaparecido Locke, el filósofo alemán no quiso publicarla.

1706 Publicación de sus *Obras póstumas*, incluyendo una historia biográfica de su antiguo protector Shaftesbury, y varios fragmentos de una cuarta *Carta sobre la tolerancia*.

1708 Se publica un *Epistolario* de Locke; (sucesivamente aparecería y se irían editando nuevas colecciones de cartas, en Londres, 1839, y París —ed. Ollion— 1913).

1714 Aparece una primera edición de sus *Obras completas*.

1751 Se edita en Glasgow un nuevo inédito de Locke, los *Elementos de filosofía natural*.

PRÓLOGO

I

Pocos pensadores en la historia presentan una relación tan perfectamente *orgánica* con las inquietudes e intereses de una clase —la burguesía ascendente, en este caso— como lo hiciera John Locke. Frente a las cosmologías totalizantes propias de las sociedades integradas defiende una concepción perfectamente parcelada, casi mercantil, del conocimiento. Frente al absolutismo monárquico, una teoría contractualista de la sociedad y el Estado. Contra cualquier visión teocrática, predica el reenvío de la religión a la esfera privada. Frente al ideal educativo humanista, basado en una supuesta naturaleza humana y con pretensiones, por ende, universalistas, postula una educación de corte funcional, utilitario y netamente clasista.

La preocupación principal y casi única de su teoría del conocimiento es la de fijar en dónde se hallan los límites del conocimiento humano. Así lo explica en la *Epístola al lector* con que se abre su *Ensayo sobre el entendimiento humano* y, más adelante, en la *Introducción*: «Si con esta investigación de la naturaleza del entendimiento humano puedo descubrir sus capacidades, hasta dónde alcanzan, a qué cosas son en cualquier grado proporcionadas, y dónde nos fallan, supongo que será útil advertir a la ocupada mente humana de que ponga más cuidado al tratar de cosas que exceden a su comprensión, a detenerse cuando llegue al límite de su correa, y a mantenerse tranquila en la ignorancia de las cosas que, tras su examen, resulten estar más allá del alcance de sus capacidades. No iríamos entonces tan lejos, a partir del fingimiento de un conocimiento universal, a plantear cuestiones y dejarnos perplejos a nosotros mismos y a los demás con disputas sobre cosas para las que

nuestro conocimiento no está dotado y sobre las que no podemos formar en nuestras mentes ninguna percepción clara y distinta, o de las que (como quizás sucedía demasiado a menudo) no tenemos ninguna noción en absoluto. Si logramos encontrar hasta dónde puede el entendimiento extender su visión, hasta dónde tiene facultades para alcanzar la certeza, y en qué casos puede solamente juzgar y adivinar, podremos aprender con lo que resulta accesible para nosotros en este estado» [1]. El primer paso del conocimiento es, para Locke, la percepción de nuestras ideas, que no debe ser confundida con la experiencia sensible. El conocimiento tiene por materia a las ideas: «es la percepción del acuerdo o desacuerdo de dos ideas» [2]. Las ideas, naturalmente, tienen su origen en la experiencia, interior —del yo— o exterior —de las cosas—, pero de la realidad solamente conocemos las ideas que nos produce, no la realidad misma. A partir de aquí Locke se lanza a una construcción sobre las ideas simples, complejas y abstractas, sobre sus subdivisiones y el modo en que surgen y se relacionan entre sí, sobre la intuición del yo y la demostración de la existencia de Dios, en torno a la cual resultaría bastante impropio extendernos en este lugar. Baste con resumir sus resultados más notables: el espíritu situado en actitud perfectamente *pasiva* frente la experiencia; la experiencia como *límite* férreo del conocimiento y éste, a la vez, imposibilitado de alcanzar la *realidad* misma; la existencia de Dios *demostrada* y la *prudencia* como moraleja. No sin desdén, escribiría Marx sobre nuestro autor: «John Locke, que defendía a la nueva burguesía bajo todas sus formas, los industriales contra las clases obreras y los indigentes, los usureros comerciantes contra los usureros al antiguo estilo, los aristócratas de las finanzas contra los deudores al Estado, y que, en una obra especial había demostrado que la... inteligencia burguesa es la humana normal...» [3].

En política no fue menos útil. El tercer Lord Shaftesbury, descendiente del patrón de Locke, escribe: «Cuando mi abuelo abandonó la corte y comenzó a estar en peligro, míster [Locke] participó ahora de sus riesgos, como lo había hecho antes de sus honores y ventajas. Le encargó de sus negocios más secretos, y utilizó su valiosa pluma en materias que concernían al Estado y que debían ha-

[1] Locke, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, I, Introducción, 4.
[2] *Ibíd.*, IV, I, 2.
[3] K. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, Comunicación, Madrid, 1976, p. 109.

cerse públicas»[4]. Más tarde, su segundo *Tratado sobre el gobierno civil* vendría a justificar teóricamente la sustitución de los Estuardo por los Orange y a convertirse en el catecismo político de los *whigs* y en base de la línea de pensamiento contractualista. Locke distingue dos estados: el de naturaleza, en el que cada hombre defiende su propia vida, libertad y *propiedad* y castiga por su propia mano a los que atenten contra ellas, en el que el poder y la jurisdicción son recíprocos e impera la ley natural, y la sociedad política, «donde cada uno de los hombres ha cedido su poder natural, poniéndolo en manos de la comunidad»[5]. Tanto en uno como en otro tiene el hombre limitada su libertad: en el primero por la ley natural, y en el segundo por el contrato social y por la jurisdicción del juez común. La libertad se transforma en certeza jurídica: «No es lo que nos dice Sir Robert Fillmer: "Una libertad para cada uno de hacer lo que le plazca, de vivir como quiera, y no de estar atado por ninguna ley»; sino que la libertad de los hombres bajo el gobierno es tener una norma permanente de acuerdo con la cual vivir, común a todos en esa sociedad, y hecha por el poder legislativo erigido en ella. Una libertad para seguir mi propia voluntad en las cosas que la norma no proscribe, de no estar sujeto a la voluntad inconstante, incierta, desconocida y arbitraria de otro hombre..."[6] A diferencia de Hobbes, que ve la sociedad civil —la sociedad burguesa— como una *bellum omnium contra omnes*[7], como también la verán más tarde Hegel y Marx, Locke, al igual que lo hará Rousseau, la concibe como un estado casi armónico, supuestas una legislación adecuada y un juez, es decir, un gobierno justo. Esta obra incluye también momentos destacables como la intuición de que el trabajo es la fuente de todo valor[8], la consabida justificación de la propiedad privada en base al trabajo[9], una rocambolesca explicación del dinero que desemboca en una apología abierta del capital como la institución más natural del mundo[10] y una

[4] H. R. Fox Bourne, *Life of John Locke*, p. 285 citado por Quick en su introducción a los *Thoughts*.

[5] Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*, VII, 87.

[6] *Ibíd.*, IV, 21.

[7] Hobbes, *Leviathan*, parte I, cap. IV. La expresión latina proviene de la edición en latín preparada por el mismo Hobbes.

[8] Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*, V, 40.

[9] *Ibíd.*, V, 35 et passim.

[10] *Ibíd.*, V, 46 y 47.

encendida y casi poética defensa del derecho a la insurrección [11].

En materia de religión, su pretensión de que la existencia de Dios y la moral pueden ser demostradas no desemboca en la intransigencia, sino, al contrario, en una tolerancia limitada. Si lo moral es susceptible de demostración ello significa que tiene que ser demostrado, que debe conformarse a las reglas de la razón y que el error debe ser combatido a la luz de ésta. Iglesia y Estado, religión y poder político, deben vivir tan separadas como el cielo y la tierra. «El único asunto de la Iglesia es la salvación de las almas» [12], «el cuidado de la salvación de cada hombre le corresponde solamente a él» [13]. «El asunto de las leyes no es cuidar de la verdad de las opiniones, sino de la seguridad y protección de la comunidad y de la persona y los bienes de todos los hombres» [14]. «El gobierno no tiene otro fin que la preservación de la propiedad» [15]. Los límites de la tolerancia están en los «ateos» y los «mahometanos». Los primeros porque no pueden mantener las «promesas, convenios y juramentos, que son los lazos de la sociedad humana» [16]. Los segundos poque su religión implica la obediencia al *mufti* de Constantinopla y, por tanto, al emperador otómano [17]. Si dejamos de lado la anecdótica explicación de Locke, la naturaleza de las exclusiones queda clara: quienes niegan la religión en general y quienes la mezclan con la política.

II

La vida de Locke está continuamente vinculada, por activa o por pasiva, a la educación, salvo breves interrupciones. Nacido en 1632, en Somerset, sabemos poca cosa de su educación primera, salvo por los no demasiado numerosos libros de su familia, aunque es de suponer que recibiera algún tipo de instrucción no sólo de sus padres, sino también, según la costumbre, de la informal labor escolar parroquial. Por el testimonio de Lady Masham, en cuya familia

---

[11] *Ibíd.*, III, 20.
[12] Locke *First Letter on Tolerance*, Enciclopaedya Britannica, p. 11.
[13] *Ibíd.*, p. 16.
[14] *Ibíd.*, p. 15.
[15] Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*, VII, 94.
[16] Locke, *First Letter on Tolerance*, *cit.* p. 18.
[17] *Loc. cit.*

pasó Locke los trece últimos años de su vida, sabemos que su padre mantuvo la actitud de «ser severo hacia él manteniéndole en un temor reverencial y a distancia mientras fue un muchacho, pero relajando sin embargo esta severidad gradualmente a medida que se convertía en un hombre, hasta que, estando ya capacitado para ello, vivió perfectamente con él como con un compañero» [18].

En 1647, bien recomendado, accede a la *Westminster School*, una institución para entonces bajo la autoridad del parlamento británico. Probablemente era la más prestigiosa, si no la «mejor», de la serie de grandes escuelas públicas que, próximas a las dos universidades, acogían en su seno a los hijos de las clases altas y proporcionaban lo más florido de la burocracia y el clero. La organización interna era prácticamente carcelaria, el método se basaba en la competitividad, y el *curriculum* en las lenguas clásicas, incluidos el hebreo y el árabe. Su director, o más bien su dictador —durante 57 años—, el Dr. Richard Busby, parece que tuvo a Locke como uno de sus favoritos. De este Busby, bastante aficionado al uso de la vara, escribiría John Aubrey que «estropeó más alumnos que arregló» [19]; y, John Dryden, que «nuestro Master Burby solía azotar a un muchacho hasta convertirlo definitivamente en un cabeza dura» [20]. Pero no podemos precisar las relaciones de Locke con el *vicio inglés*.

En el año 1652 pasó a la *Christ Church*, en Oxford, cuyo decano era John Owen, que sin duda tuvo cierta influencia sobre él, y donde tuvo por tutor a Thomas Cole. Allí orientó sus estudios hacia la medicina, como forma de escapar a la carrera eclesiástica, casi inevitable en el lugar, disfrutó de una beca y fue lector de griego, tutor y *censor* de Filosofía Moral.

En 1665 abandonó Oxford para desempeñar durante un año un cargo diplomático, pero un año más tarde volvía a dedicarse a la medicina, lo que le proporcionó la ventura de curar un tumor infeccioso a Sir Anthony Ashley, más tarde conde de Shaftesbury, que lo llevó consigo en calidad mixta de amigo, médico, sirviente ilustrado y educador de sus hijos. En *Exeter House*, residencia de

---

[18] Citado por James L. Axtell, *The Educational Writings of John Locke*, Cambridge University Press, 1968, p. 19.

[19] Citado en *Ibíd.*, p. 21.

[20] Citado en *ibíd.*, p. 12. Para más referencias sobre Busby véase Ian Gibson, *El vicio inglés*, Planeta, 1980, pp. 86, 113.

Lord Shaftesbury, educó al hijo de éste, Anthony Ashley Cooper II, y a sus nietos. En 1677, afincado en Francia, se ocupó durante dos años de la educación del hijo acaudalado Sir John Banks. Al final de su vida, en la casa de los Masham, dirigió la educación de Francis Cudworth Masham y supervisó por medio de frecuentes visitas la de varios hijos de Edward Clarke.

La estimación de sus facultades intelectuales y el marchamo de haberse ocupado de la educación de dos generaciones de los Shaftesbury le valieron el que su consejo fuese insistente y repetidamente solicitado en la materia. Se sabe que aconsejó particularmente al Dr. David Thomas, a Mrs. Anna Grigs, a James Tyrrel, al Dr. Pieter Guenellon, a Philip van Limborch, Benjamin Furly, Edward Clarke, James Hamilton, Samuel Heathcote, William Molyneux y Richard Coote. Precisamente de esta actividad, de los consejos dirigidos por carta a su amigo Edward Clarke, un *squire* o caballero rural de Somerset, nacerían posteriormente los *Thoughts on Education*.

En varios aspectos, al menos, de la teoría educativa de Locke es posible encontrar las huellas de sus estudios y su modo de ganarse la vida. En primer lugar en su deseo, por lo demás nada radical, de reducir el papel de los castigos y, en todo caso, de limitar su función a la formación de las *costumbres*, negando su papel en la instrucción propiamente dicha, recogido entre nosotros en la máxima: «la letra, con sangre entra». En segundo lugar, su aversión confesada hacia una enseñanza basada en las lenguas clásicas y en las artes del *trivium*, lógica, gramática y retórica. En tercer lugar, su horror por las escuelas públicas, a las que considera poco más o menos lugares de depravación. En cuanto lugar, la especial atención prestada a la educación física. Por último, la reducción de sus preocupaciones a la educación del *gentleman* en sentido amplio, es decir, a la educación de los hijos de las diversas categorías de nobles y burgueses.

III

Este último punto es sin lugar a dudas el que marca toda la obra educativa del filósofo inglés. Se podría decir que preocuparse en exclusiva de la educación de los *gentlemen* es reflejar lisa y llanamente la estructura social de su tiempo, pero en aquél tiempo ya había —y muchos —reformadores que clamaban por una instrucción universal mejor o peor entendida. La tradición renacentista y

humanista se había reducido en la práctica a la educación de unos pocos —aunque no tan pocos como antes— privilegiados, pero, teóricamente al menos, había tenido una vocación universalista. Locke, en cambio, se inscribe dentro de esa línea de educación nobiliario-burguesa que pasa por Baltasar de Castiglione, Thomas Elyot y Michel de Montaigne. Hay que decir, no obstante, que la visión inglesa del caballero es algo distinta de la continental del cortesano. El caballero al que se refiere Locke, como lo había hecho Elyot en su *Governour*, no es el parásito brillante o gracioso de la corte, sino un caballero que protege la vida y la libertad inglesas y se ocupa de y conduce los asuntos de la nación.

Locke concede la máxima importancia a los efectos de la educación: «Creo poder asegurar», escribe, «que de cien personas hay noventa que son lo que son, buenas o malas, útiles o inútiles a la sociedad, debido a la educación que han recibido. Es de ahí de donde viene la gran diferencia entre los hombres» [21]. Lo dicho en los *Pensamientos sobre la educación* se repite en *Sobre el empleo del entendimiento*: «Supongo que todos esos de los que acabo de hablar, y que son tan desiguales en instrucción y en conocimientos, tienen poco más o menos los mismos talentos naturales, y que toda la diferencia que hay entre ellos no viene más que de las diferencias en la educación y en los medios que han tenido para llenarse la cabeza de ideas y observaciones, para ejercitar su espíritu y formar su entendimiento» [22].

Si la educación es la que crea las diferencias, parece que de ahí debería seguirse la utilidad y necesidad de aquella para terminar con éstas. Pero las desigualdades sociales no son nada que quite el sueño al protegido de Lord Shaftesbury. Locke está perfectamente convencido de que todo el mundo está bien donde está, de que no se trata de emplear la educación para acabar con las diferencias, sino de adaptarla a ellas. «Al tratar de la educación», dice, «no tengo el propósito de hablar más que de lo que se refiere a un caballero» [23]. Pero entendámonos: no es que *él* se dedique modes-

---

[21] Locke, *Some Thoughst concerning Education*, parágrafo I, p. 214; citamos según la versión Axtell, *op. cit.*

[22] Locke, *Of the Conduct of the Undertanding*, parágrafo 3, p. 212; citamos según la versión de *The Works of John Locke*, Scientia Verlag Aleen, Alemania, 1963, vol. 3 (reproducción fotográfica de la edición inglesa de 1823, de Thomas Tegg y otros).

[23] *Some Thoughts...*, *cit.*, 201, 314.

tamente tan sólo a lo que le ha tocado en suerte; es que no ve razón alguna por la que haya que ofrecer una educación a quien no sea hijo de un caballero: «Nadie está obligado a saberlo todo. El estudio de las ciencias en general es asunto de aquellos que viven con acomodo y que disponen de tiempo libre. Los que disponen de empleos particulares deben entender sus funciones; y no es insensato exigir que piensen y razonen solamente sobre lo que forma su ocupación cotidiana» [24].

Como era de esperar, no han dejado de hacerse toda suerte de cabriolas para indicar una dimensión universalista en la teoría educativa de Locke. Este se habría ocupado en exclusiva de la educación del caballero debido tan solo a su peculiar profesión, o habría alimentado la idea de que la educación de la nobleza y la burguesía traería tras de sí la educación de todos. No falta tampoco quien pretende que sus ideas son directamente aplicables a todos, o que deben serlo porque, siéndolo su teoría del entendimeinto humano, de la que los *Thoughts* no serían sino un apéndice práctico, no podría dejar de así. O que en su obra pueden distinguirse unos principios generales extensibles a toda empresa educativa y unas normas particulares referidas a la formación de los hijos de los *gentlemen*.

Estas pretensiones, sin embargo, se llevan mal con los propósitos formulados por Locke, y mucho peor con algunos aspectos que considera básicos de la educación, como el que ésta se lleve a cabo en la propia casa, el que sea encomendada a un tutor de confianza o el destacado lugar que ocupan en ella la esgrima, la equitación, el baile y las buenas maneras, por ponet un ejemplo. Incluso cuando recomienda «ocupar a los niños en algún trabajo corporal» [25], o cuando dice que «un caballero debería aprender un oficio, (...) un oficio mecánico que precise del trabajo manual» [26], lo que manifiestamente busca es sólo desarrollar la habilidad manual del caballerito o caballero en cuestión; en modo alguno piensa en los hijos de obreros, artesanos o campesinos ni en ninguna forma de educación por el trabajo.

El utilitarismo de la concepción educativa de Locke, en fin, refuerza su carácter clasista: la sed de conocimientos debe quedar li-

[24] *Of the Conduct...*, *cit.*, 7, 225.
[25] *Some Thoughts...*, *cit.*, 127, 235.
[26] *Ibid.*, 201, 314.

mitada a aquellos que hagan de la enseñanza o la liberatura su forma de vida; los demás deben aprender lo que convenga a su papel en este mundo, y es bien evidente que en este mundo existen papeles para los que se precisa o exige saber muy poco.

IV

Lo dicho hasta ahora no debe llevarnos a desdeñar lo mucho que de positivo hay en algunos de los planteamientos de Locke en relación a su época. Ya hemos hablado antes de su relativa aversión a los castigos. Siguiendo una tendencia ya predominante en su época, Locke considera que el aspecto más importante de la educación no son la instrucción y el saber acumulado, sino la formación de costumbres éticas. El propósito de la educación es dominar la naturaleza. El niño no es malo, ni antisocial por sí mismo, pero tiende a comportarse de acuerdo con la *ley natural*, la misma de cuya inseguridad los hombres lograron escapar mediante el contrato social. La educación se propone hacerles renunciar a ese estado desde pequeños, y su método consiste en la disciplina y la severidad. El castigo solamente debe ser empleado en este terreno, el de la formación de las costumbres, y únicamente cuando no se haya logrado convencer al pupilo razonando. En cuanto a la instrucción, se debe propiciar la inclinación del niño hacia el estudio sin recurrir a la vara. No cabe duda de que todo esto es un avance respecto de los métodos de la *Westminster School*.

Locke sugiere también prestar la máxima atención a la naturaleza particular del niño: «Quienquiera que se ocupe de la educación de los niños deberá estudiar su naturaleza y su capacidad, ver (...) cuál es su inclinación dominante, (...) considerar lo que les falta, (...) sacar el mejor partido posible de lo que la naturaleza ha puesto en los niños, prevenir los vicios y los defectos a los que tal cual temperamento más se inclina y procurar todas las ventajas que sea capaz de recibir. Se deberá, digo, llevar el genio natural de cada niño tan lejos como pueda llegar. Pero intentar unir a lo que ya tiene algo enteramente diferente es desperdiciar su esfuerzo» [27]. Pero los continuos llamamientos a la autoridad, a negar la libertad del niño, o la afirmación de que su mente es «como papel en blan-

[27] *Ibid.*, 66, 159-60.

co, o cera, sobre la que se puede imprimir lo que se quiera» [28], desmienten una interpretación amplia de la recomendación de adaptarse a su naturaleza peculiar. Tal naturaleza parece ser considerada, más que algo a respetar y desarrollar, como una serie de desgracias especificidades de las que hay que partir para llegar a una meta fijada de antemano. Sin embargo, también aquí hay que reconocer un paso dentro de un contexto general en el que, por ejemplo, se enseña invariablemente latín a niños de cualquiera condición en la medida en que pasen más o menos efímeramente por una escuela.

Precisamente el tema de las lenguas es también crucial en la obra pedagógica del filósofo. Considera que debe aprenderse primera y fundamentalmente la lengua materna, después otra lengua viva, extranjera, y una vez hecho esto, y solamente entonces, latín, pero solamente los hijos de buena familia; los que no lo sean, y en la medida en que acudan a la escuela, mejor harán en aprovechar ese tiempo para aprender a «escribir bien y hacer bien una cuenta, dos cosas muy útiles en toda clase de estado y absolutamente necesarias a la mayoría de las profesiones» [29]. En cualquiera de las lenguas, Locke recomienda el aprendizaje práctico, mediante la conversación; la gramática queda para quienes hayan de hacer de la lengua su instrumento de trabajo, y aun en este caso no debe preceder sino suceder al aprendizaje práctico. En este punto, Locke conecta con la mayor parte de los reformadores de la educación y la pedagogía de su tiempo.

Los ideales renacentistas, centrados en la recuperación de la cultura clásica y de esa idea de formación humana integral que los griegos denominaron *paideia* y los romanos *virtus* o *humanitas*, se habían visto reducidos para la época de Locke al aprendizaje formal del latín y el griego y de las reglas más abstractas de las artes del *trivium*. Frente a esto, Locke reivindica, por así decirlo, la enseñanza del *quadrivium*. En cuanto a la lógica, la retórica y la gramática, «sería de la opinión de que un joven caballero viese estas reglas por los sistemas más cortos que se pueda encontrar, sin dedicarse mucho tiempo a examinar y estudiar esta clase de formalidades» [30]. Lo que debe aprender un joven caballero son las

---

[28] *Ibíd.*, 216, 325.
[29] *Ibíd.*, 164, 268.
[30] *Obíd.*, 188, 296.

ciencias naturales, aunque supeditadas al aprendizaje moral y precedidas de la física de los espíritus, la metafísica, es decir, la religión.

De la temática renacentista, Locke conserva la idea de formar espíritus ordenados y críticos, capaces de autonomía de juicio: que el hombre sepa poner la necesaria distancia entre sí mismo y las opiniones que le transmiten los demás, que las examine y acepte o no críticamente.

V

Del hecho de que los consejos educativos de Locke se dirijan a caballeros que tienen el sustento ya asegurado, o de su insistencia constante sobre la importancia que tiene y el placer que proporciona el conocimiento, no debe deducirse en absoluto que el plan educativo que se propone y propone sea en modo alguno ambicioso. Si para los niños todo es insistir en una educación espartana y rigorista, en el logro del traído y llevado autodominio, para los adultos el *ritornello* de Locke es la economía de esfuerzos. El estudiante debe administrar sus fuerzas con la misma pacatería con que el burgués administra su dinero.

No hay nada más desolador que esa teoría de la vida que Locke, siguiendo una costumbre muy personal, expuso ante sí mismo por escrito en un fragmento que nos permitiremos citar *in extenso*:

«Así pienso yo:»

«La tarea más propia del hombre es la de buscar la felicidad y evitar la miseria».

«La felicidad consiste en lo que contenta y deleita el espíritu, y la miseria en lo que le perturba, descompone o atormenta».

«Consideraré, por consiguiente, como una misión, el buscar la satisfacción y el deleite y evitar la inquietud y la incomodidad; tener tanto de lo primero y tan poco de lo segundo como sea posible».

«Pero aquí debo tener cuidado de no equivocarme, porque si prefiero un placer breve a uno duradero, es claro que me opongo a mi propia felicidad».

«Busquemos entonces en qué consiste el placer más duradero de esta vida; a lo que alcanzo a ver en estas cosas»:

«1.° Salud, sin la cual no puede tener lugar ningún placer sensible».

«2.° Reputación, porque veo que a todos agrada, y su falta es un tormento constante».

«3.° Conocimiento, porque el poco que tengo, creo que no lo vendería a ningún precio ni lo cambiaría por ningún otro placer».

«4.° Hacer el bien, porque veo que un manjar bien condimentado que coma hoy no me deleitará ya, y, además, una buena comida puede sentarme mal. El perfume que aspiré ayer no me produce ningún placer hoy. Pero, en cambio, el bien que hice ayer, o hace un año, o siete años, continúa deleitándome siempre que pienso en él».

«5.° La esperanza de una felicidad eterna e incomprensible en otro mundo, es cosa que también lleva consigo un placer constante».

«Si entonces he de perseguir aquella felicidad que me propongo, todo placer que se me ofrezca debo observar cuidadosamente si no se opone a ninguno de los cinco grandes y constantes placeres ya mencionados».

«Gozaré de todas las diversiones y recreos incoentes hasta donde puedan contribuir a mi salud, mejora de condición y a cualquier otro placer más sólido de conocimiento o reputación; pero no más allá; y esto lo pesaré y examinaré cuidadosamente, para que el halago de un placer presente no vaya a engañarme y hacerme perder otro mayor» [31].

Esta misma filosofía contable preside el método y los fines del estudio recomendados por Locke. Pero la impronta burguesa no se reduce a la forma, sino que llega al fondo del contenido de la educación que preconiza. Es obvio que el contrato social que mantiene a la sociedad política no se reproduce todos los días. El niño participa de la libertad civil por el fuero de su padre, pero, llegado a la mayoría de edad, debe suscribir por sí mismo el contrato, aunque sea de manera tácita, por la simple aceptación en herencia de los bienes paternos que la sociedad ha protegido y protege o por el ejercicio de sus derechos de propietario y de ciudadano. Este es «el paso más peligroso que ha de dar en el curso de su vida» [32]. Consecuentemente, se le prepara para él a conciencia. Y esto no sólo por medio de la formación, que bajo el epígrafe de la generalidad reproduce los tópicos más queridos de la moral burguesa («autodominio», economía del esfuerzo, cada cual en su lugar, etc.), sino también, sin ambages, por medio de la instrucción: «No podrá comprender lo que es la injusticia más que cuando comprendan lo que

[31] Lord King, *Vida de Locke*, 1.829, pp. 304-5. Citado por Quick.
[32] *Some Thoughts..., cit.*, 94, 193.

es el derecho de *propiedad*, y cómo llegan a adquirirlo los particulares» [33]; después, «se les pueden proponer otras reglas y otros casos de justicia concernientes a lo *mío* y lo *tuyo* [34], etc. El mismo sentido tiene la recomendación de que «un caballero debe aprender a llevar libros de contabilidad» [35].

En lo que se refiere a la educación de los hijos del pueblo llano Locke era, como ya hemos visto mucho menos ambicioso. Las inquietudes sociales del filósofo *whig* quedan bien reflejadas en este extracto de lo que algunos llaman su proyecto de escolarización popular: «Si se encuentra a un niño o a una niña, menores de catorce años de edad, mendigando fuera de la parroquia en que habitan, si lo hacen dentro de una distancia de cinco millas de dicha parroquia, serán enviados a la Escuela de Trabajo más próxima, y allí serán azotados y aplicados al trabajo hasta la tarde, para ser despedidos con tiempo suficiente para llegar a su lugar antes de la noche. O, si viven más allá de cinco millas del lugar en que se les sorprende mendigando, serán enviados a la casa de corrección más próxima, y allí permanecerán aplicados al trabajo seis semanas y aun las sesiones próximas después de terminarse las seis semanas» [36]. Esto es lo que Quick llama «una especie de noción rudimentaria de la "obligatoriedad"». El proyecto no se llevó a la práctica, pero los niños ingleses conocieron cosas peores.

Los *Thoughts on Education* tienen una larga historia, con etapas diferenciadas. Su base fueron unas cartas escritas por Locke a su amigo Edward Clarke aconsejándole sobre la educación de su primogénito, en los años 1684-1686. Huelga decir que esas cartas tenían muy poco que ver con lo que hoy entendemos por tales: se trata de largos escritos dictados a un amanuense, corregidos posteriormente por el autor, de los que éste hacía preparar otras copias y que circulaban entre un reducido grupo de amigos; en fin, que es-

[33] *Ibíd.*, 110, 214.
[34] *Ibíd.*, 100, 215.
[35] *Ibíd.*, 210, 319.
[36] Citado por Quick.

taban más cerca del borrador de un libro que de las misivas hoy al uso.

Locke recibió numerosas y reiteradas propuestas y peticiones de publicarlas por parte de quienes las habían leído o tenían conocimiento de su existencia, accediendo por fin a ello, previa su reelaboración, probablemente hacia 1689 o 1690. En 1693 salió a la calle la primera versión, publicada por Mr. Awnsham Churchill, anónima y compuesta por 202 secciones y 262 páginas. Nada cambió en la segunda, pero para 1695 salía una tercera, ya con firma, y aumentada a 216 secciones y 374 páginas. La cuarta vería la luz en 1699, y todavía en 1704, al morir Locke, no lo hizo sin preparar, con leves ampliaciones, la quinta.

La primera edición en el continente fue la de la traducción al francés de Pierre Coste, en 1695, publicada por Antoine Schelte, en Amsterdam. En esta o en la segunda traducción de Coste se basaron muchas otras a distintas lenguas europeas, entre ellas la primera que conocemos al catellano, cuya primera página rezaba: «EDUCACIÓN DE LOS NIÑOS, Obra escrita en Inglés POR Mr. *LOKE sic:*, TRADUCIDA AL FRANCÉS POR Mr. COSTE, Miembro de la Sociedad Real de Londres, Y DE ESTE AL CASTELLANO POR D.F.C.A.P., Madrid, En la Imprenta de Manuel Alvarez, AÑO DE M.DCC.CXVIII.» Esta versión conoció varias ediciones.

La siguiente versión de la que tenemos noticia en nuestro país es la de Ediciones de la Lectura, cuya traducción reproducimos aquí, salvo el parágrafo 216, que había sido omitido. Esta traducción estaba basada sobre las dos ediciones ya clásicas de Locke en inglés: las de los reverendos H. Quick y Canon Daniel, ambas de 1880, y comparada con las versiones al francés de Coste y Compayré y la versión al castellano antes citada de D.F.C.A.P. Las notas que acompañan al texto de *Algunos pensamientos concernientes a la educación* son de Quick y Daniel, y algunas del traductor.

Sobre el empleo del entendimiento fue inicialmente concebido como un capítulo del *Ensayo*, del que constituye una especie de apéndice práctico sobre la autoeducación del *gentleman* adulto, siendo escrito en 1690. El *Borrador de carta a la condesa de Peterborough*, esposa de Charles Mordaunt, es la respuesta a la petición por su parte de consejo sobre la educación de John Mordaunt, su hijo de 17 años —aproximadamente—, y fue escrito en 1697. *Algunas ideas acerca de la lectura y el estudio para un caballero*, publicado por primera vez en 1720 por Pierre Molyneux —con algu-

nas alteraciones del texto—, fue dictado por Locke para Roger Clavel, un caballero de 36 años, en el año 1703. *Sobre el estudio*, en fin, fue recogido del diario de Locke del año 1677. Estos tres últimos textos han sido traducidos para esta edición a partir de la versión de James L. Axtell, *The Educational Writings of John Locke* [37]. La *Conduct* ha sido traducida a partir del texto que se encuentra en *The Works of John Locke*, volumen III, reproducción de la edición de Londres, Glasgow y Dublin de 1823 [38].

Mariano Fernández Enguita

[37] *Op. cit.*, ver nota 18.
[38] *Ed. cit.*, ver nota 22.

DEDICATORIA DEL AUTOR

A Eduard Clarke de Chipley, Esq.*

Señor:

Estos *Pensamientos concernientes a la educación* que lanzamos ahora al mundo, pertenecen a usted por derecho propio, puesto que han sido escritos desde hace algunos años y dirigidos a usted, y no son otra cosa que lo que usted ha recibido ya en mis cartas. He variado tan poco ninguna cosa, salvo únicamente el orden, de lo que envié a usted en diferentes tiempos y en distintas ocasiones, que el lector notará fácilente, por la familiaridad y tono del estilo, que se trata más bien de la conversión privada de dos amigos que de un discurso concebido con destino al público.

Las importunidades de los amigos son el estímulo común de las publicaciones, porque los hombres, de por sí, son tímidos para darlas a luz. Pero usted comprende, y yo debo decir sinceramente, que algunos que han oído hablar de estos escritos y no tenían prisa por verlos, pueden, después de ser impresos, dejarlos dormir todavía para ellos en el orden privado para el que fueron escritos. Pero otros, cuyo juicio me merece gran deferencia, me asegurar estar persuadidos de que esta tosca producción mía pudiera ser de alguna utilidad, si se ofreciera al público, y me han estimulado con lo que que siempre ejercerá en mí gran influjo. Porque yo creo que es deber indispensable de todo hombre prestar a su país todo el servicio que le sea posible; y no veo qué diferencia pueda establecer el que vive sin este pensamiento, entre él mismo y sus ganados. Este asunto es de tan gran importancia, y un sistema de educación ofrece tantas ventajas, que si yo encontrara que mis capacidades responden a mis deseos, no hubiera necesitado exhortaciones ni inoportunidades de los demás. A pesar de la mediocridad de estos escritos y de mi justificada desconfianza respecto de ellos, no me excusaré,

por vergüenza de hacer tan poco, de contribuir con mi pequeña parte, ya que no se pide de mí más que los lance al receptáculo público. Y si alguien piensa que otros del mismo tipo y noticias son también dignos de imprimirse, podré congratularme de que no será trabajo perdido para nadie.

He sido consultado estos últimos tiempos por tantos que se confiesan confusos en cuanto al modo de educar a sus hijos, y la temprana corrupción de la juventud es ahora tan generalmente lamentada, que no puede pensarse que sea enteramente impertinente el traer a consideración esta metaria y ofrecer algo que sirva de estímulo a los demás, o, por lo menos, ofrece materia de corrección; porque los errores en materia de educación deben ser más imperdonables que ningún otro. Estos errores, como las faltas en la primera elaboración, que no son nunca corregidas en la segunda ni en la tercera, conducen a ulteriores e incorregibles infecciones, que persisten en todas las partes y estaciones de la vida.

Estoy tan lejos de vanagloriarme de ninguna de las cosas que ofrezco aquí, que no me entristeciera, ni por cuenta de usted, si alguien, apto y preparado para tal tarea, pudiese, en un adecuado tratado de educación, adaptado a nuestro genio inglés, rectificar las faltas que haya podido yo cometer en éste; es mucho más deseable para mí que el joven caballero pueda ser puesto en el mejor camino (por lo cual todo el mundo debe esforzarse) para ser formado e instruído, que el que sea admitida mi opinión respecto de ello. Pero, entretanto, usted es testigo de que el método que aquí propongo no ha producido malos efectos aplicado al hijo de un caballero. No diré que no haya contribuído a ello el buen temperamento del niño; pero yo creo que usted y los padres estarán satisfechos de que un sistema contrario, conforme a la disciplina ordinaria de los niños, no hubiese podido perfeccionar aquél temperamento, ni le hubiese llevado a amar sus libros, hasta adquirir placer aprendiendo, y a desear, como hoy le ocurre, que se le enseñe algo más que lo que piensa que está apto para aprender.

Pero mi misión no es recomendar este Tratado a usted, cuya opinión acerca de él me es ya conocida; ni recomendarlo al mundo, apoyándolo en la opinión o patronato de usted. El educar bien a los niños ,es de tal modo el deber y la misión de los padres, y el bienestar y la prosperidad de las naciones depende tanto de ello, que yo quisiera llevar la convicción al corazón de todos; y que después de haber examinado lo que la fantasía, la costumbre o la razón enseñan sobre el caso, contribuyeran con su auxilio a extender

esa convicción de que el modo de educar a la juventud, en relación con su diversa condición, es también el modo más fácil, breve y adecuado para producir hombres virtuosos, hábiles y útiles en sus distintas vocaciones; y que aquella vocación o profesión de que más debe cuidarse, es de la del caballero. Porque si los de ese rango son colocados por la educación en el recto camino, ellos pondrán rápidamente en orden a los demás.

No sé si con este discurso he conseguido hacer algo más que mostrar mis buenos deseos; tal como es ya lo tiene el mundo en su poder, y si contiene alguna cosa digna de su aceptación, a usted debe agradecérselo. Mi afecto por usted le sirvió de motivo, y me complacería poder legar a la posteridad esta señal de la amistad que ha habido entre nosotros. Porque no conozco ningún placer mayor en esta vida, ni un recuerdo mejor que dejar tras de sí, que una amistad largamente continuada con un hombre honrado, útil, digno y amante de su país. Soy, señor, vuestro más humilde y más fiel servidor.

John Locke.

7 de marzo 1692 [i.e. 169 2-3].

PENSAMIENTOS

ACERCA DE LA EDUCACIÓN

ALGUNOS PENSAMIENTOS CONCERNIENTES A LA EDUCACIÓN

§ I. Un espíritu sano en un cuerpo sano [1] es una descripción breve, pero completa de un estado feliz en este mundo. Al que dispone de ambas cosas le queda muy poco que desear, y al que le falten una u otra no será feliz por ventajas que disfrute por otra parte. La felicidad y la desgracia del hombre son, en gran parte, su propia obra. El que no dirige su espíritu sabiamente, no tomará nunca el camino derecho, y aquél cuyo cuerpo sea enfermizo y débil, nunca podrá avanzar por ello. Reconozco que algunos hombres tienen una constitución corporal y espiritual tan vigorosa y tan bien modelada por la naturaleza, que apenas necesitan del auxilio de los demás; desde su cuna son arrastrados por la fuerza de su genio natural a todo lo que es excelente, y por privilegio de su feliz constitución son aptos para las empresas admirables. Pero los ejemplos de este género son muy escasos, y pienso que puede afirmarse que de todos los hombres con que tropezamos, nueve partes de diez son lo que son, buenos o malos, útiles o inútiles, por la educación que han recibido [2]. Esta es la causa de la gran diferencia entre los

---

[1] *Mens sana in corpore sano.* JUVENAL, *Sát. X.* v. 336. (Nota de la trad. Coste)

[2] LOCKE dice también, en el § 32, «que las diferencias que puedan encontrarse en las maneras y capacidades del hombre se deben más a la educación que a ninguna otra cosa». HALLAN considera exagerada esta afirmación. Debemos recordar, sin embargo, que LOCKE usa aquí la palabra educación en un sentido amplio que abarca todos los influjos del medio. LOCKE ponía en otro lugar de relieve lo que diferenciaremos a un niño, según lo coloquemos al lado de un labrador o al lado de un cortesano, diferencia

hombres. Las menores y más insensibles impresiones que recibimos en nuestra más tierna infancia tienen consecuencias muy importantes y duraderas. Ocurre aquí como en las fuentes de algunos ríos, donde una hábil aplicación de la mano encauza las flexibles aguas por canales que las hacen tomar un curso enteramente contrario. Y por esta dirección que se les da en la fuente reciben diferentes tendencias y llegan al fin a lugares muy remotos y distantes[3].

§ 2. Imagino que el espíritu de los niños toma éste o aquél camino tan fácilmente como el agua; pero aunque ésta sea la parte principal, y nuestro primer cuidado deba dirigirse en este sentido, sin embargo no debemos olvidar nuestra «cabaña de arcilla». Co-

---

de maneras y habilidades que se producirán aun en el mismo individuo, aunque nosotros atribuimos ahora gran parte de este influjo a la herencia, en la cual no se pensaba en los días de LOCKE. Éste se expresa descuidadamente; pero no ignora, como supone HAILAN, las diferencias debidas a la disposición natural.

Quizás sea mejor comprendido el sentido de LOCKE comparando esto con lo que dijo en la «Conducción del entendimiento»: «Nosotros hemos nacido con facultades y potencias capaces casi de todo, o que pueden ser conducidas, al menos, más lejos de lo que puede imaginarse; pero el ejercicio de estos poderes es lo único que nos da habilidad y destreza en algo y lo que nos conduce a la perfección».

Después de hablar de las adaptaciones que sufre el cuerpo a las ocupaciones en que se emplea, agrega: «Lo mismo que en el cuerpo, ocurre en el espíritu: *la práctica le hace lo que es;* y la mayor parte aun de aquellas excelencias que son miradas como dotes naturales, encontraremos, cuando las analicemos detenidamente que son producto del ejercicio y han sido elevadas a esa altura solamente por acciones repetidas». Inversamente, concluye, que «los efectos y debilidades en la inteligencia del hombre, lo mismo que en otras facultades, proceden de la falta de un uso recto de su propio espíritu». *C. of U.* § VI, *ad. f.* La educación, según LOCKE, consiste en ejercitar las capacidades. De aquí que atribuya la diferencia de los hombres más a esta causa que a ninguna otra.

Debe notarse que «nueve partes de diez» significa nueve hombres de cada diez, y no, como he dicho por equivocación en los «Ensayos sobre los reformadores de la educación», nueve partes de diez en cada hombre. (N. del R. H. Q.)

[3] «Todo nuevo educador realiza menos que su predecesor, hasta que al fin, considerando toda nuestra vida como una institución educativa, un hombre que da la vuelta al mundo es menos influido por todas las naciones que ha visto que por su nodriza.» JUAN PABLO RICHTER, Prefacio al *Sevana.* (Nota del R. C. D.)

menzaré, pues, con esto y consideraré, en primer lugar, la salud del cuerpo, como podéis esperar del estudio a que se piensa que me he dedicado más especialmente [4] y que [5], si no me engaño, despacharé muy rápidamente.

[4] La práctica médica de LOCKE parece haberse circunscrito a la casa de Lord Shaftesburg. Por eso encontramos en sus observaciones una mezcla de buen sentido y de conocimiento científico, con algunas excentricidades y errores que una experiencia más amplia hubiera seguramente corregido. Lo que nos sorprende en sus puntos de vista no es solamente su aire razonable, sino lo que pudiéramos llamar su modernidad. En este sentido, nos recuerda a su amigo Sidenham, el gran reformador de la medicina práctica, cuyo principal mérito fue alejar a los hombres de los sistemas complejos y artificiales apoyados en presunciones de conocimientos dogmáticos precisos para llevarlos a métodos más simples, en los cuales se sigue más bien que se violenta a la naturaleza. (N. de I. F. P.)

[5] Aunque LOCKE jamás practicó la medicina (?), hizo un estudio particular en ella, y con tanto fruto, que el famoso doctor Sidenham se lisonjea de la aprobación que dio a su método de matar las enfermedades, cuya obra dice él mismo había examinado con la mayor precisión, *qui eam methodum intimius per omnia perspexerar. Vide epist. dedicatoriam operum th.* SIDENHAM, pág. 7; LIPIA, 1865 (N. de la T. C.).

SECCIÓN I, § § 3-30

Sobre la salud

§ 3. Que la salud es necesaria al hombre para el manejo de sus negocios y para su felicidad propia; que una constitución vigorosa y endurecida por el trabajo y la fatiga es útil para una persona que quiere hacer un papel en el mundo, es cosa demasiado obvia para que necesite ninguna prueba.

§ 4. Las consideraciones que voy a hacer aquí acerca de la salud no será lo que un médico deba hacer con un niño enfermo o delicado, (sino lo que deberán hacer los padres, sin el auxilio del médico, para conservar y perfeccionar en sus hijos una constitución saludable, o, al menos, no enfermiza. Y todo esto quizá pueda ser formulado en una sola regla, a saber: que los caballeros deben tratar a sus hijos como los honrados agricultores o los colonos a los suyos. Pero como esta máxima podrá parecer a las madres un poco dura y a los padres poco expresiva, procuraré expresar mi pensamiento de una manera más exacta, luego que haya sentado esta regla general y cierta observación para las mujeres, a saber: que se vicia, o al menos se perjudica, la constitución de la mayor parte de los niños con la indulgencia y la ternura [1].

[1] LOCKE se declara aquí partidario del sistema del endurecimiento como opuesto al de la protección. Cada sistema ha tenido sus defensores en todo tiempo. Los hombres civilizados, notando que la mayor parte de los salvajes están libres de las perturbaciones de lo que se ha llamado equivocadamente la sociedad artificial, han pensado con frecuencia que esta inmunidad puede asegurarse imitando las toscas costumbres de la vida salva-

§ 5. Lo primero de que ha de cuidarse es de que los niños no estén vestidos ni cubiertos con ropas que abriguen demasiado, ni en invierno ni en verano. La cara, cuando nacemos, no es menos delicada que cualquier otra parte de nuestro cuerpo. Sólo está costumbre la endurece y la capacita para sufrir el frío [2]. Por tanto, el filósofo scita [3] dio una respuesta muy significativa al ateniense, que se admiraba de verle desnudo entre la escarcha y la nieve. «¿Cómo —dijo el scita— podéis sufrir vuestra cara expuesta al aire cortante del invierno?» «Mi cara está acostumbrada a ello —dijo el ateniense—. Imaginaos que todo yo soy cara» —replicó el scita. Nuestros cuerpos sufrirán todo lo que desde el comienzo estén acostumbrados a sufrir.

---

je. Pero ya se sabe que la duración de la vida entre salvajes es, por término medio, menor que entre las naciones civilizadas. Se sabe también que su inmunidad respecto de las pequeñas perturbaciones y su mayor resistencia para la fatiga van acompañadas de un menor poder de resistencia para las serias enfermedades epidémicas que posee el hombre civilizado. En una palabra, cada tipo de hombre, el civilizado y el salvaje, respectivamente, es vigoroso contra aquellos males para los que está endurecido, y débil para aquéllos que son nuevos para él. Pero si comprobamos su poder comparando la resistencia de cada uno ante las circunstancias imprevistas, la civilización aparece con ventaja. Es claro, por tanto, que no puede tomarse como modelo, para los que viven en nuestras circunstancias, el adiestramiento del salvaje, ni siquiera del salvaje ideal de que habla ROUSSEAU.

Por otra parte, hay fundamentos teóricos para el sistema protector; mientras el cuerpo está creciendo hay que alimentarlo todo lo posible para que pueda ser luego más capaz de resistir, y debe ser protegido de todo daño porque éste puede dejar una huella en la parte afectada, y en esta parte producirse más fácilmente una enfermedad. Los hábitos físicos no son menos reales que el hábito moral. En suma, el principio del endurecimiento ha de tomarse con las debidas limitaciones. (N. del R. H. Q.)

[2] La falacia de este argumento es ésta: no tenemos motivos para atribuir tanto al efecto de la costumbre en una vida individual, aun cuando en el curso de muchas generaciones puede producir este efecto, y aun otros mayores. No podemos aspirar a lograr en una vida el resultado de la labor de muchos siglos. Nuestro cuerpo es lo que es por haber estado cubierto durante muchas generaciones; si hubiera estado descubierto durante ese tiempo, sería diferente. ROUSSEAU y muchos escritores posteriores han caído en el mismo error de ignorar el lento cambio producido en la organización física por la acción continua de la costumbre, y, en cierto grado, por la selección natural. (J. F. P.)

[3] ANACARIN, según el traductor castellano. También lo afirma COSTE.

Un ejemplo relevante de esto, aunque en el exceso contrario, de calor, para mostrar, según nuestro propósito presente, lo que el hábito puede llegar a hacer, lo encuentro en un reciente e ingenioso viaje[4]: Los calores —dice el autor— son más excesivos en la isla de Malta que en ninguna parte de Europa: superan a los de Roma, tanto más, cuanto que raras veces refresca el viento. Esto hace que las gentes del pueblo sean tan negras como los egipcios; y, sin embargo, los campesinos desafían el sol y trabajan durante la parte más calurosa del día sin interrupción y sin precaverse contra los ardientes rayos. Esto me ha convencido de que la naturaleza puede acostumbrarse a muchas cosas que parecen imposibles, siempre que se procure habituarla desde el comienzo; esto es lo que hacen los malteses, los cuales endurecen el cuerpo de sus hijos y los reconcilian con el calor haciéndoles andar sin pantalones, sin camisa, sin nada sobre sus cabezas, desde la lactancia hasta los diez años.

Permitidme, por consiguiente, que os aconseje que no toméis demasiadas precauciones contra el frío de nuestro clima. Hay muchos en Inglaterra que llevan los mismos vestidos en invierno que en verano, y no sufren por ello incomodidad alguna, ni sienten el frío más que los otros. Pero si las madres quieren tomar alguna precaución en tiempos de hielos y de nieves por temor a las enfermedades, y los padres por temor a las censuras, que se guarden, al menos, de que los vestidos de invierno sean sobrado calurosos, y recuerden, entre otras cosas, que, puesto que la naturaleza ha tenido cuidado de cubrirnos la cabeza con cabellos, y fortalecerla en uno o dos años, podrán andar todo el día con ella descubierta, y que por la noche pueden también dormir así; nada hay que exponga más a los dolores de cabeza, constipados, enfriamientos, tos y otras muchas enfermedades, que tener la cabeza caliente.

§ 6. Lo que acabo de decir debe entenderse que se refiere a los niños, puesto que el objeto principal de este discurso es mostrar cómo debe conducirse a un joven caballero desde su infancia, y esto no podrá adaptarse perfectamente en todo a la educación de las niñas; pero si la diferencia de sexos requiere diferente trato, no será difícil establecer las debidas distinciones.

---

[4] Viaje ingenioso, es decir, narración marcada por una observación y una reflexión inteligentes. Se refiere al *Nouveau Voyage du Lêvant,* 150/175. Los números quebrados añadidos por LOCKE a la referencia son muy característicos. El numerador indica la página en que está el pasaje, y el denominador el número de páginas que contiene el trabajo.

§ 7. Sería también conveniente lavar diariamente los pies de los niños con agua fría, y proporcionarles zapatos tan delgados, que, cuando metan los pies en el agua, pueda ésta calarlos fácilmente [5]. Aquí temo tener contra mí a madres y sirvientas. Las primeras lo considerarán como muy sucio, y a las segundas les parecerá demasiado trabajo tener que lavar todas las tardes las medias del niño. Pero, como quiera que sea, su salud es mucho más importante que tales consideraciones, y digna de consagrarle diez veces más tiempo. El que reflexione seriamente que el humedecerse los pies suele ser una cosa perjudicial, y aun mortal, para los que se han criado con delicadeza, estoy seguro que desearía haber andado en su primera edad con los pies desnudos, como sucede a los niños del pueblo bajo, los cuales se han acostumbrado de este modo a sufrir la humedad en ellos de tal suerte, que no tienen más riesgo de resfriarse, ni padecer otra incomodidad, mojándose los pies, que lavándose las manos. ¿De dónde puede provenir la gran diferencia que se advierte, respecto a este punto, entre las manos y los pies de los demás hombres, sino de la costumbre? Estoy seguro de que si un hombre se hubiese acostumbrado desde la cuna a llevar los pies desnudos, y la manos, por el contrario, envueltas constantemente en pieles y cubiertas con zapatos de mano, como llaman los holandeses a los guantes, no dudo, y afirmo, que tal costumbre

---

[5] No hay nada que oponer a la costumbre de lavar diariamente los pies con agua fría; pero ningún médico puede recomendar los zapatos mojados. Es segura la máxima corriente: «Conserva la cabeza fresca y los pies calientes». No hay inconveniente alguno en mojarnos los pies cuando realizamos un ejercicio físico activo; pero, una vez que cesa éste, el calzado conviene que esté seco. (N. del R. C. D.)

El uso de los baños fríos es mucho más común en nuestro tiempo que en los de LOCKE, y es indudable que constituye una excelente e higiénica innovación la de lavarse todas las mañanas el cuerpo con agua fría. De este modo nos endurecemos, disminuyendo las probabilidades de constiparnos. La razón es también clara, puesto que sabemos que un baño frío ejercita la maquinaria regulativa de los nervios y de los vasos sanguíneos en la piel, por la cual nuestro cuerpo está naturalmente protegido contra los efectos perjudiciales del frío. Pero para este propósito es conveniente una impresión de frío momentánea, no continuada; la acción continua del frío y de la humedad sobre la piel es siempre perjudicial, y de aquí que el consejo de LOCKE para que los zapatos de los niños sean tales que sus pies puedan estar constantemente húmedos, sea equivocado, y aun absurdo. (N. del R. H. Q.)

haría tan peligroso para el hombre humedecer sus manos, como lo es ahora para otros muchos humedecer sus pies. El verdadero medio de prevenir este último inconveniente es hacer a los niños zapatos que puedan ser calados por el agua, y lavarles diaria y constantemente los pies en agua fría. Esto es recomendable por su limpieza; pero a lo que aspiro con ello es a la salud, y por eso yo no lo limito precisamente a una vez al día. Sé de quien lo ha hecho todas las noches con buen resultado, sin dejarlo de hacer una sola noche de invierno, por frío que estuviese el tiempo; y cuando el hielo cubría el agua, el niño sumergía en ella sus pies y sus piernas, a pesar de no tener edad para limpiárselas y enjugárselas por sí mismo, y cuando comenzó a adoptar esta costumbre era sensible y delicado. Pero como el gran fin que procuramos con esto es fortalecer estas partes del cuerpo con el uso frecuente del agua fría, para prevenir los inconvenientes a que están ordinariamente expuestos los que, educados de otra suerte, se mojan los pies por casualidad, creo que puede dejarse a la conveniencia y prudencia de los padres el escoger la noche o la mañana; el tiempo es indiferente, con tal de que la cosa se haga efectivamente. La salud y la fortaleza conseguida así serían una buena adquisición, aun comprada a más alto precio [6]. Y si agrego a lo dicho que así se evitan los callos, para algunos hombres será una consideración valiosa. Deberá comenzarse en primavera con agua templada, y, así, enfriándola cada vez más, hasta que, en pocos días, se llegue a emplearla totalmente fría; entonces se continuará sin interrupción con ella en invierno y en verano. Porque ha de observarse que en ésta, como en todas las variaciones ordinarias de nuestro modo ordinario de

---

[6] Véase el siguiente informe de LOCKE, acerca del experimento, con FRANK MASHAM:

«Una cosa me obliga a importunar a usted acerca de ella: dice usted que su hijo no es muy fuerte; para hacerlo fuerte debe usted endurecerlo como le he indicado; pero debe usted hacerlo por grados insensibles y comenzando en primavera. Debe usted tomar todas las precauciones. Tengo un ejemplo de ello en la casa en que vivo, en la que el hijo único de una tierna madre fue casi aniquilado por una crianza demasiado blanda. Ahora, por un tratamiento contrario, se ha acostumbrado a soportar el viento y el temporal, y la humedad en sus pies; y la tos, que le amenazaba en aquel régimen templado y precavido, le ha abandonado, y no constituye ya, como antes, la continua aprensión de sus padres». (LOCKE a W. MOLYNEUX, 33 de agosto de 1693)

vivir, el cambio ha de hacerse por grados discretos e insensibles, y así podemos acostumbrar nuestros cuerpos a todo sin dolor y sin peligro.

Es fácil prever que las madres han de recibir esta teoría con extrañeza. ¿Qué menos creerán que en la muerte de sus tiernas criaturas si las tratan así? ¿Cómo meter en agua fría los pies de los niños, aun con los hielos y la nieve, cuando hay tantas dificultades para poderlos tener calientes? Pero para disipar en algún modo este recelo, si es posible, voy a demostrar, con ejemplos, sin los que rara vez se presta oído a las razones más evidentes, que este uso no tiene nada de arriesgado. Séneca nos dice [7] que estaba acostumbrado a bañarse en el invierno en el agua fría corriente. Si Séneca no hubiera estimado esta costumbre, no sólo tolerable, sino útil asimismo, para gozar una salud robusta, difícilmente se hubiera sujetado a ella teniendo una buena fortuna, que podía sostener el gasto del baño templado, y hallándose en una edad tan avanzada que podía autorizar las mayores indulgencias. Y si pensamos que sus principios estoicos le llevaban a esta severidad, y que esta secta le llevaba a soportar el agua fría, ¿qué es lo que la hacía favorable para su salud? ¿Por qué no le perjudicó esta dura costumbre? Y ¿qué diremos de Horacio [8], que no se apasionaba por ningún partido y que estaba muy lejos de toda afectada austeridad estoica? Y, sin embargo, nos asegura él mismo que se bañaba con agua fría en la mayor aspereza del invierno. Se dirá, quizás, que en Italia, estando bajo un clima mucho más templado que Inglaterra, las aguas no tienen el mismo grado de frialdad en el invierno; si esto es así, las de los ríos de Alemania y Polonia están también mucho más frías que las de los ríos ingleses, y, sin embargo, los judíos de ambos sexos que viven en una y otra parte, se bañan en los ríos en todas las estaciones del año, sin que su salud sufra la más pequeña alteración. Estoy muy distante de pensar que haya gentes en el día que crean que es efecto de un milagro o de una virtud particular de la fuente de St. Winifred [9] el que las aguas frías de este ma-

---

[7] *Ille tantus qui kalendis Januariis in Euripun saltabant. Ep.* LXXXIII.

[8] HORACIO. *Epist.*, I, XV-4:

Nan mihi Baias
Musa supervacuas Antonius; et tamen illis
Me facit invisum, gelidâ quum pesluor mudâ
Per medius frigns.

[9] «La fuente de San Winifred», situada en Holywell (Fliutskire). Tenía

nantial famoso no hagan daño a las personas delicadas que a él van a bañarse. El mundo está ahora lleno de los maravillosos efectos que producen diariamente los baños de agua fría [10] en constituciones decaídas y débiles, para recobrar salud y fuerza; y, por consiguiente, no pueden ser impracticables e intolerables para mejorar y robustecer el organismo de los que están en mejores circunstancias.

Si piensan algunos que estos ejemplos de hombres ya formados no son aplicables al caso de los niños, juzgando a éstos todavía demasiado tiernos e incapaces para tales hábitos, que consideren lo que hacían antiguamente los germanos y lo que hacen todavía los irlandeses ahora con sus hijos, y se convencerán de que los niños, por tiernos que nos parezcan, pueden sufrir, sin peligro, no sólo que se les laven los pies en agua fría, sino que se les bañe todo el cuerpo. Hoy todavía hay señoras en las montañas de Escocia que bañan a sus hijos en agua fría en lo más riguroso del invierno, y no han hallado que les haga daño alguno, aun cuando haya hielo en ella.

Natación

§ 8. No es necesario advertir aquí que conviene mucho enseñar a nadar a los niños cuando están en edad para ello, poniendo

---

una gran reputación para la curación de enfermedades, y era visitada por gran número de peregrinos.

[10] Sólo a fines del siglo XVII se dieron cuenta los ingleses de los beneficios del agua fría. La costumbre fue introducida, al parecer, por los holandeses y los germanos; pero aquí, como en aquellos países, se redujo primeramente al uso de las aguas corrientes y de las fuentes de antigua reputación; más tarde se usaron los baños en las casas. En ambos casos, los baños que ahora usamos por simple limpieza o goce, fueron prescritos como de uso médico.

Sir JOHN FLOYER, en su *Prychrolusia* publicada proximamente diez años después del tratado de LOCKE, supone que la práctica del baño frío apenas contaba en Inglaterra cien años.

Curas admirables como aquéllas a que alude LOCKE, pueden encontrarse en abundancia en los libros de FLOYER y en otros.

El gran doctor Willis, contemporáneo de LOCKE, relata el caso de la curación de una alta fiebre por el baño frío. Anticipo así el método más moderno de tratamiento de «hyperpyrexia» o fiebre extrema. Pero el uso terapéutico del agua fría fue considerado en el siglo XVII, y con razón, como una vuelta a las prácticas de los médicos griegos y romanos. (I. F. P.)

a su lado alguno que los enseñe. Nadie ignora que el saber nadar es una gran ventaja, y que esto salva la vida diariamente a muchos; y los romanos lo consideraron tan necesario, que lo ponían en el mismo rango que las letras, y era frase común, para designar a uno mal educado e inútil para todo, que no había aprendido ni a leer ni a nadar: *Nec literas didicet nec natare*. Además de las ventajas que se logran sabiendo una cosa que puede ser tan útil en caso de necesidad, son tantas las ventajas para la salud proporcionadas por el frecuente baño en agua fría durante los calores del estío, que no creo necesario encarecerlas; pero debe tomarse la precaución de que no se entre en el agua cuando se haya hecho ejercicio o quede alguna emoción [11] en la sangre o en el pulso.

Aire

§ 9. Otra cosa muy útil para la salud de todos, pero especialmente de los niños, es el andar con frecuencia al aire, y arrimarse lo menos que sea posible al fuego, aun en tiempo del invierno. Por este medio se enseñarán a sufrir el calor y el frío, y no les incomodará el calor ni el agua. El que no esté acostumbrado desde el principio a todo esto, sacará poca utilidad de su cuerpo en este mundo; mas cuando los niños son ya grandes, no es tiempo de acostumbrarlos; es preciso habituarlos desde el principio y por grados. Así puede ser llevado el cuerpo a sufrirlo casi todo. Si aconsejase que se deje jugar a los niños al sol y al aire, sin sombrero, dudo que se quisiera darme crédito; se me harían mil objeciones que, al fin, se reducirían todas a una, a saber: que si se siguiere mi dictamen, los niños serían totalmente abrasados por el sol; pero si los ponemos cuidadosamente al abrigo de las injurias del tiempo, y no los exponemos nunca al sol, ni al aire, por miedo de que se les manche la tez del rostro, será éste un buen modo de hacer un joven lindo, pero no un hombre de negocios [12]. Me atrevo a asegu-

[11] La palabra emoción empleada en el sentido de una excitación desacostumbrada. (R. C. D.)

[12] Me acuerdo de un pasaje de MONTAIGNE que no disgustará al lector ver aquí insertado: «Acostumbrad a vuestro hijo al sudor, al frío, al aire y al sol, y a todos los demás riesgos, que debe despreciar en lo sucesivo; quitadle toda molicie y delicadeza en el vestido, cama, comida, y bebida;

rar que, aunque haya de preocupar más la belleza de las niñas, mientras más expuestas estén a las injurias del aire, siempre que su rostro no padezca, estarán más sanas y robustas; y mientras más se aproximen, en su educación, al endurecimiento de sus hermanos, mayores ventajas recibirán en la parte restante de su vida.

Los hábitos

§ 10. El único inconveniente que puede tenerse si se deja a los niños la libertad de jugar al sol y al aire, es el de que acaso, después de acalorados con el ejercicio de correr de una a otra parte, se tiendan inconsideradamente en tierra sobre parajes fríos o que tengan humedades. Convengo en que esto, así como el beber bebidas frías cuando se tiene calor por el trabajo o el ejercicio, arrastra más gente a la sepultura, por las fiebres y otras enfermedades que sobrevienen ordinariamente, que ninguna otra cosa que yo conozca; pero estos inconvenientes son fáciles de evitar cuando los niños son pequeños, porque casi siempre se tienen a la vista. Y si, durante su infancia, se tiene cuidado de que no se tiendan nunca en tierra; de que no beban ningún líquido frío cuando están acalorados [13], esta prohibición que se les debe hacer se convertirá en hábito y les ayudará mucho a preservarse cuando no estén bajo

---

acostumbradle a todo; haced de suerte que no salga un joven bello y señorito, sino un hombre robusto y vigoroso; niño y viejo siempre he creído y juzgado lo mismo. *Ensayos,* lib. I, cap. 25. Ved aquí mucho en pocas palabras. (Nota del T. C.)

También H. QUICK establece en este punto el paralelo entre las doctrinas de LOCKE y las de MONTAIGNE. (*Ensayos,* Bk. I., cap. 25. Edición Harlitt, i. p. 198).

[13] Habrá, quizás, algún fundamento para la creencia general, de que beber agua fría cuando estamos acalorados es muy perjudicial; lo cierto es que no es fácil especificar ninguna enfermedad importante, y menos todavía fatal que pueda atribuirse, claramente a esta causa. En mi propia experiencia nunca he encontrado ningún caso de una enfermedad seria que se atribuyese a esa causa. Únicamente algunos casos de ligeras afecciones de la piel. Se ha dicho que pudiera producir la muerte por síncope o colapso: pero eso me parece que necesita confirmación. La palabra «fiebre» se usaba, muy vagamente, en los tiempos de LOCKE; pero puede afirmarse que nada de lo que llamamos ahora fiebre puede ser producida por la práctica que aquí se reprende. (J. F. P.)

la vista o el cuidado de sus ayas. Esto es todo lo que pienso que puede hacerse en el caso; porque, conforme aumentan los años, es preciso dejarles más libertad y abandonarles en muchas cosas a su conducta propia, puesto que no pueden estar siempre sometidos a una vigilancia, excepto la que hayamos puesto en su ejercicio mediante los buenos principios y hábitos establecidos; y ésta es la mejor y la más segura, y, por consiguiente, aquella de que debemos tener más cuidado. Porque, por más que se hagan sonar incesantemente en sus oídos las reglas y las máximas, no hay que esperar fruto alguno, ni en éste ni en ningún otro caso, hasta que la práctica las haya convertido en hábitos.

Los vestidos

§ 11. Lo que he dicho de las niñas, me recuerda una cosa que no debe olvidarse: y es que los vestidos de vuestros hijos no deben ser nunca estrechos, especialmente por el pecho; dejemos a la naturaleza el cuidado de labrar el cuerpo de las niñas como mejor le parezca. Trabaja con demasiada exactitud para que podamos nosotros dirigirla. Y si las mujeres labrasen por sí mismas el cuerpo de sus hijos en sus flancos, así como procuran enmendar su talle después de nacer, habría un número muy pequeño de niños bien formados, como sucede ahora entre los niños a quienes se procura formar el talle con vestidos muy ajustados o de cualquier otra suerte. Esta consideración debería, a mi juicio, contener (no diré a las ignorantes nodrizas y a los sastres), sino a las gentes atrevidas, para no mezclarse en una cosa que no entienden; deberían temer apartar la naturaleza de sus fines queriendo formar el cuerpo de los niños, cuando ignoran, en absoluto, cómo está formado. Y, sin embargo, he visto tantos casos de niños que han sufrido gran daño por haberlos ajustado demasiado, que no puedo menos de concluir diciendo que hay criaturas tan parecidas a los monos, y tan poco superiores en conocimientos a estos animales, que pierden a sus hijos por una pasión insensata, y los sofocan, por decirlo así, abrazándolos fuertemente.

§ 12. Lo que sucede, naturalmente, y casi siempre a los niños a quienes se obliga a llevar ajustadores fuertes y vestidos muy estrechos, es que se les angosta y reduce el pecho; que la respiración llega a ser fétida y difícil, y que adquieren enfermedades del pul-

món y se encorvan [14]. El medio que se utiliza para hacerles los talles finos y delgados, no sirve, precisamente, sino para desfigurárselos. No puede haber, verdaderamente, sino desproporción en los miembros, cuando los alimentos preparados para las diferentes partes del cuerpo, a cuya nutrición están determinados, no pueden ser distribuidos según el destino de la naturaleza. No nos debe admirar, pues, que los alimentos, introduciéndose donde puedan, es decir, en cualquier parte que no esté tan comprimida, hagan que un omoplato esté más elevado, o más grueso, que lo que la justa proporción requiere. Es cosa bien sabida que las mujeres de la China tienen los pies extremadamente pequeños, haciendo consistir en esto no sé qué especie de belleza, y procuran apretárselos con ligaduras, fuertemente, para impedir de esta manera que les crezca. He visto, hace poco tiempo, un par de zapatos de una mujer de la China, que eran excesivamente pequeños para otra de su edad entre las nuestras; tanto, que apenas tendrían la anchura suficiente para una niña pequeña. Se advierte, por otra parte, que las chinas son de estatura baja y de vida corta; al paso que los chinos tienen la estatura regular de los demás hombres y viven hasta una edad proporcionada. Estos defectos en el sexo femenino de aquel país, son, por muchos, imputables a las absurdas ligaduras de sus pies, impidiendo así la libre circulación de la sangre y perjudicando a la salud y robustez de las demás partes del cuerpo. ¿Cuántas veces vemos que, habiéndonos dañado un pie por un golpe o una torcedura, la pierna y el muslo pierden su fuerza poco a poco, no reciben ya el alimento ordinario y disminuyen sensiblemente? Si esto es así, ¿cuántos mayores inconvenientes no deben temerse cuando el pecho, donde está colocado el corazón, que es el principio de la vida, no tiene la libertad natural por estar demasiado oprimido?

---

[14] J. F. P., el Rev. C. D. y H. Q., ponen de relieve, en las notas con que comentan este texto, los graves perjuicios que ocasionan los trajes estrechos y los corsés de las mujeres, y cómo en la frivolidad de las modas el cuerpo no se considera sino como una masa indiferente y sin exigencias ni derechos, que debe ser moldeada según las conveniencias de los trajes al uso. Las modas, pues, se refieren directamente a éstos, e indirectamente a aquéllos, sometiéndolos a sus cambios absurdos.

El alimento

§ 13. En cuanto al alimento debe ser puro y sencillo, y si se me creyese, no se les daría a comer carne alguna mientras estuviese en mantilla o, al menos, hasta que tuviera dos o tres años [15]. Pero, por ventajoso que esto pueda ser para su salud y su fortaleza en el presente y en el futuro, dudo que los padres lo consientan, seducidos por la costumbre que han adquirido de comer mucha carne, lo cual es ocasionado a hacerles pensar de sus hijos, como pensarían de sí mismos, que correrían peligro de desnutrirse si no co-

---

[15] La cuestión de la edad a la que puede un niño comenzar a comer carne ha sido muy debatida, y esto sin hablar de los vegetarianos, que no la creen nunca necesaria. Es indudable, a mi juicio, que ganaría la salud del niño no comiéndola, y tomando, en cambio, la ración de leche suficiente. La leche es, fisiológicamente hablando, un alimento más perfecto que la carne y contiene albúmina, por la cual se evalúa, principalmente, la carne y muchas otras cosas con ella. Teniendo en cuenta otros casos distintos de aquéllos de salud perfecta, puesto que no son éstos los que encontramos con más frecuencia, es innegable que la carne, si no necesaria, es, al menos, una parte conveniente de la alimentación del niño después de los dos años, especialmente en los climas cálidos y en una raza que ha sido acostumbrada, durante muchas generaciones, al alimento animal. Además, en nuestro propio tiempo y país, una gran parte de las dolencias de los niños acusan una alimentación insuficiente, aun cuando se toma el alimento, al parecer, en abundancia. En tales casos, la carne es el alimento más conveniente y concentrado, de tal modo, que sería un inconveniente grave la existencia de algún prejuicio contra su uso, o la creencia, simplemente, de que sea necesario, para justificar su uso, la orden del médico o la existencia de una enfermedad. Aparte de principios especiales que sólo la carne contiene, y a los que el gran químico Liebig concedía tanta importancia, debe recordarse que la clase precisa de alimentación que la carne proporciona, sólo puede obtenerse de otros alimentos tomados en gran cantidad, con más gasto y con más esfuerzo de los órganos digestivos. El principio de LOCKE no puede, pues, aceptarse sin restricciones, aunque, probablemente, estaría justificado en el siglo XVII por un inconsiderado abuso de la carne en las clases acomodadas. Es dudoso que nuestras clases medias actuales incurran en tal exceso. El abuso suele cometerse por las clases trabajadoras en los cortos períodos de prosperidad. Los padres piensan que el mejor modo de mostrar su afección a sus hijos es atiborrarlos, con la mayor cantidad y variedad posible, de alimentos; un error que, por absurdo que sea, tiene su justificación en los que conocen por el ejemplo, y aun quizás por experiencia propia, las penalidades del hambre. (J. F. P.)

mieran carne dos veces, al menos, al día. Estoy seguro de que, si las madres muy apasionadas y las criadas demasiado necias, no llenasen tanto como acostumbran, el estómago a los niños, y no les diesen nada de carne, absolutamente, en los tres o cuatro primeros años, les nacerían con menos dificultad los dientes, serían menos enfermizos y adquirirían los cimientos de una constitución más sana y vigorosa.

Pero si un joven caballero necesitara la carne, désele al menos una sola vez al día, de una sola clase y en una sola comida. Vaca, ternera o carnero, etc., sin más salsa que el apetito; debe ponerse también gran cuidado en que coman pan sólo, o con cualquier otro alimento, y que mastiquen bien todo lo que fuese sólido. Nosotros los ingleses pecamos ordinariamente en este punto, y de aquí se siguen indigestiones y otros graves inconvenientes.

§ 14. Para el desayuno y la cena es muy buena la leche sola o en sopa, papilla de harina de cebada, sopa de pan de avena, pasas y otras veinte cosas que se hacen en Inglaterra y que son muy a propósito para los niños; pero, en estos casos, debe cuidarse de que estos alimentos sean puros y sin mixtura alguna y muy poco azucarados, o más bien sin ningún azúcar [16]. En cuanto a las especias [17] y otras cosas propias para excitar su sangre, es preciso prohibírselas enteramente. Es preciso asimismo tener mucho cuidado de no echar demasiada sal en las viandas de los niños, y de no acostumbrarles a manjares de gusto picante y fuerte: nuestro paladar

[16] El prejuicio contra el azúcar como alimento de los niños, no tiene fundamento. Es una parte tan importante de la leche humana, que cuando se despecha a los niños es razonable suponer que debe constituir una parte de su alimentación. Claro está que el exceso es, en esto como en cualquier otra cosa, posible y perjudicial, y en el caso del azúcar, por razones particularmente fáciles de comprender. Pero es preferible dar al niño el azúcar suficiente en su alimento que estimularle a que satisfaga su natural tendencia con el consumo esporádico y desigual de los dulces. No debe olvidarse que, en tiempos de LOCKE, el azúcar, como artículo importado, era más de lujo que ahora. (J. F. P.)

[17] Las especies y los condimentos y su prohibición, tienen otra causa que la del azúcar. Los niños no necesitan de ello si su apetito es normal. Una referencia a los libros de cocina del siglo XVII nos muestra las extraordinarias combinaciones a que nuestros antepasados llamaban platos condimentados. Para los niños no hay nada mejor que la moderna y sencilla cocina inglesa, y se observa en las familias francesas una tendencia a imitar la alimentación que usamos en la crianza de nuestros niños. (J. F. P.)

se acomoda en las comidas a aquel gusto y, además, de que el uso inmoderado de la sal excita la sed y hace beber con exceso, produce otros malos efectos en el cuerpo. Creo que una buena rebanada de pan moreno, bien amasado y bien cocido, con un poco de manteca o queso y algunas veces solo, sería quizá el mejor desayuno que pudiera proporcionarse a los niños; con tal alimentación se criarían tan robustos y tan sanos como con los manjares más exquisitos: y estoy seguro de que no dejarían de hallar placer en ello si se les acostumbrase desde luego. Si un niño pide de comer entre horas, no le deis sino pan seco. Si es hambre más que golosina (*wanton*) [18] lo que le mueve, comerá bien el pan sólo; y si no tiene hambre, no es necesario que coma. De aquí se siguen dos ventajas: primera, que los niños se acostumbrarán a comer pan seco, porque, como he dicho, nuestro paladar y nuestro estómago se acomodan fácilmente a las viandas a que están acostumbrados; segunda, que por este medio se enseñarán a no comer demasiado o más, quizás, de lo que la naturaleza pida. No creo que todos puedan comer igualmente, porque unos tienen el estómago muy débil y otros lo tienen muy robusto; pero sí estoy persuadido de que hay gentes glotonas y golosas por costumbre, que no lo hubieran sido naturalmente; y veo en algunos países hombres muy robustos y sanos que sólo comen dos veces al día, así como otros han acostumbrado a su estómago por un uso constante, a reclamarlo cuatro o cinco veces. Los romanos estaban regularmente sin comer hasta la hora de la cena, única comida arreglada que hacían, aun aquéllos que solían comer más de una vez al día [19]. Los que tomaban desayuno (que hacían, generalmente, unos a las ocho, otros a las diez, otros al mediodía y otros todavía más tarde), no tomaban jamás carne, y lo que comían no lo sazonaban tampoco, fuese lo que fuese. Augusto, en los tiempos en que era el más grande monarca del mundo [20], dice él mismo que comía un poco de pan seco en su ca-

---

[18] *Wanton:* fantástico. Significa propiamente ineducado, irrefrendado. (R. C. D.)

[19] La práctica, en este respecto, varía en las diferentes edades de aquel pueblo. Entre los griegos fue costumbre, como entre nosotros, el hacer tres y, algunas veces, cuatro comidas al día, y esto aun en la época homérica. (S. T. Q.)

[20] LOCKE se apoya probablemente en el testimonio de SUETONIO, que en la *Vida de Augusto* (cap. LXXVI) cita las palabras siguientes, tomadas de este emperador: *Nos in enendo panen palmulas gustavimus. Et iterum dum*

truaje. Y Séneca [21], en su epístola LXXXIII, contando su método de vida en la vejez, y cuando la edad le permitía alguna indulgencia, nos dice que estaba acostumbrado a comer al mediodía una rebanada de pan seco, sin sentarse a la mesa para ello; sin embargo, si su salud lo hubiese exigido, pudo muy bien haber sostenido el gasto de una comida más suntuosa, con tanta y más comodidad que ninguno de nuestros grandes, cuyas rentas son la mitad que las suyas.

Los dueños del mundo se criaban con esta sobriedad; y, a pesar de que a los caballeros romanos jóvenes no les faltaban fuerzas en el cuerpo, ni vivacidad en el espíritu porque no comieran más que una vez al día. Si por casualidad alguno no podía esperar hasta la hora de la cena, la única comida seria, se contentaba, para aquietar el estómago, con un pedazo de pan seco con pasas o con algo semejante. Los romanos juzgaban esta especie de moderación tan necesaria para la salud y el manejo de los negocios, que la costumbre de comer una sola vez al día triunfó del lujo desarrollado después de sus conquistas orientales y de los despojos que les proporcionaron; y aquéllos que daban banquetes suntuosos con desprecio de la frugalidad antigua, no los comenzaban hasta la caída de la tarde; se consideraba monstruoso hacer más de una comida al día [22], que aun en tiempo de Julio César era objeto de reprensión pública el sentarse a la mesa, antes de ponerse el sol, para celebrar un festín o hacer una comida en forma. Si no temiese pasar por demasiado severo, diría que lo mejor era no dar a los niños sino pan sólo para desayuno. No puede imaginarse la fuerza de la costumbre; y yo atribuyo una gran parte de las enfermedades que padecemos en Inglaterra a la mucha carne y al poco pan que comemos.

---

lectica ex Regia domun redeo, panis untian cum pancis acinis uvae duracina comendi.

[21] *Panis deinde siccus sine meusa posit quod non sunt lavandae manus.* (*Epist.* LXXXIII).

[22] La irregularidad en la hora de las comidas podrá tener algún valor para formar los hábitos de contención y fortaleza, pero presumo que ningún médico la recomendaría apoyándose en otros fundamentos. LOCKE dice (ob. cit., p. 315): «En cuanto ala número de comidas diarias, tres o cuatro es lo más adaptado a nuestras necesidades; no deberán ni estar muy próximas entre sí ni demasiado distantes; es decir, de cinco a seis horas. El hábito de hacerlas a una hora fija es muy ventajoso para la digestión, y sólo deberá quebrantarse en circunstancias excepcionales. (R. C. D.)

Comidas

§ 15. En cuanto a las comidas pienso que, hasta donde pueda ser evitado sin inconveniente, convendría no guardar siempre una hora determinada [23]: porque cuando se ha acostumbrado el estómago a comer a horas fijas, pedirá alimento a esas horas, y cuando pasan se pondrá huraño y, o le producirá el hambre perturbaciones, o caerá en la falta de apetito. Si quiere comer vuestro niño entre las horas ordinarias, dadle siempre que quiera, buen pan seco. Si piensa alguien que éste es un alimento grosero y demasiado sencillo al mismo tiempo, para un niño, sepa que un niño no se verá jamás en peligro de morir ni de enflaquecer por falta de alimento si con la vianda al mediodía y algún líquido, u otra cosa equivalente por la noche, tiene pan y cerveza suave [24] para sosegar la sed y

---

[23] Es imposible aprobar la indicación de que el niño deba hacer sus comidas a horas irregulares. Lo mismo la experiencia que la teoría fisiológica, demuestran las ventajas de la regularidad en este respecto. El desgaste del organismo es constante y, hasta cierto punto, independiente aun del ejercicio. Si este desgaste no es periódicamente reparado por la nutrición adecuada, hay un peligro real de que los órganos, especialmente en los niños que están creciendo, puedan perjudicarse por trabajar cuando su nutrición es deficiente. No debe olvidarse que la fatiga es mala en sí misma y por sí misma. Esto es bien sabido por los entrenadores y profesores de gimnasia, que encuentran, por experiencia, que el ejercicio moderado de los músculos, por ejemplo, en un cuerpo bien alimentado, favorece su crecimiento; pero el ejercicio excesivo o, lo que es lo mismo, el ejercicio de un cuerpo mal alimentado, más bien tiende a agotarlo. Hay también razones para creer que el corazón sufre (se dilata) si se mantiene su actividad durante un largo tiempo. La única razón dada por LOCKE para esta curiosa sugestión, es la de que el cuerpo debe endurecerse contra la fatiga, lo cual es cosa muy distinta. Pero ya habrá tiempo de pensar en esto cuando pase el período de la infancia y aun del crecimiento. (J. F. P.)

[24] Aquí expresa LOCKE una opinión que debe ser absolutamente rechazada. Leche y agua son para el niño preferibles a la cerveza o el vino y cosas semejantes. Es un crimen absurdo acostumbrarle al uso de bebidas que tan fácilmente le llevan al exceso y que, además, difícilmente le mantendrán en una condición sana y perfectamente inocua. Esto es verdad, especialmente de las cervezas fuertes, pero aun las cervezas más ligeras prohibírsele al niño. (S.)

Platón era de opinión de que el niño no probase el vino hasta que no tuviera diez y ocho años. *(De Legibus,* lib. II) Debe recordarse que, cuando LOCKE escribía su libro, el té y el café no eran todavía bebidas habituales, y es probable que los niños no las bebiesen. (R. C. D.)

el hambre todo el día. Así es que después de examinar la cosa nuevamente, me parece que debe regularse el alimento de los niños. La mañana está destinada, generalmente, al estudio, y para esto no es la mejor preparación tener el estómago cargado. El pan seco es el mejor alimento y el que menos tentaciones despierta, y los padres que se preocupan de la salud de sus hijos y desean que no sean poco inteligentes y enfermizos, no deben preocuparse de que cargue el estómago, con tal que sea de este alimento sólo. Y no se piense que esto es inadecuado para un niño de posición y de condiciones. Un caballero debe ser educado de manera que pueda

---

Sorprenderá seguramente que LOCKE pudiese recomendar un poco de cerveza y no agua, como la bebida más adecuada para los niños; pero debe recordarse, en primer lugar, que en su tiempo difícilmente se tomaba el agua como bebida habitual para personas de cualquier edad.

Yo no he podido encontrar aconsejada la costumbre de beber agua en ningún libro de higiene, tan numerosos en el siglo XVII y en los siglos anteriores, y aun se escribieron libros cultos expresamente contra esa costumbre. Estaba muy extendida la preocupación de los peligros de beber el agua fría. La fuente de estas ideas debemos suponerla, indudablemente, en la tradición y el prejuicio; pero éste no pudo nacer por el hecho de ser pernicioso beber el agua en las ciudades durante la Edad Media y aun casi hasta *nuestros tiempos*. Es decir, que la experiencia de los efectos de beber tales aguas *durante* los tiempos de pestilencia, pudo grabarse firmemente en el espíritu de las gentes. Por esto la cerveza ligera pudo ser considerada como la bebida de las *gentes* de templanza.

SYDENHAM recomendaba que se bebiese cerveza con preferencia al vino o al agua. Además, la cerveza en aquel tiempo era indudablemente muy ligera, mucho más que la ligera que se hace hoy en Alemania y que la que fabrican actualmente en Londres. Aún más fácil de comprender es por qué LOCKE no recomendaba la leche como bebida para los niños. El té y el café, aunque no eran desconocidos en los tiempos de LOCKE, eran considerados como narcóticos. Recomendarlos para los niños hubiera sido análogo a recomendarles el uso del tabaco. Es indudable que el agua pura constituye la mejor bebida para los niños, pudiendo sustituir con ella la leche en la comida de la mañana y aun en la de la noche. La cerveza es absolutamente innecesaria y debe proscribirse su uso, por lo menos, hasta la edad de los catorce o los quince años. Tenemos una lamentable indulgencia para con los niños en este respecto, así como en el del exceso de comida en las clases más acomodadas, entre las obreras, y más aún, como es natural, que entre las familias mejor educadas. LOCKE parece tener un injustificado temor a permitir que el niño apague su natural sed. No puede haber inconveniente en que el niño beba agua pura, siempre que tenga sed, con las limitaciones indicadas en las observaciones precedentes. (J. F. P.)

ser capaz de llevar las armas y de ser soldado. Pero el que educa a sus hijos como si estuvieran destinados a dormirse toda su vida en la plenitud y las facilidades de una gran fortuna, demuestra haber hecho pocas consideraciones sobre los ejemplos que ha visto [25] o sobre la época en que vive.

Bebidas

§ 16. Su bebida debe ser solamente cerveza suave, y que no se le permita hacerlo entre comidas, sino después que haya comido un pedazo de pan. Las razones por las que digo esto, son las siguientes:

§ 17. 1.ª La mayor parte de las fiebres y de las indigestiones, provienen de beber cuando se está acalorado, más que de otra causa alguna, que yo sepa. Estando un niño acalorado y sediento por haber jugado demasiado, si encuentra dificultades para comer el pan, pero no se le deja beber sino después de haberlo comido, llegará a acostumbrarse a comerlo; y si está demasiado acalorado es preciso no darle de beber absolutamente, sino hacerle comer antes una buena rebanada de pan seco; y, entretanto, templarle un poco la cerveza para que la pueda beber sin riesgo. Si está excesivamente sediento, la cerveza un poco templada le apagará la sed más fácilmente, y si no quiere tomarla de esta suerte, no le hará daño no tomarla. Así se acostumbrará también a la fatiga, con una ventaja indecible para el cuerpo y el espíritu.

§ 18. 2.ª No permitiéndose beber sin comer, se evitará la costumbre de tener el vaso continuamente en la boca, la cual es un comienzo y una preparación peligrosa para una buena conducta [26]. El hombre adquiere a veces, sólo por la costumbre, un hambre y una sed habituales. Y si queremos ensayarlo, se puede acostumbrar a un niño a la necesidad de beber durante la noche, y se verá que no es capaz de dormirse sin ello; y como las nodrizas acostumbran a dormirlos y acallar sus llantos, poniéndolos a mamar el pe-

---

[25] LOCKE pensaba, probablemente, en los reveses de fortuna que tantas familias inglesas experimentaron entre la explosión de la guerra civil y la revolución de 1688. Su propio padre había heredado una fortuna mucho mayor que la que pudo transmitir a su hijo.

[26] La palabra inglesa es *fellowship*; es decir, los hábitos de convivencia social.

cho, supongo que las madres hallarán muchas dificultades para impedirlo, cuando lleguen a traerlos a sus casas [27]. Estoy igualmente persuadido de que esta costumbre prevalecerá de día y de noche, y que se podría acostumbrar al niño a beber a todas horas.

Estuve una vez hospedado en una casa, donde para aplacar a un niño, se le daba de beber siempre que gritaba; en tales términos, que bebía a cada momento. Y aunque todavía no articulaba palabra, bebía en veinticuatro horas más que yo en toda mi vida. Todo el que quiera hacer la experiencia se desengañará muy pronto. Lo mismo con la cerveza suave que con la fuerte, puede uno acostumbrarse a una sed constante *(drought)*.

La principal cosa a que se debe atender en la educación de los niños es a los hábitos que se les haga contraer en un principio. Así, pues, lo mismo en este punto, que en otro cualquiera, para evitar que contraigan un hábito cada día más arraigado, y cuyo uso no queráis que continúe luego, no iniciéis la costumbre. Es conveniente para la salud y la sobriedad, no beber más que lo que la sed natural requiere; y el que no coma viandas saladas ni beba bebidas fuertes, rara vez tendrá sed entre comidas, a menos que haya sido acostumbrado a beber agua fuera de tiempo.

§ 19. Sobre todo tened cuidado de que no pruebe sino rara vez, o nunca, el vino ni licor alguno fuerte [28]. Nada tan corriente entre los niños ingleses, y nada tan perjudicial para ellos. Los niños no deben nunca beber ningún licor fuerte, sino cuando lo necesiten como un cordial y el doctor lo prescriba. Y en esto es preciso celar mucho a los criados y reprenderles severamente si lo infringen. Porque estas gentes, cifrando sus mayores placeres en beber licores fuertes, siempre están prontos a complacer al joven señorito ofreciéndole lo que más aman para ellos mismos; y como ellos lo encuentran muy agradable, no pueden pensar que haga daño al niño. Debe vigilarse esto cuidadosamente y evitarlo con toda la posible habili-

---

[27] En Inglaterra, como en el Continente, la práctica de enviar fuera a los niños con las nodrizas parece haber sido muy común, hasta que Rousseau llamó a las madres a su deber, enseñándoles que *Point de mère, point d'enfant*. También en España halló gran resonancia la campaña de ROUSSEAU, tanto entre los autores de fines del XVIII como entre las madres.

[28] La observación de LOCKE en este punto está enérgicamente confirmada, lo mismo por razones morales, que por razones físicas. Pero nosotros incluimos la cerveza entre las bebidas fuertes. (J. F. P.)

dad e inteligencia, porque no hay cosa que tenga más funestas consecuencias para el cuerpo y el espíritu, que la de acostumbrar a los niños a beber bebidas fuertes, especialmente a beber en compañía de los criados.

Frutas

§ 20. Las frutas constituyen uno de los capítulos más difíciles del cuidado de la salud, sobre todo, de los niños. Nuestros primeros padres aventuraron por ella el Paraíso, y no es extraño que tiente a los niños, aun a costa de su salud. No hay una regla general para esto; porque yo no soy, de ningún modo, de la opinión de los que privarían al niño casi enteramente de la fruta [29] como cosa totalmente perjudicial para ellos. Tal prohibición no servirá, a mi juicio, sino para excitarle más el deseo y hacerle comer toda la que pueda coger, buena o mala, verde o madura. Sería de la opinión de que se le prohibiesen los melones, los albérchigos, la mayor parte de las ciruelas y todas las especies de uva [30] que se crían en Inglaterra, porque teniendo un gusto muy tentador poseen un jugo muy poco sano; así es que, si fuera posible, convendría no vieran ni conocieran siquiera tales cosas. Pero las fresas, las guindas, y la grose-

[29] El apetito natural de los niños puede, en esta materia, seguirse con cierta seguridad, si se vigila la cantidad; y, en este respecto, también la naturaleza se guía suficiente, excepto cuando se ha prescindido durante mucho tiempo de sus exigencias. Cuando los niños tienen la fruta en abundancia, rara vez abusan de ella. Es indudable que hay en el espíritu de muchas gentes una especie de temor maniqueo a todos los placeres materiales, incluso a los de la comida, y que este temor está en la raíz de muchas abundantes restricciones que nos imponemos a nosotros mismos y a nuestros niños. (R. C. D.)

[30] La opinión de LOCKE de dar fruta a los niños, me parece, en general, confirmada por la experiencia moderna. Pero la razón que tuvo para prohibir enteramente la uva, no es fácil de comprender, porque, cuando está madura, es, quizá, la más sana de todas las frutas; y la experiencia de la llamada «curación por las uvas» en el Continente, muestra que puede ser comida en inmensas cantidades con beneficio, o, al menos, sin perjuicio alguno. Los niños de hoy tienen también la fortuna de poder tomar naranjas maduras, puesto que éstas le proporcionan los ácidos y las sales que hacen de la fruta una parte importante de nuestra alimentación en la forma mejor y más agradable. (J. F. P.)

lla, estando bien maduras, me parece que se les pueden dar con seguridad, y aun con abundancia, siempre que las coman con estas precauciones: 1.ª, que no sea sobre la comida, como se hace generalmente, cuando ya el estómago está lleno de otros alimentos, sino antes, o en medio de ella; 2.ª, que la coman con pan; 3.ª, que estén perfectamente maduras. Comiéndolas de esta suerte me parece que les serán más útiles que peligrosas para la salud. Las frutas del verano, teniendo tanta relación con el calor de la estación, son muy propias para refrescarnos el estómago, que el mismo calor pone lánguido y abatido: este es el motivo por el cual yo no sería tan riguroso en este punto. Estando los niños continuamente deseosos de comer fruta, en lugar de una cantidad razonable y bien madura con que se hubiesen contentado si se les hubiera dado oportunamente, comerán hasta el exceso toda la que puedan coger, sea por casualidad, o porque se las haya proporcionado algún sirviente.

También las manzanas y las peras, estando perfectamente maduras y cogidas de antemano, pienso que pueden comerse con seguridad en todo tiempo, y aun en gran cantidad; especialmente las manzanas, que no han hecho daño a nadie, que yo sepa, después de octubre.

También pienso que son muy sanas las frutas secas sin azúcar. Pero hay que abstenerse de todos los dulces, que no se sabe a quien hacen más daño, si al que los hace [31] o al que los come. Estoy seguro de que este es uno de los gastos más inconvenientes que ha podido encontrar la vanidad, y por eso lo dejo para las mujeres.

Sueño

§ 21. De todo lo que parece muelle y afeminado, en nada se debe ser tan indulgente con el niño como con el sueño [32].

---

[31] Por el humo del carbón de leña que respiran constantemente los que hacen los dulces líquidos a que se hace aquí referencia (COSTE). Esta nota fue probablemente escrita después de consultar a LOCKE, porque en su primera traducción escribe COSTE: *Mais ont doit s'abstenir de toutes sortes de confitures dont on ne sçautoit dire si elles incommodent plus par la dépense à celuy qui les fait, qu'elles font du mal à celuy qui les mange.*

[32] Según PETTENKOFER, «el sueño es causado por la necesidad del oxígeno, el que se gasta usualmente por la mayor energía desplegada por los órganos mientras se está despierto, y del cual se recobran mientras se está dor-

En esto solamente hay que permitirles que se satisfagan plenamente; nada contribuye más al crecimiento y salud del niño, que el sueño. Todo lo que puede ser regulado en ello, es que parte de las veinticuatro horas las han de consagrar al sueño, lo cual se resolverá fácilmente con solo decir que es de gran ventaja acostumbrarle a despertarse por la mañana temprano. Es mejor hacerlo así para su salud; y aquél que desde su tierna infancia se haya acostumbrado por un uso constante a madrugar sin violencia, cuando ya sea hombre formado, no envidiará el imaginado placer de algu-

---

mido». LOCKE, observa, en la obra citada, pág. 459: «Por regla general, el adulto no necesita más de siete u ocho horas de sueño. El niño, que cuando tiene sueño no debe nunca ser privado de dormir, requiere, por el contrario, de diez a diez y seis horas diarias. Para la mujer el sueño es también una mayor necesidad que para el hombre, como ocurre con el débil, con el enfermo, con el clorótico y con los temperamentos sanguíneos. Sólo un sueño suficiente, tranquilo, profundo e ininterrumpido, puede fortalecer y reanimar el cerebro, y con él el *sistema nervioso* y el *muscular*: deben, pues, hacerse toda clase de esfuerzos para darle estas propiedades». Y en la pág. 496: «Respecto del sueño, los niños pequeños están constituidos de un modo diferente que los mayores. Durante el primer período de la vida, el niño duerme la mayor parte del tiempo, debido probablemente a la pasividad casi completa del cerebro. Pero el sueño disminuye continuamente con el despertar gradual y el trabajo mental o cerebral que ellos estimulan. Porque entonces el cerebro sólo es el que duerme. Pero debe establecerse gradualmente el estado normal con la comida lo mismo que con el sueño, y debe, al fin, tenerse al niño despierto durante un intervalo definido, seguido de un intervalo correspondiente de sueño, especialmente por la noche y después de beber». En la pág. 505: «El sueño, aun durante el día, es absolutamente necesario para los niños pequeños, que están precisamente comenzando a aprender el uso de sus músculos y necesitan, por lo mismo, reposo adecuado. Por consiguiente, a una hora fija, es decir, después de la comida, del mediodía, el niño debe ser echado en el lecho. Para asegurarle un sueño tranquilo y sin pesadillas, debe evitársesle durante un breve tiempo previo, toda excitación violenta y agitación mental; juegos, cuentos, etc.».

«Los que han cuidado de los niños saben bien la dificultad de averiguar con seguridad la cantidad de sueño requerida por sus diferentes temperamentos, y qué anticientífico es el punto de vista de los que lo regulan, no conforme a su constitución, sino a su edad. Unos por su estado de salud, necesitan más sueño que otros; y quizá en la infancia sea el más robusto el que más sueño requiere. Como regla general, puede establecerse que durante los cinco primeros años de la vida, los niños necesitan más sueño que

nos, que disipan la parte mejor y más considerable de su vida en reposar en su lecho. Si se ha de despertar a los niños temprano por la mañana, claro está que será necesario que se acuesten temprano; así los acostumbraréis a evitar las horas insanas e inseguras de la disipación, que son las de la noche; y los que evitan esas horas, rara vez caerán en graves desórdenes. No quiero decir con esto que vuestro hijo, cuando haya crecido, no haya de estar un rato con sus amigos, pasadas las ocho; ni haya de consumir un vaso de vino antes de las doce. Pero podréis ahora, acostumbrándole en estos primeros años, predisponerle contra estas inconveniencias. Habréis logrado bastante si la ocasión y la compañía, victoriosas de la costumbre, prevalecen y le hacen vivir como otros viven a los veinte años, con acostumbrarlo a levantarse y acostarse temprano, en beneficio de su salud y de otras ventajas.

Aunque he dicho que hay que otorgar a los niños, cuando son pequeños, una gran tolerancia, respecto del sueño, no quiero con esto decir que esa libertad ha de continuar siempre en la misma proporción, y que se les ha de permitir, cuando vayan creciendo, que se emperecen en el lecho. Pero es imposible determinar si han de

---

luego; y muchos, quizá, convendrán con FRIED-LONDEZ, el cual, en su obra de educación, hace el siguiente cálculo aproximado de una exacta distribución de tiempo:

Edad	Sueño	Ejercicio	Ocupación	Descanso.
7 años	9 o 10 horas	10	1	4
8 años	9 o 10 horas	9	2	4
9 años	9 o 10 horas	9	3	4
10 años	8 o 9 horas	8	4	4
11 años	8 o 9 horas	7	5	4
12 años	8 o 9 horas	6	6	4
13 años	8 o 9 horas	5	7	4
14 años	7 o 9 horas	5	8	4
15 años	7 o 9 horas	4	9	4

M. BUREAUD-RIOFREY, que cita esta tabla, hace algunas discretas observaciones sobre el asunto (*Education physique des jeunes filles*, págs. 283 y siguientes); pero es imposible que nadie, salvo los padres o aquéllos que *pro tempore* están en su lugar, puedan regular la cantidad de sueño necesaria para el niño que ha de ser determinada por su constitución y su actividad mental». (St. J.)

comenzar las restricciones a los siete años, o a los diez, o en cualquier otra época. Hay que tener en cuenta su temperamento, su fortaleza y su constitución. Pero, algunas veces, entre los siete y los catorce años, si son demasiado amantes del lecho, pienso que es razonable reducir su sueño gradualmente a ocho horas aproximadamente, que es reposo adecuado para las personas ya crecidas. Si lo habéis acostumbrado, como debéis hacerlo, a levantarse siempre por la mañana temprano, esta falta de permanecer en el lecho demasiado tiempo será fácilmente reformada, pues la mayor parte de los niños tienden a disminuir ese tiempo por el deseo de pasar en compañía las primeras horas de la noche; bien es verdad que querrán indemnizarse por la mañana de las horas que hayan perdido durante la noche, pero esto no debe permitírseles de ningún modo. Debe llamárseles y hacer que se levanten siempre temprano; pero teniendo buen cuidado, al despertarles, de no hacerlo bruscamente [33], *ni* con voz fuerte y penetrante, ni con cualquier otro ruido violento y repentino. Esto suele sorprenderles y les hace mucho daño. Cuando tengáis que despertar a un niño, debéis comenzar llamándole en voz baja y tocándole delicadamente para que no se asuste, despertándole *así* gradualmente; usad con él sólo palabras y modales suaves hasta que vuelva en sí completamente; y cuando esté ya derecho [34], podéis darle por enteramente despierto.

[33] Estas observaciones de LOCKE acerca del sueño, parecen generalmente de acuerdo con la experiencia moderna. Es característico de la atención que prestaba a los menores detalles esta precaución para que no se despierte a los niños demasiado repentinamente. Sin embargo, claro está que la práctica de las buenas nodrizas y de las madres cariñosas la hacen inútil. (J. F. P.)

La autoridad original, en este caso, parece haber sido el padre de MONTAIGNE, el cual dice: «Habían aconsejado a mi padre que me hiciese aprender los deberes y las ciencias por una voluntad no forzada, y por mi propio deseo; que educase mi alma con toda libertad y dulzura, sin rigor *ni* violencia alguna, hasta una tal superstición, que porque opinan algunos que se turba el cerebro tierno de los niños despertándoles con sobresalto en las mañanas, y arrancándoles violentamente el sueño, hacía que me despertaran al sonido algún instrumento dulce; así, no estuve jamás privado de un músico que me sirviese a este efecto». *Ensayos*, MONTAIGNE, cap. 25, *ad fin* (ed. de Harlitt, I, página 213).

[34] El original emplea la palabra *dressedl*, que parece usada en el sentido de *erecto*. V. Fr. *se dresser*, estar de pie, levantarse. El traductor castellano atribuye a la palabra este otro sentido notoriamente inadecuado: «una vez que haya tomado sus vestidos».

Cuando se le interrumpe el sueño a un niño, se le incomoda demasiado, aunque se haga suavemente; y debe evitarse añadir a ello la aspereza, y mucho menos nada que pueda aterrorizarle.

§ 22. El lecho debe ser duro y sobre colchones que no sean de pluma. El lecho duro fortalece los miembros; pero una cama blanda, donde se sepulten todas las noches en la pluma, líquida y disuelve, por decirlo así, todo el cuerpo, causa debilidad y presagia una muerte temprana. Y además de que el tener demasiado abrigados los riñones engendra frecuentemente la piedra, los lechos de pluma viva ocasionan muchas indisposiciones, particularmente aquello que las produce todas, que es una complexión enfermiza y delicada. Por otra parte, el que esté acostumbrado en su casa a dormirse sobre una cama dura, no perderá el sueño en los viajes (en los que más lo necesita) por falta de un lecho blando y de una almohada bien mullida. Por este motivo me persuado de que sería conveniente hacerles la cama de diferentes modos, poniéndoles la cabecera ya más alta, ya más baja, a fin de que no se viesen reducidos a sentir la más pequeña mudanza, a la que no pueden menos de estar expuestos, si no están destinados a dormir siempre en casa de sus padres y a tener a todas horas una criada que les arregle las cosas y les componga la ropa en la cama. El sueño es el cordial más excelente que la naturaleza ha preparado para el hombre. El que lo pierda sufrirá mucho, y será muy desgraciado el que sólo pueda tomar este cordial en la fina copa de la madre, y no en un cuenco de madera. El que puede dormir profundamente, toma ese cordial, y no importa que sea sobre un blando lecho o sobre tablas duras. El sueño es lo único necesario.

Estreñimiento

§ 23. Hay una cosa más que tiene gran influjo sobre la salud, y es el ir al retrete [35] regularmente; los que tienen el vientre demasiado libre raras veces tienen el espíritu firme ni el cuerpo robusto. Pero el remedio de esto, tanto por la dieta como por la medicina,

[35] RABELAIS, que era médico como LOCKE, presta la misma atención a este asunto, y no desdeña descender a los detalles más repugnantes. J. E. P. hace notar las deficiencias que en este particular se encuentran en las escuelas, y especialmente en los internados.

es mucho más fácil que el del mal contrario, y no se necesita extenderse mucho sobre él, porque en el caso contrario, en que, por su violencia o su duración, reclamase cuidados una indisposición de este género, bien pronto, a veces demasiado pronto, se llamará al médico, y, si es moderada o breve, es comúnmente abandonada a la naturaleza. Por otra parte, el estreñimiento tiene también efectos perjudiciales, y es más difícil de remediar por los cuidados de la medicina; los purgantes, que parecen proporcionar alivio, acaban por aumentar, en vez de suprimir el mal.

§ 24. Es, pues, una indisposición, de la que me ocuparé porque tengo razones especiales para ello, y, como no he encontrado su remedio en los libros, expondré mis puntos de vista, persuadido de que cambios mayores que éste pueden operarse en nuestro cuerpo si tomamos el recto camino y procedemos por grados racionales.

1.° Yo considero que el ir al retrete es el resultado de ciertos movimientos del cuerpo, especialmente del movimiento peristáltico de los intestinos.

2.° He notado que muchos movimientos que no son enteramente voluntarios pueden, sin embargo, por el uso y por una práctica constante, cambiarse en habituales, si por una costumbre ininterrumpida los provocamos constantemente en una misma ocasión.

3.° He observado también que muchas personas, por haber fumado una pipa después de comer, no dejan de ir al retrete, y comienzo a preguntarme si no deberán más al hábito que al tabaco este beneficio de la naturaleza, o, al menos, caso de que el tabaco fuese la causa, si obedecería el movimiento violento que determina en los intestinos más bien que por una acción purgativa, porque entonces produciría otros efectos. Habiendo llegado así a la idea de que es posible contraer el hábito, debemos considerar ahora el medio de conseguirlo.

4.° Entonces yo conjeturaría que si un hombre, después de su primera comida de la mañana, solicitase a la naturaleza y procurase hacer sus necesidades, podría con el tiempo, y mediante una aplicación continua, contraer el hábito.

§ 25. He aquí las razones que me llevaron a elegir esa hora:

1°. Porque estando el estómago vacío, si recibe alguna cosa que le sea agradable (porque yo en ningún caso, salvo el de necesidad, daría de comer al niño nada que no le guste, ni cuando no tenga apetito), se encuentra en estado de producir una fuerte contracción de sus fibras, y esta contracción, creo yo, continuándose en los intestinos, aumenta así su movimiento peristáltico del mismo

modo que en los cólicos un movimiento inverso que ha comenzado más bajo, en el intestino, se continúa a lo largo del tubo intestinal y obliga al estómago mismo a obedecer a este movimiento anormal.

2.° Porque, cuando se come, se relajan igualmente los pensamientos y los espíritus [36], libres entonces de otro empleo, se distribuyen más vigorosamente en el vientre bajo, lo cual contribuye al mismo resultado.

3.° Porque, cuando se tiene tiempo libre para comer, lo hay también para hacer una visita al retrete *(Madame Cloacina)* como sea necesaria para cumplir nuestro propósito; además, en la variedad de los negocios humanos y de los accidentes de la vida, sería imposible fijar para este cuidado una hora determinada, y, por tanto, el hábito no sería entonces tan regular, mientras que las personas sanas rara vez dejan de comer una vez al día; aun suponiendo que la hora cambie, podrá ser el hábito mantenido.

§ 26. Apoyándome en estos principios comencé mis experiencias, y siempre que se pone alguna perseverancia y se acepta la obligación de ir regularmente al retrete después de la primera comida, se tenga o no deseo, se conseguirá, al cabo de algunos meses, el objeto deseado, y se adquirirá el hábito, y rara vez se dejará de ir al retrete después de la primera comida, al menos que sea por propio olvido: porque, en efecto, procurándolo, la naturaleza obedece.

§ 27. Soy, pues, de la opinión, de que debe tomarse con los niños esta costumbre todos los días después que hayan tomado su desayuno. Siénteseles, como si tuviesen la misma facultad para descargar su vientre que para llenarlo, y no les dejéis creer que pueda ocurrir de otro modo; y si les obligáis a hacer el esfuerzo, impidiéndoles jugar o comer de nuevo hasta que lo hayan conseguido, o, al menos, hasta que hayan hecho todo lo posible por conseguirlo; no dudo de que acabarán al poco tiempo por adquirir el hábito regular. Es fácil observar, en efecto, que los niños, preocupados con sus juegos como están de ordinario, y aturdidos para todo lo demás, dejan pasar con frecuencia las necesidades naturales, cuando estas necesidades no se hacen sentir sino moderadamente; de tal

[36] Se llamaba entonces «los espíritus», en la filosofía y en la medicina del siglo XVII, a los *espíritus animales*, agentes oscuros de operaciones que el alma ejerce sobre el cuerpo o el cuerpo sobre el alma. Es próximamente lo que llamaríamos hoy la fuerza nerviosa. (N. de la T. de COMPAYRÉ)

suerte que, olvidando estas ocasiones que se ofrecen espontáneamente, acaban por sufrir un estreñimiento crónico. Que por este método puede evitarse el estreñimiento, no puedo por menos de suponerlo, habiendo experimentado, por una práctica constante y prolongada, que un niño puede habituarse a ir regularmente al retrete todas las mañanas después del desayuno.

§ 28. Hasta qué punto las personas de edad juzgarán conveniente ensayar este método, es cosa suya; aunque no puedo dejar de decir que, considerando los males que resultan del estreñimiento, no conozco hábito más favorable para la conservación de la salud. Una vez cada veinticuatro horas, creo que es bastante; supongo que nadie encontrará que sea demasiado. Y por este medio se llega a conseguirlo, sin recurrir a la medicina, la cual, comúnmente, prueba que es ineficaz para curar un estreñimiento inveterado y crónico.

De la Medicina

§ 29. Esto es todo lo que tengo que recomendaros concerniente al cuidado del niño en el curso ordinario de su salud. Quizás pudiera esperarse de mí que prescribiese aquí algunas reglas médicas para evitar las enfermedades: yo no tengo que dar más que una, y ésta debe ser rigurosamente observada, y es la de no dar al niño medicina alguna [37]. El método que he preconizado supongo que se-

---

[37] Los lectores de nuestro tiempo difícilmente apreciarán la novedad y atreviamente de este consejo. En los tiempos de LOCKE era creencia universal que las enfermedades, especialmente epidémicas, pueden evitarse tomando algunas drogas. Esta noción era muy antigua, procediendo de tiempos aún anteriores a los de GALENO. Todos los libros antiguos de medicina están llenos de tales prescripciones; la más celebrada de las cuales era el *Mithridatium*, que llevaba el nombre del famoso rey del Ponto, y el *Theriacum* (el moderno *treacle*), la composición del cual se atribuía a Andromachus, médico del emperador Nerón. Tales composiciones se creían, en primer lugar, antídotos contra los venenos, y, por tanto, preservativos o profilácticos contra el veneno, y, generalmente, contra toda infección o enfermedad. Muchas de esas medicinas, con el nombre de «alexipharinaca» o *diet-drinks*, se tomaban comúnmente y se recomendaban enérgicamente, en tiempos de epidemias, para el uso general en las *Official Regulations*, publicada por el gobierno con el consejo del Colegio de médicos. Es muy probable que la Plaza de Londres de 1665 renovase la boga de las drogas

rá más eficaz que las pócimas [38] en boga entre las damas y las medicinas de los boticarios. Tened gran cuidado de evitar ese camino; pues, en otro caso, en vez de evitar las enfermedades, llegaréis a provocarlas. Ni por una ligera indisposición debéis dar al niño medicinas ni ir en busca del médico, sobre todo si es un industrial que se apresure a llenaros la mesa de frascos y el estómago de drogas. Es más seguro confiar en la naturaleza que ponerlos en manos de un médico demasiado dispuesto a medicinarlos y a creer que, en las disposiciones ordinarias, la dieta o un régimen que a él se aproxime, no es el mejor remedio; me parece deseable, por lo que me dictan mi razón y mi experiencia, que la constitución tierna del niño exige que se actúe en ella lo menos posible y cuando la necesidad absoluta lo requiera. Un poco de agua de adormideras fresca y destilada [39] es el verdadero remedio contra la indigestión, el reposo, la dieta; con frecuencia ponen término, en sus comienzos, a indisposiciones que, por el empleo demasiado pronto de remedio, podrían convertirse en enfermedades graves. Cuando este tratamiento moderado no baste para atajar la enfermedad naciente e impedir que degenere en enfermedad caracterizada, será entonces tiempo de consultar la opinión de algún médico sobrio y discreto. En esta parte espero ser fácilmente creído, y nadie dudará del consejo de un hombre que ha gastado algún tiempo en el estudio de la medicina, cuando aconseja que no se acuda demasiado pronto a ella y a los médicos.

§ 30. Hemos terminado lo concerniente al cuerpo y a la salud, lo cual se reduce a estas pocas reglas, fácilmente observables. Plenitud de aire libre, de ejercicio y de sueño, régimen sencillo, ni vino ni bebidas fuertes, y pocas o ninguna medicina; vestidos que no sean ni demasiado calurosos ni estrechos; conservar fríos, especialmente, la cabeza y los pies, y bañar éstos con frecuencia en agua fría y exponerlos a la humedad.

---

hasta los tiempos de LOCKE. Hoy es indudable que ninguna droga tiene un poder profiláctico contra las enfermedades. (J. F. P.)

[38] *Diet-drinks*, es decir, bebidas medicinales, en cuya confección ponían tanto orgullo nuestras abuelas. (R. C. D.)

[39] *Cold*, frío; *stilled*, destilada, calmante; *poppi-Water*, agua de adormideras. COSTE traduce: «Un poco de agua fresca, mezclada con agua de flor de adormidera roja». COMPAYRÉ, aceptando la traducción de COSTE, indica en una nota que los farmacéuticos modernos no emplean este agua sino como materia colorante.

SECCIÓN II. §§ 31-42

El espíritu

§ 31. Después de tomar las debidas precauciones para conservar el cuerpo fuerte y vigoroso, para que pueda obedecer y ejecutar las órdenes del espíritu, la próxima tarea es la de mantener recto el espíritu para que esté siempre dispuesto a no consentir nada que no esté conforme con la dignidad y excelencia de una criatura racional.

§ 32. Si es verdad lo que hemos dicho al comienzo de este discurso, como es indudable que lo es; a saber: que las diferencias que se encuentran en las costumbres y las aptitudes de los hombres, son debidas a su educación más que ninguna otra cosa [1]; debemos de-

---

[1] Véase Introducción. HELVECIO, que se proclamaba discípulo de LOCKE, sostiene en su libro *De l'Homme et de ses facultés intellectuelles*, que la educación es el único factor del progreso humano, que las actitudes originales son iguales; que la diferencia entre unos hombres y otros no procede de su organización ni de su naturaleza, y que la educación lo es todo. (Véase COMPAYRÉ, II, 221). Incluye, desde luego, «aquellos *colaboradores* ocultos del maestro, las caricias de la nodriza y de los padres, los primeros juegos, las primeras sensaciones, los primeros paisajes que se ofrecen a la vista; después, cuando se llega a la adolescencia, la forma de gobierno, la morala pública, la religión del país, la posición que se ocupa en el mundo, la fortuna o la pobreza, las amistades o los amores» (I, 225). LOCKE es demasiado cauto para caer en el error de su discípulo; pero tampoco atribuye suficiente preeminencia a las características hereditarias y a la estrecha dependencia entre el cuerpo y el espíritu. (N. del R. C. D.)

La educación a los ojos de LOCKE tiene, ante todo, un carácter moral;

ducir que ha de ponerse gran cuidado [2] en formar el espíritu de los niños y darles aquella preparación temprana que influirá en el resto de su vida; porque cuando obren bien o mal, a su educación se dirigirá el elogio o la censura; y cuando cometan alguna falta, se les aplicará el dicho vulgar de que es consecuencia [3] de su educación.

§ 33. Como la fortaleza del cuerpo consiste principalmente en ser capaz de resistir la fatiga, lo mismo ocurre con la del espíritu. Y el gran principio o fundamento de toda virtud y mérito estriba en esto, en que un hombre sea capaz de rehusarse la satisfacción de sus propios deseos, de contrariar sus propias inclinaciones y seguir solamente lo que su razón le dicta como lo mejor, aunque el apetito le incline en otro sentido [4].

§ 34. La gran falta que he observado en el modo como las gentes educan a sus hijos, es la que no han tenido bastante cuidado con ello en la ocasión oportuna; la de que no se sabe formar su espíritu en la disciplina, habituarlos a plegarse ante la razón en la edad en que son más tiernos, más flexibles. Los padres a quienes la naturaleza ha dispuesto sabiamente a que amen a sus hijos, se ven llevados, si la razón no modera su afecto tan fuerte, naturalmente, a dejarlo degenerar en ciega ternura [5]. Aman a sus niños, y ese es su deber; pero, con frecuencia, aman sus defectos con sus personas. No se debe contrariar a los niños, dicen. Es preciso dejarlos hacer su voluntad en todo, y como en su infancia no se hacen culpables de grandes crímenes, los padres piensan que pueden tolerar sin gran peligro sus irregularidades y convertir en juego la bella perversidad que creen muy adecuada a la edad de la inocencia. Pero a un padre inconsciente que no quería castigar a su hijo por un rasgo perverso, sino que pretendía excusarlo, diciendo que era

---

tiene por objeto formar hombres que tengan conciencia de su dignidad, provistos de buenos hábitos, discretos más que instruidos. LOCKE pertenece a esa escuela de pedagogos que pone las cualidades morales por encima de las intelectuales.

[2] *Seasoning*. Es decir, preparación. Se habla así de *seasoning*, los árboles, para prepararlos contra los efectos del calor; de *seasoning*, el cuerpo, para precaverlo contra un clima determinado, y así sucesivamente.

[3] *Suitable to their breeding*. Es decir, de acuerdo con su crianza o educación.

[4] COMPAYRÉ recuerda a este propósito la fórmula de KANT: «Sólo una cosa debe tenerse por buena sin restricciones, y es la buena voluntad».

[5] FONDNESS: Loca indulgencia. (R. C. D.)

una cosa pequeña, reprendió Solón justamente, replicando, que sería poca cosa, pero el hábito era cosa grande [6].

§ 35. El pequeño debe saber dar golpes, decir injurias, debe tener lo que pide a gritos y hacer lo que quiera; así los padres, halagando y mimando a los niños cuando son pequeños, corrompen en sus hijos los principios de la naturaleza y se lamentan luego al gustar las aguas amargas cuando son ellos los que han envenenado la fuente; en efecto, cuando crecen los niños, y con ellos sus malos hábitos; cuando son ya demasiado grandes para ser doblegados y los padres no puedan ya hacer de ellos sus juguetes, entonces no se oyen más que lamentos. Los padres los encuentran indóciles y perversos; les sorprende su terquedad; les aterran sus malas inclinaciones, que ellos mismos han infundido y fomentado, y entonces, quizás demasiado tarde, quisieran poder arrancar estas malas hierbas que han plantado con sus propias manos y que ahora han echado raíces demasiado profundas para que puedan ser fácilmente extirpadas. Si se ha acostumbrado, en efecto, al niño a hacer su voluntad en todas las cosas desde que estaba en mantillas. ¿Por qué sorprende que desee y se esfuerce por hacer lo mismo cuando gaste pantalones? Claro está que, a medida que se aproxima a la edad del hombre, sus defectos tienen más relieve; de suerte que hay pocos padres bastante ciegos para dejar de percibirlos, pocos tan insensibles que no sientan los malos efectos de su indulgencia. El niño ha dominado la voluntad de su aya cuando aun no ha sabido hablar o andar, ha vencido a sus padres desde que supo vestirse, y ¿por qué queréis que ahora, de pronto, domine sus caprichos y se doblegue ante la voluntad ajena? ¿Por qué ha de perder a los siete, a los catorce o a los veinte años el privilegio que la indulgencia de los padres les ha concedido durante tanto tiempo? Haced el ensayo con un perro, con un caballo o en cualquier otro animal, y veréis si es fácil desarraigar cuando son grandes los males y tena-

---

[6] LOCKE parece citar a Montaigne de memoria. En el capítulo «De la costumbre», Montaigne refiere la conversación: Platón reprendió a un niño que jugaba con nueces. Éste le respondió: «Me riñes por poca cosa». «La costumbre, replicó Platón, no es poca cosa». Según COSTE, la autoridad original, Diógenes Laercio, dice que Platón reprendió a un hombre por jugar a los dados. Que LOCKE pensaba en los «Ensayos» de MONTAIGNE, es casi seguro por lo que en él se inspira en la próxima sección. (N. del R. C. D.)

Lord Bacon atribuye la historia a Platón. Erasmo da otra versión de ella, próximamente la misma da COSTE.

ces los hábitos que contrajeron siendo pequeños. Y, sin embargo, ninguno de estos animales es tan voluntarioso, tan fogoso ni tan ávido de conquistar el gobierno de sí mismo y de los demás, como lo son las criaturas humanas [7].

§ 36. Somos, generalmente, lo bastante discretos para comenzar la educación de los animales cuando son jóvenes; para disciplinarlos pronto si queremos adaptarlos a nuestros propósitos. Sólo a nuestra prole olvidamos en este punto; y habiendo hecho de ellos niños malos, esperamos locamente que sean hombres buenos. Si es preciso dar al niño ciruelas, siempre que se le ocurra, más bien que dejarle gritar o desolarse, ¿como, cuando sea grande, ha de renunciar a obtener la misma satisfacción, cuando su deseo le arrastra al vino o a las mujeres? Estos son los objetos naturales de las inclinaciones de un joven en el mismo grado que las golosinas que pedía gritando cuando era chico; son los objetos naturales de los deseos del niño. El mal no es tener deseos apropiados a los gastos y a las ideas de cada edad; el mal es no saber someter estos deseos a las reglas y a las restricciones de la razón. La diferencia no consiste en tener o no tener pasiones, sino en poder o no gobernarse; contrariarse en su satisfacción. El que no haya contraído el hábito de someter su voluntad a la razón de los demás cuando era joven, hallará gran trabajo en someterse a su propia razón cuando tenga edad de hacer uso de ella. Y ¿qué hombre será un niño educado así? Es fácil preverlo.

§ 37. Estos son los descuidos cometidos, ordinariamente, por los mismos que parecen tener mayor cuidado de la educación de sus hijos. Pero si observamos la manera como proceden ordinariamente, tendremos razón para admiramos de que en la gran corrup-

---

[7] Compárese con MONTAIGNE: «Encuentro que nuestros más grandes vicios toman su pliegue desde nuestra más tierna infancia, y que nuestro principal gobierno está entre las manos de las nodrizas. Constituye un pasatiempo para las madres ver a sus hijos retorcer el cuello a un polluelo o herir a un perro o a un gato, y algunos padres serán tan imbéciles que tomen a buen augurio de un espíritu marcial el ver a su hijo afrontar a un campesino o a un lacayo que no se defiende, y por gentileza, el que burla a su camarada con alguna maliciosa deslealtad y engaño. Éstas son, sin embargo, las verdaderas raíces de la crueldad, de la tiranía, de la traición; allí germina, crecen gallardamente, y florecen en manos de la costumbre. Y es una costumbre muy peligrosa excusar estas malas inclinaciones por la debilidad de los años y por la trivialidad del sujeto. (I, XXII)

ción de maneras[8] de que se queja el mundo, pueda subsistir todavía algún principio de virtud. Quisiera que se me indicase un defecto que los padres, y los que rodean al niño, no les imbuyan[9], y del que no echen la semilla tan pronto como son capaces de recibirla. No aludo con esto solamente a los ejemplos que se le dan, los modelos que se colocan ante sus ojos, y que ya son un estímulo suficiente; pero lo que afirmo aquí es que se le enseña directamente el vicio y se les desvía de la virtud. Antes de que pueda aún andar, se le inculcan principios de violencia, de resentimiento, de crueldad. Pégame, para que yo te pegue, es una lección que el niño oye todos los días, y se piensa que esto no significa nada porque sus manos no tienen todavía bastante fuerza para hacer daño. Pero yo pregunto: ¿no se corrompe así su espíritu? ¿No se pone ante sus ojos la práctica de la fuerza y de la violencia? Y si se le ha enseñado, en su infancia, a golpear, a pegar a su camarada, excitándolo; si se le ha habituado a verle sufrir, ¿no se le prepara a que obre él de igual modo cuando sea bastante fuerte, para hacer sentir sus golpes y pueda pegar intencionadamente?

Los vestidos, que tienen, naturalmente, por razón de ser el pudor, el calor y la defensa, son, por el loco vicio de los padres, recomendados a sus hijos para otros usos. Se hace de ellos materia de emulación y vanidad. Se inspira a un niño una verdadera pasión por un traje, porque es bello; y cuando se oprime a una niña en su traje nuevo y en su peinado a la moda, ¿qué menos puede hacer una madre que enseñarle a admirarse a sí misma, llamándole «reinecita mía, princesa mía»? Así es como los niños pequeños aprenden a inspirar su vanidad en sus trajes antes de ser capaces de ponérselos por sí mismos. Y ¿por qué no han de continuar vaneglorián dose de elegancia exterior por mérito de su sastre o de su peinadora, cuando sus padres les han enseñado, desde muy jóvenes, a hacerlo así?

Del mismo modo, las mentiras y los equívocos; las excusas, que difieren tan poco de las mentiras, se ponen en labios de los niños. Se alaba que recurran a ellas los niños y los aprendices cuando va en beneficio de los padres y los patronos. Y ¿cómo suponer que

---

[8] *Maners*. Es decir, morales. «Las malas compañías corrompen las buenas maneras» (costumbres). (N. del R. C. D.)

[9] *Season*. Es decir, imbuir con, como si fuera una anticipación de las necesidades de su vida posterior. (N. del R. C. D.)

el niño, que ha visto que se le autorizaba, que hasta se le estimulaba a alterar la verdad cuando era en beneficio de su honrado patrón, no ha de aprovechar el mismo permiso para él cuando pueda ser en beneficio suyo?

Sólo la escasez de fortuna impide a las gentes del pueblo estimular la intemperancia en sus hijos, provocarla mediante golosinas, invitarles a comer o a beber más de lo necesario. Su propio mal ejemplo, cuando el abuso se coloca en su camino, muestra, bien claramente, que no es por aversión a la embriaguez o a la glotonería, sino solamente por falta de recursos por lo que se abstienen de estos excesos. Si, por otra parte, observamos las casas de los que son un poco más favorecidos por la fortuna, el beber y el comer constituyen, hasta tal punto, el principal objeto y la mayor felicidad de la vida, que se considera que es olvidar a los niños el no hacerles partícipes de ello. Las salsas y los platos muy sazonados; los alimentos de todas clases, difrazados por las artes culinarias, he aquí a lo que se acude para excitar su paladar cuando tienen el vientre lleno; y entonces, ante el temor de que no esté bastante recargado su estómago, se encuentra un pretexto para darles otro vaso de vino con objeto de aligerarles la digestión; aun cuando, en realidad, servirá, únicamente, para aumentar la indigestión.

Si un niño acomodado está ligeramente indispuesto, el primer problema que nos proponemos es este: ¿qué va a comer el niño? ¿Qué podemos inventar para satisfacerle? Se le insta, insistentemente, para que coma y beba, y se ponen en práctica toda clase de artificios a fin de encontrar algo exquisito, algo bastante delicado, que triunfe de la falta de apetito que la naturaleza ha colocado, sabiamente, en los comienzos de las enfermedades como una defensa contra su agravación, con objeto de que el estómago, desembarazado del trabajo ordinario de la digestión, y descargado de todo peso nuevo, pueda tener descanso para corregir y dominar los malos humores [10].

Aun cuando los niños sean bastante felices para tener padres discretos, cuya prudencia les preserve de los excesos de la mesa y les someta a la sobriedad de un régimen simple y frugal, es difícil que su espíritu escape a los influjos envenenados que les corrompen. Gracias al régimen que siguen cuando están vigilados, puede ser

[10] *Peccant humors*. Una frase favorita de los antiguos fisiólogos para expresar los humores morbosos del cuerpo.

garantizada su salud; pero sus deseos, en general, deben conformarse, necesariamente, a las lecciones de epicureismo que se les da por todas partes a este propósito. La recomendación de que coman bien, que oyen siempre, no puede menos de ser un incentivo a su natural apetito, y llevarlos, rápidamente, a desear una mesa bien servida y costosa. ¿No es esto, en efecto, lo que todo el mundo, aun los que reprueban este vicio, llaman vivir bien? Y ¿qué podrá decir la razón contra el testimonio público? ¿Puede esperarse que se le escuche cuando denuncie estos hábitos como hábitos sensuales, cuando la sensualidad es tan enérgicamente aplaudida y tan universalmente honrada por las gentes de posición?

Este es ahora un vicio tan inveterado y que tiene tan poderosos partidarios, que no sé si aún pretende el título de virtud, y si no pasaría por loco, o por ignorante de las cosas del mundo, el que abriese sólo la boca para atacarlo. Y sospecho que mi discurso sobre este punto pudiera ser criticado como una pequeña sátira, fuera de mi propósito sino lo adujese con objeto de que pudiera excitar y aumentar el cuidado y la vigilancia de los padres para la educación de sus hijos, haciéndoles ver cómo están sitiados por todos lados, no solamente por tentaciones propias para corromperles, sino por profesores del vicio que quizás se encuentren entre las personas que consideren como garantías de seguridad [11].

No quiero extenderme más sobre este asunto, y aun menos insistir sobre todos los detalles que monstrarían el mal que se produce por mimar a los niños e inculcarles los principios del vicio; pero yo ruego a los padres que consideren seriamente si hay un solo vicio, o un solo defecto, que no se enseñe a los niños, y si no es deber suyo, y de su discreción; procurarles otras enseñanzas.

Los caprichos

§ 38. Me parece evidente que el principio de toda virtud y de toda excelencia moral consiste en el poder de rehusarnos a nosotros mismos la satisfacción de nuestros propios deseos cuando la razón

[11] En estas recomendaciones de LOCKE contra los malos ejemplos y los influjos perjudiciales del medio social, se encuentra, quizás, el germen de la paradoja pedagógica de ROUSSEAU, quien, en el *Emilio*, aisla absolutamente a su discípulo, y le prohíbe todo contacto con la sociedad. (N. de COMPAYRÉ).

no los autorice. Este poder ha de ser adquirido y desenvuelto por el hábito, y se hace fácil y familiar por una práctica temprana. Si, pues, se me escuchara, diría que, contra el método ordinario, debe acostumbrarse a los niños a dominar sus deseos y a prescindir de sus caprichos, aun desde la cuna. Lo primero que habría que enseñarles es que todas las cosas que se les dan no las obtienen porque les sean agradables, sino porque se piensa que les son útiles. Si se les proporcionara las cosas que satisfacen sus necesidades, de tal modo que nunca se les diera lo que reclaman a gritos, se acostumbrarían a prescindir de ellos, y no aspirarían ya a querer ser los dueños a fuerza de alborotar y regañar, ni serían tan útiles para los demás y para ellos mismos por no haber sido tratados así desde el comienzo de su educación [12].

§ 39. No quiere decir esto que no se tenga con el niño ninguna indulgencia, ni esperar que a esa edad tenga la razón y la prudencia de un consejero. Lo considero como a niño, y, como tal, debe ser tratado con ternura, y jugar y tener juguetes. Lo que quiero decir es que siempre que quiera obtener una cosa o realizar una acción que no le convenga no se le debe conceder bajo pretexto de que es pequeño y porque lo desea; es preciso, por el contrario, siempre que reclame algo con inoportunidad, hacerle comprender que, por lo mismo, le será negado. He visto niños a la mesa que, sea lo que quiera lo que tengan delante, no piden nunca nada, sino que toman gustosamente lo que les dan; y he visto a otros gritar por todo lo que ven, y es preciso darles de todos los platos, y aun, a veces, servirles los primeros. ¿De qué proviene esta gran diferencia? De que unos han sido acostumbrados a obtener todo lo que piden a gritos, y otros a prescindir de ello. Mientras más pequeños son, más preciso creo resistir a sus apetitos desarreglados y desordenados, y mientras menos razón tengan por sí, más sometidos deben estar al poder y al dominio de los que los tengan en sus manos. De aquí resulta, hay que confesarlo, que no deben rodearles sino personas discretas. Si la gente, en general, procede de otro modo, no podemos remediarlo. Yo digo lo que creo necesario que se haga, porque, si estuviese ya de moda el hacerlo, no necesitaría yo importunar a las gentes con un sermón sobre este asunto. Sin embargo, yo no dudo que, si se considerase esto, serían otros de mi

[12] «No se debe ceder ante los gritos de los niños, ni aun en su primera juventud, ni dejarles este medio de obtener lo que quieran». (KANT).

misma opinión, según la cual, mientras más pronto se inicie este camino con los niños, más fácil será para ellos, y también para sus ayos; y que debe observarse como una máxima inviolable el que jamás deben obtener con sus gritos o importunidades lo que se les haya negado una vez, al menos que se les quiera enseñar a ser impacientes y molestos recompensándolos porque sean así.

§ 40. Los que pretendan gobernar a sus hijos deben comenzar, cuando son muy pequeños, por obtener de ellos una sumisión completa a la voluntad de sus padres. Si queréis tener un hijo que os obedezca, transcurrida la edad infantil, afirmad la autoridad paterna tan pronto como el niño sea capaz de sumisión y pueda comprender de quién depende. Si queréis que os tenga respeto, inculcadle este sentimiento desde la infancia, y, a medida que avance hacia la edad viril, admitidlo más íntimamente en vuestra familiaridad. De este modo tendréis un ser obediente (como conviene que lo sea) mientras sea niño, y un amigo cariñoso cuando sea hombre. Porque, en mi opinión, es engañarse gravemente respecto de la conducta que debe observarse con los niños el mostrarse indulgente y familiar con ellos cuando son pequeños, y, por el contrario, ser severos y tenerlos a distancia cuando son mayores. La libertad y la complacencia no pueden ser buenas con los niños. Como les falta juicio, tienen necesidad de dirección y de disciplina. Por el contrario, una severidad imperiosa es una mala manera de conducirse con los hombres que tienen por sí mismos bastante razón para dirigirse, al menos que penséis tener hijos que, cuando crezcan, se cansen de vosotros, y se digan por lo bajo: Padre mío, ¿cuándo os moriréis?

§ 41. Yo creo que todos juzgarán razonable que sus niños, cuando son pequeños, deben mirar a sus padres como sus señores, como sus gobernantes absolutos, y que como a tales les teman, y que cuando lleguen a la edad madura no vean en ellos sino sus mejores amigos, los únicos seguros, y que, como a tales, los amen y reverencien. Si no me equivoco, el camino indicado es el único para conseguirlo. Hemos de considerar que nuestros hijos, cuando crezcan, serán semejantes nuestros, con las mismas pasiones y los mismos deseos. Nosotros queremos ser considerados como criaturas racionales y tener nuestra libertad; queremos que no nos molesten continuamente con reprimendas, con un tono severo; no podríamos soportar en los que frecuentamos la severidad excesiva, el hábito de tenernos a distancia. El que fuera tratado así, al llegar a hombre se apresuraría a buscar otra sociedad, otros amigos, otras

relaciones [13] con las que pudiese vivir más libremente. Si, pues, desde los comienzos se tiene bien sujeto a los niños, que son fáciles de gobernar durante su primera edad, se someterán sin murmurar a este régimen, pues no han conocido otro. Y si, a medida que adquieren uso de razón, se tiene cuidado de suavizar dulcemente el rigor de la disciplina; si, a medida que se hacen dignos de ello, les mira el padre más sonriente, y poco a poco acorta las distancias, entonces el temor primero se convertirá en amor, porque comprenderán que sólo habrá ternura y cuidado para hacerlos capaces del favor de sus padres y de la estimación de todo el mundo.

§ 42. Tales son las reglas generales que habéis de seguir para establecer vuestra autoridad sobre vuestros hijos en general. El temor y el respeto deben proporcionaros el primer dominio sobre sus espíritus, y el amor y la amistad en los años más maduros, porque debe llegar el tiempo en que se prescinda del látigo y de los castigos, y entonces, si la afección que os tienen no basta para hacerlos obedientes y amantes de su deber, si el amor de la virtud y el amor propio no los mantiene en el buen camino, yo pregunto: ¿Con qué influjo contáis para obligarles a conducirse bien? Sin duda, el temor de recibir una porción escasa, si os desagradan, podrá esclavizaros a vuestro deseo en apariencia, pero en privado no les impedirá conducirse mal, y, por otra parte, ese temor no durará siempre. Es preciso que, tarde o temprano, el hombre se consagre a sí mismo y a su propia conducta, y sólo será hombre bueno, virtuoso y capaz el que es así anteriormente [14]. Y, por consiguiente, lo que ha de recibir de la educación, lo que ha de influir en toda su vida, se le debe inspirar desde muy temprano; es decir, los hábitos que han de ser los verdaderos principios de sus actos, y no las apariencias hipócritas, la careta blanqueada, que sólo da miedo a los niños porque quieren evitar la cólera del padre, que quizá los desherede.

---

[13] *Other conversation*. Es decir, otras relaciones con quienes conversar.

[14] Éste es un principio muy importante para padres y maestros. Un sistema de disciplina severo puede evitar la corrupción exterior de la conducta, pero la corrupción desaparecerá al mismo tiempo que la disciplina. Nuestra aspiración no debe ser vencer las dificultades actuales y cubrir a nuestros hijos y discípulos de una delgada capa de buena conducta, que durará justamente lo que dure la infancia, sino inculcarles principios y formar hábitos que continúen ejerciendo su benéfico influjo toda la vida. (N del R. C. D.).

Los castigos

§ 43. Después de estas explicaciones generales sobre el método que debe seguirse, conviene considerar más particularmente los extremos de la disciplina que ha de emplearse. He hablado tanto de la necesidad de dirigir a los niños con mano firme, que quizás sospechéis que no tengo lo bastante en cuenta lo que se debe a su tierna edad y constitución. Pero desecharéis esa opinión cuando me oigáis un poco más; porque yo me inclino mucho a pensar que la gran severidad en los castigos hace muy poco bien y, por el contrario, mucho mal en la educación; y yo creo que todos reconocerán que, *caeteris paribus*, los niños más castigados son los menos aptos para ser los hombres mejores. Todo lo que hasta aquí he establecido es que, cualquiera que sea el grado de rigor necesario, debe usarse mejor cuando el niño es más pequeño. Una vez que ha producido su efecto esta severidad, convenientemente aplicada, conviene suavizarla y convertirla en una forma más dulce de gobierno.

§ 44. Si los padres han sabido, por medio de una dirección firme, hacer complaciente y flexible la voluntad de sus hijos, antes de que tengan memoria para recordar los comienzos, les parecerán éstos naturales, y actuarán, por otra parte, en ellos como si lo fueran en efecto, y prevendrán así toda ocasión de resistencia y revuelta. Es preciso solamente tener cuidado de comenzar pronto y mostrarse inflexible hasta que el temor y el respeto se hayan hecho sentimientos familiares para el niño y no se sienta el menor esfuerzo en la sumisión, en la obediencia espontánea de su espíritu. Una vez que ha tomado este hábito del respeto (lo cual debe ocurrir muy pronto o costará recobrarlo mucho esfuerzo y muchos golpes, mien-

tras más tiempo se haya diferido), y mezclando siempre tanta más indulgencia cuanto mejor uso haga de ella, y no por los golpes, por las riñas y otros castigos serviles, será preciso gobernarle a medida que adquiera más inteligencia [1].

§ 45. Que esto es así, no puede por menos de reconocerse si se considera lo que ha de amarse como una educación ingénua (*ingenuos:* ingénua, natural. Compayré dice *liberal)* y lo que ha de procurarse con ella. 1.° El hombre que no tenga dominio sobre sus inclinaciones, que no sepa cómo resistir la importunidad del placer o el dolor presente, conformándose a lo que la razón le dice que debe hacerse, falta a los principios verdaderos de la virtud y de la prudencia, y se expone a no ser jamás bueno para nada. Es preciso, pues, cultivar con tiempo estas disposiciones que son contrarias a la naturaleza abandonada a sí misma; es preciso hacer de estos hábitos los verdaderos fundamentos de la felicidad y del saber vivir; es preciso inculcarlos en el espíritu lo más pronto posible, desde que aparecen los primeros vislumbres de la inteligencia; es preciso, en fin, que todos los que dirigen la educación de un niño, cuiden de ello por todos los medios imaginables.

§ 46. 2.° Por otra parte, si el espíritu del niño se halla demasiado humillado y servil, si sus facultades se hallan demasiado abatidas y enervadas por el exceso de una disciplina demasiado rigurosa, pierden todo su vigor, toda su actividad, y caen en un estado peor que el precedente. En efecto, los jóvenes aturdidos que tienen viveza de espíritu, pueden, a veces, reformarse y hacerse hombres capaces y aun grandes hombres; pero los espíritus abatidos, tímidos y sumisos, los espíritus bajos y débiles, no pueden sino difícilmente enderezarse, y es raro que alcancen algo. Evitar a la vez los dos peligros, es el gran arte. El que ha encontrado el medio de conservar en el niño un espíritu fácil, activo y libre, apartándole al mismo tiempo de muchas cosas que atraían su espíritu, e inclinándole a acciones que le son desagradables, el que ha sabido conciliar estas contradicciones aparentes, es el que, a mi juicio, ha descubierto el secreto de la educación [2].

---

[1] Rechazo toda violencia en la educación de un alma tierna que se adiestra para el honor y la libertad. MONTAIGNE, *Ensayos* (II, VIII).

[2] Es consolador reconocer que este secreto ha sido descubierto en gran número de nuestras escuelas. Sin castigos corporales ni temores de ningún género, conformándose simplemente a las leyes naturales y apelando a motivos legítimos, puede hacerse que los niños dominen sus inclinaciones na-

§ 47. El método usual, el más corto y más cómodo [3], el de los castigos y el látigo, que es el único instrumento de gobierno que los tutores conocen generalmente, es el menos eficaz de los que pueden utilizarse en la educación, porque incurre en los dos efectos que, como hemos mostrado, son el Scylla y el Carybdis, y por un lado o por otro, vienen a hacer fracasar todas las educaciones mal dirigidas.

§ 48. 1.° Esta clase de castigos no contribuyen en absoluto a dominar nuestra propensión natural a la indulgencia corporal y al placer presente, y a evitar al dolor a toda costa [4]; por el contrario, la aumentan y fortifican en nosotros la disposición de donde brotan todas las acciones viciosas, todas las irregularidades de la vida. ¿Cuál es, en efecto, el sentimiento que gobierna entonces al niño, sino el amor al placer y el temor al dolor sensible, cuando estudia la lección contra su gusto o se abstiene de comer un fruto malsano que le es agradable, únicamente por el temor de ser azotado? No hace, en este caso, sino preferir el gran placer o evitar la pena sensible mayor. Y ¿qué es esto, digo yo, sino proponer análogos motivos a su conducta y a sus acciones, y cultivar en él la disposición que debemos precisamente desarraigar y destruir? Por consiguiente, no puedo pensar que sea útil para el niño una corrección, cuan-

turales, sin perder la viveza y alegría propias de la infancia. No aumentar gratuitamente la libertad del niño, hacerle sentir que no le imponéis ninguna restricción, sino que procuráis promover su felicidad, acudir al auxilio de todos los motivos razonables que puedan apoyar el deber cuando éste sea penoso, no imponerle ninguna tarea para la que sea demasiado joven o demasiado débil, ofrecerle oportunidades para los recreos inocentes de su espíritu exuberante, y veréis cómo consigue el dominio sobre sí mismo, y sigue siendo, sin embargo, «dispuesto, activo y libre». (R. C. D.).

[3] Los maestros, cuando recurren al castigo corporal, es porque son perezosos para evitar ocasiones de ofensa y para aplicar correctivos morales que, aun cuando eficaces a la larga, son, con frecuencia, de efecto lento. Una gran cantidad de castigos corporales, se deben a la incapacidad técnica de los maestros, que ignoran cómo se enseña o cómo se mantiene el orden. LOCKE no condena el castigo corporal en todos los casos, sino aplicado sistemáticamente. En el párrafo 78 parece que lo aprueba en los casos de insubordinación. En el 87 lo recomienda aun en casos de persistente necesidad de aplicación. (N. del R. C. D.). Como indica COMPAYRÉ en una nota de su traducción, no es esto de extrañar, teniendo en cuenta lo universalmente extendidos que estaban entonces los castigos corporales. Pero esta concesión de LOCKE no deja de hallarse en contradicción con el espíritu de su pedagogía.

[4] *At any rate; à quelque prix que ce soit,* traduce COSTE

do la vergüenza de haberla sufrido por haber cometido una falta, no actúa sobre su espíritu más que la pena misma.

§ 49. 2.° Esta especie de corrección lleva necesariamente a una especie de aversión por las cosas que es deber de los preceptores procurar que amen. En efecto, nada más ordinario que ver a los niños detestar cosas que no les repugnaban al principio, únicamente porque les han valido reprimendas, golpes y malos tratos. Y ¿cómo asombrarse de que ocurra esto cuando los hombres mismos no se aficionarían a nada por tales medios? ¿Qué hombre no tomaría aversión por una diversión inocente e indiferente en sí misma, si a fuerza de golpes y de injurias se procurase obligarle a aceptarla no estando dispuesto; o casi, cuando se aplicase a ello, fuese igualmente maltratado por ciertas circunstancias? Es natural que ocurra así. Las cosas más indiferentes se hacen desagradables por el hecho de las circunstancias desagradables que las acompañan: la vista sólo de la copa en que se toman ordinariamente medicinas repugnantes, levanta el estómago y no se podría tomar en ella nada con gusto aun cuando la copa fuese de las más limpias, de las más elegantes y hecha del cristal más fino.

§ 50. 3.° En fin, una disciplina servil forma caracteres serviles. El niño se somete y finge obediencia en tanto que el temor al látigo actúa sobre él; pero cuando se libra de él y no lo tiene a la vista y puede prometerse la impunidad, da rienda suelta a sus naturales inclinaciones, las cuales, lejos de debilitarse por este método, se aumentan por el contrario y se fortifican en él, y, en un instante dado, estallan con más violencia.

§ 51. 4.° Si prevalece la severidad llevada a sus últimos límites y cura por el momento un carácter destemplado, pone en su lugar una enfermedad peor todavía y más peligrosa, que es la de quebrar los resortes de su espíritu. Entonces, en lugar de un joven turbulento, tendréis una criatura sin energía que, aun cuando, por su sobriedad artificial guste a las gentes superficiales que quieren a los niños enmohecidos e indolentes, porque no hacen ningún ruido ni causan ninguna molestia, ni dejará de parecer a sus amigos un ser incómodo y que, en efecto, durante toda su vida será un ser inútil para sí mismo y para los demás [5].

[6] Recuérdese la ingeniosa expresión de la señora Pape Carpantier: «Si hay niños tranquilos y mudos, que son siempre «prudentes», como se dice con una irreflexión, y una ignorancia que me asombran: que no gritan, que no ríen, que no bullen, es que son niños muerto, enterrados». («Conferencia a los maestros», etc.).

De las recompensas

§ 52. Los golpes y los demás castigos serviles y corporales no convienen, pues, como medio de disciplina en la educación de un niño del que queramos hacer un hombre prudente, bueno e ingénuo, y, por consiguiente, rara vez será aplicado, y sólo en las grandes ocasiones, en casos extremos. Por otra parte, debe evitarse cuidadosamente halagar a los niños con recompensas de cosas que les gusten. El que les da manzanas, o ciruelas, o cualquier otra cosa del mismo género para decidirlos a aprender su lección, no hace sino estimular su inclinación hacia el placer y cultivar la peligrosa tendencia que debiera por todos los medios vencer y sofocar en él. No podréis abrigar la esperanza de habituarlo a dominarse si comprometéis la resistencia que lo oponéis por un lado con la satisfacción que le concedéis por otro. Para hacer un hombre bueno, prudente y virtuoso es preciso enseñarle a dominar sus apetitos, a triunfar de su inclinación por la riqueza, por la gula, por todo lo que halaga el paladar, siempre que la razón le aconseje lo contrario y el deber lo exija. Pero si le estimuláis a hacer algo conveniente, ofreciéndole dinero; si le recompensáis de la molestia de aprender la lección por el placer de comer un pedazo de pastel; si le prometéis una corbata de encaje o un bello traje nuevo para premiarle por alguno de sus pequeños trabajos escolares, ¿no es verdad que, al proponerle esta recompensa, reconocéis que son cosas muy deseables que es preciso buscar, y le estimuláis a amarlas, y le acostumbráis a colocar en ellas su felicidad? Así es como las gentes, para obtener de los niños que aprendan con celo la gramática, el baile o alguna otra cosa del mismo género, de poca importancia para la

felicidad y utilidad de su vida, empleando, fuera de propósito, las recompensas y los castigos, comprometen la virtud, invierten el orden de la educación y le enseñan el lujo, el orgullo y la avaricia, etc.; porque, por su complacencia con las malas inclinaciones, que halagan en vez de moderar, echan los cimientos de todos los vicios futuros, vicios que es imposible combatir de otro modo que plegando los deseos de los niños y acostubrándoles desde temprano a plegarse a la razón.

§ 53. No quiero decir con esto que haya que privar al niño de los recreos o de los placeres de la vida, siempre que estos placeres no impliquen perjuicio para su salud o su virtud. Quisiera, por el contrario, que toda su vida fuese lo más dulce y agradable posible, que se deslizase en el pleno goce de todo lo que pueda inocentemente encantarla, con tal, sin embargo, que tengan estos goces como la consecuencia del estado de estima y aceptación que han merecido de sus padres y tutores. Pero nunca se les deberá ofrecer o conceder como recompensa de esta o de aquella acción a la que muestren cierta repugnancia o que no realizarían por sí mismos sin aquél estímulo.

§ 54. Pero si desterramos el látigo, por un lado y por otro, estos pequeños estímulos que halagan y seducen, entonces diréis: ¿Cómo gobernaremos a los niños? Si se suprimen la esperanza y el temor, se habrá acabado la disciplina. Yo concedo que el bien y el mal, la recompensa y el castigo, son los motivos únicos para una criatura racional [1]; son como los aguijones que excitan a la acción y como las riendas que guían al género humano entero, y por con-

[1] No comprendo la afirmación de LOCKE, de que nada pesa sobre «la criatura racional», sino la consideración de la pérdida o el beneficio personales. Yo interpreto así su sentido: Una criatura racional es influída, no por pasiones o por cosas análogas, sino por un cálculo de lo que producirá bien o mal, a él mismo o a los otros. El bien o el mal que siguen a ciertas acciones, son recompensa o su castigo. En este sentido parece decir LOCKE que la recompensa y el castigo son los únicos motivos para una criatura racional; sin embargo, aun las criaturas racionales pueden obrar a veces por sentimiento, sin cálculo. Las acciones, como las palabras, pueden venir derechamente de «la espontaneidad del corazón». El culto a la razón lleva a LOCKE a sobreestimar el influjo de la reflexión y el cálculo; y en esta sección atribuye a «toda la humanidad» una visión constante del futuro, aunque la mayor parte de las gentes se hallan, la mayor parte de su vida, dominadas enteramente por el momento presente». (N. del R.H.Q.).

siguiente, deben usarse con el niño también. Porque advierto a sus padres y gobernantes que deben tener siempre presente en su espíritu que el niño ha de ser tratado como una criatura racional[2].

§ 55. Reconozco que hay que aplicar al niño recompensas y castigos si queremos influir en él. Pero el error que combato es de que están mal escogidos aquellos de que se hace uso generalmente. El dolor y el placer corporales son, a mi juicio, de funesto efecto cuando se convierten en recompensas y castigos para que el hombre prevalezca sobre el niño; porque, como ya he dicho, no sirven sino para aumentar y fortalecer aquellas inclinaciones que constituye nuestra tarea, el someter y subyugar. ¿Qué principio de virtud habéis echado en el espíritu del niño si no llegáis a apartarlo de desear un placer, sino proponiéndole otro placer? No hacéis así sino dar más fuerza a sus apetitos y excitar su deseo por un gran número de objetos. Si un niño grita para conseguir un fruta peligrosa y malsana, procuraréis tranquilizarle dándole una golosina inofensiva. Con esto conservaréis, quizás, su salud, pero estropearéis su espíritu; le precipitaréis en un mayor desorden todavía. Cambiáis, en efecto, el objeto solamente; no halagáis menos sus apetitos y le permitís que se satisfaga, que es donde están las raíces del mal, hasta que lo hayáis puesto en estado de soportar la negativa de esta satisfacción; habréis conseguido hacerle, por un momento, prudente y pacífico, pero no habréis curado la raíz del mal. Con esta manera de proceder fomentáis y acariciáis en él el instinto, que es la fuente de donde brotan todos los males, y podéis estar ciertos de que, en la primera ocasión, este instinto estallará de nuevo con más violencia, le inspirará una pasión más ardiente y os causará más enojo.

§ 56. Las recompensas y los castigos, por consiguiente, que os servirán para mantener en el orden a vuestros hijos, son de una naturaleza muy distinta, y de tal fuerza que, cuando conseguimos que actúen una vez, está todo resuelto, a mi juicio y la dificultad vencida. La estimación y la desestimación (el *honor* y el *deshonor*, traduce Compayré) son, entre todas las cosas, los incentivos más poderosos para el espíritu, cuando se han hecho sentir una vez. Si con-

[2] Algunos maestros parecen creer impropio de su dignidad el dar razones de sus órdenes y se encastillan en su *sic volo, sic jubo* de la autoridad; pero la obediencia obtenida así no tiene, con frecuencia, ningún valor, y el hábito de prestar una deferencia irracional a la autoridad y de acatar como una sumisión mecánica la fuerza superior, es peligroso para el futuro. (N. del R. C. D.).

seguís inspirar a vuestros hijos el amor al crédito [3] (el sentimiento del honor, traduce Compayré) y el temor a la vergüenza y al deshonor, habréis establecido en su espíritu los verdaderos principios que no cesarán de disponerlos al bien. Pero, preguntaréis, ¿cómo puede lograrse esto? Confieso que, a primera vista, no parece exento de dificultad; pero creo que vale la pena buscar (y poner en práctica, una vez que se hayan descubierto) los medios de llegar a un resultado en el que se encierra, a mi juicio, el gran secreto del arte de la educación.

§ 57. En primer lugar, los niños (antes, quizás, de lo que pensamos) son muy sensibles a las alabanzas y cumplimientos. Encuentran placer en ser estimados y apreciados, sobre todo por sus padres y por todos aquellos de quienes dependen. Si, por consiguiente, el padre los acaricia y halaga cuando obran bien, y les muestra, por el contrario, un aire frío e indiferente cuando han hecho algo malo, y esto va acompañado de una conducta igual de la madre y de todos los que les rodean, al poco tiempo se les hará sensible la diferencia. Estos medios, si se emplean constantemente, harán más efecto sobre su espíritu, indudablemente, que los golpes y las amenazas, que pierden su fuerza poco a poco conforme se hacen comunes, y no sirven para nada si no van acompañados de un sentimiento de vergüenza, y que es preciso, por consiguiente, no emplear jamás, excepto en los casos extremos que ya se han mencionado.

---

[3] LOCKE ha considerado siempre el sentimiento del honor como el principal resorte de las acciones humanas. He aquí lo que escribía en París en su diario, en 1678: «La fuente principal de las acciones de los hombres, la regla por la cual se conducen y el fin a que tienden, parece ser el honor y la reputación, y lo que quieren evitar a todo precio es el deshonor y la vergüenza. Esto es lo que hace que los hurones y otros pueblos del Canadá soporten con tanta constancia torturas increíbles. Esto es lo que hace a los mercaderes en un país y a los soldados en otro. Esto es lo que hace que se estudie aquí la astrología, allí las matemáticas y la Física. Esto es lo que determina la forma de los vestidos para las mujeres, las modas para los hombres... La vergüenza de ser despreciados por aquéllos con quienes se ha vivido, y cerca de los cuales quisiéramos hacernos recomendables, es el gran principio que dirige las acciones de los hombres».

Al R. H. Q. le parece peligroso exaltar esta fuerza hasta el extremo que lo hace LOCKE cuando no podemos estar seguros de la dirección en que ha de actuar. Actualmente, lo mismo puede llevar a un caballero a ser un atleta semi-profesional, que a ser un miembro útil de la sociedad.

§ 58. Pero, en segundo lugar, para hacer más profundo el sentimiento del honor y el deshonor, para darle más autoridad, es preciso que se agreguen siempre a estos dos estados diferentes, cosas agradables o desagradables; no como recompensas o castigos particulares atribuídos a tal o cual acción particular, sino como consecuencias necesarias [4] que han de seguirse siempre cuando se llega por sí mismo a un estado de desgracia o digno de alabanza. Con este modo de obrar llegarán los niños fácilmente a comprender que todos los que han merecido ser alabados y estimados por su bien obrar son, necesariamente, alabados y mimados por todo el mundo, y que obtienen todas las ventajas como consecuencias naturales de su buena conducta; mientras que, por otra parte, el niño que por alguna falta ha perdido la confianza de sus padres y no ha procurado conservar intacta su buena reputación, debe, inevitablemente, esperar la indiferencia y el menosprecio, y, por consiguiente, se verá privado de todo lo que puede satisfacerle o alegrarle. De esta manera, los objetos que desean se convierten para los niños en los auxiliares de su virtud, por poco que les haya enseñado una experiencia constante, desde los comienzos de su vida, que las cosas que les son agradables pertenecen y están reservadas únicamente a los que han guardado su buena reputación. Si por estos medios habéis conseguido una sola vez llegar a avergonzarlos de sus faltas (porque al mismo tiempo yo no quiero ningún otro castigo), si le habéis hecho sensible al placer de ser estimados, podréis hacer de ellos todo lo que queráis, y llegarán a amar todas las formas de la virtud.

§ 59. La gran dificultad proviene, de la imbecilidad y perversión de los criados, que difícilmente se conseguirá que no se interpongan contrariando los designios del padre y de la madre [5]. Los niños rechazados por sus padres por una falta, encuentran, gene-

[4] A esta teoría se aproxima la de Spencer, que no admite otros castigos que los que las *consecuencias inevitables* de sus actos, las *reacciones inevitables* de las acciones del niño. Hay, sin embargo, la diferencia de que para Spencer deben parecer al niño como las consecuencias naturales, fatales, de sus actos, como los resultados de una necesidad.

[5] Es bien conocida la ironía de J. P. RICHTER: «La educación actual se asemeja al Arlequín de la comedia italiana, el cual sale a escena con un paquete de papeles bajo cada brazo. ¿Qué lleváis bajo el brazo derecho? —se le pregunta—. ¡Ordenes! —responde. ¿Y bajo el brazo izquierdo? —¡Contraórdenes!».

ralmente, un refugio y un consuelo en las caricias de esos halagadores imprudentes que deshacen así todo lo que los padres intentan hacer. Cuando el padre y la madre tratan con frialdad al niño, todos deben guardar con él la misma frialdad, y no consolarle nadie hasta que pida perdón y se haya reformado de su falta y restaurado a su primitivo crédito. Si esto se observara constantemente, creo que no habría la menor necesidad de golpes ni de riñas: su propia comodidad y satisfacción les enseñará a buscar la estimación y a evitar las acciones que encuentran condenadas por todo el mundo. Pero, en cuanto a cómo remediar estos peligros de los servidores, debo dejarlo al cuidado y a la consideración de los padres; sólo puedo decir que la cosa es de una importancia extrema, y que son muy dichosos los que logran rodear a sus hijos de gente discreta.

§ 60. Debe, pues, evitarse cuidadosamente, pegar y reñir frecuentemente a los niños; porque esta clase de corrección no produce nunca nada bueno, si no hubiera de inspirarse al niño un sentimiento de vergüenza y de aversión por los actos que le han merecido estos castigos; y si la mayor parte de su disgusto no consiste, sobre todo, en haber procedido mal y en el temor de haberse atraído la justa cólera de sus mejores amigos, los golpes no habrán realizado sino una cura imperfecta. No curarán el mal sino por el momento y con una cicatrización especial, pero no llegarán a la raíz misma del mal: una vergüenza ingénua y el temor de desagradar son los verdaderos frenos. Sólo ellos deben sostener las riendas y mantener en orden a los niños; pero los castigos corporales deben perder necesariamente aquél efecto si se renuevan frecuentemente y se desgasta el sentimiento de vergüenza. La vergüenza en el niño tiene una posición análoga a la modestia en la mujer, que no puede conservarse si se le ofende con frecuencia. Y, en cuanto al temor de desagradar a los padres, también llegará a hacerse insignificante este sentimiento si los signos de este disgusto desaparecen demasiado pronto, y si basta recibir algunos golpes para que la falta sea expiada plenamente. Los padres deben considerar qué faltas de sus hijos son bastantes graves para merecer la declaración de su cólera; pero una vez que hayan manifestado un disgusto bastante vivo para que implique un castigo, no deben reducir rápidamente la severidad de su actitud, sino que deben volver a sus hijos a su gracia, con alguna dificultad, y que aplacen su reconciliación completa hasta que el niño lo merezca, y aun más que de ordinario, demostrando su enmienda. Si las cosas no se regulan así, el castigo, por su misma renovación, se hace una cosa vulgar, y aun co-

mún, que pierde todo su influjo; la falta, el castigo y el perdón, forman entonces a los ojos del niño una serie tan natural y tan necesaria como la sucesión del día, la noche y la mañana.

§ 61. En lo concerniente a la reputación no agregaré más que una sola cosa: que aunque no sea el verdadero principio y medida de la virtud (porque este principio consiste en el conocimiento que tiene el hombre de su deber, en el placer que encuentra en obedecer a su Creador y en seguir las indicaciones de la luz natural que ha recibido de Dios, con la esperanza de obtener una recompensa), sin embargo, es el que más se le aproxima: y siendo el testimonio y el aplauso, que la razón de los demás, una especie de común asentimiento, da a las acciones virtuosas y bien ordenadas, es la reputación la guía más propia y el estímulo de los niños, hasta que se desenvuelven lo bastante para juzgar por sí mismos y para encontrar lo recto mediante su propia razón.

§ 62. Esta consideración puede dirigir a los padres en su modo de alabar o de censurar a sus hijos. Las reprimendas, que sus faltas hacen a veces difíciles de evitar, deben, no solamente hacerse con palabras sobrias, graves y desapasionadas, sino también sólo privadamente; mientras que las alabanzas que los niños merezcan deben recibirlas ante los demás [6]. Esto duplica, en efecto, la recompensa publicando el elogio; y, por otra parte, si los padres demuestran repugnancia a divulgar las faltas cometidas, esto predispondrá más a los niños a desear el mantenimiento de su reputación; les enseñará a preocuparse de conservar la estima de los demás, porque creerán todavía poseerla, cuando han sido expuestos a la vergüenza, publicando sus faltas, y creen haber perdido esta estima, este medio no tiene acción sobre ellos, y se mostrarán tanto menos deseosos de merecer la aprobación de los demás cuanto más sospechen que su reputación está ya comprometida.

§ 63. Pero si se toma un camino recto con los niños, no será necesario aplicar el sistema ordinario de castigos y recompensas con

---

[6] La publicidad aumenta el efecto de la alabanza y la censura, pero debe cuidarse de que no exista la vanidad en unos casos y debilite el sentimiento de pundonor en otros. Todo depende del carácter del niño y de la manera de administrarse, tanto la alabanza como la censura. (N. del R. C. D.).

En Port-Royal, donde se desconfiaba demasiado del amor propio, se prohibía tributar elogios públicos ni privados. «Si Dios ha puesto algún bien en el alma de un niño, es preciso alabarla (alabar a Dios) y guardar silencio».

tanta frecuencia como se imagina, y como la práctica general ha establecido. En efecto, las locuras inocentes, los juegos, las diversiones pueriles, todo esto debe ser permitido al niño, libremente y sin restricción, al menos en la medida en que estas acciones pueden conciliarse con el respeto debido a aquellos que están presentes; y nunca se será bastante indulgente sobre este punto. Estos defectos proceden de la edad más que de los niños mismos; y si, como se debiera hacerlo, se dejara al tiempo, al ejemplo o al progreso de los años el cuidado de corregirlos, se ahorrarían al niño muchas correcciones aplicadas fuera de propósito y sin provecho. Estas correcciones, en efecto, o bien no llegan a dominar las disposiciones naturales de la infancia, y entonces de su renovación inútil resulta solamente que, en casos en que sería necesario, la corrección ha perdido toda su fuerza, o bien, si son bastante poderosas para reprimir la alegría natural de la edad, no sirven sino para disminuir la energía, lo mismo del cuerpo que del espíritu. Si el ruido y el desorden de sus juegos son alguna vez inconvenientes, o impropios del lugar en que están (que debe ser siempre donde están sus padres) o de las personas que les rodean, una palabra del padre o de la madre, si tienen bien establecida su autoridad, será lo suficiente para alejarlos o para aquietarlos por el momento. Pero este humor juguetón, que está sabiamente adaptado a su naturaleza, a su edad y a su temperamento, vale más estimularlo que combatirlo o reprimirlo si se quiere excitar sus espíritus, aumentar su fuerza y su salud. El arte supremo es el de procurar que todo lo que tienen que hacer sea para ellos un juego y un deporte [7].

[7] Esta es una interesante anticipación del *Kindergarten*, de FRÖBEL, en el cual, el mismo juego directamente se ha convertido en un instrumento de educación. Pero no es sólo en la escuela de párvulos donde puede combinarse el trabajo con el juego y juego con el trabajo. En todo grado de la educación, la habilidad del maestro buscará medios para mitigar el cansancio y aumentar el atractivo del aprendizaje.

Sobre las reglas

§ 64. Hago notar aquí una cosa que considero como una falta del método ordinariamente seguido en la educación, y es la de retargar la memoria del niño, en toda ocasión, con reglas y preceptos que, con frecuencia, no entiende, y que siempre olvida tan pronto como aprende. Si se trata de una acción que ha de realizarse, olvidan hacerla repetir una y otra vez [1] hasta que sea perfecta. Así conseguiremos dos ventajas: en primer lugar, ver si es una acción de la que es ya capaz, o que se piden al niño cosas de las que nos apercibimos que es incapaz cuando se le pone a prueba; de modo que es necesario enseñarle a hacerlas y a ejercitarse en ellas antes de exi-

[1] *Repetitio mater sturiorum* fue una de las máximas favoritas de las escuelas de los jesuítas. Es igualmente verdad que la repetición es madre de los hábitos. No es solamente el medio de impresionar la memoria; es también condición indispensable para adquirir facilidad, para hacer alguna cosa. Lo mismo las facultades del cuerpo que las del espíritu se desenvuelven actuando. Además, si un niño ha adquirido un medio equivocado de hacer alguna cosa, no puede abandonarlo en el momento en que se le indique otra. No tenemos dominio absoluto de la memoria, y necesitamos tanto tiempo para debilitar los hábitos antiguos como para la formación de otros nuevos. Lo importante para el maestro es recordar que, si desea formar un hábito, debe asegurar una cantidad suficiente de repeticiones para hacer el hábito fácil e inconsciente. RITCHTER dice: «Como el pintor al fresco, el maestro renueva los colores que se debilitan en la seca superficie, hasta que consigue que permanezcan y luzcan con brillantez» —*Levana*, Frag. I, cap. II, 7.

gírselas. Pero un preceptor encuentra más fácil dar órdenes que enseñanzas. En segundo lugar, otra ventaja que se obtendrá es la de que, repitiendo la misma acción hasta que sea un hábito, el niño, para realizarla, no tendrá necesidad de un esfuerzo de memoria o reflexión, esfuerzo que no es propio de su edad, y que supone más sabiduría y madurez que la que él tiene; la acción llegará a serle natural. Así es como inclinarse ante la persona que os saluda; mirar al rostro del que os habla, todo esto, gracias a un hábito constante, es para el hombre bien educado tan natural como el acto de respirar; lo hace sin reflexionar, sin pensar en ello. Si por este método corregís a un niño de un defecto, estará curado para siempre, y, tomando sus defectos uno a uno, podréis extirparlos todos, para sembrar los hábitos que queráis.

§ 65. He visto padres que recargaban tanto de reglas a sus hijos, que era imposible para los pobres recordar una décima parte de ellas, y mucho menos observarlas. Sin embargo, castigaban con palabras, o con golpes, las infracciones de estos preceptos múltiples, y con frecuencia impertinentes. De aquí se seguía, naturalmente, que los niños no reflexionaban en lo que se les decía, una vez que tenían la prueba de que toda la atención de que son capaces no les preservaría de una infracción, y del castigo que había de seguirla.

Que vuestras reglas, por consiguiente, sean las menos posibles, y más bien menos que más de las que parezcan absolutamente precisas. En efecto: si les abrumáis con demasiadas reglas, ocurrirá, necesariamente, una de estas dos cosas: o bien habrá que castigarlos muy frecuentemente, lo que será de funestas consecuencias, por hacer los castigos demasiado frecuentes y familiares, o bien les dejaréis transgredir algunos de vuestros preceptos sin castigarlos, y así adquirirán el hábito de despreciarlos, y vuestra autoridad perderá su prestigio. No establezcáis más que un número pequeño de leyes; pero, una vez establecidas, velad porque sean rigurosamente observadas [2]. Bastan pocas reglas para un niño que tiene pocos años; a medida que crezca, y cuando la práctica haya establecido sólidamente una ley, podréis agregar otra.

---

[2] Mme. NECKER DE SAUSSURE dice en el mismo sentido. «No se debe primero prohibir, sino lo que puede impedirse; pero se debe siempre impedir lo que se ha comenzado por prohibir».

De los hábitos

§ 66. Pero os ruego que recordéis que no se instruye a los niños con reglas que se borren siempre de la memoria. Lo que creáis necesario que hagan, debéis enseñarles a hacerlo mediante una práctica constante, siempre que la ocasión se presente, y aun, si es posible, haciendo surgir las ocasiones. Esto les proporcionará hábitos que, una vez establecidos, actuarán por sí mismos, fácil y espontáneamente, sin el socorro de la memoria [3]. Pero debo hacer aquí dos advertencias: 1.ª Tened cuidado, en primer lugar, de formar a los niños en los hábitos que queráis darles, con palabras insinuantes y dulces exhortaciones, como si quisiérais simplemente recordarles algo que olvidasen, mejor que con severas reprimendas, como si fuesen voluntariamente culpables de su olvido; 2.ª Otra precaución a tomar es la de no procurar hacer adquirir muchos hábitos a la vez; sin esto, por la diversidad de las cosas, embrollaréis su espíritu, y no llegaréis a conseguir nada. Cuando la costumbre constante ha hecho una cosa fácil y general, y la practiquen sin reflexión, es cuando pueden pasar a otro hábito.

Este método de enseñar a los niños mediante la práctica repetida, y la realización de la acción misma una y otra vez, bajo la mirada y la dirección del tutor, hasta conseguir el hábito de hacerlo bien, y no mediante reglas confiadas a su memoria, tiene tantas ventajas, por cualquier lado que se le considere, que no puedo menos de admirarme (si pueden admirar las malas costumbres en cualquier cosa) de que llegue a olvidarse tanto. Yo haría otra observación que se me ocurre ahora. Por este método comprobaremos si lo que se le exige al niño está a su alcance y está adaptado de algún modo a su genio y constitución natural, porque debe tenerse esto muy en cuenta en una educación recta. No debemos esperar cambiar su temperamento original, ni hacer pensativos y graves a los que son alegres, ni animados a los que son melancólicos. Dios ha estampado ciertos caracteres en el espíritu de los hombres, que, como los defectos de su cuerpo, pueden ser ligeramente enmendados; pero que no se podrían reformar y cambiar enteramente en caracteres contrarios.

Por consiguiente, todo el que tiene niños a su cargo debe estu-

---

[3] Por «memoria» entiende LOCKE aquí, y en el pár. 64, *recuerdo* consciente, como opuesto a la sugestión automática del hábito.

diar con cuidado su naturaleza y sus aptitudes; reconocer por frecuentes experiencias el giro natural de su espíritu; observar, en fin, su fondo natural, cómo puede desenvolverse y qué son capaces de hacer [4]. Deben considerar lo que les falta, y si son capaces de adquirirlo por su trabajo, de apropiárselo mediante la práctica, si son dignos de procurarlo. En muchos casos, en efecto, todo lo que podemos hacer, todo lo que podemos intentar, es sacar el mayor partido posible de los dones de la naturaleza, prevenir los vicios y las faltas a que está más inclinada tal constitución, y proporcionarles todas las ventajas de que sea capaz. Todo temperamento natural debe ser llevado tan lejos como sea posible; pero intentar sustituirlo por otro sería en vano; todo lo que se le agregue como añadido será torpe, y tendrá siempre el aire desgraciado de la violencia y de la afectación.

La afectación no es, lo reconozco, una falta primera de la infancia, o el producto de la naturaleza espontánea. Es de esa especie de plantas que no crecen en las llanuras salvajes e incultas, sino en los jardines, bajo manos negligentes, o bajo los inhábiles cuidados de un jardinero. El arte y la instrucción, y algún sentimiento de la necesidad de cultura (*breading*), son los requisitos para hacer a uno capaz de afectación, que procura corregir los defectos naturales, y que tiene, al menos, el mérito de procurar agradar, aunque desagrade siempre, y, mientras más se esfuerce por ser agradable, más lejos está de ello. Por esta razón hay que prevenirlo cuidadosamente, puesto que es el defecto peculiar de la educación; una educación mal entendida, sin duda, pero a la cual los jóvenes están demasiado sujetos, sea por su propia falta, sea por culpa de los que les rodean.

---

[4] Vemos que con razón se considera a LOCKE; y con más motivo a ROUSSEAU, como los precursores del movimiento y desarrollo actual de la psicología infantil. En ellos se observa el mismo respeto a la personalidad y el mismo interés por observarla y conocerla como base insustituible de un tratamiento pedagógico racional.

La afirmación de LOCKE de que lo que más importa es «la vocación del caballero, porque si los de este rango son llevados por la educación a lo recto pondrán rápidamente en orden a todos los demás», es de las ideas de LOCKE que más eco encontraron en nuestros pedagogos del XVIII y XIX, especialmente en los del tipo de «educación del caballero», quizá a través de lord CHERTELFIELD, del que hay más ediciones que de LOCKE. Para ambos era prematura la idea de que un ser humano pudiera necesitar la educación de un ser humano, como dice QUICK. («Introducción», *Crítica* LII).

Si se examina en qué consiste la gracia, la que siempre agrada, se comprobará que tiene por principio el acuerdo natural que se ofrece entre la acción realizada y un cierto estado de espíritu apropiado a las circunstancias, y que, por consiguiente, no puede dejar de ser agradable. No puede dejar de complacernos un temperamento humano, amistoso y cívico, dondequiera que lo encontremos. Un espíritu libre y dueño de sí mismo y de todas sus acciones, que, sin ser bajo y estrecho, tampoco es fiero e insolente, ni oculta ningún gran defecto, está seguro de producir buena impresión en todo el mundo. Las acciones que emanan naturalmente de este espíritu bien formado, nos agradan también porque son su expresión sincera; por ser manifestación natural de las disposiciones interiores del espíritu, no tienen nada de violencia ni opresión. En esto consiste, a mi juicio, esa belleza que brilla en las acciones de algunos hombres, que embellece todo lo que hacen y cautiva (*Takes*) a todo el que se les aproxima, cuando por una práctica constante tienen tan bien regulada su conducta, han sabido hacer tan naturales todas las más pequeñas manifestaciones de cortesía y de respeto establecido por la naturaleza, o por la moda, en el trato social, que no parecen ser artificiales o estudiadas, sino seguirse naturalmente de un espíritu dulce y de una buena disposición.

Por otra parte, la afectación es una imitación torpe y forzada de lo que debe ser natural y espontáneo; le falta la belleza que acompaña a lo que es natural, porque deja ver siempre un desacuerdo entre la acción exterior y las disposiciones secretas del espíritu. Este desacuerdo se produce de dos maneras:

1.ª En ciertos casos se pretende aparentar sentimientos que no se tienen. Se procura demostrarlos por acciones forzadas; pero la violencia se traiciona siempre. Así es como las personas afectan, a veces, estar tristes, o alegres, o amables, aun cuando en realidad no lo estén.

2.ª El otro caso es cuando no se procura demostrar disposiciones de espíritu que no se tienen, sino dar a los sentimientos que se experimentan una expresión que no les conviene; y tales son, en la conversación, todos los movimientos violentados, las acciones, las palabras y las miradas que, aunque destinadas a demostrar respeto o cortesía a las personas, o la satisfacción y agrado que con ellas se experimenta, no son, sin embargo, la expresión verdadera y natural de uno u otro de estos sentimientos, sino que prueban, por el contrario, que falta en ella alguna cosa. Estos defectos derivan, en gran parte, de que se procura imitar a los demás, sin to-

marse el trabajo de distinguir lo que hay de realmente gracioso en sus maneras, de lo que es propio de su carácter. Pero la afectación en todo, cualquiera que sea su principio, es siempre desagradable, porque todo lo que es contrahecho nos inspira una aversión natural, y condenamos todo lo que no tiene manera mejor de recomendarse a nosotros.

Una naturaleza simple y grosera, abandonada a sí misma, vale más que la gracia afectada y todas las maneras estudiadas de un hombre que quiere parecer bien educado. La falta de una cualidad, o algún defecto en nuestra conducta, y el no aproximarnos a la plenitud de la perfección, escapa con frecuencia a la observación y a la censura. Pero la afectación, en cualquier aspecto de nuestra conducta, es como una luz que ilumina nuestros defectos, y que, infaliblemente, nos hace pasar por gentes sin juicio o sin sinceridad. El tutor debe, pues, vigilar este defecto con tanta más eficacia cuanto que es, como ya he dicho, una falta adquirida, el resultado de una educación mal entendida, un defecto poco frecuente, y al cual están sujetos únicamente los que se jactan de estar bien educados, y no quieren pasar por ignorantes de lo que está conforme con la moda y con las buenas maneras de la vida social. Si no me engaño, este defecto proviene con frecuencia de la insuficiencia de las recomendaciones de un maestro, que da negligentemente reglas y pone ejemplos, sin unir la práctica a sus instrucciones, sin obligar al alumno a repetir la acción bajo sus ojos, para que pueda corregir lo que sea inconveniente o forzado, hasta que se perfeccione en una manera de hacer habitual y fácil.

Sobre la conducta

Las maneras.— El baile

§ 67. Las maneras, como suele llamárselas, respecto de las cuales los niños se hallan con tanta frecuencia perplejos y que inspiran tantos bellos sermones a sus ayas y niñeras, conviene enseñárselas, a mi juicio, por ejemplos, mejor que por reglas; y entonces, si se tiene cuidado de alejar a los niños de las malas compañías, pondrán su amor propio en adquirir maneras elegantes, por imitación de las personas que les rodean, al ver que se atraen por ello la estima y las alabanzas de todo el mundo. Pero si por una pequeña negligencia en este punto, olvida el niño quitarse el sombrero o hacer, con gracia, una reverencia, un maestro de danza curará este defecto y hará desaparecer la simplicidad de maneras que las gentes a la moda llaman rusticidad. Como el baile me parece el mejor remedio de dar a los niños confianza y corrección, y de estimularlos a buscar la sociedad de las personas mayores, creo que hay que enseñarles a bailar lo antes posible. Porque aunque la danza consista solamente en la gracia exterior del movimiento, proporciona al niño, yo no sé cómo, pensamientos y maneras viriles, más que ninguna otra cosa. Aparte de esto, no creo que deba atormentarse al niño con minucias de una etiqueta puntillosa.

No os preocupéis jamás de faltas que sabéis que ha de curar la edad, y, por consiguiente, mientras sean jóvenes, la falta de un refinamiento social en la conducta, no faltando el refinamiento espiritual (que hay que tener cuidado de arraigar pronto), no debe preocupar a los padres. Si habéis sabido llenar su espíritu, todavía tier-

no, de un sentimiento de veneración por sus padres y maestros, que consiste en amarlos, estimarlos y temer ofenderlos, y de respeto y buena voluntad para todos, estos sentimientos sabrán encontrar por sí mismos su mejor expresión. Tened, pues, buen cuidado de mantener en su corazón los principios de la benevolencia y la dulzura, hacédselos tan familiares como podáis por la estimación y los elogios que les tributéis y por las ventajas que sean su consecuencia; y cuando hayan arraigado en su espíritu y se hayan hecho habituales, gracias a una práctica constante, no temáis nada: los ornamentos de la conversación y los modales bien pulidos, vendrán a su debido tiempo, si cuando les saquéis del cuidado de su aya le ponéis en manos de un preceptor que sea un hombre bien educado.

Mientras que son pequeños, ha de perdonarse a los niños todos los descuidos que no llevan el sello del orgullo o de una perversión natural. Solamente cuando se muestran estos sentimientos en algunas de sus acciones, es cuando debéis corregirlos inmediatamente por los medios que he indicado ya. De lo que he dicho acerca de las maneras, no quisiera que se dedujese mi desaprobación hacia los padres que, habiendo tomado el partido de proporcionar, desde muy temprano, a los niños hábitos de cortesía, se esfuerzan por moldear dulcemente sus movimientos y su conducta. Sería, ciertamente, una gran ventaja para los niños, que hubiese cerca de ellos, desde muy temprano y desde que sean capaces de andar, alguien que tuviese habilidad para enseñarles buenas maneras y que supiera emplear buenos medios para ello. Lo que critico es el mal método que se sigue de ordinario en materia parecida. Ocurre con frecuencia que se riñe a los niños que no han recibido nunca la menor lección de urbanidad (y se hace, sobre todo, en presencia de extraños), por haber faltado, de un modo o de otro, a sus reglas; y reciben reproches y se les agobia con preceptos concernientes al modo de ponerse el sombrero, o de hacer una reverencia, etc. Aun cuando en estos casos, los aludidos pretenden solamente corregir a los niños, sin embargo, la mayor parte de las veces es por cubrir su propia vergüenza, por lo que censuran a los pequeños, y, a veces, apasionadamente, para alejarlos de ellos, por temor a que los presentes no atribuyan a su incuria y a su torpeza la mala conducta de sus hijos.

Porque, en lo que concierne a los niños mismos, es evidente que no aprovechan una jota de estas lecciones ocasionales. En otros momentos es cuando hay que mostrarles lo que tienen que hacer y moldearlos de antemano por acciones reiteradas, y no hacerles ac-

cidentalmente mil reproches por una cosa que no tienen el hábito de hacer y que no se les ha enseñado, cuando se debía, el modo de hacerla. Aterrorizar al niño a cada momento, no es enseñarle, sino vejarle y atormentarle con cualquier propósito. Sería mejor dejarle en reposo que reñirle por una falta que no lo es a su edad cuando se puede evitar ni depende de él el hacerlo, sólo por haber oído hablar de ella. Sería preferible dejar al progreso de la edad la misión de corregir la negligencia y la sencillez, que son naturales en los niños. No los sometáis a censuras, que no sirven ni pueden servir para enseñarles maneras elegantes. Si su corazón está bien dispuesto, si está realmente penetrado del sentimiento de la cortesía, una gran parte de la rudeza que se manifieste en su conducta, desaparecerá por sí misma con la edad y la experiencia, a medida que crezca el niño si, al menos, está rodeado de buenas compañías; pero si éstas son malas, todas las reglas del mundo y todas las correcciones imaginables serán insuficientes para pulirle. Porque debéis tener por cierto que, cualquiera que sean las instrucciones que deis a vuestros hijos, cualquiera que sean las lecciones de urbanidad, de buena educación, que reciban todos los días, nada tendrá tanto influjo sobre su conducta como la compañía que frecuenten y las maneras de los que les rodeen. Los niños (y también los hombres) proceden mucho por el ejemplo. Somos una especie de camaleones, que constantemente tomamos el color de las cosas que nos rodean; y no es de admirar que esto suceda así en el niño, que comprende mejor las cosas que ve, que las cosas que oye.

Las compañías

§ 68. He indicado ya que los criados pueden hacer a los niños un gran mal cuando, por sus halagos, destruyen el efecto y la fuerza de las reprimendas de los padres y disminuyen su autoridad. Pero hay otro inconveniente, no menos grave, que resulta de los malos ejemplos que los niños tienen ante los ojos cuanto viven en la sociedad de los domésticos más humildes.

Hay que tenerlos enteramente privados, si es posible, de este trato; porque el contagio de estos malos precedentes, lo mismo en urbanidad que en virtud, inficciona horriblemente a los niños siempre que éstos se ponen a su alcance. Con frecuencia aprenden de los servidores ineducados o viciosos, tal lenguaje, maneras inconvenien-

tes y vicios que, de otro modo, es posible que hubieran podido ignorar toda su vida.

§ 69. Es muy difícil de prevenir, en verdad, este mal. Seréis un mortal afortunado si conseguís no haber tenido a vuestro servicio criados groseros o viciosos, y si vuestros niños no se corrompen jamás a su contacto; pero debe hacerse todo lo posible por conseguirlo, y los niños deben retenerse en la compañía de sus padres[1] y de aquellos que tienen el cargo de su cuidado. Para esto es preciso esforzarse por hacerles agradable esta sociedad, para concederles todas las libertades, todos los permisos que su edad reclama, no imponerles una violencia inútil cuando están bajo los ojos de sus padres o de su preceptor. Si esta sociedad es como una prisión para ellos, ¿cómo asombrarse de que no les agrade? No les impidáis, pues, ser niños, bromear, jugar como niños; no les prohibáis más que el hacer daño; todo lo demás debe serles permitido. Además, para hacerles amar vuestra compañía, sólo cuando están con vosotros, y de vuestras propias manos, deben recibir las cosas que les sean agradables. Al mismo tiempo debe impedirse a los criados que les hagan la corte ofreciéndoles bebidas fuertes, vino, frutas, juguetes y todas las cosas de este género que pudieran inspirarles el gusto de esta sociedad.

---

[1] Hasta donde los romanos condensaron la educación de sus herederos como asunto que pertenecía propiamente a los mismos padres. Véase en SUETONIO, *Augusto*, Párr. 64; PLUTARCO, en *Vita Catonis Censoris*; DIODORO SICULO l. II, cap. 3 (Nota de LOCKE).

LOCKE considera que se disipa el tiempo citando autoridades en materias en que nuestra razón puede decidir (*Of Study*). Es, pues, muy parco en notas; verdaderamente, ésta es la única de los «Pensamientos». COSTE ha consultado a Suetonio y Plutarco. El primero nos dice que Augusto mismo enseñó a su nieto a escribir. PLUTARCO, en su vida de Catón el Censor, nos da noticia del cuidado que tuvo de su hijo, siendo aún niño. Hasta escribió una extensa vida de los grandes hombres para que el niño pudiera seguir sus ejemplos.

Sobre las ventajas de una educación doméstica

§ 70. Como ya he dicho, la sociedad conveniente a los niños es el hogar. Casi estoy dispuesto a detener mi pluma y a no importunaros más sobre este asunto, porque, puesto que el ejemplo y la sociedad, en efecto, tienen más influjo que todos los preceptos, que todas las reglas y todas las instrucciones, pienso que es casi enteramente inútil hacer un largo discurso sobre otras razones y hablar más de ello sin ningún propósito. Pero estaréis dispuestos a preguntar: ¿Qué haré yo con mi hijo? Si lo retengo siempre en casa corre peligro de convertirse en un pequeño señor, y si le envío fuera de casa, ¿cómo puedo librarle del contagio de la rudeza y del vicio, que tan de moda está por todas partes? En mi casa se conservarán más inocentes, pero también más ignorantes del mundo; acostumbrándose a no cambiar de compañía, y viendo constantemente las mismas caras, será cuando llegue al mundo, un ser tímido u obstinado.

Confieso que por ambos lados existen inconvenientes. Educado fuera de casa, el niño se hará, es verdad, más atrevido y más capaz de valerse entre los niños de su edad, y la emulación de los compañeros da más vida y habilidad a su joven espíritu. Pero hasta que encontréis una escuela en la que el maestro tenga tiempo para vigilar las costumbres de sus discípulos, y en la que la experiencia os pruebe que pone bastante cuidado en darles una buena educación y en formar su espíritu en la virtud como en acostumbrar su lengua a los idiomas clásicos, mostraréis, forzoso es convenir en ello, un extraño amor por las palabras, si prefiriendo el lenguaje de los griegos y los romanos a las cualidades que hacían de ellos gentes

valerosas, estimáis que vale la pena de exponerse, por un poco de griego y de latín, a todos los azares de la vida común de la inocencia y la virtud de vuestros hijos. En cuanto al atrevimiento y a la seguridad que los niños pueden adquirir en el colegio, en la sociedad de sus camaradas, se mezcla ordinariamente con tanta grosería y tanta presunción, que con frecuencia se ven obligados a olvidar cosas poco convenientes y malsanas. Desde que entran en el mundo, los hábitos adquiridos en el colegio tienen que desaparecer y dar lugar a mejores usos, a maneras verdaderamente dignas de un hombre bien educado. Si se considera hasta dónde el arte de vivir y de conducir, como se debe, sus asuntos por el mundo es radicalmente opuesto a estos hábitos de petulancia, de malicia y de violencia que se aprenden en el colegio, se convence uno de que los efectos de una educación privada valen infinitamente más que las cualidades de este género y los padres retendrán a sus hijos en la casa para preservar su inocencia y su modestia como virtudes que se aproximan más a las de un hombre útil y capaz, y lo preparan mejor. Nadie ha pensado, ni aun sospechado jamás, que la vida tímida y retirada que se impone a las niñas haga de ellas mujeres menos instruidas o menos capaces. El trato, cuando se acerquen al mundo, les dará pronto una satisfactoria seguridad, y todo lo que el carácter puede tener de rudo y de violento debe procurarse apartarlo del hombre, porque el valor y la firmeza no reposan, a mi juicio, en la rudeza y la mala educación.

La virtud es cosa más difícil de adquirir que el conocimiento del mundo, y, si la pierde el joven, es difícil recobrarla. La pusilanimidad, la ignorancia del mundo, que son los defectos imputados a la educación doméstica, no son las consecuencias necesarias de la vida familiar, y, en todo caso, aunque lo fuesen, no constituirían males incurables. El vicio es ya un mal más tenaz y más incurable; y, por consiguiente, del que hay que defenderse en primer lugar. Si conviene prevenir con cuidado esa muelle blandura que enerva frecuentemente a los niños educados mimosamente en la casa, es precisamente en interés de su virtud. Es preciso temer, en efecto, que este carácter débil no sea demasiado fácilmente presa de las impresiones viciosas y que no exponga al joven novicio a las malas tentaciones. Es preciso que un joven, antes de dejar el abrigo de la casa paternal, antes de que se sustraiga a la tutela de su preceptor, haya adquirido una cierta firmeza de carácter y haya sido puesto en relación con los hombres para asegurar su virtudes y no dejarle emprender un camino ruinoso, o arriesgarse en un precipicio fatal

antes de estar suficientemente familiarizado con los peligros de la sociedad (*conversation*) y poseer la firmeza necesaria para no ceder a las tentaciones. Si no hubiera este peligro que temer, no sería tan necesario combatir desde muy temprano en el niño la timidez y la ignorancia del mundo. El trato con los hombres les corrige en gran parte, y, si no lo corrige rápidamente, ésta será solamente una razón más poderosa para tener un buen preceptor en la casa. Porque si nos hemos de esforzar en darle un aire viril y una seguridad conveniente, es principalmente como una defensa de su virtud cuando sean llamados a gobernarse por sí mismos en el mundo.

Es, pues, absurdo sacrificar su inocencia para alcanzar confianza y una cierta seguridad en gobernarse por sí mismo entre los otros, por su trato con los niños mal educados y viciosos; cuando el principal objeto que se persigue enseñándole es aquella firmeza y a sostenerse sobre sus propias piernas, es solamente la conservación de su virtud. Porque si llega a unirse a sus vicios la confianza y la destreza, y a disfrazar sus torpezas, se perderá más seguramente; de manera que será preciso o deshacer todos los hábitos que haya aprendido con sus camaradas y desembarazarlo pronto de ellos, o bien dejarlo correr a su pérdida. Los jóvenes no pueden dejar de adquirir, gracias al comercio de los hombres, cuando vivan con ellos, y esto ocurrirá bastante pronto. Lo que más reclama nuestro tiempo y nuestros cuidados asiduos es el establecer en su espíritu los principios y la práctica de la virtud y la buena educación. Esta es la preparación (*seasoning*) que debe recibir de modo que no sea fácil borrarla luego. De esto deben estar bien provistos; porque el trato social, cuando llegan al mundo aumentará su conocimiento y su seguridad, pero es también muy ocasionado a disminuir su virtud; es preciso, por tanto, que tengan una abundante provisión y que este tinte les haya penetrado profundamente.

Cómo pueden ser preparados para la vida social y dispuestos para hacer su entrada en el mundo, cuando estén maduros para esto, lo examinaremos en otro lugar. Pero cómo un niño pueda adquirir el talento del trato, el arte de resolver sus asuntos en el mundo por haber sido colocado en medio de un grupo de niños disipados, de camaradas de todas clases, por haber aprendido a querellarse a propósito del trompo, o a hacer trampas en el juego, eso me es imposible comprenderlo. Y es difícil adivinar las cualidades que un padre pueda esperar que sus hijos consigan en la sociedad de estos niños que reúne la escuela procedentes de todo género de familias. De lo que estoy seguro es de que todo el que pueda costear un pre-

ceptor y educar a su hijo en su casa, le asegurará mejor que toda escuela, maneras gentiles, pensamientos viriles, el sentimiento de lo que es digno y conveniente, sin contar con que le obligará a hacer mayores progresos en sus estudios y también que hará madurar más pronto al hombre en el niño. No es que yo intente censurar por esto a los hombres que dirigen grandes escuelas, ni piense menospreciar su misión. Hay gran diferencia en tener dos o tres discípulos en la misma casa o tres o cuatro veintenas de niños alojados juntos. Cualquiera que sea la habilidad y la actividad del maestro, es imposible que tenga cincuenta o un centenar de escolares bajo su mirada fuera de las horas de clase en que se reúnen todos. No se puede esperar que consiga enseñarles otra cosa que lo que está contenido en sus libros de estudio. Para formar su espíritu y sus maneras sería preciso una atención constante y cuidados particulares prestados a cada niño; lo cual es incompatible con una población escolar tan numerosa; y lo que, por otra parte, carecería de resultado (suponiendo que el maestro tuviese tiempo de estudiar y de atender a los defectos individuales y a las malas inclinaciones de cada escolar), puesto que el niño, durante la mayor parte de las veinticuatro horas de cada día, está necesariamente abandonado a sí mismo o al influjo pernicioso de sus camaradas, influjo más fuerte que todas las lecciones del maestro.

Pero observando los padres que la fortuna favorece con más frecuencia a los hombres intrigantes y atrevidos, se alegran de ver a sus hijos, muy pronto, vivos y emprendedores. Ven en ello un presagio feliz que les asegura el éxito y miran complacientes las malas partidas que juegan a sus camaradas o que aprenden de ellos, como si por eso realizasen un progreso en el arte de vivir y de triunfar en el mundo. Pero yo me tomaría la libertad de decir que quien pone los fundamentos de la fortuna de su hijo en la virtud y la buena crianza, toma el único camino seguro y garantizado. Y no son las chocarrerías o las malicias practicadas entre los escolares, ni sus maneras groseras, ni su habilidad en entenderse para devastar un jardín, lo que hacen hábil a un hombre; son los principios de justicia, de generosidad y de templanza, unidos a la reflexión y a la actividad, y estas cualidades no me parece que son las que aprenden unos niños de otros. Y si un joven educado en su casa no está más instruido en estas virtudes de lo que estaría en el colegio, yo deduciría que su padre no ha sido bastante feliz en la elección de su preceptor. Tómese un niño de los comienzos de la escuela de Gramática y otro de su edad educado en la familia, y póngaseles

juntos en buena compañía, y entonces se verá quien es el que tiene las maneras de un hombre y se dirige con más soltura a los extraños. Yo imagino que la pretendida seguridad del escolar o bien le comprometerá o bien le faltará; y si es tal, que le capacita solamente para el trato con los niños, mejor estaría sin ella.

El vicio, si podemos creer las lamentaciones generales, madura tan pronto en nuestros días, y se desenvuelve tan temprano entre los jóvenes, que es imposible proteger a un niño contra el contagio invasor del mal si le abandonáis a sí mismo en un rebaño de niños, y si dejáis al azar o a su inclinación el cuidado de escoger sus compañeros. Por qué causas fatales el vicio, en estos último tiempos, ha hecho tan grandes progresos entre nosotros, y por manos de qué hombres ha sido nutrido en su dominio soberano, dejo a otros que lo averigüen. Deseo que aquellos que se lamentan de la gran decadencia de la piedad cristiana y de la virtud y de la insuficiencia de la instrucción y de la falta de saber que caracteriza a los jóvenes de esta generación, hagan un esfuerzo para buscar los medios de restablecer todas estas cualidades en las generaciones siguientes. Y estoy seguro de que si los fundamentos de esta reforma no reposan sobre la educación de la juventud y sobre los buenos principios que se le proporciona, todos los demás esfuerzos serán supérfluos. Y si la inocencia, la sobriedad y la actividad de las nuevas generaciones, no son cuidadas y preservadas, sería ridículo esperar que los que deben sucedernos en la escena del mundo, estén abundantemente provistos de esas cualidades de virtud, de habilidad y de cultura que han hecho hasta ahora a Inglaterra digna de consideración en el mundo. Iba a agregar que también el valor, pero esta cualidad ha sido siempre mirada como herencia natural de los ingleses. Sin embargo, lo que se ha hablado sobre las últimas acciones marítimas [1], de un género desconocido por nuestros antepasados nos ofrece ocasión de decir que el vicio es la tumba del valor, y que una vez que las costumbres disolutas hayan sofocado el verdadero sentimiento del honor, la bravura no puede mantenerse ya en el corazón de los hombres. Creo que sería imposible citar un solo ejemplo de una nación que, por famosa que fuese por su va-

[1] LOCKE alude a la lucha indecisa entre la flota inglesa y la francesa en Bantry Bay (1684), y a la derrota de las flotas combinadas inglesa y holandesa mandatos por el almirante Torrington, por los franceses mandados por Tourville, en Beachy Head en 1690. Macaulay describe con viveza la alarma causada por esta desgracia naval.

lor, haya conservado su crédito militar y se haya mantenido temible para sus vecinos, una vez que la corrupción haya quebrantado y resuelto los resortes de la disciplina, y que el vicio se haya desenvuelto hasta el punto de osar a cara descubierta y sin continencia.

Es, pues, la virtud solamente, la única cosa difícil y esencial en la educación, y no una atrevida petulancia, o una habilidad para desenvolverse [2]. Todas las demás consideraciones y cualidades deben ceder y posponerse a ésta. Este es el bien sólido y substancial que el preceptor debe convertir en objeto de sus lecturas y de sus conversaciones, y la labor y el arte de la educación deben llenar de ello el espíritu, y consagrarse a conseguirlo y no cesar hasta que los jóvenes sientan en ello un verdadero placer y coloquen en ello su fuerza, su gloria y su alegría.

Mientras más progresos haya hecho un niño en la virtud, más aptitud tendrá para adquirir las demás cualidades. Una vez dispuesto, en efecto, a someterse a las leyes de la virtud, no es de temer que se muestre refractario o moroso *(restive)* en el cumplimiento de los demás deberes; y por eso yo no puedo dejar de preferir la educación doméstica, que se realiza ante los ojos de los padres, con el auxilio de un buen preceptor; este es el mejor medio y el más seguro de alcanzar el fin de la educación, siempre que la cosa sea posible y que se sigan, por otra parte, buenos métodos. Es raro que una casa no sea frecuentada por un gran número de personas: el padre habituará a sus hijos a todas las fisonomías que se presenten, y, en la medida de lo posible, lo pondrá en relación con los hombres de talento y de buena educación. No sé por qué los que viven en el campo no han de llevar a sus hijos consigo cuando hagan a sus amigos visitas de cortesía. Lo que sé bien es que un padre, que educa a su hijo consigo, tiene más ocasiones de tenerlo en su compañía, de darle estímulos cuando lo juzgue a propósito, de garantirlo contra el contacto de los criados y de las personas de condición inferior, que si educase a su hijo fuera. Reconozco que corresponde a los padres adoptar una decisión sobre este punto, según sus conveniencias y teniendo en cuenta sus circunstancias. Creo que es para un padre un mal cálculo no molestarse un poco por la educación de sus hijos; porque la educación, en cualquier situación de fortuna que se vea colocada una persona, es la mejor herencia que puede recibir. Pero si, después de todo, ciertas gentes creen que

---

[2] *Schufling*, es decir, evasión, astucia, destreza.

la educación doméstica tiene el inconveniente de no asegurar al niño bastantes relaciones sociales, y que la educación pública le proporciona, ordinariamente, las que no convienen a un joven caballero, habría todavía un término medio, a mi juicio, de evitar los inconvenientes que se encuentran de uno y otro lado.

El ejemplo

§ 71. Después de haber considerado lo poderosa que es la acción de la sociedad y lo dispuestos que estamos, sobre todo cuando somos niños, a imitar a los demás hombres, me tomo la libertad de hacer a los padres una indicación, a saber: que para conseguir de sus hijos el respeto para él y para sus órdenes, debe él mismo profesar una gran reverencia por su hijo. *Maxima debetur pueris reverentia*[3]. No hagáis delante de él lo que no queráis que haga por imitación. Si se os escapa alguna cosa que consideráis en él como una falta, podréis tener la seguridad de que se excusará con vuestro ejemplo; y se excusará tan bien, que os será difícil conseguir corregirle en este punto por medios eficaces. Si le castigáis por una acción que os ha visto realizar a vosotros mismos, no esperéis que tome vuestra severidad por una prueba de vuestra ternura y del cuidado que ponéis en corregirle de sus defectos. No, él no verá en ello sino un efecto del mal humor y de la autoridad arbitraria del padre, el cual, sin fundamento alguno, niega a sus hijos las libertades y los placeres que se concede a sí mismo. Y si pretendéis reivindicar para vosotros mismos estas libertades, como un privilegio que no pertenece sino a la edad madura y al cual no debe aspirar el niño, no hacéis sino unir nueva fuerza al ejemplo y recomendar la acción de manera más dolorosa para él. Porque debéis siempre recordar que los niños afectan ser hombres mucho antes de lo que se piensa; y desean llevar pantalones, no a causa del coste de estos vestidos, ni por su comodidad, sino porque son una marca de paso hacia la virilidad. Lo que he dicho respecto de la conducta del padre ante el hijo, debe extenderse a todos los que tienen autoridad sobre los niños, o aquellos a quienes puedan profesar algún respeto.

---

[3] «Se debe a los niños el mayor respeto». (JUVENAL, *Sat.* XIV).

Las recompensas y los castigos (resumen)

§ 72. Pero volvamos al asunto de las recompensas y los castigos. Todas las niñerías y las faltas de conducta, y todo lo que la edad y el tiempo reformarán seguramente por sí mismo, eximen (como ya he dicho) de la disciplina del látigo y no será necesario golpear al niño tan frecuentemente como se hace. Si agregamos que debe otorgarse el mismo privilegio a las faltas cometidas en las lecciones de lectura, de escritura, de danza, de lenguas extranjeras, etc., no quedarán sino muy raras ocasiones de recurrir a los golpes y de emplear la fuerza. La verdadera manera de enseñar estas cosas, es inspirar a los niños el gusto y el amor por los estudios que se les proponen; es excitar por esto su actividad y su aplicación. No creo que sea difícil obtener este resultado si los niños son manejados como deben serlo, y se aplican cuidadosamente las recompensas y los castigos arriba mencionados, y con ellos se observan estas pocas *reglas* en el método de enseñarlos.

§ 73. 1. Ninguna de las cosas que han de aprender, debe ser nunca un fardo para ellos, ni deben imponérseles como una tarea. Todo lo que se le propone así, se convierte inmediatamente en desagradable; el espíritu toma aversión por ello, aun cuando antes le fuera agradable o indiferente. Dese a un niño la orden de jugar al trompo todos los días a la misma hora, tenga o no ganas de hacerlo; imponedle este juego como una obligación, a la cual deba consagrar muchas horas, mañana y tarde, y veréis si pronto no le disgusta una diversión que le sea impuesta en estas condiciones. ¿No ocurre lo mismo con los hombres? Lo que hacen por placer,

¿no se les convierte en una carga cuando se les exige como un deber? Pensad de los niños lo que queráis; pero estad seguros de que tienen en el mismo grado que los más orgullosos entre los hombres ya hechos, la ambición de mostrar que son libres, que sus buenas acciones son obra suya, y que su independencia es absoluta.

§ 74. 2. Como consecuencia de esto, es preciso no obligar a los niños a hacer ni aun aquellas cosas cuya afición les hayáis ya inspirado, sino en los momentos en que esté su espíritu en disposición de ello. Las personas a quienes les gusta leer, escribir, hacer música, etc., saben bien que hay momentos en los que no tienen ningún gusto por estas ocupaciones, y si en esos momentos se les obliga a ello, no consiguen sino atormentarse y fatigarse, sin resultado. Los mismo ocurre con los niños. Observemos, pues, con atención todos los cambios de humor, y apresurémonos a apoderarnos de todos los momentos favorables en que están bien dispuestos y en estado de comprender lo que les enseñamos; y si por sí mismos están rara vez dispuestos, podréis, con palabras, hacer nacer en su espíritu esta buena disposición antes de que se pongan a otra cosa. Pienso que esto no es cosa difícil de hacer para un preceptor discreto que haya estudiado el temperamento de su discípulo, y que se haya tomado el trabajo de llenar su espíritu de ideas apropiadas que le inspiren gusto por el estudio de que se trate. Así se economizaría mucho tiempo y mucho esfuerzo, porque un niño aprende tres veces más cuando está de humor, que si emplease el doble de tiempo y esfuerzo trabajando sin gusto y sin disposición. Si se tomasen en este punto las precauciones convenientes, se podría dejar a los niños jugar hasta la saciedad; todavía tendrían bastante tiempo para aprender lo que está al alcance de su edad. Pero en el método que se sigue ordinariamente no se toman, ni se pueden tomar, tales precauciones. La ruda disciplina del látigo está fundada sobre otros principios, pues no tiene atracción alguna, no atiende al humor que el niño tenga, ni estudia los momentos favorables en que se despierte la afición. Y, en efecto, cuando se ha excitado la aversión de los niños al estudio por la violencia y los golpes, sería ridículo esperar que abandonará el juego voluntariamente y por su gusto, y que buscará por sí mismo las ocasiones de estudiar. Y, sin embargo, pudiera conseguirse, cualquiera que sea la cosa que haya que enseñarle, que el estudio le divirtiese del juego, lo mismo que el juego le divierte del estudio. El trabajo es el mismo de los dos lados; y no es el trabajo lo que aburre a los niños, porque a ellos

les gusta estar ocupados [1]; el cambio, la variedad, les proporciona naturalmente placer. El encanto del juego a sus ojos es el de que obran libremente, que emplean sus esfuerzos como quieren (y podéis observar que no los economizan). Por el contrario, lo que se les hace aprender les es impuesto; se les llama, se les obliga, se les lleva a la fuerza al estudio; esto es lo que desde el principio les perturba y les enfría; echan de menos su libertad. Conseguid que pidan por si mismos a sus maestros que se les enseñe, como ocurre que lo piden con frecuencia a sus camaradas de juego, y que no sea ya el maestro el que les recuerde la hora de la lección [2], y entonces satisfacedle haciéndole obrar tan libremente en esto como lo hacen en otras cosas, y pondrá gran placer en el estudio, que no diferirá de sus otros juegos y deportes. Siguiendo cuidadosamente este sistema, podéis llevar al niño a desear aprender todo lo que tengáis intención de enseñarle. Declaro que lo más difícil es llegar a este resultado con el hijo mayor; pero una vez que el primogénito sea puesto al paso, será muy fácil conducir como se quiera a los demás.

§ 75. Aunque esté fuera de duda qué conviene elegir, para hacer aprender una cosa al niño, los momentos en que su espíritu está a tono y bien dispuesto para ello, cuando nada le distrae ni le enfría, ni una indolencia perezosa, ni la preocupación de cualquier otro objeto, hay que tener, sin embargo, cuidado con dos cosas: I. Que estas ocasiones, sea que no se les observa frecuentemente, sea que no se las aprovecha lo bastante, sea que no vuelven fácilmente, lo cierto es que no hay que olvidar el hacer trabajar al niño, ni dejarle crecer, ni endurecerse en los hábitos de pereza y en esas malas disposiciones. 2. Que aunque otras cosas sean mal aprendidas cuando el espíritu no está dispuesto o está embargado, es, sin embargo, muy importante y digno de nuestros esfuerzos, el habituar al espíritu a dominarse, a poder, cuando quiera, renunciar a la persecución ardiente de un objeto para aplicarse a otro con placer y sin dificultad; a vencer, en fin, en todo momento su pereza para

---

[1] FRÖBEL puso bien de relieve esta necesidad de actividad espontánea que el niño siente.

[2] COMPAYRÉ hace notar que ésta, como tantas otras indicaciones de LOCKE no es aprovechable sino para una educación individual. Quizás pudiera ser más aplicable de lo que parece pensar COMPAYRÉ, a la misma educación colectiva.

ocuparse vigorosamente de todo lo que le proponen su propia razón o los sabios consejos de otro. A esto es preciso habituar a los niños, poniéndolos a veces a prueba, cuando tienen el espíritu indolente o perezoso o fuertemente aplicado a alguna otra cosa, y esforzarse en atraer sus pensamientos al objeto que se les presenta. Si por este medio puede el espíritu adquirir el hábito de dirigirse, de abandonar sus preocupaciones y sus asuntos cuando las circunstancias lo exijan, y de aplicarse sin dificultad y sin embarazo a ocupaciones nuevas y menos agradables, esto constituirá una ventaja más importante que la de haber aprendido el latín y la lógica, o la mayor parte de las cosas que se les enseñan de ordinario.

De la violencia

§ 76. Los niños son más activos y emprendedores que en ninguna otra edad de la vida, y les es indiferente hacer una cosa u otra con tal de hacer, y les da lo mismo danzar que jugar al pie cojito (*Scotch-hoppers*) cuando encuentran el *mismo estímulo o los mismos* inconvenientes. Pero cuando se trata de sus estudios, la razón única y grande para desanimarlos es que se les obligue, que se haga de ellos una obligación, un objeto de tormentos y regaños, y así lo harán temblando y con temor, o bien cuando se aplican a ello voluntariamente, si se les retiene demasiado tiempo hasta que están fatigados y aburridos; todo esto restringe demasiado esa libertad natural que aman apasionadamente. Esta libertad por sí sola constituye el encanto y las delicias de sus diversiones ordinarias. Cambiad de método y veréis cómo pronto cambian su aplicación [3], especialmente si ven el ejmeplo de las personas que ellos estiman y consideran como sus superiores. Si tenéis cuidado sobre todo de presentarles las cosas que ven hacer a los demás como el privilegio de una edad más avanzada o de una condición superior a la suya, entonces la ambición, el deseo de elevarse cada vez más altos, de asemejarse a aquellos que están por encima, animará su ardor y los dispondrá a actuar con entusiasmo y con placer. Este placer será tanto más vivo cuanto que su propio deseo les habrá llevado al estudio, y de esta manera continuarán gozando de la libertad bien

[3] Se aplicarán a sus estudios con el mismo ardor con que se aplican al juego (R. C. D.).

amada, cuya posesión es para ellos el mayor de los estímulos. Si a todo esto se une la satisfacción de ser estimados y alabados, estoy dispuesto a creer que no habrá necesidad de acudir a otros estímulos para excitar, todo lo preciso, su celo y su aplicación. Es preciso, desde el comienzo, lo reconozco, para alcanzar este resultado, mucha paciencia y habilidad, dulzura y atención. Pero, ¿para qué tenéis un preceptor, si no necesita tomarse ningún trabajo? Y cuando el primer resultado está establecido, todo el resto se seguirá de por sí más fácilmente que en una disciplina más severa e imperiosa. No creo que la cosa sea difícil, y estoy seguro de que no lo será siempre que el niño no tenga malos ejemplos ante sí. El único peligro, por consiguiente, que considero, es el influjo de los criados, de los niños mal educados; en fin, de todas las personas viciosas o poco sensatas que miman a los niños; primero, por el mal ejemplo que les proporcionan con su conducta, y, después, porque les estimulan a buscar los placeres ilícitos, alabándoles por entregarse a ellos, dos cosas que jamás deben ir juntas.

De las reprensiones

§ 77. Del mismo modo que pienso que los niños han de corregirse muy raras veces con golpes, así pienso que las reprensiones, cuando son apasionadas, casi tienen las mismas malas consecuencias. Disminuyen la autoridad de los padres y el respeto de los niños, porque yo os suplico no olvidar que los niños distinguen pronto entre la razón y la pasión. Si no pueden tener más que respeto por lo que la razón inspira, bien pronto llegan a menospreciar lo que dicta la pasión; o si experimentan al principio un sentimiento de terror, esta impresión se borra rápidamente, y su inclinación natural les lleva fácilmente a desdeñar vanos estallidos de cólera, por violentos que sean, si no están inspirados por la razón. Los niños no deben ser corregidos sino por su acciones viciosas (las cuales, en sus tiernos años, no podrán ser muchas), y bastará una mirada o un signo para reprenderlos cuando caigan en falta; o si hay que usar a veces las palabras, éstas deben ser graves, dulces y discretas. Se debe, con frecuencia, señalar al niño lo que hay de malo y perverso en su falta, más bien que apresurarse a reñirle, porque la riña hace que no se distinga de un modo suficiente si es a su persona o a su falta a quien se dirige vuestro descontento. La pasión en las represiones lleva consigo, de ordinario, un lenguaje rudo y violen-

to, lo cual produce además el molesto efecto de dar ejemplo al niño y justificarlo a sus ojos. Los nombres que les dan sus padres o sus preceptores no temen ni se avergüenzan de aplicarlos a los demás, teniendo tan buena autoridad en que apoyarse para su uso [4].

La obstinación

§ 78. Preveo que se me objetará: «¡Qué!, ¿no hay ninguna falta que merezca el azote o la riña?» Pero esto sería abrir la puerta a todos los desórdenes. No: el mal no sería tan grande como se imagina si ha seguido un recto camino desde la primera sazón de su espíritu, inspirándole el temor de sus padres arriba indicado. Los golpes, como la misma experiencia comprueba, no hacen sino escaso efecto cuando el dolor que producen es el único castigo que el niño teme y siente; el influjo de este dolor se borra pronto, al mismo tiempo que el recuerdo; pero hay, sin embargo, una falta, y solamente una, por la cual, a mi juicio, debe pegarse al niño: y es la obstinación o rebelión. Y también en ésta ordenaría yo, si pudiese hacerlo, que la vergüenza del látigo, y no el dolor, constituyese la mayor parte del castigo. La vergüenza de haber obrado mal, de haber merecido un castigo, es la única disciplina que tiene relación con la virtud. El dolor causado por el látigo, si no le acompaña la vergüenza, se pasa pronto, se olvida pronto, y, por la repetición, deja de ser temido. He conocido los niños de una persona de calidad, cuyo respeto era mantenido por el temor a ser condenados a marchar sin zapatos, lo mismo que otros por el temor a un látigo suspendido sobre ellos. Castigos de este género valdrían más, a mi juicio, que los golpes. Si queréis desenvolver, en efecto, en los niños sentimientos dignos de un hombre libre, será preciso atemorizarle con la vergüenza de la falta y con la desgracia que le espera, más bien que con el dolor. Pero la obstinación y la desobediencia obstinada, deben dominarse con la fuerza y con los golpes, porque en este caso no hay otro remedio. Cualquiera que sea

[4] «No se deben emplear con frecuencia reprimendas un poco vivas. Una medicina dada a destiempo, agrava el mal en vez de aliviarlo, y si se emplea continuamente, cesa de ser una medicina, y no influye más de lo que lo haría un manjar desagradable y poco saludable» (ERASMO: *Sur l'Education des enfants*).

la orden o la prohibición que hagáis al niño, debéis procurar ser obedecidos; no hay que dar cuartel en este caso ni tolerar ninguna resistencia, porque cuando una vez ha tenido lugar un combate de habilidad, una disputa para ver quién puede dominar, como ocurre cuando mandáis una cosa y se os rehusa, es preciso que venzáis a cualquier precio que sea, aun recurriendo a los golpes, si no bastan un signo de cabeza o las palabras; en otro caso, os será preciso resignaros a vivir el resto de vuestra vida en la dependencia de vuestros hijos. He conocido una madre dulce y prudente que, en una ocasión semejante, la primera vez que su hija volvió a casa desde la de la nodriza, se vio obligada a azotarla ocho veces seguidas, en la misma mañana, antes de conseguir vencer su terquedad y obtener su obediencia para una cosa muy fácil y en sí misma indiferente [5]. Si se hubiese detenido antes [6] y la hubiese dejado a la séptima paliza, la niña estaba perdida para siempre. Por un castigo, que no hubiera conseguido su efecto, hubiera fortificado en su hija el instinto de la terquedad, que hubiera sido muy difícil de curar más tarde. Pero habiendo tenido la discreción de perseverar hasta plegar su espíritu y dominar su voluntad, que es el único fin de la corrección y del castigo, estableció su autoridad desde el primer momento, y obtuvo para en adelante, de su hija, una obediencia pronta y dócil en todas las cosas. Fue la primera vez que le azotó, y creo también que la última.

La primera vez que se recurre a los castigos corporales, conviene prolongar y redoblar la punición hasta que haya triunfado enteramente de la resistencia, y el espíritu del niño sea vencido y la autoridad del padre establecida; después, para mantenerla, bastará una gravedad con mezcla de dulzura.

Todo esto, reflexionando en ello, inspirará a los padres más mo-

---

[5] Con razón observa COMPAYRÉ que no puede dejar de asombrar que LOCKE llame dulce y prudente a una madre que llega a golpear a su niña «ocho veces seguidas», la primera ocasión en que la vuelva a ver y por una «cosa indiferente».

[6] LOCKE no considera lo que pudiera haber ocurrido si no hubiera comenzado a azotarla, ni averigua cuáles son los últimos efectos producidos en el carácter de una niña azotándola ocho veces seguidas. Los castigos corporales parecen eficaces, con frecuencia, porque producen obediencia inmediata; pero nos merecerían un juicio completamente distinto si viéramos toda la serie de sus influjos permanente sobre el carácter (R. C. D.).

deración en el empleo del látigo y del palo, y evitaría que creyesen tan fácilmente que los golpes son un remedio seguro y universal que podría aplicarse al azar en cualquier caso. Y lo cierto es que los castigos corporales, si no hacen gran bien, hacen en cambio mucho daño. Si no llegan al espíritu y no doblegan la voluntad, endurecen al culpable; y cualquiera que sea el dolor que hayan sufrido por su falta, no consiguen sino estimular su terquedad, que le ha dado una vez la victoria, y solo se prepara así para esperar nuevos triunfos en el futuro. Indudablemente, el efecto de las correcciones mal entendidas es el de que un gran número de niños se hagan obstinados y refractarios, cuando, gobernados de otra suerte, hubieran sido flexibles y manejables. Si no castigáis a vuestro hijo sino para vengaros de la falta pasada que ha excitado vuestra cólera, ¿qué efecto pensáis producir así en su espíritu, que es precisamente el que se trata de enmendar? Si no hay en su falta ninguna mezcla de terquedad o de obstinación *(Wilfulness)* [7], no encierra nada que reclame el severo castigo del látigo. Una especie de grave admonición, basta para remediar las faltas que tienen por principio la debilidad, la desatención o el aturdimiento, y esto es todo lo que merecen faltas parecidas. Pero si hay una perversión de voluntad, si hay una desobediencia voluntaria y resuelta, el castigo no deberá medirse por la grandeza o pequeñez aparente de la falta, sino por el espíritu de terquedad que revela y por la resistencia que el niño opone a sus deberes su sumisión y de respeto a las órdenes de su padre, porque la obediencia debe ser siempre rigurosamente exigida, y no debe vacilarse en emplear los castigos corporales, administrándolos por intervalos, hasta que hayan producido impresión en el espíritu, y distingáis los signos de una verdadera tristeza [8], de la vergüenza y del deseo de obedecer.

Wilfulness. Literalmente esta palabra significa plenitud de voluntad, y, como observa el doctor CARPENTER, «es precisamente lo contrario, pues es el resultado directado de la falta de dominio volitivo sobre la actividad automática del cerebro». (*Mental Physiology*, pág. 135).

[8] LOCKE no nos dice como hemos de distinguir entre esa tristeza y el temor a una pena posterior. Es indudable que podemos llegar al espíritu a través del cuerpo; pero no podemos tener la seguridad de alcanzar de este modo la parte del espíritu a que queremos llegar. Debe también recordarse que el orgullo fortifica el sufrimiento, en la proporción en que se infligen los castigos. Mientras más puede resistir un chico la violencia del látigo, más le enorgullece su triunfo. (R. C. D.).

Pero, a mi juicio, no bastará que hayáis fijado una tarea, y que no la haya realizado a vuestro gusto, para que os sea permitido golpearle sin remedio. Es preciso, con mucha atención, cuidado y finura, observar el temperamento particular de los niños, y apreciar exactamente la naturaleza de sus faltas, antes de llegar a una corrección de ese género. Pero esto ¿no es preferible a tener siempre el látigo en la mano como único instrumento de vuestra autoridad, y a exponeros, por el uso demasiado frecuente del vergajo, a hacer este remedio supremo, ineficaz e inútil para el momento en que se haga necesario? Esto es lo que ocurre, en efecto, cuando se emplea sin discreción el látigo para las faltas más ligeras. Cuando por una falta contra las reglas de la concordancia, o por una sílaba mal colocada en un verso, se castiga con la pena severa del látigo a un niño laborioso y de buen natural, como se haría por una acción criminal o voluntaria de un niño perverso y obstinado, ¿cómo esperar que semejante método de corrección haga bien al espíritu y lo corrija? Y este es el único fin que hay que proponerse; y cuando esté enderezado, todo el resto que podáis desear se sigue naturalmente.

§ 79. Así, cuando no hay en la voluntad ninguna mala inclinación que corregir, no hay necesidad de recurrir al látigo. Todas las faltas que no testimonian una mala disposición del espíritu, ni rechazan el gobierno y autoridad del padre o tutor, no son sino simples equivocaciones que pueden pasarse por alto; o cuando se hacen notar, no necesitan sino el amable remedio del aviso, el consejo y el reproche, hasta que el olvido de éstos y la repetición de los hechos, prueben que la falta está en el espíritu y que en las raíces de su desobediencia hay una perversidad manifiesta de la voluntad. Siempre que la obstinación, que es una abierta oposición, se revela hasta el punto de no poder ser olvidada o desdeñada, y es necesario desde el comienzo reprimirla y vencerla, nuestra sola preocupación debe ser no engañarnos, asegurarnos de que se trata de una obstinación real y no de otra cosa.

§ 80. Pero, puesto que se deben evitar todo lo posible las ocasiones de castigar, sobre todo de castigar mediante golpes, tendréis cuidado de llegar rara vez a esos extremos. Si habéis inspirado a vuestro hijo los sentimientos de respeto de que he hablado, bastará, en la mayor parte de los casos, una mirada para detenerle. No se puede, seguramente, pedir a los niños pequeños la misma compostura, seriedad y aplicación que a los mayores. Se debe permitir,

ya lo he dicho, todas las infantilidades, todas las locuras propias de la edad, sin prestarles ninguna atención. El aturdimiento, la imprevisión y la alegría, son los caracteres de la infancia. La severidad no debe extenderse a estas acciones e imponer en este punto restricciones inoportunas. No nos apresuremos a ver obstinación y mala voluntad en actos que no son sino el efecto natural de la edad y el temperamento. En este caso es preciso simplemente acudir en auxilio de los niños, tenderles la mano para guiarlos dulcemente como a personas débiles que sufren una enfermedad natural; y aun cuando una vez advertidos vuelvan a caer en las mismas faltas, no debe considerarse forzosamente toda reincidencia como un desprecio formal de vuestras órdenes, y considerarla inmediatamente como un acto de revuelta. Las faltas que provienen de la debilidad de la edad no conviene olvidarlas, dejarlas pasar sin prestarles la menor atención; pero al menos que la voluntad se mezcle en ellas, no se debe exagerar nunca la gravedad ni reprenderlas rigurosamente. Encauzarlos solamente con una mano dulce, como lo exige su edad. De esta manera comprenderán los niños lo que hay de verdaderamente reprensible en cada una de sus acciones, y se habituarán a evitarlo. Así, también, los estimularéis, y esto es lo más importante, a no tener nunca sino buenas intenciones, puesto que habrán visto que su buena voluntad les pone al abrigo de todo disgusto grave, y que por las faltas en que incurren, en vez de sufrir los reproches apasionados e irritados de su preceptor o de sus padres, sosn tratados con benevolencia y con dulzura. Alejar a vuestros hijos del vicio y de las disposiciones viciosas, y con el progreso de los años les veréis adoptar las maneras que convienen a su edad y a la sociedad que frecuenten. A medida que aumenten en edad, aumentarán también en aplicación y en sabiduría. Pero a fin de que vuestras palabras tengan siempre autoridad y fuerza, si llega el caso en alguna ocasión que le ordenéis dejar una cosa o no hacer otra en sus juegos, tened mucho cuidado de conseguirlo, y no dejarles que ellos dominen. Pero, lo repito, yo quisiera que el padre no hiciese, sino rara vez, intervenir su autoridad y sus órdenes en tales cosas, y se reservara para los casos en que los niños están a punto de contraer algún hábito vicioso. Hay, a mi juicio, medios mejores de dirigir su espíritu, y cuando hayáis conseguido una vez someterlos a vuestra voluntad, triunfaréis mejor generalmente razonando dulcemente con ellos.

Razonamientos

§ 81. Quizás admire que yo hable del razonamiento con los niños, y, sin embargo, no puedo dejar de pensar que es el verdadero modo de conducirse con ellos. Ellos lo comprenden desde que hablan, y, si yo no los observo mal, desean ser tratados como criaturas racionales antes de lo que se cree. Es una especie de orgullo que hay que estimular en ellos, y hacer de él, hasta donde sea posible, el más grande instrumento para manejarlos.

Pero cuando yo hablo de razonamientos, no aludo sino a aquellos que se adaptan perfectamente a la capacidad y poder de asimilación del niño. Nadie piensa que puede argumentarse con un niño de tres, y aun de siete años, como con un hombre maduro. Los discursos largos y los razonamientos filosóficos, a lo mejor admiran y confunden, pero no instruyen a los niños. Cuando yo digo, por consiguiente, que deben ser tratados como criaturas racionales, entiendo que debéis hacerles comprender, por la dulzura de vuestras maneras, por el aire, tranquilo que guardéis hasta en vuestras correcciones, que lo que hacéis es razonable en sí, al mismo tiempo que útil y necesario para ellos; que no es capricho, por pasión o fantasía, por lo que le ordenáis o le prohibís esto o lo otro. Esto es lo que están en estado de comprender, y no hay virtud que no se les pueda hacer comprender por qué se les recomienda, ni vicio por qué se les prohibe; sólo que es preciso escoger para esto razones apropiadas a su edad y a su inteligencia y exponérselas en muy pocas y muy claras palabras. Los principios en que descansan la mayor parte de los deberes, las fuentes del bien y del mal de donde brotan estos deberes, no son siempre fáciles de explicar, ni siquiera a los hombres maduros, cuando no están acostumbrados a abstraer sus pensamientos de las opiniones comúnmente recibidas. Mucho menos han de ser los niños capaces de razonar de principios remotos. No pueden concebir la fuerza de deducciones largas. Las razones que los muevan deben ser obvias y al nivel de su pensamiento, y tales, que él pueda (si puedo decirlo así) sentirlas y tocarlas. Pero si se ha de considerar su edad, temperamento e inclinación, nunca faltarán motivos de este género para convencerlos. Si no hubiera ninguna otra razón más particular, siempre será para ellos inteligible y eficaz, para apartarlos de una falta, el que ésta les desacredita y deshonra, que os desagrada.

Los ejemplos

§ 82. Pero de todos los modos de instruir al niño, de formar sus costumbres, el más sencillo, el más fácil y más eficaz es el de ponerle ante los ojos los ejemplos de las cosas que queréis hacerle practicar o evitar[9]. Si tenéis cuidado de presentar estos ejemplos en la vida de las personas que ellos conocen, agregando alguna reflexión sobre la belleza o fealdad de estas acciones, habréis hecho más para excitar o desanimar su instinto de imitación, que con todos los sermones que podáis predicarles. No hay palabras, por enérgicas que sean, que les den una idea de las virtudes y los vicios, como las acciones de los demás cuyas imágenes se les presente, si tenéis cuidado de dirigir sus observaciones y le lleváis a examinar esta o aquella buena o mala cualidad, en su práctica. Y la belleza o fealdad de muchas cosas en la buena o mala crianza, será mejor aprendida y hará en ellos una impresión más profunda, en los ejemplos de los demás, que mediante reglas o instrucciones que sobre ellas puedan dárseles.

Este es un método que ha de usarse, no solo mientras son jóvenes, sino que es preciso continuarlo en tanto que permanecen bajo la vigilancia o dirección de otra persona. Yo creo que es el medio mejor que puede emplear un padre cuando tenga que reformar algún defecto en la conducta de su hijo. No hay nada, en efecto, que penetre el espíritu de los hombres tan dulce y tan profundamente como el ejemplo. Los mismos defectos que están dispuestos a excusar o a no ver en ellos mismos, no pueden por menos de desagradarles y avergonzarles cuando los ven en otro.

El látigo

§ 83. Cuando se hace necesario, como remedio supremo, el uso del látigo, es dudosa la ocasión y la persona que ha de administrarlo; si ha de ser en el momento de cometerse la falta, cuando está reciente y fresca, y si son los padres mismos los que han de pegar a sus hijos[10]. En cuanto a lo primero, mi opinión es que el casti-

[9] «El padre de Horacio empleaba este método en la educación de su hijo. HORACIO nos dice esto mismo (Sátiras, IV, lib. I), y nos da instructivos detalles. Este es un pasaje que nunca leerá bastante el que tenga que manejar niños. Debe saberlo de memoria y tenerlo siempre presente en su espíritu». (COSTE).

[10] Claro está que, como observa COMPAYRÉ, estas cuestiones no nos interesan actualmente, puesto que los castigos corporales están absolutamen-

go no debe aplicarse inmediatamente por temor a que en él se mezcle la pasión, y el castigo, por consiguiente, rebasando los límites convenientes, no conserve su legítima eficacia. Los niños saben discernir perfectamento cuando procedemos con pasión. Como ya he dicho, lo que les hace más impresión es lo que emana de la razón calmosa y fría de sus padres: la diferencia no se les escapa. En cuanto al segundo punto, creo que si tenéis a vuestro servicio un doméstico capaz de ello y que desempeñe cerca de vuestro hijo la plaza de preceptor (porque si tenéis un tutor la cosa no tiene duda), creo que será preferible que el dolor del castigo sea directamente infligido al niño por otra mano que la vuestra, pero con vuestro permiso y en vuestra presencia. De este modo queda mejor preservada [11] la autoridad de los padres, y la adversión del niño, por el dolor sufrido, más bien se vuelve contra la persona que inmediatamente lo inflige. Porque yo quisiera, como se sabe, que el padre *no* llegue, sino rara vez, a los castigos corporales, y esto cuando haya una necesidad perentoria, cuando no haya otro remedio; y entonces conviene, quizás, que el castigo se aplique de tal modo que no se olvide rápidamente.

§ 84. Pero, como he dicho antes, el pegar es lo peor, y, por consiguiente, el último medio que ha de aplicarse en la corrección de los niños, y solamente en casos extremos, después que se hayan ensayado y se haya comprobado la inutilidad de procedimientos más dulces. Porque, observando bien estas reglas, raras veces habrá necesidad de apelar a los golpes. Porque no puede suponerse, en efecto, que un niño quiera resistir con frecuencia, en cualquier caso particular, las órdenes de su padre, y es probable que no quiera nunca. Por otra parte, si el padre tiene cuidado de no interponer su autoridad y sus órdenes perentorias, sea en las acciones pueriles e indiferentes, en las que el niño debe gozar de su libertad,

---

te condenados por la pedagogía moderna. Pero estaban a la orden del día en los tiempos de LOCKE. Las *Regulae* de los jesuítas prohibían a los Padres aplicar con sus manos las correcciones físicas. En ciertos colegios había un corrector agregado a la casa. En otras partes se recurría a los servicios de un pobre obrero de la vecindad, que recibía por ellos un tanto al mes o al año. Otras veces se designaba un escolar bien plantado, vigoroso, que azotaba a sus compañeros siempre que el regente le daba la orden. Era esto, bajo una forma bien especial, un comienzo de enseñanza mutua.

[11] *Preservrad*. La primera edición dice *preferrad*, seguramente por una errata de imprenta. La edición de 1699 y 1714 dicen *preservad*. COSTE traduce «la autoridad de los padres será respetada». (*R. C. D.*).

sea a propósito de sus estudios y de sus progresos, en lo cual nunca debe hacérseles violencia, no queda más que la prohibición de algunas acciones viciosas que puedan dar lugar a actos de rebelión, y, por consiguiente, merecer el látigo. Será reducido el número de ocasiones en las que un padre atento, que dirige como conviene la educación de su hijo, se verá obligado a recurrir a este medio de disciplina. Durante los siete primeros años, en efecto, ¿cuáles son los vicios de que puede hacerse culpable a un niño, sino la mentira o algún rasgo de malicia? (*ill-nature*). Cuando ha vuelto a caer muchas veces en estas faltas, a pesar de la prohibición formal de su padre, es cuando debe el niño ser castigado por su obstinación, y merece ser golpeado. Si todas las disposiciones viciosas del niño son, desde el comienzo, tratadas como deben serlo; si se le desconcierta, en caso de reincidencia, por el aire severo del padre, de su preceptor y de todos los que se le aproximan, y por una manera de proceder conforme al estado de desgracia en que ha caído; si, en fin, se sabe preservarar en esta actitud bastante tiempo para que se haga sensible a la vergüenza de su falta, creo que no habría necesidad de recurrir a ninguna otra especie de corrección y no se presentará ocasión de tener que llegar a los golpes. Solamente las negligencias de la primera educación y el exceso de ternura que se demuestra a los niños al principio, hacen luego necesarias las correcciones físicas. Si se hubiesen vigilado en su nacimiento las inclinaciones viciosas y las primeras irregularidades que engendran, si se les hubiese corregido dulcemente, raras veces habría más de un defecto que combatir a la vez, y se llegaría fácilmente al fin sin ruido ni excitación, y no se necesitaría una disciplina tan dura como los golpes. Así, uno por uno, combatidos todos los vicios desde su primera aparición, serían fácilmente extirpados sin que subsista la menor traza, ni siquiera el recuerdo de su existencia. Pero dejamos crecer sus faltas (por indulgencia y complacencia con nuestros pequeños), hasta que hayan echado raíces y se hayan multiplicado, y la fealdad moral de nuestros niños nos cubre de vergüenza y confusión. Entonces es preciso apelar a la pala y al pico para llegar al fondo de las raíces; y toda la fuerza, habilidad y diligencia que podamos usar son aun pocas para limpiar este vivero infestado de malas hierbas, este campo cubierto de cizaña, y para restaurar la esperanza de frutos que recompensen nuestros esfuerzos a su debido tiempo.

§ 85. Este método, si se observa bien, ahorrará a la vez al padre y al hijo la molestia de preceptos repetidos y de reglas multi-

plicadas de acciones y omisiones. Yo creo, en efecto, que las acciones que tienden a producir malos hábitos (que son las únicas respecto de las cuales un padre puede interponer su autoridad y sus mandatos) no deben prohibírselas al niño mientras no se haga culpable de ellas. La prohibición hecha antes de la falta, si no produce resultados peores, tiene, al menos, el de enseñar al niño la posibilidad de la falta, puesto que supone que el niño puede cometerla, y puesto que habría menos riesgo de que la cometiese si ignorase su existencia. El mejor medio de luchar con ellas, como ya he dicho, es el de mostrarse asombrado y soprendido a la primera acción que la revele en el niño. Por ejemplo, la primera vez que es cogido en fragante delito de mentira o en un acto de maldad, el primer remedio que debe emplearse es el de hablar de esta acción como de algo extraño y monstruoso de que no se les creía capaz, y provocar así la vergüenza.

§ 86. Se objetará probablemente, que me hago ilusiones respecto de la docilidad de los niños y el predominio de aquellos procedimientos suaves del elogio y la censura, porque habrá muchos que no se aplicarán al estudio y a lo que deben aprender mientras no se les haya azotado. Este es el lenguaje y las maneras habituales en las gentes de escuela y de todos los que, obstinados en los métodos antiguos, no dejan que sean experimentados los otros en las ocasiones en que pudiera hacerse el ensayo. En efecto, ¿cómo explicar de otro modo que se tenga necesidad del látigo para enseñar el latín y el griego, cuando no hace falta para el francés ni el italiano? Los niños aprenden el baile y la esgrima sin necesidad de azotarlos; lo mismo ocurre con la aritmética y el dibujo, etc., a los cuales se aplican espontáneamente, sin castigos; todo lo cual da derecho a sospechar que hay algo de antinatural, extraño y desagradable para aquella edad en las cosas que se exigen en las escuelas de gramática, o en los métodos que en ellas se usan, puesto que los métodos no se aplican a estos estudios cuando no se les castiga, y cuando se les castiga, se aplican a ellos difícilmente; o acaso sea una equivocación el que no puedan enseñárseles aquellas lenguas sin golpearlos.

§ 87. Pero, suponiendo que se encuentren niños tan indiferentes y tan perezosos que no se pueda decidirlos a estudiar por las vías de la dulzura —y es preciso reconocer que hay, en efecto, niños de todas naturalezas—, no es, sin embargo, una razón para que se aplique con todos el duro régimen del látigo. No hay, pues, ninguno del cual pueda decirse que no puede ser gobernado por la dulzura y la moderación, en tanto que no se haya hecho con él el

ensayo completo. Si estos medios no le determinan a trabajar con todas sus fuerzas, a hacer todo lo que es capaz de hacer, entonces no hay que buscar excusas para un carácter tan obstinado. El látigo es el remedio conveniente en tales casos; pero el látigo suministrado según otros procedimientos que los ordinarios. El niño que olvida voluntariamente sus libros, que se niega obstinadamente a una cosa que puede hacer y que su padre le ordena hacer por una orden positiva y formal, con este niño no podemos contentarnos aplicándole dos o tres azotes, por faltar a su deber, y volver a infligirle el mismo castigo cada vez que incurra en la misma falta. No; cuando llegan las cosas a este punto, cuando la obstinación es manifiesta y hace necesaria la corrección, pienso que se debe castigar al niño con más calma y también con más severidad; se le debe golpear (mezclando los golpes con amonestaciones) hasta que pueda leerse en su rostro, en su voz, en su actitud sometida, que el castigo ha hecho impresión en su espíritu, y que es menos sensible al mismo dolor de los golpes que a la vergüenza de la falta de que se ha hecho culpable, y que le causa actualmente un vivo dolor. Si una corrección de este género, repetida muchas veces a intervalos convenientes y llevada hasta los límites extremos de la severidad, acompañada, por otra parte, de señales inequívocas del descontento paterno, no produce efecto ni consigue modificar las disposiciones del niño, hacerle dócil y flexible, ¿qué beneficio puede esperarse del uso de los castigos corporales, y para qué emplearlos más tiempo? Azotar un niño cuando no se puede esperar que esta corrección produzca ningún bien, es más bien obrar con el furor de un enemigo lleno de rabia, que con la sabiduría de un amigo complaciente, y el castigo no es entonces sino una provocación inútil que no tiene ninguna posibilidad de enmendar al culpable. Si un padre es bastante desdichado para tener un hijo tan perverso, no le queda nada que hacer sino rogar a Dios por él [12]. Pero yo imagino que, si desde el comienzo se emplea con los niños los buenos métodos, se encontrarán pocos caracteres de éstos; y, después de todo, si los hay, no es por estas excepciones por las que hay que regular la educación de los demás, de los que tienen mejor natural y pueden ser gobernados por vías más dulces.

[12] Respecto de este pasaje, observa CAMPE: «Y también rogar a Dios por sí mismo por haber dejado llegar las cosas a este punto por sus propias faltas, por el absurdo tratamiento anterior de su hijo. Porque un niño difícilmente puede llegar a ser intratable e inflexible sin alguna grave falta de sus padres».

Cualidades necesarias de un preceptor

§ 88. Si le encontráis que piense estar en el lugar del padre mismo, que se encargue de su cuidado y que, aprobando las cosas de que he hablado, se aplique desde el comienzo a ponerlas en práctica, encontrará después muy fácil su trabajo; y creo que no tardaréis en reconocer que vuestro hijo ha hecho en poco tiempo mayores progresos en su cultura y en su educación de lo que quizás imagináis. Pero no le consintáis pegar a vuestro hijo en ninguna ocasión sin vuestra dirección y consentimiento; al menos hasta que hayáis experimentado su discreción y su temperamento. Para que conserve toda su autoridad sobre su discípulo, dejad ignorar a éste que no tiene la facultad de usar el látigo, y tened cuidado de tratarle con el mayor respeto, obligando a vuestra familia a hacer lo mismo. No contéis con que vuestro hijo respete a su preceptor si lo ve poco apreciado por vosotros, o por su madre, o por otras personas. Si le juzgáis digno de vuestro menosprecio, es que habéis hecho una mala elección. Y, por poco que dejéis ver ese menosprecio, vuestro hijo no dejará de hacer otro tanto; y, en tal caso, por grande que sea el mérito del preceptor, por grandes que sean sus talentos para cumplir su misión, todo se perderá para vuestro hijo, y jamás le será de ningún provecho.

§ 89. Del mismo modo que el ejemplo del padre debe enseñar al hijo a respetar su preceptor, del mismo modo el ejemplo de éste debe estimular al niño a las acciones cuyo hábito quiere inculcarle. Su conducta no debe desmentir jamás sus preceptos, al menos que no quiera pervertirle. No servirá de nada que el preceptor le hable de la necesidad de reprimir las pasiones, si él mismo se abandona

a alguna de ellas; y, en vano procurará reformar un vicio o una inconveniencia de su discípulo, si él la permite a sí mismo. Los malos ejemplos se siguen más seguramente que las buenas máximas. El preceptor debe, pues, proteger con cuidado a su alumno contra el influjo de los malos ejemplos, y, sobre todo, contra el más peligroso de todos: el que viene de los criados. No alejará a sus hijos de su compañía mediante prohibiciones, que no harán sino excitar su deseo de frecuentarla, sino recurriendo a los medios que ya he mencionado.

§ 90. En el arte de la educación no hay nada que preocupe menos ni que sea más difícil de observar que la que voy ahora a decir, esto es: que es preciso tener cuidado, desde que los niños comienzan a hablar, de que haya cerca de ellos una persona prudente, moderada, discreta, en fin, que tenga por misión formarlos como conviene y preservarlos de todo mal, sobre todo del contagio de las malas compañías. Pienso que este empleo exige mucha moderación, medida, ternura, celo y discreción; cualidades todas difíciles de encontrar unidas en la misma persona, sobre todo entre gentes a quienes no se ofrece sino un corto salario. En cuanto al gasto, creo que no podréis hacer un mejor empleo de vuestro dinero en interés de vuestros hijos, y, por consiguiente, aun cuando os costase algo más de lo que es costumbre, no debéis lamentarlo. El que sin preocuparse del precio procura a su hijo un espíritu sano, buenos principios, el gusto de todo lo que es honrado y útil, la cortesía y la buena educación, ha hecho una adquisición mejor que el que ha empleado su dinero en agregar un poco más de tierra a sus primeras posesiones. Economizad todo lo que podáis en bagatelas y juguetes, en sedas, cintas, lazos y otros gastos inútiles; pero no economicéis en una parte tan necesaria como ésta. Es un mal cálculo hacerlo rico de dinero y pobre de espíritu. Con profundo asombro he visto con frecuencia a padres que prodigan su fortuna para dar a sus hijos bellas ropas, para alojarlos y alimentarlos con lujo, para procurarles más servidores de los necesarios, y que, al mismo tiempo, debilitaban su espíritu y no se preocupaban de cubrir la más vergonzosa de las desnudeces, es decir, su ignorancia y sus malas inclinaciones. No puedo dejar de creer que en esto los padres no hacen sino halagar su propia vanidad: su conducta demuestra mejor el orgullo que una verdadera preocupación del bien de sus hijos. Todos los gastos que hagáis en interés de vuestros hijos probarán la viveza de vuestro amor por ellos, aun cuando disminuyesen su herencia. Un hombre sabio y bueno no puede dejar de ser, o

de parecer, grande y feliz; pero el que es loco o vicioso, no podrá pretender ni la grandeza ni la felicidad, por muchas riquezas que les dejéis en herencia. Y yo os pregunto: ¿no os gustaría más que vuestro hijo se asemejase a ciertas personas que no tienen sino una renta de quinientas libras al año, que no a algunas otras de vuestro conocimiento que tienen cinco mil?

§ 91. La consideración de los gastos no debe detener a los que están en condiciones de hacerlo. Pero la dificultad estará en encontrar una persona capaz: porque aquellos que tienen poca edad, talentos y virtudes, no son propios para este empleo; y, los mejor dotados, difícilmente se resignarán a soportar la carga. Debéis, pues, buscar lo más pronto posible y averiguar por todas partes; porque en el mundo hay gentes de todas clases. Y yo recuerdo que Montaigne dice en uno de sus *Ensayos* que el sabio Castalion [1] se vió obligado en Basilea, para no morir de hambre, a realizar trabajos humildes, cuando el padre de Montaigne hubiera dado mucho dinero para proporcionar a su hijo un tutor de este mérito, y Castalion mismo hubiera aceptado tal empleo en términos muy razonables. Esto sucedió así por falta de información (*intelligence*).

§ 92. Si encontráis dificultad en hallar un preceptor tal como lo deseáis, no os sorprenda. Yo solamente puedo deciros que no debéis economizar ni esfuerzos ni dinero por encontrarlo. Todas las cosas del mundo se adquieren a este precio; y yo me atrevo a prometeros que no os arrepentiréis jamás de lo que os haya costado un buen preceptor, si llegáis a encontrarlo. Tendréis, por el contrario, la satisfacción de pensar que, de todos los modos de gastar vuestro dinero, éste es el mejor. Pero tened buen cuidado de no dejaros guiar, en esta elección, de vuestros amigos, ni por motivos de caridad, ni por el número de recomendaciones. Si queréis cumplir con vuestro deber, no será bastante para vuestro objeto la reputación de un hombre sobrio con un buen fondo de cultura (que es lo que usualmente se exige de un preceptor). En esta elección debéis ser tan circunspectos (*curious*-fastidioso), como lo seríais en

---

[1] SEBASTIÁN CASTALION O CHASTELLON, nacido en el Delfinado en 1515, muerto en 1563, había traducido la *Biblia* en lengua ciceroniana. MONTAIGNE dice de él que murió en estado de «no tener la sal para comer» (L. XXXIV). No se encuentra en los *Ensayos* otra mención de CASTALION, y, probablemente, LOCKE habrá recogido su alusión de algún comentarista. (Véase el artículo *Castalion*, en el *Diccionario* de BAYLE).

la elección de una mujer para vuestro hijo, porque no debéis pensar en ensayarlo ni cambiarlo después: esto tendría grandes inconvenientes para vosotros, y más aun para vuestros hijos. Cuando considero todos los escrúpulos, todas las precauciones que he acumulado en vuestro camino, me parece que mis indicaciones tienen todo el aire de esos consejos que se da a las gentes sin esperar que puedan seguirse. Sin embargo, si consideráis cómo el empleo del preceptor, si es bien desempeñado, difiere de los hábitos corrientes, y qué lejos están de formarse aún idea de ello aun los que se consagran a este empleo, estaréis de acuerdo conmigo, y reconoceréis que un hombre capaz de educar y formar el espíritu de un joven caballero no puede encontrarse en cualquier parte, y que en su elección hay que poner más cuidado del ordinario, si no queréis sufrir un fracaso.

§ 93. Costumbres sobrias e instrucción es, como ya he indicado, todo lo que se exige ordinariamente de un preceptor. Se cree que esto basta, y los padres no averiguan, generalmente, otra cosa. Pero cuando un preceptor de esta especie haya llenado la cabeza de su discípulo con todo el latín y toda la lógica que haya aprendido en la Universidad, ¿puede creerse que, por haber amueblado así el espíritu, se habrá hecho un hombre distinguido, y puede esperarse que el niño esté mejor educado, mejor preparado para la vida, mejor provisto de principios sólidos de generosidad y de virtud que lo está su joven preceptor?

Para formar como es preciso un joven caballero, es necesario que el preceptor sea un hombre bien educado; que conozca los usos; que sepa a qué diversas formas de cortesía obligan la variedad de personas, tiempos y lugares, y que haga que sus discípulos, hasta donde la edad lo requiera, las observen constantemente. Este es un arte que no se puede aprender ni enseñar en los libros. Nada puede proporcionarlo sino las buenas compañías y la observación juntamente. El sastre puede hacer sus trajes a la moda, y el maestro de baile dar gracia a sus movimientos del cuerpo; pero ni lo uno ni lo otro, aunque den buen aire, hacen un hombre bien educado. No, ni aun siquiera agregándolo la ciencia, porque ésta, si no se proporciona bien, le hará más impertinente e intolerable en el trato. La educación es la que da brillo a las otras cualidades y las hace útiles para él, proporcionándole la estimación y benevolencia de los que le rodean. Sin la buena educación, todas las demás cualidades no consiguen sino hacerle pasar por un hombre orgulloso, pedante, vano o tonto.

En un hombre mal educado, el valor pasa por brutalidad, de la que tiene todas las apariencias. El saber se convierte en pedantería; la gracia, en bufonada; las costumbres sencillas pasan por rusticidad; el buen natural, por servilismo. En fin, no hay cualidad buena que la mala educación no rebaje y desfigure en ventaja suya. Sí, las virtudes y los talentos, aun cuando se les rinda el homenaje que se les debe, no bastan para asegurar a un hombre una buena acogida en el mundo y asegurarle el éxito donde llegue. Nadie se contenta con diamantes en bruto, y no los llevan así quienes quieren engalanarse. Cuando están pulimentados y montados es cuando tienen todo su brillo. Las buenas cualidades son la riqueza substancial del espíritu; pero la buena educación es la que les da relieve...Y el que pretende ser agradable debe dar tanta belleza como fuerza a sus acciones. La solidez, y aun la utilidad, no bastan; una manera graciosa y adecuada en todas las cosas es lo que les presta ornamento y las hace amables. Y, en la mayor parte de los casos, la manera de hacerlas es más importante que las cosas mismas que se hacen: de ella depende, en la mayor parte de los casos, la satisfacción o la repugnancia que suscitan. Esto, que consiste, no en quitarse el sombrero con gracia, ni en hacer una reverencia, sino en una compostura adecuada y desembarazada en el lenguaje, en las miradas, en el movimiento, en la actitud, en el continente, etc., según las personas y según las circunstancias, y solamente puede ser aprendido por el hábito y el uso. Aunque sobrepuje las facultades del niño, y no convenga atormentarle con ello, debe comenzarse pronto, y estar muy instruido en ello un joven caballero, mientras está en manos del preceptor, y antes de que esté llamado a conducirse por *sí* mismo en el mundo. Sería entonces, en efecto, demasiado tarde para corregir ciertos hábitos malsanos, que dependen, a veces, de pequeñas cosas. Nuestra conducta no es lo que debe ser, en tanto que no sea natural y desembarazada en todas las cosas, adaptándose, como hacen los dedos de un músico hábil, a un orden armonioso, sin que haya necesidad de pensar en ello ni de hacer esfuerzo alguno. Si se ve un hombre obligado en su comportamiento a observarse con inquietud por temor a cometer alguna torpeza, esta preocupación, lejos de hacerle más correcto en sus maneras, le proporcionará un aire cohibido, forzado y poco gracioso.

Hay otra razón para exigir que esta parte de la educación se haga por los cuidados y bajo la dirección del preceptor, y es la de que las faltas cometidas contra la urbanidad, si son las primeras que ad-

vierten los demás, son, en cambio, las últimas de que se nos advierte: y no es que la maledicencia del mundo no las haga objeto de sus críticas; pero es siempre en ausencia del culpable, que no puede aprovecharse de estos juicios y enmendarse según estas críticas. Es, verdaderamente, un punto tan delicado de tocar, que, aun nuestros amigos, que son los que más desearían vernos corregidos de estos defectos, apenas osan hablarnos de ellos, a pesar de su amistad hacia nosotros, temiendo advertirnos que hemos cometido alguna indiscreción en materia de cortesía. Sobre otros puntos se puede con frecuencia advertir a los demás con cortesía, y no se falta ni a las buenas maneras ni a la amistad, corrigiendo a otros en estos errores; pero la misma cortesía prohibe tocar este asunto y hacer comprender a otro que ha faltado a la urbanidad. Solamente se permite que nos hagan observaciones de esta especie a los que tienen autoridad sobre nosotros; y, además, la indicación parece dura y grosera si se dirige a un hombre de cierta edad; y, por suave que sea, siempre será desagradable para el que haya vivido, por poco que sea, en la sociedad. Por consiguiente, es preciso que el preceptor haga de esta parte de la educación su cuidado principal, a fin de que el discípulo, mientras está bajo su cuidado, y antes de que se le escape, adquiera en todas sus acciones, y se haga natural en él, en la medida de lo posible, una gracia natural que acompañe toda su conducta. Es preciso que no tenga necesidad de consejo en este punto cuando no esté ya en disposición de recibirlo, y cuando no haya cerca de él persona que pueda dárselo. El preceptor debe ser, pues, ante todo, un hombre bien educado, y un joven caballero que no recibiera de su preceptor más que esta cualidad, sería bastante para penetrar en el mundo con grandes ventajas. Bien pronto verá que esta sola perfección le abre más ampliamente el camino del éxito, le procura más amigos y le empuja más lejos en el mundo que todas las expresiones técnicas o todos los conocimientos positivos [2] que haya adquirido estudiando las artes liberales o aprovechando la ciencia enciclopédica de su preceptor. No es que estas cosas hayan de olvidarse; pero no debe sufrirse de ninguna manera que sean preferidas ni que excluyan a las otras.

§ 94. El preceptor no debe ser solamente un hombre bien edu-

[2] *Real Knowlege*, es decir, conocimiento de las cosas en oposición al conocimiento verbal. La palabra *real* se usa en este sentido en Alemania. (R. C. D.).

cado: es preciso que conozca el mundo, es decir, las costumbres, los gustos, las locuras, las mentiras, las faltas del siglo en que el destino le ha lanzado, y, sobre todo, del país en que vive. Es preciso que sepa hacer conocer y descubrir todo esto a su discípulo, a medida que éste se capacita para comprenderlo; que le enseñe a conocer a los hombres y sus caracteres; que descubra la careta con que disfrazan con frecuencia sus títulos y sus pretensiones; que le haga distinguir lo que está oculto en el fondo de estas apariencias; que no le ocurra, en fin, el tomar una cosa por otra, como a la mayor parte de los jóvenes sin experiencia, juzgarlas por el exterior y dejarse seducir por las apariencias y por las maneras seductoras y los halagos. Un buen preceptor enseñará a su discípulo a adivinar las intenciones de los hombres con quienes se relacione, a guardarse de sus designios, sin ser demasiado desconfiados ni demasiado incrédulos; pero como los jóvenes tienen una propensión natural hacia este último exceso, sobre este punto hay que enderezarle, inclinándole en el otro sentido. Que lo acostumbre, sobre todo, en lo posible, a juzgar sanamente a los hombres, según los signos que sirven mejor para descubrir su verdadero carácter, y que nos hacen penetrar en su fuero interno: los hombres se muestran tal y como son en las cosas más pequeñas, sobre todo cuando no están en guardia, y cuando no están, por decirlo así, en escena. Que les haga conocer el mundo tal como es, y que los disponga a pensar que los hombres no son mejores ni peores, ni más discretos ni más locos de lo que son en realidad. De este modo, por grados insensibles, y sin el menor peligro, el alumno convertirá de niño en hombre: que es lo más peligroso de franquear en el curso exterior de la vida. Este es, pues, un punto que es preciso vigilar con cuidado. Entonces es cuando conviene tender la mano al joven para ayudarle a franquear este paso. Pero, ordinariamente, el joven, arrancado de manos de su preceptor para ser lanzado sin preparación en el mundo y vivir en él bajo su propia responsabilidad, corre un peligro manifiesto de perderse pronto. No hay, en efecto, sino demasiados ejemplos de jóvenes que se dejan arrastrar a todos los excesos de la licencia, de la extravagancia y del vicio, cuando se ven libertados del yugo de una educación severa y estrecha: desorden que debe imputarse, sobre todo, a mi juicio, a la mala educación que han recibidio en este punto. Habiendo crecido en la ignorancia de lo que es realmente el mundo, reconocen, cuando en él entran, que no se parece a lo que se les había dicho, y que difiere totalmente de la idea que se habían formado; y, entonces, no de-

jarán de encontrar preceptores de un nuevo género, que no necesitarán muchos esfuerzos para persuadirles de que la disciplina bajo la cual han vivido hasta entonces y las lecciones que han recibido, no son sino vanas formalidades de la educación, cadenas buenas para niños; que la libertad que conviene a los hombres consiste en precipitarse en el pleno goce de todo lo que se le había prohibido hasta entonces. Estos nuevos consejeros les muestran que el mundo está lleno de ejemplos brillantes y seductores de esta libertad, y deslumbran al joven novicio. Por consiguiente, un joven caballero que no puede dejar de querer obrar como hombre, lo mismo que los bellos pisaverdes de su edad, se deja arrastrar a todas las irregularidades de conducta de que le dan ejemplo los más viciosos, y así, para distinguirse, para ganar una buena reputación, se apresura a romper con los hábitos de modestia y de sobriedad que había guardado hasta entonces; piensa, en fin, que es un acto de bravura el señalarse, desde su entrada en el mundo, por la oposición completa de su conducta con todas las reglas de moral que su preceptor le haya predicado.

Para prevenir estos desórdenes, lo mejor, a mi juicio, es mostrarle el mundo tal como es antes de que entre en él definitivamente. Informarle poco a poco de los vicios a la moda; prevenirle contra los procedimientos y los designios de los que pudieran intentar corromperles. Decirles cuáles son los artificios que emplean y los lazos que tienden; de vez en cuando, presentarles los ejemplos trágicos o ridículos de personas que han arruinado a otras, y que se han arruinado a sí mismas. No es nuestro siglo uno de esos en que sean raros los ejemplos de este género. Que se les presente como otros tantos escollos, a fin de que, a la vista de las desgracias, de las enfermedades, de las miserias y de la vergüenza en que han caído arruinándose así tantos jóvenes que ofrecían las mejores esperanzas, se haga más prudente y sepa que, los que bajo la máscara de la amistad han causado su ruina y han contribuido a despojarlos, son los primeros en abandonarlos y en despreciarlos cuando han caído en la miseria. Así sabrá el joven, sin verse obligado a comprar esta ciencia al precio de una costosa experiencia personal, que los consejeros que les estimulan a no seguir los discretos consejos que ha recibido de su preceptor, y los consejos de su propia razón, bajo el pretexto de que esto sería, como dicen ellos, dejarse gobernar por los demás, no aspiran a otra cosa que a llegar a gobernarlos ellos mismos. Le hacen creer que obra por sí mismo y como un hombre, por su propia voluntad y para su propio placer, cuando en realidad

no es más que un niño, arrastrado a los vicios que sirven mejor a sus proyectos. Es esta una ciencia que el gobernante debe insinuar poco a poco en el espíritu de su discípulo, y hacérsela oír por todos los medios, hasta que esté de ella completamente penetrado.

Yo sé que se dicen con frecuencia que descubrir a un joven los vicios de la época es enseñárselos. Esto es verdad en parte, lo reconozco, y todo depende del modo de hacerlo; y, por consiguiente, requiere un hombre de condiciones discretas que conozca el mundo y pueda juzgar el temperamento, las condiciones y el lado débil de su discípulo. Hay que observar, además, que no es hoy más posible que lo era en otros tiempos, quizás, mantener a un joven en la ignorancia completa de los vicios, al menos que no queráis tenerlo encerrado toda su vida en una habitación y prohibirle toda sociedad. Mientras más tiempo le dejéis así los ojos vendados, menos capaz será de ver claro cuando sea arrojado a plena luz, y más expuesto estará a ser presa de sus propias pasiones y de las pasiones de los demás. Cuando un joven que se conserve niño a pesar de los progresos de la edad, aparezca en el mundo con la gravedad de un búho que sale de su nido, es seguro que llamará sobre sí la atención de todos los estorninos de la ciudad, a los cuales se unirán algunos pájaros de presa, que infaliblemente se lanzarán sobre él.

La única defensa contra el mundo es un conocimiento perfecto de él, en el cual puede el joven caballero ser introducido por grados tan pronto como sea capaz. Mientras más pronto será mejor, con tal de que esté en manos de un guía hábil y seguro. Abrirle dulcemente la escena del mundo; introducirle en él paso a paso, mostrándole los peligros que le esperan entre los hombres, según su condición, su temperamento, sus designios y sus relaciones. Que se prepare a ser molestado por los unos, y acariciado por otros; que sepa de antemano qué gentes estarán dispuestas a contrariarle, a engañarle, a minarle sordamente el terreno, o, por el contrario, a servirle. Que sepa por qué medios se conocen y se distinguen sus caracteres; en qué casos debe dejarlo ver, y en qué otros ocultarlo, para darse cuenta de sus designios y de sus artificios. Y si tiene demasiada impaciencia por ensayar sus fuerzas y su habilidad, no estará de más que, de cuando en cuando, la perturbación y el embarazado causado por alguna mala aventura, con tal que no ataque a su virtud, a su salud y a su reputación, le enseñará a ser más prudente.

En esto consiste, lo reconozco, una gran parte de la discreción, y, por consiguiente, no basta para adquirirla algunas reflexiones

superficiales o muchas lecturas. Es el resultado de la experiencia, de las observaciones de un hombre que ha vivido en el mundo con los ojos muy abiertos y que ha frecuentado toda clase de gentes. Por esto me parece de gran importancia infundir esta ciencia en el espíritu de los jóvenes siempre que se presente ocasión, al fin de que el día que sea lanzado a la mar libre no se vea como un marino que no tuviese a su disposición ni planos, ni brújula, ni carta marítima; es preciso que tenga de antemano alguna idea de las rocas, y de los bajos fondos de las corrientes, y de los bancos de arena, y que sepa manejar un timón sin que naufrague antes de haber aprendido todo esto por su propia experiencia. El padre que cree que esta ciencia es la más útil de todas para su hijo, y que no tiene más necesidad de un preceptor que se la enseñe que de un profesor de lenguas y ciencias humanistas, olvida hasta qué punto es más beneficioso juzgar bien a los hombres y dirigir discretamente sus asuntos en las relaciones que con ellos se tenga, que hablar griego y latín, y argumentar en modo y figura, y aun que tener la cabeza llena de las especulaciones abstractas de la filosofía natural [3] y de la metafísica, o, en fin, que conocer a fondo los escritores griegos y latinos, porque aquello conviene más a un caballero que el título de peripatético o cartesiano fiel. Los autores de estas obras han observado y descrito admirablemente las costumbres de los hombres, y sobre estas materias hay que pedir a ellos mucha luz. El viajero que visita las regiones orientales del Asia encuentra en ellas gran número de hombres civilizados e instruidos, que no poseen, sin embargo, ningún conocimiento de esa clase, pero sin la virtud, sin la ciencia del mundo, sin la urbanidad, en ninguna parte de la tierra podrá encontrarse el hombre cabal y digno de estima.

Una gran parte de los estudios que están actualmente de moda en las escuelas de Europa y que entran ordinariamente en los programas de la educación, son de tal índole que un caballero puede, hasta cierto punto, prescindir de ellos sin un gran descrédito para sí mismo, ni perjuicio para sus asuntos. Pero la prudencia y la buena educación son necesarias en todas las épocas y circunstancias de la vida; y la mayor parte de los jóvenes se resienten de lo que les falta en este punto, y si llegan al mundo más inexpertos y más in-

[3] Se designaba así entonces a la física y a todas las ciencias relativas a la naturaleza.

hábiles de lo conveniente, es precisamente porque estas cualidades, que son las más necesarias de todas y que reclaman más cuidados y el auxilio de un maestro, son generalmente olvidadas y pasan por inútiles, hasta el punto de que el preceptor no se preocupa de ellas, sino muy poco o nada. El latín y la ciencia, he aquí por lo que se grita, y se pone la mayor energía en el aprovechamiento de estas cosas, una gran parte de las cuales no pertenece a la misión de un caballero. Lo que le es preciso es que posea el conocimiento de los negocios, que su conducta esté de acuerdo con su rango y que obtenga en su país un lugar eminente y útil. Siempre que pueda robar a sus ocupaciones unas horas de ocio, o que, deseando perfeccionarse a sí mismo en ciertas partes de las ciencias, en las cuales su preceptor no haya podido más que iniciarle ligeramente, se consagrará a algún estudio particular, y los primeros elementos que se le haya inculcado en su juventud bastarán para abrir las vías a su actividad y conducirle tan lejos como sus deseos reclamen o su capacidad le permita llegar. O bien, si cree poder economizar su tiempo y su esfuerzo haciéndose ayudar por un maestro, en ciertas partes difíciles de una ciencia, le será entonces permitido dirigirse a un hombre que posea esta ciencia a fondo y escoger el que le parezca más capaz para sus designios. Pero para iniciar a un joven en todos los conocimientos, tanto como sea preciso en el curso ordinario de los estudios, el preceptor no tiene necesidad más que de una instrucción ordinaria [4]. No es necesario que sea un perfecto erudito, ni que posea a la perfección todas las ciencias, de las que basta que de al joven caballero un ligero tinte, mediante puntos de vista generales o en un bosquejo abreviado. El caballero que quiera ir más lejos en la ciencia, debe reservarse para hacerlo más tarde, según su propio temperamento y por su trabajo personal; porque nadie ha hecho nunca grandes progresos en un estudio, ni ha llegado a ser eminente en una ciencia, mientras ha estado bajo la tutela y dirección de su maestro.

La gran labor de un preceptor es la de moldear la conducta y formar el espíritu; establecer en su discípulo los buenos hábitos,

[4] «La educación es el lado fuerte y la instrucción el lado débil del sistema de LOCKE; por consiguiente, concede poca importancia a la instrucción del preceptor, mientras que en las escuelas públicas no se preocupan bastante del carácter y de las cualidades morales del maestro». —Nota del Dr. SCHUSTER.

los principios de la virtud y de la sabiduría; darle poco a poco una idea del mundo; desenvolver en él la tendencia a amar y a imitar todo lo que es excelente y alabable, y, por conseguir ese objeto, hacerlo vigoroso, activo e industrioso. Los estudios que le propone, no deben tener otro objeto que el de ejercitar sus facultades, ocupar su tiempo, apartándole de la pereza y la haraganería, y enseñándole a aplicarse, a hacer el esfuerzo, inspirándole, en fin, algún gusto por las cosas que debe acabar de aprender por su propio trabajo. ¿Qué padre, en efecto, supondra que, bajo la dirección de su preceptor, podrá un joven caballero convertirse en un crítico perfecto, un orador o un poeta; profundizar la metafísica, la filosofía natural o las matemáticas; ser un maestro en la Historia o la cronología? Es preciso enseñarle, sin duda, algo de todo esto; pero solamente, si puede decirse así, para que entreabra la puerta de la casa y arroje una mirada al interior, para que entable simplemente conocimiento con el departamento sin pensar en instalarse en él. Sería necesario hasta censurar a un preceptor que retuviese mucho tiempo y llevase demasiado lejos, en la mayor parte de estos estudios, a sus alumnos. No ocurre lo mismo con la buena educación, el conocimiento del mundo, la virtud, la actividad y el amor a la reputación; nunca se ocupará demasiado de todo esto, y si el joven posee estas cualidades, no dejará de conseguir de los demás lo que desee o necesite.

Y puesto que es preciso renunciar a la esperanza de encontrar bastante tiempo y fuerza para enseñar todas las cosas, reservemos nuestros esfuerzos para los estudios más necesarios, y, sobre todo, tengamos siempre fijos los ojos sobre lo que sería más útil en la vida para nuestro alumno.

Séneca se quejaba ya de que, en su tiempo, se procediese de otra manera, y, sin embargo, los Burgersdicions y los Scheiblers[5] no abundaban en aquellos tiempos como abundan ahora en estos. ¿Qué hubiera pensado si hubiese vivido en nuestros días, en un tiempo en que los preceptores se imaginan que su misión es la de llenar la cabeza de sus alumnos con autores como éstos? Tendría absoluta razón al gritar: *Non vitae, sed scholoe discimus*[6]. «Aprenderemos, no a vivir, sino a disputar», y nuestra educación nos prepara para la

[5] Dos escritores de Lógica y Metafísica, cuyos textos estaban muy de moda en tiempos de LOCKE —R. C. D.

[6] SÉNECA, Carta CVI.

universidad más que para el mundo. Pero no hay que sorprenderse de que los que forman la moda la adapten a lo que saben y no a las necesidades reales del alumno. Una vez establecida la moda, ¿quién se extrañará de que prevalezca en los estudios como en todo lo demás, y que la mayor parte de aquellos que encuentran su tranquilidad en una fácil sumisión a ella, estén dispuestos a exclamar ¡herejía! cuando uno se separa de ella? Es, sin embargo, motivo de asombro que hombres de calidad y talento se dejen sacrificar hasta ese punto por la costumbre y la fe implícita en ella. Si consultaran la razón, les diría que sus hijos deben emplear su tiempo en alcanzar las cualidades que les sean útiles en la vida, más bien que en atiborrarse la cabeza con toda esa cantidad de desechos (*trash*), gran parte de los cuales no utilizarán nunca durante el resto de su vida; al menos no tendrán necesidad de pensar en ellos, de suerte que todo lo que conserven no servirá sino para hacerles peores. Esto es tan cierto, que yo apelo a los mismos padres que no han omitido gasto alguno para procurar toda esta ciencia a sus jóvenes herederos: ¿no es verdad que sus hijos se pondrían en ridículo en el mundo si dejasen ver solamente que poseen algún tinte de estos conocimientos? Si quieren mostrarlos en sociedad, ¿no disminuirán su crédito haciéndolos desagradables? Ciertamente que no será una admirable adquisición, ni muy digna de ser incluída en el plan de la educación, la de una ciencia de cuya ostentación se avergüenzan los hombres en las ocasiones en que tienen más interés en mostrar sus talentos y su mérito.

Hay todavía otra razón para exigir, ante todo, del preceptor, la urbanidad de las maneras y el conocimiento del mundo. Y es la de que, un hombre que tiene experiencia y talento, puede conducir a un niño bastante lejos en las ciencias, aun cuando no las haya él profundizado [7]. Para esto le bastarán los libros, y le garantizarán luz con antelación suficiente para que pueda guiar al joven espíritu que le sigue. Pero no será nunca capaz de formar a su discípulo en el conocimiento del mundo, y, sobre todo, de darle una buena educación si él no es más que un aprendiz de estas materias.

Este es un conocimiento que debe poseer por sí mismo, que debe apropiarse por el uso y por la conversación, formándose lenta-

[7] No debe abusarse de este precepto que nos conduciría a la paradoja de JACOTOT: «Todo hombre puede enseñar, y aun enseñar lo que él mismo no sabe».

mente por lo que él ve practicar y por lo que observe en la mejor sociedad. Si no posee esta ciencia bien asimilada, es imposible que la tome de prestado para enseñársela a su discípulo; porque suponiendo que pueda encontrar buenos tratados de urbanidad, que contengan todas las reglas particulares de la conducta de un caballero, sus malos ejemplos, si él está mal educado, destruirán todo el efecto de sus lecciones. Es imposible, en efecto, que un hombre sea pulido y bien educado si no ha frecuentado sino malas compañías.

Si yo hablo así, no es que imagine que puedan encontrarse todos los días preceptores de este carácter o procurárselo en las condiciones ordinarias. Pero pretendo que los padres que están en estado de hacerlo, no deben economizar ni las averiguaciones ni los gastos en asunto de tal importancia; y que aquellos otros cuya situación no les permita dar grandes salarios, deben recordar, sin embargo, lo que es preciso sobre todo tener a la vista para la elección de un buen preceptor, al que confían la educación de sus hijos, y de los cuales es preciso que se preocupen principalmente ellos mismos, en tanto que los tienen bajo su cuidado y observación; y no pensar que todo está en el latín, o el francés, o algún seco idioma de lógica y filosofía.

Sobre la familiaridad de los padres con sus hijos

§ 95. Pero volvamos otra vez a nuestro método. Aunque hemos indicado la severidad que debe existir en la atmósfera paterna y el respeto que infunde en el espíritu del niño cuando es pequeño, como un instrumento principal para conseguir su educación, estoy lejos, sin embargo, de pensar que deba continuarse durante toda ella mientras estén bajo la disciplina y el gobierno de sus estudios. Creo, por el contrario, que debe relajarse esta severidad tan pronto como su edad, su discreción y su buena conducta hagan la cosa posible. El padre hará bien, cuando haya crecido su hijo y esté en estado de comprenderle, en conversar familiarmente con él; es decir, preguntarle su opinión, consultarle sobre las cosas que conoce y de que tiene conocimiento. Así ganará el padre dos cosas, ambas de gran importancia. La primera será el disponer el espíritu del niño a reflexiones serias, mucho mejor de lo que pudiera hacerlo dándole reglas o consejos. Mientras más os apresuréis a tratar a vuestro hijo como hombre, más pronto comenzará a serlo: y si le autorizáis de vez en cuando a hablar seriamente con vosotros, elevaréis insensiblemente su espíritu por encima de las diversiones ordinarias de la juventud y de las frívolas ocupaciones en que habitualmente consumen su tiempo. Es fácil notar, en efecto que continúan pensando y hablando como escolares mucho más tiempo de lo que lo harían, únicamente porque sus padres les tienen siempre a distancia, y por todos los procedimientos que usan con ellos, los abandonan en un plano inferior.

§ 96. Otra gran ventaja que conseguiréis por esta manera de tratarle, será su amistad. Muchos padres, aun cuando concedan a

sus hijos las libertades convenientes a su edad y a su condición, cometen, sin embargo, la falta de ocultarles el estado de sus negocios con el mismo cuidado que se pondría en defender contra un espía o un enemigo el conocimiento de un secreto de Estado. Esta reserva, suponiendo que no demuestre un sentimiento celoso, tiene, al menos, el defecto de excluir las muestras de ternura y de intimidad que debieran prodigar los padres a los hijos, y que, sin duda, impide o reprime con frecuencia los movimientos de alegre confianza con que se dirigía un niño a su padre y descansaría en él. No me asombraré nunca bastante de encontrar padres que, a pesar de su tierno amor por los hijos, jamás saben prescindir de una actitud huraña, y que, durante toda su vida guardan con ellos un aire de autoridad y de fiereza, como si sus hijos no debieran nunca experimentar placer ni alcanzar bien alguno de parte de las personas que más aman en este mundo hastra que los hayan perdido y la muerte les relegue al otro. No hay nada que cimente y consolide la amistad y la buena inteligencia, como la confianza recíproca de sus intereses y de sus negocios. Toda otra prueba de amistad, si falta ésta, deja todavía dudas; pero cuando vea vuestro hijo que le abrís vuestro corazón, que le interesáis en vuestros negocios como cosas que, según vuestros deseos, pasarán algún día a sus manos, se preocuparán de ellos como de intereses propios; esperará pacientemente su hora, y, mientras espera, amará a su padre, bastante discreto y bastante bueno para no tenerle a distancia como a un extraño. Además, procediendo así, le enseñáis a que goce de esos bienes: y mientras más sensible le hayáis hecho a esta verdad, menos deseará vuestra fortuna y más dispuesto se sentirá a creerse dichoso bajo la dirección de un amigo tan benévolo y de un padre tan atento. No hay joven, por pobre de espíritu y vacío de sentido que sea, que no se alegre de tener un amigo seguro a quien pueda acudir y con quien consulte libremente cuando tenga ocasión. La reserva y la distancia que guardan los padres, priva con frecuencia a sus hijos de aquél refugio, que les sería mucho más beneficioso que un millar de repulsas y reprimendas. Si vuestro hijo se entrega a cualquier aventura o se enamora de alguna fantasía, ¿no es mejor que lo sepáis? Porque, puesto que hay que dejar cierta libertad a los jóvenes en esta clase de cosas, mientras más al corriente estéis de estas intrigas y de estos designios, más dispuestos estaréis para prevenir las grandes desgracias, y con más seguridad os pondréis en el buen camino de conseguir que evite las inconveniencias menores, haciéndole ver las consecuencias probables de su conducta.

Pero si queréis que os abra su corazón y os pida consejo, comenzad por obrar así con él, a fin de ganar de ese modo su confianza.

§ 97. Sobre cualquier cosa que os consulte, a menos de que no se trate de una cosa que deba conducir a una desgracia irremediable, tened buen cuidado de no hablarle sino como a un amigo experimentado; pero que vuestro consejo no tenga mezcla alguna de mandato ni de autoridad, como no la tendría si os dirigierais a iguales o a extraños. De esta suerte conseguiréis que no cese jamás de pediros nuevos consejos, y que saque partido de los que le hayáis dado ya. Debéis considerar que no es todavía más que un niño, que tiene caprichos y placeres cuya época ha pasado para vosotros. No podéis esperar que sus inclinaciones sean exactamente parecidas a las vuestras, ni que a los veinte años tenga los mismos pensamientos que vosotros a los cincuenta. Puesto que es preciso dejar tomarse a los jóvenes algunas libertades y caprichos, todo lo que podáis exigirles es que no se abandone a ellos sino con la ingenuidad de un niño bien nacido, y como si estuviera siempre ante los ojos de su padre, y entonces no habrá temor de que esta libertad tenga fatales consecuencias [1]. Para poner a vuestro hijo en esta disposición de espíritu, debéis, lo repito, hablarle de vuestros negocios (si le juzgáis, al menos, digno de esta confianza); debéis someterle familiarmente ciertas dificultades y pedirle su consejo; y cuando sea atinado, seguirlo, y si se consigue el éxito, dejarle a él la honra de haberlo conseguido. Con eso no delibitaréis de ningún modo vuestra autoridad, sino que aumentaréis su amor, su estimación por vosotros. En tanto que conservéis vuestros bienes, el poder estará siempre en vuestras manos, y vuestra autoridad estará tanto más asegurada, cuanto que la confianza y la ternura vendrá a fortificarla. No podéis enorgulleceros de tener sobre vuestro hijo todo el poder que os corresponde, en tanto que no llegue al punto de impresionarle más el disgusto de ofender en vosotros a un amigo benévolo, que el temor de perder una parte de la herencia que le espera.

§ 98. Si un padre en sus conversaciones con su hijo debe usar de familiaridad, con más razón convendrá que un preceptor tenga la misma condescendencia con su discípulo. El tiempo que pueda pasar con él, que se guarde de emplearlo en darle lecciones o en

[1] En toda esta parte, LOCKE se inspira constantemente en MONTAIGNE (N. de COMPAYRÉ).

dictarle con un tono doctoral lo que debe observar y seguir. Es preciso que el preceptor le escuche a su vez, que le habitúe a razonar sobre temas propuestos y que haga así más fácil la inteligencia de las reglas, más profunda su impresión; en fin, que le inspire el gusto del estudio y del saber. El niño comenzará a conocer el valor del conocimiento cuando vea que le proporciona el medio de conversar, cuando experimente el placer y el honor de tomar parte en la conversación y de ver, a veces, sus razones escuchadas y aprobadas. Sobre todo en cuestiones de moralidad, de prudencia y de conveniencia, es en las que se puede poner a prueba y preguntar su opinión. Estos ejercicios abren la inteligencia más, seguramente, que las máximas, por claramente que se las exponga, y graban más sólidamente las reglas en la memoria para el uso de la vida práctica. Este método, en efecto, introduce en el espíritu las cosas mismas, que se fijan en él con la evidencia que las acompaña, mientras que las palabras, no siendo, a lo sumo, más que débiles representaciones, las imágenes aproximadas de las cosas se olvidan, por consiguiente, más pronto. El niño comprenderá mucho mejor los principios y la medida de lo que conviene y es justo, recibirá impresiones más vivas y profundas de lo que debe hacer, si se le autoriza a dar su opinión sobre casos propuestos y a razonar con su preceptor sobre ejemplos bien escogidos, que si concede solamente a las lecciones de su maestro una atención silenciosa, distraída y perezosa; o si se le condena a capciosas discusiones de lógica, o si compone disertaciones de aparato sobre una cuestión cualquiera. Unos apoyan el pensamiento sobre el ingenio y los colores falsos, y no sobre la verdad; otros enseñan la falacia, la argucia y la terquedad; y ambos corrompen el juicio y arrojan su espíritu fuera de las vías de un razonamiento sencillo y recto. Es preciso, pues, evitarlos cuidadosamente si queremos perfeccionarnos a nosotros mismos y hacernos agradables a los demás.

Del respeto

§ 99. Cuando hayáis puesto de relieve a vuestro hijo que depende de vosotros y que está en vuestro poder, habréis establecido vuestra autoridad; y siendo inflexiblemente severo siempre que se haya obstinado en algún rasgo perverso que le hayáis prohibido, especialmente la mentira, le habréis inspirado ese temor necesario; y, por otra parte, cuando por concederle la libertad plena compati-

ble con su edad, y permitirle, cuando está en vuestra presencia, las acciones infantiles y cierta libertad de movimiento que es necesaria a los niños cuando son pequeños como el comer o el dormir; cuando, digo, le hayáis familiarizado con vuestra compañía, cuando le hayáis hecho comprender vuestro afecto y vuestra solicitud demostrándole mucha indulgencia y ternura, sobre todo acariciándole siempre que haga algo bueno, y siendo bondadoso para con él de las mil maneras adecuadas a su edad, que la naturaleza enseña a los padres mejor que pudiera yo hacerlo; cuando, repito, por estas formas de ternura y afecto que los padres no omiten nunca para con sus hijos, hayáis plantado en él un afecto singular para vosotros, llegará entonces al estado que podéis desear y habréis formado su espíritu; la verdadera obediencia que ha de conservarse siempre luego cuidadosamente, manteniendo en ambas partes el amor y el temor como dos grandes principios por los cuales lo tendréis siempre en vuestra mano para dirigir su espíritu en el camino de la virtud y del honor.

Sobre los diferentes temperamentos del niño

§ 100. Una vez colocados estos cimientos, encontráis que esta reverencia comienza a influir en él, y lo primero que debe hacerse es considerar cuidadosamente su temperamento y la constitución particular de su espíritu. Pero la obstinación, la mentira y las acciones perversas no han de permitirse, como ya hemos dicho, en él desde el comienzo, cualquiera que sea su temperamento. No debe permitirse que echen raíces aquellas semillas de vicios, sino que deben extirparse tan pronto como comiencen a mostrarse en él; y vuestra autoridad debe imponerse al espíritu del niño desde el primer vislumbre de su inteligencia, a fin de que pueda influir en él como un principio natural cuyo origen no se recuerda, y sin que pueda concebir que las cosas hayan sido o puedan ser de otra forma. Por eso, si el respeto que os debe os ha sido inspirado en la hora debida, este sentimiento seguirá siendo siempre para él una cosa sagrada, y le será tan difícil resistir a este sentimiento, como a sus instintos naturales.

§ 101. Estableciendo así, desde muy temprano, vuestra autoridad, y si, por un uso moderado de esta autoridad, le inspiráis vergüenza por todo lo que pueda arrastrarle a hábitos viciosos, tan pronto como percibáis el primer germen (porque no creo que debáis recurrir a las reprimendas, y todavía menos a los golpes, entanto que la obstinación incorregible no haya hecho necesarios estos medios), convendrá considerar en qué sentido le inclina la estructura natural de su espíritu. Unos hombres, por la índole inalterable de su constitución, son valerosos; otros, temerosos; otros, confiados; otros, modestos, tratables u obstinados, curiosos o descuidados, rá-

pidos o lentos. No hay más diferencias en la fisonomía, en la forma exterior del cuerpo, que en la estructura y constitución de los espíritus. Sólo que los rasgos particulares del rostro y las formas del cuerpo se acentúan y se marcan más con el tiempo y con la edad; mientras que la fisonomía propia del espíritu es más fácil de discernir en los niños cuando el artificio y la mentira no les ha enseñado todavía a disimular sus deformidades morales y a ocultar sus inclinaciones viciosas bajo apariencias hipócritas.

§ 102. Comenzad, por consiguiente, desde muy temprano a observar el temperamento de vuestro hijo; y esto cuando esté más abandonado a sí mismo en sus juegos y cuando se crea lejos de vuestra vista. Indagad cuáles son sus pasiones dominantes, sus gustos favoritos; si es fiero o dulce, atrevido o tímido, compasivo o cruel, abierto o reservado, etc. En efecto, según que difieran sus inclinaciones, deberán diferir también vuestros métodos, y vuestra autoridad debe, en cierto modo, ajustarse a estas inclinaciones para influir de diferentes maneras en su espíritu. No se trata de proceder según reglas fijas con estas tendencias relativas, con estas disposiciones predominantes, ni atacarlas de frente, sobre todo, a las que son más dulces o moderadas y que derivan del temor, de una especie de debilidad del espíritu. Se pueden, sin embargo, corregir a fuerza de arte y encauzarlas hacia el bien. Pero hagáis lo que hagáis, tened la seguridad de que el espíritu se inclinará siempre del lado hacia el cual le incline la naturaleza primitivamente; y si observáis atentamente el carácter del niño en las primeras acciones de la vida, podréis luego adivinar de qué lado se inclinan sus pensamientos, cuáles son sus puntos de vista, incluso, cuando más tarde, convertido ya en un hombre, cubra sus designios un velo espeso, y sepa emplear para conseguirlos, una gran variedad de medios.

Sobre la voluntad de los niños

§ 103. He dicho ya que los niños aman la libertad; y, por consiguiente, deben ser llevados a hacer las cosas que les sean convenientes, sin que sientan ninguna presión sobre ellos. Y ahora digo que aman otra cosa más todavía, y es la dominación, y este es el primitivo origen de muchos hábitos viciosos que son ordinarios y naturales. Este amor del poder y de la dominación se muestra muy pronto y en estas dos cosas:

§ 104. 1. Vemos al niño, casi tan pronto como nace (estoy seguro de que mucho antes de que pueda hablar), gritar, hacerse impertinente, intratable y malhumorado por la razón única de querer hacer su voluntad. Quieren someter los demás a sus deseos; exigen una condescendencia rápida de todos los que le rodean, particularmente de los que son próximamente de la misma edad y condición que ellos, o de un grado inferior, tan pronto como puedan llegar a considerar esas diferencias.

§ 105. 2. Otra cosa en que muestran su amor al dominio, es en su deseo de tener cosas que les pertenezcan; aman la propiedad y la posesión, recreándose en el poder que parece darles y para tener el derecho de disponer de esas cosas a su antojo. El que no haya observado a estas dos tendencias influir desde muy temprano en el niño, tiene poco conocimiento de sus acciones; y el que piensa que estas dos raíces de casi toda la injusticia y la lucha que perturban la vida humana, no deben extirparse pronto e introducir hábitos contrarios, olvida la época adecuada para echar los cimientos de un hombre bueno y digno.

Las siguientes cosas pienso que pueden conducir a ello:

§ 106. 1. Ya he dicho que no debe darse nada a un niño cuando lo pida, y menos cuando grite para reclamarlo; en una palabra, siempre que dé a conocer por sus palabras que tiene deseos de ella. Pero como este precepto se presta a una interpretación errónea y pudiera imaginarse que yo prohibo a los niños pedir cualquier cosa a su padre, lo que pasaría, quizás, por un exceso de tiranía, poco conforme con las relaciones de afecto y amor que deben unir a los niños con los padres, quiero explicarme con más detalle. Conviene que tengan toda libertad para hacer conocer sus necesidades a sus padres y que los padres satisfagan estas necesidades con toda la ternura posible, al menos durante su más corta edad. Pero una cosa es decir «tengo hambre», y otra decir «quiero carne». Cuando el niño ha declarado sus necesidades, sus necesidades naturales, el deber de sus padres y de las personas que le rodean es librarle del malestar que les produzcan el hambre, la sed, el frío o cualquier otra necesidad de la naturaleza. Pero es preciso que el niño deje a los padres el cuidado de decidir y de regular lo que juzguen más conveniente hacer para esto y también en qué medida. No se le debe autorizar a escoger por sí mismo, y a decir «yo quiero vino» o «pan blanco»; por el contrario, el sólo hecho de haber nombrado un plato, debe ser una razón para que se le rehúse.

§ 107. De lo que los padres deben preocuparse, ante todo, es de distinguir entre las necesidades de fantasía y las necesidades de naturaleza, que es lo que Horacio les prescribía en este verso:

Queis humana sibi doleat natura negatis [1]

Son necesidades verdaderamente naturales aquellas contra las que la razón solamente, sin ningún otro auxilio, es incapaz de defendernos ni de impedir que nos perturben. Los dolores de las enfermedades, de las heridas, del hambre, de la sed, del frío, de la falta de sueño, de descanso y de reposo de los órganos fatigados: he aquí lo que todos los hombres sienten; los espíritus mejor dispuestos no saben escapar de estas molestias. Es preciso, pues, por medios convenientes, procurar la satisfacción de estas necesidades, pero sin im-

[1] Las cosas... «Cuya privación es un sufrimiento para la naturaleza humana». (*Sátira*, I, V-75).

paciencia, sin apresurarse demasiado cuando comienzan a notarse si su retraso no amenaza con algún mal irreparable. Los dolores que ocasionan las necesidades naturales son como advertencias que se nos dan para evitar sufrimientos más graves, de los cuales son como heraldos; es preciso, pues, no olvidarlos enteramente ni dejarlos ir demasiado lejos. Pero, sin embargo, será mejor para ellos habituarlos a soportar estas primeras molestias mediante un cuidado inteligente, para hacerlos más fuertes en cuerpo y en espíritu. No necesito hacer recomendaciones sobre la necesidad de proceder discretamente, de evitar todo lo que pudiera hacerles daños, de procurar, en fin, que las privaciones que se les imponen no tengan por consecuencia abatir su espíritu o perturbar su salud: los padres están demasiado dispuestos a inclinarse más de lo que sería conveniente, al exceso contrario de la dulzura.

Pero cualquiera que sea la complacencia que puedan exigir las necesidades de la naturaleza, no ocurre lo mismo con las necesidades de la fantasía: éstas no deben satisfacerse jamás, ni aun permitir que los niños hagan mención de ellas. El solo hecho de que el niño hable de una cosa inútil, debe ser una razón para privarle de ella. Dadle vestidos cuando tenga necesidad de ellos; pero si pide tal color o tal tejido, debe estar seguro de quedarse sin ellos. No es que a mi juicio deban tener los padres el designio premeditado de contrariar los deseos de los niños cuando se trate de cosas indiferentes. Por el contrario, cuando lo merecen por su conducta y no se corre ningún riesgo de corromper o de afeminar sus espíritus y de apasionarlos por bagatelas, pienso que todo debe combinarse, en la medida de lo posible, para asegurar su satisfacción, a fin de que encuentren placer en conducirse bien. Lo mejor sería, sin duda, que el niño no hiciese consistir su placer en cosas de esta especie, que no tomase sus caprichos por regla de sus goces, y que considerase como indiferentes las cosas que lo son en efecto. A este objeto deben tender los esfuerzos de los padres y los preceptores. Pero en tanto que no se llegue a esto, lo que yo combato aquí es la libertad que se deja al niño de pedir todo lo que quiere. Con una perpetua negativa es como puede corregirse este gusto por las cosas de fantasía.

Yo pareceré, quizás, demasiado severo a los tiernos padres inclinados naturalmente a la indulgencia: no pido, sin embargo, más que lo necesario. En efecto: puesto que en el método que propongo debe proscribirse el látigo, constituirá una gran ventaja que el niño se acostumbre a dominar su lengua si se le quiere inspirar esta

disposición respetuosa de que hemos hablado en otra parte, y mantenerlo en estos sentimientos de respeto y de deferencia que debe a sus padres. Además, se le habituará así a contener y dominar sus inclinaciones. Aprenderá de ese modo el arte de sofocar sus deseos tan pronto como nazcan en su corazón; es decir, en el momento en que es más fácil dominarlos. Si dais libre curso a vuestros apetitos, aunque sea sólo en palabras, les prestaréis vida y fuerza; el que tiene la confianza de convertir sus deseos en demandas, no está lejos de pensar que hay obligación de satisfacérselas. En todo caso, de lo que estoy cierto es de que es más fácil de soportar la negativa que nos oponemos a nosotros mismos que la que los demás nos oponen. Acostumbrad, pues, al niño desde muy temprano a consultar su razón, a hacer uso de ella antes de abandonarse a sus inclinaciones. Se ha dado un gran paso para hacerse dueño de sus deseos cuando se ha conseguido no hablar de ellos y oponerles esta primera barrera del silencio. El hábito tomado por los niños de detener la expansión de sus caprichos y de considerar, antes de hablar de ellos, si son razonables o no, constituirá una gran ventaja para ellos durante el curso de su vida en los asuntos de mayor importancia. Lo que nunca me esforzaré lo bastante en hacer comprender, en efecto, es que lo mismo en las circunstancias más insignificantes como en las más graves, la cuestión esencial, iba a decir la única, es el considerar que influjo ejercerá sobre su espíritu la acción del niño, qué hábito tiende probablemente a engendrar, si le convendrá este hábito cuando sea mayor, y dónde le conducirá más tarde si se favorece su desenvolvimiento.

Mi pensamiento, por consiguiente, no es el de que sea preciso apenar a los niños deliberadamente. Habría en esa conducta demasiada maldad e inhumanidad, y se correría el riesgo, por otra parte, de comunicarle estos vicios. Sin duda que es preciso enseñar a los niños a dominar sus apetitos; es preciso dar a su espíritu, tanto como a su cuerpo, fuerza, flexibilidad y vigor, habituándole a ser dueño de sus deseos, curtiendo su cuerpo por las privaciones; pero es preciso hacer todo esto sin dejarle ver ninguna mala voluntad, sin que puedan sospecharla siquiera. La negativa constante de lo que piden con sus gritos o de lo que ensayan a coger por sí mismos, debe enseñarles la discreción, la sumisión y la abstinencia. Pero es preciso recompensarles por su discreción y su silencio, y darles lo que aman y llevarles así a amar a los que exigen rigurosamente esta obediencia. El hecho de resignarse por el momento a la privación de lo que desean, es una virtud que debe ser recompensada

más tarde por el donativo de las cosas que les convienen y que les son agradables, a condición de que se les ofrezca como las consecuencias naturales de su buena conducta y no como cosa que se les deba. Perderías vuestro esfuerzo y, lo que es más grave, perderíais su amor y su respeto si otras personas les concediesen lo que vosotros le habéis rehusado. Es preciso, para prevenir este peligro, tomar todas las precauciones posibles, y también aquí vienen los criados a producirnos algún embarazo.

§ 108. Si os consagráis desde temprano a dirigir de este modo a los niños, si les acostumbráis a callar sus deseos, este hábito excelente los calmará y los moderará, y cuando comiencen a aumentar en edad y sabiduría, podréis concederle una libertad mayor, desde que hable en sus discursos la razón y la no pasión; porque dondequiera que la razón hable, tiene derecho a ser escuchada. Si no se debe nunca prestar atención a lo que dicen los niños cuando piden esto o lo otro, a menos de que no se les haya prometido ya, conviene, en cambio, escucharles siempre y responderles claramente y con dulzura cuando os pregunten sobre algo que quieren conocer y sobre lo que desean instruirse. Es preciso estimular la curiosidad en los niños tanto como sofocar los otros apetitos.

Los recreos

Por mucha severidad que deba emplearse en reprimir todos los deseos de pura fantasía, hay casos en que debe dejarse hablar a ésta. El recreo es tan necesario como el trabajo y la alimentación: ahora bien: como no hay recreo sin placer, y el placer depende más frecuentemente de la simpatía que de la razón, debéis permitir a los niños, no solamente divertirse, sino divertirse como ellos lo entienden, con tal de que sea inocentemente y sin peligro para su salud. En este caso, por consiguiente, no debe responderse con una negativa si piden que se les permita esta o la otra especie de diversión. Creo, sin embargo, que en una educación bien regulada no deben verse obligados, sino rara vez, a hacer semejante petición. Se debe proceder de suerte que encuentren agradable todo lo que les es útil y antes de que estén cansados de una ocupación, deben ser oportunamente aplicados a algún otro empleo útil. En el caso en que no lleguen a este grado de perfección que pueda hacerles de un trabajo nuevo un objeto de recreo, dejadles abandonarse libremente a los juegos infantiles que inventen; procurad que se cansen de ellos

solamente por llegar a la saciedad. En cuanto a las ocupaciones útiles, por el contrario, debéis detenerles, aun cuando tengan deseos de continuar, al menos antes de que les fatigue y les aburra este ejercicio; es preciso, en efecto, que puedan volver a él como a un placer que les divirtió. Las cosas no irán bien sino cuando experimenten placer en hacer las cosas dignas de alabanza, y cuando los ejercicios útiles del cuerpo y del espíritu, alternando unos con otros en su vida, les hagan encontrar agradable el vivir y el progresar, por decirlo así, en una serie ininterrumpida de diversiones, que vienen a reposar y a refrescar, alternativamente, sus órganos fatigados. Que sea posible llegar a ese extremo con todos los niños, y que todos los padres y preceptores sepan tomar las precauciones necesarias y tengan bastante paciencia para alcanzar este resultado, no lo sabemos. Pero de lo que estamos seguros es de que se puede lograr el triunfo con la mayor parte de los niños si se toma un buen camino para despertar en ellos el deseo del crédito, de la estima y la buena reputación. Y cuando se les ha inculcado así la verdadera vida, se les puede hablar libremente de las cosas que más aman, y dirigirlos, o al menos, permitirles dirigirse por sí mismos en este sentido; así es como comprenderán que se les ama y se les acaricia, y que las personas que velan sobre su educación, no son los enemigos de su felicidad. Así les haréis amar a la vez la mano que los dirige y la virtud a que son dirigidos.

Otra ventaja que puede conseguirse, concediéndoles una amplia libertad en el juego, es la de que descubrirán así su temperamento natural; muestran sus inclinaciones y sus aptitudes y dirigen así a los padres atentos para la elección, sea la carrera y de las ocupaciones que les convendrán más tarde, sea de los remedios que deben emplearse entre tanto para curar ciertas inclinaciones que puedan pervertir especialmente su naturaleza.

§ 109. 2.° Los niños que viven juntos disputan sobre quién será el amo y quién hará predominar su voluntad; desde el momento en que comienza la contienda hay que sofocarla. Y no solo esto, sino que debéis enseñarles a guardarse unos a otros toda la deferencia, toda la complacencia y toda la cortesía posible. Cuando vean que esta conducta les atrae el respeto, el amor y la estimación de sus camaradas, y que no les hace perder nada de su superioridad, encontrarán en ella más placer que en buscar por procedimientos contrarios una insolente dominación.

Las acusaciones de los niños, unos contra otros, que en general son aconsejados por el odio y la venganza, no deben recibirse favo-

rablemente ni estimularse. Se debilita y afemina su carácter permitiéndoles quejarse. Si sabéis acostumbrarle a soportar los malos tratos de sus camaradas como cosa sencilla por completo y que no tiene nada de intolerable, le enseñaréis a sufrir sin decir nada; le haréis aguerrido en buena hora contra el dolor. Pero aun cuando no se deba prestar oídos a las quejas de los niños gruñones, tened cuidado, sin embargo, de reprimir la insolencia y los malos instintos de los niños violentos. Si son testigos de una violencia, censuradla en presencia de la víctima. Y si se os informa de una injuria grave que merece que seáis de ella informado y toméis precauciones para impedir su repetición, en este caso reprended al ofensor aparte, en ausencia del que os ha llevado la queja, y obligadle a pedir perdón y a reparar la falta. Este acto de reparación teniendo el aire de ser espontáneo, será realizado con más seguridad y acogido con más fervor; y así crecerá la afección mutua de los niños, y la cortesía se hará más familiar.

§ 110. 3.° En cuanto a la pasión que los niños demuestran por la piedad, enseñadles a compartir fácilmente y alegremente con sus amigos todo lo que tienen. Hacedles comprender por la experiencia que el más generoso es siempre el que sale mejor librado, al mismo tiempo que obtiene desde luego vuestras alabanzas y vuestra estimación; le conduciréis así sin esfuerzo a practicar la liberalidad. Conseguiréis hacer a los hermanos y a las hermanas, dulces y corteses entre sí, y, por consiguiente, también con las demás personas así, mejor que si los abrumáis, como se hace de ordinario, con una multitud de reglas de urbanidad. La envidia, el deseo de poseer y de tener en nuestro poder más cosas de las que exigen nuestras necesidades; he aquí el principio del mal: es preciso, pues, desde muy temprano, extirpar este instinto y desenvolver la cualidad contraria, quiero decir la inclinación a partir con los demás. Esta cualidad debe ser estimada con las alabanzas de que le colméis y con la precaución que toméis para que las liberalidades del niño no le cuesten nada [2]. Siempre que dé pruebas de esta generosidad, no olvidéis recompensarle, incluso con usura [3].

---

[2] LOCKE me parece estar aquí en un error. Si el niño aprende a esperar una recompensa, no será ya generoso ni abnegado. Y si no aprende a esperar el obsequio como «paga», no se gana nada con darle esa recompensa. (R. H. Q.).

[3] Esto es, dice ROUSSEAU, hacer a un niño generoso en apariencia y avaro de hecho. LOCKE, los niños contraerán así el hábito de la liberalidad.

Probadle que haciendo bien a los demás, no se perjudica a sí mismo: que, por el contrario, le vale en recompensa el reconocimiento de los que ha obligado y también de los que han sido testigos de su generosidad. Procurar inspirar a los niños el deseo de sobrepujarse unos a otros en este punto. Por estos medios, cuando por una práctica constante les sea fácil compartir con los demás lo que tienen, esta buena disposición podrá transformarse en hábito y encontrarán placer y pondrán su amor propio en mostrarse buenos, generosos y corteses con los demás.

Si es conveniente estimular la liberalidad, no lo es menos velar por que los niños no quebranten las leyes de la justicia. Siempre que lleguen a hacerlo será preciso deshacer su error, y si es preciso, reprenderles duramente.

Como el amor de sí mismo es el guía las primeras acciones más que la razón o la reflexión, no es extraño que los niños se aparten excesivamente de las reglas exactas del bien y del mal: es que estas reglas no pueden ser en el espíritu sino el fruto de una razón desenvuelta y de una *meditación* reflexiva. Mientras más expuestos estén los niños a equivocarse en este punto, más importa vigilarlos cuidadosamente. Observad y rectificad las menores faltas que cometan en relación con esta gran virtud social, y esto en las cosas más insignificantes, tanto para instruir su ignorancia como para prevenir los malos hábitos. Si, en efecto, comienzan a ser injustos jugando con alfileres o con huesos de cerezas, y se les pasa por alto, bien pronto pasarán a fraudes más graves y acabarán, quizás, por caer en una improbidad completa e incorregible. La primera vez que manifiestan su predisposición a la injusticia, es preciso que los padres y los preceptores combatan esta tendencia, demostrando la sorpresa y el horror que les inspira. pero como los niños no pueden comprender lo que es la injusticia en tanto que no saben lo que es la propiedad y cómo nos hacemos propietarios, el medio más seguro de garantizar la honradez del niño, es el darle desde el comienzo, por fundamento, la generosidad, la tendencia, a partir con los demás lo que poseen o lo que aman. Esto es lo que es preciso enseñarles desde sus primeros años, antes de que sepan hablar, an-

---

Sí, de una liberalidad usuraria que da un huevo por conseguir un buey —*qui donne un oeuf pour avoir un boeuf*—; pero cuando se trata de dar verdaderamente, adios hábito; cuando se cesa de devolvérselo, cesaría él bien pronto de dar.

tes de que tengan bastante inteligencia para concebir una idea clara de la propiedad y para reconocer lo que les pertenece en virtud de un derecho particular y exclusivo. Como los niños no poseen todavía sino las cosas que se les han dado, y generalmente por sus parientes, se les puede habituar desde el principio a no conservar sino las cosas que les sean ofrecidas por las personas a quienes suponen que pertenezcan. A medida que extiende su espíritu, se le puede ofrecer e inculcarle otras reglas, proponerle otras formas de justicia y los derechos relativos al *meun* y al *tuun*. Si cometen algún acto injusto que parece provenir, no de una inadvertencia, sino de una voluntad perversa, y no bastan una reprimenda ligera y la vergüenza para reformar esta inclinación mala y egoísta, emplead entonces medios más enérgicos; y el padre o el preceptor deben quitarles algo a que den gran valor y piensen que es suyo, u ordenar a alguien que lo haga. Así le haréis comprender que le sirve de nada apoderarse injustamente de lo que pertenece a los demás, mientras que haya en el mundo hombres más fuertes que él. Pero si habéis sabido inspirarle desde muy temprano odio sincero por este vicio deshonroso, y creo que la cosa es posible [4], habéis seguido el verdadero camino para garantirlo contra la injusticia, y habréis encontrado un preservativo mejor que todas las consideraciones sacadas del interés: los hábitos, en efecto, actúan con más constancia y más facilidad que la razón, la cual, cuando más necesidad tenemos de ella, raras veces es consultada y más raras veces obedecida.

[4] ROUSSEAU cuenta en sus *Confesiones* que le inspiró el vivo sentimiento de la justicia que le animó toda su vida, el recuerdo de una injusticia de que fue víctima a la edad de seis o siete años.

De los gritos y el llanto de los niños

§ 111. El llanto es una falta que no debe tolerarse a los niños; no solo por el ruido desagradable e inconveniente con que llenan la casa, sino por razones más considerables referentes a los niños mismos y a nuestro fin en la educación.

Su llanto es de dos clases: o terco y dominante, o de quejas y gemidos.

1.° Su llanto es, con frecuencia, una lucha por dominar y una declaración abierta de su insolencia y obstinación; cuando no consiguen su deseo, intentan con sus gritos y sus sollozos mantener sus títulos y sus derechos. Es como una manifestación prolongada de sus pretensiones y una especie de protesta contra la injusticia y la tiranía de los que le rehúsan lo que quiere.

§ 112. 2.° Algunas veces su llanto es efecto del dolor o de la tristeza verdadera que les lleva a lamentarse.

Si se observa al niño con cuidado, será fácil distinguir, por su aire, sus miradas, sus actos y, con frecuencia, el tono de sus gritos, estas dos maneras de llorar; pero ni una ni otra debe tolerarse, y menos aún estimularse.

1.° No debe permitirse el llanto obstinado o colérico (*stomachful*, perverso, terco), porque esto sería otro modo de halagar sus deseos y estimular aquellas pasiones cuyo vencimiento es nuestra principal tarea; y si, como ocurre con frecuencia, se les permite llorar mientras reciben una corrección, se destruyen así todos los buenos efectos que pudiera producir ésta; porque todo castigo que los deja en este estado de rebelión declarada, no sirve sino para hacerlos peores. Todas las prohibiciones y todos los castigos con los cua-

les se calla a los niños, no servirán para nada en tanto que no tengan por efecto dominar sus voluntades, enseñarle a regular sus pasiones, a hacer sus espíritus flexibles y obedientes ante las órdenes que le transmite la razón de sus padres, a fin de prepararlos para seguir más tarde el consejo que les dé su propia razón. Pero si, después de haberles contrariado por esto o por lo otro, se les permite huir llorando, se afirmarán en sus deseos, se complacerán en su mal humor, no siendo su llanto, lo repito, sino la declaración de sus derechos, la firme intención que conservan de satisfacer su deseo a la primera ocasión. Encuentro aquí un nuevo argumento contra el uso demasiado frecuente de los castigos corporales. En efecto: siempre que lleguéis a este extremo, no basta pegar y golpear al niño. Debéis continuar hasta que os hayáis asegurado de haber dominado su espíritu, hasta que acepte la corrección con sumisión y paciencia, lo que reconoceréis fácilmente por su llanto y por su rapidez en callarse cuando se lo ordenéis. Sin esto, pegar a los niños es una tiranía apasionada; es una mera crueldad, y no una corrección, poner su cuerpo dolorido sin hacer ningún bien a su espíritu. Y si todo esto nos indica que los niños raras veces son corregidos así, es también una razón más para que sean castigados raras veces. Porque si todas las veces que se les castiga se hace sin pasión, con moderación y, sin embargo, de un modo eficaz; si se administran los golpes sin furor, y no todos a la vez, sino lentamente y con razonamientos, observando el efecto producido y deteniéndose desde el momento en que el castigo haga a los pacientes dóciles, obedientes y flexibles, tened la seguridad de que rara vez tendréis que volver a comenzar, y que el niño estará, por otra parte, atento a evitar la falta que le ha merecido el castigo. Por otra parte, si el castigo, cuando se procede así, no hay riesgo de que se pierda por haber sido demasiado dulce e ineficaz, tampoco hay riesgo de que sea llevado demasiado lejos si se detiene cuando se reconoce que ha producido todo su efecto sobre su espíritu y lo ha enmendado. Cuando se reprende o se castiga a los niños, es preciso hacerlo siempre con la mayor moderación posible. Ahora bien: el que castiga en el primer ardor de un movimiento de cólera, no está ya en estado de observar esa medida, sino que, generalmente, la traspasa sin conseguir nada.

§ 113. 2.° Un gran número de niños están dispuestos a llorar al menor dolor que tengan que soportar, y al más ligero mal que les alcanza, quejarse y vocear. Pocos evitan este defecto, porque como los gritos son, en efecto, el primer medio que la natura-

leza pone a su disposición para expresar sus sufrimientos o sus necesidades, en tanto que no saben hablar, la piedad que debe tributarse a su edad, y que se lleva hasta la locura, los estimula en este hábito y los mantiene en él mucho después que hayan aprendido a hablar. Es, sin duda, deber de los que viven cerca de los niños, tener piedad de ellos cuando sufren algún mal; pero no es preciso demostrárselo. Auxiliarle, aliviarle lo mejor que podáis; pero no le dejéis ver que le compadecéis; en este caso, debilitaréis su espíritu, le haréis sensible a la menor molestia que les alcance; desenvolveréis en ellos las facultades de pura sensibilidad, y haréis las heridas del dolor más profundas de lo que hubiesen sido. Es preciso que los niños sean endurecidos para todos los sufrimientos, sobre todo para los del cuerpo. No deben ser sensibles sino para los que despiertan en un corazón bien nacido, la vergüenza y un vivo sentimiento del honor. El gran número de accidentes desagradables a que nos expone la vida, exige que no seamos demasiado sensibles al más pequeño mal que nos alcance. Todo lo que no llega al espíritu, no produce más que una impresión ligera y no nos causa gran mal. Porque nuestro espíritu sufre, es por lo que el dolor existe y se prolonga. La fuerza y la insensibilidad del espíritu son la mejor armadura que podemos oponer a los males ordinarios y a los accidentes de la vida. Y como por el ejercicio y el hábito es como podemos adquirir ese vigor de temperamento mejor que por ningún otro medio, conviene comenzar desde muy pronto la práctica de la virtud. ¡Dichoso el que la adquiere temprano! Nada aumenta tanto esa delicadeza afeminada, que tanto conviene prevenir o curar en los niños, como el hábito de llorar; del mismo modo, no hay mejor manera de prevenirla o de curarla que impedirle que se abandone a esta clase de lamentos. Si se hacen daño ligeramente, cayendo o jugando no consoladle por haber caído, sino ordenadle volver a empezar. Por eso, si contenéis sus lamentos, empleáis para corregirlos de su aturdimiento y para impedirles caer otra vez, un medio más seguro que si les gritáis o amonestáis. Cualquiera que sea la gravedad de los golpes que reciben, impedidles llorar; se tranquilizarán más y quedarán menos inquietos por el momento y menos sensibles para el porvenir.

§ 114. Cuando los niños lloran por obstinación, es menester imponerles silencio por la severidad; y cuando no basta para calmarlos una mirada, una orden formal, es preciso recurrir a los castigos corporales. En efecto: estos llantos proceden de sentimientos de orgullo, de terquedad y de cólera; y la voluntad, donde está la

fuente del mal, debe ser domada y vencida por un rigor suficiente para dominarla. Pero el llanto que es sólo lamento, y que tiene ordinariamente por principio una causa enteramente contraria, la debilidad del carácter, debe ser corregido con una mano más dulce. Los medios persuasivos, la distracción del espíritu hacia otros objetos, la sonrisa burlona con que se acoge al niño, he aquí, quizás, desde el comienzo, el método que conviene aplicar. Pero en esto es preciso considerar las circunstancias y también el temperamento particular del niño. No se pueden establecer reglas invariables sobre este punto: es preciso confiar en la discreción de padres y preceptores. Pero lo que creo poder decir en general, es que se deben combatir sin descanso las lágrimas de esta clase, y que un padre, por su autoridad, debe poder detenerlas siempre, poniendo en sus miradas y en sus palabras más o menos severidad, según que los niños tengan una edad más o menos avanzada, y un temperamento más o menos terco. Con estas reservas es preciso imponer siempre silencio a su manía de lloriquear, y obligarles a volver a entrar en el orden.

Del temor y del valor en los niños

El valor y la cobardía tienen tanta relación con las cualidades de que acabamos de hablar, que no deja de ser oportuno tomar aquí nota de ellas. El temor es una pasión que, si se gobierna rectamente, tiene su utilidad; y aunque el instinto de conservación rara vez deja de fortificar esta pasión en nosotros, puede ocurrir, sin embargo, que se caiga en el exceso opuesto: la temeridad. La temeridad y la insensibilidad ante el peligro son tan poco razonables como temblar y estremecerse ante la aproximación de cualquier peligro. El temor nos ha sido dado como una advertencia para detener nuestra actividad y ponernos en guardia ante la amenaza del mal. Por consiguiente, no enterarse del mal que nos amenaza, no saber apreciar la gravedad del peligro, y exponerse a él aturdidamente, a todo riesgo, sin considerar su utilidad o sus consecuencias, no es conducirse como criatura razonable, sino con la furia del bruto. Cuando se tienen niños de este carácter, no hay otra cosa que hacer sino despertar dulcemente su razón; el instinto de conservación les llevará a escuchar sus consejos, a menos que cualquiera otra pasión (como ocurre con frecuencia) no los lance inconscientemente en el peligro, sin reflexión y sin examen. Es tan natural en el hombre detestar el mal, que nadie, creo está exento del temor que inspira; pues el miedo no es más que el disgusto que nos causa la aprensión de ver caer sobre nosotros el mal que detestamos. Así, cuando un hombre se expone al peligro, podemos decir que la causa de esto es la ignorancia, o bien la fuerza de una pasión más imperiosa; porque no hay nadie que sea bastante enemigo de sí mismo que afronte el mal por su libre elección, y corra el peligro por su propia cuenta.

Si es, pues, el orgullo, la vanagloria o la cólera, las que imponen el silencio al temor del niño, o le impiden escuchar sus consejos, es preciso, por medios adecuados, enfriar estas pasiones, a fin de que un poco de reflexión pueda calmar su ardor y le fuerce a considerar si la empresa vale el peligro que le obligará a arrostrar. Pero como ésta es una falta de la que los niños raras veces se hacen culpables, no insistiré más sobre la manera de corregirla. La falta de valor es el defecto más frecuente, y es, por consiguiente, el que requiere mayor cuidado.

Fortaleza

El valor es la mayor y el apoyo de las demás virtudes; y sin valor, difícilmente podrá un hombre cumplir tranquilamente su deber y revestir el carácter de un hombre digno.

El valor que nos enseña a arrostrar los peligros que tememos y a soportar los males que sufrimos, es un gran socorro en un estado como el nuestro, expuestos como estamos a tantos asaltos de todos lados. Así es que es prudente revestir a los niños, tan pronto como podamos, de la coraza del valor. Declaro que la naturaleza y el temperamento desempeñan aquí un gran papel; pero aun cuando falle la naturaleza y el corazón sea débil y temeroso, es posible, por un adecuado procedimiento, hacerlo más resuelto. Ya he dicho lo que debe hacerse para evitar que se quebrante el valor de los niños, sea por las ideas temerosas que se insinúan en su espíritu cuando son pequeños, sea por el hábito que se les deja contraer de quejarse al menor mal; queda por considerar los medios de fortificar su temperamento y de enardecer su valor si los vemos demasiado dispuestos naturalmente a asustarse.

La verdadera fortaleza diría yo, es una tranquila posesión de sí mismo, una adhesión inquebrantable al deber, cualesquiera que sean los males que nos rodeen o los peligros que encontremos en nuestro camino. Hay tan pocos hombres que lleguen a este punto de perfección, que no debemos esperarlo de los niños. Sin embargo, hay algo que intentar en este sentido; y una hábil dirección puede, por grados e insensiblemente, conducirlos mucho más lejos de lo que imaginamos.

Quizás sea porque se olvidó este punto importante cuando fueron niños, por lo que precisamente cuando son hombres es tan ra-

ro que posean esa actitud en toda su extensión. No hablaría yo así en medio de un pueblo tan naturalmente valeroso como el nuestro, si creyese que la verdadera fuerza del alma no exige algo más que el valor en el campo de batalla y el desprecio de muerte frente al enemigo. Esto, lo confieso, no es la parte menos importante, ni puede negarse el laurel y los honores, siempre debidos justamente, al valor de aquellos que aventuran su vida por su país. Pero, sin embargo, esto no es todo. El peligro nos ataca también en otros lugares que no son el campo de batalla, y aunque el temor a la muerte sea el rey de los temores, sin embargo, otros males, tales como el dolor, la desgracia y la pobreza, tienen también un aspecto temeroso capaz de descomponer a la mayor parte de los hombres cuando amenazan caer sobre ellos; y hay hombres que soportan algunos de ellos, y, sin embargo, se aterran ante los demás. La verdadera fortaleza está dispuesta a desafiar todos los peligros de cualquier especie que sean; permanece indiferente cualquiera que sea el mal que la amenaza. No creo por esto que se pueda llevar esta indiferencia hasta ser absolutamente inconmovible ante ningún temor. Cuando el peligro es inminente, a menos de ser estúpido, debe evitarse; donde hay peligro, debe haber también sentimiento del peligro. Y se permite el miedo en tanto que no hace sino tenernos en guardia y excitar nuestra atención, nuestra actividad, nuestro vigor, sin perturbar la posesión tranquila de la razón y sin impedir el cumplimiento de lo que la razón le ordena.

La cobardía

El primer paso que hay que dar para llegar a esa noble y viril firmeza, es, como ya he indicado, preservar cuidadosamente a los niños de miedos de todas clases cuando son pequeños. No consintáis que con cuentos imbéciles se les metan en el espíritu ideas temerosas, ni que les sorprendan con cosas terribles. Con estas imprudencias se arriesga muchas veces el perturbar y quebrantar su valor hasta el punto de que nunca lo recobran; sino que durante toda su vida, a la primera idea, a la primera sugestión o aparición de alguna idea atemorizadora, quedan aterrados y confundidos; el cuerpo es enervado y el espíritu perturbado, y aun cuando llegan a hombres, difícilmente son capaces de una acción continuada y racional. Que sea esto el resultado de un movimiento habitual de

los espíritus animales [1], introducido por la primera impresión fuerte, o de la alteración del organismo de algún modo más misterioso, lo cierto es que así ocurre. No son raros los ejemplos de gente que, durante su vida, permanecen tímidos y temerosos por haber sido amedrentados en su infancia. Evitemos, pues, todo lo posible este inconveniente.

En segundo lugar, acostumbraremos dulcemente y por grados a los niños, a las cosas de que están dispuestos a asustarse. Pero sobre este punto es preciso usar grades precauciones; no ir demasiado lejos, no emprender la curación demasiado pronto, por temor a aumentar el mal en vez de curarlo. Los niños pequeños que se llevan todavía en brazos, pueden ser fácilmente preservados de todo objeto temeroso, hasta el día en que saben hablar y comprender lo que se les dice. Hasta entonces no están en estado de aprovechar de los razonamientos y de los discursos que se les dirijan para probarles que no hay nada que temer de parte de los objetos de que se tiene miedo y que quisiéramos hacerles familiares colocándolos más cerca de ellos. Así, hasta que puedan hablar y andar, no conviene sino raras veces usar tales medios con ellos. Sin embargo, si ocurre que el niño se ve impresionado por un objeto que es difícil alejar de la vista y da muestras de terror siempre que lo percibe, es preciso emplear todos los medios posibles para calmar su espanto, distrayendo su pensamiento, o asociando con la aparición de este objeto cosas amables y agradables hasta que se hayan familiarizado y no lo asusten.

Podemos observar, a mi juicio, que, cuando los niños acaban de nacer, todos los objetos visibles que no hieren sus ojos, les son indiferentes: no les asusta más el ver un negro o un león, que su nodriza o un gato. ¿Qué es, pues, lo que les espanta en los objetos de una cierta forma y de un cierto color? Nada más que el temor al mal que estos objetos pueden producirle. Si un niño estuviese acostumbrado a tomar cada día el pecho de una nueva nodriza, yo estimo que esos cambios de caras no le espantarían a los seis meses más que a los sesenta años. Si no se acerca a un extraño es porque, habituado como lo está a no recibir su alimento y a no ser acariciado sino de una o dos personas que no le abandonan, tiene temor, al ser cogido en brazos por un extraño, ser privado del que le ama.

[1] Lo que nosotros comprendemos con la fase «energía nerviosa» (R. C. D.).

del que le alimenta, del que a cada momento satisface las necesidades que siente. He aquí por qué teme que se aleje su nodriza.

La única cosa que tememos, naturalmente, es el dolor o la privación del placer. Y como estas dos cosas no están unidas ni a la forma, ni al color, ni a la situación de los objetos visibles, ninguno podría asustarnos entretanto que no nos haya hecho daño o que nos hayamos persuadido que puede hacérnoslo. El resplandor brillante de la llama y del fuego, agrada tanto a los niños que, al principio, todos lo quieren tocar. Pero desde que una experiencia constante les ha mostrado por el vivo dolor que han experimentado, qué dolorosa y cruel es la acción del fuego, adquiere el temor de tocar y se aparta con precauciones. Si tal es el comienzo del miedo, no es difícil descubrir por qué medios puede curarse cuando se trata de objetos que asustan injustificadamente. Una vez que se ha aguerrido el espíritu contra estos vanos temores, que ha llegado en ocasiones ligeras a dominarse y a dominar sus temores habituales, ya está mejor preparado para afrontar los peligros reales. Si vuestro hijo grita y corre a la vista de una rana, haced que otra persona coja en sus manos una rana y la tenga a una distancia considerable; acostumbrad primero al niño a que vea la rana; cuando pueda tolerar su vista, obligarle a que se aproxime y a mirarla saltar sin que se conmueva; después, a tocarla ligeramente mientras que otra persona la tenga en la mano, y así sucesivamente hasta que llegue a manejarla con tanta seguridad como haría con una mariposa o con un pájaro [2]. Del mismo modo, pueden suprimirse todos los demás vanos temores a condición de que se tenga cuidado de no ir demasiado lejos y que no se exija del niño un nuevo grado de valor antes de haberle sólidamente afirmado en el grado precedente. Así es como preparáis a este joven soldado para la campaña de la vida. No le dejéis creer que ella le reservara más peligros de los que contiene en efecto. Si observáis que un peligro le asusta más de lo razonable, tened cuidado de atraerle insensiblemente de este lado, de suerte que, libre al fin de su miedo, domine la dificultad y sal-

[2] Recuérdese este pasaje de ROUSSEAU: «Quiero que se habitúe Emilio a ver objetos nuevos, animales feos, desagradables, extraños; pero poco a poco, de lejos, hasta que se acostumbre, y que, a fuerza de verlos manejar a otros, llegue a manejarlos él mismo. Si durante su infancia ha visto sin temor lagartijas, serpientes y escarabajos, verá sin horror, cuando sea mayor, cualquier otro animal. No hay objetos temibles para el que los ve todos los días».

ga de ella con aplauso. Exitos de esta clase, repetidos con frecuencia, les harán comprender que los males no son siempre tan reales ni tan grandes como se los representa, y que, por otra parte, el medio para evitarlos no es el de huir, ni el de dejarse desconcertar, abatir o perturbar por el temor cuando nuestra reputación o nuestro deber exige que vayamos adelante.

Endurecimiento

Pero, puesto que el gran fundamento del temor en los niños es el dolor, el medio de aguerrirlos, de fortificarlos contra el temor al peligro, es el de acostumbrarlos a sufrir. Los padres demasiado tiernos encontrarán, sin duda, monstruoso este procedimiento, y la mayor parte pensará que es irracional querer reconciliar un niño con el sentimiento de dolor precisamente exponiéndoles al dolor. Este es, se dirá seguramente, el medio de inspirar al niño aversión por el que le hace sufrir, pero de ningún modo el de llevarle a sufrir sin repugnancia. Es este un método bien extraño. No queréis que se castigue ni se azote al niño por sus faltas, y queréis atormentarlos cuando se conducen bien, y sólo por el placer de atormentarlos. Espero que se me hagan objecciones y que se diga que soy poco consecuente conmigo mismo, o fantástico, proponiendo esto. Confieso que el procedimiento que recomiendo debe emplearse con gran discreción, y hay que felicitarse de que no sea aprobado y aceptado sino por los que reflexionan y penetran en la razón de las cosas. Sí; yo pido que no se pegue a los niños por sus faltas, porque no quiero que miren el dolor corporal como el mayor de los castigos; y por la misma razón pido que se le haga sufrir alguna vez, aun cuando se conduzcan bien, a fin de que se habitúen a soportar el dolor y a no considerarlo como el mayor de los males. El ejemplo de Esparta muestra suficientemente lo que puede hacer la educación para acostumbrar a los jóvenes al dolor y al sufrimiento; y los que aprenden a no tomar el dolor por el mal supremo, por el mal más temible, no dejan de haber hecho un gran progreso en el sentido de la virtud. Pero no soy bastante loco para recomendar en nuestro siglo y con nuestra constitución, una disciplina análoga a la de los Lacedemonios. Pero sí debo decir que, acostumbrando insensiblemente a los niños a soportar algunos grados de dolor sin quejarse, se emplea un medio excelente para fortificar su espíritu, para echar cimientos de valor y de firmeza para el resto de su vida.

Lo primero que ha de hacerse es no quejarse con ellos, ni dejar que se quejen al primer mal que tengan que sufrir. Pero ya hemos hablado de esto en otra parte.

El segundo medio es el de someterlo algunas veces voluntariamente al dolor; pero debe tenerse cuidado de hacer esto cuando el niño esté de buen humor y convencido de la benevolencia y bondad del que le golpea, mientras lo está haciendo. Además, se debe no mostrar ninguna señal de cólera o de pesar, de compasión o de arrepentimiento, y tener cuidado de no pasar la medida de lo que el niño puede sufrir sin quejarse y sin considerar equivocadamente, o como un castigo, el tratamiento que sufre. Procediendo con grados y con tales precauciones, he visto a un niño irse riendo con señales calientes de golpes de vara que había recibido en la espalda, mientras que el mismo niño hubiera gritado seguramente por una palabra demasiado dura, y se hubiera mostrado muy sensible por una simple mirada un poco fría de la misma persona. Probad a vuestro hijo por asiduos testimonios de solicitud y dulzura que le amáis tiernamente, y se acostumbrará poco a poco a aceptar de vosotros un tratamiento desagradable y duro, sin resistiros y sin quejarse, y esto lo vemos diariamente en los niños al pegarse unos con otros. Mientras más delicado os parezca vuestro hijo, más debéis buscar las ocasiones de aguerrirlo de esta manera, escogiendo los momentos favorables. En esta materia, el gran arte es el de comenzar por algo que no sea muy penoso, y proceder por grados insensibles precisamente cuando estéis jugando y de buen humor con él y hablando bien de él. Y cuando hayáis conseguido que se considere bastante recompensado de sus sufrimientos con las alabanzas que tributéis a su valor; cuando haga estribar su gloria en dar semejantes pruebas de su fuerza; cuando prefiera pasar por bravo y valeroso, a librarse de un pequeño dolor o temblar ante su amenaza, entonces no debéis desesperar de que con el tiempo y con el auxilio de su razón creciente, no llegue a dominar su timidez y a corregir la debilidad de su temperamento. A medida que avance en edad debe obligarse a tentativas más atrevidas que las que aconsejaría su temperamento natural, y siempre que notéis que retrocede ante una acción respecto de la que tenéis alguna idea de que podría llegar a vencerla si tuviese el valor de emprenderla, ayudadle primero a realizarla, y poco a poco avergonzadle por su falta de audacia, hasta que la práctica le de más seguridad y al mismo tiempo más habilidad; entonces le reconpensaréis de su hazaña con grandes alabanzas y con la buena opinión de los demás. Cuando haya

adquirido por estos grados resolución bastante para no renunciar al deber por temor al peligro; cuando el temor no llegue, por ocurrencias repentinas y azarosas, a descomponer su espíritu, a hacer temblar su cuerpo, a hacerle incapaz de obrar o a hacerle retroceder, entonces tendrá el valor que conviene a una criatura racional, y este valor es el que debemos esforzarnos en inspirar a nuestros hijos, por la costumbre y por la práctica, siempre que se presenten ocasiones favorables.

Sobre la disposición a la crueldad en los niños

§ 116. Un hecho que he observado con frecuencia en los niños, es que se sienten inclinados a maltratar a todos los pobres seres que están en su poder: con frecuencia atormentan y tratan cruelmente a los pajaritos, a las mariposas y a otros pobres animales por el estilo que caen en sus manos, y esto con una especie de placer. Creo que es preciso vigilarlos atentamente sobre este punto, y si sienten inclinación por este género de crueldad, debe enseñárseles la costumbre contraria. El hábito de atormentar y matar las bestias puede, en efecto, hacerles duros y crueles respecto de los hombres, y lo que se complacen en hacer sufrir, en destruir las criaturas de una especie inferior, no se sienten ya dispuestos a ser compasivos o benignos con los de su propia especie. El Derecho inglés ha tenido en cuenta esta observación cuando ha excluido a los matarifes para decidir sobre la vida y la muerte. Los niños deberán, desde el comienzo, educarse sintiendo aborrecimiento por matar o atormentar toda criatura viva [1], y debe enseñárseles a no estropear o

[1] Una gran parte de la crueldad de los niños es debida a su curiosidad respecto de la estructura de los animales que atormentan y a la ignorancia del dolor que sus experimentos infligen. GOETHE nos cuenta que, cuando niño, había arrancado a un pájaro todas sus plumas para ver qué aspecto presentaba con la piel sola. La misma explicación tienen las que se han llamado propensiones destructoras de los niños. Sobre esta materia observa muy discretamente el profesor PAYNE: «Dad al niño una flor bella. Su brillante color atraerá su vista; pero sólo por un momento. Su gusto estético

destruir ninguna cosa, a menos que sea para la conservación y ventaja de alguna otra más noble. Y, ciertamente, si cada hombre se creyese obligado a contribuir por su parte a la conservación del género humano, como es, en efecto, su deber y el verdadero principio que debe regular *nuestra religión*, nuestra política y nuestra moral, el mundo estaría más tranquilo y más civilizado de lo que lo está. Pero, para volver a nuestro propósito, no puedo impedirme alabar aquí la dulzura y la prudencia de una madre que conozco, la cual tenía la costumbre de satisfacer todos los deseos de sus hijas cuando querían perros, ardillas, pájaros y algún otro de estos pequeños animales que hacen ordinariamente las delicias de los niños. Solamente que, una vez que se los había dado, se entendía que debían cuidarlos y velar porque nada les faltase y nadie los maltratase. Si olvidasen cuidarlos se consideraría como una falta grave, que llevaba consigo la confiscación del animal, o, al menos, una reprensión segura. Así aprendían estas niñas desde muy temprano a ser dulces y cuidadosas. Y yo creo que, en efecto, debiera acostumbrarse a los niños desde la cuna a ser tiernos con todas las criaturas sensibles y a no maltratar ni destruir nada.

El placer que encuentran en hacer daño, es decir, en destruir las cosas sin objeto, y, más especialmente, en hacer sufrir, no puede ser otra cosa, a mi juicio, que una inclinación adquirida y extraña a la naturaleza, un hábito que resulta del ejemplo y de la sociedad. La gente estimula a los niños a golpear y a reír cuando hacen daño a los demás o ven que lo sufren; y para afirmarlos en esta disposición, tienen el ejemplo de la mayor parte de las gentes que les rodean. Todo lo que se les enseña de historia no consiste sino en narraciones de batallas y de matanzas. El honor y la gloria que se concede a los conquistadores (que no son en su mayor parte sino grandes carniceros de la humanidad) acaban de extraviar el espíritu de los jóvenes, y llegan a considerar el arte de matar a los hombres como laudable ocupación de la humanidad y la más heróica de las virtudes. Por estos grados se insinúa en nuestro corazón la

---

no está aún despierto. En cambio está en plena actividad su instinto de hacer experimentos. Necesita averiguar las propiedades de la flor, y, especialmente, su poder de resistencia... ¡Deleitarse en la destrucción, porque hace, a su modo, en proporción a su conocimientos, las mismas cosas que los más sabios filósofos hacen en sus análisis científicos! Trabaja simplemente como un discípulo industrioso en la escuela de la Naturaleza, en la que todo ser humano recibe las primeras lecciones». (R. C. D.).

crueldad, por contraria que sea a la naturaleza, y lo que la humanidad aborrece, la costumbre lo hace aceptable y aun laudable a nuestros ojos, mostrándolo como el camino de la gloria. Así es como la moda y la opinión hacen un placer de lo que no lo es naturalmente ni podría serlo. Es preciso, pues, velar con cuidado sobre esta tendencia y poner remedio desde el primer momento para sustituirla, desenvolviéndola y estimulándola por la inclinación contraria, y mucho más natural, que nos lleva a la bondad y a la compasión, pero siempre mediante los métodos lentos y dulces que se han aplicado ya a los otros dos defectos de que hemos hablado [2]. Puede no ser, pues, injustificado agregar aquí esta otra precaución; a saber: que cuando los niños hagan daño a sus camaradas, jugando, por inadvertencia o por ignorancia, y estas acciones no puedan considerarse como maldades realizadas con intención de hacer daño, aun cuando conduzcan a consecuencias lastimosas, conviene no prestarlas atención, o, al menos, corregirlas con dulzura. Porque creo que nunca se inculcará bastante que, sea cualquiera la falta que el niño cometa y cualesquiera que sean sus consecuencias, lo que debe considerarse, cuando tenemos noticias de ellas, es el principio de que derivan y el hábito que puede contribuir a establecer; según esto regular la corrección, y el niño no debe ser castigado por el mal que haya hecho jugando y por inadvertencia. Las faltas punibles tienen su principio en la voluntad, y si son de tal naturaleza que sólo la edad puede curarlas y que no preparan el desenvolvimiento de malos hábitos, es preciso dejar pasar la falta sin notarla ni censurarla, por desagradables que sean las circunstancias que las acompañen.

§ 117. Otro medio de excitar sentimientos de humanidad y de mantenerlos vivos en los niños sería el de habituarlos a ser corteses en su lenguaje y en su conducta, en relación con los inferiores y gentes de condición humilde, especialmente los criados. No es raro observar en las familias ricas niños que, en sus relaciones con los servidores de la casa, usan palabras arrogantes, términos de menosprecio, y los tratan, en fin, con orgullo, como si fueran, en verdad, de otra raza y de una especie superior. Poco importa que sean los malos ejemplos, las ventajas de la fortuna, o sus sentimientos de vanidad natural, los que les inspiren esta arrogancia. Es preciso prevenirla y corregirla, y habituarle, por el contrario, a una con-

[2] Es decir, la molicie y el miedo.

ducta afable, cortés y dulce en relación con los hombres de un rango inferior. Ellos no perderían nada de su superioridad procediendo así; por el contrario, la distinción sería más marcada y su autoridad ganaría. En efecto, el afecto se unirá en el espíritu de los inferiores a las pruebas exteriores del respeto, y la estimación de la persona sería un elemento de su misión. Los criados prestarán sus servicios con más entusiasmo y placer cuando vean que no son menospreciados por haber sido colocados por la fortuna por debajo del nivel de los demás y a los pies de su señor. Es preciso no consentir que las diferencias establecidas por el azar en las condiciones exteriores de los hombres hagan perder a los niños el respeto por la naturaleza humana. Mientras más afortunados sean, es más preciso enseñarles a ser buenos, a mostrarse compasivos y dulces para aquellos de sus hermanos que han sido colocados en un rango inferior y que han recibido de la fortuna una porción más exigua. Si se les ha dejado desde la cuna tratar dura y groseramente a esos hombres, bajo pretexto de que los títulos de sus padres les daban una cierta autoridad sobre ellos, esto es, por lo menos, una falta de educación, y, además, si no se tiene cuidado, este es el medio de desenvolver poco a poco su orgullo natural, hasta el punto de no tener sino menosprecio por todos los que están por debajo de ellos. Y, ¿cuál es la conclusión probable? Que se harán opresores y crueles.

SECCIÓN XVI §§ 118-122

La curiosidad de los niños

§ 118. La curiosidad en los niños (sobre la cual hemos tenido ocasión de hablar)[1] no es sino el apetito de conocimiento, y por consiguiente, debe ser estimulada, no solamente como un buen signo, sino como el gran instrumento que ha proporcionado la naturaleza para remediar la ignorancia con que nacemos[2], y sin ese espíritu de investigación seríamos criaturas torpes e inútiles. Los medios de estimularla y mantenerla activa y despierta son, a mi juicio, los siguientes:

1.° No rechazar ni desdeñar ninguna de las preguntas del niño, ni toletar que ser rían de ellas, sino que deben responderse a todas las preguntas y explicar las materias que desean conocer, haciéndolas inteligibles para ellos y adaptadas a la capacidad de su edad y conocimientos. Pero no confundir su inteligencia con explicaciones o nociones que estén por encima de ellos, o con una variedad o número de cosas que no están en relación con el propósito presente. Notad en su pregunta que quiere conocer precisamente, y no prestéis atención a las palabras que emplea para expresarlo, y cuando le hayáis informado y satisfecho acerca de él, veréis hasta dónde se agrandan estos pensamiento por sí mismos, y, mediante respuestas prontas y apropiadas, podréis conducir su inteligencia mucho más lejos de lo que quizá imagináis. Y es que el conocimiento agrada al espíritu como la luz agrada a los ojos. Los niños

---

[1] Párr. 108.

[2] Este punto de vista teleológico lo adopta LOCKE con frecuencia.

lo aman con pasión y encuentran placer en conquistarlo si ven, sobre todo, que se tienen en cuenta sus preguntas y que su deseo de saber es estimulado y apreciado. Y yo no dudo de que una razón importante, por la que los niños se abandonan enteramente a frívolas diversiones y disipan su tiempo insustancialmente, es porque se encuentran con padres inhábiles, que censuran su curiosidad y olvidan responder a sus demandas. Pero si se trata a los niños con más cuidado y ternura, si se responde a sus preguntas como se debe y de manera que les satisfaga, estoy convencido de que tendrán más placer en aprender, en aumentar sus conocimientos en los asuntos que les ofrecen variedad y novedad; es decir, lo que les agrada sobre todas las cosas, porque ellos no tienen sino que volver a comenzar el mismo juego y coger los mismos juguetes.

§ 119. 2.° No solamente es preciso responder seriamente a las preguntas de los niños e instruirlos en lo que desean saber, como si fuese algo que les importase realmente conocer, sino que también es preciso estimular su curiosidad de otra manera. Es preciso alabar ante ellos las personas que estiman por los conocimientos que poseen sobre un asunto. Y puesto que el hombre es desde la cuna un ser vano y orgulloso, no temáis halagar su vanidad mediante cosas que les hagan mejores. Dejad que su orgullo se dirija hacia todas las cosas que pueden redundar en ventaja suya. Según estos principios, reconoceréis que no hay aguijón más poderoso para excitar a vuestro hijo mayor las cosas que deseéis enseñarle, que confiarle el cuidado de enseñarlas a sus hermanos y hermanas menores.

§ 120. 3.° Si no se debe jamás desatender las preguntas de los niños, se debe también tener gran cuidado en no darles jamás respuestas engañosas e ilusorias. Bien pronto se aperciben de que se les abandona y se les engaña, y no tardan en hacerse negligentes, disimulados y embusteros, si observan que se es así con ellos. Es deber nuestro respetar la verdad en todos nuestros discursos; pero, sobre todo, cuando hablamos con los niños, porque si nos divertimos en engañarlos, no solamente dejamos de responder a su expectación e impedimos que se instruyan, sino que corrompemos su inocencia y les enseñamos el peor de los defectos. Son viajeros recién llegados a un país extraño, del que no conocen nada; debemos, por consiguiente, abstenernos de engañarlos. Y aun cuando sus preguntas puedan parecernos, a veces, insignificantes, no por eso es preciso darles respuestas menos serias, porque aun cuando nos parezcan indignas de hacerse, a nosotros, que conocemos desde hace tiempo la solución, no son menos importantes para un ni-

ño, que ignora todas las cosas. Los niños son extraños a lo que nos es más familiar, y todas las cosas que se les ofrece les son desconocidas, como lo han sido para nosotros mismos. Dichosos los que encuentran gentes corteses, complacientes con su ignorancia y dispuestas a ayudarles a salir de ella.

Si nos encontrásemos de repente transportados al Japón, a pesar de toda nuestra sabiduría y toda nuestra ciencia, que nos disponen precisamente a despreciar los pensamientos y las preguntas de los niños; sí, como digo, nos transportasen al Japón, nos veríamos obligados (en caso en que quisiéramos informaros de lo que no conocemos) a hacer mil preguntas, que un japonés incorrecto e inconsiderado podría encontrar tontas y absurdas, aunque para nosotros fuese muy importante y muy útil verlas resueltas, y nos alegraría encontrar un hombre tan complaciente y cortés, que satisficiese nuestra curiosidad y aclarase nuestra ignorancia.

Cuando se ofrece algo nuevo a sus ojos, los niños plantean ordinariamente la pregunta familiar a los extranjeros: «¿Qué es esto?» Y con esto no creen preguntar, con la mayor frecuencia, sino el nombre de la cosa. Bastará, pues, decir como se llama, para responder exactamente a su pregunta. La pregunta que ordinariamente sigue, es esta otra: «¿Para qué sirve esto?». También a esta pregunta se debe responder franca y directamente, explicando a los niños el uso del objeto de que se trata, mostrándoles cómo se utiliza en la medida en que sus facultades puedan comprenderlo. Proceder del mismo modo para todas las demás circunstancias que provoquen sus preguntas, y no dejadles jamás alejarse sin haberlas satisfecho, hasta donde sea posible, por una explicación. Y quizás para el hombre maduro mismo no sean tan vanas, tan insignificantes, como pudiéramos creer. Las cuestiones espontáneas e imprevistas que un niño curioso e investigador presenta a veces al espíritu, hacen trabajar el pensamiento de un hombre reflexivo. Creo que hay más que aprender en las preguntas inesperadas de los niños, que en los discursos de los hombres hechos, que giran siempre en el mismo círculo, y que obedecen a nociones recibidas y prejuicios de educación.

§ 121. 4.° Quizás no fuera un mal, para excitar la curiosidad de los niños, ponerles alguna vez ante los ojos cosas extrañas y nuevas, a fin de provocar sus investigaciones y darles ocasión de encariñarse con este asunto. Si por casualidad les lleva la curiosidad a preguntar algo que no deben saber, vale más decirles claramente que es una cosa que no les corresponde todavía saber, que distraer su curiosidad con una mentira o con una respuesta frívola.

§ 122. La petulancia del espíritu, que a veces se manifiesta tan pronto en los niños, procede de causas que raras veces acompañan a una buena constitución del cuerpo, y raras veces llegan a formar un juicio sólido. Si fuese deseable hacer a un niño más vivo y más hablador de lo que sea ordinariamente, creo que se encontraría fácilmente el medio; pero supongo que un padre inteligente preferirá que su hijo se haga un hombre capaz y útil a la sociedad cuando sea grande, a que sea una compañía divertida y agradable para los que le rodean cuando es pequeño, sin considerar que, aun considerando las cosas así, creo poder afirmar que no place tanto oír a un niño charlar con gracia como oírlo razonar con discreción. Estimulad, pues, en todas las cosas su espíritu curioso, y para esto responder a sus preguntas; esclareced su juicio todo lo que pueda ser esclarecido. Cuando la explicación que él mismo imagina es admisible en cualquier respecto, dejadle gozar de los elogios y de la estimación que le valga; pero cuando no sea razonable en ninguno, encauzarlo dulcemente, sin burlaros de su equivocación, en su recto camino. Y si muestra alguna disposición a razonar sobre las cosas que se le ofrecen, esforzaros para que nadie le contraríe en esta tendencia y no le extravíe con respuestas capciosas e ilusorias. Porque después de todo, el razonamiento, que es la más elevada y la más importante facultad del espíritu, merece los mayores cuidados y debe ser cultivado con atención, puesto que el desenvolvimiento regular, el ejercicio de la razón, es la perfección más alta que el hombre puede alcanzar en la vida.

De la holgazanería [1]

§ 123. En contra de esta tendencia activa y curiosa, se observa algunas veces en los niños una descuidada distracción, una indiferencia por todas las cosas, y una especie de frivolidad ante todo. Este humor inconsistente lo considero como una de las peores cualidades que pueden aparecer en un niño, y una de las más difíciles de combatir cuando está arraigada en su naturaleza. Pero como es muy fácil equivocarse en estos casos, es preciso tener cuidado de apreciar exactamente las causas de esta indiferencia por la lectura o por cualquier otra ocupación, cuando haya que reprenderla en los niños. Cuando un padre sospeche que su hijo es una naturaleza perezosa, que observe con atención para reconocer si es distraído e indiferente en todas sus acciones, o si, por el contrario, sólo se muestra lento y perezoso en algunas de estas ocupaciones, permaneciendo enérgico y entusiasta en todas las demás. Porque aun cuando veamos que se distrae de sus libros y se olvida de hacer algo durante una buena parte del tiempo que permanece en su cuarto o en la sala de trabajo, no debéis deducir inmediatamente que lo hace por una naturaleza distraída. Esto puede ser efecto de su propia edad o de que prefiera al estudio otra ocupación que absorba todos sus pensamientos. Quizás no deteste los libros sino por la úni-

[1] *Sauntering*, es decir, haraganería generalmente. Este hábito se debe, principalmente, a la falta de interés y la necesidad de la concentración, siendo la última consecuencia de la primera. El remedio está, pues, principalmente en manos del maestro. (R. C. D.).

ca razón de que se le ha impuesto como una obligación su lectura. Para saber exactamente lo que es, le observaréis en sus juegos cuando no esté en el cuarto de trabajo, cuando haya pasado la hora de la lección y se abandone libremente a sus propios gustos. Ved entonces si es removedor y activo, si concibe designios, si es capaz de perseguirlos con vigor y ardor hasta que haya alcanzado el objeto de su deseo, o si deja, por el contrario, pasar el tiempo perezosamente con aire distraído. Si no es perezoso más que con los libros, creo que se le curará fácilmente de su indolencia; pero si la indolencia es el fondo de su naturaleza, será preciso, para remediarla, más atención y más esfuerzos.

§ 124. Si estáis satisfechos de su ardor en el juego y de todas las cosas que afronte su espíritu en el intervalo de sus horas de trabajo, tenéis una prueba de que no es un temperamento perezoso, sino que la falta de afición a los libros es lo único que le hace negligente y poco aplicado en sus estudios, y lo primero que hay que hacer es hacerle ver dulcemente la locura e inconsciencia de su conducta, puesto que pierde así una buena parte del tiempo que pudiera consagrar a sus placeres. Pero será preciso hacerle estas reflexiones en un lenguaje dulce y sereno, sin insistir mucho la primera vez, y contentándose con presentarle brevemente estas sencillas razones. Si éstas prevalecen, habéis triunfado del modo más deseable por razón y la dulzura. Si este primer esfuerzo no da resultado, procurad avergonzar al niño con su pereza burlándoos de este defecto. Cuando se siente a la mesa, si no hay extraños presentes, preguntadle cuánto tiempo ha consagrado aquél día a sus obligaciones; y si no las ha desempeñado en el tiempo que pueda considerarse suficiente, procurad ponerle en ridículo por ello, pero sin mezclar con vuestras burlas ninguna reprensión. Contentaos con tratarle con frialdad, y perseveredad en esta actitud hasta que se corrija. Tened cuidado de que su madre, su preceptor y todos los que le rodean, obren lo mismo con él. Si esta conducta no surte el efecto que deseáis, decidle que no será más tiempo atormentado por un preceptor en interés de su instrucción, que no os conviene que gaste inútilmente su tiempo con él; y que puesto que prefiere una diversión determinada (la que prefiera), es libre de no hacer otra cosa. Desde entonces obligadle a consagrarse a su juego favorito, ocupadle en él sin descanso y lo más posible, por la mañana y por la tarde, hasta que esté completamente harto y quiera cambiar a su vez por algunas horas con sus libros. Pero cuando hagáis también de su juego una obligación, debéis observarla vosotros mis-

mos, o confiar este cuidado a otra persona que pueda verle emplearse constantemente en esta diversión, y que no le permita ser también en esto perezoso. Sí; observadle, repito, vosotros mismos, porque vale la pena que un padre, cualesquiera que sean sus ocupaciones, consagre dos o tres horas por día a su hijo para curarle de un defecto tan grave como la haraganería.

§ 125. Este es el remedio que yo propongo si la pereza del niño es efecto, no de su temperamento natural, sino de una aversión por el estudio, natural o adquirida, que debe ser cuidadosamente examinada y distinguida. Pero aun cuando haya que tener los ojos fijos en él para ver lo que hace durante el tiempo que esté abandonado a sí mismo, debéis procurar, sin embargo, no dejarle ver que está vigilado, sea por vosotros, sea por otra persona, porque esto podría impedirle abandonarse a su inclinación. En efecto: preocupado como está, y no atreviéndose, a causa del temor que le inspiráis, a hacer lo que tiene en la cabeza o en el corazón, olvidará todas las ocupaciones, por las que no tiene ninguna afición, y os parecerá perezoso y distraído, cuando, en realidad, tiene el espíritu atento y aplicado a alguna cosa que no intenta hacer por temor a que lo veáis o lo sepáis. Para poner bien en claro este punto, debe hacerse la prueba en vuestra ausencia, constreñido y violento por la idea de que alguno tiene los ojos puestos en él. En esos momentos de plena libertad, encargad a una persona de confianza que observe cómo emplea su tiempo y si continúa mariposeando perezosamente cuando, desembarazado de toda dirección, está enteramente abandonado a sí mismo. Entonces, por la manera como emplee estas horas de libertad, comprenderéis perfectamente si se trata de una pereza de la naturaleza o simplemente de la aversión por los libros, que los hace perezosos a las horas de estudio.

§ 126. Si es una debilidad de temperamento que le abate y abruma el espíritu; si es naturalmente indolente y soñador, esta disposición no promete nada bueno, y de todas ellas ésta es la más difícil de curar, porque tiene generalmente por consecuencia la indiferencia ante el porvenir, y, por consiguiente, suprime los dos grandes resortes de las acciones humanas: la previsión y el deseo. Y la dificultad es precisamente hacer nacer y desenvolver estas dos cualidades cuando la naturaleza ha formado un carácter frío y opuesto a ellas. Desde el momento en que os aseguréis que ese es el caso de vuestro niño, debéis examinar con cuidado si no hay cosas que excitan sus preferencias. Si podéis descubrir en su espíritu un gusto particular, cultivad esta disposición con todas vuestras fuerzas,

y servíos de ella para hacerle obrar, para ejercer su actividad. Si ama las alabanzas, o el juego, o los trajes bonitos, etc., o si, por otra parte, teme al dolor, si tiene miedo de caer en desgracia o de desagrados, etc., cualquiera que sea, en fin, la cosa que más ame (fuera de la pereza, que no puede ser nunca un resorte de acción), aprovechad esta inclinación para despertar su espíritu, para obligarle a sacudirse. En efecto: con un temperamento indolente no tenéis que temer, como habría que temer en otro caso, exaltar una tendencia cualquiera por exclamaciones inmoderadas. La viveza del espíritu es lo que le falta; esto es, por consiguiente, lo que debéis esforzaros en excitar y acrecentar, porque no hay deseo ni actividad.

§ 127. Si por estos medios no conseguís dominarle, infundirle vigor y actividad, debéis emplearle constantemente en algún trabajo corporal, y proporcionarle el hábito de hacer alguna cosa, cualquiera que sea. Sin duda que si se le pudiese aplicar rigurosamente a un estudio cualquiera, sería este el medio mejor de acostumbrarle a ejercitar y a cautivar su espíritu. Pero como la de éste es una atención invisible, y nadie puede decirnos cuando está o no despierta, debéis imponerle ocupaciones corporales, a las cuales le aplicaréis sin descanso; y si estos trabajos son penosos o groseros, esto no sería un mal: más pronto se fatigaría de ellos y desearía volver a sus libros. Pero tened cuidado, cuando le hagáis cambiar el estudio por otro género de trabajo, de imponerle una tarea determinada que deba acabarse en un tiempo determinado, de modo que no se le ofrezca ninguna ocasión de pereza. Cuando hayáis obtenida por este medio que sea atento y laborioso en sus estudios, podéis recompensarle por haber terminado su tarea antes de la hora fijada, descargándole de una parte del resto de su trabajo; disminuiréis este trabajo poco a poco, a medida que encontréis mayor su aplicación; y, en fin, lo suprimiréis cuando esté enteramente curado de su indiferencia por los libros.

SECCIÓN XVIII. §§ 128-129

Sobre si se debe violentar a los niños

§ 128. Ya hemos hecho notar que la variedad y la libertad son las cosas que más agradan al niño y que le aficionan a sus juegos, y que, por consiguiente, no se le debe imponer como una obligación forzosa ni la lectura ni ningún otro estudio. Esto es lo que los padres, los preceptores y los maestros están, generalmente, demasiado dispuestos a olvidar. La impaciencia que sienten de ver al niño ocupado en los estudios que le convienen, no les deja tiempo de recurrir al menor artificio, y el niño, por su parte, advertido por las órdenes reiteradas que se le dirigen, distingue bien pronto lo que se exige y lo que no se exige de él. Una vez que, por estas imprudencias, se ha conseguido que los libros le desagraden, es preciso emplear otro recurso para remediar el mal. Y como es demasiado tarde para ensayar directamente el presentarle el estudio como una diversión, es preciso proceder en sentido inverso. Observad el juego que más le gusta, y ordenadle que se aplique a él un cierto número de horas por día, no para castigarle por amar este juego, sino dejándole creer que es el deber que le imponéis. Así es como el niño, si no me engaño, al cabo de algunos días estará tan fatigado de su juego favorito, que preferirá sus libros a todas las cosas, sobre todo si puede, aplicándose a ellos, libertarse de una parte de la misión que le hayáis impuesto, y si le permitís consagrarse a la lectura, o a algún otro ejercicio realmente útil, una parte del tiempo que le habéis ordenado consagrar al juego. Este es, en todo caso, un método mejor que el que consiste en la prohibición (que no hace, en general, sino aumentar el deseo) o en recu-

rrir a los castigos. En efecto: una vez que hayáis satisfecho su apetito (lo cual puede hacerse sin peligro con todas las cosas, salvo con la comida y la bebida), y que le hayáis desviado por la saciedad de lo que queréis hacerle evitar, habréis sembrado en su espíritu un germen de aversión y no tendréis ya temor de que vuelva a amar el mismo juego.

§ 129. Es una verdad banal, a mi juicio, la de que a los niños, en general, no les gusta permanecer inactivos [1]. Se trata, pues, solamente de emplear su actividad en algo que sea útil. Si queréis llegar a eso, debéis presentárselo como un recreo y no como una tarea. A este efecto, y para que no se aperciban de vuestra intervención, he aquí cómo debéis proceder: cansarle de todo lo que no queréis que hagan, forzándoles a hacerlo, bajo un pretexto u otro, hasta que lleguen a fatigarse. Por ejemplo: ¿véis que vuestro hijo juega demasiado con su peón? Ordenadle jugar un cierto número de horas al día, y veréis lo que ocurrirá: no tardará en cansarse y en desear el fin de esta diversión. Si de este modo habéis sabido imponerle como una obligación el juego que os desagrada, le veréis bien pronto volverse por sí mismo hacia las cosas que deseáis que ame; sobre todo, si se las anunciáis como una recompensa cuando cumpla su tarea en el juego que le habéis impuesto. Si, en efecto, recibe todos los días la orden de jugar al peón durante un tiempo suficiente para que se fatigue, ¿no creéis que se aplicará espontáneamente y con ardor a sus libros, que hasta llegará a reclamarlos si se los prometéis como el precio del interés que haya puesto en jugar al peón durante todo el tiempo prescrito? Los niños no establecen gran diferencia entre las cosas con tal que sean apropiadas a su edad. Lo que les importa es hacer. Cuando prefieren una ocupación a otra, es que se rigen por la opinión de los demás, de manera que están siempre dispuestos a considerar, efectivamente, como una recompensa todo lo que realmente reciba este carácter. Merced a este artificio, depende de la voluntad de su preceptor el ha-

[1] Véase a este propósito Mme. NECKER DE SAUSSURE, *Education progressive*,, I, III. Cap. III, *Actividad*, FROEBEL es el que ha dado más relieve al carácter activo del niño. La *actividad* es, a sus ojos, con la *curiosidad* y la *personalidad*, uno de los tres caracteres esenciales de la infancia. Los antiguos pedagogos tenían prejuicios singulares a este propósito. ROLLIN, por ejemplo, no vacila en decir: «Nacemos perezosos, enemigos del trabajo». (N. DE COMPAYRÉ).

cerle tomar el juego de la rayuela como la recompensa de su lección de baile o viceversa; de él depende hacerle encontrar el mismo placer en leer o en hacer bailar sus trompo, que en estudiar la esfera o en jugar al hoyuelo. Lo que desean es estar ocupados con tal de que sea en ocupaciones de su elección o que lo crean así; con tal que puedan considerar el derecho de aplicarse a ellas un favor que les es concedido.

SECCIÓN XIX. § 130

De los juguetes

§ 130. En cuanto a los juguetes, soy de opinión que los niños deben tenerlos y de diversas clases; pero es preciso siempre dejar estos juguetes en manos de sus preceptores o de otra persona, de suerte que el niño no tenga nunca en su poder si no uno solamente, y que no pueda tener nunca un segundo sin haber devuelto el primero. Por este medio se le enseñará desde muy temprano a ser cuidadoso y a no destrozar. Por el contrario, si se pone a su disposición una gran cantidad de juguetes de todas clases, se le hace caprichoso y negligente, y se le habitúa pronto a hacerse disipador y pródigo. Estas son, lo declaro, cosas pequeñas y que pueden parecer indignas de la preocupación de un preceptor; pero no debe desdeñarse ni olvidarse lo que puede formar el espíritu del niño. Todo lo que contribuye a hacerles adquirir hábitos, merece la atención y las preocupaciones de los que los dirigen, y, a causa de sus posibles consecuencias, no puede pasar por una cosa insignificante.

Todavía hay una cosa que recomendar a la atención de los padres, a propósito de los juguetes de los niños. Aún cuando creo que deben tenerlos de diversas clases, no creo que deban comprárseles. Se evitará así esa gran variedad de diversiones que les abruma con demasiada frecuencia, y que no tiene otro resultado que disponer al espíritu al gusto por el cambio, al amor por las inutilidades, a una perpetua inquietud; que, en fin, les habitúa a desear siempre algo nuevo, sin saber qué, y a no estar nunca contento con lo que tiene. La corte que las familias de posición hacen a sus niños con esta clase de regalos, no es muy conveniente para ellos. Así aprenden el orgullo, la vanidad y la codicia, aún antes de aprender

a hablar. He conocido a un niño de tal modo abrumado con el número y la variedad de sus juguetes, que obligaba todos los días a su aya a pasarles revista; estaba tan enamorado de esta abundancia, que nunca creía tener bastante, y no cesaba de repetir: «¿Y después? ¿Y después? ¿Qué otra cosa me darás?» ¡Una buena introducción para moderar los deseos y hacer un hombre satisfecho y feliz!

Pero, se dirá, ¿qué juguetes tendrán los niños? Responderé que deben hacérselos por sí mismos, o, al menos, ensayarse, aplicarse a este trabajo; hasta que hayan adquirido esta habilidad, no es preciso darles juguetes, o, al menos no darles sino los que no exijan un gran artificio. Piedrecitas, una hoja de papel, el manojo de llaves de su madre; en fin, todo objeto que él pueda manejar sin hacerse daño; todo eso conviene mucho más para divertir a los niños, que esos juguetes costosos y codiciados que van a comprarse en los bazares y que pronto se descomponen y se destrozan. Los niños no se afligen nunca ni se ponen de mal humor por no tener de estos juguetes, a menos de que no se les haya dado ya. Mientras son pequeños, basta para divertirlos todo lo que cae bajo sus manos; y cuando son mayores, si no se ha cometido la falta de hacer gastos locos para proporcionarles juguetes, sabrán fabricarlos por sí mismos. Verdaderamente, cuando han comenzado a trabajar en algunas de sus invenciones, conviene que les ayudéis, que les dirijáis en su trabajo. Pero no conviene ayudarles tanto que no tengan ellos nada que hacer, esperando del trabajo de otros lo que no quieren fabricar con sus propias manos. Si les detiene en su trabajo una dificultad, ayudadle a vencerla, y os querrán por esto más que por todos los juguetes de lujo que hayáis podido comprarles. Sin embargo, podéis darle ciertos juguetes que no tienen el talento de fabricar por sí mismos, como los trompos, las peonzas, las raquetas y otros semejantes, que se usan con esfuerzo. Conviene que posean estos juguetes, no para variar sus diversiones, sino para verse forzados a hacer ejercicio; pero también es preciso dárselos todo lo sencillos que sea posible. Si tienen, por ejemplo, un peón, dejadles el cuidado de fabricar y preparar el látigo y la correa que necesitan para bailarle. Si esperan con los brazos cruzados a que todos estos juguetes les caigan de las nubes, es preciso que prescindan de ellos. Les habituaréis así a procurarse por sí mismos, y por su propio esfuerzo, todo lo que les falta. Al mismo tiempo aprenderán a ser moderados en sus deseos, aplicados, activos, industriosos, inventivos y económicos; cualidades todas que les serán útiles una vez que hayan alcanzado la edad del hombre, y que nunca les en-

señará demasiado pronto ni se les inculcará demasiado profundamente. Todos los juegos y las diversiones de los niños deben tender a formar hábitos buenos y útiles, porque en otro caso se los proporcionarán malos. Todo lo que el niño hace deja una impresión en su tierna naturaleza, y por ella contrae una disposición para el bien o para el mal; nada de lo que tiene tal influjo debe ser olvidado.

SECCIÓN XX. §§ 131-133

Sobre la mentira en los niños

§ 131. La mentira es un medio tan cómodo y tan sencillo para cubrir una falta cometida, y, por otra parte, está tan de moda entre las personas de toda condición, que un niño no puede dejar de notar que de ella se hace uso en toda ocasión, y no se puede, sin una severa vigilancia, impedirle que recurra a su vez. Pero es una cualidad tan mala, y es la madre de tantas otras que de ella se derivan, y que, por decirlo así, crecen a su sombra, que debe inspirarse al niño el más profundo horror posible por este vicio. No se debe mencionar ante él (si se presenta la ocasión de mencionarlo) sino con muestras de la más viva execración, como de un defecto incompatible con el nombre y el carácter de un caballero, hasta el punto de que un hombre honrado no puede sufrir que se le acuse de haber mentido. Mostrad al niño que la mentira pasa por un deshonor supremo, que rebaja al hombre al rango más íntimo y bajo, que le confunde con los hombres más despreciables, con la vil canalla. No se puede, pues, tolerar en los que quieren guardar su rango en la sociedad y merecer en el mundo alguna estimación y algún crédito[1]. La primera vez que sea cogido en fragante deli-

[1] KANT habla de la mentira con la misma viveza que LOCKE: «Por la mentira se rebaja el niño por debajo de la dignidad humana... La mentira hace del hombre un objeto de desprecio general, y le quita a sus propios ojos la estimación y la confianza que debe tener cada uno en sí mismo».

to de mentira, se le debe demostrar más bien sorpresa, como ante una monstruosidad, que reprenderlo como ante una falta ordinaria. Si no basta esto para impedir la reincidencia, es preciso la segunda vez reprenderle duramente y hacerle ver que está en desgracia completa para con su padre, su madre y todos los que conocen su falta. En fin: si no conseguís corregirlo por estos medios, es preciso recurrir al látigo; porque, después de todas las advertencias que le habéis hecho, una mentira premeditada debe ser siempre considerada como un acto de rebelión que no puede permanecer impune.

§ 132. Los niños, para no dejar aparecer sus faltas en toda su desnudez, están dispuestos, como todos los hijos de Adán, a buscar excusas. Ésta es una falta vecina de la mentira y que conduce a ella; no se le puede, por tanto, dejar pasar; pero se le debe corregir por ella más bien que avergonzarle con aspereza. Si cuando interrogáis a vuestro hijo, su primera respuesta es una excusa; exhortadle simplemente a decir la verdad. Si persiste en salir del paso con una falsedad, castigadle. Pero si confiesa directamente, alabadle por su ingenuidad y perdonadle su falta, cualquiera que sea su gravedad; perdonadle en absoluto, sin hacerle nunca reproches sobre este punto, sin volver a hablarle nunca de él. En efecto si queréis hacerle amar la franqueza y hacérsela habitual por una práctica constante, tened cuidado de que no le cause nunca el más ligero perjuicio. Por el contrario, su declaración espontánea, además de valerle una absoluta impunidad, merece ser recompensada con algunas muestras de aprobación. Si a veces su excusa es tal que os sea imposible establecer su falsedad, aceptadla como verdadera y no dejad ver ninguna desconfianza. Dejad que el niño mantenga con un celoso cuidado la buena opinión que tengáis de él; porque el día que se aperciba de que le habéis retirado toda vuestra estimación, habréis perdido un medio poderoso de acción sobre él, el más poderoso quizás. Por eso no le dejéis creer que pasa ante vuestros ojos por un embustero, en tanto que podéis impedirlo sin adulación. Perdonadle, pues, algunas ligeras ofensas a la verdad. Pero una vez que sea castigado por una mentira, tened cuidado de no perdonarle la misma falta siempre que observéis y le hagáis conocer que se ha hecho culpable de ella; porque habiéndosele prohibido la mentira como una falta que puede evitar, si quiere, la reincidencia demuestra una perversidad completa, que debe recibir el castigo merecido.

§ 133. He aquí lo que yo tenía pensado en lo que se refiere al

método general de educar a un joven caballero; y aunque es natural que yo piense que puede ejercer algún influjo sobre el curso general de su educación, sin embargo estoy lejos de suponer que encierre todas aquellas particularidades que puedan requerir sus años crecientes o su temperamento especial. Pero después de haber establecido estas premisas generales, debemos pasar ahora al examen más particular de las diversas partes de su educación.

SECCIÓN XXI. §§ 134-139

Sobre la creencia en Dios como fundamento de la virtud

§ 134. Lo que todo caballero que se cuide de la educación de su hijo desea para él, además de la fortuna que le deje, se reduce (supongo) a estas cuatro cosas: la virtud, la prudencia, las buenas maneras[1] y la instrucción. Poco me importa que algunas de estas palabras sean empleadas para expresar la misma cosa, o que cada una de ellas signifique realmente diversas cualidades[2]. Me basta tomarlas aquí en su acepción popular, la cual presumo que será bastante clara para ser comprendida y que no habrá ninguna dificultad en entender mi pensamiento.

§ 135. Pongo la virtud como la primera y la más necesaria de las cualidades que corresponden a un hombre o a un caballero; porque es absolutamente indispensable para asegurarle la estimación y el afecto de los demás hombres, para que sea agradable, o, al menos, soportable para él mismo. Sin ella no creo que pueda ser dichoso ni en este mundo ni en el otro.

§ 136. Como fundamento de ella, es menester desde muy pronto, imprimir en el espíritu del niño una noción verdadera de Dios, presentándole como el Ser independiente y supremo, como el autor y el creador de todas las cosas, de quien recibimos nuestra dicha,

---

[1] *Breeding*, es decir, buena crianza. Lo que LOCKE llama siempre civilidad o urbanidad.

[2] En efecto, *wisdon*, sabiduría, y *virtue*, son casi sinónimas a juicio de COMPAYRÉ. Pero LOCKE toma aquí *wisdon* en el sentido de prudencia, de sentido práctico.

que nos ama y que nos ha dado todas las cosas. Por consiguiente, inspiraréis al niño el amor y el respeto al Ser supremo. Esto bastará para comenzar sin que sea necesario darle a este propósito más amplias explicaciones. Es temible, en efecto, si le hablamos demasiado pronto de las existencias espirituales, y si nos esforzamos fuera de propósito en hacerle comprender la incomprensible naturaleza del Ser infinito, que llenemos su espíritu de ideas falsas o le perturbemos con nociones ininteligibles. Contentémonos con tener ocasión de decirle que Dios ha hecho y gobierna todo lo que existe, que lo oye y lo ve todo, y que llena con toda especie de bienes a los que le aman y le obedecen. Una vez que hayáis enseñado a vuestro hijo a concebir de Dios esta idea, le veréis formarse por sí mismo bien pronto otras ideas sobre su naturaleza. Si estas ideas encierran algunos errores, apresuraos a rectificarlos. A mi juicio, valdría mucho más, en general, que los hombres se detuviesen en esta noción de Dios, sin ser demasiado curiosos para profundizar sus ideas sobre la naturaleza de un Ser cuya naturaleza incomprensible todos deben reconocer. Pero hay mucha gente que, no teniendo bastante fuerza para distinguir lo que pueden y lo que no pueden conocer, se lanzan a la superstición o al ateísmo, tan pronto haciendo a Dios a su imagen, tan pronto (por no poder formarse una idea de él) no admitiéndolo en absoluto. Estoy dispuesto a creer que si se habitúa a los niños a realizar regularmente, mañana y tarde, actos de devoción a Dios, como a su creador, su bienhechor y su providencia, bajo la forma de una plegaria sencilla y breve, apropiada a su edad y a su inteligencia, esto le será mucho más útil en religión, ciencia y virtud, que distraer sus pensamientos con curiosas investigaciones sobre su inescrutable esencia y ser.

De los espíritus y los fantasmas

§ 137. Cuando insensiblemente y por grados, y a medida que le juzguéis capaz para ello, hayáis desenvuelto en el espíritu del niño una noción semejante de Dios; cuando le hayáis enseñado a suplicar a Dios y a suplicarle como el autor de su ser y de todos los bienes de que goza o puede gozar, debéis evitar toda conversación sobre las demás existencias espirituales hasta que sea llevado a pensar en ello en ocasiones de que más tarde hablaremos, y por la lectura de la historia santa.

§ 138. Pero aun entonces y mientras sea joven, es preciso tener

cuidado de proteger su tierna imaginación contra toda impresión, contra toda noción de espíritus, de fantasmas, de toda clase de apariciones temerosas de la noche. Es este un daño al que les expone las imprudencias de los criados, cuyo método ordinario es el de asustar a los niños y asegurarse su obediencia hablándoles de lobos, de cadáveres sangrientos y de otros fantasmas cuyos nombres implican la idea de algo terrible y peligroso de que con razón tienen miedo cuando están solos, y, sobre todo, en las tinieblas. Evitemos cuidadosamente este peligro, porque aun cuando por este medio se pueden impedir algunas pequeñas faltas, el remedio es ciertamente peor que la enfermedad. Así, en efecto, se arroja en su espíritu ideas que les seguirán por todas partes con su cortejo de estremecimientos y terrores. Estos pensamientos llenos de espanto, una vez introducidos en su delicada imaginación e imprimiéndose en ella fuertemente por el terror que les acompaña, se arraiga allí profundamente, y se fijan hasta el punto de que es muy difícil, si no imposible, arrancarlos del espíritu. En tanto que subsisten, inoportunan la imaginación con visiones extrañas que hacen al niño poltrón cuando está solo, y que da por resultado que tenga miedo de su sombra y que tema la oscuridad durante el resto de su vida. He conocido hombres hechos y derechos que se quejan de haber sido educados así en su infancia. Aun cuando su razón hubiese corregido las ideas falsas que se formaron entonces, y le hubiesen convencido que no había más razón para temer a los seres invisibles durante la noche que durante el día, declaran, sin embargo, que a la menor ocasión, estas mismas ideas, siempre dispuestas a despertarse, les arrojaban en los prejuicios de su imaginación, y sólo con esfuerzo se desembarazaban de ellas. Y para que veáis hasta dónde estas imágenes son tenaces y pavorosas cuando se han impreso ya en el espíritu del niño, dejadme contaros una historia extraordinaria, pero verdadera. Había en la ciudad del Oeste un hombre cuyo cerebro estaba desequilibrado, y del que los niños tenían costumbre de burlarse cuando lo encontraban en la calle. Un día, habiendo percibido en la calle este loco a uno de los niños que le perseguían, entró en la tienda de un armero vecino, y cogiendo una espada, corrió tras el niño. Este, viéndose perseguido por un hombre armado, corrió a todo correr por salvarse del peligro; por fortuna tuvo bastantes fuerzas y bastantes talones para llegar a casa de sus padres antes de que el loco hubiese podido alcanzarle. La puerta no tenía echado más que el picaporte, y cuando el niño tenía éste entre las manos, volvió la cabeza para ver a qué distancia se encontraba el ene-

migo. El loco estaba, precisamente, en el dintel con la espada en la mano y dispuesto a herir, y el niño no tuvo tiempo más que de entrar y cerrar la puerta para parar el golpe... Pero si su cuerpo escapó del peligro, no así su espíritu. La imagen pavorosa le hizo una impresión tan profunda, que subsistió durante muchos años, si no toda la vida. En efecto, contando él mismo esta historia cuando era ya hombre, decía que desde aquél día no recordaba haber pasado por esta puerta sin sentirse tentado de mirar hacia atrás, por preocupaciones que tuviese en la cabeza, o, al menos, sin pensar en aquél loco antes de entrar en su casa. Si se dejase a los niños, no se asustarían más en las tinieblas que en plena luz; serían igualmente bien recibidas la una para el sueño y la otra para el juego. No aprenderían por ningún discurso a establecer una diferencia entre el día y la noche, y a creer que las horas de las tinieblas presentan más peligros, más cosas temerosas. Pero si alguna de las personas que viven cerca de ellos es bastante tonta para hacerle creer que hay alguna diferencia entre el hecho de estar en las tinieblas y el hecho de cerrar los ojos, debéis desembarazarlos de estos prejuicios lo más pronto que podáis. Debéis enseñarle que Dios, que ha hecho todas las cosas para su bien, ha hecho la noche para que pueda dormir tranquilamente; y que estando entonces, como siempre, bajo su protección, no hay nada en las tinieblas que pueda hacerle daño. En cuanto a explicaciones más amplias acerca de la naturaleza de Dios y de los espíritus bienhechores, será mejor aplazarlas para otra época que hemos indicado ya; y para los espíritus malignos constituirían un bien el que los niños se libren de toda falsa imaginación sobre este punto hasta que tengan el espíritu bastante maduro para esta especie de conocimiento.

Veracidad y bondad

§ 139. Después que hayáis establecido el fundamento de la virtud sobre una noción exacta de la divinidad, tal como el Credo sabiamente nos la enseña y en la medida compatible con su edad, sobre el hábito de la plegaria, lo que debe preocuparos es el obligarle rigurosamente a decir la verdad y estimular la bondad por todos los medios imaginables. Hacedle comprender que se le perdonarán veinte faltas mejor que una mentira que cometiese para disfrazar una sola. Y, por otra parte, enseñándole desde muy pronto a amar a sus semejantes, a ser bueno para ellos, fundaréis en él los

verdaderos principios de la honradez; porque las injusticias provienen, en general, de que nos amamos demasiado a nosotros mismos y no amamos bastante a los demás. Esto es todo lo que tenía que decir de esta materia en general, y es bastante para echar los primeros fundamentos de la virtud en el niño. Pero a medida que crece, es preciso observar las tendencias particulares de su naturaleza; porque si su temperamento le inclinase más de lo que convendría en un sentido o en otro, fuera del camino recto de la virtud, debéis intervenir y aplicar los remedios apropiados. Entre los hijos de Adán hay pocos, en efecto, que sean bastante favorecidos para no haber nacido con alguna tendencia que predomine en su temperamento, y es obra de la educación destruirla o equilibrarla. Pero para entrar en los detalles de este asunto sería preciso salir de los límites que me he fijado en este breve bosquejo de la educación. Mi designio no es discurrir sobre todos los vicios, sobre todas las virtudes, ni decir cómo puede ser adquirida dicha virtud y curado cada vicio por medios adecuados. He querido mencionar solamente algunos de los defectos más ordinarios de la infancia e indicar el método que hay que seguir para corregirlos.

migo. El loco estaba, precisamente, en el dintel con la espada en la mano y dispuesto a herir, y el niño no tuvo tiempo más que de entrar y cerrar la puerta para parar el golpe... Pero si su cuerpo escapó del peligro, no así su espíritu. La imagen pavorosa le hizo una impresión tan profunda, que subsistió durante muchos años, si no toda la vida. En efecto, contando él mismo esta historia cuando era ya hombre, decía que desde aquél día no recordaba haber pasado por esta puerta sin sentirse tentado de mirar hacia atrás, por preocupaciones que tuviese en la cabeza, o, al menos, sin pensar en aquél loco antes de entrar en su casa. Si se dejase a los niños, no se asustarían más en las tinieblas que en plena luz; serían igualmente bien recibidas la una para el sueño y la otra para el juego. No aprenderían por ningún discurso a establecer una diferencia entre el día y la noche, y a creer que las horas de las tinieblas presentan más peligros, más cosas temerosas. Pero si alguna de las personas que viven cerca de ellos es bastante tonta para hacerle creer que hay alguna diferencia entre el hecho de estar en las tinieblas y el hecho de cerrar los ojos, debéis desembarazarlos de estos prejuicios lo más pronto que podáis. Debéis enseñarle que Dios, que ha hecho todas las cosas para su bien, ha hecho la noche para que pueda dormir tranquilamente; y que estando entonces, como siempre, bajo su protección, no hay nada en las tinieblas que pueda hacerle daño. En cuanto a explicaciones más amplias acerca de la naturaleza de Dios y de los espíritus bienhechores, será mejor aplazarlas para otra época que hemos indicado ya; y para los espíritus malignos constituirían un bien el que los niños se libren de toda falsa imaginación sobre este punto hasta que tengan el espíritu bastante maduro para esta especie de conocimiento.

Veracidad y bondad

§ 139. Después que hayáis establecido el fundamento de la virtud sobre una noción exacta de la divinidad, tal como el Credo sabiamente nos la enseña y en la medida compatible con su edad, sobre el hábito de la plegaria, lo que debe preocuparos es el obligarle rigurosamente a decir la verdad y estimular la bondad por todos los medios imaginables. Hacedle comprender que se le perdonarán veinte faltas mejor que una mentira que cometiese para disfrazar una sola. Y, por otra parte, enseñándole desde muy pronto a amar a sus semejantes, a ser bueno para ellos, fundaréis en él los

verdaderos principios de la honradez; porque las injusticias provienen, en general, de que nos amamos demasiado a nosotros mismos y no amamos bastante a los demás. Esto es todo lo que tenía que decir de esta materia en general, y es bastante para echar los primeros fundamentos de la virtud en el niño. Pero a medida que crece, es preciso observar las tendencias particulares de su naturaleza; porque si su temperamento le inclinase más de lo que convendría en un sentido o en otro, fuera del camino recto de la virtud, debéis intervenir y aplicar los remedios apropiados. Entre los hijos de Adán hay pocos, en efecto, que sean bastante favorecidos para no haber nacido con alguna tendencia que predomine en su temperamento, y es obra de la educación destruirla o equilibrarla. Pero para entrar en los detalles de este asunto sería preciso salir de los límites que me he fijado en este breve bosquejo de la educación. Mi designio no es discurrir sobre todos los vicios, sobre todas las virtudes, ni decir cómo puede ser adquirida dicha virtud y curado cada vicio por medios adecuados. He querido mencionar solamente algunos de los defectos más ordinarios de la infancia e indicar el método que hay que seguir para corregirlos.

De la prudencia

§ 140. Llamo prudencia, en su sentido popular, a la cualidad de un hombre que conduce en el mundo sus asuntos con habilidad y previsión. Es efecto de una constitución feliz, de la aplicación del espíritu, y, sobre todo, de la experiencia; está, pues, fuera del alcance de los niños. Desde este punto de vista, lo mejor que puede hacerse con ellos es impedir que usen la astucia. La astucia, en efecto, aun cuando imite la prudencia, está tan alejada de ella cuanto es posible; como el mono, al cual su semejanza con el hombre, privado de lo que haría de él realmente un hombre, le sirve sólo para más fealdad. La astucia no es sino una insuficiencia de inteligencia; no pudiendo alcanzar su fin por el camino derecho, aspira a alcanzarlo por la hipocresía y por un rodeo; y lo peor es que estos artificios no sirven más que una vez; no pueden sino perjudicar si se acude a ellos de nuevo. Nunca se ha hecho una envoltura lo bastante fina para que pueda cubrirse ella misma. nadie es bastante sagaz para disimular lo que es; y una vez que es reconocido como tal, todos le huyen y desconfían de él. El mundo entero se liga con entusiasmo para combatirlo y descubrirlo, mientras que el hombre franco, honrado y prudente no encuentra sino gentes dispuestas a marchar con él, y va derecho a su fin. Habituar a un niño a tener nociones exactas sobre estas cosas, y a no darse por satisfecho en tanto que no lo está; educar su espíritu en los pensamientos grandes y nobles; ponerlo en guardia contra la falsedad y contra la astucia, que va siempre mezclada con algunos grados de falsedad, tal es la mejor preparación para la prudencia. El resto,

que se aprende con el tiempo, por la experiencia, por la observación, por la frecuentación de los hombres, por el conocimiento de sus temperamentos y de sus designios, no puede esperarse de la ignorancia y del aturdimiento de los niños, ni del calor irreflexivo o fogoso de los jóvenes. Todo lo que puede hacerse antes de la madurez, desde el punto de vista de esta virtud, es acostumbrar a los niños a ser francos y sinceros, a someterse a la razón y a reflexionar sobre sus propias acciones.

SECCIÓN XXIII. §§ 141-146

Sobre las buenas maneras

§ 141. La cualidad que en tercer lugar conviene a un caballero, es la buena educación. Hay dos maneras de ser mal educado: la primera tiene por efecto una tonta timidez; la segunda se manifiesta por la falta de reserva, por un defecto extraño de respeto en relación con los demás. Se evitarán estos dos defectos con la práctica constante de esta única regla: no tener mala opinión ni de sí mismo ni de los demás.

§ 142. La primera parte de esta regla tiende a ponernos en guardia, no contra la modestia, sino contra la excesiva seguridad en nosotros mismos. Sin duda que no debemos tener de nosotros una opinión tan ventajosa que nos preocupemos solamente de nuestro propio mérito, y que nos prefiramos a los demás en razón de la superioridad que podamos tener sobre ellos. Recibamos modestamente los homenajes que se nos rinden cuando son legítimos. Pero es preciso, sin embargo, estimarnos bastnate para realizar sin turbación y sin embarazo, las acciones que nos incumben y se esperan de nosotros, sin descomponernos ni desordenarnos y sin olvidar demostrar a las demás personas el respeto y la distancia a que les da derecho su rango y condición. No es raro que las gentes del pueblo, cuando se encuentran delante de extraños o de superiores, sean acometidas de un acceso de rústica timidez. El desorden aparece en sus pensamientos, en sus palabras y en sus miradas: pierden la cabeza hasta el punto que, en su confusión, no están en situación de hacer nada, o, al menos, de hacerlo con la libertad y la gracia

que agrada y que hace a las gentes atractivas. Para remediar este defecto, como los demás, no hay más que un medio: el de establecer por el uso[5] el hábito contrario. Pero como es imposible adquirir el hábito de conversar con extraños y con personas de calidad si no se frecuenta la sociedad, nada puede curar este defecto de educación sino el cambio frecuente de compañía y buscar la sociedad de las personas que están por encima de nosotros.

§ 143. Si el defecto precedente proviene de que nos preocupamos demasiado de la conducta que debemos observar para con los demás hombres, la otra manera de ser mal educado consiste, por el contrario, en que no parecemos preocuparnos bastante de agradar o demostrar respeto a las personas con quienes nos relacionamos. Para evitar este segundo defecto son necesarias dos cosas: en primer lugar que estemos dispuestos a no ofender jamás a los otros; después, que sepamos encontrar el medio más agradable y más expresivo de manifestar esta disposición. Por la primera de estas cualidades, se llama a los hombres urbanos; por la segunda, corteses. La cortesía es la gracia, la conveniencia en la mirada, en la voz, en las palabras, en los movimientos, en los gestos, en toda la actitud que hace que se triunfe en el mundo y que da tranquilidad, al mismo tiempo que encanta, a las personas con quienes conversamos. Es, por decirlo así, el lenguaje por el cual se expresan los sentimientos de sociabilidad que hay en el corazón, y que, como todos los demás lenguajes, sometido como está a la moda y a los usos de cada país, no puede aprenderse ni practicarse sino por la observación y la imitación de los que pasan por estar realmente bien educados. La otra cualidad, que no consiste solamente en manifestaciones exteriores, es esa benevolencia general, esa atención testimoniada a todo el mundo, que hace que evitemos en nuestra conducta el parecer desdeñosos, negligentes o indiferentes para los demás, y que, por el contrario, se conceda a toda persona, según los usos y costumbres de los diferentes países, el respeto y la consideración que le valen su condición y su rango. Es una disposición del espíritu que se traduce en los actos cuando se evita en la conversación poner al interlocutor en situación embarazosa.

Distinguiré cuatro defectos que son los más directamente contrarios a la cortesía; es decir, la primera y más atractiva de todas las virtudes sociales. De uno de estos cuatro defectos se deriva de ordinario la descortesía. Los expondré aquí a fin de que los niños sean preservados, o al menos libertados de su desagradable influjo:

1.° El primero es esa rudeza[1] natural que determina la falta de complacencia para los demás hombres, que se prescinda de sus inclinaciones, de su temperamento o de su condición. Es la señal segura característica del rústico *clown* el no considerar lo que agrada o desagrada a las personas que frecuentamos; y, sin embargo, no es raro encontrar hombres de mundo, vestidos a la última moda, que no se violentan en no dar rienda suelta a su humor, ni en no burlar y oponerse a los sentimientos de todos los que con ellos se relacionan, sin inquietarse en averiguar el efecto que les produce. Es esta una brutalidad que choca y que irrita a todo el mundo, y con la que nadie puede conformarse; así es que no puede tolerarse en quien quiera pasar por tener la más ligera tintura de cortesía. En efecto: el objeto, el fin de la cortesía es corregir esta torpeza natural y suavizar así el caracter de los hombres para que puedan adaptarse con alguna complacencia al carácter de aquéllos con quienes se relacionan.

2.° Un segundo defecto es el menosprecio, la falta de respeto que se traiciona en las miradas, las conversaciones o los gestos, y que, de cualquier parte que proceda, siempre es desagradable. No hay nadie, en efecto, que pueda soportar con placer la expresión del desprecio.

3.° El espíritu crítico, la disposición a encontrar en falta a las demás personas, están en directa oposición con la cortesía. Los hombres, sean o no culpables, no quieren ver sus faltas divulgadas y expuestas a la luz del día ente ellos y ante otras personas. Los defectos que le reprochan a uno, le causan siempre alguna vergüenza, y un hombre no puede soportar sin disgusto que se divulge un defecto que tiene, ni aún que se le impute un defecto que no tiene. La burla no es más que un medio refinado de poner de relieve los defectos del otro. Pero como se presenta generalmente bajo formas espirituales y en un lenguaje elegante, y como divierte a la compañía, nos abandonamos al error de creer que, mantenida en ciertos límites, no tiene nada de descortés. Así, esta forma de broma se introduce frecuentemente en la conversación de las personas más distinguidas; los burlones son acogidos con gusto, son generalmente estimulados por las carcajadas de aquellos de sus oyentes que se po-

[1] Como recuerda COMPAYRÉ, COSTE traduce extrañamente por *ferocidad* la palabra inglesa *roughness*. Es verdad que ROLLIN habla en el sentido, de una «conducta feroz y rústica».

nen de su lado. Debieran, sin embargo, considerar que si divierten al concurso es a expensas de la persona que presentan bajo su aspecto burlesco, y que esta persona, por consiguiente, no está a gusto mientras ellos hablan, a menos de que el asunto con el cual se bromea, no sea precisamente una cosa de que pueda envanecerse; porque en ese caso, las imágenes agradables y los giros que emplea el burlón, no siendo menos halagadores que divertidos, la persona burlada encuentra también su respuesta y toma parte en la diversión. Pero como no todo el mundo tiene el talento de manejar con prudencia un arte tan delicado, tan difícil como el de la burla, y la más pequeña derivación puede echarlo todo a perder, creo que los que quieren evitar molestar a los demás, y particularmente los jóvenes, deben abstenerse con cuidado de toda burla, porque el más pequeño menosprecio, la menor desviación en la burla, puede dejar en el espíritu de los que ha contrariado el recuerdo imborrable de haber sido insultado de un modo picante, aun cuando espiritual, por alguno de sus defectos.

Además de la burla, la contradicción es una forma de crítica en la que la mala educación se manifiesta con frecuencia. Sin duda que la complacencia no exige que admitamos siempre los razonamientos o las relaciones con que se entretiene el concurso, no; ni que dejemos pasar sin decir nada todo lo que llega a nuestros oídos. Contradecir las opiniones, rectificar los errores de los demás, es, por el contrario, lo que la verdad y la caridad piden a veces, y la cortesía no se opone a ello si se hace con precaución y teniendo en cuenta las circunstancias.

Pero hay gentes, como todos saben, que están, por decirlo así, poseídos por el espíritu de contradición y que se ponen perpetuamente en oposición con las opiniones de una persona o de todas las personas que frecuentan, sin preocuparse de si estas opiniones son buenas o malas. Es esta una forma de crítica tan visiblemente injuriosa, que no deja de molestar a todos. Es tan natural atribuir la contradicción al espíritu de crítica, y es tan difícil aceptarla sin sentirse humillado, que si tenemos que contradecir debemos hacerlo lo más dulcemente posible con los términos más corteses que podamos encontrar, de manera, en fin, que testimoniemos con toda nuestra actitud, que no ponemos en nuestra contradicción pasión alguna: acompañemos nuestra oposición con todas las señales de contrariedad y respeto, a fin de que, aun haciendo triunfar nuestra opinión, no perdamos la estimación de los que nos escuchan.

4.° El afán de disputar es también un defecto contrario a la

cortesía, no solamente porque nos arrastra en nuestras palabras y en nuestra conducta a inconvenientes y a groserías, sino también porque parece indicar que tenemos que quejarnos de alguna falta de parte de los que son objeto de nuestra cólera. Ahora bien: no hay nadie que soporte sin disgusto la menor sospecha, la más ligera insinuación sobre este punto. Además, un individuo agrio descompone a todo el mundo, y la armonía cesa con la agitación.

Como la felicidad, que todos los hombres persiguen constantemente, consiste en el placer, es fácil comprender por qué los hombres corteses son mejor acogidos en el mundo que los hombres útiles. La habilidad, la sinceridad y las buenas intenciones de un hombre de peso y de mérito, son rara vez una compensación del enojo que causa con sus razonamientos graves y sólidos. El poder, la riqueza y la misma virtud, no son apreciados sino como instrumentos de la felicidad. Y, por consiguiente, se recomienda mal una persona que pretende trabajar por nuestra felicidad causándonos enojo por los servicios que nos presta. El que sabe ser agradable a las personas que frecuenta sin rebajarse hasta adulaciones humildes y serviles, ha encontrado el secreto del arte de vivir en el mundo, de hacerse apreciar en todas partes, de ser siempre bien acogido. Por esto sería preciso, ante todo, habituar a la cortesía a los niños y a los jóvenes.

§ 144. Hay otra falta contra las buenas maneras, y es la de ser demasiado ceremonioso y obstinarse en imponer a ciertas personas homenajes que no le son debidos y que no pueden aceptar sin tontería o vergüenza[2]. Parece, en efecto, que en esto se aspira más a comprometer a las gentes que a obligarlas: o, al menos parece una disputa por la supremacía; en todo caso, no hay nada que sea más inoportuno, y, por consiguiente más contrario a la buena educación, puesto que ésta no tiene otro objeto ni otro fin que tener a su gusto a las personas con quienes hablamos, y agradarles. Sin duda que los jóvenes se inclinan raras veces a este defecto; pero si se hacen culpables de él o si parecen tener alguna predisposición a ello, es preciso advertirles y ponerlos en guardia contra esta cortesía mal entendida. Lo que deben proponerse y tener a la vista en la conversación, es manifestar respeto, estimación y benevolencia para las personas, concediendo a cada una las atenciones y ceremonias co-

[2] Recuérdese a MONTAIGNE, *Essais*, I, XIII. «He visto con frecuencia hombres inciviles a fuerza de civilidad, e inoportunos por cortesía».

munes que por cortesía se les debe. Conseguir esto sin ninguna apariencia de adulación, de hipocresía o de humildad, es un gran arte que sólo la razón, el buen sentido y la frecuentación de la buena sociedad, pueden enseñar; pero, al mismo tiempo, es una cualidad tan preciosa en la vida práctica, que vale la pena de ejercitarse en ella.

§ 145. Aun cuando el arte de adaptarse a las reglas en esta parte de nuestra conducta, lleva el nombre de buena educación —de donde pudiera deducirse que es especialmente efecto de la educación—, no conviene, como ya he dicho, atormentar demasiado a los niños en esta materia: quiero decir cuando se trata de quitarse el sombrero o de hacer la reverencia, según las reglas. Enseñarles, si podéis, a ser moderados, a tener buen carácter, y no faltarán a estos deberes; la cortesía no consiste verdaderamente sino en evitar en la conversación el parecer desdeñosos o indiferentes para las demás personas. Ya hemos hecho conocer las formas más acreditadas de la cortesía. Pero estas formas son tan particulares, tan mudables, según los diferentes países, como las lenguas que en ellos se hablan; y, por consiguiente, pensando rectamente, es tan inútil, tan inoportuno dar reglas y pronunciar discursos a los niños sobre este tema, como lo sería darles esporádicamente una o dos reglas de lengua española al que conversa solamente con ingleses. Será inútil que discurráis con vuestro hijo sobre las obligaciones de la urbanidad: sus maneras dependerán de la compañía que frecuente. Tomad un campesino de la vecindad que no haya salido jamás de su parroquia; pronunciadle todas las conferencias que queráis: más pronto le haréis aprender el lenguaje que las maneras de la corte. Quiero decir que para los unos como para el otro, no habrá jamás más urbanidad que la que tengan aquéllos con quienes hay costumbre de vivir. No hay, pues, que preocuparse de otra manera de la educación, de la cortesía del niño hasta el día en que esté en edad de tener cerca de él un preceptor, que, necesariamente, deberá ser un hombre bien educado. Y, para decir todo mi pensamiento, si los niños no hacen nada que revele terquedad, orgullo y una mala naturaleza, importa poco que no se sepan quitar el sombrero y hacer el saludo. Si habéis conseguido inspirarle el amor y el respeto por los demás, sabrán bien, en la medida en que su edad lo exija, encontrar para manifestar estos sentimientos, procedimientos de expresión, con lo que todo el mundo se contentaría y que estarían de acuerdo con la moda reinante. En cuanto a los movimientos y a la actitud del cuerpo, el profesor de baile les enseñará, como hemos dicho, cuando llegue el momento, lo que

sea más conveniente. Entretanto y mientras sean pequeños, nadie debe pedirles que sean muy exactos en el capítulo de las recemonias. La negligencia es permitida a esa edad, y se adapta también a ella como los cumplimientos a las personas mayores. Si algunos espíritus fastidiosos *(nice)* consideran esta negligencia como una falta, es al menos, estoy seguro de ello, una falta que hay que perdonar, y debe abandonarse al tiempo, al preceptor y a la vida social, el cuidado de corregirla. No creo, pues, que debáis (como ocurre con frecuencia) molestar o reñir a vuestro hijo sobre este punto. Sólo en el caso que deje ver en su conducta orgullo y un mal natural, convendría hacerle comprender su falta y forzarle a avergonzarse de ella.

Aunque no se deba inquietar mucho a los niños en tanto que sean pequeños, con reglas y ceremonias de cortesía, hay ocasión, sin embargo, de evitar una especie de descortesía muy fácil de desenvolver entre los niños si no se les corrige desde temprano: es la disposición de interrumpir a las personas cuando hablan, y de detenerles en sus discursos contradiciéndoles. Quizás sea el hábito de discutir, con la reputación de ingenio y de saber que se les atribuye (como si el arte de la discusión fuese el único medio que se tuviese para probar su habilidad), el que hace a los jóvenes tan dispuestos a espiar la ocasión de recoger lo que se dice en su presencia y mostrar en toda ocasión su talento. Lo cierto es que he encontrado muchos escolares censurables en este respecto. Ahora bien: nada más grosero que interrumpir en su discurso a un hombre que habla. Y sin contar que es una impertinente tontería pretender responder a alguien antes de saber lo que quiere decir, es dar a entender claramente que estamos fatigados de escucharle, que hacemos poco caso de lo que dice, y que, juzgándole incapaz de interesar a la sociedad, pedimos audiencia para nuestros propios discursos, los únicos dignos de ser escuchados. Nada puede demostrarnos evidentemente nuestra falta de respeto, y es imposible que no haga desagradable efecto; y, sin embargo, ese es casi siempre el sentido de toda interrupción. Si como ocurre, no nos contentamos con interrumpir, si se toma la palabra para rectificar algún error o para contradecir lo que se ha dicho, se demuestra más abiertamente todavía, orgullo y suficiencia, puesto que en este caso nos erigimos a nosotros mismos en doctores, y nos encargamos, sea de rectificar a nuestro interlocutor en su recitación, sea de mostrar las inexactitudes de su juicio.

No es que yo quiera decir que la diversidad de las opiniones de-

ba ser desterrada de la conversación, ni la contradicción del discurso de los hombres. Esto sería privarse de la mayor ventaja de la sociedad; esto sería renunciar a los progresos que se hacen en la compañía de los hombres esclarecidos cuando la luz brota del choque de las opiniones y los espíritus distinguidos ponen de relieve sucesivamente los diversos aspectos de las cosas. Los diferentes aspectos de la cuestión, las probabilidades que implican, todo esto se perdería para nosotros si cada interlocutor estuviese obligado a subscribir la primera opinión que se haya expresado. Lo que yo condeno, no es que se contradiga las opiniones de los demás, sino la manera como se contradicen. Que los jóvenes se habitúen a no lanzar su propia opinión en oposición a las opiniones de los demás hasta que se les ruegue que den su opinión o hasta que los interlocutores, habiendo acabado de hablar, guarden silencio; y aun entonces, que no intervengan más que por preguntas para instruirse ellos mismos, sin pretender instruir a los demás. Es preciso evitar las afirmaciones dogmáticas y el aire magistral. Solamente cuando les ofrece ocasión una pausa sobrevenida en la conversación general, es cuando pueden modestamente hacer sus preguntas a la manera de hombres que quieren enterarse.

Esta modestia decorosa no perjudicará sus talentos ni debilitará el alcance de sus razones. Por el contrario, garantiza la más benévola atención, proporciona a sus discursos toda clase de ventajas. Aun con malos argumentos, con observaciones triviales, si los presentan bajo esta forma modesta, después de algunas palabras de preámbulo para demostrar su respeto a la opinión de los demás, se proporcionarán más honor que por los rasgos del más vivo ingenio, de la ciencia más profunda, si mezclan con ellos maneras rudas, insolentes, bulliciosas, que no dejen jamás de chocar a los oyentes y que hacen formar mala opinión de la persona, aun cuando tenga razón en su argumentación.

Es preciso, por tanto, vigilar con cuidado en los niños la disposición a interrumpir, combatirla desde el comienzo y someterlas al hábito contrario en todas sus conversaciones. Esto es tanto más necesario cuanto que la impaciencia por tomar la palabra, la manía de interrumpir en las discusiones y el gusto de las discusiones ruidosas, son demasiado frecuente en las personas mayores, aun de la mejor sociedad. Los indios, a quienes tratamos de bárbaros, observan más decencia y cortesía en sus discursos y en sus conversaciones; escuchan al que habla con atención y sin decir nada hasta que haya acabado de hablar, y solamente entonces responden con cal-

ma y sin voces ni pasión. Y si no ocurre así en esta parte civilizada del mundo, la culpa está en la educación que no ha reformado todavía en nosotros este viejo resto de barbarie. No es, a mi juicio, un espectáculo atráctivo, ver dos damas de calidad que, sentadas al principio en los dos extremos de un salón en el que una numerosa compañía forma corro, entran en discusión, y apasiónanse tanto en ella, que en el calor de la controversia adelantan poco a poco sus asientos, acabando por encontrarse una junto a otra en el mismo centro de la sala, con tanta furia como lo harían dos gallos en un circo, sin preocuparse para nada del resto de la sociedad, que no puede dejar de sonreír. He oído esto a una persona de calidad que había asistido a este duelo singular y que no dejó de hacerme notar todas las inconveniencias a que puede arrastrar el calor de la disputa; y puesto que la costumbre las hace tan frecuentes, la educación debe tener mucho cuidado con ellas. No hay nadie que no condene esto en los demás, aunque no lo reconozca en sí mismo; y aun los que lo reconocen y quisieran corregirse, no pueden desembarazarse de una mala disposición que la negligencia de su educación ha dejado transformarse en hábito.

§ 146. Lo que acabamos de decir sobre la sociedad, podría, quizás, si se reflexionase bien en ello, abrirnos puntos de vista más amplios y mostrarnos cómo el influjo del medio en que se vive se extiende más lejos. No son solamente maneras pulidas lo que se adquiere en la sociedad de los hombres: la tintura que da la compañía no queda en la superficie; ahonda más; y, quizás, si considerásemos las costumbres y las religiones del mundo, reconoceríamos que la mayor parte de los hombres tienen estas opiniones y estos ritos, por los cuales están dispuestos a dar la vida, más bien por la costumbre de su país y por la práctica constante de sus conciudadanos, que por una convicción razonada. No hago esta observación sino para haceros ver cuál es la importancia que en todas las partes de su vida tiene para vuestro hijo la sociedad que frecuente, y, por consiguiente, lo circunspecto y prudente que hay que ser en este respecto. La sociedad actúa sobre él con más fuerza que vosotros.

SECCIÓN XXIV. §§ 147-195

De la instrucción

§ 147. Os asombrará, quizás, que hable yo de la instrucción en último lugar, sobre todo si os digo que es a la que trato con menor extensión. Esto puede parecer extraño en boca de un hombre de estudio; y la paradoja la hace mayor el que la instrucción es ordinariamente el asunto principal, si no el único, que se tiene en cuenta cuando se habla de educación. Cuando considero qué esfuerzo se consagra a un poco de latín y de griego, cuántos años se emplean en este trabajo, qué ruido se hace y qué actividad se emplea para un resultado nulo, no puedo dejar de pensar que los padres mismos viven todavía en el temor al maestro de escuela y a sus disciplinas, y que el látigo continúa siendo a sus ojos el único instrumento de una educación cuyo único objeto sería la adquisición de una o dos lenguas. ¿Cómo explicarse de otro modo que encadenen sus hijos a la galera, como galeotes, durante los siete, ocho o diez años mejores de su vida, para aprender una o dos lenguas que podrían adquirir, a mi juicio, con mucha más economía de tiempo y de esfuerzo y casi jugando?

§ 146. Perdonadme si digo que no puedo pensar con paciencia en que un joven caballero pueda ser metido en el rebaño castigado con el látigo y las disciplinas, como si hubiera de pasar bajo la manopla por las diversas clases, *ad capiendum ingenii cultum.* (Para asegurar la cultura del espíritu). Pero qué, se dirá: ¿Queréis que no sepa leer ni escribir? ¿Será preciso que sea más ignorante que el clérigo de nuestra parroquia, que toma a Hopkins y Sternhold por los más grandes poetas del mundo, y que aun los hace peores de lo que son por su manera de leerlos? No, no vayáis tan

de prisa; yo os lo suplico. La lectura, la escritura, la instrucción, todo lo creo necesario, pero no creo que sea la parte principal de la educación. Imagino que tomaríais por un loco al que no estimase infinitamente más a un hombre virtuoso y prudente que a un escolar perfecto [1]. No es que, a mi entender, no sea la instrucción un gran socorro para los espíritus bien dispuestoa para hacerlos discretos y virtuosos; pero, a mi juicio, es preciso reconocer también que en los espíritus cuya disposición sea menos buena, no sirve sino para hacerlos más tontos o más malos. Digo esto porque cuando llegue el día en que, preocupados por la educación de vuestro hijo, busquéis un maestro de escuela o un preceptor, no le pidáis solamente, como es costumbre, que sepa el latín y la lógica. La instrucción es necesaria, pero no debe colocarse sino en segundo lugar, como un medio de adquirir cualidades más altas. Buscad, pues, alguno que sepa formar discretamente las costumbres de su discípulo; poned, pues, vuestro hijo en tales manos que podáis, en la medida de lo posible, garantizar su inocencia, desenvolver y alimentar sus buenas inclinaciones, corregir dulcemente y curar las malas y hacerle adquirir buenos hábitos. Este es el punto importante. Una vez que se haya conseguido, la instrucción puede ser adquirida por añadidura, y, a mi juicio, en condiciones fáciles que es sencillo imaginar.

La lectura

§ 148. Cuando el niño sepa hablar es el momento de comenzar a enseñarle a leer. Pero sobre este punto dejadme reperir aquí lo que se está demasiado dispuesto a olvidar: es preciso tener cuidado de que la lectura no se convierta en un trabajo por sí misma y que el niño no la considere una tarea. Amamos, naturalmente, la libertad, como ya he dicho, y esto desde la cuna. Hay una gran cantidad de cosas que nos inspiran aversión sólo porque nos han sido impuestas. Siempre he pensado que el estudio podría convertirse en un juego, en un recreo para los niños, y que habría medio de inspirarles el deseo de aprender si se les presentase la instruc-

[1] La palabra *scholar* comienza a hacerse francesa y designa muy especialmente un hombre de escuela, un pedante. (N. DE COMPAYRÉ).

ción como una cosa honorable, agradable, recreativa, o como una recompensa que merecen por haber hecho otra cosa; y si, en fin se tuviese cuidado de no reñirles ni corregirles jamás por su olvido en este punto. Lo que me confirma en esta opinión es que en Portugal el aprender a leer y a escribir es hasta tal punto una moda, un objeto de emulación para los niños, que no se puede impedirles que trabajen en ello. Se les ve enseñarse a leer unos a otros, y ponen en ello tanto ardor como si les estuviese prohibido. Recuerdo que un día, encontrándome en casa de uno de mis amigos, cuyo hijo más chico, un niño todavía corto, repugnaba tomar la lección (su madre era la que le enseñaba a leer), me preocupaba de averiguar si no habría algún medio de presentarle la lectura de otro modo que como un deber. A este efecto, después de habernos concertado en una conversación en voz baja, sin que él la oyese, declaramos que era el privilegio y la ventaja del hijo mayor el ir a la escuela; que el estudio hacía de ellos hombres perfectos y que todo el mundo ama; que a los menores sólo por favor se les autorizaba a instruirse; que enseñarle a leer y a escribir era concederle más de lo que le era debido; que podían, si querían, permanecer ignorantes como campesinos y rústicos. Esto hizo tal impresión sobre el niño que desde entonces deseó instruirse por sí mismo; iba a buscar a su madre para aprender, y no dejaba tranquila a su doncella hasta que no le hiciese repetir su lección. No dudo que no se pueda emplear con otros niños procedimientos análogos, y, una vez conocido su carácter, insinuar en su espíritu cosa que les disponen a desear por sí mismos el estudio, y a buscarlo como una especie de juego o diversión. Pero entonces, como ya lo he dicho, nunca se les debe imponer el estudio como una tarea ni hacer de él un aguafiestas. Pueden emplearse dados y otros juguetes para enseñar el alfabeto a los niños jugando, y pueden imaginarse otros muchos métodos que, apropiados al carácter particular de los niños, hacen de este estudio un juego para ellos.

§ 149. Así es como se puede, sin ellos sospecharlo, hacerles conocer las letras a los niños, enseñarles a leer, sin que vean en ello otra cosa que un juego, y divertirlos con un estudio por el cual los demás niños de su edad son azotados. No hay que imponer a los niños nada que se asemeje a un trabajo o a una cosa seria: ni su espíritu ni su cuerpo sabrían acomodarse a ello. Su salud se resiente, y, por otra parte, es indudable que conciben la mayor parte de ellos por los libros y por los estudios un odio que dura toda la vida, porque se les ha forzado y se les ha esclavizado a la lectura en una

edad enemiga de toda violencia. Es como una indigestión que deja tras de sí un disgusto que no se borrará nunca.

§ 150. He pensado, pues, que si los juguetes, en vez de no tender a nada como antes, tendiesen a este fin instructivo, podrían encontrarse expedientes para enseñar a leer a los niños, sin que creyesen hacer otras cosas que jugar. Por ejemplo, ¿por qué no habría de fabricarse una bola de marfil, como la que se utiliza en el juego de lotería del *Royal-dak*, bola que tendría treinta y dos caras, o, más bien, veinticuatro o veinticinco; en unos lados se pondría una A, en otros una B, en otros una C, y en otros, en fin, una D. Quisiera que se comenzase por estas cuatro letras o, quizás, por dos solamente. Cuando el niño las conociese perfectamente se le agregaría otra, y así sucesivamente hasta que, conteniendo cada lado una letra, estuviese allí el alfabeto entero. Quisiera que otras personas jugasen con esta bola delante de él y que se conviniese una manera de juego, que ganaría el que sacase primero una A o una B, como se saca con los dados un seis o un siete. Jugad, pues, a este juego delante del niño, pero sin indicarle que tome en él parte por temor a que vea en él un trabajo. Hasta quisiera que no hubiese oído hablar de este juego sino como de un juego de personas mayores, y no dudo de que entonces lo emprendería espontáneamente. Y para que tenga la mayor cantidad posible de razones para no ver en él más que un juego, al cual se le hace alguna vez el honor de admitirle, tened cuidado, una vez terminada la partida, de poner la bola en lugar seguro, fuera de su alcance; así no llegará a cansarle como una cosa que se tiene siempre a nuestra disposición [2].

§ 151. A fin de mantener su gusto por este juego, dejadle creer que es un juego de personas de más edad que él; y cuando, por este medio sepa sus letras, podréis, reemplazándolas por sílabas, acabar de enseñarle a leer, sin que sepa cómo llega a ello, sin que le haya costado la menor reprensión o el menor esfuerzo, sobre todo sin que haya tomado la menor aversión por los libros, por los malos tratos y los fastidios, de que son la fuente. Si queréis observarlos veréis que los niños se esfuerzan mucho en aprender muchos juegos, que detestarían como una ocupación y una tarea si se les obligase a aplicarse a ellos. Conozco a una persona de calidad (más

[2] Ya recomendaba QUINTILIANO, como medio de enseñar a leer, el empleo de letras de marfil.

honorable todavía por su ciencia y su virtud que por su nacimiento y su alta posición) que pegando las seis vocales (la *y* es una vocal en lengua inglesa) sobre los seis lados de un dado y las diez y ocho consonantes sobre los lados de otros tres dados, ha hecho para sus hijos un juego en el que gana el que de cada vez echa más palabras con sus cuatro dados. De esta manera, el más joven de sus hijos, un niño todavía de corto se divierte grandemente en aprender a deletrear con el mayor ardor y sin haber sido ni una sola vez reñido o violentado.

§ 152. He visto niñas pequeñas que empleaban muchas horas y hacían muchos esfuerzos para adquirir habilidad en el juego de los cantillos *(Dibstone)*, como ellas lo llaman. Mientras las miraba pensé que basta un ligero artificio para hacerlas poner toda esta actividad al servicio de una ocupación más útil; y me pareció que el que no fuese así era falta atribuible a la negligencia de los padres. Los niños están mucho menos dispuestos a la pereza que los hombres, y estos son los que merecen el reproche de no haber sabido encauzar, una parte al menos de este gusto, por la actividad hacia ocupaciones útiles, que pueden, generalmente, hacerse tan atrayentes para los niños, como son las que ocupan su tiempo, si los hombres se tomasen siquiera la mitad del interés en mostrarles la ruta que el que toman estos pequeños monos en seguirla. Creo que algunos sabios ingleses adoptaron en otro tiempo estos métodos, lo cual determina, según se cuenta, y como ya he dicho, que los niños de este país tengan tanta impaciencia en aprender a leer y a escribir, que es imposible impedírselo. Del mismo modo se ve a los niños en ciertas provincias de Francia ejercitarse, casi desde la cuna, unos a otros en bailar y cantar.

§ 153. En cuanto a las letras que se pegaran a los lados de los dados o de los polígonos, lo mejor será que tengan el tamaño de las de una Biblia *in folio;* y no conviene mezclar ninguna letra mayúscula. Una vez que el niño pueda leer lo que esté impreso en caracteres de este género no empleará mucho tiempo en aprender las demás letras. Al principio no conviene embarazarlo con la variedad de caracteres. Con esta clase de dados podréis tener también algún juego como el *Royal-dak*, lo cual introducirá un nuevo elemento de placer, y se le hará jugar con cerezas, con manzanas, etc.

§ 154. Los que aprueban este método pueden inventar, además, con las letras otros veinte juegos, y aplicarlos, si quieren, al mismo uso. Pero el juego de los cuatro dados, tal como lo he expuesto, me parece tan cómodo y tan útil que quizás fuera

difícil encontrar otro mejor y que apenas sería éste necesario.

§ 155. Ya he dicho bastante sobre los métodos de lectura. Pero no olvidéis que no es necesario obligar al niño por la fuerza a leer, y que no se le debe reñir por esto. Atraedlos, si podéis, por algún artificio; pero no hagáis de la lectura un deber forzoso. Vale más dejarle emplear un año más en aprender a leer, que exponerse, apurándole demasiado, a disgustarle para siempre del estudio. Si tenéis algún reproche que dirigirle, que sea por cosas importantes relativas a la veracidad o a los buenos sentimientos; pero no le atormentéis con el abecedario. Emplead vuestra habilidad en hacer su voluntad flexible y dócil a la razón; en enseñarle a amar el honor y la alabanza; a ofenderse por ser tratado con desprecio o con indiferencia, sobre todo por su madre o por vosotros; y todo lo demás se conseguirá por añadidura. Pero si queréis alcanzar este resultado, no debéis, a mi juicio, fatigarle y perturbarle con reglas que se refieran a cosas indiferentes, ni reprenderle por faltas ligeras, ni aún por alguna de las que pudieran parecer graves a otras personas. Pero ya me he extendido demasiado sobre este punto.

§ 156. Cuando, gracias a estos métodos attractivos, comience a saber leer, poned en sus manos alguna obra agradable, proporcionada a su inteligencia, cuyo atractivo pueda atraer al pequeño lector y recompensarle de su esfuerzo, pero que no le llene, sin embargo, la cabeza de ficciones absolutamente vanas y no le insinúe en el espíritu gérmenes de vicio y de locura. A este efecto pienso que el mejor libro será la colección de *Fábulas* de Esopo. Estas son, en efecto, historias propias para encantar y divertir al niño, y que al mismo tiempo contienen reflexiones útiles para un hombre hecho. Si las conserva en su memoria durante el resto de su vida, será fácil volverlas a encontrar entre sus pensamientos de hombre y sus graves preocupaciones. Si su ejemplar de Esopo contiene ilustraciones, esto le divertirá todavía más y le estimulará a leer, a condición, sin embargo, que estas imágenes sean de naturaleza a propósito para aumentar sus conocimientos. Porque es inútil y carece de interés que los niños oigan hablar de objetos visibles si no tienen idea de ellos; y esta idea no son las palabras las que pueden proporcionársela, sino las cosas mismas o las imágenes de las cosas. Desde que el niño comienza a deletrear conviene, pues, mostrarle tantas figuras de animales como pueda encontrarse, con sus nombres inscritos abajo, lo cual le excita a la vez a leer y le proporciona ocasión de preguntar y de instruirse. El libro inglés titulado *Reynard the Fox* puede servir también, a mi juicio, para el mismo fin. Si,

además, los que le rodean le hablan con frecuencia de las historias que ha leído y le escuchan cuando habla, esto constituirá, prescindiendo de otras ventajas, un nuevo estímulo que le hará la lectura más atractiva, puesto que en ella encontrará placer y provecho. Estos procedimientos sugestivos son completamente olvidados en el método ordinario; es preciso, por consiguiente, mucho tiempo para que los niños reconozcan la conveniencia o la utilidad de la lectura y para que se sientan atraídos a ella por estas razones, de suerte que no vean al principio en los libros más que diversiones a la moda u objetos aburridos que no sirven para nada.

§ 157. Es necesario que el niño aprenda perfectamente de memoria el Padre Nuestro, el Credo y los diez mandamientos; pero no leyéndolos por sí mismos en un abecedario, sino repitiéndoselos aun antes de que sepan leer. Aprender de memoria y aprender a leer, no deberían ser, a mi juicio, cosas que se mezclasen y se hiciesen depender una de otra. Este aprendizaje de la lectura debe proporcionarle la menor molestia y el menor esfuerzo posible.

No sé que haya otros libros en inglés de la clase de los mencionados y capaces de estimular el deseo de los niños y llevarles a leer; pero me inclino a pensar que, siendo los niños sometidos al método de las escuelas, donde se emplea el látigo para obligarlos por el temor y donde no se preocupan de hacerles el trabajo agradable y sugestivo, los buenos libros de este género, confundidos con un conjunto de otros libros ridículos, y los hay de todas clases, han tenido hasta el presente la mala fortuna de no ser notados. No sé que se haya hecho uso de ningún libro de este género, fuera de la cartilla *(horn-book)* del Salterio, del Nuevo Testamento y de la Biblia.

§ 158. Para la Biblia, que se emplea ordinariamente con los niños a fin de ejercitar y desenvolver sus aptitudes de lectores, pienso que la lectura completa e indiscreta de este libro, en la serie de sus capítulos, está tan lejos de ser ventajosa para los niños, lo mismo para perfeccionarlos en la lectura que desde el punto de vista de los principios de la religión, que quizás sea imposible encontrar un libro peor. En efecto: ¿qué estímulo puede haber para un niño en leer en un libro en que hay tantas partes que no comprende. Y ¡qué poco se adaptan a la capacidad de los niños las Leyes de Moisés, los Cánticos de Salomón, las Profecías del Antiguo y del Nuevo Testamento, las Epístolas y el Apocalipsis! Y los mismos Cuatro Evangelios, con los hechos de los Apóstoles; aun cuando sean más fáciles de comprender, son enteramente desproporcionados a la in-

teligencia infantil. Reconozco que los principios de la religión deben ser recogidos en estos libros y en los mismos términos de que se sirven las Escrituras; pero no debe proponerse nada a un niño que no sea proporcionado ni esté al alcance de su capacidad y de sus conocimientos. Pero está muy lejos de esto leer toda la Biblia, y más aún para aprender a leer. ¡Qué extraño caos de pensamientos debe contener el cerebro de un niño, aun suponiendo que sea capaz, a esa edad, de tener pensamientos exactos sobre las cosas de la religión, cuando, desde sus más tiernos años, ha leído las partes de la Biblia indistintamente!

§ 159. Y puesto que por casualidad he abordado esta cuestión, permítaseme agregar que hay seguramente en la Escritura ciertas partes que son muy propias para ser puestas en manos de los niños para enseñarles a amar la lectura; a este número pertenecen las historias de José y de sus hermanos, de David y de Goliath, de David y Jonathan, etc. Hay otras que deben leer para su instrucción, como esta máxima: «Haced a los demás lo que quisiérais que hicieran con vosotros mismos»; y tantas otras reglas morales, sencillas y claras que, convenientemente escogidas, pueden ser empleadas con frecuencia, sea para la lectura, sea para la instrucción. Que las lean hasta que se les graben profundamente en la memoria; y entonces, cuando su espíritu esté madurado para comprenderlas, que se las representen, en ocasiones convenientes, como las reglas sagradas e inmutables de sus acciones y de su vida. pero leer indiferentemente todas las partes de la Escritura, he aquí lo que me parece fuera de lugar en la primera instrucción del niño, hasta que, habiéndole enseñado lo que contiene de más esencial y más claro, tenga una idea general de lo que debe principalmente creer y practicar. Por otra parte, es en los términos mismos de la escritura en los que conviene enseñarles las cosas, y no en las paráfrasis que hombres preocupados por el espíritu de sistema y por vanas analogías, pueden ser tentados a emplear en este caso y a imponerlos como artículo de fe. Para escapar a este inconveniente, el doctor Worthington ha compuesto un catecismo en el que todas las respuestas están hechas en los mismos términos de la Escritura. Es un buen ejemplo el que ha dado, y en su trabajo tienen las palabras tal precisión, que no puede haber cristiano que quiera sustraerse al deber de hacerlo aprender a su hijo. Desde que el niño sepa la plegaria dominical, el Credo y los diez mandamientos, será preciso hacerle cada día, o cada semana, una de las preguntas del catecismo, según que sea más o menos capaz de comprenderla y de retenerla.

Cuando sepa perfectamente de memoria este catecismo, de manera que responda rápida y cabalmente a todas las cuestiones en él contenidas, convendrá enseñarle los demás preceptos morales sembrados aquí y allá en la Biblia. Este será para su memoria el mejor de los ejercicios; serán también reglas que deberán guiarle siempre, y que tendrá siempre a la mano para la conducta entera de su vida.

La escritura

§ 160. Cuando sepa leer el niño bien el inglés, es tiempo de que aprenda a escribir [3]. Y aquí la primera cosa que hay que enseñarle es a coger bien la pluma. Es preciso hasta exigir que haga esto perfectamente antes de permitirle trazar ningún signo sobre el papel, porque no solamente los niños, sino todas las personas que quieran hacer bien una cosa, no deben hacer demasiado a la vez ni pretender perfeccionarse al mismo tiempo en las dos partes de una acción cuando es posible separarlas. Pienso que la costumbre italiana, que es tener la pluma entre el pulgar y el índice solamente, es la mejor de todas. Pero sobre este punto podéis consultar algún buen maestro de escritura o alguna otra persona que escriba bien y pronto. Cuando el niño sabe coger bien la pluma, el segundo grado es enseñarle cómo debe colocar el papel y mantener el brazo y el resto del cuerpo. Una vez adquiridas estas prácticas, el modo de enseñar al niño a escribir sin demasiado esfuerzo, es tener una plancha sobre la que estén grabadas las letras en el carácter que más os guste, a condición, sin embargo, no lo olvidéis, de que este carácter sea un poco más grueso que aquél del que el niño

[3] Aunque sea un lugar común en la pedagogía moderna, será conveniente recordar, con COMPAYRÉ, que no es necesario que el niño sepa leer perfectamente para comenzar las lecciones de escritura. Bajo el nombre de escritura-lectura, se designa hoy el método de enseñanza simultánea de las dos cosas; y este método, practicado desde el final del siglo XVIII por algunos innovadores, gana rápidamente terreno. Pero LOCKE obedecía aquí a los hábitos de su tiempo. No se permitía entonces abordar el estudio de la escritura sino cuando se había pasado por todos los grados de la lectura. «Es necesario, dice LA SALLE, que los escolares sepan leer perfectamente, tanto el francés como el latín, antes de enseñarles a escribir». (*Conduite des Ecoles chrétiennes*, 1722)

se sirva ordinariamente al escribir. En efecto: se llega bien, por grados, a escribir con un carácter más fino que aquél que se había aprendido en un principio a formar; pero nunca a escribir con un carácter más grueso. De esta plancha así grabada, tirar muchos ejemplares con tinta roja sobre un buen papel de escribir, de modo que el niño no tenga más que repasar estos caracteres con una buena pluma mojada en tinta negra. Así se acostumbrará pronto su mano a trazar estos caracteres si se tiene cuidado de mostrarles primeramente por dónde debe comenzar y cómo se forma cada letra. Cuando sepa hacer bien esto, será preciso ejercitarle en escribir sobre un buen papel blanco, y de esta manera llegará pronto a escribir con el carácter que queráis.

Del dibujo

§ 161. Cuando el niño escriba bien y rápidamente, creo que será oportuno, no solo continuar ejercitándole la mano con la escritura, sino también llevar más lejos su habilidad enseñándole el dibujo [4]. Esto es cosa muy útil para un caballero en muchas ocasiones, pero sobre todo cuando viaja; el dibujo le permitirá, en efecto, expresar en algunos rasgos bien combinados lo que no podría representar y hacer inteligible, aun cubriendo con su escritura toda una hoja de papel. ¡De cuántos monumentos, máquinas y trajes, puede un viajero transmitir la idea, gracias a un talento aun mediocre en el arte del dibujo, mientras que todos estos recuerdos corren el peligro, frecuentemente, de perderse, o al menos, de alterarse, si se conforma con describirlos mediante palabra, por muy exacta que sea la descripción! No intento con esto aconsejaros que hagáis de vuestro hijo un pintor consumado, porque para llegar en este arte aun a la mediocridad, sería preciso más tiempo del que un caballero puede sustraer a otras ocupaciones más serias. Pero creo que puede, en muy poco tiempo, adquirir en el arte de la perspectiva y del dibujo, todo lo necesario para representar pasablemente en el papel, todos los objetos que ve, a excepción de las figuras, sobre todo si tiene alguna aptitud natural favorable. Dondequiera que falta este talento, vale más, a menos de que se trate de estu-

[4] COSTE tradujo equivocadamente por la palabra francesa *peinture*, la inglesa *drawing*, dibujo. LOCKE hablará de la pintura más lejos.

dios absolutamente necesarios, dejar tranquilo al niño, que atormentarle inútilmente. Para el dibujo, como para todas las cosas que no son absolutamente necesarias, la regla es *Nil invita Minerva.*

De la estenografía

La estenografía, que, por lo que he oído decir, es un arte solamente en Inglaterra [3], merece, quizás, ser enseñado a los niños. Por él podrán escribir a la vez rápidamente todo lo que no quieran olvidar, y ocultar lo que no les convenga divulgar entre los demás. Cuando se han aprendido, en efecto, las reglas generales de este arte, se puede a voluntad variar los procedimientos para uso propio, e introducir en ellos abreviaturas más adecuadas al uso que se persigue. El método de M. Rich es el mejor imaginado de cuantos conozco; pero creo que cualquiera que conociera y aplicara bien las reglas de la gramática, no le costaría trabajo hacerlo todavía más expeditivo y más fácil. No es, por otra parte, necesario apresurarse a enseñar al niño esta manera expeditiva de escribir. Bastará hacerlo cuando se presente para ello una ocasión favorable y cuando su mano esté habituada, durante algún tiempo, a escribir de un modo corriente y con buenos caracteres. Los jóvenes no tienen necesidad de la estenografía, y es, por otra parte, indispensable que no hagan uso de ella sino cuando sepan perfectamente escribir y sus manos estén acostumbradas a la escritura.

---

[3] Esta es una equivocación. El arte de escribir abreviadamente fue ya conocido lo mismo de los griegos que de los romanos. La invención de la estenografía entre los griegos se atribuye generalmente a JENOFONTE, el historiador; pero se ha dicho que el arte fue practicado primero por PITÁGORAS, y que el poeta ENNIO fue el primero que adoptó un sistema para escribir rápidamente y poder seguir a un orador. Hay también escritores que atribuyen el invento a CICERÓN, y es indudable que lo usó éste por su brevedad y secreto... El primer tratado inglés de estenografía fue publicado en 1588 por el doctor TIMOTHY BRIGHT, cuyo sistema consistía en el empleo de un signo arbitrario para cada palabra. Hasta 1602 no fue ideado todo un alfabeto de abreviaturas por JOHN WILLIS, en un libro titulado *The art of Stenographie or Short-Writing by Spelling Characteric.* Este alfabeto, muy difícil y complejo, fue pronto mejorado por otros. (R. C. D.)

De las lenguas extranjeras

§ 162. Cuando el niño sabe hablar su lengua materna, es tiempo de enseñarle alguna otra lengua. Entre nosotros nadie duda que es el francés el que es preciso escoger. La razón es que en nuestro país estamos generalmente familiarizados con el verdadero método que conviene para enseñar esta lengua, y que consiste en hablarla con los niños, siempre que se conversa con ellos, sin hacer intervenir las reglas gramaticales. Se podría enseñar fácilmente la lengua latina por los mismos procedimientos, si el maestro, permaneciendo constantemente con el niño, no le hablase sino en latín y le obligase a responder en latín. Pero como el francés es una lengua viva que sirve mucho en la conversación, por ella es preciso comenzar a fin de que los órganos de la palabra, entonces que son todavía muy flexibles, puedan ser adiestrados para modular los sonidos de esta lengua y se habitúen a pronunciar bien el francés, cosa que se hace más difícil mientras más se difiere.

El latín

§ 163. Cuando el niño sabe hablar y leer bien el francés, resultado que puede alcanzarse por este método en uno o dos años, es preciso aplicarlo al latín, y puede sorprender que los padres, que han visto por experiencia cómo se enseña el francés, no sepán comprender que se debe enseñar el latín de la misma manera; es decir, hablándolo y leyéndolo. Es preciso tener cuidado solamente con que el niño, mientras aprende las lenguas extranjeras hablándolas y no leyendo con el preceptor sino obras escritas en estas lenguas, no llegue a olvidar leer el inglés, inconveniente que su madre, o cualquier otra persona, prevendrá haciéndole leer cada día algún trozo escogido de la Escritura o de algún otro libro inglés.

§ 164. Considero el latín como absolutamente necesario en la educación de un caballero. La moda, que reina en todas las cosas, ha hecho de él una parte tan integrante de la educación, que obliga a estudiarlo a golpes de látigo, consagrándole muchas horas de un tiempo precioso, aun los niños que una vez salidos de la escuela, no tendrán nada que ver con el latín durante el resto de su vida. Quizás no haya nada más ridículo que ver a un padre gastar su dinero, y el tiempo de su hijo, para hacerle aprender la lengua de los romanos cuando le destina al comercio o a una profesión en

la que no se hace ningún uso del latín; no puede dejar de olvidar lo poco que ha aprendido en el colegio, y que nueve veces, de diez, le inspiró repugnancia a causa de los malos tratos que le ha valido este estudio. ¿Podría imaginarse, si no encontrásemos a cada instante ejemplos entre nosotros, que se obligase a un niño a aprender los elementos de una lengua, de la que no tendrá nunca que servirse en el porvenir, y a olvidar durante este tiempo conocimientos que son del mayor precio en todas las condiciones de la vida, que hasta son absolutamente necesarios en la mayor parte de las profesiones: una buena letra y el arte de llevar sus cuentas? Pero aun cuando estos conocimientos indispensables para el negocio, para el comercio y para los asuntos de la vida, no sean nunca, o rara vez, adquiridos en los colegios, a ellos son, sin embargo, enviados, no solamente los hijos menores destinados al comercio, sino también los hijos de negociantes y agricultores, aun cuando sus padres no tengan ni la intención ni medios para hacerlos letrados. Si les preguntáis por qué lo hacen así esto, les parecerá una pregunta tan extraña como si les preguntárais por qué van a la iglesia. La costumbre hace las veces de la razón, y para los que la creen razonable ha consagrado también este uso que ellos la observan así como una ley religiosa; esclavizan a ella sus hijos como si, para recibir una educación ortodoxa, fuese necesario haber estudiado la gramática de Lilly.

§ 165. Pero dejemos a un lado la cuestión de averiguar si el latín es necesario solamente para algunos niños, y si se cree equivocadamente, que también lo sea para aquellos que no tienen ocasión de servirse de él. De todos modos, el método que se sigue de ordinario en los colegios para enseñarlo es tal, que, después de reflexionado, no puedo resolverme a recomendarlo. Las razones para recomendarlo son tan evidentes, tan apremiantes, que ya han decidido a algunos padres inteligentes a romper con la rutina, no sin éxito, aun cuando el método que hayan empleado no sea precisamente el que yo me represento como más fácil, y que se reduciría a esto: «no embarazar al niño con ninguna especie de gramática, sino hacerle hablar en latín, simplemente, como se hace con el inglés, sin abrumarlo de reglas. Si reflexionáis en ello, en efecto, el latín no es más extraño al niño que acaba de nacer, que el inglés»; ahora bien; aprende el inglés sin maestro, sin reglas, sin gramática. Igualmente aprendería el latín como el mismo Cicerón, si tuviese siempre cerca de él alguien que le hablase en esta lengua. Puesto que comprobamos frecuentemente que le basta a una institutriz

francesa un año o dos para enseñar a nuestras niñas pequeñas a hablar y a leer perfectamente el francés, y éstos sin reglas ni gramática, únicamente hablando con ellas, no puede dejar de sorprenderme que los padres desdeñen el emplear con sus hijos el mismo método, y que los juzguen menos capaces, menos inteligentes que sus hermanos.

§ 166. Si, pues, podéis encontrar un hombre que, hablando bien el latín, permanezca siempre cerca de vuestro hijo y converse constantemente con él en este idioma, sin permitir ni conversación ni lectura que no sea el latín, este sería el verdadero método. Yo lo recomiendo, no solamente como el más fácil y el más eficaz, porque de esta manera podrá un niño, sin esfuerzo y sin desagrado, adquirir el conocimiento de una lengua que los demás niños no aprenden de ordinario sino a fuerza de golpes y al precio de seis o siete años de colegio, sino que lo recomiendo también porque, siguiéndolo, puede el niño formar al mismo tiempo su espíritu y sus maneras, y hacer progresos en muchas ciencias, tales como la Geografía, la Astronomía, la Cronología, la Anatomía, sin contar con ciertas partes de la Historia, y, en general, todos los conocimientos concretos que caen bajo el dominio de los sentidos y no exigen otra facultad que la memoria. Por ellos, en efecto, debería comenzar la instrucción si se tuviera la preocupación de seguir el buen camino; en estos estudios de cosas es preciso echar las bases de la educación, y no en estas nociones abstractas de Lógica y de Metafísica, que son más propias para divertir que para formar la inteligencia, al menos en su primer esfuerzo hacia el conocimiento. Cuando los jóvenes se han fatigado algún tiempo el cerebro en seguir estas especulaciones abstractas, sin éxito y sin progresos, o, al menos, sin encontrar el provecho que esperaban, estarán muy dispuestos a menospreciar la ciencia o sus propias fuerzas; y entonces se ven tentados a dar de lado a sus estudios, a renunciar a los libros que no contienen, a su juicio, sino palabras difíciles y sonidos vacíos de sentido, o, al menos, deducir que los libros encierran conocimientos reales que no tienen ellos inteligencia suficiente para comprender. Que las cosas pasen así es lo que puedo afirmaros por propia experiencia. Entre otros conocimientos que es posible inculcar a un joven según este método, mientras que los demás niños están enteramente absorbidos por el estudio del Latín y de las lenguas, debo contar también la Geometría, porque yo he conocido a un joven educado de esta manera, que era capaz de demostrar muchas proposiciones de Euclides, aun cuando no tenía más que trece años;

§ 167. Pero si no podéis encontrar tal hombre que hable bien el latín y que esté en condiciones de enseñar a vuestro hijo todos los conocimientos de que he hablado, y que pueda, en fin, educarlo según el método que he indicado, lo mejor será seguir el método que más se le aproxime; es decir, tomar un libro fácil y agradable, por ejemplo, las *Fábulas* de Esopo, y escribir en dos líneas, la una sobre la otra, de una parte la traducción inglesa, tan literal como sea posible y de otra parte la traducción latina. Haced leer al niño todos los días esta traducción, insistiendo en ella muchas veces hasta que comprenda perfectamente el sentido de las palabras latinas; pasad enseguida a otra fábula hasta que la domine también perfectamente sin olvidar volver a la ya aprendida, a fin de refescarle la memoria. Cuando de su lección de escritura, dadle a copiar estas traducciones, de suerte que, al mismo tiempo que ejercita su mano, haga progresos en el conocimiento de la lengua latina. Como este método sería más perfecto que el que consistiría en hablarle latín, sería necesario enseñarle de memoria, primero, la formación de los verbos; después, las declinaciones de los nombres y de los pronombres, y ayudarle así a familiarizarse con el espíritu y los usos de la lengua latina, la cual, para marcar las diversas significaciones de los verbos y de los nombres, recurre, no como las lenguas modernas a partículas y a prefijos, sino a terminaciones diferentes de las palabras. Esto es todo lo que necesitan de Gramática, a mi juicio, hasta el momento en que puedan leer la *Minerva* de Sanctius con las notas de Sioppius y de Périzonius [6]. Otra regla que creo debe observarse en la instrucción de los niños, es la de no embarazarlos más, si encuentran alguna dificultad, obligándoles a vencer la dificultad por sí mismos. Por ejemplo, no ponerles cuestiones como ésta, a propósito de la frase que están construyendo: «¿cuál es el caso nominativo?» No preguntarles lo que significa *auferre*, para llevarlos a comprender el sentido de *abstulere*, etc., cuan-

[6] La *Minerva de Sanctius*, que apareció en 1587, en Salamanca, es una gramática latina notable para la época en que fue escrita, y su éxito fue duradero. Su autor, Sánchez o Santius, enseñaba griego y retórica en la universidad de Salamanca. El título exacto de esta gramática es: *Minerva seu de causis lingua latinae*. SIOPPIUS, filólogo alemán (1576-1649) y PÉRIZONIUS, profesor de Historia y de Elocuencia en Francfort (1651-1715), publicaron, uno y otro, ediciones corregidas y aumentadas de la *Minerva de Sanctius*. La de PÉRIZONIUS, que data de 1687, acababa de aparecer en la época en que escribía LOCKE.

francesa un año o dos para enseñar a nuestras niñas pequeñas a hablar y a leer perfectamente el francés, y éstos sin reglas ni gramática, únicamente hablando con ellas, no puede dejar de sorprenderme que los padres desdeñen el emplear con sus hijos el mismo método, y que los juzguen menos capaces, menos inteligentes que sus hermanos.

§ 166. Si, pues, podéis encontrar un hombre que, hablando bien el latín, permanezca siempre cerca de vuestro hijo y converse constantemente con él en este idioma, sin permitir ni conversación ni lectura que no sea el latín, este sería el verdadero método. Yo lo recomiendo, no solamente como el más fácil y el más eficaz, porque de esta manera podrá un niño, sin esfuerzo y sin desagrado, adquirir el conocimiento de una lengua que los demás niños no aprenden de ordinario sino a fuerza de golpes y al precio de seis o siete años de colegio, sino que lo recomiendo también porque, siguiéndolo, puede el niño formar al mismo tiempo su espíritu y sus maneras, y hacer progresos en muchas ciencias, tales como la Geografía, la Astronomía, la Cronología, la Anatomía, sin contar con ciertas partes de la Historia, y, en general, todos los conocimientos concretos que caen bajo el dominio de los sentidos y no exigen otra facultad que la memoria. Por ellos, en efecto, debería comenzar la instrucción si se tuviera la preocupación de seguir el buen camino; en estos estudios de cosas es preciso echar las bases de la educación, y no en estas nociones abstractas de Lógica y de Metafísica, que son más propias para divertir que para formar la inteligencia, al menos en su primer esfuerzo hacia el conocimiento. Cuando los jóvenes se han fatigado algún tiempo el cerebro en seguir estas especulaciones abstractas, sin éxito y sin progresos, o, al menos, sin encontrar el provecho que esperaban, estarán muy dispuestos a menospreciar la ciencia o sus propias fuerzas; y entonces se ven tentados a dar de lado a sus estudios, a renunciar a los libros que no contienen, a su juicio, sino palabras difíciles y sonidos vacíos de sentido, o, al menos, deducir que los libros encierran conocimientos reales que no tienen ellos inteligencia suficiente para comprender. Que las cosas pasen así es lo que puedo afirmaros por propia experiencia. Entre otros conocimientos que es posible inculcar a un joven según este método, mientras que los demás niños están enteramente absorbidos por el estudio del Latín y de las lenguas, debo contar también la Geometría, porque yo he conocido a un joven educado de esta manera, que era capaz de demostrar muchas proposiciones de Euclides, aun cuando no tenía más que trece años.

§ 167. Pero si no podéis encontrar tal hombre que hable bien el latín y que esté en condiciones de enseñar a vuestro hijo todos los conocimientos de que he hablado, y que pueda, en fin, educarlo según el método que he indicado, lo mejor será seguir el método que más se le aproxime; es decir, tomar un libro fácil y agradable, por ejemplo, las *Fábulas* de Esopo, y escribir en dos líneas, la una sobre la otra, de una parte la traducción inglesa, tan literal como sea posible y de otra parte la traducción latina. Haced leer al niño todos los días esta traducción, insistiendo en ella muchas veces hasta que comprenda perfectamente el sentido de las palabras latinas; pasad enseguida a otra fábula hasta que la domine también perfectamente sin olvidar volver a la ya aprendida, a fin de refrescarle la memoria. Cuando de su lección de escritura, dadle a copiar estas traducciones, de suerte que, al mismo tiempo que ejercita su mano, haga progresos en el conocimiento de la lengua latina. Como este método sería más perfecto que el que consistiría en hablarle latín, sería necesario enseñarle de memoria, primero, la formación de los verbos; después, las declinaciones de los nombres y de los pronombres, y ayudarle así a familiarizarse con el espíritu y los usos de la lengua latina, la cual, para marcar las diversas significaciones de los verbos y de los nombres, recurre, no como las lenguas modernas a partículas y a prefijos, sino a terminaciones diferentes de las palabras. Esto es todo lo que necesitan de Gramática, a mi juicio, hasta el momento en que puedan leer la *Minerva* de Sanctius con las notas de Sioppius y de Périzonius [6]. Otra regla que creo debe observarse en la instrucción de los niños, es la de no embarazarlos más, si encuentran alguna dificultad, obligándoles a vencer la dificultad por sí mismos. Por ejemplo, no ponerles cuestiones como ésta, a propósito de la frase que están construyendo: «¿cuál es el caso nominativo?» No preguntarles lo que significa *aufer*, para llevarlos a comprender el sentido de *abstulere*, etc., cuan-

[6] La *Minerva de Sanctius*, que apareció en 1587, en Salamanca, es una gramática latina notable para la época en que fue escrita, y su éxito fue duradero. Su autor, Sánchez o Santius, enseñaba griego y retórica en la universidad de Salamanca. El título exacto de esta gramática es: *Minerva seu de causis lingua latinae*. SIOPPIUS, filólogo alemán (1576-1649) y PÉRIZONIUS, profesor de Historia y de Elocuencia en Francfort (1651-1715), publicaron, uno y otro, ediciones corregidas y aumentadas de la *Minerva de Sanctius*: La de PÉRIZONIUS, que data de 1687, acababa de aparecer en la época en que escribía LOCKE.

do no están todavía en situación de comprender sin esfuerzo. Es hacerles perder el tiempo y perturbarlos al mismo tiempo, porque cuando los niños están en disposición de estudiar y se aplican al trabajo con toda la fuerza de su atención, es preciso tener cuidado de conservarles de buen humor, es preciso hacerles el estudio fácil y tan agradable como sea posible. Por eso, si les ocurre el verse detenidos por una dificultad y quieren ir más lejos, ayudarles inmediatamente a vencerla sin rechazarlos ni reñirles. Recordad que los procedimientos más severos, cuando se les emplea, testifican solamente el orgullo o el mal humor de un maestro que exige que los niños comprendan las cosas al instante y tan bien como él, en vez de considerar que su misión es proporcionarle buenos hábitos, y no inculcarles con cólera reglas que sirvan de poco en la conducta de la vida y que, sobre todo, no sirven de nada a los niños, puesto que éstos las olvidan tan pronto como las aprenden. En las ciencias en que se trata de ejercitar la razón, no niego que se pueda algunas veces cambiar algo de este método y proponer al niño dificultades, a fin de ejercitar su actitud y acostumbrar el espíritu a desplegar sus propias fuerzas y la sagacidad de su razonamiento. Pero creo que no hay que proceder así con los niños mientras son muy jóvenes y cuando abordan por primera vez un orden nuevo de conocimientos; en este caso, en efecto, es ya difícil por sí mismo, y el gran arte, la habilidad del maestro, es hacer todas las cosas lo más fáciles posible. Ahora bien: el estudio de las lenguas es de los que ofrecen menos ocasiones de embarazar a los niños. Las lenguas, en efecto, se aprenden por rutina, por el hábito, por la memoria, y no se las habla perfectamente bien sino cuando se han olvidado completamente las reglas de la Gramática. Reconozco que es preciso algunas veces estudiar con gran cuidado la gramática de una lengua, pero esto no conviene sino a hombres hechos que quieren comprender una lengua como filósofos y como críticos; pero esto es ya cuestión sólo de eruditos. En cuanto a un caballero, supongo que se reconocerá que si debe estudiar a fondo un idioma, debe ser el de su país, a fin de que pueda darse cuenta con una exactitud perfecta de la lengua de que se sirve constantemente. Hay otra razón para que los profesores y los maestros no multipliquen las dificultades ante el paso de sus alumnos, y para que, por el contrario, le faciliten el camino y les ayuden a vencer los obstáculos. El espíritu de los niños es débil, estrecho, y no puede contener, en general, más que una idea a la vez. Todo lo que ocupa el espíritu de los niños los absorbe enteramente durante algún tiempo, sobre todo

si la apasión se mezcla en ello. Corresponde, pues, a la habilidad y al arte del profesor desembarazar su cerebro de todo otro pensamiento antes de ofrecerle alguna cosa que estudiar, y preparar el terreno para los conocimientos que quiera comunicarle a fin de que sean recibidos por un espíritu atento y aplicado. Si no se llena esta condición, no dejarán impresión ninguna. La naturaleza de los niños les dispone a dejar flotar sus pensamientos. La novedad es lo único que les agrada; toda cosa nueva que se le ofrece quieren gozarla inmediatamente; pero se fatigan también pronto. Se cansan pronto de una misma ocupación, y el placer consiste para ellos, casi exclusivamente, en el cambio y la variedad. Es, pues, contrariar evidentemente las disposiciones naturales de la infancia el querer fijar sus pensamientos errantes. Que sea esto el efecto del estado del cerebro o de la inconstancia y movilidad de los espíritus, sobre los cuales la inteligencia no ejerce un imperio absoluto todavía, es lo cierto, en todo caso, que es cosa penosa para que el niño mantenga fijo su pensamiento sobre un mismo objeto. Una atención prolongada es la tarea más dura que se les puede imponer, y, por consiguiente, si se quiere exigir de él que aplique su espíritu, es preciso esforzarse por hacer todo lo agradable posible el estudio que se le propone; al menos es preciso precaverse de que no se mezcle con él ninguna idea desagradable o temerosa. Si no tiene ninguna afición a coger los libros y no encuentra en ello ningún placer, no debe extrañar que sus pensamientos tiendan constantemente a desviarse de un estudio que les desagrada, y que procuren distraerse refiriéndose a objetos más agradables, alrededor de los cuales no puede impedir rodar su imaginación.

Yo sé que el recurrir a las reprensiones y a los castigos constituye un método familiar a los preceptores para procurar obtener la atención de los alumnos y fijar su espíritu sobre lo que enseñan, cuando les sorprenden en notorio delito de distracción. Pero tales procedimientos producen necesariamente el efecto contrario. Los golpes y las palabras violentas del preceptor, llenan de terror y de espanto el espíritu de los niños, y estos pensamientos se apoderan de su espíritu enteramente y no dejan lugar a otras impresiones. Estoy seguro de que todos mis lectores recordarán el desorden que causaba en su espíritu las palabras vivas o imperiosas de sus padres o de sus maestros, y como estaban tan turbados, que, durante muchos minutos, apenas podían comprender lo que se les decía o lo que decían ellos mismos. Perdían por un momento la visión del objeto que les ocupaba; su espíritu se llenaba de desorden y de con-

fusión, y en este estado no eran capaces de prestar atención a nada.

Sin duda, que los padres y los preceptores deben dar por base a su autoridad los sentimientos de temor que inspiran a sus hijos o a sus alumnos y gobernarlos por él. Pero, cuando han adquirido algún ascendiente sobre ellos, conviene que no le utilicen, sino con gran consideración, y que no se transformen en espantapájaros que hagan temblar a los niños a su vista. Este rigor podrá hacer el gobierno más fácil a los maestros; pero es muy poco útil para los niños. Es imposible que aprendan nada cuando sus pensamientos están dominados y perturbados por alguna pasión, especialmente por el temor, que, más que ningún otro sentimiento, hace una profunda impresión sobre sus espíritus débiles y tiernos. Mantened el espíritu del niño en un estado de calma y de paz si queréis que aproveche vuestras instrucciones y que adquiera nuevos conocimientos. No es menos imposible trazar caracteres regulares en un espíritu inquieto que en un papel que se agita.

El gran arte del profesor es el de obtener y conservar la atención de su alumno; con ella es seguro llegar tan lejos como lo permitan las aptitudes del escolar; sin ella será inútil esforzarse y lamentarse; no se obtendrá nada o muy poca cosa. Para recabar la atención se debe hacer comprender al niño (hasta donde es posible) la utilidad de lo que se le enseña, y probarle, mediante los progresos que ha hecho, que puede hacer ya lo que no podía hacer antes, que ha adquirido una ciencia que le asegura alguna autoridad y ventajas positivas sobre los que están todavía en la ignorancia. A esto es preciso añadir mucha dulzura en todas las instrucciones; es preciso, por una cierta ternura manifestada en toda la conducta, hacer comprender al niño que se le ama que no se tiene por fin más que su bien. Es el único medio de ganar la afección del niño, afección que le estimulará a escuchar las lecciones de su maestro y a amar lo que él le enseñe.

Sólo la perversidad testaruda ha de castigarse con un tratamiento imperioso y duro. Las demás faltas debéis corregirlas con una mano dulce. Las palabras amables y confortables producirán sobre una buena naturaleza un efecto mejor y más seguro, y aun evitarán, con la mayor frecuencia, la perversidad que una disciplina autoritaria y rigurosa tiene por efecto engendrar a veces aun en los espíritus bien dispuestos y generosos. Sí, la obstinación y las faltas voluntarias deben ser reprimidas, cueste lo que cueste, y aun mediante los golpes si es necesario. Pero yo me inclino a creer que la perversidad en el alumno no es con frecuencia sino el resultado del mal

humor en el maestro, y que la mayor parte de los niños merecerían raras veces ser golpeados si una severidad inútil y fuera de lugar no hubiera desenvuelto sus malos sentimientos inspirándoles una secreta aversión por el maestro y por todo lo que de él procede.

El aturdimiento, la distracción, la inconstancia y la movilidad del pensamiento, he aquí los defectos naturales de la infancia. Por consiguiente, cuando no ponen en ello intención es preciso no hablarles sino con dulzura y contar con el tiempo para triunfar de estos defectos. Si cada falta de esta especie provocase una explosión de cólera y de reprimendas, las ocasiones de castigar y de reñir serían tan frecuentes, que el preceptor sería un objeto de terror y de emoción para sus alumnos; y esto le bastaría para impedirle aprovechar sus lecciones, para neutralizar todo el efecto de su enseñanza.

Es preciso, pues, que el maestro temple el temor que les inspira mediante constantes muestras de ternura y de piedad, a fin de que la afección les excite a cumplir su deber y a encontrar una satisfacción en la obediencia a sus dictados. Esto les aproximará con satisfacción a su preceptor; le escucharán como a un amigo que se esfuerza por hacerles bien. Todo el tiempo que permanezcan con él estará su espíritu libre y sereno, disposición necesaria para que pueda adquirir nuevos conocimientos y para recibir esas fuertes y durables impresiones, sin las cuales todo lo que hacen ellos y sus maestros será trabajo perdido; será un gran esfuerzo con un débil resultado.

§ 168. Cuando, por la aplicación del método que mezcle el estudio del latín con el del inglés, el niño ha adquirido algún conocimiento de la lengua latina, se le puede llevar entonces un poco más lejos, haciéndole leer algún otro autor latino, por ejemplo, Justino o Eutropio. Para que la lectura y la inteligencia de estos autores le causen el menor fastidio y trabajo posible podéis permitirle, si quiere, ayudarse con la traducción inglesa. No os turbe la objeción de que de esta suerte no sabrá latín sino rutinariamente. Si se reflexiona, en efecto, esta razón, lejos de ser contraria al método que recomendamos para el estudio de las lenguas, está completamente a su favor. Las lenguas, en efecto, no pueden ser aprendidas sino de rutina, y un hombre que no habla el inglés y el latín de rutina, bastante bien, para que, pensando en la cosa que quiere decir encuentre inmediatamente la expresión propia y la construcción conveniente, sin que tenga que reflexionar en las reglas de la gramática, no habla bien estas lenguas, y no se puede decir que las posea. Y yo quisiera que se me demostrase que se puede apren-

der y hablar como es preciso por las reglas de la gramática. Las lenguas no son el producto de las reglas ni del arte, sino que provienen del azar y del uso común del pueblo. Los que hablan bien no siguen otra regla que el uso, y no tienen otra facultad a que referirse más que la memoria y el hábito de hablar del modo aprendido de aquellos que hablan correctamente, lo cual, en otras palabras, es hablar de rutina [7].

Se preguntará, quizás, si la memoria no sirve, a mi juicio, para nada. Los que tanto se han esforzado en reducir las diversas lenguas a reglas y a leyes y han escrito tanto sobre las declinaciones y las conjugaciones, sobre las reglas de la concordancia y sobre la sintaxis, ¿han perdido, entonces, su tiempo y han trabajado inútilmente? No quiero decir esto. La gramática tiene también su misión. Pero yo creo poder afirmar que nos embarazamos más de lo que es necesario, y que no es conveniente para aquellos a quienes se abruma con este estudio, es decir, los niños que tienen la edad de aquellos a quienes se someten a esta prueba en las escuelas de gramática.

Es evidente que basta haber aprendido una lengua de rutina para satisfacer las exigencias del comercio ordinario de la vida y de los negocios comunes. El ejemplo de las damas de alto nacimiento y de las personas que han vivido en la buena sociedad, nos prueba que este método, sencillo y natural, que prescinde del estudio o del conocimiento de la gramática, puede conducir a un alto grado de elegancia y urbanidad. Las damas que no entienden nada del tiempo y de los modos, de los participios, de los adverbios y de las preposiciones, hablan tan pura y tan correctamente como la mayor parte de los caballeros que han sido educados según los métodos ordinarios de las escuelas de gramática [8] (pudiera tomarse co-

[7] Así dice ASCHAM: «Todas las lenguas, lo mismo las aprendidas que la lengua materna, son adquiridas, y adquiridas solamente por imitación. Porque nosotros acostumbramos a hablar del modo que nos acostumbramos a oír, si no oímos a otro, no hablamos, y sólo aprendemos de aquéllos que oímos». Pero es un error suponer que el aprendizaje de una lengua sea sólo una tarea de la memoria. También hay que recurrir a la razón. (R. C. D.)

[8] Aún se llaman escuelas de gramática en Inglaterra a las escuelas antiguas, en las que el latín y el griego forman la base de los estudios. En España, donde fueron muy numerosas, han desaparecido, absorbidas por los Institutos de segunda enseñanza.

mo un cumplimiento decir que como un maestro de escuela). Vemos, pues, que se puede en ciertos casos prescindir del estudio de la gramática. Se trata, por consiguiente, de saber a quién es preciso enseñar la gramática y a qué edad. A estas preguntas respondería:

1.° Hay hombres que estudian las lenguas para el comercio ordinario de la sociedad, para la comunicación de sus pensamientos en la vida común, sin tener el designio de hacerlas servir para otros usos. Desde este punto de vista el método natural, que consiste en aprender una lengua por el uso, no solamente basta, sino que debe ser preferido a todo otro, porque es el más corto y el más sencillo. Se puede, pues, responder que para los que no hacen de una lengua sino este empleo, el estudio de la gramática no es necesario. Esto estarán obligados a reconocerlo un gran número de mis lectores, puesto que comprenden lo que digo, puesto que en sus conversaciones comprenden lo que dicen sus interlocutores, aun cuando no hayan estudiado nunca gramática. Y este supongo que es el caso de la mayor parte de los hombres; no sé si habrá uno siquiera que haya aprendido su lengua materna por principios.

2.° Hay otras personas que tienen por asunto principal en este mundo servirse de su lengua y de su pluma. Para éstas es conveniente, si no necesario, que sepan hablar con pureza y corrección, a fin de que puedan hacer penetrar sus pensamientos en el espíritu de los demás hombres con la mayor facilidad y fuerza posible. Para esto, las maneras de hablar que no tienen más cualidad que la de hacerse comprender, no parecen bastar a un caballero. Es preciso, pues, que estudie la gramática, entre otros medios de aprender a hablar bien; pero ésta deba ser la gramática de su propia lengua, de la lengua de que se sirve, a fin de que pueda comprender exactamente los discursos de sus compatriotas y hablar de él mismo con pureza, sin herir los oídos de aquéllos a quienes se dirige con solecismos ni irregularidades desagradables. Para esto es necesaria la gramática, pero, repito, la de nuestra propia lengua, y sólo para aquellos que tienen que esforzarse en cultivar su lengua y perfeccionar su estilo. Someto a la consideración de los demás si todo caballero no pertenece a este número, puesto que la falta de precisión y de exactitud gramatical en el idioma pasa por ser un defecto inconveniente en personas de ese rango, y que expone a los que cometen esas faltas al reproche de haber recibido una educación o frecuentado una compañía indigna de su condición social. Si es así (como yo supongo), debe sorprender que nuestros jóvenes estén obligados a aprender la gramática de las lenguas muertas y de

las lenguas extranjeras, y que no se les hable nunca de la gramática de su propia lengua. No saben siquiera que haya una gramática inglesa: ni siquiera saben que haya tal cosa; mucho menos que tengan la obligación de aprender sus reglas. Jamás se les propone la lengua materna con digna de su cuidado y de su estudio, aun cuando se sirvan de ella todos los días, y más de una vez en su vida estén expuestos a ser juzgados según su habilidad o torpeza para expresarse en este idioma. Sin embargo, se les hace emplear mucho tiempo en aprender las gramáticas de lenguas de las cuales no tendrán, probablemente, que servirse más que una vez, ni para hablarlas ni para escribirlas, sin contar que si, por azar, ocurriese esto se les perdonarían fácilmente los errores o las faltas que pudieran cometer. Un chino a quien se informase de este método de educación estaría, sin duda, dispuesto a imaginarse que todos nuestros jóvenes estaban destinados a ser profesores de lenguas muertas y de lenguas extranjeras, y a no a ser hombres de negocios en su propio país.

3.° Hay una tercera categoría de gentes que se aplican a dos o tres lenguas extranjeras muertas, sabias (como se las llama entre nosotros), y que las toman como objetos de estudio, y que se vanaglorian de conocerlas a fondo. Es indudable que, los que se proponen el estudio de una lengua desde este punto de vista, y que quieren profundizarla críticamente, deben estudiar con cuidado la gramática de esta lengua. Yo no quisiera que se interpretaran mal mis palabras y que se me acusase de menospreciar el griego o el latín. Reconozco que son lenguas excelentes y de una gran utilidad; reconozco que en esta parte habitada del mundo no puede considerarse un hombre entre los instruídos si le son extrañas. Pero todos los conocimientos que un caballero debe recoger para su uso entre los escritores griegos y latinos, creo yo que puede obtenerlos sin estudiar las gramáticas de estas lecturas; creo que por la mera lectura llegará a comprender estos autores tanto como sea necesario. Si debe más tarde, y en ciertas ocasiones, ir más lejos; si debe profundizar en la gramática y en los matices de una de estas lenguas, esto es cosa que decidirá él mismo, cuando tenga que estudiar una cuestión que exige este conocimiento. Pero llegamos así a la segunda parte de la cuestión. ¿En qué tiempo debe enseñarse la gramática? Según los principios ya expuestos, la respuesta es clara.

Si debe enseñarse la gramática de una lengua, es a los que saben ya hablar esta lengua, porque de otro modo ¿cómo se podrían enseñársela? Esto resulta evidente de la práctica usada entre los pueblos sabios y civilizados de la antigüedad. Hacían de la gramática

una parte de la educación para estudiar su propia lengua, y no las lenguas extranjeras. Los griegos consideraban como bárbaras a todas las demás naciones, y despreciaban sus lenguas. Y, aun cuando las letras griegas gozaban de gran estimación entre los romanos, hacia el final de la República, la lengua romana era, sin embargo, la que estudiaban; se les instruía y ejercitaba en la lengua que estaban obligados a utilizar.

Pero para estudiar con más precisión la época conveniente para el estudio de la gramática, yo diría que no es razonable hacer otra cosa que una introducción al estudio de la retórica. Cuando se cree llegado el momento de ejercitar a un joven en pulir su lenguaje y en hablar con más pureza que las gentes incultas, entonces es el momento de instruirlos en las reglas de la gramática, y no antes. La gramática, en efecto, enseña, a no hablar, sino a hablar correctamente y según las reglas exactas de la lengua. Esta corrección es un elemento de la elegancia del idioma; pero cuando se tiene más necesidad de una, es evidente que la otra es inútil. En otros términos: donde la retórica no es necesaria, puede prescindirse de la gramática. No sé por qué se iba a perder el tiempo y a fatigar el cerebro en aprender la gramática latina, cuando no se tiene intención de convertirse en un erudito, o de escribir discursos o cartas en latín. Si alguno se encuentra llevado por la necesidad o la inclinación a profundizar en el estudio de una lengua extranjera y a aprender exactamente todas sus delicadezas, entonces será ocasión de que la estudie desde el punto de vista gramatical. Pero los que tienen solamente por objetivo comprender algunos libros escritos en esta lengua, sin pretender un conocimiento crítico de la lengua misma, conseguirán su objeto con la lectura solamente, como ya he dicho, sin tener necesidad de cargar su memoria con las reglas numerosas y sutiles de la gramática.

§ 169. Para ejercitar en escribir a vuestro hijo, hacedle traducir de tiempo en tiempo un texto latino. Pero como el estudio del latín no es más que un estudio de palabras, cosa desagradable en toda edad, agregadle cuantos conocimientos reales podáis, comenzando por los objetos que hieren más los sentidos; por ejemplo: los minerales, las plantas, y particularmente las maderas de construcción y los árboles frutales, indicando sus usos y la manera de plantarlos; así enseñaréis al niño cosas que no serán inútiles para el hombre. Enseñadle más especialmente todavía la geografía, la astronomía y la anatomía. Pero cualquiera que sea vuestra enseñanza, tened cuidado de no recargarle con demasiadas cosas a la

vez, de no dar importancia a lo que no se refiera directamente a la virtud, de no castigarlo por lo que no sea un vicio o una disposición viciosa.

§ 170. Si, después de todo, el destino de vuestro hijo es el de ir al colegio para aprender en él el latín, es inútil deciros cuál sea, a mi juicio, el menor método a seguir en las escuelas; tenéis, en efecto, que resignaros con los métodos que allí se usen, y no podéis esperar que se les modifique para vuestro hijo. Sin embargo, procurad, si podéis, que no se les ocupe, al menos, en escribir disertaciones latinas, y, sobre todo, versos de cualquier especie que sea. Indicad con insistencia, si tenéis alguna probabilidad del éxito, que no tenéis intención de hacer de él un orador o un poeta latino; que deseáis simplemente que pueda comprender perfectamente a un autor latino. Agregad que no habéis visto jamás a los profesores de lengua modernas, ni aun los más hábiles, obligar a sus alumnos a componer discursos o versos en francés o en italiano, siendo su objeto enseñar la lengua y no la invención.

Las disertaciones

§ 171. Pero expliquemos un poco más extensamente por qué no se puede, a mi juicio, hacer componer al niño disertaciones y versos. 1.° Para las disertaciones, se pretende, le confieso, que tienen alguna utilidad, porque enseñan a hablar con convivencia y elegancia sobre todas las materias; esto sería, lo declaro, una gran ventaja, si fuese cierto que pudiera adquirirse por este medio. No hay nada, en efecto, que convenga más a un caballero, ni que le sea más útil en todas las circunstancias de la vida, que saber en toda ocasión hablar bien y oportunamente. Pero entiendo que hacer disertaciones según el método de los colegios, no aprovecha una jota para este propósito. Considerad, en efecto, en qué se ocupa un niño cuando se le propone un ejercicio de este género, se le obliga a discurrir sobre una máxima latina, como *Omnia vincit amor,* o *Non licet in bello bis peccare,* etc. Y entonces, el pobre niño, que no tiene ningún conocimiento de las cosas de que debe hablar (conocimiento que no se adquiere sino con el tiempo y la experiencia), debe poner su imaginación en tortura, aun cuando no piense nada, lo cual recuerda la tiranía del Faraón de Egipto ordenando a los israelitas hacer ladrillos sin proporcionarles ninguno de los materiales necesarios. Y así, en casos parecidos, se ve ordinariamente

a los pobres pequeños dirigirse a sus camaradas más avanzados y decirles: «Dadme una idea, os lo ruego.» Y es difícil decidir si en esto son razonables o ridículos. Para que tenga medios un alumno de decidir sobre un asunto cualquiera, es preciso que conozca este asunto, sin lo cual es tan absurdo obligarle a hablar de ello como lo sería obligar a un ciego a disertar sobre los colores, o a un sordo sobre la música. ¿No diríais que tiene el espíritu un poco perturbado el que quisiera obligar a discutir sobre un punto controvertido de Derecho a una persona que no conociese una palabra de nuestras leyes? ¿Y qué conocen, pregunto yo, nuestros escolares de los temas, que es corriente proponerles en sus disertaciones como materia a tratar, bajo pretexto de aguzar y adiestrar su imaginación?

§ 172. En segundo lugar, considerad la lengua que están llamados a emplear en estas disertaciones: es el latín, una lengua extranjera, una lengua muerta hace mucho tiempo; una lengua de la cual vuestro hijo no tendrá ocasión de servirse nunca, mientras viva, una vez que llegue a hombre; una lengua, en fin, cuyas maneras de expresarse son tan diferentes de las nuestras que, aunque la supiese perfectamente, le serviría de muy poco para proporcionar pureza y soltura a su estilo inglés. Además, que hay ahora tan poco espacio y ocasión para hacer discursos en nuestro propio idioma en los asuntos ingleses, que no veo ninguna razón para admitir ejercicios de este género en nuestras escuelas, a menos que no supongáis que, componer discursos latinos, sea el medio de aprender a hablar bien en inglés *ex tempore*. El medio, a mi juicio, es más bien éste: proponed a los jóvenes cuestiones razonables y prácticas, apropiadas a su edad y a sus facultades, sobre asuntos que no le sean totalmente desconocidos ni fuera de su experiencia; de manera que, cuando esté maduro para ejercicios de esta naturaleza, pueda, después de una corta deliberación, hablar *ex tempore* sobre este asunto sin saber tomado ninguna nota. Os pregunto, en efecto, si queréis examinar los efectos de este método de aprender a hablar bien, quiénes hablan mejor en un asunto, cuando se presente la oportunidad en una discusión, si los que han adquirido el hábito de componer, de escribir antes lo que tienen que decir, o los que, contentándose con reflexionar sobre la cuestión, para comprenderla lo mejor posible, se han acostumbrado a hablar *ex tempore*. Si se juzga según esto, nos veremos poco inclinados a creer que el hábito de los discursos estudiados, y de las composiciones de aparato, sea el verdadero medio de preparar a un caballero en el lenguaje de los negocios.

§ 173. Pero quizás se diga que la disertación tiene por objeto perfeccionar y hacer avanzar a los niños en el conocimiento de la lengua latina. Esta es, en efecto, su principal estudio en el colegio; pero la composición de las disertaciones no sirve de nada. Este ejercicio, en efecto, dirige el esfuerzo de su espíritu sobre la invención de las cosas que es preciso decir, no sobre la significación de las palabras que es preciso aprender. Cuando hacen una disertación, es el pensamiento, y no la lengua, lo que les ocupa, lo que les fuerza a devanarse los sesos. Pero el estudio y la adquisición de una lengua es por sí mismo bastante difícil, bastante desagradable para que se le agrave todavía con otras dificultades, como se hace en el método ordinario. En fin: si la composición de las disertaciones tiene por efecto excitar las facultades inventivas de los jóvenes, hay que hacerles escribir en inglés, en la lengua que usan con facilidad y en la que dominan las palabras. Verán mejor de qué pensamiento disponen, cuando los expresen en su lengua materna; y si se trata de aprender el latín, dejarle seguir para esto el método más cómodo, sin fatigar y hostigar su espíritu con ejercicios tan laboriosos como el de escribir disertaciones en esta lengua.

Los versos

§ 174. Si hay buenas razones que dar contra el uso establecido en los colegios de hacer comprender disertaciones latinas a los niños, todavía las haya más numerosas y más fuertes que alegar contra los versos latinos y aún contra los versos de todas clases. En efecto: si el niño no tiene el genio de la poesía, es la cosa más irracional del mundo atormentarle y hacerle perder su tiempo imponiéndole un trabajo en que no pueden triunfar; y si tienen algún talento poético, encuentro extraño que un padre desee, o al menos soporte, que cultiven y desenvuelvan éste. Me parece, por el contrario, que los padres deberían desear sofocar y reprimir esta disposición poética todo lo posible; y no veo por qué puede desear un padre hacer de su hijo un poeta, si no quiere inspirarle también el disgusto por las ocupaciones y los negocios de la vida. Pero no es éste el mayor mal. En efecto: si el joven consigue ser un rimador afortunado, y llega a adquirir la reputación de un poeta, que se considere en qué sociedad y en qué lugares perderá su tiempo, probablemente, y también su dinero; porque raras veces se habrá visto que se descubran minas de oro y de plata sobre monte Parnaso.

El aire es allí agradable, pero el suelo es estéril; hay pocos ejemplos de gentes que hayan aumentado su patrimonio con lo que puedan haber cosechado allí. La poesía y el juego, que van generalmente juntos, tienen también tanta semejanza, que no aprovechan, en general, sino para los que no tienen otra cosa que vivir. En cuanto a las personas ricas, siempre pierden, y menos mal si no les cuesta más que la pérdida de toda su fortuna o de la mayor parte. Si no queréis, pues, que vuestro hijo llegue a ser el hombre indispensable para todas las alegres compañías, sin el cual los viciosos no pueden ir a los círculos de recreo ni pasar agradablemente la tarde; si no queréis que emplee su tiempo y su fortuna en divertir a los demás, y en desdeñar el patrimonio rústico que le han legado sus antepasados, no pienso que debáis esforzaros en que sea un poeta o en que su profesor le ejercite en rimar[9]. Pero, en fin, si hay alguno que considere la poesía como una cualidad deseable para su hijo, porque este estudio ejercitará su imaginación y sus facultades, reconocerá al menos que vale más para esto leer los buenos poetas griegos y latinos, que hacer malos versos uno mismo en una lengua que no es la nuestra. Y el que pretenda brillar en la poesía inglesa, no llegará a imaginarse que el mejor medio de triunfar en ella sea el de hacer sus primeros ensayos en versos latinos.

¿Es preciso aprender de memoria?

§ 175. Hay otra costumbre habitualmente seguida en las escuelas de gramática, y de la que no veo yo la utilidad, al menos que no se pretenda de ese modo ayudar a los niños en el estudio de las lenguas, estudio que es preciso, a mi juicio, hacer lo más fácil y agradable posible, descartando cuidadosamente todo lo que lo haría penoso. Quiero hablar y lamentarme de la obligación que se impone a los alumnos de aprender de memoria grandes trozos de los autores que estudian. No veo en esto ninguna ventaja, sobre todo desde el punto de vista del estudio que les ocupa. No se apren-

[9] El hecho de que LOCKE hable tan ligeramente de la poesía, lanza viva luz sobre un vacío deplorable en su cultura, y aún debe disminuir su reputación como filósofo. Porque si él personalmente no aprecia la producción poética o el placer que proporciona, la mera observación de la naturaleza humana debía haberle sugerido una más alta estimación de su importancia subjetiva y objetiva. (R. C. D.)

den las lenguas sino por la lectura y por la conversación, y no con sendos trozos literarios de autores con los que se haya cargado su memoria. Cuando la cabeza de un hombre está embutida, hay todo lo necesario para hacer un pedante, y es el mejor medio de llegarlo a ser, en efecto; ahora bien: no hay nada que convenga menos a un caballero. ¿Qué puede haber, en efecto, de más ridículo que tejer ricos pensamientos y las elegantes palabras de autores escogidos con la tela de que disponemos nosotros mismos? Con esto no se consigue más que poner de relieve nuestra indigencia; no tiene esto ninguna gracia; en fin: el que habla así no consigue más que si quisiera embellecer un mal traje usado remendándolo con grandes trozos de escarlata y de brocatel. Sin duda que, cuando se encuentra en un autor un pasaje cuyo pensamiento merece que se le recuerda, y cuya expresión es exacta y perfecta —y hay muchos pasajes de este géneros en los escritores de la antigüedad—, no será un mal alojarlo en el recuerdo de los escolares y ejercitar de tiempo en tiempo su memoria con otros fragmentos admirables de los grandes maestros en el arte de escribir. Pero hacerle aprender sus lecciones de memoria, sin elección, al azar, conforme se presentan en sus libros, no sé para qué sirve sino para hacerle perder su tiempo y su esfuerzo, e inspirarle aversión y disgusto por libros en los que encuentran mas que motivos de fastidio.

§ 176. Yo bien sé que se pretende que es preciso obligar a los niños a aprender lecciones de memoria, a fin de ejercitarla y desenvolverla; pero quisiera que se dijese esto con tanta autoridad y razón como seguridad se pone en afirmarlo, y que esta práctica se justificase por observaciones exactas más bien que por una arraigada costumbre. Es evidente, en efecto, que es debida a una feliz constitución, y no a progresos obtenidos por el hábito y el ejercicio. Es verdad que el espíritu es apto para retener las cosas a que aplica su atención, y que, para no dejarlas escapar, debe imprimirlas frecuentemente de nuevo en su recuerdo mediante frecuentes reflexiones; pero siempre es en proporción de la fuerza natural de su memoria. Una huella no persiste tanto tiempo sobre la cera y el plomo, como sobre el cobre o el acero. Sin duda que una impresión durará más tiempo que otra si está frecuentemente renovada; pero cada nuevo acto de reflexión que se refiera a esta impresión, es una impresión nueva, y el número de estas impresiones es lo que hay que considerar si se quiere saber cuanto tiempo podrá retenerse, el espíritu. Pero haciendo aprender de memoria páginas de latín, no se predispone a la memoria a retener; como grabando un

pensamiento sobre una plancha de plomo, no se haría a este metal más capaz de retener sólidamente otras impresiones. Si tales ejercicios tuviesen por efecto dar más fuerza a su memoria y aumentar el talento, los comediantes debieran todos ser los hombres mejor dotados de memoria, aquellos cuya conversación sería más agradable. Pero consultad la experiencia, y veréis si los trozos que los autores se meten en la cabeza, les hacen más capaces de recordar las otras cosas, y si aumenta su talento en proporción al esfuerzo que se toman para aprender de memoria los discursos de los demás. La memoria es tan necesaria en todas las acciones de la vida y en todas las condiciones, y hay tan pocas cosas que puedan prescindir de ella, que no hay que temer que se debilite, que se enmohezca por falta de ejercicio si el ejercicio fuese realmente la condición de su fuerza. Pero yo temo mucho que el ejercicio en general, el esfuerzo, sean poco útiles para desenvolver esta facultad del espíritu; en todo caso no son los ejercicios que se practican con esta intención en los colegios. Si Jerjes podía designar por sus nombres a todos los soldados de su ejército, que no eran menos de cien mil hombres, pienso que se me reconocerá que no tenía esta facultad maravillosa por el hábito de aprender lecciones de memoria cuando era niño. Supongo que no se habrá recurrido nunca en la educación de los príncipes a este método, que pretende ejercitar y desenvolver la memoria mediante la repetición fastidiosa de lo que se ha leído en un libro; y, sin embargo, si tuviese las ventajas que se le atribuyen, convendría igualmente no olvidarlo con los príncipes que con las escuelas más humildes. Los príncipes, en efecto, no tienen menos necesidad de una buena memoria que los demás hombres, y están, en general, tan bien dotados como los demás de esta facultad, aun cuando nunca se haya procurado desenvolverla en ellos de esta manera. Las cosas a que nuestro espíritu aplica su atención y que excitan su interés, son aquéllas de que mejor se acuerda, por la razón que ya he indicado. Si agregáis a ésta el orden y el mérito, habréis hecho todo lo posible, a mi juicio, para ayudar a una memoria débil; y el que quiera emplear otros medios, particularmente el de cargar la memoria del alumno con una multitud de palabras extranjeras que aprenden sin gusto, reconocerá, supongo yo, que consigue apenas la mitad del beneficio que compensaría el tiempo que ha empleado en este trabajo.

No quiero decir, sin embargo, que no se deba ejercitar la memoria de los niños. Creo que es preciso ocupar su memoria, pero no enseñándole de rutina páginas enteras de sus libros. Una vez

que las han recitado y que ha acabado su misión, estas lecciones entran en el olvido y no se piensa más en ellas. No se cultiva así ni la memoria ni la inteligencia. Ya he dicho lo que los niños deben aprender de memoria en sus autores. Una vez que se han confiado a la memoria estos sólidos y excelentes pensamientos, es preciso no tolerar que los olviden; es preciso, por el contrario, estimularlos a que los repitan con frecuencia. Así, además del beneficio que puedan obtener de estas máximas en la conducta de su vida, como otras tantas reglas y observaciones exactas, se habituarán a reflexionar con frecuencia sobre todo lo que puedan recordar. Este es el único medio de hacer la memoria pronta y de sacar partido de ella. El hábito de reflexionar con frecuencia impedirá a su espíritu vagar sin norte y dominará su pensamiento desviándole de ensueños caprichosos e inútiles. Creo, por consiguiente, que convendría darle todos los días algo que aprender, pero algo que valga en efecto la pena de ser aprendido, y que os convenga que encuentren fácilmente en la memoria cuando le preguntéis o cuando ellos quieran encontrarlo. Obligaréis así su pensamiento a replegarse con frecuencia sobre sí mismo, que es el mejor hábito intelectual que se les puede proporcionar.

§ 177. Pero cualquiera que sea la persona a quien le confiéis la educación del niño a la edad en que su espíritu es tierno y flexible, debe ser una persona a los ojos de la cual el latín y las lenguas no sean más que la parte más pequeña de la educación; una persona que sabiendo que la virtud y el equilibrio del carácter es cosa preferible a toda especie de ciencia y a todo conocimiento de las lenguas, se consagre, sobre todo, a formar el espíritu de sus alumnados, a inculcarle buenas disposiciones. En efecto, una vez adquirido este resultado, el resto puede olvidarse; todo lo demás vendrá a su tiempo. Y, por el contrario, si faltan estas buenas disposiciones o no son muy bien establecidas, de manera que descarten todo hábito malo o vicioso, las lenguas, las ciencias y todas las cualidades de un hombre instruido, no llegan a hacer de él sino un hombre malo y más pernicioso. En el fondo, a pesar del ruido que se ha hecho alrededor del latín y de la dificultad de aprenderlo, es indudable que una madre podrá enseñarlo a su hijo con que quiera solamente consagrarle dos o tres horas por día haciéndole leer los Evangelios en latín. Para esto no tiene más que comprar un Nuevo Testamento latino, suplicando a alguien que marque con un signo cuando es larga la última sílaba, en las palabras que tienen más de dos (lo que bastará para guiarle en la pronunciación y acentua-

ción de las palabras); y bastará después que lea todos los días los Evangelios, traducidos en su propia lengua, y que trate de comprenderlos en latín. Una vez que esté en estado de comprenderlos, que lea de la misma manera las palabras de Esopo, hasta que pueda llegar a Eutropio, a Justino o a otros autores de este género. No hablo de esto como de una fantasía que imagino; hablo como de un método que se ha experimentado y que ha servido para enseñar el latín, sin ningún esfuerzo, a un niño.

Pero, para volver a lo que decía, la persona que se encarga de educar a un joven, sobre todo un joven caballero, debe saber algo más que el latín y poseer otra cosa que el conocimiento de las mismas ciencias liberales. Es preciso que sea una persona de elevada moralidad, de buen sentido, de buen humor, que sepa, en sus relaciones constantes con su discípulo, conducirse con seriedad, con soltura, y también dulcemente. Pero ya he hablado de todo esto, y muy extensamente.

§ 178. Al mismo tiempo que el niño aprende el francés y el latín, puede también, como ya he dicho, comenzar el estudio de la Aritmética, de la Geografía, de la Cronología, de la Historia y de la Geometría. Si se le enseñan, en efecto, estas cosas en francés o en latín, desde que tiene alguna inteligencia de una u otra de ambas lenguas, tendrá la ventaja de adquirir el conocimiento de estas ciencias, y del lenguaje, por añadidura.

La Geografía

A mi juicio, conviene comenzar con la Geografía; en efecto, el estudio de la configuración del globo, la situación y los límites de las cuatro partes del mundo, los de los diferentes reinos y regiones del universo; todo esto no es más que un ejercicio de la memoria y de los ojos; y un niño, por consiguiente, es apto para aprender con placer y para retener estos conocimientos. Esto es tan verdadero que, en este momento mismo, en la casa en que yo habito, he visto un niño a quien su madre ha dado tan buenas lecciones de Geografía, que conoce los límites de las cuatro partes del mundo, que puede mostrar sobre el globo, sin vacilar, o sobre el mapa de Inglaterra, el país que se le pida; sabe los nombres de todos los grandes ríos, promontorios, estrechos y bahías del mundo, y antes de tener seis años, ya puede determinar la longitud y latitud de un lugar. Estas cosas que puede aprender por la vista, y que fija

de rutina en su memoria, no son, sin duda, todo lo que tiene que aprender acerca del globo terrestre. Pero, indudablemente, son su primer paso; es una preparación excelente, que hará mucho más fácil los estudios geográficos cuando haya madurado suficientemente su estudio para abordarlo con provecho. Además gana así tiempo, y por el placer que encuentra en conocer las cosas, es insensiblemente conducido a aprender las lenguas.

La Aritmética y la Astronomía

§ 179. Cuando el niño ha fijado en su recuerdo las divisiones naturales del globo, se puede empezar a enseñarles la Aritmética. Por partes naturales del globo entiendo yo las diversas posiciones de las partes de la tierra y del mar, bajo diferentes nombres y distinciones de países, sin llegar todavía a esas líneas artificiales e imaginarias que se han inventado y se suponen únicamente para facilitar y asegurar los progresos de la Geografía.

§ 180. De todas las ciencias del razonamiento abstracto, la Aritmética es la más fácil, y debe, por tanto, ser la primera a que hay que acostumbrarse; y es de uso tan general en toda la vida y los asuntos, que difícilmente puede hacerse nada sin ella. Esto es tan cierto, que difícilmente puede un hombre poseerla demasiado, ni demasiado perfectamente; debe, por tanto, ejercitarse al niño en contar tan pronto como sea capaz de ello; y hacer algo cada día hasta que domine el arte de los números. Cuando comprenda la suma y la resta, debe avanzar más en la Geografía; después que se familiarice con los polos, zonas, círculos paralelos y meridianos, debe enseñárseles la longitud y la latitud, y hacerle conocer así el uso de los mapas y, por los números colocados a los lados, la respectiva posición de los países, y aprender al mismo tiempo a encontrarlos sobre los globos terrestres. Cuando se les haga familiar este trabajo, será tiempo de mostrarles el globo terrestre, y entonces se les hará repasar todos los círculos, llamando, especialmente su atención sobre la eclíptica y el zodíaco, a fin de que su espíritu se los represente clara y distintamente; se le enseñará la figura y la situación de las diferentes constelaciones, mostrándolas en primer lugar sobre el globo, y después en el cielo.

Cuando se ha hecho esto, el niño conocerá bastante bien las constelaciones de nuestro hemisferio, y será oportuno darle alguna idea de nuestro sistema planetario; y a este fin, no dejará de ser conve-

niente ofrecerle un esbozo del sistema de Copérnico, y explicarle entonces las posiciones de los planetas, la distancia que separa cada uno de ellos del sol, centro de sus revoluciones. Así se les prepará de la manera más natural y más fácil a comprender el movimiento y la teoría de los planetas. En efecto, puesto que los astrónomos no dudan del movimiento de los planetas alrededor del sol, bueno es que siga esta hipótesis, que no solamente es la más sencilla, sino la que menos embarazará a los escolares, y la que también es, probablemente, la verdadera. Pero aquí, como en todas las demás partes de la instrucción, es preciso tener gran cuidado de comenzar por las nociones más sencillas y más claras, enseñar las menos cosas posibles a la vez, y fijar bien cada conocimiento en la cabeza del niño antes de pasar a lo que sigue o de abordar un punto nuevo en el mismo estudio. Presentarle primero una noción simple, y antes de ir más lejos asegurarse de que la ha tomado en el buen sentido, que la entiende perfectamente; entonces podéis proponerle otra idea simple, inmediatamente ligada a la precedente y que tienda al mismo fin; y así, gracias a estos progresos insensibles y graduales, veréis su espíritu abrirse a la ciencia, sin perturbación ni confusión y remontarse más lejos de lo que hubiérais creído. Y cuando un niño ha aprendido algo él mismo, no hay otro medio para fijar el recuerdo en la memoria y para estimularle a ir más lejos, que hacerle enseñar a otros niños.

La Geometría

§ 181. Una vez que el niño se ha familiarizado con el estudio de las esferas, como acabamos de ver, está en estado de aprender algo de Geometría; y aquí creo yo que bastaría enseñarle algo de los seis primeros libros de Euclides. No sé, en efecto, si no es esto todo lo que es necesario o útil para un hombre de negocios. Por otra parte, en el caso en que un niño tenga el genio y el gusto de esta paciencia, después de haber llegado hasta allí conducido por su preceptor, le será posible ir más lejos por sí mismo, sin ningún maestro.

Es preciso, pues, que el niño estudie las esferas y que las estudie con cuidado; pero puede hacerlo desde muy pronto con tal de que el preceptor tenga cuidado de distinguir lo que un niño es o no capaz de comprender. Sobre este extremo, he aquí una regla que puede bastar para guiarnos: los niños son capaces de aprender to-

do lo que cae bajo sus sentidos, particularmente bajo el sentido de la vista, en tanto que su memoria esté bien ejercitada. Así es como un niño, aun siendo pequeño, puede aprender sobre la esfera lo que es el ecuador, el meridiano, etc., y Europa e Inglaterra, tan pronto como conoce los diversos departamentos de la casa que habita, a condición de que no se le lleve al estudio nuevo antes de que haya aprendido perfectamente y grabado en su memoria lo que se le ha puesto anteriormente ante los ojos.

La Cronología

§ 182. La Cronología y la Geografía deben marchar paralelamente y en contacto. Me refiero a la parte general de la Cronología, a fin de que el niño tenga en el espíritu una idea del curso universal de los siglos y de las épocas principales que se distinguen en la Historia. Sin la Cronología y la Geografía, la Historia, que es la gran escuela de la sabiduría y de la ciencia social y que debe ser el estudio privilegiado de un caballero y de un hombre de negocios, se fija mal en la memoria y no es sino medianamente útil; no es entonces, en efecto, más que un conjunto de hechos, confusamente almacenados, sin orden y sin interés. Solamente por el socorro de estas dos ciencias es por lo que las acciones de los hombres se refieren a su fecha, en el tiempo, y a su lugar, en el espacio; en estas condiciones, no solamente se graban más fácilmente en la memoria, sino que solamente entonces es cuando, presentadas en el orden natural de los hechos, pueden sugerir las observaciones que hacen al lector más hábil y mejor.

§ 183. Cuando hablo de la Cronología como de una ciencia que debe saber perfectamente el niño, no me refiero a las controversias que engendra. Las disputas de este género son interminables, y, en general, ofrecen tan poca importancia para un caballero, que no valdría la pena de ocuparse de ellas, tanto más cuanto que no es posible llegar a una solución. Que no se conceda atención ninguna a todo este combate de erudición, a todo este polvo levantado por las discusiones de los cronologistas. El libro más útil que conozco en este género es un pequeño tratado de Strauchius, publicado en dozavo, bajo el título de *Breviarium chronologicum*. En él puede encontrarse todo lo que es necesario enseñar de Cronología a un joven caballero, porque no hay necesidad de llenar el espíritu de un escolar con todos los detalles que este pequeño

libro encierra. El niño encontrará en él las épocas más notables y que es costumbre distinguir referidas al período Juliano [10]; y este método es el más fácil, el más claro y el más seguro de los que pueden usarse en la Cronología. A este tratado de Strauchius pueden unirse las *Tablas* de Helvieus, como libro al que hay que volver continuamente.

La Historia

§ 184. Nada enseña, ni nada deleita tanto, como la Historia. De estos dos méritos, el primero es una razón para que se recomiende su estudio a los hombres hechos; el segundo, me hace pensar que la historia es la ciencia que más conviene al espíritu de los jóvenes. Poned en sus manos algún historiador latino desde que hayan hecho conocimiento con las épocas históricas que es costumbre distinguir en esta parte civilizada del mundo, y desde que sepan, en fin, reducir estas épocas al período Juliano. Lo que debe regularnos en la elección de este autor, es la claridad de estilo. En efecto: cualquiera que sea la época que estudie primero el niño, la cronología le pondrá al abrigo de toda confusión, y, estimulado a seguir la lectura por lo agradable del asunto, se familiarizará poco a poco con el lenguaje, sin experimentar ese aburrimiento y esas torturas que se le hace sufrir cuando se les ofrecen libros de lectura que sobrepujan su inteligencia; tales son, por ejemplo, las obras de los oradores y de los poetas latinos cuando se utilizan para enseñar la lengua latina. Una vez que, mediante lecturas continuas, llegue a dominar los más fáciles, tales, quizás, como Justino, Eutropio, Quinto Curcio, etcétera, el grado siguiente no le producirá gran perturbación; y así, mediante un progreso gradual, después de haber leído los historiadores más claros y más fáciles, llegará a leer los más difíciles y los más sublimes escritores latinos, tales como Cicerón, Virgilio y Horacio [11].

---

[10] Período de 7980 que se reconocía como comenzado 4713 antes de nuestra era.

[11] COMPAYRÉ supone que LOCKE cede al prejuicio y a la rutina aconsejando como primer libro de lectura, no uno moderno, escrito en la lengua materna del niño, sino un historiador latino, y el Red. CANON DANIEL, afirma que la historia más adecuada para los comienzos del niño es la de su propio país.

La moral

§ 185. Como desde los comienzos de sus estudios, y en todos los casos en que la cosa es posible, se enseña al niño a conocer la virtud, y mediante la práctica más bien que por reglas, como se le enseña todos los días a poner el amor a la reputación por encima de la satisfacción de sus deseos, no sé si será útil que se le haga leer sobre la moral alguna cosa más que lo que encuentre en la Biblia, o que se ponga en sus manos algún tratado de moral hasta la edad en que pueda leer los *Deberes*, de Cicerón, no ya como un escolar que aprende el latín, sino como quien quiere, para su conducta en la vida, instruirse en los principios y en las reglas de la virtud.

La ley civil

§ 186. Cuando el niño haya estudiado suficientemente los *Deberes*, de Cicerón, y se le haya unido el libro de Puffendorf, *De officio hominis et civis*, será tiempo de hacerle leer la obra *De jure belli et pacis*, de Grocio, o algo que vale quizás más que los dos: el tratado de Puffendorf, de *Jure naturali et gentium*; aquí aprenderá los derechos naturales del hombre, el origen y fundamento de las sociedades y los deberes que de ellas resultan. Estas cuestiones generales de derecho civil y de historia, son estudios que un caballero no debe limitarse a desflorar; es preciso que se ocupe de ellos sin cesar, que no acabe jamás de estudiarlos. Un joven virtuoso y bien educado, qu esté versado en esta parte general del derecho civil (en el que no se trata de rencillas ni de casos particulares, sino que se trata de los asuntos y de las relaciones de las naciones civilizadas, fundándose en los principios de la razón), que, por otra parte, entiende el latín y sabe escribirlo, puede con toda seguridad recorrer el mundo: encontrará por todas partes gentes dispuestas a emplearle y que sabrán estimarle.

La ley

§ 187. Sería extraño suponer un caballero inglés que ignorase el derecho de su país. Es un conocimiento tan necesario, del cual, desde el juez de paz al ministro de Estado, ningún hombre puede

prescindir para desempeñar su puesto. No hablo de las disputas y de todo lo que hay de capcioso y de sutil en la ley. Un caballero, que tiene el deber de conocer las reglas precisas del bien y del mal, pero no buscar los medios de esquivar la obligación de hacer bien o de garantizar su seguridad haciendo mal; un caballero, digo, debe desdeñar el estudio de la disputa, tanto como aplicarse diligentemente al estudio de la ley, a fin de prestar de ese modo servicios a su país. A este efecto creo que, para un caballero, el buen método para estudiar nuestras leyes, cuando no tiene que hacer un estudio particular en vista de su profesión, es formar una idea de la constitución y del Gobierno de Inglaterra en los libros antiguos de derecho común y algunos escritores modernos que, después de ellos, han trazado el cuadro de este Gobierno. Cuando se haya formado una idea exacta, que lea entonces la historia de su país, asociando al estudio de cada rey el de las leyes dictadas bajo su reinado. Así penetrará en el espíritu de nuestras leyes; verá sobre qué principios se han establecido, y comprenderá mejor su autoridad.

La Retórica y la Lógica

§ 188. Extrañará que haya dicho tan poco sobre la retórica y la lógica, siendo las artes que en el método ordinario seguían, por lo general, inmediatamente a la gramática. La causa es las escasas ventajas que pueden obtenerse de ellas, porque rara vez, o nunca, he visto a nadie que haya aprendido a razonar bien, o a hablar con elegancia, estudiando las reigas que esas ciencias pretenden estudiar. Así es que yo desearía que el joven caballero tomase sólo un tinte de estas artes, en los tratados más cortos que puedan encontrarse, sin detenerse demasiado tiempo en considerar y en estudiar este vano formalismo. El buen razonamiento se funda sobre otra cosa que sobre la teoría de los predicamentos o predicados, y no consiste en hablar *in modo et in figura.* Pero sale fuera de mis propósitos alargar esta disertación. Volviendo a mi propósito, si queréis que vuestro hijo razone bien, hacedle leer Chillingworth [12]. Si queréis que hable bien, familiarizarle con la lectura de Cicerón pa-

[12] CHILLINGWORTH es un favorito de LOCKE. Su gran obra *The Religion of Protestants,* fue publicada en 1637, y es un modelo de razonamiento riguroso. (R. C. D.)

ra que se forme una idea verdadera de la elocuencia, y hacerle leer obras inglesas, bien escritas, para que perfeccione su estilo y la pureza de su lenguaje materno.

§189. Puesto que el beneficiario y la finalidad de un razonamiento exacto consiste en tener ideas precisas, en formar un razonamiento justo sobre las cosas, en distinguir la verdad del error, del bien del mal, y obrar en consecuencia, no alimentéis a vuestro hijo con el vano y artificial formalismo de la dialéctica. No permitáis que se ejercite en él por sí mismo, ni que lo admire en los otros, al menos que no queráis hacer de él, en lugar de un hombre de sentido, un disputador sin juicio, obstinado en sus discursos, que tendrá a gala el contradecir a los demás, o lo que todavía es peor, que lo pondrá todo en cuestión; uno de estos hombres, en fin, a quien preocupe, no la investigación de la verdad, sino simplemente el placer de triunfar en la discusión. No hay nada más inadecuado, o que peor efecto haga en un caballero o en un hombre que pretende el título de persona racional, que no querer ceder a la evidencia de la razón y a la fuerza de un argumento claro y convincente. ¿Hay nada menos compatible con la urbanidad social y con el objeto de la discusión, que la conducta de esas personas que no se contentan jamás con una respuesta, por completa y satisfactoria que sea, sino que se obstinan en la disputa todo el tiempo que se lo permitan las palabras equívocas, sea con el auxilio de un *medius terminus* que les permita ponerse al otro lado, o una distinción en el término opuesto, sin preocuparse para nada de si ello es pertinente o impertinente, razonable o irracional, concordante o discordante con lo que se ha dicho? En efecto: el gran arte y la perfección soberana de una disputa lógica, es que jamás el contrario se contente con una respuesta, que jamás el adversario se convenza con un argumento. Ninguno de los adversarios se preocupa de lo que ocurra en todo esto con la verdad y la ciencia. Lo que importa a cada uno es no pasar por un infeliz engañado, y no sufrir la afrenta de rectificar lo que se afirmó primero, porque en esto consiste la gloria de la discusión. Para descubrir la verdad y para defenderla, es preciso recurrir a un examen serio y atento de las cosas mismas, y no a términos artificiales, a vanos procedimientos de argumentación. El formalismo lógico conduce menos al descubrimiento de la verdad que al empleo sutil y sofístico de las palabras equívocas [13]; ahora bien: de todas las maneras de hablar, ésta es la me-

[13] LOCKE, como BACON y DESCARTES, y todos los reformadores de la fi-

nos útil y la más desagradable, y no hay nada en el mundo que menos convenga a un caballero o a un amigo de la verdad.

Difícilmente habrá un defecto mayor en un caballero, que no saber expresarse escribiendo o hablando. Yo preguntaría, sin embargo, al lector si no conoce gran número de personas, bastante ricas para vivir de sus rentas, que poseen a la vez el título y las cualidades del caballero, y que, sin embargo, son incapaces de contar una historia correctamente, y todavía menos de hablar con un lenguaje claro y persuasivo sobre cualquier asunto. pero no es esto tanto falta suya como de su educación, porque, sin poner en ello parcialidad, debo hacer a mis compatriotas la justicia de que, aplicados a cualquier estudio, no se dejen sobrepujar por ninguno de sus vecinos. Pero nos contentamos con enseñarle las reglas de la retórica sin enseñarles a expresarse con elegancia, sea oralmente, sea por escrito, en la lengua de que tendrán necesidad de servirse. Se dirá que los nombres de las figuras que embellecen los discursos de los oradores antiguos, maestros en el arte de hablar, son únicamente lo que constituye el arte y el talento de hablar bien. Como todas las cosas que dependen de la práctica, el arte de la palabra se enseña, no mediante número, pequeño o grande de reglas, sino por el ejercicio y por la aplicación; ateniéndose, por otra parte, a reglas justas o, más bien, a buenos modelos, hasta que se haya alcanzado el hábito y adquirido una cierta facilidad para hacer bien.

El estilo

Según esto será conveniente estimular con frecuencia a los niños, tan pronto como sean capaces, a contar por sí mismos una historia sobre cosas que conozcan bien. Se comenzará por corregir en sus recitados la falta más grave que hayan cometido en la ordenación de sus asuntos. Cuando se haya remediado esta falta se pasará a otra, y así sucesivamente, de una a otra, hasta que se hayan corregido todas, o, al menos, las que tengan gravedad. Cuando realicen bien sus narraciones orales, se les puede pedir entonces narraciones escritas. Las *Fábulas*, de Esopo, el único libro, quizás, que convenga a los niños, pueden proporcionar temas de ejercicio para

losofía, no cree que el silogismo conduzca al descubrimiento de la verdad. (N. de COMPAYRÉ)

aprender a escribir en inglés, como también para leer y traducir, a fin de familiarizarse con la lengua latina. Cuando llegan los niños a no cometer faltas contra la gramática, y saben combinar en un discurso seguido y continuo las diferentes partes de una narración, sin usar esas transiciones pesadas y torpes que tienen la costumbre de multiplicar, podéis, si deseáis perfeccionarle más completamente en esta habilidad, que es el primer grado del arte de hablar y que no exige invención, podéis, a mi juicio, recurrir a Cicerón, haciéndole poner en práctica las reglas que el maestro de la elocuencia da en su primera obra (*De inventione*, § 20), mostrándole en qué consiste el arte y la gracia de una narración elegante según los asuntos y el fin que se quiere alcanzar. De cada una de estas reglas pueden encontrarse ejemplos apropiados, y mostrar así a los niños cómo los otros las han aplicado. Los autores clásicos contienen en abundancia ejemplos de este género, que es preciso ponerle ante los ojos, no solamente para los que traduzcan, sino como modelos que imitar diariamente.

Cuando los niños saben escribir en inglés correctamente, con propiedad y con orden, y disponen de un estilo narrativo pasable, podéis ejercitarlos en escribir cartas; pero no les hagáis buscar los rasgos de ingenio ni los cumplimientos afectados; enseñadles a expresar sencillamente sus pensamientos, sin desorden y con urbanidad. Cuando lleguen a eso podéis, para excitar su imaginación, ponerles el ejemplo de Voiture [14] para enseñarles cómo a distancia se conversa con los amigos mediante cartas de cumplido, gozosas, burlonas, llenas de variedad. Hacedles leer las cartas de Cicerón como el mejor modelo para las cartas de negocios o de pura conversación. El arte de escribir una carta es de tan gran utilidad en todos los negocios de la vida, que no hay nadie que pueda escapar a la obligación de mostrar lo que sabe hacer en este género. Ocasiones diarias le obligarán a coger la pluma, y sin contar que en los negocios notará con frecuencia la manera más o menos hábil con que escriba sus cartas, es cierto que su educación, sus juicios, sus talentos, estarán sometidos en sus cartas, más que en sus discursos, a un exa-

[14] VICENTE VOITURE (1598-1648), cuyas cartas desde España, etcétera, a los *habitués* del hotel Rambouillet se publicaron y se hicieron célebres. «Dan alguna idea, dice VOLTAIRE, de las gracias superficiales de aquel estilo epistolar, que no es de ningún modo el mejor, porque sólo aspira a la jovialidad y a la diversión». (R. R. H. Q.)

men severo. En estos, en efecto, las faltas son fugitivas, y se desvanecen generalmente con el sonido que las produce; no están expuestas a una revisión rigurosa, y, por consiguiente, escapan con más facilidad a la observación y a la crítica.

Si los métodos de la educación estuviesen bien conducidos y bien dirigidos, no se le ocurriría suponer a nadie que se olvide una parte tan importante de la instrucción, sobre todo cuando se pone tanto encarnizamiento en imponer ejercicios que no son absolutamente de ninguna utilidad, como las disertaciones y los versos latinos, verdaderos instrumentos de tortura para los niños, a quienes condenan a esfuerzos de invención superiores a sus fuerzas, y a quienes impiden avanzar agradablemente en el estudio de las lenguas imponiéndoles dificultades contra naturaleza. Pero la costumbre lo ordena así, y ¿quién osará desobedecerla? ¿No sería más irracional pedir que un profesor de colegio (que tiene en la punta de los dedos los tropos y las figuras de la *Retórica*, de Farnaby) enseñe a sus discípulos a expresarse elegantemente en inglés, cuando él mismo parece preocuparse tan poco de ello, que el que lo haga la madre del niño (despreciada, sin duda, como una persona iletrada, porque no ha aprendido ningún sistema de lógica y retórica)?

La corrección en el estilo hablado o escrito da yo no sé qué gracia a lo que se dice, y proporciona una atención favorable, y puesto que es del inglés del que hará constante uso un inglés, y esta lengua es la que debe cultivar principalmente, en inglés, sobre todo, es donde tendrá cuidado de pulir y de perfeccionar su estilo. Hablar o escribir el latín mejor que su lengua materna, esto puede hacer a un hombre célebre; pero le será más ventajoso aprender a expresarse bien en su propia lengua, de la que hace uso a cada instante, que buscar vanos aplausos para una cualidad completamente inútil. Y, sin embargo, veo que se olvida constantemente esta parte de la instrucción. No se pone ningún cuidado en perfeccionar a los jóvenes en el conocimiento de su lengua; de procurarle su perfecta inteligencia; de hacer, en fin, que sean sus dueños. Si hay alguno entre nosotros que se expresa en su lengua materna con más facilidad y pureza que los demás, lo debe al azar o a su talento; en todo caso, a otras causas que a su educación o a los cuidados de su preceptor. Inquietarse por saber cómo su discípulo habla o escribe en inglés, es una preocupación que está por encima de la dignidad de un hombre nutrido de griego y de latín, aun cuando con frecuencia no sea muy hábil él mismo. El griego y el latín son lenguas sabias, las únicas dignas de que hombres cultos las culti-

ven y las enseñen. El inglés no es mas que la lengua del vulgo iletrado. Y, sin embargo, vemos que, entre algunos de nuestros vecinos, el Estado no ha creído que fuese indiferente al interés público favorecer y recompensar los progresos de la lengua nacional. Entre ellos no es asunto insignificante pulir y enriquecer su lengua, y se han establecido Academias, y se distribuyen pensiones para esto, de suerte que hay entre sus escritores una gran ambición, una gran emulación para escribir correctamente. Y se ve hasta dónde han llegado por estos medios, y cómo han extendido su lengua, que era, quizás, la más imperfecta de Europa, al menos hace algún tiempo, y qué juicio se forma hoy sobre ella. Entre los romanos, los más grandes hombres se ejercitaban todos los días en su lengua materna, y todavía encontramos en la historia los nombres de los oradores que enseñaron el latín a los emperadores, aun cuando el latín fuese su lengua materna.

Los griegos eran aún más escrupulosos. Toda lengua que no fuese la suya era, a sus ojos, una lengua bárbara, y no se vio jamás que este pueblo, fino y sabio, haya estudiado, ni aun apreciado, las lenguas extranjeras, aun cuando está fuera de duda que tomaron de otros su ciencia y su filosofía.

No quiero aquí desacreditar el griego y el latín; creo necesario el estudio de estas dos lenguas, de la lengua latina al menos: es preciso que un caballero la entienda bien. Pero cualesquiera que sean las lenguas extranjeras de que un joven se ocupe (y mientras más pronto las sepa mejor será), no es menos verdadero que es su propia lengua la que debe estudiar con más crítica; en su propia lengua es en la que debe trabajar para adquirir facilidad, claridad y elegancia de expresión, y para esto es preciso un ejercicio diario.

La filosofía natural

§ 190. Me parece que la filosofía natural entendida como ciencia especulativa no existe todavía, y quizás tengamos razones para pensar que nunca estaremos en estado de hacer de ella una ciencia. La naturaleza ha combinado sus obras con tanta sabiduría, actúa por vías que sobrepujan de tal modo nuestras facultades de descubrimiento y nuestra potencia de concepción, que nunca nos será posible reducirla a leyes científicas. La filosofía natural estudia los principios, las propiedades, las operaciones de las cosas, tales como son en sí mismas. Creo, pues, que se las puede dividir en dos partes:

una, que comprende los espíritus con su naturaleza y sus cualidades; otra los cuerpos. A la metafísica se refiere habitualmente la primera. Pero cualquiera que sea el nombre que se de al estudio de los espíritus, creo que debe venir antes del estudio de la materia y de los cuerpos, no como una ciencia que puede ser metódicamente reducida en sistema y tratada según principios ciertos de conocimiento, sino como un estudio que ensancha el espíritu y lo prepara a una inteligencia más completa y más clara de este mundo inmaterial en que nos hacen penetrar a la vez la razón y la revelación. Y puesto que es del cielo de donde recibimos por revelación nuestras ideas más claras y más completas sobre los espíritus, aparte de Dios y de nuestras almas, creo que es a la revelación a la que hay que pedir lo que sobre este punto se quiere hacer conocer a los niños. A este efecto deduzco que será conveniente hacer leer a los niños una buena historia sagrada, en la que se clasifiquen, según el orden exacto de los tiempos, todas las cosas que sea conveniente hacer entrar en ella, omitiendo las que no convienen sino para una edad más avanzada; se evitará así la confusión que se produce en el espíritu cuando se leen indistintamente todos los libros de la Escritura tales como están reunidos en la *Biblia*. Se obtendría de aquí otra ventaja: la de que la lectura asidua de la historia sagrada familiarizaría el espíritu de los niños con la idea de los espíritus y la creencia en su existencia, puesto que desempeñan un papel tan importante en todos los acontecimientos de esta historia; lo cual sería una excelente preparación para el estudio de los cuerpos. En efecto: sin la noción del espíritu, nuestra filosofía permanecería manca e incompleta en una de sus partes esenciales, puesto que dejaría a un lado la consideración de los seres más poderosos y más excelentes de la creación.

§ 191. Creo también que pudiera hacerse de esta historia sagrada un resumen sencillo y corto, que contendría los hechos principales y los más importantes, y que se pondría en manos del niño desde que supiese leer. Aun cuando esta lectura debe tener por resultado darle desde muy temprano alguna noción de los espíritus, no creo que esté esto en contradicción con el consejo que he dado yo de no turbar la imaginación de los niños, cuando son muy pequeños, hablándoles de los espíritus; porque yo quería decir sólo que hay inconvenientes en hacer entrar en su pensamientos estas imágenes de fantasmas, de espectros, de apariciones fantásticas, que los preceptores y todos los que rodean a los niños les presentan para asustarlos y asegurarse de su obediencia. Esta es una falta de la que los niños sufren durante toda su vida, porque esclaviza sus es-

píritus, ante temores y aprensiones terribles, a la debilidad y a la superstición. Cuando entren más tarde en el mundo y en la sociedad, y estén fatigados de estas ideas, de que enrojecen, ocurre con frecuencia que, para operar una cura radical y para desembarazarse de un fardo que pesa tanto sobre ellos, rechazan en bloque toda creencia en los espíritus y se lanzan así al extremo opuesto, que es más lamentable todavía.

§ 192. Si deseo que se comience por el estudio de los espíritus y que la doctrina de la Escritura haya penetrado profundamente el espíritu del joven antes de que aborde la filosofía natural, es porque estando todos nuestros sentidos en relación constante con la materia, la idea de ésta tienda a acaparar el espíritu entero y a excluir la idea de todo lo que no es materia; de suerte que, con frecuencia, este perjuicio, tan fuertemente apoyado, no deja ya libertad de creer en los espíritus y de admitir que no haya nada *in verum natura* que se asemeje a seres inmateriales [15]. Y, sin embargo, es evidente que, por la materia y el movimientos solos, no se puede explicar ninguno de los grandes fenómenos de la naturaleza, y, por ejemplo, para citar sólo éste, el fenómeno tan común de la gravedad. Creo que es imposible dar cuenta de él por las operaciones naturales de la materia, o por las leyes del movimiento; la voluntad positiva de un ser superior es la que lo ha regulado así. Así es que, puesto que no se puede explicar convenientemente el Diluvio sin admitir algo que esté fuera del curso ordinario de las cosas, yo preguntaría si, admitiendo que Dios ha trasladado por un momento el centro de la gravedad de la tierra (cosa igualmente inteligible que la gravedad misma, y que puede haber sido el resultado de una pequeña modificación de causas desconocidas), no se explicaría el Diluvio de Noé igualmente que por cualquiera de las hipótesis que se han propuesto hasta el día. Sé bien que se me hará una objección seria: este desplazamiento del centro de gravedad

[15] En otros términos, LOCKE quiere que la metafísica preceda a la física, porque teme que el espíritu se habitúe al materialismo si estudia las realidades sensibles antes de conocer las realidades inmateriales. Esta teoría irrita a ROUSSEAU: «LOCKE —dice— quiere que se comience por el estudio de los espíritus. Este método es el de la superstición, de los prejuicios, del error». Y sin justificar su afirmación, concluye: «El orden seguido por LOCKE no sirve sino para establecer el materialismo»: (*Emilio*, lib. IV) (Cit. por COMPAYRÉ)

no hubiera producido, se dirá, más que un desplazamiento parcial. Pero una vez concedido el desplazamiento, no es difícil concebir que la potencia divina haya podido colocar el centro de gravedad a una distancia conveniente del centro de la tierra, y que la haya hecho moverse circularmente hasta que el Diluvio se haya hecho universal. Así, creo yo, se explicarían todos los fenómenos del Diluvio, tales como los ha contado Moisés, más fácilmente que por las suposiciones extrañas que se han utilizado para exponer sus causas.

Pero no es ocasión de insistir sobre este argumento, que he querido indicar de paso solamente a fin de mostrar que es necesario en la explicación de la naturaleza recurrir a algo más que a la materia y al movimiento, verdad que se estará perfectamente preparado para comprender si nos familiarizamos con la noción de los espíritus, a cuyo poder atribuye la *Biblia* tan grandes efectos. Yo reservo para una ocasión mejor el desenvolvimiento más completo de mi hipótesis y la aplicación que de ella puede hacerse a todas las partes de la historia del Diluvio, a todas las dificultades que suscita este acontecimiento tal como ha sido contado en la Escritura.

§ 193. Pero volvamos al estudio de la filosofía natural. Aun cuando haya llenado el mundo de sistemas, no pudiera yo decir que conozco ninguno que pueda enseñarse a ningún joven como una ciencia en que esté seguro de encontrar la verdad y la certidumbre, es decir, lo que prometen todas las ciencias dignas de este nombre. No quiero decir con esto que no deba estudiar ninguno de estos sistemas. En un siglo de luces como el nuestro, es necesario que un caballero tenga idea de ellos, aunque fuese sólo para prepararlo para las conversaciones en el mundo. Pero sea que se le haga conocer por completo el sistema de Descartes, como el en boga actualmente [16]: sea que se juzgue preferible presentarle un es-

[16] LOCKE había leído a DESCARTES a los veintisiete años, y se complacía en repetir que esta lectura había sido para él una verdadera revelación. No es, sin embargo, cartesiano en su filosofía. Además de separarse completamente de DESCARTES en cuestiones importantes, especialmente en el problema de las ideas innatas, es por temperamento de un espíritu filosófico que no tiene nada de común con el del autor del *Discours de la méthode*. Prudente y tímido, circunspecto en cuanto a la especulación, LOCKE no podía sino desconfiar de las temeridades de DESCARTES. Se sabe, por otra parte, que el cartesianismo no ha tenido nunca mucho éxito cerca de los filósofos ingleses, que han permanecido en general fieles a la tradición empírica de BACON. (N. DE COMPAYRÉ)

quema de este sistema y de otros muchos, estimo que los sistemas de filosofía natural que han tenido éxito en esta parte del mundo deben estudiarse más bien con intención de conocer las hipótesis, de comprender los términos y las maneras de hablar de las diferentes escuelas, que con la esperanza de encontrar en ellos un conocimiento satisfactorio, completo y científico de las obras de la naturaleza.

Todo lo que puede decirse es que los atomistas modernos hablan, en general, un lenguaje más inteligible que el de los peripatéticos que reinaban anteriormente en las escuelas. Si queremos remontarnos más y ponernos al corriente de las opiniones de los antiguos, se podrá consultar con fruto el *Sistema intelectual*, del doctor Cudworth [17], donde aquel sabio autor ha expuesto y criticado las opiniones de los filósofos griegos con tanta exactitud y cuidado; los principios en que se fundaban y las principales hipótesis que los dividían, pueden ser allí estudiadas con más provecho que en ningún otro libro conocido. Pero no pretendo desviar a nadie del estudio de la naturaleza bajo pretexto de que es siempre imposible constituir una ciencia con los conocimientos que tenemos o que podemos tener. Hay en este estudio muchas cosas cuyo conocimiento es conveniente y aun necesario para un caballero, y otras muchas que, por el placer o el provecho que proporcionan, recompensan ampliamente de su trabajo a los curiosos que las estudian. Pero yo creo que se encontrará todo esto más bien en los escritos de los sabios que han hecho experiencias metódicas y observaciones, que en los que han construido sistema de pura especulación. Estos son los escritos, como, por ejemplo, muchas obras del mister Boyle [18]

---

[17] CUDWORTH, célebre filósofo inglés (1617-1688). El *Sistema intelectual* había sido publicado en 1578. CUDWORTH era el padre de lady MASHAM, la dama amiga de LOCKE.

[18] ROBERTO BOYLE ha tenido una inmensa reputación. En el *Biographical Dictionary*, de CHALMERS es llamado «el más ilustre filósofo de los tiempos modernos». En la *Encyclopedia Británica* se le reduce a «uno de los más grandes y mejores de los filósofos modernos», y aún es posible que se reduzca más su importancia. Pero en el siglo XVII se le consideró como un hombre más grande que LOCKE, si bien esto fuese en parte debido al origen humilde de LOCKE, mientras que BOYLE era hijo de un conde. BOYLE era cinco o seis años mayor que LOCKE, habiendo nacido en 1626-7. Murió en 1691. BOYLE formó en Oxford una escuela de Ciencia Natural Experimental, y fue el principal promovedor de la aplicación de los principios de BACON al descubrimiento de las leyes de la naturaleza. LOCKE se contó en el número de sus amigos y corresponsales.

así como otras que se han compuesto sobre la agricultura, la arboricultura, la jardinería y asuntos semejantes, que pueden convenir para un caballero una vez que haya adquirido una idea de los sistemas de filosofía natural hoy en boga.

§ 194. Aunque los sistemas de Física que encuentro me ofrecen pocas esperanzas de encontrar la certidumbre o la ciencia en ninguno de los tratados que puedan pretender darnos un sistema de filosofía natural relativo a los cuerpos, sin embargo, el incomparable mister Newton nos ha mostrado cómo las matemáticas, aplicadas a ciertas partes de la Naturaleza, según principios comprobados por la experiencia, podían llevarnos lejos en el conocimiento de lo que yo llamaría alguna de las provincias del incomprensible Universo. Y si otros sabios pudieran darnos sobre las demás partes de la Naturaleza, explicaciones tan seguras y tan claras como las que contiene, sobre nuestro mundo planetario y los principales fenómenos que en él se observan, su admirable libro *Philosophie naturalis principa mathematica* [19]. Podríamos concebir la esperanza legítima de tener un día, sobre muchas partes de esta sorprendente máquina del mundo, conocimientos más verdaderos y más ciertos de los que había hasta aquí derecho a calcular.

Y aun cuando haya muy pocas gentes que sepan bastantes matemáticas para comprender tales demostraciones, sin embargo, como los matemáticos más agudos que le han examinado han reconocido su valor, el libro merece ser leído, y da no poca luz y gusto a todos los que quieren darse cuenta de los movimientos, de las propiedades y de las operaciones de esas grandes masas de materia de que se ha formado nuestro sistema solar y que mediten atentamente sobre las conclusiones, las cuales dependen todas de proposiciones bien probadas.

El griego

§ 195. He aquí, en resumen, el plan de estudios que he concebido para un joven caballero. Extrañará, quizás, la omisión del griego y se me hará notar que Grecia es precisamente el país en que es preciso buscar la fuente original, los fundamentos de toda la cien-

[19] Esta obra apareció en 1687, seis años antes de la publicación de los *Pensamientos sobre educación.*

cia que se ha desenvuelto en nuestra parte del mundo. Soy verdaderamente de esta opinión, y agregaría que no puede pasar por sabio un hombre que ignore la lengua griega. Pero yo no quiero considerar aquí la educación de un sabio de profesión; yo no me ocupo sino de la educación de un caballero, al cual todo el mundo conviene que le son necesarios el latín y el fracnés, visto el estado presente de las cosas. Si nuestro caballero, una vez que llegue a hombre, tiene deseos de llevar más adelante sus estudios, y de penetrar en el mundo griego, le será fácil aprender esta lengua por sí mismo. Si, por el contrario, no siente inclinación por estos estudios, todo lo que le enseñe su maestro será trabajo perdido; habrá gastado mucho tiempo y esfuerzos para un estudio que se apresurará a abandonar y a olvidar desde el momento que disponga de su libertad. En efecto, aun entre las gentes de letras, ¿cuántos hay de cada ciento que retengan lo que se les ha enseñado de griego en los colegios, o que hagan bastantes progresos para llegar a leerlo corrientemente y a una inteligencia perfecta de los autores griegos?

Para concluir sobre este punto y sobre los estudios del joven caballero, yo diría que su preceptor debe acordarse que su papel no es tanto el de enseñarle todas las ciencias conocidas, como el de inspirarle el gusto y el amor de la ciencia y ponerlo en estado de adquirir nuevos conocimientos cuando tenga el espíritu para ello.

Transcribiré aquí, para el lector, los pensamientos que la cuestión del estudio de las lenguas ha sugerido a un juicioso autor [20] y en su propia manera de expresarlo: «No se puede cargar a la infancia con el conocimiento de demasiadas lenguas... Estas son útiles para todas las condiciones de los hombres, y le abren la entrada lo mismo para una profunda que para una fácil y agradable erudición. Si se aplaza este estudio tan penoso para una edad un poco más avanzada y que se llama juventud, no hay fuerza para abrazarlo libremente o no la hay para perseverar en él; y si se persevera, se consume en la investigación de las lenguas el mismo tiempo que se consagra al uso que de ellas se debe hacer, se limita a la ciencia de las palabras una edad que quiere ir más lejos y que pide cosas, y es perder, por lo menos, los primeros y más bellos años de la vida. Un fondo tan grande no puede hacerse sino cuando todo se imprime en el alma natural y profundamente, la memoria es nueva, pronta y fiel, el espíritu y el corazón están todavía vacíos de

[20] La Bruyère, *Caractères*, etc., cap. XIV.

pasión, de cuidados y de deseos y se es determinado a largos trabajos por aquellos de quienes se depende. Estoy persuadido que la pequeñez del número de los hábiles o el gran número de gentes superficiales viene del olvido de esta práctica».

Creo que todo el mundo reconocerá con este autor penetrante que el estudio de las lenguas es el que mejor conviene a nuestros primeros años, pero toca a los padres y a los profesores el considerar cuáles son las lenguas que el niño debe aprender. Es preciso confesar, en efecto, que es trabajo inútil y tiempo perdido aprender una lengua de la que no se hará probablemente ningún uso en la vida; una lengua que el niño, a juzgar por su temperamento, se apresurará a olvidar y abandonar desde el momento que se aproxime a la madurez y se desembarace de su gobernante para poder abandonarse a sus propios instintos. Y ¿cómo suponer que sus instintos le lleven a emplear una parte de su tiempo en el estudio de las lenguas sabias o a preocuparse de otra lengua que aquélla cuyo conocimiento le sea impuesto por un uso diario o por alguna necesidad del oficio?

Pero en interés de aquéllos cuya condición les destine a ser hombres de letras, citaré todavía las reflexiones que el mismo autor agrega a las precedentes a fin de justificarlas. Estas observaciones merecen el examen de todos aquellos que desean verdaderamente instruirse; éstas son de naturaleza adecuada para constituir una regla que los preceptores deberán fijar en el espíritu de sus alumnos y para transmitírsela como el principio director del resto de sus estudios.

«El estudio de los textos, dice La Bruyère, no puede jamás recomendarse bastante: es el camino más corto, más seguro y más agradable para todo género de erudición. Tened las cosas de primera mano, bebed en la fuente; manejad, remanejad los textos, aprendedlos de memoria, citadlos en las ocasiones, tratad, sobre todo, de penetrar el sentido en toda su extensión y en todas sus circunstancias; conciliad un autor original, ajustad sus principios, deducid vosotros mismos las consecuencias. Los primeros comentaristas se han encontrado en el caso en que yo deseo que os encontréis: no aceptad sus luces ni toméis, sino en el caso de que las vuestras sean demasiado cortas; sus explicaciones no son vuestras y pueden fácilmente escaparos; vuestras observaciones, por el contrario, nacen en vuestro espíritu y en él permanecen; las volveréis a encontrar más ordinariamente en la conversación, en la consulta y en la disputa. Tened el placer de ver que no os veis detenidos en la lectura, sino por las dificultades que son invencibles, ante las cuales

los mismos comentaristas y escoliastas permanecen tímidos, ellos tan fértiles por otra parte, tan abundantes y tan recargados de una vana y fastuosa erudición, en los lugares claros y que no exigen esfuerzo ni para ellos ni para los demás; acabad así de convenceros, por este método de estudiar, que es la pereza de los hombres la que les ha estimulado a llenar más bien que a enriquecer las bibliotecas, a hacer perecer los textos bajo el peso de los comentarios, y que ella ha procedido en esto contra sí misma y contra sus más caros intereses, multiplicando las lecturas, las investigaciones y el trabajo que procuraba evitar.

Aun cuando estos consejos no parezcan dirigirse más que a los hombres de letras, son de tan grande alcance para la buena dirección de su educación y de sus estudios, que creo no se me censurará de haberlos citado aquí, sobre todo si se considera que pueden ser de algún socorro, incluso para un caballero si se le ocurriera penetrar más allá de la simple superficie de las cosas y adquirir conocimientos sólidos y completos que le permitan dominar ésta o la otra ciencia particular.

Se dice que lo que establece más diferencia entre los hombres es el orden y la constancia. De lo que estoy seguro es de que para aclarar el camino de un escolar, para sostenerlo en su marcha, para permitirle andar con un paso fácil y avanzar muy lejos en cualquier investigación, nada vale tanto como un buen método. Su preceptor debe, pues, esforzarse en hacerle comprender su utilidad, en acostumbrarle al orden, en enseñarle los métodos en todas las direcciones del pensamiento. Que se le muestre en qué consiste y cuáles son sus ventajas; que le familiarice con sus diversas formas, con la que va de lo general a lo particular, o de las cosas particulares a otra cosa más general; que le ejercite en uno y otro [21] y que le haga ver a qué objetos es más apropiado cada uno de estos métodos y a qué fines puede servir mejor.

En el estudio de la historia es preciso seguir el orden cronológico; en las investigaciones filosóficas, el orden de la naturaleza, la cual, en todas sus investigaciones, va el punto que ocupa al punto que está inmediatamente yuxtapuesto. Del mismo modo el espíritu debe pasar del conocimiento que ya posee al que viene después y que se refiere al primero, y marchar así hacia su objeto, considerando las partes más simples las menos complejas del tema que es-

[21] Es decir, en el método inductivo y en el deductivo.

tudia. A este efecto será de gran utilidad que el maestro habitúe a su discípulo a hacer distinciones claras, es decir, a tener ideas claras dondequiera que el espíritu pueda sorprender una diferencia real; pero debe evitar con el mismo cuidado admitir distinciones de palabras cuando no tenga claramente la idea de una distinción y de una diferencia.

Complementos

El baile

§ 196. Además de lo que debe aprender por el estudio y en los libros, hay otras cualidades necesarias para un caballero, cualidades que es preciso adquirir por el ejercicio, consagrándoles un cierto tiempo y bajo la dirección de maestros particulares.

Como el baile es el que da para toda la vida el hábito de los movimientos graciosos y el que procura, sobre todo, el aire viril y la seguridad que conviene a los jóvenes, creo que nunca será demasiado pronto enseñarles a bailar una vez que tengan la edad y el vigor necesario. Pero es preciso asegurarse de un buen maestro que *sepa* y que pueda enseñar lo que es verdaderamente gracioso y conveniente, lo que da a todos los movimientos del cuerpo un aire libre y suelto. Si un maestro no enseña esto, más vale no tener ninguno. La torpeza natural, en efecto, es preferible a esas actitudes afectadas, que hacen que un niño se asemeje a un mono, y pienso que vale más quitarse el sombrero y hacer una reverencia como un honrado caballero rural, que como un maestro de baile del sistema antiguo. En cuanto a las diversas figuras del baile y a la parte del baile, le doy poca o ninguna importancia, excepto en la medida en que estos ejercicios tienden a dar al continente una gracia perfecta.

La música

§ 197. La música se piensa que tiene alguna afinidad con la danza, y muchas gentes consideran como un don precioso la habilidad para tocar ciertos instrumentos. Pero la música ocupa de tal

modo el tiempo de un joven, aun para no llegar más que a una habilidad mediocre, y le obliga con frecuencia a tan malas compañías, que hará mejor en emplear su tiempo en otra cosa. he oído tan pocas veces, en la sociedad de los hombres sensatos y prácticos, oír alabar o estimular a alguno por la excelencia de su talento musical que, entre las cosas que pueden figurar en la lista de las artes de adorno, a la música es a la que yo atribuiría mejor el último lugar. La brevedad de nuestra vida no nos permite aprender todas las cosas; y, por otra parte, no podemos ser obligados constantemente al estudio. La debilidad de nuestra constitución, desde el punto de vista del cuerpo como desde el punto de vista del espíritu, exige que reposemos con frecuencia; y en todas las edades, si queremos emplear bien nuestra vida, debemos consagrar una buena parte de ella a los recreos. Al menos se impone esta necesidad para los niños. Sin esto, al mismo tiempo que les hacéis envejecer antes de tiempo por un exceso de precipitación, tendréis el pesar de conducirles prematuramente o de sumergirlo en una segunda infamia antes de lo que penséis. Por esto, a mi juicio, todos los esfuerzos que se destinan a progresos serios deben reservarse para cosas más útiles y más importantes que a música, y emplearse, al mismo tiempo, según los métodos más rápidos y más fáciles que se puedan imaginar. Quizás no sea, como ya he dicho, uno de los menores secretos del arte de la educación el saber hacer de los ejercicios del cuerpo el recreo de los ejercicios del espíritu, y recíprocamente. No dudo de que un hombre hábil pueda hacer algo en este sentido, si tiene cuidado de estudiar bien el temperamento y las inclinaciones de su discípulo, porque el niño que está fatigado del estudio o del baile, no por eso desea ir al lecho inmediatamente; quiere solamente hacer otra cosa que le recrea y le divierta. pero que no se olvide nunca que una cosa que no se hace con placer no puede servir de recreo.

La esgrima.— La equitación.

§ 198. La esgrima y el arte de montar a caballo pasan por partes tan necesarias de una buena educación, que se me reprocharía como una omisión grave no hablar de ello. La equitación, que no puede aprenderse más que en las grandes ciudades, es uno de los mejores ejercicios que podemos procurarnos en esos lugares de placer y de lujo; y por esta razón, un joven caballero debe consagrarle

buena parte del tiempo mientras resida en la ciudad. Mientras que la equitación no tiene por fin más que dar al caballero una actitud sólida y suelta, ponerlo en estado de manejar su caballo para detenerlo, dominarlo, hacerle girar, enseñarle, en fin, a mantenerse firme, es un ejercicio útil a un caballero, lo mismo en la paz que en la guerra. Pero el que este ejercicio merezca o no el que los jóvenes hagan de él una ocupación, y que tenga bastante importancia, para que le consagren más tiempo del que deberían emplear, por intervalos, a esta especie de ejercicios violentos, en interés único de su salud, es una cuestión cuyo cuidado de resolver dejo a la sabiduría de padres y preceptores; que recuerden solamente que en todas las partes de la educación lo que reclama más tiempo, y más esfuerzos, son los conocimientos que verosímilmente serán de mayor resultado y de uso más frecuente en el curso ordinario y en las circunstancias de la vida a que está destinado el joven.

§ 199. En cuanto a la esgrima, puede ser un buen ejercicio para la salud, pero es peligrosa para la vida, porque la conciencia de ser en ella hábil puede llevar a disputar a los jóvenes que creen haber aprendido a manejar bien el acero. Esta confianza presuntuosa los hace más sensibles de lo conveniente sobre el punto del honor para provocaciones ligeras o aun absolutamente insignificantes. Los jóvenes, en el calor de su sangre, están dispuestos a creer que han aprendido inútilmente la esgrima si no encuentran ocasión de desplegar en un duelo su habilidad y su valor, y parece que tienen razón. Pero las lágrimas de muchas madres pueden demostrar a cuántas tristes tragedias ha dado lugar esta disposición de espíritu. Un hombre que no pueda batirse estará más dispuesto a evitar la compañía de jugadores y espadachines, y será mucho menos puntilloso sobre las cuestiones de honor y no estará tan dispuesto a afrentar a los demás, ni a sostener tan fieramente su opinión, que es la causa ordinaria de las disputas. Por otra parte, cuando acude un hombre al terreno del honor, una destreza mediocre para manejar las armas, más bien le servirá para exponerle a los golpes del adversario que para evitarlos. Y, ciertamente, un hombre de valor, que no entiende absolutamente nada de esgrima, y que, por consiguiente, no pueda batirse, y lo confía todo a un golpe vigoroso, lleva ventaja a un duelista medianamente hábil, sobre todo si es diestro para la lucha. Por consiguiente, sí es preciso tomar algunas precauciones contra tales accidentes, y si un padre debe preparar a sus hijos para sostener encuentros, quisiera mejor que mi hijo fuese un hábil luchador que un duelista mediocre, y es todo lo que pue-

de ser un caballero, a menos de que no se pase su vida en la sala de armas y se ejercite en ella todos los días. Además, siendo la esgrima y la equitación consideradas generalmente como cualidades necesarias para un caballero bien educado, sería quizás demasiado riguroso rehusar completamente a un joven de este rango estas pruebas de distinción. Yo dejaría, pues, a su padre el cuidado de decidir hasta qué punto el temperamento de su hijo y el puesto que debe ocupar en la vida, le permiten o le obligan a condescender con usos que por una parte no sirven gran cosa en la vida civil, y que, por otra parte, fueron desconocidos en las naciones más belicosas, y que parecen, en fin, no aumentar sino poco, la fuerza o el valor de los que se someten a ellas, a menos que no se imagine que el valor y la bravura militar hayan sido favorecidos y aumentados por la moda de los duelos, con la cual ha hecho la esgrima su entrada en el mundo, y con la cual espero también que salga de él.

§ 200. Tales son por el momento mis pensamientos sobre los estudios y sobre las artes de adorno que deben agregarse a ellos. Pero el gran asunto es, sobre todo, la virtud y la sabiduría:

Nullum numen abest si sit prudentia

Que el niño aprenda bajo vuestra dirección a dominar sus inclinaciones y a someter sus apetitos a la razón. Si obtenéis esto, y si por una práctica constante hacéis de ello un hábito, habréis llenado la parte más difícil de vuestra tarea. Y para que un joven llegue a esto, no conozco medio más eficaz que el deseo de ser alabado y estimado; este sentimiento es, pues, el que hay que inspirarle por todos los medios imaginables. Hacedle sensible al honor y a la vergüenza todo lo que podáis. Cuando lo hayáis logrado habréis arrojado en su espíritu un principio que influirá en su conducta cuando no estéis a su lado; un principio con el cual no puede compararse el temor al látigo y el pequeño dolor que éste causa y el cual constituirá en fin el tejido en que insertaréis los verdaderos principios de la moralidad y la religión.

Es preciso aprender un oficio

§ 201. Me queda todavía algo que agregar, y sé bien que haciendo conocer mi pensamiento, corro el riesgo de parecer olvidar

mi asunto y todo lo que he escrito anteriormente sobre educación: porque yo quiero hablar de la necesidad de un oficio, y no he pretendido educar sino un caballero cuya condición no parece compatible con un oficio. Y, sin embargo, no vacilo en decir que quisiera que mi gentilhombre aprendiese un oficio, sí, un oficio manual: hasta quisiera que aprendiese dos o tres, pero uno especialmente[1].

§ 202. Puesto que es preciso dirigir hacia algo que le sea útil la inclinación activa del niño, las ventajas que obtendrá de los ejercicios que se le proponen, pueden reducirse a dos categorías: 1.ª Hay casos en que la habilidad que adquieren por el ejercicio, es estimable en sí misma; esto ocurre no solamente con el estudio de las lenguas y de las ciencias, sino con la pintura, con el arte de tornear, de la jardinería, y con el arte de templar el hierro y trabajarlo, y con todas las demás artes útiles. 2.ª Hay casos en que el ejercicio, aparte de toda otra consideración, es útil o necesario para la salud. Los primeros de estos conocimientos, es tan necesario que los niños los adquieran durante su edad juvenil, que deben consagrar una buena parte de su tiempo a hacer progresos en ellos, aun cuando estas ocupaciones no contribuyan en nada a su salud. Tales son la lectura, la escritura y todos los estudios sedentarios que tienen por fin el cultivo del espíritu y que ocupan necesariamente una buena parte del tiempo del caballero tan pronto como nace. Pero las artes manuales, que para ser aprendidas y para ser practicadas exigen el trabajo del cuerpo, tienen por resultado, no solamente aumentar nuestra destreza y nuestra habilidad por el ejercicio, sino también fortificar nuestra salud, sobre todo, aquellos en los cuales se trabaja al aire libre. En estas ocupaciones, por consiguiente, la salud y la habilidad progresan conjuntamente y pueden escogerse algunas que constituyan el recreo de un niño cuyo asunto principal es el estudio de los libros. Lo que debe guiarnos en esta elección es la edad y la inclinación de la persona; la violencia debe desterrarse siempre y no debe obligarse al niño a aplicarse a la fuerza a estos trabajos. La violencia, en efecto, y la fuerza, engendran con frecuencia la aversión, y no la curan nunca. Todo lo que se hace a pesar de uno mismo y por violencia, nos apresuramos a abandonarlo cuando podemos; y mientras se hace, no encontramos en ellos ni beneficio ni placer.

---

[1] Ésta es la idea que tanto debía acentuar luego ROUSSEAU en su *Emilio*.

La Pintura

§ 203. De todas las artes, la que más me gustaría, desde este punto de vista, sería la pintura, aparte de una o dos objecciones a las cuales no es fácil responder. En primer lugar, pintar mal es una de las cosas más detestables del mundo; y para alcanzar un grado soportable de habilidad, se requiere mucho tiempo. Si el niño tiene una inclinación natural por la pintura, es de temer que olvide los demás estudios más útiles, para entregarse a ella enteramente; y si no tiene gusto por este arte, será inútil emplear el tiempo, el esfuerzo y el dinero: nada conseguirá. Otra razón que me hace descartar la pintura de la educación de un caballero, es la de que se trata de un recreo sedentario que ocupa el espíritu más que el cuerpo. El estudio es el que debe constituir la ocupación más seria de un caballero, y cuando tiene necesidad de descanso y de diversión, es preciso que los busque en algún ejercicio corporal que distienda su espíritu y fortifique al mismo tiempo su salud y su temperamento. Por estas dos razones no me inclino yo por la pintura.

Los recreos

§ 204. En segundo lugar, yo propondría, para un joven que habita en el campo, una de estas dos cosas, o más bien las dos a la vez: en primer lugar la jardinería o la agricultura en general; después, el trabajo en madera, a la manera de un carpintero, de un ebanista o de un tornero [2]. Estos son recreos sanos que convienen al hombre de estudios o al hombre de negocios. Puesto que el espíritu, en efecto, no tolera ser constantemente empleado en la misma cosa, y los hombres sedentarios y estudiosos tienen necesidad de algún ejercicio que divierta su espíritu y a la vez ocupe su cuerpo,

---

[2] «La Agricultura —dice ROUSSEAU— es el primer oficio del hombre; es más honrado, el más útil y, por consiguiente, el más noble que pueda ejercer. Yo no digo a Emilio: aprende la agricultura; la sabe. Todos los trabajos rústicos le son familiares». (*Emilio*, lib. III)

«Bien considerado, el oficio que yo más desearía que fuese del gusto de mi alumno es el de ebanista. Es limpio, es útil, puede ejercitarse en la casa; mantiene el cuerpo en actividad suficiente; exige en el obrero destreza e industria y, en la forma de las obras que la utilidad determina, no se excluyen la elegancia y el buen gusto». (*Emilio*, III)

no conozco nada que pueda reunir mejor estas ventajas para un caballero rural, que los dos ejercicios de que he hablado; si la estación o el mal tiempo le impide, en efecto, consagrarse al uno, puede pasar al otro. Además, si llega a alcanzar habilidad en el primero, tendrá medios de gobernar y de instruir a su jardinero; si es hábil en el segundo, inventará y hará un gran número de objetos útiles y agradables a la vez. No es que yo considere esta última ventaja como el fin principal de su trabajo, pero es un atractivo que puede estimularle. Lo que pido, sobre todo, a estas ocupaciones, es que le diviertan por un ejercicio manual, útil y sano, de sus otros pensamientos y de sus asuntos más serios.

§ 205. Entre los antiguos, los grandes hombres sabían concertar muy bien el trabajo de las manos con los negocios del Estado, y no pensaban comprometer su dignidad haciendo del uno el recreo de los otros. En la agricultura es donde parecen haber empleado y divertido más ordinariamente sus horas de ocio. Entre los judíos, Gedeón abandonó su trilla, lo mismo que Cincinato, entre los romanos, su arado, para mandar el ejército de su país contra sus enemigos; y se sabe que su habilidad para manejar el trillo o el arado, no les impidió triunfar en el oficio de las armas. Por haber sido buenos obreros en sus trabajos manuales, no fueron generales y políticos menos hábiles. Se mostraron tan grandes capitanes y tan grandes hombres de Estado, como habían sido buenos agricultores. Catón el Viejo, que había ejercido con gloria todos los cargos de la República, nos ha dejado un escrito que prueba lo versado que estaba en el arte de la agricultura [3]; y yo recuerdo que Cyro no creía que la jardinería estuviese por debajo de la dignidad y de la grandeza del trono, puesto que mostraba a Tenefonte un vasto campo de árboles frutales plantados todos por su mano. La historia de los antiguos, de los judíos lo mismo que la de los gentiles, está llena de hechos de este género, que pudieran citarse, si fuese necesario recomendar mediante ejemplos el uso de los recreos útiles.

§ 206. No lleguéis a pensar que yo cometo una falta cuando doy el nombre de diversiones y recreos a estas artes manuales y a todos los demás ejercicios de este género: porque el recreo consiste, no en permanecer sin hacer nada (como puede observar cualquiera), sino en aliviar con la variedad del ejercicio el órgano fati-

[3] CATÓN EL MAYOR. *Marco Postius Caton censorius* (B. C., 234-149), escribió una obra de agricultura. *(De re Rustica)*

gado. Y el que piense que la diversión no puede provenir de un trabajo duro y penoso, olvidaría que los cazadores se levantan por la mañana temprano, se fatigan a caballo, sufren calor, frío, hambre, y, sin embargo, la caza es el placer familiar de los hombres de la más alta condición. Cavar, plantar, injertar, y todos los trabajos de este género, no procurarían menos diversión a los hombres, que los juegos inútiles consagrados por la moda; si pudiera una vez llevárseles a que se deleitasen con ellos, el hábito y la habilidad adquirida le uniría bien pronto con cualquier de estos ejercicios. Se encontrarían indudablemente muchas gentes que, invitadas con demasiada frecuencia a jugar a las cartas o a otros juegos por personas a las cuales no pueden rehusar nada, se han aburrido en estas especies de diversiones más de lo que hubieran hecho consagrándose a las ocupaciones más serias de la vida, aunque no tengan naturalmente aversión por estos juegos, y aun cuando estén dispuestos incluso a divertirse con ellos alguna vez.

§ 207. El juego, en el que las personas de calidad y especialmente las damas, pierden tanto tiempo, es para mí la prueba evidente de que los hombres no pueden estar sin hacer nada. Es preciso que se ocupen siempre en alguna cosa. ¿Cómo explicarse de otro modo que consagren tantas horas a ocupaciones que causan generalmente más molestias que deleites a la mayor parte de los hombres durante el tiempo que a ellos se consagran? Es cierto, para los que reflexionan después de haber acabado de jugar, que el juego no deja satisfacción ninguna tras de sí, y que no aprovecha en nada ni al cuerpo ni al espíritu. En cuanto a la cuestión del dinero, si es bastante para influir en sus intereses, no es un recreo, sino un comercio que rara vez enriquece a las personas que tienen para vivir otros recursos; y, en todo caso, si le enriquece, el jugador feliz hace un triste papel, puesto que no llena sus bolsillos sino a expensas de su reputación.

Los recreos no se han hecho para los hombres que no conocen el trabajo de los negocios, y que no están fatigados y agotados por las ocupaciones de su cargo. El gran arte consistirá en disponer de horas de recreo de tal manera, que se pudiese durante ellas reposar y refrescar las facultades que han sido ejercitadas y fatigadas, y hacer algo al mismo tiempo que, aparte del placer y el reposo de momento, nos asegure alguna ventaja en el porvenir. Sólo la vanidad y el orgullo de la grandeza y de la riqueza, son las que han extendido y puesto de moda estos vanos y peligrosos pasatiempos (como se les llama), y las que han acreditado esta opinión de que, para

un caballero, el estudio o el trabajo manual no son una diversión conveniente. Esto es lo que ha atribuido a las cartas, a los dados y a la bebida, tanto crédito en el mundo. Muchas gentes emplean en ellos sus horas de ocio, más bien bajo el influjo de la moda, y porque no conocen mejor ocupación para llenar el vacío de su tiempo desocupado, que por encontrar un verdadero placer. No pueden soportar el peso tan pesado de un ocio absoluto, el aburrimiento de no hacer nada; y como no han aprendido nunca el arte manual útil que pueda divertirlos, recurren, para pasar su tiempo, a estas diversiones frívolas o malsanas, a las cuales, un hombre razonable que no hubiese sido corrompido por la costumbre, no podría encontrar sino poco placer.

§ 208. Yo no digo, sin embargo, que un joven caballero no deba nunca prestarse a las distracciones inocentes que el uso ha puesto de moda entre las gentes de su edad y condición. Estoy tan lejos de querer que sea austero y moroso en este punto, que yo desearía, por el contrario, verlo entrar, con una complacencia marcada, en todos los placeres, en todos los goces de las personas que frecuente, y no mostrar ninguna repugnancia, ninguna aversión por las cosas que esperan de él, a condición de que convengan a un caballero y a un hombre honrado. En cuanto a las cartas y a los dados, yo creo que lo más discreto y lo más seguro es no aprender jamás a jugarlos, y, gracias a esta ignorancia, permanecer al abrigo de estas tentaciones peligrosas y de esta manera perder un tiempo precioso. Pero aun autorizando las conversaciones perezosas, los entretenimientos alegres y todos los recreos convenientes que recomienda el uso, creo que un joven encontrará todavía bastante tiempo, fuera de sus ocupaciones serias y esenciales, para aprender aproximadamente un oficio. Los hombres no llegan a ser expertos en más de un arte por falta de aplicación, no por falta de ocio. Una hora por día, empleada regularmente en una diversión de este género, bastará para hacer adquirir a un hombre, en muy poco tiempo, un grado de habilidad que no puede sospechar; y aun cuando no haya otra ventaja en esto que descartar y desacreditar los pasatiempos ordinarios, los juegos viciosos, inútiles y peligrosos, y mostrar cómo se puede prescindir de ellos, todavía sería una cosa digna de estimularse. Si desde su juventud estuviesen curados los hombres de esa indolencia que hace que muchas veces dejen deslizar inútilmente una buena parte de su vida sin ocupaciones y aun sin placeres, encontrarían bastante tiempo para hacerse hábiles y experimentados en un gran número de cosas que, aun cuando alejadas de su

profesión real, no serían, sin embargo, incompatibles con ella. Y por esta razón, como por todas las que he dicho ya, la actitud indolente y distraída de un espíritu que se complace en soñar todo el día, es lo que menos se debe permitir y tolerar en los jóvenes. Esta disposición es la adecuada a un hombre enfermo, cuya salud está en desorden; pero, fuera de esto, no debe soportarse en nadie en ninguna edad ni condición.

§ 209. A las artes que he mencionado más arriba, pueden agregarse el arte de preparar los perfumes, el barnizado, el grabado y muchas clases de obras en hierro, en cobre o en plata. Si, como ocurre con frecuencia, nuestro joven caballero pasa una gran parte de su tiempo en una gran ciudad, se le podría enseñar a tallar, a pulimentar, a tallar piedras preciosas o a pulimentar y preparar vidrios de anteojos. Entre tantas artes manuales tan ingeniosas, es imposible que no encuentre alguna que le agrade y que le encante, a menos que no sea perverso y corrompido; y no lo sería si ha sido bien dirigida su educación. Y puesto que no se le puede emplear constantemente en estudiar, en leer, en hablar, le quedarán, fuera del tiempo que le ocupen estos ejercicios, muchas horas, que correría el peligro de emplear mal si no las ocupase en esta especie de trabajos. En efecto, y concluyo así: es raro que un joven consienta en permanecer absolutamente ocioso y con los brazos cruzados; y, si ocurriera, se trataría de un defecto que es preciso combatir enérgicamente.

SECCIÓN XXVI. §§ 210-211

La teneduría de libros

§ 210. Pero si los padres, equivocados, asustados con estos desgraciados nombres de oficios y artes mecánicas, repugnan ver a sus hijos consagrarse a una ocupación de este género, hay, sin embargo, una cosa relativa al comercio de la cual reconocerán, después de madura reflexión, que su conocimiento es absolutamente necesario para sus hijos.

La teneduría de libros no es, indudablemente, una ciencia de la que un caballero tenga necesidad para adquirir riquezas; pero quizás no haya nada que contribuya más útilmente a hacerle conservar las que posee. Rara vez se ve que una persona que lleve exactamente la cuenta de sus ingresos y de sus gastos, y que, por consiguiente, tiene constantemente la vista fija sobre la marcha de sus asuntos domésticos, llegue a arruinarse; y tengo la certidumbre que muchas gentes no comprometen sus negocios sin apercibirse de ello, o no se precipitan en su ruina una vez que ésta ha comenzado, sino por no querer o no saber tomarse este trabajo. Yo daría, pues, a todo caballero el consejo de aprender perfectamente la teneduría de libros, y de no imaginarse que esta ciencia no se ha hecho para él, bajo el pretexto de que ha nacido y está, sobre todo, en uso entre las gentes de negocios.

§ 211. Cuando un joven caballero haya aprendido a llevar los libros de cuentas (lo cual es cosa de juicio más que de aritmética), no estará mal que su padre, desde este momento, le obligue a hacer uso de su ciencia para sus pequeños negocios. No es que quiera que anote menudamente todos los gastos que haga, todo el dinero que emplee en beber y en divertirse: la partida *gastos generales* bas-

tará para estas cosas. Tampoco quiero que su padre vigile demasiado minuciosamente sus cuentas para tener ocasión de criticar sus gastos. Debe recordar que ha sido joven también y cuáles eran los pensamientos de que estaba entonces animado, y no olvidar que su hijo tiene derecho a tener las mismas ideas y de satisfacerlas a su vez. Si pido, pues, que el joven esté obligado a llevar sus cuentas, no es para que el padre pueda por este medio intervenir sus gastos (porque de todo el dinero que le de hay que dejarle la libre y entera disposición): es para que adquiera desde muy pronto el hábito de hacerlo; para que este uso, que le será tan útil y tan necesario de practicar durante el resto de su vida, se le haga familiar desde su juventud. Un noble veneciano, cuyo hijo vivía en la plenitud de la fortuna de su padre, y la derrochaba, viendo que los gastos de su hijo eran enormes y extravagantes, ordenó a su cajero no diese a su hijo sino tanto dinero como quisiese contar al recibirlo. Se pensará, sin duda, que no es este un medio de moderar los gastos del joven, puesto que quedaba en libertad de tomar tanto dinero como quisiese; sin embargo, este expediente, empleado con un joven aturdido que no se hubiese preocupado jamás sino de la persecución de sus placeres, le causa un gran embarazo y le dispone, en fin, a hacer esta discreta y útil reflexión: «Si necesito tanto esfuerzo para contar el dinero que quiero gastar, ¿qué esfuerzo y qué cuidado no habrán necesitado mis antepasados cuando se trataba, no de contarlo, sino de ganarlo?» Este pensamiento razonable, sugerido por el pequeño trabajo que se le impone, actúa tan poderosamente en su espíritu, que le detiene en sus gastos y en adelante procede como hombre económico. En todo caso, lo que todo el mundo reconocerá, es que nada es más a propósito para mantener nuestros gastos en límites justos, que el hábito de tener ante los ojos el estado de nuestros asuntos en cuentas exactas y bien llevadas.

De los viajes

§ 212. Usualmente la última parte de la educación son los viajes, que se piensan comúnmente como el coronamiento de la obra y complemento del caballero. Reconozco que los viajes por los países extranjeros tienen grandes ventajas; pero el tiempo generalmente escogido para enviar fuera a los jóvenes es, a mi juicio, el menos a propósito para aprovechar sus ventajas. Los resultados que se aspiran a alcanzar, y que son más importantes, pueden reducirse a dos: el primero consiste en estudiar las lenguas extranjeras; el segundo, en hacerse más sabios y más prudentes frecuentando los hombres y conversando con gentes que, por el temperamento, los trajes y las costumbres, difieren unos de otros, y difieren sobre todo de las personas de nuestra parroquia y de nuestra vecindad [1]. Pero la edad de diez y seis años a veintiuno que se escoge ordinariamente para los viajes, es, de todas las edades de la vida, la menos propia para asegurar estas ventajas. la primera edad en que el niño puede aprender las lenguas extranjeras y acostumbrarse a pronunciarlas con su verdadero acento, es, a mi juicio, de siete o catorce o diez y seis años. Además, sería útil, y aun necesario, que un niño de esta edad fuese acompañado de un preceptor que le

[1] MONTAIGNE recomienda los viajes por los mismos motivos: «Por esta causa (el ejercicio del juicio), es maravillosamente adecuado para ello el comercio de los hombres y la visita a los países extranjeros...; para conocer principalmente los humores de estas naciones y sus maneras, y para frotar y limar nuestro cerebro contra el de los otros». (*Essais*, I, XXV) (Cit. por COMPAYRÉ)

enseñase otra cosa al mismo tiempo que aprende la lengua del país. Pero separar a los jóvenes de su familia, mediante largas distancias, bajo la sola dirección de un preceptor, a una edad en que se creen demasiado hombres para ser gobernados, y en la que no tienen bastante prudencia ni bastante experiencia para gobernarse por sí mismos, ¿no es exponerlos a los grandes peligros de la vida en la edad en que menos pueden librarse de esos peligros? Cuando el niño no ha llegado todavía a la edad ardiente de las pasiones, puede esperarse que el gobernante tenga sobre él alguna autoridad. Hasta los quince o diez y seis años, ni la terquedad que se desenvuelve con la edad, ni la tentación de seguir los ejemplos de otro, le impedirán escuchar a su preceptor. Pero cuando el adolescente comienza a frecuentar los hombres y cree serlo él mismo; cuando empieza a gozar los placeres de los hombres y a fundar en ellos su vanidad; cuando considera como una vergüenza permanecer ya bajo la conducción y control de un maestro, ¿puede esperarse que se someta aun al preceptor más atento y más hábil? Éste no tiene la autoridad necesaria para mandar, y su discípulo no tiene disposición para obedecer. Por el contrario, el joven se ve arrastrado por el ardor de la sangre y por la autoridad de la moda a seguir el ejemplo tentador de los camaradas que no son más hábiles que él, más bien que los consejos de un preceptor, que se les aparece ahora como el enemigo de su libertad. Cuando un hombre es a la vez indócil y experimentado, ¿no es cuando corre peligro de perderse? Es la edad de la vida en que hay más necesidad de permanecer bajo la mirada, bajo la autoridad de sus padres y de sus amigos, y de dejarse conducir por ellos. La flexibilidad de la primera parte de la edad del hombre, cuando aún no se ha desenvuelto la personalidad, le hace más tratable y le pone al abrigo del peligro. Más tarde comienzan a aparecer la razón y la previsión y advierten al hombre la necesidad de considerar sus intereses y su perfeccionamiento. La época que juzgo más conveniente para enviar a un joven al extranjero, es, o bien cuando es muy joven, y entonces con un preceptor, el más seguro que pueda encontrarse para este empleo, o bien cuando, con más edad, solo y sin preceptor. Entonces, en efecto, se encuentra en estado de gobernarse a sí mismo, de hacer observaciones sobre lo que, en los demás países, le parezca digno de observarse, y de lo que crea poder sacar partido cuando vuelva a su patria; y, además, a esta edad, instruido como está en las leyes y costumbres de su propio país, de sus ventajas naturales, de sus cualidades morales lo mismo que de sus defectos, tiene algo que cam-

biar con los extranjeros, cuya conversación le proporcionará conocimientos nuevos.

§ 213. Creo que, por ordenarse de otro modo los viajes, es por lo que un gran número de jóvenes vuelven de sus excursiones sin haber obtenido de ellas ningún provecho. Si traen a su patria algún conocimiento de las regiones y de los pueblos que han visitado, sólo han admirado muchas veces las prácticas peores y más vanas que han observado. Guardar el recuerdo y el gusto de las cosas que han dado a su libertad su primer desarrollo, más bien que el de las que les hubieran hecho mejores y más sabios a su vuelta. Y no hay medio de que ocurra de otro modo cuando viajan a la edad en que lo hacen ordinariamente bajo la dirección de un gobernante que está encargado de proveer a sus necesidades y de hacer observaciones para ellos. Bajo la conducción de tal guía, piensan tener el derecho de permanecer con los brazos cruzados; no se creen responsables de su conducta, y, por consiguiente, rara vez se toman la pena de hacer por sí mismos investigaciones y observaciones útiles. Sus pensamientos se dirigen a la persecución de las diversiones y de los placeres, y consideran como una afrenta que se les quiera inspeccionar en esta materia. Pero es raro que se tomen el trabajo de examinar las costumbres, de observar los talentos, de considerar las artes, los temperamentos y las inclinaciones de los hombres que frecuentan, a fin de saber cómo deben comportarse con ellos. El que viaja con ellos, ¿no está para ponerlos a cubierto, para acudir en su socorro cuando se vean en un apuro, y para responder por ellos en todas sus desventuras?

§ 214. El conocimiento de los hombres es, lo declaro, una tan gran habilidad, que no puede esperarse que un joven pueda alcanzar inmediatamente la perfección en ella. Pero los viajes servirían de tan poca cosa si no les abriesen alguna vez los ojos, si nos les hiciesen más prudentes y circunspectos, si no les acostumbrasen a mirar más allá de las apariencias, si no les enseñasen, en fin, bajo la guardia inofensiva de una conducta pulida y cortés, a conservar su libertad y a salvar sus intereses en la sociedad de los extrajeros y de toda clase de gentes sin perder jamás su estimación. El que viaja a la edad conveniente, con los pensamientos de un hombre que quiere perfeccionarse, puede entrar en relaciones, dondequiera que vaya, con personas de calidad: cosa de gran ventaja para un caballero que viaja. Sin embargo, pregunto entre nuestro jóvenes que viajan por el extranjero conducidos por un preceptor: ¿hay muchos que visiten a alguna persona de calidad? Tampoco entablan

conocimiento con las personas cuya conversación pueda enseñarles cuáles son los principios de la buena educación en cada país, y lo que merece ser en ellos observado. Y, sin embargo, hablando con estas personas, podrían aprender en un día más que corriendo durante un año de hostería en hostería. Y la cosa, después de todo, no es sorprendente; porque los hombres de mérito y de talento no pueden estar dispuestos a recibir ya en su intimidad a jóvenes que tienen todavía necesidad de la guarda de un preceptor. Pero un caballero, aunque todavía joven y extranjero, si se presenta como un hombre, y si manifiesta deseo de informarse de las costumbres, de las maneras, de las leyes y del gobierno del país que visita, será bien recibido en todas partes; encontrará auxilio y buena acogida cerca de las personas más distinguidas y más instruidas de cada país, las cuales estarán siempre dispuestas a recibir, a estimular y a proteger al viajero bien educado y de espíritu curioso.

§ 215. Cualquiera que sea la exactitud de estas observaciones, tengo el temor de que no cambiarán nada de la costumbre adoptada de hacer viajar a los jóvenes precisamente a la edad menos propicia, y esto por razones que no tienen nada que ver con el interés por sus progresos. Es preciso —se dice— no aventurar al joven en los viajes cuando sólo tienen ocho o diez años, por temor a lo que pueda ocurrirle en una edad tan tierna; y, sin embargo, corre entonces diez veces menos riesgo que a los diez y seis o diez y ocho años. Tampoco se cree conveniente retenerlo en casa hasta que haya pasado la edad peligrosa e indisciplinada de las pasiones; se quiere que esté de vuelta en casa hacia los veintiun años, a fin de casarse y de tener hijos. Su padre no puede esperar más tiempo para dotarlo, y su madre tiene necesidad de una nueva nidada de niños para convertirlos en sus juguetes. Así es como mi joven caballero, resulte lo que resulte, podrá desposar a la mujer que se le haya escogido desde que tenga la edad requerida. Y, sin embargo, no constituiría un mal para su salud, para su talento o para su felicidad, que la cosa se retardase algún tiempo, y que se le dejase tomar, por su edad y por su experiencia, alguna ventaja sobre sus hijos. Ocurre con frecuencia, en efecto, que los niños siguen muy de cerca pisando los talones a sus padres, y esto contra su propio interés y contra el interés de su padre. Pero puesto que nuestro joven caballero está a punto de casarse, tiempo es dejarlo con su esposa.

CONCLUSIÓN

§ 216. Aunque estoy llegando a una conclusión de lo que respecto a la educación me han sugerido algunas observaciones elementales, no por eso me atrevería a decir que considero lo hecho como un tratado sobre esta materia. Existen muchas otras cosas que merecen ser contempladas; especialmente si se quisieran abarcar las varias disposiciones naturales, diferentes inclinaciones y particulares defectos que pueden encontrarse en los niños; y prescribir remedios adecuados. La variedad es tan grande, que requeriría un volumen; y ni aun así sería suficiente. La mente de cada hombre tiene algún rastro peculiar, al igual que su rostro, que le distingue de todos los demás; y posiblemente no haya dos niños que puedan ser guiados por un método totalmente idéntico. Además, creo que un príncipe, un aristócrata y el hijo de un burgués corriente, deberían tener diferentes formas de crianza. Pero aquí solamente se han expuesto algunos puntos de vista generales, referidos al fin principal y a los objetivos de la educación, y pensados para el hijo de un burgués a quien, siendo entonces muy pequeño, yo consideré simplemente como un pliego en blanco o como cera que se puede moldear y labrar según el gusto de cada cual. No he tocado apenas más que aquellos capítulos que juzgué necesarios para la crianza de un joven burgués. He publicado estos pensamientos con la esperanza de que, aun sin constituir, ni mucho menos, un tratado completo sobre la materia, ni un compendio en el que cada cual pueda encontrar lo que se acomode a su hijo, sí pueden dar alguna luz a aquellos cuya preocupación por sus pequeños les hace tan atrevidos que prefieren arriesgarse a consultar a su propia razón, en cuanto a la educación de sus hijos, antes que fiarse a ciegas de la antigua costumbre.

SOBRE EL EMPLEO DEL ENTENDIMIENTO

SOBRE EL EMPLEO DEL ENTENDIMIENTO

Quid tam temerarium tamque indignum sapientis gravitate atque constantia, quam aut falsum sentire, aut quod non satis explorate perceptum sit, et cognitum, sine ulla dubitatione defendere? — Cic. *de Natura Deorum*. lib. 1.

1. *Introducción*

El entendimiento es el último recurso que tiene un hombre en la conducción de sí mismo, pues aunque distingamos entre las facultades de la mente y demos el mando supremo a la voluntad, en cuanto que agente, la verdad es que el hombre es el agente y que, basándose en un anterior conocimiento o apariencia de conocimiento, con el entendimiento determina la realización de una acción voluntaria. Ningún hombre emprende nada sin un criterio previo que le sirva para razonar lo que hace; y sean cuales sean las facultades que emplee, el entendimiento, bien o mal informado y con las luces que tenga, le conduce constantemente. La propia voluntad, por absoluta e incontrolable que podamos considerarla, no deja nunca de obedecer a los dictados del entendimiento. Los templos tienen imágenes sagradas que han sido siempre muy influyentes sobre una parte importante de la humanidad. Pero en realidad los poderes invisibles que gobiernan a los hombres son las ideas e imágenes de sus mentes, y a aquellas universalmente se someten. Por tanto, es del máximo interés que prestemos gran atención al entendimiento, a fin de dirigirlo directamente a la busca del conocimiento y de los juicios que éste permite alcanzar.

En cuanto que única arte enseñada en las escuelas, la lógica ac-

tualmente en uso ha poseído desde hace tanto tiempo la patente de la dirección de la mente en el estudio de las artes y las ciencias, que quizás pudiera considerarse como una afectación de novedad la sospecha de que, para conducir el entendimiento, no bastan las normas que han servido al mundo ilustrado durante los dos o tres mil últimos años, y en las que los hombres instruidos han confiado sin quejarse de sus defectos. Sin duda dicho intento sería tachado de vanidoso y presuntuoso si no estuviera justificado por la autoridad de Lord Verulam, quien no pensando, servilmente, que el aprendizaje no podía progresar más por el hecho de no haber avanzado en mucho tiempo, no se contentó con aplaudir y aprobar perezosamente lo que ya existía, por el simple hecho de su existencia, sino que amplió su mente para dar cabida en ella a lo que podía existir. Escribía así en el prefacio de su *Novum Organum:*

«Aquéllos que tantas virtudes atribuían a la lógica, percibieron con razón, que no era seguro confiar el entendimiento a sí mismo sin la salvaguardia de algunas normas. Pero el remedio no atajó el mal, sino que se convirtió en parte de él, pues la lógica que se desarrolló, aunque era útil para los asuntos civiles y las artes, que son objeto de la conversación y la opinión, ante los hechos reales de la naturaleza estaba muy lejos de resultar precisa; y al tratar de alcanzar lo que le era imposible, en lugar de abrir un camino a la verdad ha servido para confirmar y establecer los errores». Más adelante añade que, como consecuencia de ello, «es absolutamente necesario que se introduzca un uso y empleo de la mente mejores y más perfectos». *Necessario requiritur ut melior et perfectior mentis et intellectus humani usus et adoperatio introducatur.*

2. *Talentos*

Resulta visible la gran variedad que hay entre los entendimientos de los hombres; tan grande es la diferencia entre algunos de ellos que no sería posible paliarla ni con habilidad y laboriosidad, pues unos parecen carecer por naturaleza de los fundamentos necesarios para alcanzar aquello que otros logran fácilmente. Entre hombres de igual educación existe una gran desigualdad de talentos; y encontramos hombres de capacidades diversas tanto en los

bosques de América como en las escuelas de Atenas. Pero aunque esto sea cierto, sin embargo creo que la mayor parte de los hombres queda muy alejada de aquello que podría alcanzar por causa de la falta de atención a su entendimiento. Se piensa que algunas normas de la lógica son suficientes para los que pretenden llegar al máximo de sus posibilidades, pero creo que en el entendimiento hay defectos naturales numerosos e importantes que podrían ser enmendados y que persisten porque no se les presta atención. Es fácil percibir que en el uso y la mejora de esta facultad de la mente, los hombres son culpables de numerosas faltas, las cuales les estorban en su progreso y les mantienen en la ignorancia y el error durante toda su vida. A continuación trataré algunas de ellas, esforzándome en señalar los remedios adecuados.

3. *Razonamiento*

Dejando aparte la falta de costumbre de descubrir y poner en orden las ideas intermedias, la ausencia de ideas concretas y la carencia de sagacidad, los hombres son culpables en sus razonamientos de tres errores que impiden que su razón llegue a prestar los servicios a los que estaba destinada. Quien reflexiona acerca de las acciones y discursos de la humanidad descubrirá que este tipo de defectos es muy frecuente y visible.

1. Primero están aquellos que, con el fin de ahorrarse los trabajos y problemas de pensar y examinar las cosas por sí mismos, raramente razonan, y actúan y piensan según el ejemplo de otros, ya se trate de padres, vecinos, ministros de la iglesia o de aquellos en los que por propia elección hayan puesto su fe.

2. Luego vienen los que ponen la pasión en el lugar que debería ocupar la razón y que, cuando ya han decidido qués es lo que gobernará sus acciones y argumentos, nunca utilizan razonamientos propios ni escuchan los de otros cuando no convienen a su humor, interés o partido; se contentan, por lo común, con palabras que no expresen ideas distintas a las que ya poseen, aunque vemos que en las materias que les resultan indiferentes y que pueden tratar sin el estorbo de una inclinación secreta no carecen de la capacidad de hablar y escuchar razonablemente.

3. El tercer grupo lo componen los que están sinceramente dis-

puestos a razonar, pero faltos de lo que podríamos llamar un sentido amplio y apropiado, carecen de la visión plena de todo lo que se relaciona con la cuestión y pueda ser importante para tomar una decisión. Todos tenemos una visión limitada, y con gran frecuencia sólo vemos un lado de la cuestión, sin alcanzar todo lo que tiene relación con ella. No creo que hombre alguno esté libre de este defecto. Vemos y conocemos parcialmente, por lo que no es sorprendente que desde nuestro punto de vista parcial no lleguemos a una conclusión correcta. Esto indica a los que se estiman a sí mismos con orgullo excesivo la utilidad de hablar y consultar con los demás, incluso con los que son de menor capacidad, rapidez y penetración, pues como nadie lo ve todo y generalmente tenemos perspectivas diferentes de la misma cosa, de acuerdo con lo que podríamos llamar nuestra diferente posición ante ella, no resulta incongruente pensar que ante cualquier cuestión otro hombre pueda tener nociones que a nosotros se nos hayan escapado, y que si tal cuestión llegara a su mente podrían razonar útilmente. La facultad de razonarse difícilmente engaña a quienes se entregan a ella, y las consecuencias de lo que se construye con ella son evidentes y ciertas; lo que con frecuencia nos lleva al error, si no lo único, es el hecho de que los principios que utilizamos para llegar a la conclusión, el terreno sobre el que asentamos nuestro razonamiento, no es mas que una parte, y dejamos fuera algo que deberíamos incluir en el análisis para que éste fuera exacto y justo. Esto nos permite imaginar la ventaja infinita que tienen sobre nosotros los ángeles y espíritus extracorpóreos, ya que en sus diversos grados de elevación sobre nosotros pueden estar dotados de facultades más globalizadoras; y es posible que algunos de ellos, al tener una visión perfecta y exacta de todos los seres finitos que quieren considerar, puedan reunir en un parpadeo, por así decirlo, todas las relaciones de esos seres, aunque estén muy esparcidas y sean casi ilimitadas. ¡Una mente tan bien abastecida tiene mucha razón en aceptar la certidumbre de sus conclusiones!

Aquí podemos encontrar el motivo de que algunos hombres de estudio y pensamiento que razonan bien y son amantes de la verdad no hagan grandes progresos en sus descubrimientos. El error y la verdad se mezclan en sus mentes, sus decisiones son defectuosas y poco convincentes y con mucha frecuencia se equivocan en sus juicios; y todo ello porque sólo conversan con un tipo de hombres, sólo leen un tipo de libros y no prestan sus oídos más que a un tipo de nociones. Del mundo intelectual separa para sí mis-

mos un pequeño Goshen* en donde brilla la luz, y piensan que la claridad del día les bendice; pero abandonan a la noche y la oscuridad las vastas zonas restantes, y evitan acercarse a ellas. Junto a un pequeño arroyo, mantienen una hermosa relación con las cosas conocidas; limitadas a esos estrechos confines, manejan con destreza los productos y mercancías de esa pequeña esquina, y con ella se contentan, pero no se aventuran a salir al gran océano del conocimiento para ver las riquezas que la naturaleza ha almacenado en él con una autenticidad, solidez y utilidad iguales a las que hay en su pequeño lugar, que para ellos contiene todo lo que de bueno hay en el universo y del que admiran su plenitud y suficiencia. Se sienten al abrigo en sus estrechos territorios y no miran más allá de los límites que han puesto a sus investigaciones el azar, el engaño y la pereza. Como viven separados de las nociones, discursos y logros del resto de la humanidad, les podríamos comparar con los habitantes de las Islas Mariam, quienes como estaban privados por un gran brazo de mar de toda comunión con las partes habitadas de la tierra, creían que formaban el único pueblo del mundo. A pesar de sus escasas comodidades y de que no habían llegado a utilizar el fuego hasta que no hace muchos años se lo llevaron los españoles, en su escasez e ignorancia de casi todas las cosas, y a pesar de que los españoles les hubieran llevado noticia de la variedad de naciones, pensaban que en ellos eran abundantes la ciencia, el arte y las comodidades de la vida, de las que en realidad nada sabían; podríamos decir que creían ser el pueblo más sabio y feliz del universo. Pienso que nadie les considerará por ello grandes naturalistas ni sólidos metafísicos, nadie pensará que los más perspicaces de ellos tengan opiniones amplias sobre ética o política, y nadie concederá que los más capaces posean un entendimiento tan avazado que les permita un conocimiento que llegue más allá del de las pocas cosas de sus islas y de las islas vecinas que estén al alcance de su comercio. Y aun es menos probable que alguien piense que tienen esa mente amplia que adorna a un alma dedicada a la búsqueda de la verdad con la ayuda de los escritos, opiniones y sentimientos de hombres de pensamiento de diversas escuelas. La consecuencia de esto es que los hombres que tienen una visión de aquello que les interesa, estrecha y ciega por tanto, no deben pretender que po-

---

* (N. del T.).— Región del antiguo Egipto, al este del delta del Nilo, en donde reinaba la abundancia.

seen una visión plena de la verdad. Ningún hombre debe pensar que la verdad sólo está en las ciencias que él estudia o en los libros que lee. Si prejuzgamos las nociones de los otros hombres antes de haberlas analizado no estamos demostrando la oscuridad de aquellas, sino que estamos cerrando nuestros propios ojos. «Probad de todas las cosas y tomad lo que es bueno», dice una norma divina del Padre de la luz y la verdad. Y me resulta difícil encontrar otro modo de alcanzar la verdad y aprehenderla que no sea cavando y buscándola, del mismo modo que se hace con el oro y los tesoros escondidos; con este método se encuentra mucha tierra y escombros antes de llegar al metal puro, pues con él suelen ir mezclados los guijarros, la arena y la escoria, pero finalmente el oro enriquecerá al que se haya esforzado en buscarlo y separarlo de los elementos inútiles. No hay peligro de que se deje engañar por la mezcla y no lo encuentre, pues todo hombre lleva en sí una piedra de toque, o criterio general, que si la utiliza le permitirá distinguir el oro verdadero del brillo superficial, y diferenciar entre la verdad y las apariencias. Pero los prejuicios asumidos, las presunciones arrogantes y la estrechez de nuestras mentes nos impiden aprovecharnos de esta piedra de toque, que es la razón natural. Esta noble facultad del hombre se debilita y extingue en quien no se ejercita comprendiendo plenamente las cosas inteligibles. Considere el lector si no sucede así. El trabajador de una aldea no tiene por lo común más que una pizca de conocimiento, pues la pobreza de su conversación y de su empleo ha puesto límite a ideas y nociones; el mecánico de poca categoría que vive en una ciudad le aventaja algo, mientras que los zapateros y conserjes de las grandes ciudades les sobrepasan a ambos. Pensemos en un caballero del campo que, tras abandonar el aprendizaje del latín y otras ciencias en la Universidad, vuelve a su casa solariega en donde se relaciona con vecinos semejantes a él que solo disfrutan con la caza y la botella; con ellos pasa el tiempo, con ellos conversa, y no conoce compañía cuyas palabras sean superiores a las que inspiran el clarete y la disolución. Pero este patriota, formado en tan feliz modo de vida, dicta decisiones judiciales notables en las sesiones trimestrales del juez de paz y da pruebas eminentes de habilidad política cuando las exigencias de la bolsa y su partido le fuerzan a ocupar una posición más visible. Verdaderamente, frente a tal caballero un espigador ordinario de una casa de café de la ciudad es un consumado estadista, tan superior a aquél como lo es frente a un tendero normal un hombre que converse sobre Whitehall y los tribunales. Ampliando el ejem-

plo, podemos decir que uno se emboza tras el celo y la infalibilidad de su propia secta y no entrará en debate con nadie que cuestione alguna de las cosas que para él son sagradas, ni leerá un libro semejante. El otro analiza nuestras diferencias religiosas con una indiferencia justa y equitativa y, probablemente, descubre que ninguna de las sectas es absolutamente excepcional. Esos sistemas y divisiones fueron hechos por el hombre y llevan en sí la marca de la falibilidad; por tanto, el que analiza las diferencias encontrará en aquellos de quienes difiere, y contra lo que tenía un prejuicio general antes de abrir sus ojos, muchas cosas importantes que antes ni siquiera había imaginado. ¿Cuál de estos hombres tiene mayor probabilidad de juzgar con rectitud nuestras controversias religiosas, y estará por tanto más en posesión de la verdad, objetivo éste al que todos pretenden dirigirse? Los hombres de los que hemos hablado en el ejemplo han partido, supongo, de igual talento natural, pero han llegado a una verdad y un conocimiento desiguales; esa desigualdad deriva del diferente alcance de sus entendimientos, que con la información que recogieron y las ideas, nociones y observaciones con que se abastecieron eligieron un modo distinto de formarse y emplear la mente.

Ante la objeción de que nadie tiene suficiencia para ello, he de decir que más de la que cabe imaginar. Todo el mundo sabe cuál es su asunto y lo que, de acuerdo con ello, el mundo puede esperar en justicia de él; y añadiré que todos tenemos suficiente tiempo y oportunidad para abastecernos en ese aspecto si no nos privamos, por estrechez de espíritu, de las ayudas que tenemos a mano. No estoy diciendo que para ser un buen geógrafo un hombre haya de visitar y observar todos los ríos, montañas, promontorios, arroyos y edificaciones de la faz de la tierra, como si fuera a ver una propiedad que va a comprar; pero se me concederá que conoce mejor un país el que lo recorre con frecuencia, atravesándolo de arriba a abajo, que el que, como un caballo atado a una noria, da vueltas por el mismo sendero y no sale de los estrechos límites del lugar que le complace. El que indague para saber cuáles son los mejores libros sobre cada ciencia, y se informe sobre la mayor parte de los autores de las diversas sectas filosóficas y religiosas, no considerará infinito el trabajo de familiarizarse con los sentimientos de la humanidad ante los temas más importantes y generales. El que ejercite de esta manera la libertad de su razonamiento y entendimiento fortalecerá la mente, ampliará su capacidad y mejorará sus facultades; además, la luz que se darán mutuamente las partes re-

motas y diversas de la verdad le ayudarán de tal modo en su juicio que será raro que se pierda, pues dará prueba de tener una mente clara y un conocimiento general. Al menos éste es el único medio que conozco para que el entendimiento mejore y llegue al máximo de su capacidad, y para que pueda distinguir entre las dos cosas que más se diferencian en el mundo: un embustero lógico y un hombre de razón. Sólo el que así deje volar la mente para que investigue en todas partes en busca de la verdad puede estar seguro de que cuando emplea el pensamiento entrarán ideas claras en su cabeza, y de que no dejará de juzgar, sin inclinaciones personales, lo que recibe en los escritos o discursos de los demás. No podemos tolerar que la reverencia o el perjuicio añadan belleza o deformidad a una opinión.

4. *Sobre la práctica y el hábito*

Las facultades y potencias con las que nacemos nos capacitan casi para cualquier cosa, y por lo menos nos pueden conducir mucho más lejos de lo que podríamos imaginar, pero solo el ejercicio de esas facultades nos proporciona la capacidad y la habilidad y nos conduce a la perfección.

Difícilmente alcanzará un labrador de mediana edad el porte y el lenguaje de un caballero, aunque su cuerpo esté igualmente proporcionado, sus articulaciones sean iguales de flexibles y sus talentos naturales no sean inferiores en modo alguno. Las piernas de un maestro de danza y los dedos de un músico parecen producir esos movimientos tan regulares y admirables de modo natural, sin trabajo ni pensamiento previos. Pero si les cambiamos el papel se esforzarán en vano por producir tales movimientos en los miembros que no estaban habituados, y necesitarán mucho tiempo y ejercicio para alcanzar una capacidad semejante a la que tenía antes. ¡Qué movimientos tan increíbles y sorprendentes realizan con sus cuerpos los funámbulos y acróbatas! De entre todas las artes corporales, no solo son maravillosas esas variedades, pero las cito porque el mundo las toma como tales y paga dinero por verlas. Esos movimientos tan admirados, fuera del alcance, y casi de la concepción, de los espectadores que no los han practicado, no son más que el simple efecto del uso y la laboriosidad de los hombres que los ejecutan, cuyos cuerpos no tienen nada peculiar que los diferencie del de los espectadores sorprendidos.

Con la mente sucede lo mismo que con el cuerpo: gracias a la práctica ha llegado a ser lo que es; y hasta la mayor parte de las excelencias que se consideran como dones naturales, tras un examen más atento resultan ser el producto del ejercicio, que mediante la repetición de las acciones las ha elevado hasta esas alturas. Algunos hombres son notables por la amenidad de sus chanzas, y otros destacan por la oportunidad y diversión de sus historias y apólogos. Suele pensarse que esas cualidades se deben a la naturaleza, que no hay normas que las rijan y que el que sobresale en cualquiera de ellas no las estudió a propósito, en cuanto que un arte que debe ser aprendido. Lo cierto, sin embargo, es que un primer acierto debido a la fortuna le permitió obtener el aprecio de alguien, le estimuló a intentarlo de nuevo e inclinó por ese camino sus esfuerzos y pensamientos, hasta que por fin, sin percibir ni sentir cómo lo hacía, tuvo facilidad para ese tipo de actividad; por tanto se atribuye a la naturaleza lo que, en una medida mucho mayor, es el efecto del uso y la práctica. No niego que con frecuencia la disposición natural pueda dar el primer impulso, pero con él un hombre nunca llega demasiado lejos, si no lo acompaña de práctica y ejercicio; sólo la práctica lleva a la perfección las potencias de la mente y del cuerpo. Bajo un comercio se encierra muchas veces una buena vena poética que no produce nada por falta de deseos de mejora en ese campo. Incluso en un mismo tema, los caminos del discurso y del razonamiento son muy diferentes en los tribunales de justicia y en la universidad. Quien pase directamente desde Westminster a la bolsa encontrará un genio y un giro diferente en los modos de hablar, pero no podemos pensar por eso que los que por azar acabaron en la ciudad comercial nacieron con talentos diferentes de los de los que recibieron su formación en la universidad o en los colegios de abogados.

¿Qué propósito tiene lo que acabo de decir? Demostrar que las diferencias visibles en el entendimiento y talento de los hombres no surgen tanto de sus facultades naturales como de los hábitos adquiridos. ¿Quién no reiría ante el intento de convertir en un bailarín maravilloso a un campesino torpe de más de cincuenta años? Pues no tendría mucho más éxito el que se esforzara por hacer razonar bien, o hablar bellamente, a un hombre de esa edad que no estuviera acostumbrado a tales cosas, y tratara de conseguirlo poniéndole delante una colección de los mejores preceptos de la lógica y la oratoria. De nada sirve estudiar las normas y amontonarlas en la memoria, si la práctica no fija el hábito de actuar sin

reflexionar sobre la norma. No es de esperar que tras una conferencia y una instrucción en las artes de la pintura y la música pueda alguien convertirse de improviso en un pintor o músico de talento, y por el mismo motivo tampoco puede un hombre razonar y pensar de modo coherente y estricto por el simple hecho de conocer una serie de normas que muestren en qué consiste el razonamiento correcto.

Y puesto que los defectos y debilidades del entendimiento de los hombres, así como de sus otras facultades, se deben a la falta de un uso correcto de sus propias mentes, me siento tentado a pensar que aunque el fallo se achaque generalmente a la naturaleza, alegando con frecuencia una falta de talento, el culpable es la ausencia de un ejercicio apropiado que permita mejorar tales facultades. Con frecuencia, unos hombres que nos parecen diestros y agudos para el regateo comercial nos resultan absolutamente estupidos si razonamos con ellos sobre asuntos de religión.

5. *Ideas*

No volveré a extenderme aquí, en relación con el empleo correcto y la mejora del entendimiento, sobre la necesidad de tener unas ideas claras y definidas, empleando nuestros pensamientos en ellas, en lugar de en los sonidos con que son expresadas; tampoco me referiré a la fijación del significado de las palabras, tanto las que utilizamos nosotros mismos en la búsqueda de la verdad como las que empleamos con los demás al discutir sobre ella. En otro lugar ya me he extendido suficientemente sobre el estorbo que puede representar todo ello para el entendimiento que trata de lograr el conocimiento; por tanto, no hace falta decir aquí nada más sobre estas materias.

6. *Principios*

Ya he mencionado otro error que detiene o equivoca el conocimiento de los hombres, pero creo necesario volver a hablar de ello, para que los examinemos completamente y veamos la raíz de donde surge; me refiero a la costumbre de adoptar principios que no resultan evidentes y que, con gran frecuencia, tampoco son ciertos. No es inusual ver cómo los hombres apoyan sus opiniones so-

bre fundamentos que tienen tan poca certeza y solidez como las propias proposiciones construidas sobre ellos, y en su nombre abrazadas. Tales fundamentos son semejantes a éstos: los fundadores o dirigentes de mi partido son buenas personas, y por tanto sus afirmaciones son ciertas; ésta es la opinión de una secta errónea, por lo tanto es falsa; hace tiempo que se conoce en el mundo, por tanto es cierto; esto es nuevo, y falso por ende.

Con estas afirmaciones y otras muchas semejantes, que no son en absoluto la medida de la verdad y la falsedad, la generalidad de los hombres construye las normas con las que acostumbra a juzgar a su entendimiento. Como están habituados a determinar la falsedad y la verdad por medio de esas medidas erróneas, no es sorprendente que tomen el error por certeza y se muestren muy seguros sin tener razón para ello.

Hay quienes, pretendiendo al menos razonar, cuando estas falsas máximas son puestas a prueba reconocen su falibilidad, y no permiten que las utilicen los que opinen de un modo diferente al de ellos mismos; sin embargo, a pesar de estar convencidos de ello, siguen utilizándolas, y en la siguiente ocasión que se presente veremos que discuten basándose en las mismas razones. Como los hombres dirigen su entendimiento con esas reglas erróneas incluso después de haber visto que *no pueden confiar en ellas, podríamos* pensar que desean engañarse a sí mismos. Pero no son culpables, a pesar de lo que pudiéramos pensar a primera vista, pues creo que hay muchos que razonan así realmente, no por engañarse a sí mismos ni equivocar a los demás. Están persuadidos de que hay razones de peso en lo que dicen, aunque en un caso semejante se hubieran convencido de que no había fundamento alguno; y es que los hombres serían intolerables para sí mismos, y despreciables para los demás, si abrazaran opiniones sin base alguna y sostuvieran algo que no pudieran razonar en modo alguno. La mente necesita de algún fundamento en el que descansar, sea verdadero o falso, sólido o inestable; y, como ya he observado en otro lugar, en cuanto considera una proposición elabora precipitadamente una hipótesis en la que basarla, pues se siente inquieta hasta que lo hace. Si siguiéramos, tal como deberíamos hacer, las inclinaciones de nuestra naturaleza, nuestro propio temperamento nos dispondría en gran medida a un uso adecuado del entendimiento.

En algunos asuntos de interés, especialmente en los de religión, al hombre no se le permite que permanezca en un estado de vacilación e incertidumbre; debe profesar un dogma u otro, y sería una

propia falta de entendimiento, pues nadie descubre tal falta en sí mismo ni se queja de ella. Su fracaso no se debió a una ausencia de juicios y pensamientos adecuados; el hombre no ve tal defecto en sí mismo, sino que está convencido de poder lograr sus fines con su propio razonamiento, de no ser por la presencia de acontecimientos desafortunados que no estén a su alcance. Así pues, contento con ese uso breve e imperfecto de su entendimiento, no se preocupa de buscar métodos para mejorar la mente, por lo que toda la vida transcurre sin ninguna noción de lo que es un razonamiento preciso, que requiere una larga cadena de consecuencias, conectadas entre sí, que descanse en fundamentos seguros; es decir, el tipo de razonamiento que es necesario para entender y aclarar la mayor parte de las verdades especulativas que tanto interesan a los hombres y que dicen creer. Me referiré aquí con detalle, pues ya lo trataré de un modo más completo, el hecho de que en muchos casos no basta con una serie de consecuencias, sino que deben examinarse y compararse muchas deducciones diferentes y opuestas antes de poder juzgar correctamente un tema. ¿Qué se puede esperar entonces de los hombres que no se dan cuenta de que no saben razonar así, o que cuando se dan cuenta de ello no saben cómo remediarlo? Lo mismo sería esperar que un campesino que apenas conoce los números y nunca ha realizado una suma de tres cifras hiciera una larga cuenta de un comerciante y encontrara el verdadero resultado.

¿Qué cabe hacer, en tal caso? Deberíamos recordar lo que dije antes: que las facultades del alma, lo mismo que las del cuerpo, pueden mejorar y llegar a sernos útiles. Tomemos el caso de un hombre que escribe o pinta, que baila, camina por la cuerda floja o realiza con destreza y facilidad cualquier otra operación manual, y supongamos que ha tenido siempre tanto vigor, actividad y flexibilidad; sin embargo, nadie esperaría que pudiera hacer tal cosa sin estar habituado y haber empleado tiempo y trabajo en formar su mano, o facultad externa, para realizar esos movimientos. Lo mismo sucede con la mente: para que un hombre razone bien ha de acostumbrarse en una etapa temprana, ejercitando la mente con la observación de la conexión de las ideas y siguiendo la cadena que forman estas. Nada mejor para conseguirlo que las matemáticas, por lo que creo que debieran enseñarse a todos los que tuvieran tiempo y oportunidad; no tanto para hacerlos matemáticos como para convertirlos en seres razonables, pues aunque todos nos consideramos así, porque hemos nacido para serlo, la naturaleza nos da

fácilmente; y aunque llegaran a entenderlos no sabrían cómo utilizarlos, pues por falta de hábito no podrían manejar las largas deducciones derivadas de principios remotos.

¿Quiere eso decir que los hombres adultos no tienen posibilidad de ampliar o mejorar su entendimiento? No, pero no creo que lo logren sin laboriosidad y aplicación, que requieren más tiempo y trabajo del que se permitirán los hombres adultos, asentados en el curso de sus vidas, y que ése es el motivo de que no lo consigan. Al decir que el entendimiento sólo mejora con el uso y el ejercicio volvemos a lo que ya había expresado antes: que la mente y el cuerpo sólo mejoran con la práctica, por lo que no debemos esperar que el entendimiento nos lleve *más allá* del punto en que lo hemos perfeccionado con el hábito.

Los americanos no nacen con un entendimiento peor que el de los europeos, y sin embargo vemos que ninguno de ellos alcanza los logros de estos en las artes y las ciencias. Y entre los hijos de un campesino pobre, el que tiene la fortuna de educarse y entrar en contacto con el mundo desarrolla un talento infinitamente superior al de sus hermanos, que por haber seguido viviendo en casa no ha podido desarrollarlo.

El que tiene relación con estudiantes jóvenes, especialmente con los de matemáticas, se da cuenta de que sus mentes se abren gradualmente, y que ello se debe al ejercicio. En ocasiones no consiguen pasar de una parte de la demostración, y no por falta de voluntad y aplicación, sino porque no perciben la conexión que existe entre dos ideas; conexión que resulta absolutamente visible para el que ha ejercitado más el entendimiento. Lo mismo le sucedería a un adulto que empezara a estudiar matemáticas; por falta de uso, el entendimiento se queda trabado con frecuencia, pero después de toda su confusión, cuando llega a entender la conexión se asombra de haber vacilado en un caso tan sencillo.

7. *Matemáticas*

Ya he mencionado que las matemáticas ayudan a establecer en la mente el hábito de razonar con fidelidad y en una cadena; eso no quiere decir que considere necesario que todos los hombres sean grandes matemáticos, sino que, al haber captado el modo de razonar que ese estudio aporta necesariamente a la mente, podrían transferirlo a otras partes del conocimiento en cuanto tuvieran ocasión.

rios para alcanzar el conocimiento carezcan de la ayuda requerida para mejorar su entendimiento, y que me estoy refiriendo a ellos principalmente. En mi opinión, los que por el trabajo y facultades de sus antepasados han visto liberadas sus espaldas y mentes de unas faenas constantes y monótonas, deberían conceder algo de su tiempo libre al entendimiento, abriendo sus mentes, mediante ensayos y pruebas, a todos los tipos y materiales del razonamiento. Ya he mencionado antes las matemáticas, de las cuales el álgebra proporciona nueva ayuda y visión al entendimiento. Ya dije que no propongo esto para que todo el mundo sea un matemático perfecto o un conocedor profundo del álgebra; lo que pienso es que el estudio de esas materias es de infinito valor incluso para los adultos. En primer lugar, porque convencen experimentalmente al hombre de que, para razonar bien, no basta con tener unas facultades que le satisfagan y le sirvan en su vida cotidiana. Con estos estudios un hombre se dará cuenta de que aunque piense que su entendimiento es muy capaz, sin embargo le falla en algunas cosas, a veces de modo muy visible. De este modo se desarraigaría esa presunción que la mayoría de los hombres tienen sobre sí mismo; y no estarían tan dispuestos a pensar que su mente no necesita ayuda para crecer y que nada podría añadirse a la agudeza y penetración de su entendimiento.

En segundo lugar, el estudio de las matemáticas demostrará que para razonar es necesario separar todas las ideas distintas y ver las relaciones que tienen entre sí las ideas implicadas en un tema, descartando rotundamente todas las que no se refieren a la proposición estudiada. También en los temas que no están relacionados con las matemáticas es un requisito absolutamente necesario para razonar, aunque en ellos no se observe tan fácilmente ni se practique con tanto cuidado. En las partes del conocimiento en las que la demostración no se considera posible, podríamos decir que los hombres razonan globalmente; y suelen darse por contentos si pueden plantear la apariencia de una probabilidad tras una visión sumaria y confusa o tras una consideración parcial; especialmente si se trata de una disputa en la que cualquier minucia se presenta con ostentación y en la que se utiliza todo lo que pueda dar algún color al argumento. Pero una mente así no está en posición de encontrar la verdad, pues ni toma separadamente todas las partes implicadas tras omitir lo que no se refiere directamente a la cuestión, ni extrae una conclusión de todos los particulares que influyan sobre ella de algún modo. Hay otro hábito igualmente útil relacio-

bre fundamentos que tienen tan poca certeza y solidez como las propias proposiciones construidas sobre ellos, y en su nombre abrazadas. Tales fundamentos son semejantes a éstos: los fundadores o dirigentes de mi partido son buenas personas, y por tanto sus afirmaciones son ciertas; ésta es la opinión de una secta errónea, por lo tanto es falsa; hace tiempo que se conoce en el mundo, por tanto es cierto; esto es nuevo, y falso por ende.

Con estas afirmaciones y otras muchas semejantes, que no son en absoluto la medida de la verdad y la falsedad, la generalidad de los hombres construye las normas con las que acostumbra a juzgar a su entendimiento. Como están habituados a determinar la falsedad y la verdad por medio de esas medidas erróneas, no es sorprendente que tomen el error por certeza y se muestren muy seguros sin tener razón para ello.

Hay quienes, pretendiendo al menos razonar, cuando estas falsas máximas son puestas a prueba reconocen su falibilidad, y no permiten que las utilicen los que opinen de un modo diferente al de ellos mismos; sin embargo, a pesar de estar convencidos de ello, siguen utilizándolas, y en la siguiente ocasión que se presente veremos que discuten basándose en las mismas razones. Como los hombres dirigen su entendimiento con esas reglas erróneas incluso después de haber visto que no pueden confiar en ellas, podríamos pensar que desean engañarse a sí mismos. Pero no son culpables, a pesar de lo que pudiéramos pensar a primera vista, pues creo que hay muchos que razonan así realmente, no por engañarse a sí mismos ni equivocar a los demás. Están persuadidos de que hay razones de peso en lo que dicen, aunque en un caso semejante se hubieran convencido de que no había fundamento alguno; y es que los hombres serían intolerables para sí mismos, y despreciables para los demás, si abrazaran opiniones sin base alguna y sostuvieran algo que no pudieran razonar en modo alguno. La mente necesita de algún fundamento en el que descansar, sea verdadero o falso, sólido o inestable; y, como ya he observado en otro lugar, en cuanto considera una proposición elabora precipitadamente una hipótesis en la que basarla, pues se siente inquieta hasta que lo hace. Si siguiéramos, tal como deberíamos hacer, las inclinaciones de nuestra naturaleza, nuestro propio temperamento nos dispondría en gran medida a un uso adecuado del entendimiento.

En algunos asuntos de interés, especialmente en los de religión, al hombre no se le permite que permanezca en un estado de vacilación e incertidumbre; debe profesar un dogma u otro, y sería una

reflexionar sobre la norma. No es de esperar que tras una conferencia y una instrucción en las artes de la pintura y la música pueda alguien convertirse de improviso en un pintor o músico de talento, y por el mismo motivo tampoco puede un hombre razonar y pensar de modo coherente y estricto por el simple hecho de conocer una serie de normas que muestren en qué consiste el razonamiento correcto.

Y puesto que los defectos y debilidades del entendimiento de los hombres, así como de sus otras facultades, se deben a la falta de un uso correcto de sus propias mentes, me siento tentado a pensar que aunque el fallo se achaque generalmente a la naturaleza, alegando con frecuencia una falta de talento, el culpable es la ausencia de un ejercicio apropiado que permita mejorar tales facultades. Con frecuencia, unos hombres que nos parecen diestros y agudos para el regateo comercial nos resultan absolutamente estupidos si razonamos con ellos sobre asuntos de religión.

5. *Ideas*

No volveré a extenderme aquí, en relación con el empleo correcto y la mejora del entendimiento, sobre la necesidad de tener unas ideas claras y definidas, empleando nuestros pensamientos en ellas, en lugar de en los sonidos con que son expresadas; tampoco me referiré a la fijación del significado de las palabras, tanto las que utilizamos nosotros mismos en la búsqueda de la verdad como las que empleamos con los demás al discutir sobre ella. En otro lugar ya me he extendido suficientemente sobre el estorbo que puede representar todo ello para el entendimiento que trata de lograr el conocimiento; por tanto, no hace falta decir aquí nada más sobre estas materias.

6. *Principios*

Ya he mencionado otro error que detiene o equivoca el conocimiento de los hombres, pero creo necesario volver a hablar de ello, para que los examinemos completamente y veamos la raíz de donde surge; me refiero a la costumbre de adoptar principios que no resultan evidentes y que, con gran frecuencia, tampoco son ciertos. No es inusual ver cómo los hombres apoyan sus opiniones so-

bre fundamentos que tienen tan poca certeza y solidez como las propias proposiciones construidas sobre ellos, y en su nombre abrazadas. Tales fundamentos son semejantes a éstos: los fundadores o dirigentes de mi partido son buenas personas, y por tanto sus afirmaciones son ciertas; ésta es la opinión de una secta errónea, por lo tanto es falsa; hace tiempo que se conoce en el mundo, por tanto es cierto; esto es nuevo, y falso por ende.

Con estas afirmaciones y otras muchas semejantes, que no son en absoluto la medida de la verdad y la falsedad, la generalidad de los hombres construye las normas con las que acostumbra a juzgar a su entendimiento. Como están habituados a determinar la falsedad y la verdad por medio de esas medidas erróneas, no es sorprendente que tomen el error por certeza y se muestren muy seguros sin tener razón para ello.

Hay quienes, pretendiendo al menos razonar, cuando estas falsas máximas son puestas a prueba reconocen su falibilidad, y no permiten que las utilicen los que opinen de un modo diferente al de ellos mismos; sin embargo, a pesar de estar convencidos de ello, siguen utilizándolas, y en la siguiente ocasión que se presente veremos que discuten basándose en las mismas razones. Como los hombres dirigen su entendimiento con esas reglas erróneas incluso después de haber visto que *no* pueden confiar en ellas, podríamos pensar que desean engañarse a sí mismos. Pero no son culpables, a pesar de lo que pudiéramos pensar a primera vista, pues creo que hay muchos que razonan así realmente, no por engañarse a sí mismos ni equivocar a los demás. Están persuadidos de que hay razones de peso en lo que dicen, aunque en un caso semejante se hubieran convencido de que no había fundamento alguno; y es que los hombres serían intolerables para sí mismos, y despreciables para los demás, si abrazaran opiniones sin base alguna y sostuvieran algo que no pudieran razonar en modo alguno. La mente necesita de algún fundamento en el que descansar, sea verdadero o falso, sólido o inestable; y, como ya he observado en otro lugar, en cuanto considera una proposición elabora precipitadamente una hipótesis en la que basarla, pues se siente inquieta hasta que lo hace. Si siguiéramos, tal como deberíamos hacer, las inclinaciones de nuestra naturaleza, nuestro propio temperamento nos dispondría en gran medida a un uso adecuado del entendimiento.

En algunos asuntos de interés, especialmente en los de religión, al hombre no se le permite que permanezca en un estado de vacilación e incertidumbre; debe profesar un dogma u otro, y sería una

vergüenza, una contradicción demasiado grave para soportarla constantemente, que pretendiera estar persuadido seriamente de la verdad de alguna religión y no fuera capaz, sin embargo, de dar alguna razón de esa creencia, ni de decir algo sobre su preferencia por una u otra opinión. En consecuencia, ha de utilizar algunos principios, que no pueden ser otros que lo que tiene a mano y puede manejar. Por tanto, decir que no está persuadido de esos principios ni confía en ellos sería contrario a la experiencia, y equivaldría a suponer que no dirige erróneamente su entendimiento, y de eso es precisamente de lo que nos quejamos.

Algún lector podrá preguntar por qué no hace uso el hombre de principios seguros e incuestionables, en lugar de confiar en razones que pueden engañarle y que resulta evidente que pueden sostener tanto el error como la verdad.

Si no hace uso de principios mejores y más seguros es porque no puede; pero esa incapacidad no se debe a una ausencia de facultades naturales (deben excusarse los pocos casos en que sea ése el motivo), sino a la falta de uso y ejercicio de tales facultades. Pocos son los hombres que desde su juventud se han habituado a un razonamiento estricto, rastreando el grado de confianza de cualquier verdad hasta sus principios más remotos, en una larga cadena de consecuencias, y observando las conexiones de éstas; no es sorprendente, por tanto, que el que no se haya acostumbrado con la práctica frecuente a este empleo del entendimiento no sea capaz de utilizar la mente de ese modo cuando tenga más años, al igual que no puede ponerse repentinamente a esculpir, dibujar, caminar por la cuerda floja o escribir con buena letra quien no haya practicado previamente esas actividades.

Los hombres, en su mayor parte, se hayan tan alejados de ese empleo del entendimiento que ni siquiera se dan cuenta de su falta; podríamos decir que ejecutan maquinalmente los asuntos ordinarios de sus profesiones, tal como han aprendido a hacerlo; si en alguna ocasión tienen un fracaso, lo imputan a cualquier cosa antes que achacarlo a que no han pensado bastante o a una falta de habilidad, pues como no conocen nada mejor creen poseer con perfección la habilidad y la capacidad de pensamiento. Y si por interés o capricho han meditado cualquier tema, no dejan de hacerlo a su propio modo, que es el que mejor conocen y el que les sirve, para bien o para mal. Por ello, cuando dicho razonamiento les conduce al error, con las consecuencias que pueda tener para sus asuntos, lo imputan a algún accidente o fallo de los demás y no a su

propia falta de entendimiento, pues nadie descubre tal falta en sí mismo ni se queja de ella. Su fracaso no se debió a una ausencia de juicios y pensamientos adecuados; el hombre no ve tal defecto en sí mismo, sino que está convencido de poder lograr sus fines con su propio razonamiento, de no ser por la presencia de acontecimientos desafortunados que no estén a su alcance. Así pues, contento con ese uso breve e imperfecto de su entendimiento, no se preocupa de buscar métodos para mejorar la mente, por lo que toda la vida transcurre sin ninguna noción de lo que es un razonamiento preciso, que requiere una larga cadena de consecuencias, conectadas entre sí, que descanse en fundamentos seguros; es decir, el tipo de razonamiento que es necesario para entender y aclarar la mayor parte de las verdades especulativas que tanto interesan a los hombres y que dicen creer. Me referiré aquí con detalle, pues ya lo trataré de un modo más completo, el hecho de que en muchos casos no basta con una serie de consecuencias, sino que deben examinarse y compararse muchas deducciones diferentes y opuestas antes de poder juzgar correctamente un tema. ¿Qué se puede esperar entonces de los hombres que no se dan cuenta de que no saben razonar así, o que cuando se dan cuenta de ello no saben cómo remediarlo? Lo mismo sería esperar que un campesino que apenas conoce los números y nunca ha realizado una suma de tres cifras hiciera una larga cuenta de un comerciante y encontrara el verdadero resultado.

¿Qué cabe hacer, en tal caso? Deberíamos recordar lo que dije antes: que las facultades del alma, lo mismo que las del cuerpo, pueden mejorar y llegar a sernos útiles. Tomemos el caso de un hombre que escribe o pinta, que baila, camina por la cuerda floja o realiza con destreza y facilidad cualquier otra operación manual, y supongamos que ha tenido siempre tanto vigor, actividad y flexibilidad; sin embargo, nadie esperaría que pudiera hacer tal cosa sin estar habituado y haber empleado tiempo y trabajo en formar su mano, o facultad externa, para realizar esos movimientos. Lo mismo sucede con la mente: para que un hombre razone bien ha de acostumbrarse en una etapa temprana, ejercitando la mente con la observación de la conexión de las ideas y siguiendo la cadena que forman estas. Nada mejor para conseguirlo que las matemáticas, por lo que creo que debieran enseñarse a todos los que tuvieran tiempo y oportunidad; no tanto para hacerlos matemáticos como para convertirlos en seres razonables, pues aunque todos nos consideramos así, porque hemos nacido para serlo, la naturaleza nos da

sólo la semilla: hemos nacido para ser criaturas racionales, si ellos nos complace, pero sólo el uso y el ejercicio nos permitirán lograrlo, ya que no llegaremos más allá del punto al que nos hayan conducido nuestra laboriosidad y aplicación. Si observamos las conclusiones a las que llegan los hombres, que no están habituados a los modos de razonar, habremos de aceptar que no todos son racionales.

Apenas nos hemos dado cuenta de ese hecho, pues todos utilizan algún tipo de razonamiento en sus asuntos privados, lo que nos permite considerarlos racionales. El error se debe a que cuando un hombre nos resulta razonable en un asunto, llegamos a la conclusión de que lo es en todo, y nadie se aventura a pensar que no es así, o a decirlo, pensando que sería una afrenta injusta y una censura falta de sentido. Nos parece que es como degradar a un hombre por debajo de la dignidad de su naturaleza. Es cierto que quien razona bien en una cosa tienen por naturaleza una mente capaz de hacerlo en otras, y con ese mismo grado de fuerza y claridad, que aún sería mayor si hubiera empleado de ese modo su entendimiento. Pero también es un hecho cierto que aquél que es capaz de razonar bien hoy sobre una serie de asuntos es incapaz de razonar sobre otros, aunque quizás pudiera lograrlo un año más tarde. En consecuencia, no podemos decir de un hombre que sea racional si la facultad de razonamiento le falla y no le sirve, aunque con tiempo y ejercicio pudiera llegar a poseer dicha facultad.

Pongamos a prueba a los hombres de educación media y baja, que nunca han elevado sus pensamientos por encima de la pala y el arado, ni se han ocupado más que de las faenas monótonas y ordinarias de un día de trabajo. Apartemos sus pensamientos, habituados durante muchos años a un solo camino, de ese estrecho sendero al que se ha visto limitada toda su vida, y encontraremos que no son capaces de razonar mucho más que un imbécil. En su gran mayoría, los hombres han dirigido todos sus pensamientos con una o dos normas, de las que dependen inmediatamente todas sus conclusiones. Esas normas, sean verdaderas o falsas, son las que les han guiado; si se las quitamos desaparecen su brújula y estrella polar, y se sienten totalmente perdidos, con el entendimiento confundido. Por tanto, o bien vuelven inmediatamente a su vieja máxima, que para ellos es fundamento de toda verdad a pesar de lo que digamos para demostrar su debilidad, o abandonan sus razones, y con ellas toda verdad o intención de buscarla, pensando que no existe la certeza. Si ampliáramos sus pensamientos, estableciéndolos sobre principios más remotos y seguros, no podrían captarlos

fácilmente; y aunque llegaran a entenderlos no sabrían cómo utilizarlos, pues por falta de hábito no podrían manejar las largas deducciones derivadas de principios remotos.

¿Quiere eso decir que los hombres adultos no tienen posibilidad de ampliar o mejorar su entendimiento? No, pero no creo que lo logren sin laboriosidad y aplicación, que requieren más tiempo y trabajo del que se permitirán los hombres adultos, asentados en el curso de sus vidas, y que ése es el motivo de que no lo consigan. Al decir que el entendimiento sólo mejora con el uso y el ejercicio volvemos a lo que ya había expresado antes: que la mente y el cuerpo sólo mejoran con la práctica, por lo que no debemos esperar que el entendimiento nos lleve más allá del punto en que lo hemos perfeccionado con el hábito.

Los americanos no nacen con un entendimiento peor que el de los europeos, y sin embargo vemos que ninguno de ellos alcanza los logros de estos en las artes y las ciencias. Y entre los hijos de un campesino pobre, el que tiene la fortuna de educarse y entrar en contacto con el mundo desarrolla un talento infinitamente superior al de sus hermanos, que por haber seguido viviendo en casa no ha podido desarrollarlo.

El que tiene relación con estudiantes jóvenes, especialmente con los de matemáticas, se da cuenta de que sus mentes se abren gradualmente, y que ello se debe al ejercicio. En ocasiones no consiguen pasar de una parte de la demostración, y no por falta de voluntad y aplicación, sino porque no perciben la conexión que existe entre dos ideas; conexión que resulta absolutamente visible para el que ha ejercitado más el entendimiento. Lo mismo le sucedería a un adulto que empezara a estudiar matemáticas; por falta de uso, el entendimiento se queda trabado con frecuencia, pero después de toda su confusión, cuando llega a entender la conexión se asombra de haber vacilado en un caso tan sencillo.

7. *Matemáticas*

Ya he mencionado que las matemáticas ayudan a establecer en la mente el hábito de razonar con fidelidad y en una cadena; eso no quiere decir que considere necesario que todos los hombtes sean grandes matemáticos, sino que, al haber captado el modo de razonar que ese estudio aporta necesariamente a la mente, podrían transferirlo a otras partes del conocimiento en cuanto tuvieran ocasión.

En todos los tipos de razonamiento, un argumento simple debería elaborarse como una demostración matemática; es decir, siguiendo la conexión y dependencia de las ideas hasta que la mente llegara a la fuente de dónde surgen y observando la coherencia de todo el proceso; aunque en los casos de probabilidades, esa cadena ya no basta, como sucedía en el conocimiento demostrativo, para establecer el juicio.

Si llegamos a una verdad mediante una demostración no hay necesidad de seguir investigando. Pero en los asuntos de probabilidades, en los que no existe una demostración que establezca la verdad fuera de toda duda, no basta con rastrear un argumento hasta su fuente, observando su fuerza y debilidad, sino que hemos de plantearnos equilibradamente todos los argumentos, tras haberlos examinado desde todas las perspectivas, para que sobre el examen de la totalidad el entendimiento conceda su aprobación a alguna de las partes.

Deberíamos acostumbrar el entendimiento a este modo de razonamiento, muy diferente del que utilizan los iletrados, y del que con frecuencia los hombres instruidos saben muy poco o nada. Esto no debe sorprendernos, pues los hombres instruidos se alejan de ese modo de razonar por el modo de discutir en las escuelas, en una disputa monotemática que por su resultado determinará la verdad o falsedad de la cuestión, adjudicando la victoria al oponente o al defensor. Es como si con una sola suma hiciéramos el balance de una cuenta en la que deberíamos tener en consideración varios cientos de sumas.

Sería bueno, por tanto, que las mentes de los hombres aceptaran el hecho de que no pueden erigir sus opiniones sobre un solo punto de vista, ya que se necesitan otros muchos para solucionar la cuenta y hay que tomarlos todos en consideración para que un hombre pueda hacer un juicio correcto. De este modo ampliarían la mente y concederían al entendimiento la debida libertad, de modo que no pudieran ser inducidos al error por presunción, pereza o precipitación; y creo que nadie puede aprobar un empleo del entendimiento que le aleje de la verdad, aunque esté de moda utilizarlo.

Quizás objete el lector que para emplear el entendimiento del modo que yo propongo haría falta que todos los hombres fuesen eruditos, poseyeran todos los materiales del conocimiento y se hubieran ejercitado en todos los modos de razonar. A eso respondería que es una pena que los que tienen el tiempo y los medios necesa-

rios para alcanzar el conocimiento carezcan de la ayuda requerida para mejorar su entendimiento, y que me estoy refiriendo a ellos principalmente. En mi opinión, los que por el trabajo y facultades de sus antepasados han visto liberadas sus espaldas y mentes de unas faenas constantes y monótonas, deberían conceder algo de su tiempo libre al entendimiento, abriendo sus mentes, mediante ensayos y pruebas, a todos los tipos y materiales del razonamiento. Ya he mencionado antes las matemáticas, de las cuales el álgebra proporciona nueva ayuda y visión al entendimiento. Ya dije que no propongo esto para que todo el mundo sea un matemático perfecto o un conocedor profundo del álgebra; lo que pienso es que el estudio de esas materias es de infinito valor incluso para los adultos. En primer lugar, porque convencen experimentalmente al hombre de que, para razonar bien, no basta con tener unas facultades que le satisfagan y le sirvan en su vida cotidiana. Con estos estudios un hombre se dará cuenta de que aunque piense que su entendimiento es muy capaz, sin embargo le falla en algunas cosas, a veces de modo muy visible. De este modo se desarraigaría esa presunción que la mayoría de los hombres tienen sobre sí mismo; y no estarían tan dispuestos a pensar que su mente no necesita ayuda para crecer y que nada podría añadirse a la agudeza y penetración de su entendimiento.

En segundo lugar, el estudio de las matemáticas demostrará que para razonar es necesario separar todas las ideas distintas y ver las relaciones que tienen entre sí las ideas implicadas en un tema, descartando rotundamente todas las que no se refieren a la proposición estudiada. También en los temas que no están relacionados con las matemáticas es un requisito absolutamente necesario para razonar, aunque en ellos no se observe tan fácilmente ni se practique con tanto cuidado. En las partes del conocimiento en las que la demostración no se considera posible, podríamos decir que los hombres razonan globalmente; y suelen darse por contentos si pueden plantear la apariencia de una probabilidad tras una visión sumaria y confusa o tras una consideración parcial; especialmente si se trata de una disputa en la que cualquier minucia se presenta con ostentación y en la que se utiliza todo lo que pueda dar algún color al argumento. Pero una mente así no está en posición de encontrar la verdad, pues ni toma separadamente todas las partes implicadas tras omitir lo que no se refiere directamente a la cuestión, ni extrae una conclusión de todos los particulares que influyan sobre ella de algún modo. Hay otro hábito igualmente útil relacio-

nado con la demostración matemática, que es el de utilizar la mente en una larga cadena de consecuencias; pero no lo volveré a repetir aquí, pues ya he hecho referencia a él en otro lugar.

Las objeciones anteriores no se aplican a los hombres de menor fortuna y tiempo, que pueden conformarse con menos.

Nadie tiene la obligación de saberlo todo. El conocimiento y la ciencia generales sólo atañen a los que tienen tranquilidad y ocio. Los que tengan una profesión particular deberían entenderla; no es irrazonable ni imposible la proposición que afirma que los hombres deberían pensar y razonar correctamente en aquello que es su empleo diario. Quien los considera incapaces de ello los situaría al nivel de los brutos y los acusaría de una estupidez que los pondría por debajo de las filas de las criaturas racionales.

8. *Religión*

Todo hombre, aparte de una profesión particular para su sostén en esta vida, se preocupa por la vida futura y ello le exige indagar en ella. Por tanto, a sus pensamientos les compete la religión, y en este tema es muy poderoso el interés de entender y razonar correctamente. En consecuencia, en lo que se refiere a la religión, los hombres no pueden excusarse de entender bien las palabras y formular las nociones generales. En el mundo cristiano un día de cada siete, sin contar otros de descanso, conceden tiempo suficiente para ello (aun en el caso de que no tengan otras horas de ocio), con tal de que utilicen esas vacaciones de su trabajo diario y se apliquen a la mejora del entendimiento con tanta diligencia como la que suelen poner en otras muchas cosas que les son inútiles; de ese modo, de acuerdo con sus varias capacidades entrarían en un camino apropiado a ese conocimiento. La forma original de sus mentes no se diferencia de la de los otros hombres, y si tal como debiera suceder recibieran un poco de estímulo y ayuda, se vería que no carecen del entendimiento adecuado para recibir el conocimiento de la religión. Son conocidos los casos de personas muy mediocres que han llegado a tener un elevado entendimiento de la religión; y aunque tales ejemplos no son tan frecuentes como sería de desear, bastan, sin embargo, para negar que los que viven en esas condiciones hayan de ser necesariamente ignorantes, demostrando además que se puede hacer mucho por ser una criatura racional y cristiana (pues apenas se puede considerar así quien llevando ese nombre

no llega a conocer los principios de esa religión) sólo con la aplicación de los cuidados debidos. Si no estoy equivocado, el antiguo campesinado francés (unas gentes en las que la presión de la pobreza y la necesidad eran más graves que la que pesa sobre los trabajadores de la Inglaterra actual) entendían mucho mejor la reforma religiosa y podían decir más de ella que los que tienen ahora una condición superior entre nosotros.

Pero aunque se llegara a la conclusión de que las personas mediocres debieran limitarse a su estupidez y a las cosas de su más cercano interés, para lo cual no veo razón, ello no excusaría a los de educación y fortuna más liberal que desprecian su entendimiento y no se ocupan de emplear debidamente la fortuna y la educación, con el fin de alcanzar el conocimiento de las cosas para el que están dotados. No son escasos los que poseen una fortuna abundante que les da la oportunidad y la posibilidad de mejorar, por lo que sería de esperar que se realizaran grandes avances en todo tipo de conocimientos, especialmente en los temas que más interesan y en las opiniones más generales, si los hombres utilizaran adecuadamente sus facultades y estudiaran su propio entendimiento.

9. *Ideas*

Los objetos corpóreos externos, que constantemente importunan nuestros sentidos y cautivan nuestros apetitos, llenan nuestra mente con ideas vivas y duraderas. A este respecto, la mente no necesita esforzarse para adquirir un gran caudal; esas ideas se ofrecen con tal rapidez, se suelen dar con tanta abundancia y se alojan en la memoria tan cuidadosamente que a la mente le falta espacio para otras cosas de mayor utilidad y necesidad. Por tanto, para adecuar el entendimiento al razonamiento del que he estado hablando, habremos de preocuparnos de llenarlo con ideas correctas y más abstractas; pues como éstas no se ofrecen a los sentidos, sino que se refieren al entendimiento, los hombres suelen despreciar una facultad que piensan que no sirve para nada, por lo que temo que la mayor parte de las mentes de los hombres están más desabastecidas de lo que se imagina de tales ideas. ¿Pero cómo pueden ser sospechosos de carecer de ideas, si utilizan con frecuencia las palabras? Lo que he dicho en el tercer libro de mi Ensayo me excusará de cualquier otra respuesta a esta pregunta. Pero para convencer

al lector de la gran importancia que tiene el que abastezca y asiente su entendimiento con esas ideas, permítaseme preguntar que cómo podrá saber alguien que está obligado a ser justo si no ha establecido previamente en su mente las ideas de obligación y justicia, ya que el conocimiento no es más que la percepción de un acuerdo o desacuerdo entre esas ideas; y podrían plantearse otras preguntas semejantes que conciernen a nuestra vida y costumbres. Si a los hombres les resulta difícil ver el acuerdo o desacuerdo de dos ángulos que permanecen inalterables ante sus ojos en un diagrama, más difícil les será percibir ese acuerdo o desacuerdo en unas ideas que no tienen un objeto sensible que las represente ante la mente, salvo los sonidos, con los que no tienen ningún tipo de conformidad, por lo que las ideas necesitan estar claramente establecidas en la mente para poder emitir un juicio certero sobre ellas. Esta es, por tanto, una de las primeras cosas a las que debería dedicarse la mente que desee emplear adecuadamente el entendimiento, pues de otro modo resulta imposible razonar correctamente sobre estas materias. Por lo que respecta a estas ideas, y a todas las demás, hay que procurar que no alberguen inconsistencias, y que tengan una existencia real cuanto tal existencia se suponga, de modo que no sean simples quimeras con una existencia supuesta.

10. Prejuicio

Todo hombre está presto a quejarse de los prejuicios que descarrían a los otros hombres o grupos, como si él se hallase libre de ellos y no tuviera los suyos. Esta objeción la encontramos en todas partes, aceptándose de modo general que es un fallo y un estorbo para el entendimiento. Ahora bien, ¿cómo puede curarse? Sólo así: que todo hombre deje de fijarse en los prejuicios de los demás y examine los propios, pues nadie se convence de los suyos examinando los de los demás. El único modo de borrar del mundo a este gran culpable de la ignorancia y el error consiste en que todos nos examinemos imparcialmente a nosotros mismos. Que otros no empleen correctamente su mente, ¿convertirá en verdades mis errores? ¿O será motivo para que me ponga en buenas relaciones con ellos y desee engañarme a mí mismo? Si otros gustan de las cataratas de sus ojos, ¿debe impedirme expresar las mías en cuanto pueda? Todos afirman estar en contra de la ceguera, pero casi todos

llegan a encariñarse casi con aquello que oscurece su visión y aleja de su mente la luz clara que les conduciría a la verdad y el entendimiento. Las posiciones falsas o dudosas, edificadas sobre máximas que no admiten que se las cuestione, mantienen a los hombres en la oscuridad y lejos de la verdad. Así son, usualmente, los prejuicios derivados de la educación, partidos, reverencia, moda, interés, etc. Esta es la mota que todo el mundo ve en el ojo de su hermano, sin contemplar nunca la viga que tiene en el suyo. No son muchos los que examinan con imparcialidad sus principios para ver si pueden soportar la prueba. Sin embargo, sería una de las primeras cosas que debería hacer, y muy escrupulosamente, quien quiera emplear correctamente el entendimiento en la busca de la verdad y el conocimiento.

A aquéllos que desean desembarazarse de este gran estorbo al conocimiento (sólo para ellos escribo), a los que desean quitarse de encima ese impostor grande y poderoso, el prejuicio, que viste la falsedad con la apariencia de la verdad, y que con tan gran destreza burla la mente de los hombres, manteniéndoles en la oscuridad y haciéndoles creer que están más iluminados que los que no ven con sus ojos, les ofrezco la única señal por la que puede reconocerse el prejuicio. El que sostenga con firmeza cualquier opinión debe suponer (a menos que se condene a sí mismo) que su creencia se asienta sobre buenas razones; y que su asentimiento no es mayor que el que le obligue a expresar la evidencia de la verdad que sostiene; y debe pensar que son los argumentos, no la inclinación o el capricho, lo que le hacen sentirse tan seguro y confiado en relación con sus dogmas. Mas si después de la firmeza con que ha realizado su declaración no puede soportar una oposición a su opinión, si ni siquiera puede escuchar pacientemente los argumentos de la otra parte, y mucho menos examinarlos y sopesarlos, ¿no está confesando claramente que le gobiernan los prejuicios? En tal caso no hay evidencia de verdad, sino una ilusión asentada en la pereza, una suposición que se niega a que nada la perturbe. Pues si, tal como sostiene, lo que él dice estuviera bien amurallado por la evidencia y viese que es cierto, ¿qué necesidad habría de temer que fuera sometido a prueba? Si su opinión se asentara sobre un fundamento firme, si fuesen claros los argumentos que la apoyan y han obtenido su asentimiento, si fuesen buenos y convincentes, ¿por qué habría de tener miedo a que fueran comprobados? El que no base su asentimiento en esta evidencia debe su exceso de partidismo al prejuicio; y lo está confesando, en efecto, cuando se niega

a escuchar lo que se dice en contra, lo que equivale a declarar que no es la evidencia lo que busca, sino gozar en tranquilidad con la opinión que prefiere, condenando previamente, sin atención o examen, todo lo que se oponga a ella. ¿No es esto prejuicio? *Qui aequum statuerit, parte inaudita altera, etiamsi aequum statuerit, haud aequus fuerit.* Pero aquél que se porte en este caso como amante de la verdad, no permitiendo que le descarríe preocupación o desviación alguna, debe hacer dos cosas que no resultan ni muy comúnes ni muy fáciles.

11. Indiferencia

En primer lugar, no debe desear que ninguna opinión sea cierta hasta que sepa lo que es, y entonces ya no necesitará desearlo; pues nada que sea falso puede merecer nuestra preferencia de que ocupe el lugar y la fuerza de la verdad, aunque esa actitud sea la más frecuente. Los hombres toman cariño por algunos dogmas sin otra evidencia que el respeto y la costumbre, creyendo que deben mantenerlos para que no se destruya todo; lo hacen así sin haber examinado nunca las razones en las que se basan, ni haberlas expresado a los otros o para sí mismos. Debemos sostener la verdad con firmeza, pero antes hemos de estar seguros de que es la verdad, pues en caso contrario lucharemos contra Dios, que es el Dios de la verdad, y haremos el trabajo del diablo, que es el padre y propagador de la mentira; y nuestro celo, aunque sea tan ardiente, no nos servirá de excusa, pues no será otra que prejuicio.

12. Examen

En segundo lugar, deberá hacer algo por lo que se siente gran aversión, como si se juzgara innecesario o no se creyera tener capacidad para ello. Deberá probar si sus principios son ciertos o no, para saber hasta qué punto puedé confiar en ellos. No trataré de determinar si son pocos o muchos los que tienen el valor o la habilidad necesarios para ello; pero estoy convencido de que deberían hacerlo todos los que profesan amor a la verdad y no desean engañarse a sí mismos, pues no hay un modo más seguro de quedar como un tonto que exponerse a la sofistería de los demás. La propensión a engañarnos a nosotros mismos es constante, y nos com-

placemos con ella, pero no sufrimos con paciencia que los demás nos defrauden o se burlen de nosotros. La incapacidad de la que estoy hablando no es un defecto natural que imposibilite a los hombres el examen de sus propios principios. Las normas para el empleo del entendimiento no valen de nada a quienes tienen esos defectos; pero ése es el caso de muy pocos. La incapacitación de la gran mayoría se debe al hábito pernicioso de no ejercitar nunca el pensamiento; las facultades de su mente tienen hambre y han perdido el empuje y la fuerza que la naturaleza dispuso recibirían con el ejercicio. Los que estén en condiciones de aprender las primeras reglas de la aritmética y saben hacer una suma ordinaria podrán conseguirlo, con tal de que acostumbren su mente al razonamiento; pero los que hayan abandonado totalmente ese modo de ejercitar el entendimiento, al principio estarán muy lejos de lograrlo; serán tan poco aptos para ello como lo es el que no tiene práctica con las cifras para llevar un libro de contabilidad, por lo que quizás piensan que es una pérdida de tiempo emplear sus esfuerzos en esa dirección. Sin embargo, tendrán que confesar que es erróneo el intento de edificar los dogmas (en los temas en los que nos interesa conocer la verdad) sobre unos principios que nos puedan inducir a error. Adoptamos nuestros principios de una manera fortuita, confiando en ellos sin haberlos examinado, y luego nos creemos todo un sistema con la presunción de que aquellos principios eran ciertos y sólidos. ¿No es todo esto una credulidad infantil, vergonzosa y carente de sentido?

Esa libertad del entendimiento que tan necesaria le resulta a una criatura racional, y sin la cual no sería verdaderamente entendimiento, consiste en estas dos cosas: en una igual indiferencia por toda la verdad, es decir en recibirla y amarla como verdad, sin desearlo por cualquier otra razón, antes de saber que es cierta; y en el examen de nuestros principios, sin aceptarlos como tales ni construir nada sobre ellos hasta que como seres racionales estemos plenamente convencidos de su solidez, verdad y certeza. Si nos limitamos con la aceptación y sostenimiento de opiniones que no proceden de la percepción real de una evidencia, provocaremos engaño, capricho o extravagancia, cualquier cosa antes que entendimiento. Esta actitud se ha definido con razón como un engaño, y es el peor y más peligroso de los que pueden hacerse, pues nos lo imponemos a nosotros mismos, que es la imposición más poderosa de todas, y lo hacemos así en aquello en lo que deberíamos poner más cuidado en mantenerlos alejados de cualquier error. El mundo puede con-

siderar culpables a los que sienten indiferencia ante las opiniones, especialmente en asuntos de religión. Me temo que ello sea el fundamento de un gran error de consecuencias funestas. La indiferencia ante cual de dos opiniones es la cierta es la disposición apropiada de la mente, la que preserva a ésta de la imposición engañosa, pues esa indiferencia es la que nos permite seguir examinando la cuestión hasta que hayamos hecho todo lo posible por encontrar la verdad, y ése es el único camino directo y seguro hasta ella. El camino al error está, en cambio, en la indiferencia ante la cuestión de si debemos abrazar la verdad o la falsedad. Son culpables de ese delito los que no sienten indiferencia ante cual de las opiniones es la verdadera, y sin un examen previo suponen que es cierto lo que ellos sostienen, por lo que piensan que deben defenderlo celosamente. Es evidente, por el ardor y la intolerancia que muestran, que no son indiferentes ante sus propias opiniones, pero me parece que sí son muy indiferentes ante el hecho de que sean falsas o verdaderas, puesto que no pueden soportar que surja ninguna duda o se plantee objeción alguna contra ellas; resulta visible, además, que tampoco ellos se han planteado ninguna duda y que, por tanto, como no han examinado sus opiniones ni saben, ni les interesa saber, si son falsas o verdaderas.

Creo que éstos son los extravíos más comunes y generales que el hombre debería evitar o rectificar, mediante el empleo correcto del entendimiento, por lo que pienso que en la educación debería ponerse un gran cuidado en ello. Así pues, con respecto al conocimiento no se trata de perfeccionar al aprendiz en todas y cada una de las ciencias, sino de dar a su mente la libertad, la disposición y los hábitos que le permitirán alcanzar cualquier parte del conocimiento a la que se aplique, o de la que tenga necesidad en el curso futuro de su vida.

Este, y sólo éste, es el modo de sentar los principios, no la imposición de una reverencia y veneración por determinados dogmas que, aunque tengan el engañoso título de principios, con frecuencia se hallan alejados de esa verdad y evidencia inherentes a los principios, por lo que aquéllos deberían ser rechazados; y con frecuencia son también la causa de que los hombres han sido educados de ese modo, al salir al mundo y comprobar que no pueden mantener los principios que han adquirido, y en los cuales confiaban, se desentienden de todo principio y se vuelven completamente escépticos, despreocupándose del conocimiento y la virtud.

Hay varios defectos y debilidades que estorban al entendimien-

to en su progreso al conocimiento, y que pueden deberse bien a la disposición natural de la mente o bien a los hábitos mal adquiridos. Es probable que encontráramos un gran número de ellos si estudiaramos la mente con el mismo celo que las enfermedades del cuerpo, pues como cada defecto incapacita el entendimiento en algún grado, merece la pena ser examinado y curado. Describiré unos cuantos para iniciar a los hombres, especialmente a aquéllos que hacen del conocimiento su ocupación, a que miren en sí mismos y observen si en el empleo de su facultad intelectual se están permitiendo algunas debilidades y extravíos que les resultan perjudiciales en su búsqueda de la verdad.

13. Observaciones

Los hechos particulares son los cimientos indudables sobre los que se asienta nuestro conocimiento civil y natural, y de ellos se beneficia el entendimiento extrayendo conclusiones que le pueden servir de normas constantes, y también de práctica. Pero, con frecuencia, la mente no obtiene el beneficio debido de la información que recibe de los relatos de los historiadores civiles y naturales, pues las observaciones sobre los hechos particulares registrados en tales relatos las realiza con demasiada rapidez o lentitud.

Hay algunos que son muy asiduos a la lectura, pero no obstante su conocimiento no avanza mucho con ella. Los hay que se complacen con las historias que les cuentan, y quizás sean capaces de volverlas a contar ellos mismos, pues para ellos todo lo que leen no es más que una historia, pero como no reflexionan ni realizan observaciones sobre lo que han leído, apenas mejoran entre toda esa multitud de hechos particulares que pasan sin dejar huella o permanecen alojados sin más en su memoria. En sus constantes lecturas, sueñan y aprenden precipitadamente; pero como no digieren nada, sólo obtienen un montón de conocimientos eruditos.

Si tienen memoria, podría decirse que poseen los materiales del conocimiento, pero éstos, lo mismo que los materiales de construcción, no sirven de nada si lo único que se hace con ellos es apilarlos en un montón. Hay otros, en cambio, que por un comportamiento totalmente opuesto al anterior se privan del beneficio que podrían obtener de los hechos particulares: son capaces de extraer conclusiones generales y plantear axiomas a partir de cada hecho particular que conocen. Estos obtienen de la historia un beneficio tan

poco real como el de los otros; o mejor dicho, por ser espíritus adelantados y activos, reciben más daño con ello, pues son peores las consecuencias de la consideración de los propios pensamientos con una norma equivocada que las de no poseer norma alguna, y hace mucho más daño el error a las personas atareadas que la ignorancia a los lentos y perezosos. Entre estos dos tipos de hombres, los que parecen actuar mejor son los que toman los materiales y sugerencias útiles, en ocasiones sobre hechos simples, y los retienen en sus mentes para juzgarlos en relación con lo que encuentren en la historia, confirmando o rechazando las observaciones imperfectas; establecen así unas normas adecuadas en las que pueden confiar, pues están justificadas por una inducción de los particulares suficiente y cautelosa. Quien no reflexione así sobre lo que lee sólo cargará su mente con una serie de relatos que sólo le servirán para entretener a los demás en las noches de invierno; y el que eleve todo hecho a la categoría de máxima tendrá una abundancia de observaciones contrarias que, en el caso de que se detenga a compararlas, sólo le producirán perplejidad y confusión; o incluso le conducirán al error, si por novedad o capricho se entrega a aquello que más le complazca.

14. Predisposición

Junto a aquéllos, podemos situar a quienes permiten que las pasiones y disposiciones naturales influyan sobre sus juicios, especialmente los que hacen sobre los hombres y las cosas que de algún modo puedan relacionarse con sus circunstancias e intereses presentes. La verdad es absolutamente simple, absolutamente pura, no está mezclada con cosa alguna. Es rígida e inflexible a cualquier interés, y así debería ser también el entendimiento, cuyo uso y excelencia estriba en conformarse a la verdad. Pensar en todas las cosas tal como son en sí mismas es la ocupación apropiada del entendimiento, aunque no siempre lo empleen así los hombres. En principio, todos los hombres admiten que ése es el uso adecuado que se debería dar al entendimiento. Nadie desafía abiertamente el sentido común afirmando que no debemos esforzarnos por conocer las cosas, pensando en ellas tal como son en sí mismas, y sin embargo nada es tan frecuente como hacer precisamente lo contrario; los hombres están dispuestos a excusarse pensando que tienen razones para actuar de ese modo, para lo que les basta con la pretensión de

que lo hacen así por Dios o por una buena causa: es decir, en realidad para sí mismos, para su creencia o partido, para aquéllos que en las diversas sectas humanas, y especialmente en asuntos de religión, definen a Dios y a las buenas causas. Pero Dios no necesita de hombres que, en su nombre, hagan mal uso de sus facultades, ni que por él mientan a los demás o se engañen a sí mismos; y eso es lo que hacen con plena intención los que no permiten que su entendimiento alcance concepciones correctas de las cosas que les son propuestas, y se niegan a propósito a pensar en todo aquello que les interesaría investigar. Y por lo que respecta a las buenas causas, éstas no necesitan de tan malas ayudas, pues si son buenas la verdad las apoyará y no tendrán necesidad de ser falaces.

15. Argumentos

Un comportamiento muy semejante al anterior consiste en buscar argumentos que favorezcan a un lado de la cuestión, despreciando y rechazando completamente los que dan la razón al otro lado. Quien actúa así equivoca intencionalmente al entendimiento, y se encuentra tan lejos de dar a la verdad su debido valor que la degrada completamente: adopta las opiniones que más convengan a su poder, beneficio o fama, buscando a continuación los argumentos que mejor las apoyen. La verdad que se encuentra por ese camino no es mejor que el error, pues lo que se ha adoptado de ese modo puede ser tanto falso como verdadero; y no cumple con su deber quien ha encontrado la verdad por el camino de la preferencia.

Hay otro modo, más inocente, de reunir argumentos; es muy habitual entre los hombres de libros y consiste en hacer acopio de todos los argumentos que encuentran en pro y en contra de las cuestiones que estudian. Esa actitud no les ayuda a juzgar correctamente, ni a debatir con firmeza, sino sólo a hablar copiosamente sobre cada lado de la cuestión sin tener que basarse en sus propios juicios; han recogido esos argumentos de los pensamientos de otros hombres y los mantienen flotando en la memoria, dispuestos a servirse de ellos para hablar mucho con alguna apariencia de razón, pero no les ayudan a juzgar correctamente. Tal variedad de argumentos sólo sirve para distraer al entendimiento que se basa en ellos, a menos que haya ido más lejos y no se haya limitado a un examen superfi-

cial; se abandona la verdad en nombre de la apariencia, lo que sólo es de utilidad para nuestra vanidad. El modo único y seguro de obtener un conocimiento verdadero consiste en formar en nuestras mentes nociones claras y establecidas de las cosas, acompañándolas del nombre de cada idea. Eso es lo que tenemos que considerar, junto con sus diversas relaciones y hábitos, en lugar de distraernos con nombres indecisos y palabras de significación indeterminada que puedan utilizarse con varios sentidos para servir a nuestra inclinación. El conocimiento real consiste en la percepción de los hábitos y relaciones que nuestras ideas tienen entre sí; y cuando un hombre percibe hasta qué punto están en acuerdo o en desacuerdo entre ellas, puede juzgar lo que dicen las otras personas sin necesidad de dejarse guiar por los argumentos de los demás, que en muchos casos no son más que sofistería para crédulos. Haciéndolo así podrá establecer la cuestión correctamente, viendo a dónde conduce; de ese modo se sostendrá sobre sus propias piernas y llegará al conocimiento con su propio entendimiento. En cambio, recogiendo argumentos y aprendiéndolos de memoria sólo se retendrá lo de los demás; y en cuanto alguien cuestione los fundamentos en que se basan tales argumentos se sentirá confundido, y abandonará frívolamente el conocimiento implícito en ellos.

16. *Precipitación*

El trabajo por el trabajo está en contra de la naturaleza. El entendimiento, al igual que todas las otras facultades, elige siempre el camino más corto a su objetivo, y en cuanto obtiene el conocimiento que busca se dispone para alguna nueva investigación. Pero, bien por pereza o por precipitación, a menudo se extravía, contentándose con modos impropios de búsqueda que no le son de utilidad: a veces se basa en el testimonio, pero el testimonio de lo correcto no es nada, pues es más fácil creer que ser instruido científicamente; otras veces se contenta con un argumento y se queda satisfecho, como si se tratara de una demostración, cuando lo que se está probando no es susceptible de demostración, por lo que debe ser sometido a la prueba de probabilidades, examinando todos los argumentos materiales en pro y en contra y estableciendo un equilibrio entre ellos. En algunos casos en los que ha de realizarse una demostración, la mente está determinada por probabilidades.

Todas estas conductas, así como otras debidas a la pereza, impaciencia, costumbre, falta de uso y atención, son malas aplicaciones del entendimiento en la búsqueda de la verdad. En toda cuestión se debe considerar la naturaleza y manera de la prueba que le corresponde, a fin de que nuestro examen sea apropiado. Así nos ahorraríamos muchos trabajos, con frecuencia mal empleados, llegando antes al descubrimiento y la posesión de la verdad de la que somos capaces. La múltiple variedad de argumentos, especialmente de los frívolos, como son todos los simplemente verbales, no sólo es trabajo perdido, sino que incomoda nuestra memoria sin propósito y sólo sirve para estorbar la adopción de la verdad en todos los casos en que pueda haber demostración. En este tipo de comprobación se ve la verdad y la certeza, y la mente la posee plenamente, mientras que de otro modo sólo flota sobre ella, confundida por las incertidumbres. Con el tratamiento superficial, la mente es capaz de conversar con mayor variedad y verosimilitud, pero no amplía su conocimiento como debiera. También se debe a esta precipitación e impaciencia de la mente el que no se examinen los argumentos hasta sus verdaderos fundamentos; los hombres ven un poco, suponen mucho y se lanzan después a extraer conclusiones. Es, ciertamente, un camino breve hacia la extravagancia y el engaño, y también el culto a la opinión (si se abraza firmemente dicho camino), pero realmente es el más largo al conocimiento. Pues el que quiera conocer encontrará la verdad en la relación entre las pruebas, y en las razones en que se basan; por tanto, el que por precipitación se haya saltado algo que debería haber examinado, tendrá que empezar de nuevo y verlo todo, so pena de no llegar nunca al conocimiento.

17. *Irregularidad*

Otra falta procedente de la pereza en combinación con la vanidad, de tan malas consecuencias como la anterior, consiste en saltar de un tipo de conocimiento a otro. Algunos hombres se cansan rápidamente de una cosa. No puede oír hablar de constancia y asiduidad: el mismo estudio, largo y continuado, les resulta tan intolerable como a una dama de la corte el aparecer mucho tiempo con las mismas ropas y modas.

18. Conocimientos superficiales

Otros, que pueden aparentar tener un conocimiento general, obtienen unas cuantas nociones superficiales sobre cada cosa. Podrán llenar sus mentes con esas nociones superficiales, pero están muy lejos de alcanzar la verdad o el conocimiento.

19. Universalidad

No me estoy oponiendo aquí a que se pruebe un poco de cada tipo de conocimiento, pues ciertamente es algo muy necesario y útil para formar la mente, pero hay que hacerlo de un modo diferente y con un fin distinto. No hay que rellenar la memoria con todo tipo de fragmentos por grandeza y vanidad, pues el que la llena con tales perifollos se siente tentado a armonizar todos los discursos que encuentre, como si no se contradijeran; su mente estará tan repleta como un almacén, de modo que no podrá proponérsele nada que no domine. Cierto que es una excelencia, y muy grande, poseer un conocimiento real y auténtico de todos, o casi todos, los objetos de contemplación. Pero eso es algo que difícilmente puede alcanzar la mente de un solo hombre; son tan escasos los ejemplos de los que se han aproximado a esa situación que no sé si podrán proponerse como normas del empleo ordinario del entendimiento. Pues para que un hombre entienda plenamente los asuntos de su vocación particular en la sociedad, así como los de la religión, que es su vocación de hombre en el mundo, habrá de ocupar generalmente todo su tiempo; e incluso en estos asuntos propios y peculiares de cada hombre son pocos los que se informan hasta el fondo, tal como debieran. Aún son menos los hombres que dirigen su pensamiento hacia el conocimiento universal; y, sin embargo, no dudo de que los hombres de pocos asuntos y mucho ocio lograrían un progreso mucho mayor del que han alcanzado si adoptaran el camino adecuado y ordenaran del modo debido los métodos de examen. Pero volviendo al asunto de que estamos tratando, la finalidad de penetrar un poco en aquellas partes del conocimiento que no son el tema propio es la de acostumbrar a nuestras mentes a todo tipo de ideas y a los modos apropiados de examinar sus hábitos y relaciones. Ello da libertad a la mente y ejercita al entendimiento en los modos de examen y razonamiento que han utilizado

los más expertos, enseña a la mente sagacidad y cautela y le da la flexibilidad necesaria para ocuparse diestramente de las flexiones y giros del tema que está investigando. Por otra parte, al degustar todas las ciencias, con una actitud de indiferencia hasta que la mente se asiente en una en particular y haya crecido el amor y la admiración por la que haya convertido en su preferida, prevendrá otro mal que se observa muy comúnmente en los que sólo se han ejercitado en una parte del conocimiento. Si un hombre se abandona a la contemplación de todo tipo de conocimiento, éste se convertirá en el todo. Tanto se teñirá la mente por la familiaridad con ese objeto que pondrá todo lo demás, por remoto que sea, bajo el mismo punto de vista. Un metafísico convertirá inmediatamente en nociones abstractas el arado y la jardinería; para él no significará nada la historia de la naturaleza. Un alquimista, en cambio, reducirá la divinidad a las máximas de su laboratorio, explicando la moralidad por medio de la sal, el azufre y el mercurio, y alegorizará la escritura misma, y los sagrados misterios, con la piedra filosofal. Me hablaron de un hombre de extraordinario conocimiento musical que seriamente acomodó los siete días mosaicos de la primera semana a las siete notas musicales, como si de ahí hubiera salido la medida y el método de la creación. Como las consecuencias de mantener la mente en tal estado son graves, creo que es más conveniente tener una visión justa e igual de todo el mundo intelectual, que nos permita ver el orden, grado y belleza de la totalidad, concediendo su justa parte a las distintas provincias de las diversas ciencias, en el debido orden y utilidad de cada una de ellas.

Y si los hombres de edad no consideraran esto necesario, ni fácil de realizar, por lo menos conviene ponerlo en práctica en la educación de la juventud. Como ya observé, pienso que la educación no consiste en perfeccionar a los jóvenes en alguna de las ciencias, sino en abrir sus mentes, preparándolos para que puedan utilizar cualquiera de ellas que puedan necesitar. Si los hombres se acostumbran durante mucho tiempo a un sólo tipo o método de pensamiento, sus mentes crecerán adheridas a él rígidamente y no podrán cambiar con facilidad a otro. Por tanto, creo que para darles la libertad necesaria los hombres han de ver todos los tipos de conocimiento, ejercitando el entendimiento en una amplia variedad de ellos. No estoy proponiendo que se persiga la variedad de conocimientos, sino la variedad y libertad del pensamiento; creo que lo que hay que aumentar son las facultades y actividades de la mente, no sus posesiones.

20. Lectura

El error que acabamos de describir lo pueden cometer los grandes lectores. Los que han leído de todo piensan que también lo entienden todo; pero no siempre es así. La lectura sólo proporciona a la mente los materiales del conocimiento; es el pensamiento lo que hace nuestro lo que leemos. Somos rumiantes y no es suficiente con que nos cebemos con una gran carga de acumulaciones, pues a menos que las mastiquemos de nuevo no nos darán fuerza y nutrición. Ciertamente, hay en algunos autores ejemplos visibles de pensamientos profundos, de razonamientos agudos y de ideas bien elaboradas. La luz que proporcionan sería de gran utilidad si el lector las observara e imitara; todo lo demás, en el mejor de los casos, no son más que hechos particulares que podemos convertir en conocimiento. Pero sólo lo lograremos con la meditación, examinando el alcance, la fuerza y la coherencia de lo que se dice, haremos nuestras las ideas en tanto en cuanto las aprehendamos y veamos la conexión que hay entre ellas; si no lo hacemos así, no serán sino materias sueltas que flotan por nuestro cerebro. Las memorias pueden almacenarse, pero con la mera repetición de que los otros han dicho o con la presentación de los argumentos que hemos encontrado en ellos el juicio mejora poco, y no aumenta el conocimiento. Ese es un conocimiento de oídas, y su exhibición no es, en el mejor de los casos, más que charla maquinal, basada con gran frecuencia en principios débiles y erróneos. Pues no todo lo que se encuentra en los libros está construido sobre fundamentos verdaderos, ni siempre es correcta la deducción elaborada a partir de los principios sobre los que pretende estar construida. No todas las mentes de los lectores están dispuestas a realizar el examen necesario para descubrir esas faltas; especialmente en el caso de los que han aceptado un partido y sólo buscan superficialmente lo que apoye y favorezca a sus dogmas. Esos hombres se apartan voluntariamente de la verdad y de todos los beneficios auténticos que se pueden extraer de la lectura. Otros, de mayor indiferencia, carecen a menudo de atención y laboriosidad. La mente se paraliza ante el esfuerzo de tener que rastrear todos los argumentos hasta su origen, para ver sobre qué base se sostienen, y con qué firmeza; y sin embargo, eso es lo que en la lectura da ventaja a un hombre sobre otros. La mente debería ceñirse con normas severas a esta tarea, en un principio difícil; el uso y el ejercicio le darán facilidad. Pues los que están acostumbrados a ello, captan con una sola mirada la idea

del argumento, y en muchos casos ven de donde surge. Puede decirse que los que han conseguido esta facultad tienen la verdadera llave de los libros y están en el camino que les conduce, a través del laberinto de las opiniones y los autores, hasta la verdad y la certeza. Los jóvenes principiantes deberían conocer el beneficio que pueden obtener de sus lecturas. Los que no estén acostumbrados a esto pensarán que es un obstáculo muy grande en los estudios de los hombres, sospechando que sólo podrán hacer pequeños progresos si al leer tienen que detenerse a examinar y desenmarañar todos los argumentos, siguiéndolos paso a paso hasta su origen.

Creo que es una buena objeción, que deben sopesar aquéllos cuyas lecturas están destinadas a hablar mucho y conocer poco; y que con respecto a ellos nada tengo que decir. Pero en este libro me interrogo el empleo del entendimiento en el progreso hacia el conocimiento. Y a los que se hayan señalado ese objetivo he de decirles que quienes progresan de un modo justo y gradual por un camino correcto llegarán al final de su viaje antes que los que corren tras todo lo que encuentran, aunque éstos se pasen un día entero galopando a toda velocidad.

He de añadir que este modo de pensar y de obtener beneficio de las lecturas sólo será un obstáculo y una molestia para los que están en el principio, pues cuando por la costumbre y el ejercicio se hayan familiarizado con este modo de pensar, en la mayor parte de las ocasiones lo harán sin descansar ni interrumpir el curso de la lectura. Los movimientos y visiones de una mente ejercitada de ese modo son maravillosamente rápidos, y un hombre habituado a ese tipo de reflexiones ve de una sola ojeada lo que los otros consiguen en un largo discurso elaborando una deducción completa y gradual. Además, cuando las primeras dificultades han sido eliminadas, el placer y las sensibles ventajas que produce son un poderoso estímulo y alivian a la mente que está leyendo; sería impropio llamar estudio a la lectura que no se ejerce de este modo.

21. *Principios intermedios*

Pienso que, como una ayuda que ahorre tiempo en el largo progreso de los pensamientos hasta sus principios remotos y primeros, la mente debería actuar en varias fases; es decir, debería tener principios intermedios a los que pudiera recurrir para el examen de las posiciones que vaya encontrando. Estos principios, aunque no son

evidentes en sí mismos, cuando son el resultado de una deducción cautelosa pueden utilizarse como verdades ciertas e infalibles, como verdades incuestionabales que, siendo más próximas y cercanas que las máximas remotas y generales, sirven de prueba a otros puntos dependientes de ellos. Pueden servir como indicadores de que se está en el camino directo a la verdad, o muy cerca de él. Así hacen los matemáticos, quienes ante cada nuevo problema no vuelven a los primeros axiomas, recorriendo toda la cadena de las proposiciones intermedias. Los teoremas que han sido establecidos mediante una demostración segura, sirven para resolver multitud de proposiciones que dependen de ellos y de los que se han extraído con la misma firmeza que en el caso de que la mente acudiera a cada eslabón de la cadena que los vincula con los principios primeros evidentes. En las otras ciencias hay que tratar de establecer esos principios intermedios con la misma precaución, exactitud e indiferencia que ponen los matemáticos en la elaboración, de los grandes teoremas. Cuando no se hace así, y los hombres establecen los principios de cualquier ciencia en virtud de la fama, el interés, la inclinación, etc., con precipitación, sin examen verdadero y, en la mayor parte de los casos, sin una prueba incuestionable, se están haciendo una trampa a sí mismos; lo que en gran parte de los casos significa, puesto que están cautivos sus entendimientos, la equivocación, la falsedad o el error.

22. *Parcialidad*

Al igual que hay una parcialidad en las opiniones, que como ya vimos puede equivocar al entendimiento, también es frecuente la parcialidad en los estudios, igualmente perjudicial para el conocimiento y su progreso. Los hombres particularmente versados en una ciencia tienden a valorarla y alabarla como si esa parte del conocimiento con la que se han familiarizado fuera la única que merece la pena tener, y el resto consistiera en divertimentos ociosos y vacíos, comparativamente de ningún uso o importancia. Esto es un efecto de la ignorancia, no del conocimiento; es llenarse vanamente, jactarse de un conocimiento estrecho y débil. No es malo que se saboree la ciencia que se ha elegido como estudio particular; la visión de su belleza y el sentido de su utilidad dan al hombre mayor placer y calor en la búsqueda y mejora del conocimiento de esa ciencia. Pero el desprecio del resto del conocimiento, como si no

hubiera nada que se pudiera comparar con las leyes o la física, con la astronomía o la química, o incluso con alguna parte inferior del conocimiento de la que se tengan nociones o en la que se esté algo avezado, no es sólo el indicio de una mente estrecha o vana, pues perjudica además al empleo del entendimiento, que se ve encerrado en límites estrechos que le impiden que mire a otras provincias del mundo intelectual, probablemente más hermosas y fructíferas que aquélla en la que él ha trabajado hasta entonces; en ellos podría encontrar, además de un conocimiento nuevo, caminos o sugerencias que le permitirían cultivar mejor el conocimiento propio.

23. *Teología*

Ciertamente que entre las ciencias que distinguimos actualmente hay una que está por encima de todas las demás, que no se ha convertido en un comercio o facción por corrupción, por fines mediocres o malos, ni por intereses seculares. Me estoy refiriendo a la teología, que conteniendo el conocimiento de Dios y sus criaturas, nuestros deberes para con él y con nuestros prójimos, además de una visión de nuestro estado presente y futuro, es la comprehensión de todos los demás conocimientos dirigidos a sus verdaderos fines: es decir, el honor y la veneración del Creador y la felicidad de la humanidad. Este noble estudio es el deber de todo hombre, y de él es capaz toda criatura que pueda ser llamada racional. Las obras de la naturaleza y las palabras de la revelación lo mostraron ante la humanidad con caracteres tan grandes y visibles que los que no están completamente ciegos pueden ver y leer allí los primeros principios y las partes más necesarias de ese conocimiento; a partir de ahí, con tiempo y laboriosidad, podrán pasar a las partes más abtrusas, penetrando en las profundidades infinitas, que rebosan con los tesoros de la sabiduría y el conocimiento. Esta ciencia permitiría ampliar la mente de los hombres, si en todas partes se estudiara con la libertad, amor por la verdad y caridad que ella enseña, y no se convirtiera, contrariamente a su naturaleza, en ocasión de peleas, fracciones, malignidad y estrechas imposiciones. No diré más acerca de esto, salvo que no cabe duda de que se utiliza equivocadamente el entendimiento si se le convierte en la norma y medida de otro hombre; el entendimiento no es capaz de ese uso, ni está adecuado a él.

24. Parcialidad

No me refiero ahora a la parcialidad del hombre eminente que considera insignificantes o despreciables todos los demás estudios, sino a la que cometemos a menudo al utilizar nuestra ciencia en partes del conocimiento a las que no pertenece, y con las que no tiene afinidad alguna. Algunos hombres han acostumbrado tanto su mente a las cifras matemáticas que, dando preferencia a los métodos de esa ciencia, introducen líneas y diagramas en el estudio de la divinidad o la política, como si nada pudiera saberse sin aquélla; y otros, habituados a las especulaciones, acercan la filosofía natural a las nociones metafísicas y las generalidades abstractas de la lógica; y con cuánta frecuencia nos encontramos la religión y la moralidad tratadas en términos de laboratorio por quienes piensan que pueden mejorar con los métodos y nociones de la química. Pero el que cuida el empleo de su entendimiento y se preocupa de dirigirlo directamente al conocimiento de las cosas, debe evitar estas combinaciones indebidas, y el apego a lo que ha encontrado útil y necesario en una ciencia no inducirle a transferirlo a otra, en donde sólo sirve para confundir el entendimiento. Es verdad que *res nolunt male administrari;* y no es menos cierto que *res nolunt male intelligi.* Las cosas han de ser consideradas tal como son, y ellas nos mostrarán el modo en que han de ser entendidas. Para tener concepciones adecuadas sobre ellas, debemos acercar nuestro entendimiento a la naturaleza inflexible y las relaciones inalterables de las cosas, y no esforzarnos por atraer las cosas a las nociones preconcebidas por nosotros.

Hay otra parcialidad que observamos con mucha frecuencia entre los hombres de estudio, y que no es menos perjudicial ni ridícula que la primera; me refiero la fantástica atribución de todo conocimiento exclusivamente a los antiguos o a los modernos. Horacio describió y expuso en una de sus sátiras esta locura por la antigüedad en materia poética. Y esa misma especie de locura se puede encontrar en referencia a todas las demás ciencias. Algunos no admitirán una opinión no autorizada por los antiguos, pues para ellos todos eran gigantes del conocimiento. No pueden incluir en el tesoro de la verdad o el conocimiento lo que no tenga el sello de Roma o Grecia; y apenas admitirán que desde entonces los hombres hayan sido capaces de ver, pensar o escribir. Otros, con una extravagancia semejante, condenan todo lo que nos han dejado los antiguos y, tomando partido por las invenciones y descubrimien-

tos modernos, desechan todo lo que sucedió antes, como si lo antiguo pudiera llevar en sí la decadencia del tiempo y también la verdad pudiera enmohecerse y pudrise. Pienso que los hombres, por sus dones naturales, han sido los mismos en todos los tiempos. La moda, la disciplina y la educación han creado diferencias eminentes en los diversos países y épocas, permitiendo que una generación difiera mucho de otra en las artes y las ciencias; pero la verdad es siempre la misma: el tiempo no la altera y no es mejor o peor por ser algo moderno o una tradición antigua. En épocas pasadas hubo muchos hombres eminentes por su entrega y descubrimientos; pero aunque el conocimiento que nos hayan dejado sea digno de estudio, no agotaron absolutamente su tesoro; dejaron mucho por hacer a la laboriosidad y sagacidad de las épocas posteriores, lo mismo que haremos nosotros. Lo que una vez fue nuevo para ellos lo recibimos ahora con veneración a su antigüedad, y no fue peor por aparecer como novedad; y lo que ahora se abraza por ser nuevo, será antiguo para la posteridad; y no por ello será menos cierto o auténtico. Por tanto, no hay que oponer entre sí a los antiguos y modernos, ni se debe sentir aprensión por algunos de los lados. Aquél que conduce su mente sabiamente en la búsqueda del conocimiento aceptará de cualquiera de ellos lo que le ilumine y ayude, del que más le convenga, sin aceptar los errores ni rechazar las verdades, que pueden ir entremezclados.

Hay otra parcialidad, y es la que muestran unos ante lo vulgar, y otros ante los dogmas heterodoxos: algunos concluyen que lo que es opinión común tiene por fuerza ser cierto, que lo que ven los ojos de muchos hombres es lo correcto, que no puede equivocarse el entendimiento de tantos y tan diferentes hombres; por tanto, no se aventuran a mirar más allá de las nociones recibidas, y consideran que sería presunción ser más sabios que sus vecinos. Se contentan con ir con la masa y se conducen fácilmente según lo que creen correcto, o que al menos les es de utilidad. Pero aunque haya prevalecido la máxima de *vox populi vox Dei,* no recuerdo que alguna vez Dios dictara sus oráculos a la multitud, ni la naturaleza sus verdades. Por otro lado, hay algunos que se apartan enseguida de todas las opiniones comunes, considerándolas falsas o frívolas. El título de bestia de múltiples cabezas es razón suficiente para que ellos concluyan que ninguna verdad de peso o consecuencia se puede alojar allí. Para ellos las opiniones vulgares son convenientes para las capacidades vulgares y para lo que éstas tienen a su cargo. Piensan que el que quiera saber la verdad de las cosas deberá abando-

nar los senderos comunes y trillados, que sólo a las mentes débiles y serviles les satisface recorrer continuamente. Paladares tan exquisitos sólo saborean las nociones extrañas que están muy alejadas del camino normal: todo lo que es comúnmente aceptado tiene la marca de la bestia, creyendo que se rebajarían a sí mismos si lo escucharan o aceptaran; su mente sólo persigue las paradojas, que es lo que buscan, lo que aceptan, lo que producen. Así creen diferenciarse de lo vulgar. Pero lo común o lo incomún no son las marcas que distinguen la verdad de la falsedad, por lo que no deben desviarnos en nuestros exámenes. No debemos juzgar las cosas por las opiniones de los hombres, sino las opiniones por las cosas. La multitud razona, pero mal, por lo que debemos sospechar de ella y no tenerle confianza, ni seguirla como una guía segura; pero los filósofos que han abandonado la ortodoxia de la comunidad y las doctrinas populares de sus países han caído en opiniones tan extravagantes y absurdas como las que aprobó la recepción popular. Sería una locura negarse a respirar el aire común o a apagar la sed con agua por el hecho de que la muchedumbre los utilice para esos mismos propósitos; pero si hay conveniencias de la vida a las que no alcanza el uso común, no es razón para rechazarlas el que no hayan crecido del modo ordinario en el país y no las conozca todo aldeano.

La verdad, esté o no de moda, es la medida del conocimiento y el asunto del entendimiento; todo lo que se aparte de ella, por autorizado que esté por el consentimiento o recomendado por su rareza, no es más que ignorancia; o algo peor.

Hay otro tipo de parcialidad que es causa de que los hombres se engañen a sí mismos y obtengan poca utilidad de sus lecturas; me refiero a los que utilizan las opiniones de los escritores, poniendo énfasis en su autoridad, siempre que encuentran que favorecen sus propias opiniones.

Nada ha hecho tanto daño a los hombres dedicados a las letras como dar el nombre de estudio a la lectura, pensando que un hombre de muchas lecturas es lo mismo que un hombre de gran conocimiento, o al menos que es un titular de honor. Lo único que puede registrarse con la escritura son hechos o razonamientos. Los hechos son de tres tipos:

1. Simplemente de agentes de la naturaleza, observables en las operaciones ordinarias de unos cuerpos sobre otros, ya sea en el curso visible e independiente de las cosas o en experimentos hechos con ellas, enfrentando agentes y pacientes entre sí de una manera peculiar y artificial.

2. De agentes voluntarios, más especialmente las acciones de los hombres en sociedad, que constituyen la historia civil y moral.
3. De opiniones.

Ellos tres forman, me parece a mí, lo que comúnmente tiene el nombre de aprendizaje; a ello algunos pueden añadir con encabezamiento distintos los escritos críticos, pero en el fondo no son más que hechos, y consisten en que un hombre, o una serie de hombres, utilizaron una palabra o una frase en un cierto sentido; es decir, que hacen de esos sonidos las marcas de tales ideas.

En los razonamientos incluyo todos los descubrimientos de verdades generales hechos por la razón humana, y ya se encontraran por intuición, demostración o deducciones de probabilidades. Como puede suponerse, aunque el conocimiento no consiste exclusivamente en esto (porque también pueden conocerse la verdad o probabilidad de las proposiciones particulares), es la ocupación más apropiada de quienes por medio de la lectura pueden mejorar su entendimiento y llegar al conocimiento.

Los libros y lecturas se consideran como la gran ayuda al entendimiento y como los instrumentos del conocimiento, y debe admitirse que lo son; sin embargo, ruego que se me permita afirmar el hecho de que para muchos son un estorbo que les impide alcanzar un conocimiento sólido y verdadero. Pienso que el entendimiento ha de emplearse con sumo cuidado y laboriosidad en el uso de los libros. Sin ese cuidado, serán más una diversión inocente que una ocupación provechosa del tiempo, sin que apenas añadan nada a nuestro conocimiento.

Incluso entre los que aspiran al conocimiento, no es raro encontrar a quienes con gran laboriosidad emplean todo su tiempo en los libros y apenas se conceden tiempo para comer o dormir, sólo para leer, leer y leer, pese a lo cual no realizan grandes progresos en el conocimiento auténtico a pesar de no tener en sus facultades intelectuales un defecto al que poder imputar el retraso. El error se basa en la suposición generalizada de que se produce una transfusión del conocimiento del autor al entendimiento del lector; y es cierto, pero no con la simple lectura, sino leyendo y entendiendo lo que escribió el autor. Con eso no me refiero simplemente a comprender lo que se afirma o niega con cada proposición (aunque los hombres de muchas lecturas no siempre se sienten interesados por hacer al menos eso), sino a ver y seguir la cadena de razonamientos, observar la fuerza y claridad de sus conexiones y examinar en qué se basan. Quien no lo hace así puede leer los discur-

sos de un autor muy racional, escrito en un lenguaje y con unas proposiciones que entienda muy bien, sin adquirir con ello, sin embargo, una sola pizca del conocimiento del autor; pues como el conocimiento consiste en la percepción de la conexión, cierta o probable, de las ideas utilizadas en los razonamientos, el conocimiento del lector no se incrementa más que con lo que percibe; cuanto más vea esa conexión, más sabrá de la verdad o probabilidad de las opiniones del autor.

Cuando confíe en algo sin haber tenido esa percepción, lo habrá adoptado por confianza en el autor, sin el menor conocimiento del tema. Por eso no me sorprende que algunos hombres abunden tanto en las citas y construyan sus opiniones en las autoridades, siendo estas el único fundamento sobre el que basan la mayor parte de sus principios; de ese modo, no tienen más que un conocimiento implícito o de segunda mano. Es decir, están acertados si lo estaba aquél del que han tomado la opinión; y eso, claro está, no es conocimiento. Los autores de ésta y otras épocas pueden haber sido testigos competentes de los hechos que comunican, y posiblemente haremos bien en adoptar su autoridad, pero el crédito que les concedemos no puede ir más lejos; no puede afectar en absoluto a la verdad o falsedad, que no tienen otro tipo de medida que la razón y la comprobación; tales fueron los métodos que utilizaron los autores para llegar al conocimiento y son los que debemos utilizar nosotros para compartir el conocimiento de los autores. Es una ventaja, ciertamente, que ellos se hayan tomado el trabajo de buscar las pruebas y ponerlas en un orden que permita mostrar la verdad o probabilidad de sus conclusiones; les debemos estar muy agradecidos por ahorrarnos el trabajo de buscar las pruebas que ellos ya han recogido por nosotros y que, posiblemente, a pesar de todos nuestros trabajos, no hubiéramos podido encontrar, ni hubiéramos podido poner en tan buen orden como el que ellos no dejaron. A este respecto, hemos de estar muy agradecidos a los autores juiciosos de todas las épocas por los descubrimientos y discursos que han dejado para nuestra instrucción, en caso de que sepamos hacer uso de ellos; el uso correcto no consiste en una lectura precipitada, alojando si acaso en nuestra memoria sus opiniones o algunos pasajes y juzgar luego acerca de su verdad o falsedad, de la probabilidad o improbabilidad de lo que nos dicen, pero no por una opinión que hayamos recibido del autor, sino extrayendo de las cosas mismas la evidencia que nos presentan y la convicción que nos proporcionan. Conocer equivale a ver, y en tal caso es locura pensar que

podemos hacerlo con los ojos de otro hombre que utiliza muchas palabras para decirnos que lo que él afirma es evidente. Hasta que nosotros mismos lo veamos con nuestros propios ojos, y lo percibamos con nuestro entendimiento, seguiremos como antes en la oscuridad y el vacío por mucho que confiemos en un autor notable.

Se considera que Euclides y Arquímedes conocían aquello de que hablaban y lo demostraron; sin embargo, quien lea sus escritos sin percibir la conexión de sus pruebas, y sin ver lo que demuestran, no tendrá mayor conocimiento aunque entienda todas sus palabras. Podrá creer, desde luego, pero no conocerá lo que dicen, y por tanto no habrá avanzado una pizca en el conocimiento matemático a pesar de sus lecturas de los libros de esos matemáticos reconocidos.

25. *Precipitación*

La impaciencia y la inclinación poderosa de la mente por el conocimiento son un estorbo para el propio conocimiento cuando no están laboriosamente reguladas. Nos impulsan hacia nuevos objetos y descubrimientos y son causa de que se persiga una gran variedad de conocimientos, por lo que con frecuencia el sujeto no mantiene un tema el tiempo suficiente para examinarlo como es debido, pues tiene prisa por perseguir lo que está aun fuera de la vista. Quien recorre un país en un coche puede decir, desde su visión móvil, cómo son en general sus partes, describiendo deslabazadamente que aquí hay una montaña y allí un llano, aquí un pantano y allá un río, bosques en una zona y sabanas en otra. Galopando por el país podrá recoger ese tipo de ideas y observaciones superficiales, pero se le escaparán necesariamente las observaciones más útiles sobre el suelo, las plantas, los animales y sus habitantes, con sus diversos tipos y propiedades; y no es frecuente que los hombres descubran minas ricas sin haber excavado antes. Por lo común, la naturaleza aloja sus joyas y tesoros en suelo rocoso. Si la materia es nudosa, y el sentido profundo, la mente habrá de detenerse y doblarse, adherirse a ellos con el trabajo, el pensamiento y la contemplación atenta; no podrá dejar esa materia hasta que haya dominado la dificultad y esté en posesión de la verdad. Pero hay que procurar evitar el otro extremo: no hay que quedarse pegado a toda precisión inútil, esperando encontrar un misterio de la ciencia en todo escrúpulo o cuestión trivial que pueda plantearse. Quien se detiene a recoger y examinar todo guijarro que encuentra en el

camino tiene tan pocas probabilidades de regresar enriquecido y cargado de joyas como el que viajó a toda velocidad. Las verdades no son mejores o peores por su obviedad o dificultad, pues su valor ha de medirse por su utilidad y propósito. No debemos ocupar nuestros minutos con observaciones insignificantes, pero tampoco debemos despreciar las que engrandecen nuestra visión e iluminan los descubrimientos nuevos y útiles, aunque por ello hayamos de detener nuestro curso y emplear parte de nuestro tiempo en prestarles atención.

También es frecuente otra actitud de precipitación que establece el error en la mente que se abandona a sí misma. El entendimiento es impulsado hacia adelante no sólo para aprender conocimientos variados (lo que le hace pasar rápidamente de una parte del conocimiento a otra), sino también por el ansia de ampliar su visión, llegando con rapidez excesiva a las conclusiones y observaciones generales sin un examen debido de los particulares que sea suficiente para encontrar esos axiomas generales. De ese modo parece que el entendimiento amplía su capital, pero lo hace con fantasías, no son realidades; esas teorías construidas sobre fundamentos estrechos se sostienen débilmente, y cuando no caen por sí mismas al menos son muy difíciles de sostener frente al asalto de la oposición. De este modo, los hombres que llegan con gran precipitación a las nociones generales y teorías mal fundamentadas sienten que su capital de conocimientos es un engaño cuando han de examinar las máximas asumidas precipitadamente, o cuando estas son atacadas por los demás. Las observaciones generales extraídas de los particulares son las joyas del conocimiento, pues nos permiten almacenar mucho en poco espacio; pero han de obtenerse con gran cuidado y precaución para que al someter nuestro conocimiento a un severo examen nuestra pérdida y vergüenza no sean muy grandes si hemos tomado lo falso por verdadero. Uno o dos particulares pueden sugerir indicios de investigación, y está bien aceptarlos como tal, pero si los convertimos en conclusiones y normas generales adelantaremos, ciertamente, más sólo en el engaño que nos hacemos a nosotros mismos con las proposiciones asumidas como verdaderas sin suficiente garantía. Como ya dijimos antes, con ese tipo de observaciones convertimos la memoria en un almacén de materiales al que difícilmente se puede llamar conocimiento; o al menos es como una colección de trastos viejos que no podemos utilizar ni ordenar; el que de todo extrae una observación se encuentra con una abundancia inútil, mezclada con mucha falsedad. Han de

evitarse los dos extremos, y el que mantenga el entendimiento en el justo medio entre ellos será el que mejor cuenta pueda dar de sus estudios.

26. *Anticipación*

Ya sea por amor hacia lo que dio por primera vez luz e información a la mente, junto con una falta de valor y laboriosidad para investigar, o que los hombres se contentan con cualquier apariencia de conocimiento, sea correcto o equivocado, ciñéndose con fuerza a él, es un hecho visible que muchos hombres se entregan a las primeras elaboraciones de sus mentes, mostrando una gran tenacidad en la defensa de las primeras opiniones que sostuvieron; a menudo muestran tanto cariño a sus primeras concepciones como con su primer hijo, y por nada se retractan del juicio que hicieron en una ocasión, ni de cualquier conjetura o engaño que hayan abrigado alguna vez. Tal actitud es un fallo en el empleo del entendimiento, puesto que esa firmeza o rigidez de la mente no procede de la aceptación de la verdad, sino de la sumisión al prejuicio. De ese modo alabamos sin razón lo que nos resulta atractivo y no reverenciamos la verdad (que decimos buscar), sino lo que encontramos por azar, sea lo que sea. Utilizamos absurdamente nuestras facultades; la mente que acepta el poder de lo primero que llega a ella se prostituye completamente. No podemos aceptar nunca que sea así el camino correcto del conocimiento, a no ser que el entendimiento (cuya ocupación es la de conformarse a lo que encuentra en los objetos exteriores), pueda conseguir por sí mismo, cambiando la situación, que la naturaleza inalterable de las cosas obedezca a sus precipitadas determinaciones; pero nunca sucederá tal cosa. Las cosas seguirán su curso con independencia de nuestro capricho; y los hábitos de las cosas, sus correspondencias y relaciones, seguirán siendo los mismos.

27. *Conformidad*

Frente a las actitudes anteriores, pero con un exceso igualmente peligroso, encontramos a los que conforman siempre sus juicios a

lo último que han oído o leído. Jamás profundiza la verdad en las mentes de esos hombres, ni les afecta lo más mínimo; como los camaleones, adoptan el color de lo que tienen delante, pero lo abandonan enseguida, conformándose a lo siguiente que encuentran en el camino. El orden en que se nos proponen las opiniones, o aquél en el que las recibimos, ni es la norma de su rectitud ni debe ser causa de preferencia. A este respecto, el que nos lleguen las primeras o las últimas es el efecto del azar, no la medida de la verdad o falsedad. Así deberíamos reconocerlo todos los que buscamos la verdad, manteniendo la mente libre de la influencia de tales accidentes. Tan irrazonable es el que un hombre conforme mediante extracto sus principios, como el que los regule arrojando los dados, o que los adopte por su novedad, o los mantenga porque fue lo primero que pensó y nunca ha cambiado de opinión. El juicio lo han de determinar las razones bien sopesadas, aquéllas que la mente debería estar siempre dispuesta a escuchar y prestarles sometimiento; con su testimonio y aprobación deberá adoptar o rechazar, con indiferencia, cualquier principio, tanto si nos es totalmente extraño como si lo conocemos desde antiguo.

28. *Práctica*

Aunque las facultades de la mente mejoran con el ejercicio, no se les debe someter a una tensión que esté más allá de sus fuerzas. *Quid valeant humeri, quid ferrere recusent* debería ser la medida del entendimiento de todo aquél que no desee sólo actuar bien, sino también mantener el vigor de sus facultades, sin desaprovechar el entendimiento con temas que le resulten demasiado difíciles. Cuando se compromete a la mente en una tarea que está más allá de su fuerza, aquélla se viene abajo, al igual que el cuerpo que levanta una carga demasiado pesada; lo único que obtendremos es una aversión o la falta de disposición para cualquier intento posterior. Es raro que un tendón roto recupere su fuerza anterior, o al menos la sensibilidad de la torcedura permanece durante bastante tiempo, y aun más su recuerdo, dejando en el hombre una precaución que le impide someter rápidamente esa parte a un uso excesivo. Así le sucede a la mente que se ha fatigado alguna vez con un intento superior a su fuerza; o bien queda incapacitada para el futuro, o se paraliza ante cualquier esfuerzo que le resulte duro; al menos es muy difícil inducirla a que ejerza nuevamente su fuerza en cualquier tema que requiera pensamiento y meditación. El en-

tendimiento ha de emplearse gradual e imperceptiblemente en las partes difíciles y nudosas del conocimiento, que ponen a prueba la fuerza del pensamiento; con ese procedimiento gradual, nada le resulta demasiado duro. No debe objetarse que con tan lento progreso nunca se alcanzarán plenamente algunas ciencias. Es inimaginable lo lejos que la constancia puede llevar a un hombre; sin embargo, en un sendero escabroso es mejor caminar lentamente que romperse una pierna y quedar lisiado. El que empieza con un ternero puede cargar al buey; pero el que de primeras coge el buey puede quedar tan incapacitado que después no consiga coger un ternero. Cuando la mente se haya habituado imperceptiblemente a la atención y el pensamiento concienzudo, será capaz de enfrentarse con las dificultades, y dominarlas, sin perjuicio para sí mismo, para seguir adelante de modo firme. Ningún problema abtruso ni cuestión intrincada le confundirá, desanimará o quebrará. Hay que evitar que la mente se sienta desalentada o desanimada en el futuro por haberla sometido a una tensión inusual para la que no estaba preparada; sin embargo, tampoco debemos ser por ello excesivamente tímidos ante las dificultades, ni detenernos lenta y perezosamente ante las cosas ordinarias y obvias que no exigen pensamiento o aplicación. Si así lo hiciéramos degradaríamos y debilitaríamos el entendimiento, volviéndolo inapropiado para el trabajo; permaneceríamos flotando sobre la superficie de las cosas, sin percibirlas ni penetrar nada en ellas; si habituamos a la mente a que repose perezosamente sobre la superficie obvia de las cosas, corremos el peligro de sentirnos satisfechos sin nuevas profundizaciones, que no son posibles sin más trabajo y excavaciones. El que se ha acostumbrado a ocuparse en lo que se le ofrece fácilmente a primera vista, tiene motivos para temer que nunca se reconciliará con la fatiga de dar vueltas a las cosas en su mente con el fin de descubrir sus secretos más ocultos y valiosos.

No es extraño que los métodos de aprendizaje a los que se han acostumbrado los estudiosos en sus primeros contactos con las ciencias les influyan durante el resto de sus vidas, y los asienten en su mente con una gran reverencia; especialmente si han sido establecidos por el uso universal. Los aprendices han tenido que ser primero creyentes, y durante algún tiempo las normas de sus maestros han sido axiomas para ellos, por lo que no es sorprendente que mantengan esa dignidad y, con la autoridad que tuvieron en otro tiempo, lleven a conclusiones erróneas a quienes consideran que ella basta para excusarles si se salen de su camino bien trillado.

29. Palabras

Ya me he extendido en otro lugar sobre el abuso de las palabras, y como las ciencias se construyen con ellas espero que esta reflexión servirá de advertencia a los que quieren emplear correctamente su entendimiento para que no adopten ningún término, por muy autorizado que esté por el lenguaje de las escuelas, hasta que tengan de él una idea clara. Una palabra puede ser de uso frecuente y tener gran crédito en varios autores, que la utilizan como si fuera una cosa real; sin embargo, si el que la lee no puede formarse una idea concreta de lo que es, para él será un mero sonido vacío carente de significado, y a pesar de todo lo que se diga de ella o se le atribuya, no aprenderá más que si se limitara a pronunciar ese sonido vacío. Los que desean avanzar en el conocimiento, sin engañarse a sí mismos ni hincharse de orgullo por un poco de aire articulado, deberían proponerse la siguiente norma fundamental: no confundir las palabras con las cosas, ni suponer que los nombres que aparecen en los libros son entidades reales de la naturaleza, hasta que puedan formarse ideas claras y concretas de esas entidades. Quizás no debiera decir qué términos como «formas sustanciales» y «especie intencional» puedan pertenecer a ese tipo de palabras sin significado, pero estoy seguro de que no son nada para aquél que no puede hacerse una idea concreta de lo que significan; y todo lo que piense que sabe sobre ellas no es más que conocimiento sobre nada, que a lo más que conduce es a una ignorancia disfrazada de erudita. Se ha supuesto, no sin razón, que se encuentran muchos de esos términos vacíos en algunos autores eminentes, que han recurrido a ellos para apuntalar sus sistemas en los puntos en los que el entendimiento no les proporcionaba una concepción de las cosas. Creo que en el estudio de la naturaleza, el haber supuesto algunas realidades y haberlas descrito con palabras semejantes ha provocado mucha confusión en algunos y ha sido la causa de que otros se hayan equivocado de un modo rotundo. Lo que en algunos discursos significa «no sé qué» debería considerarse como «no sé cuándo». Los hombres que no son abtrusos o abstraídos deben explicar sus concepciones y los términos que utilizan en ellas. Pues nuestras concepciones son ideas, que en todos los casos están hechas con nociones simples; y cuando las palabras no nos transmiten la idea que significan es evidente que no tienen ninguna. ¿Para qué se va a esforzar en obtener una concepción quien no tiene ninguna, o al menos ninguna concreta? El que no sabe lo que quiere decir con

un término erudito no nos puede hacer conocer nada con su uso, por mucho tiempo que emplee en golpear con él nuestras cabezas. Si fuésemos capaces de conocer todas las operaciones y conductas de la naturaleza, no tendríamos que investigar; pero hay un hecho cierto: que no podemos comprenderla más que en la medida en que somos capaces de concebirla claramente; por tanto, hacer gala de términos de los que no tenemos concepciones claras, como si contuvieran u ocultaran algo, no es sino un artificio de la vanidad erudita destinado a tapar un defecto de la hipótesis o de nuestro entendimiento. Las palabras no se han hecho para ocultar, sino para declarar y mostrar algo; cuando los que pretenden instruir las utilizan de otro modo, ocultan algo; pero lo que ocultan no es otra cosa que la ignorancia, el error o la sofistería del que habla, pues en realidad no hay nada bajo esas palabras.

30. Deambular

Ya comenté en la primera parte de este Ensayo que en nuestras mentes hay una constante sucesión y flujo de ideas; todo el mundo lo puede observar en sí mismo. Supongo que este hecho merece nuestro cuidado en el empleo del entendimiento; y creo que será muy ventajoso que logremos la facultad de dirigir la cadena de ideas de nuestra mente, ya que, como las nuevas entran constantemente en nuestros pensamientos, podremos así elegirlas y dirigirlas de modo que sólo penetren las que sean pertinentes para nuestra investigación presente, y en el orden que resulte más útil para el descubrimiento que deseamos hacer; o por lo menos, si se nos presentan ideas extrañas que no deseamos, seremos capaces de rechazarlas antes de que aparten nuestras mentes de su búsqueda presente, evitando que alejen nuestro pensamiento del tema que nos ocupa. Sospecho que quizás no es tan fácil hacerlo como pensarlo; y sin embargo, por lo que sé, ahí puede estar, si no la clave, al menos una de las grandes diferencias que hacen que algunos hombres vayan en sus razonamientos mucho más lejos que otros, cuando por naturaleza parecen tener facultades iguales. Me encantaría encontrar un remedio apropiado y eficaz para este deambular de los pensamientos. Aquél que proponga uno hará un gran servicio a los estudiosos y a los hombres contemplativos, y quizás ayude a pensar a quienes no acostumbran a hacerlo. Debo reconocer que hasta ahora no he descubierto otro modo de mantener nuestros pensamien-

tos unidos a un asunto que el esforzarnos todo lo que podamos, cogiendo el hábito de la atención y la aplicación con la práctica frecuente. El que observe a los niños se dará cuenta de que, aunque se esfuercen al máximo, no pueden alejar la dispersión de sus mentes. Y estoy convencido de que el modo de curarlos no está en las reprensiones coléricas ni en los azotes, que no hacen otra cosa que llenar sus cabezas con todas las ideas que les ofrecen el miedo, temor o confusión. Hay que hacerles volver suavemente de sus pensamientos errantes, conducirles al camino e ir delante de ellos en la cadena que deben seguir, sin reprimenda alguna ni nada que les haga darse cuenta (cuando pueda evitarse) de su deambular. Supongo que se reconciliarán antes con la atención acostumbrándose a ella que con los métodos más duros, que por distraer su atención y estorbar la aplicación introducen el hábito contrario.

31. Distinción

La distinción y la división son (si no equivoco el sentido de las palabras) cosas muy diferentes; una es la percepción de una diferencia que la naturaleza ha colocado en las cosas; la otra consiste en que tracemos una división donde no había ninguna. Y pienso que, si se me permite considerarlas en ese sentido, la una es muy necesaria y conduce al verdadero conocimiento, mientras que la otra, cuando se utilizada en exceso, sólo sirve para asombrar y confundir el entendimiento. La observación de las diferencias menores que hay en las cosas es indicativa de una vista rápida y clara, que mantiene al entendimiento uniforme y correctamente en el camino del conocimiento. Pero aunque sea útil discernir todas las variedades que se encuentran en la naturaleza, sin embargo no es conveniente considerar todas las diferencias que hay en las cosas, dividiéndolas en tantas clases distintas como diferencias haya. Si así lo hiciéramos, llegaríamos a los particulares (pues todo individuo tiene algo que lo diferencia de los otros), con lo que no podríamos establecer verdades generales, y lo único que lograríamos sería confundir a la mente. La reunión de varias cosas en diversas clases da a la mente una visión más general y amplia; pero debemos cuidar de unirlas sólo en lo que, en tanto que lo acepten, puedan estar unidas en la consideración; pues la entidad misma, que comprende a todas las cosas, aun siendo tan general como es, puede proporcionarnos nociones claras y generales. Si sopesamos y mantenemos en nues-

tras mentes qué es lo que estamos considerando, sabremos cuándo debemos, o no, ramificar con más distinciones, que han de ser el resultado de una debida contemplación de las cosas. Nada se opone tanto a ello como el arte de las distinciones verbales, hecho a placer con términos eruditos y arbitrariamente inventados, aplicados aventuradamente, sin que comprendan o transmitan nociones distintas; resulta perfectamente apropiado para una charla artificial, el ruido vacío en disputa, pero no elimina en nada las dificultades ni permite avanzar en el conocimiento. Sea cual sea el tema que examinamos y debiéramos llegar a conocer, pienso que tendríamos que ser lo más generales y amplios que el tema lo permita: en ello no puede haber peligro alguno si la idea está establecida y determinada, pues siendo así la distinguiremos fácilmente de cualquier otra idea, aunque esté comprendida bajo el mismo nombre. Las distinciones se han multiplicado, y su uso se ha considerado tan necesario, como una defensa contra los embrollos de las palabras equívocas y el gran arte de la sofistería que encierran. Pero si cada idea abstracta diferente tuviera un nombre distinto conocido, poca necesidad habría de esa multiplicación de las distinciones escolásticas; aunque, no obstante, seguiría existiendo una gran necesidad de que la mente observara las diferencias que hay en las cosas y discriminara así entre una y otra. En consecuencia, el camino correcto al conocimiento no estriba en perseguir y llenar la cabeza con una abundancia de distinciones artificiales y escolásticas, de las que con frecuencia están llenos los escritos de los hombres eruditos; vemos que en ocasiones tratan de dividir y subdividir tanto que se pierde en ellos la mente del lector más atento, y es más que probable que le pasara también eso a la del autor, pues en las cosas que se han desmenuzado hasta convertirlas en polvo es vano afectar o presumir orden, o esperar claridad. Evitar la confusión que procede del exceso o la falta de divisiones es una gran habilidad del pensamiento, así como de la escritura, que no es otra cosa que la copia de nuestros pensamientos, aunque creo que es difícil escribir con palabras cuáles son los límites del punto medio entre los dos excesos viciosos: sin embargo, creo que lo único capaz de regularlo son las ideas claras e inequívocas. Y en cuanto a las distinciones verbales recibidas y aplicadas en términos comunes, es decir, las palabras equívocas, pienso que son más el asunto de las críticas y los diccionarios que de la filosofía y el conocimiento auténtico, pues ellos, en su mayor parte, explican el sentido de las palabras y nos dan sus verdaderas significaciones. El manejo diestro de las

palabras, y la capacidad de rechazar y demostrar con ellas, se considera como una parte importante del aprendizaje; pero es un aprendizaje que no se dirige al conocimiento, pues éste sólo consiste en percibir los hábitos y relaciones de las ideas entre sí, para lo cual no hacen falta las palabras; la intervención de un sonido no le es de ninguna ayuda. Y de ahí vemos que es menor el uso de las distinciones donde hay más conocimientos; me refiero a las matemáticas, en donde los hombres tienen ideas determinadas sin nombres unidos a ellas; y donde no hay espacio para las equivocaciones no hay necesidad de distinciones. Al debatir, los oponentes utilizan los términos más globales y equívocos que pueden, para implicar al adversario en la dudabilidad de sus expresiones; como es de esperar, el que responde hace su juego distinguiendo lo más posible, y piensa que nunca lo hace en exceso; y no es que de ese modo se pueda alcanzar la victoria sin verdad y conocimiento. Tal me parece a mí que es el arte del debate. Use sus palabras con tantos reparos como pueda al argumentar por un lado, y por el otro aplique a cada término todas las distinciones que pueda, con el fin de confundir a su oponente; para que en este tipo de erudición no existan límites a la capacidad de distinguir, algunos hombres han pensado toda la agudeza que encierra, y en consecuencia en todo lo que han leído o pensado sobre su ocupación principal se han divertido con distinciones y han multiplicado las divisiones; al menos en mayor medida de lo que requería la naturaleza del tema. Como ya dije, me parece que no hay más regla para ello que la debida y correcta consideración de las cosas tal como son en sí mismas. El que haya establecido en su mente ideas claras, con nombres adjuntos a ellas, será capaz de discernir las diferencias entre unas y otras, y en eso consiste realmente la distinción; además, donde la penuria de palabras no le ofrezca términos para responder a toda idea concreta, podrá aplicar apropiadamente los términos de la distinción a los nombres globales y equívocos que se vea obligado a utilizar. Esto es todo lo que necesito saber de los términos de la distinción; en tales distinciones verbales, cada uno de sus términos, junto con aquello cuya significación distingue, no es más que un nombre distinto para una idea distinta. Cuando son así, y los hombres tienen concepciones claras que responden a sus distinciones verbales, están bien y son pertinentes en tanto en cuanto sirven para aclarar cualquier cosa del tema que se esté considerando. Lo que me parece la única y apropiada medida de las distinciones y divisiones es que el que emplea correctamente su entendimiento

no debe buscar la agudeza de la invención ni la autoridad de los escritores, pues sólo encontrará algo en la consideración de las cosas mismas, ya llegue a ello por su propia meditación o por la información de los libros.

La capacidad de mezclar las cosas en cuanto se encuentre alguna semejanza es un fallo del entendimiento que le llevará al error, pues agrupando así las cosas se aparta a la mente de las concepciones claras y concretas sobre ellas.

32. Símiles

Permítaseme añadir aquí algo cercano a lo anterior, al menos en el nombre, y es dejar que la mente, por sugerencia de alguna nueva noción, se lance inmediatamente a buscar símiles que la aclaren; aunque puede ser un modo útil de explicar nuestros pensamientos a los demás, no es en absoluto el modo correcto de establecer en nosotros mismos las nociones verdaderas de cualquier cosa, pues los símiles siempre fallan en algo y carecen de la exactitud que deberían tener nuestras concepciones si pensáramos correctamente. Es algo que sirve para hacer creíbles a los oradores, pues siempre será más aceptable el discurso de quien sepa dejar sus pensamientos en las mentes de los demás con mayor facilidad; no importa que esos pensamientos estén bien formados y se correspondan con las cosas, pues pocos hombres se preocupan de instruirse con dificultad. Aquéllos que en su discurso atraen al oyente y le transmiten sus concepciones con la misma rapidez con que fluyen las palabras, son los oradores aplaudidos y pasan por ser los únicos hombres de pensamientos claros. Nada contribuye tanto a esto como los símiles, que hacen que los hombres piensen que entienden mejor, porque son mejor entendidos. Pero una cosa es pensar correctamente y otra conocer el modo correcto de exponer nuestros pensamientos ante los otros con ventaja y claridad, ya sean correctos o equivocados. Las alegorías, metáforas y símiles bien elegidos, con método y orden, son los que mejor sirven para conseguir ese efecto, pues al ser tomados de objetos ya conocidos, y familiares al entendimiento, son concebidos tan rápidamente como son dichos; y habiéndose concluido la correspondencia, se piensa que se ha entendido también lo que iban a explicar y elucidar. Así, la aceptación se toma como conocimiento, y lo que se ha dicho hermosa-

mente se considera equivocadamente como sólido. No digo esto para desacreditar a la metáfora, o con la idea de eliminar los ornamentos del lenguaje; pero no me ocupo aquí de los retóricos y oradores, sino de los filósofos y amantes de la verdad, a quienes rogaría que abandonaran esta regla si, en la aplicación de sus pensamientos a cualquier cosa para la mejora de su conocimiento, en verdad comprenden la materia que tienen delante tal como es en realidad. El modo de descubrir esto es observar si, al desplegar la cuestión ante sí mismos o los demás, sólo utilizan representaciones prestadas e ideas extrañas por medio de la acomodación, con la intención de dar una proporción o semejanza imaginada al tema que se está considerando. Las expresiones figuradas y metafóricas resultan útiles para ilustrar las ideas más abtrusas y menos familiares, a las que la mente aún no está completamente habituada; pero hay que hacer uso de ellas para ilustrar las ideas que ya tenemos, no para representarnos las que aún no poseemos. Esas ideas prestadas y alusivas pueden utilizarse tras la verdad sólida y real, para resaltarla cuando se encuentra, pero no deben ocupar el lugar de la verdad ni ser tomadas por ella. Si toda nuestra búsqueda no ha ido aún más lejos del símil y la metáfora, podemos estar seguros de que nos hallamos más cerca de la creencia que del saber, y de que aún no hemos penetrado en el interior y realidad de la cosa, sea ésta lo que sea, sino que nos contentamos con lo que nuestra imaginación, no la cosa misma, nos proporciona.

33. Aprobación

En todo lo que se refiere al empleo de nuestro entendimiento, no hay nada de mayor importancia que saber cuánto, dónde y hasta qué punto dar la aprobación; y probablemente no hay nada tan duro. Se dice muy fácilmente, y nadie lo cuestiona, que el dar y sostener nuestra aprobación, y los grados de ésta, debería estar regulado por la evidencia que las cosas lleven en ellas, pero sin embargo vemos hombres que no cumplen esta regla: hay algunos que abrazan con firmeza doctrinas con razones ligeras, algunos sin razones, y otros en contra de la apariencia; algunos admiten con certeza, y no se les puede mover de lo que sostienen, otros oscilan ante cada cosa, y no faltan los que lo rechazan todo como incierto. ¿Qué puede hacer entonces un novicio, un investigador, un extraño al caso? Ésta es mi respuesta: que utilice sus ojos. Hay una co-

rrespondencia en las cosas, y un acuerdo y desacuerdo en las ideas que es discernible en grados muy diferentes; y los hombres, si quieren, tienen ojos para verlo; pero los ojos pueden estar debilitados o deslumbrados, y la vista con la que han de discernir dañada o perdida. El interés y la pasión deslumbra; la costumbre de argumentar en favor de un lado, en contra incluso de aquello de lo que estamos persuadidos, debilita el entendimiento, y es causa de que vaya perdiendo gradualmente la facultad de discernir claramente entre la verdad y la falsedad, y por tanto de adherirse al lado correcto. Resulta inseguro jugar con el error, y vestirlo para los demás o para nosotros con la forma de la verdad. La mente pierde gradualmente su gusto natural por la verdad sólida y real y se reconcilia, insensiblemente, con todo lo que pueda revestirse de una débil apariencia de ella; si en un principio, por diversión, se le permite a la imaginación tomar el lugar del juicio, con el uso acaba por usurpar ese puesto; lo que es recomendado por el lisonjero (que estudia para complacer) es recibido como bueno. Hay tantos tipos de falacia, como las artes de dar colores, apariencias y semejanzas mediante el sastre de la imaginación, que quien no tiene la cautela de no admitir más que la verdad, y pone mucho cuidado en que su mente no se vuelva subordinada de ningtuna de ellas, por fuerza habrá de verse cogido en la trampa. El que tiene una mente crédula está ya a medio camino de la aprobación; y el que, discutiendo a menudo en contra de su propio sentido, impone la falsedad a los demás, no está lejos de creerla él mismo. Elimina así la gran distancia que hay entre la verdad y la falsedad; casi une, sin que ello importe mucho, las cosas, y éstas se aproximan tanto que se las acepta; y cuando las cosas han llegado a ese punto, la pasión, el interés, etc. determinarán, fácilmente y sin ser percibidas, lo que es lo correcto.

34. Indiferencia

Ya dije antes que deberíamos mantener una indiferencia perfecta ante todas las opiniones, sin desear que alguna de ellas sea cierta ni tratar de que aparezca como tal, pues en ser indiferente, recibiendo y abrazando las opiniones de acuerdo con la evidencia, y sólo por ella, está la confirmación de la verdad. Aquél que lo hace así, es decir, que mantiene la mente indiferente ante las opiniones, que sólo serán determinadas por la evidencia, verá cómo su

entendimiento tiene siempre percepción suficiente para distinguir entre la evidencia y su falta, entre lo claro y lo dudoso; y si ni concede ni niega su aprobación más que por esa medida, podrá estar seguro de sus opiniones. Y siendo quizás pocas, esta precaución tendrá también de bueno que les hará considerar y les enseñará la necesidad de examinar más de lo que acostumbran, pues sin ello la mente no es más que un receptáculo de inconsistencias, no un almacén de verdades. Los que no mantienen en sí mismos esa indiferencia ante todo salvo ante la verdad, no supuesta sino evidenciada, se ponen cristales de color ante los ojos y miran las cosas a través de gafas falsas; luego piensan que están excusados de seguir las falsas apariencias que ellos mismos han puesto ante ellos. No espero que de este modo la aprobación sea en todo proporcionada a las razones y claridad con la que toda verdad pueda ser elaborada, ni que los hombres vayan a estar totalmente a salvo del error, pues eso es más de lo que se puede pedir a la naturaleza humana. No tengo como objetivo ese privilegio inalcanzable; sólo estoy hablando de lo que deberían hacer quienes tratan con justicia a su propia mente y hacen un uso correcto de sus facultades en la búsqueda de la verdad, pues nosotros fallamos más a las facultades de lo que éstas nos fallan a nosotros. Los hombres tienen razones para quejarse más del mal empleo de sus capacidades que de la ausencia de éstas, y de ello se quejan en realidad con respecto a quienes difieren de ellos. El que indiferente por todo salvo por la verdad, no permite que su aprobación vaya más rápido que su evidencia, ni más lejos, aprenderá a examinar, y examinará justamente en lugar de presumir; y nadie se sentirá perplejo ni en peligro por no abrazar aquellas verdades que sean necesarias en su situación y circunstancias. Cuando no se hace de ese modo, todo el mundo es proclive a la ortodoxia; lo primero que embebe son las opiniones autorizadas de su país y partido y por eso no cuestiona la verdad, y ni uno de cada cien realiza un examen. Son aplaudidos por presumir de que están en lo cierto. El que piensa es un enemigo de la ortodoxia, pues posiblemente se desviará de alguna de las doctrinas recibidas. Y así los hombres, sin industria o adquisición propia, heredan verdades locales (pues no es la misma en todas partes) y están habituados a aprobar sin evidencia. Esto tiene mayor influencia de lo que se piensa, ¿pues acaso uno de cada cien celosos intolerantes de todos los partidos examina alguna vez los dogmas en los que se muestra tan rígido, o siquiera considera que es su ocupación o deber el hacerlo? El que suponga que tal cosa es necesaria

será sospechoso de tibieza, y en el que se ocupe de ello se verá una tendencia a la apostasía. Y si un hombre puede ser categórico y violento en la defensa de unas posiciones cuya evidencia nunca ha examinado y en asuntos que son para él del mayor interés, ¿qué le apartará de este modo fácil de creerse en lo cierto en los casos de menor importancia? Se nos enseña a vestir nuestras mentes como hacemos con nuestros cuerpos, según la moda en boga, y no hacerlo así se considera una fantasía, o algo peor. La predominancia de esta costumbre (¿a la que quien se atreve a oponerse?) es la causante de los intolerantes cortos de vista y de los cautelosos escépticos; y los que la rompen están en peligro de herejía. Si pensamos en el mundo, ¿qué parte de él posee conjuntamente la verdad y la ortodoxia? Sólo por esta última (que tiene la buena suerte de estar en todas partes) se juzgan el error y la herejía; el argumento y la evidencia no significan nada, y nada excusan, pues en todas las sociedades son vencidos por la infalible ortodoxia del lugar. El camino a la verdad y la correcta aprobación es el de las opiniones, que son las que tienen lugar y prescriben en las diversas partes habituales de la tierra. Sin embargo, nunca vi razón alguna para que la verdad no pudiera confiarse a su propia evidencia: estoy convencido de que si la evidencia no basta para apoyarla, no hay defensa contra el error; y en tal caso la verdad y la falsedad no serían sino nombres que significan lo mismo. La evidencia, por tanto, es lo único que le enseña (y debe enseñar) al hombre a regular su aprobación; y entonces, y sólo entonces, se hallará en el camino correcto.

Los hombres deficientes en conocimiento suelen encontrarse en uno de estos tres estados: son completamente ignorantes; dudan de alguna proposición que han abrazado anteriormente o a la que se sienten inclinados en el presente; o sostienen y profesan con seguridad sus conocimientos, sin haberlos examinado nunca nada ni haberse convencido con argumentos bien razonados.

Los primeros de ellos son los que se encuentran en mejor estado de los tres, pues aún tienen sus mentes en perfecta libertad e indiferencia; son los que mayor probabilidad tienen de perseguir mejor la verdad, pues carecen de desviaciones que los equivoquen.

35.

La ignorancia con indiferencia por la verdad está más cerca de ésta que la opinión con una inclinación subterránea, que es la ma-

yor fuente de error; están más en peligro de salirse del camino los que lo recorren bajo la dirección de una guía, pues hay cien probabilidades contra una de que les equivocará, que el que aún no ha dado un solo paso, y tiene por tanto más probabilidades de prevalecer en la búsqueda por el camino correcto. Los que pertenecen a la tercera categoría son los que se encuentran en peores condiciones, pues si un hombre se halla totalmente persuadido de una verdad sin haberla examinado, ¿qué habrá que no acepte como verdad? Y si ha cedido a creer una mentira, ¿qué medios le quedan para recuperarse al que se ha sentido seguro sin examinar nada? A los otros dos les diría que, como aquél que es ignorante se encuentra en el mejor estado, deberían perseguir la verdad con un método conveniente a ese estado; es decir, inquiriendo directamente la naturaleza misma de la cosa, sin preocuparse por la opinión de los otros ni molestarse con cuestiones ni disputas al respecto, sino viendo lo que le sea posible y buscando sinceramente la verdad. El que procede a investigar con otros principios, aunque esté resuelto a examinarla y juzgarla libremente, al menos se sitúa a un lado, colocándose en un partido del que no saldrá hasta que sea rechazado; y es que la mente se compromete insensiblemente a defenderla, con lo que se desvía inconscientemente. Creo que un hombre debería abrazar una opinión cuando ya la haya examinado; o mejor aún, que la examine sin propósito alguno, pues el método más seguro consiste en no tener ninguna opinión hasta haber realizado el examen, y todo ello sin el menor respeto por las opiniones o sistemas de otros hombres acerca de esa misma cuestión. Por ejemplo, si yo hubiera de ocuparme de entender la medicina, ¿no sería el modo más seguro consultar la naturaleza misma, e informarme de la historia de las enfermedades y curaciones, sin abrazar los principios de los dogmáticos, metodistas o químicos, ni comprometerme en todas las disputas concernientes a esos sistemas, hasta que haya puesto a prueba lo que puedan decir? O suponiendo que Hipócrates, o cualquier libro, contiene infaliblemente todo el arte de la medicina, ¿no consistiría el método directo en estudiarlo, leer y considerar el libro, sopesar y comparar sus partes para encontrar la verdad, en lugar de abrazar las doctrinas de cualquier partido? ¿Cuántos, aun reconociendo su autoridad, han interpretado y analizado todo su texto en su propio sentido? Si yo bebo de esa tintura, estoy en mayor peligro de entender mal el verdadero significado del libro que si llego a él sin haber predispuesto la mente con los doctores y comentadores de mi secta, cuyos razonamientos, in-

terpretaciones y lenguajes, a los que me habré habituado, resonarán todo el camino, con lo que quizás el auténtico significado del autor me parezca duro, tenso y grosero. Pues son palabras distintas a las del autor las que llevan esa significación al oyente, que está acostumbrado a utilizarlas, cualquiera que sea el sentido en que él las utiliza. Creo que no se puede negar que ocurre de ese modo; y si es así, el que empieza a tener alguna duda acerca de los principios que recibió, en la medida de lo posible debería ponerse en estado de completa ignorancia en referencia a esa cuestión; y tras haber rechazado completamente las nociones anteriores y las opiniones de los otros, examinar con una indiferencia perfecta la cuestión desde su origen, sin inclinación alguna a cualquiera de sus lados ni el menor respeto por las opiniones de otros que no haya examinado personalmente. Reconozco que no es fácil de hacer, pero no estoy buscando el camino fácil de la opinión, sino el camino correcto de la verdad, que deberán seguir quienes emplean con justicia su entendimiento y su alma.

36. Cuestionar

La indiferencia que aquí propongo también permitirá establecer correctamente las cuestiones dudosas, sin lo cual nunca se puede llegar a una decisión justa y clara.

37. Perseverancia

Otro fruto de esta indiferencia, y de la consideración de las cosas en sí mismas abstrayéndolas de nuestras propias opiniones y de las nociones y discursos de otros hombres sobre ellas, consiste en que cada hombre persigue sus pensamientos con el método que resulta más agradable a la naturaleza del objeto, y según lo que le sugiera la aprehensión del mencionado objeto; para ello deberá proceder con regularidad y constancia, hasta que llegue a una resolución bien fundamentada a la que pueda dar su aquiescencia. Si a esto se objetara que entonces sería necesario que cada hombre fuera un estudioso, abandonara todos sus asuntos y se dedicara completamente al estudio, responderé que no propongo a nadie que haga más que lo que le permite su tiempo. El estado y condición de algunos hombres no requiere un conocimiento muy extenso; la necesaria

provisión por la vida cubre la mayor parte de su tiempo. Pero la falta de ocio de un hombre no es excusa para la pereza e ignorancia de aquéllos a quienes les sobre tiempo; y todos tenemos tiempo suficiente para alcanzar todo el conocimiento que se requiere y espera de nosotros, y el que no lo hace así está a favor de la ignorancia y habrá de dar cuenta de ella.

38. Presunción

La variedad de destemplanzas en las mentes de los hombres es tan grande como la que hay en sus cuerpos; algunas son epidémicas, y pocos escapan a ellas; y todos, si miráramos en nosotros mismos, encontraríamos algún defecto de nuestro genio particular. Apenas hay nadie que no tenga que sufrir en parte su idiosincrasia. Este hombre presume de que sus facultades no le fallarán en un momento de necesidad, y por tanto considera superfluo trabajar para proveerse de antemano. Para él su entendimiento es como la bolsa de la Fortuna, que siempre le proveerá sin tener que poner nada en ella de antemano; y por tanto se siente satisfecho, sin esforzarse por llenar su entendimiento con conocimiento. Es el producto espontáneo del país, ¿y qué necesidad hay de trabajar en su cultivo? Esos hombres podrán desplegar sus riquezas naturales ante el ignorante; pero será mejor que no prueben su fuerza con los que tengan habilidad. Nacemos ignorantes de todo. Las superficies que rodean las cosas causan impresión en el negligente, pero nadie penetra en su interior sin trabajo, atención y laboriosidad. Las piedras y la madera crecen de sí mismas, pero sin trabajo y esfuerzo no se puede hacer con ellas una pila uniforme, simétrica y que resulte conveniente. Sin nosotros, Dios ha hecho el mundo intelectual armonioso y bello; pero no entrará en nuestras mentes de inmediato; hemos de traerlo a nuestra mente poco a poco, y en ella se establecerá por nuestra propia industria; en otro caso no tendremos más que oscuridad y caos en el interior, por mucho orden y luz que haya en las cosas exteriores a nosotros.

39. Desaliento

En cambio, hay otros que deprimen sus propias mentes, desalentándose ante la primera dificultad, concluyendo que está por

encima de sus capacidades el obtener una percepción de cualquiera de las ciencias, o hacer algún progreso en el conocimiento que vaya más allá de lo que sirve a la ocupación ordinaria. Éstos se quedan sentados porque no creen tener piernas para marchar; es decir, llegan al mismo resultado que los anteriores, que actuaban así porque creían tener alas y podían remontarse a las alturas en cuanto quisieran. A estos últimos habría que aplicarles el siguiente proverbio: «Usa las piernas y tendrás piernas». Nadie conoce la fuerza de sus facultades hasta que las ha puesto a prueba. Y del entendimiento podría decirse con verdad que generalmente su fuerza es mayor de lo que se piensa antes de ponerlo a prueba. *Virisque acquirit eundo.*

Por tanto, el remedio apropiado consiste en hacer trabajar a la mente en aplicar vigorosamente los pensamientos al asunto, pues en las luchas de la mente sucede como en las de la guerra, *Dum putant se vincere vicere*, la persuasión de que superaremos las dificultades que encontremos en las ciencias nos permitirá a menudo vencerlos. Hasta que la ha probado, nadie conoce la fuerza de su mente ni el poder de su aplicación uniforme y regular. Es un hecho cierto que quien parte de viaje con unas piernas débiles llegará más lejos y se volverá más fuerte que aquél que, con fuertes piernas y una constitución vigorosa, permanece sentado.

Algo parecido a lo de estos hombres podemos observar en nosotros mismos cuando la mente se sobresalta (como sucede a menudo) al ver algo confusamente, de pasada y en la distancia. Las cosas que se presentan así a la mente no muestran nada más que dificultad y se las considera envueltas en una oscuridad impenetrable. Pero la verdad es que no son más que espectros que el entendimiento se plantea a sí mismo para favorecer su propia pereza. No ve nada concreto en las cosas remotas, ni en las que están amontonadas, y en consecuencia concluye, débilmente, que no hay nada claro que descubrir en ellas. Sólo con acercanos más desaparecerá la neblina con que nuestro propio planteamiento las ha envuelto; y lo que en esa neblina parecían horribles gigantes inaprensibles, resultarán ser de forma y tamaño natural y ordinario. Hay que aproximarse con pasos regulares y graduales a las cosas que en una visión remota y confusa parecían muy oscuras; considerando primero lo que en ellas sea más visible, fácil y evidente. Reducirlas a sus distintas partes y luego, en su debido orden, plantear con cuestiones claras y simples todo lo que deba conocerse de cada una de sus partes; y entonces lo que parecía oscuro, confuso y demasiado

difícil para nuestras facultades débiles se abrirá a nuestro entendimiento en una visión justa, y la mente podrá penetrar en lo que antes temíamos, y manteníamos a distancia, considerándolo completamente misterioso. Apelo a la experiencia de mi lector; que me diga si no le ha sucedido esto nunca, especialmente cuando encontrándose ocupado en una cosa ha reflexionado ocasionalmente en otra. Le pregunto si nunca se ha asustado con una visión repentina de dificultades poderosas, que sin embargo han desaparecido cuando se ha aplicado seria y metódicamente a la consideración de ese tema aparentemente terrible; y no sólo ha desaparecido el asombro, sino que además se ha divertido con tal desalentadora perspectiva, por su propio planteamiento, ante una materia que, al ser tratada, no resultó más extraña o intrincada que otras cosas que había dominado con facilidad. Esta experiencia nos enseña cómo debemos enfrentarnos con esas pesadillas en otra ocasión, pues deben servir más para excitar nuestro vigor que para debilitar nuestra laboriosidad. Como en todos los casos, el modo más seguro para aprender esto consiste en no avanzar a saltos y grandes zancadas; que aquello que haya dispuesto aprender lo próximo sea realmente lo próximo; es decir, conjuntándolo en lo posible con lo que ya sabe; que sea distinto de lo sabido, pero no remoto; que sea nuevo y no lo supiera antes, de modo que el conocimiento avance; pero que en cada ocasión sea sólo un poco, para que el avance sea claro y seguro. Toda la base que logre de este modo le sostendrá. Este crecimiento gradual y concreto en el conocimiento es firme y seguro; lleva su propia luz en cada paso de su progreso, y en una cadena fácil y ordenada; y no hay nada que sea más útil al entendimiento. Aunque pueda parecer un camino muy lento y prolongado hasta el conocimiento, me atrevo a afirmar con confianza que el que lo pruebe, o aquél a quien se lo enseñe, encontrará que con este método sus avances son mayores de lo que lo serían en el mismo espacio de tiempo con otro método cualquiera. La parte más importante del conocimiento verdadero está en la percepción diferenciadora de las cosas distintas. Y algunos hombres obtienen una luz y un conocimiento más claros estableciendo desnuda y claramente una cuestión que otros hablando vagamente de ella durante horas. Quienes así planteen una cuestión no hacen sino separar y desenmarañar sus partes, exponiéndolas, una vez desenmarañadas, en su debido orden. Con frecuencia, sólo con eso se resuelve la duda y se muestra a la mente dónde está la verdad. El acuerdo o desacuerdo de las ideas en cuestión, cuando éstas han sido separadas

y consideradas distintivamente, se percibe claramente en muchos casos, con lo que se obtiene un conocimiento claro y duradero; mientras que con las cosas tomadas vagamente en su conjunto, y que por tanto están juntas en confusión, la mente sólo puede producir un conocimiento confuso, que en realidad no es conocimiento; o que por lo menos, cuando es examinado y utilizado, demuestra escasa utilidad. Por tanto, me tomo la libertad de repetir aquí de nuevo lo que ya dije en otro lugar, que hay que proponer a la mente, lo antes posible, aprender de cualquier cosa un poco; y habiéndolo entendido y dominado completamente, hay que pasar a la parte siguiente aun desconocida; hay que atender a las proposiciones simples pertenencientes al asunto estudiado, que no creen confusión, tendiendo a aclarar lo que principalmente dicen.

40. Analogía

En muchos casos la analogía es de gran utilidad para la mente, especialmente en la filosofía natural, y para esa parte de ella que consiste principalmente de experimentos felices y de éxito. Pero hemos de tener cuidado de mantenernos dentro de aquello en que consiste la analogía. Por ejemplo, el aceite ácido de vitriolo resulta bueno en tal caso, por tanto el espíritu de nitro o vinagre puede utilizarse en un caso semejante. Si el buen efecto se debía completamente a la acidez, la prueba estará justificada, pero si en el aceite de vitriolo hay algo además de la acidez que produce el buen efecto en ese caso, por la analogía nos habremos equivocado, pues nuestro atendimiento habría supuesto falsamente una analogía en donde no la había.

41. Asociación

Aunque en el segundo libro de mi *Ensayo sobre el entendimiento humano* ya he tratado sobre la asociación de ideas, como lo hice allí históricamente, dando una visión de ésta y otras formas de operar, en lugar de inquirir los remedios que deberían aplicarse, habré de afrontarlo de otro modo para aquellos que utilizan la mente para instruirse completamente en el modo correcto de emplear su entendimiento. Y en ello, si no me equivoco, hay una causa frecuente de equivocación y error, quizás más que en cualquier otra

cosa, y una enfermedad de la mente difícil de curar, pues no es fácil convencer a nadie de que las cosas no son tal como constantemente le parecen.

Por este fácil y poco atendida equivocación del entendimiento, los fundamentos sueltos y arenosos se convierten en principios infalibles, que no permiten ser tocados o cuestionados. Esas conexiones innaturales se convierten por costumbre en algo tan natural para la mente como que el sol y la luz, el fuego y el calor, van juntos; y parecen llevar en ellas pruebas naturales y verdaderas, en sí mismas evidentes. ¿Y dónde empieza la curación con esperanza de éxito? Muchos hombres toman firmemente la falsedad por verdad no sólo porque nunca han pensado de otro modo, sino también porque, como han estado cegados desde el principio, nunca pudieron pensar de otro modo, al menos si no han tenido una mente vigorosa capaz de enfrentarse al imperio del hábito y de mirar en sus propios principios. Pocos hombres tienen noción de poseer esa libertad en sí mismos, y menos aún son los que permiten que la practiquen los otros, pues el gran arte y la ocupación más importante de los maestros y guías de casi todas las sectas estriba en reprimir, con el máximo vigor, este deber fundamental que todo hombre posee en sí mismo, y que es el primer paso firme a lo correcto y la verdad en toda la cadena de sus acciones y opiniones. Ello es razón para sospechar que tales maestros son conscientes de la falsedad o debilidad de los dogmas que profesan, dado que no permiten que se examinen las bases sobre los que tales dogmas están construidos. En cambio, los que sólo buscan la verdad, y no desean comunicar y propagar nada más, exponen a prueba libremente sus principios, se complacen en que sean examinados, dan a los hombres libertad para que los rechacen si pueden, y si hay algo débil y falso en ellos, desean que sea detectado, que ni ellos mismos, ni los demás, pueden insistir en una proposición recibida más de lo que la evidencia de sus verdades garantice y permita.

Sé que todas las personas cometen muchos fallos al enseñar los principios a sus hijos y estudiantes, lo que en última instancia les hace aceptar las nociones y dogmas de sus maestros con una fe implícita y adherirse firmemente a ellos, sean verdaderos o falsos. No me referiré aquí al sentido que pueda tener esto para los mediocres, los destinados al trabajo, los que se han abandonado al servicio a sus estómagos. Pero los que tienen ingenio y están en condiciones de permitirse ocio, de estudiar y buscar la verdad, sólo tienen un camino para instruirse en los principios correctos: desterrar

en la medida de lo posible de su mente las ideas de los primeros años que carezcan de cohesión natural; quienes les dirigen deberían inculcarles a menudo esta norma en sus estudios y su vida, para que las ideas no se unan en su entendimiento en una combinación distinta a la que les conviene por su naturaleza y correspondencia; también tienen que examinar con frecuencia las que encuentren relacionadas en sus mentes, para saber si esa asociación de ideas procede del acuerdo visible que hay en las ideas mismas o de la costumbre habitual y predominante de la mente de unirlas de ese modo.

Esta norma sirve para precaverse contra el mal antes de que la costumbre lo haya fijado en el entendimiento; pero el que tenga que curarlo cuando ya está establecido por el hábito, deberá observar con delicadeza los rapidísimos y casi imperceptibles de la mente en sus acciones habituales. Puede ser prueba de esto lo que dije en otra parte sobre el cambio de las ideas de los sentidos en juicios. Si se le dice a quien no tiene formación pictórica que no vea protuberancias en las pinturas de botellas, pipas de tabaco y otros objetos, sólo se convencerá con el tacto; no creerá que una idea es sustituida por otra por un juego de manos de su pensamiento. Con mucha frecuencia nos encontramos esta situación al debatir con los eruditos, quienes ante dos ideas que están habituados a unir en sus mentes sustituyen una por otra; ¡y me atrevería a decir que lo hacen así sin darse cuenta de ello! Mientras persisten en el engaño, esa situación les incapacita para la convicción, y se aplauden como celosos campeones de la verdad cuando en realidad están combatiendo por el error. Por la confusión de dos ideas diferentes, que por la costumbre de unirlas se han convertido en una sola en su mente, abundan en su entendimiento las falsas visiones, y en sus razonamientos las falsas consecuencias.

42. Falacias

El entendimiento correcto consiste en el descubrimiento y aceptación de la verdad mediante la percepción del acuerdo o desacuerdo probable o visible de las ideas, que se afirman y niegan unas a otras. Se pone así en evidencia que el uso y empleo adecuado del entendimiento, cuyo interés es la verdad pura y nada más, exige que la mente se mantenga en una indiferencia perfecta, sin inclinarse a lado alguno más allá de lo que la evidencia establezca como cono-

cimiento, o de lo que el equilibrio de probabilidades haya permitido aprobar y creer. Sin embargo, es muy difícil encontrar un discurso en el que no percibamos que el autor no sólo mantiene algo (lo que es razonable y adecuado), sino que se inclina y desvía hacia un lado de la cuestión, descubriendo su deseo de que ese algo sea el correcto. El modo de descubrir a los autores con esa desviación e inclinación consiste en observar que, con frecuencia, en sus escritos o argumentaciones las inclinaciones les hacen alterar las ideas de la cuestión, mediante el cambio de los términos, o añadiendo y uniéndoles otros, para que las ideas en consideración sean tan variadas que sirvan mejor a sus propósitos, logrando así un acuerdo más fácil y cercano, o un desacuerdo entre ellos más visible y remoto. Sin duda alguna se trata de una sofistería, pero no creo que se utilice siempre con la idea de engañar y llevar al error a los lectores. Resulta evidente que con frecuencia los hombres se dejan engañar por sus propias inclinaciones y perjuicios, y que en ocasiones lo que les aleja de la verdad es el afecto o predisposición que tienen hacia una de las partes de la cuestión. La inclinación sugiere y desliza en sus discursos términos favorables que permitan la introducción de las ideas favorables. Revestido de ese modo el discurso, acaban llegando a la conclusión de que es claro y evidente lo que no resultaría admisible tomado en su estado natural, es decir, si sólo hubieran utilizado las ideas precisas y concretas. El carácter de lo que se denomina la buena literatura está en tal medida en esas glosas a las afirmaciones, en esas explicaciones hermosas, fáciles y graciosas sobre el motivo del discurso, que es improbable que los autores abandonen lo que les es de tanta utilidad para la propagación de sus opiniones y para procurarse fama en el mundo, cambiándolo por un modo de escribir más seco y árido en el que sólo utilicen los términos precisos de las ideas; y que además lo hagan con una rigidez agria y abrupta, sólo tolerable en los matemáticos, quienes sólo con la demostración irresistible se abren camino y hacen predominar la verdad.

Pero si no podemos persuadir a los autores para que abandonen los modos de escribir insinuantes, si no consideran adecuado mantenerse cercanos a la verdad y la instrucción con términos invariables y argumentos claros, les concierne a los lectores no verse engañados por las falacias, e insinuaciones. Para ello, el modo más seguro y eficaz consiste en fijar en la mente las ideas claras y concretas de la cuestión, desnudas de palabras; y actuar igualmente en toda la cadena de la argumentación, para captar las ideas del autor,

rechazando sus palabras, y observar cómo se acercan o alejan con respecto a las ideas de la cuestión. El que lo haga así podrá eliminar todo lo supérfluo; verá lo que es pertinente, coherente, lo que se relaciona directo con la cuestión, y lo que se aparta de ella. Así descubrirá rápidamente las ideas extrañas que hay en el discurso; y sabrán de dónde han salido. Aunque quizás hayan deslumbrado al autor, sin embargo el lector percibirá que no añaden luz ni fuerza a sus razonamientos.

Si bien es éste el modo más breve y fácil de leer libros con provecho, sin dejarse engañar por los nombres grandiosos o los discursos convincentes, sin embargo, resulta duro y tedioso a los que no están habituados; y no es de esperar que todos (entre los pocos que persiguen realmente la verdad) defiendan así su entendimiento frente al engaño voluntario, o por lo menos inconsciente, que se arrastra en la mayoría de los libros de argumentación. Los que escriben en contra de su convicción, o, juntos a ellos, los que están resueltos a mantener los dogmas de un partido con el que se han comprometido, es de suponer que no rechazarán ningún brazo que pueda ayudarles a defender su causa; a estos, por tanto, hay que leerlos con la máxima precaución. Y los que escriben sobre opiniones de las que están sinceramente persuadidos, y creen que son ciertas, creen que por su laudable afecto a la verdad pueden permitirse darla con sus mejores colores, y describirla con las mejores expresiones y ornamentos que puedan, para obtener así una entrada más fácil en las mentes de sus lectores, fijándolas allí profundamente.

Pues que podemos suponer justamente que la mayor parte de los escritores se encuentran en uno de tales estados mentales, es adecuado que sus lectores, que acuden a ellos en busca de instrucción, no se dejen engañar por esa precaución en la que se ha convertido la sincera búsqueda de la verdad, y estén siempre vigilantes ante todo lo que pueda ocultarla o representarla falsamente. Si no tienen la habilidad de representarse a sí mismos el sentido del autor con ideas puras diferenciadas de los sonidos, y desvestidas por tanto de las falsas luces y engañosos ornamentos del lenguaje, por lo menos deberán mantener en su mente la cuestión precisa, llevarla con ellos durante todo el discurso, no permitiendo la menor alteración en los términos, ya sea por adición, sustracción, adición o por cualquier otro modo. Esto lo puede hacer todo el que tenga mente para ello; y es evidente que quien no tenga mente para ello hará de su entendimiento sólo el almacén de los trastos viejos de otros hombres; me estoy refiriendo a los razonamientos falsos e in-

conclusos, no a la reposición de una verdad para su propio uso, que es importante y le mantendrá en el camino cuando le sea necesaria. Y si lo hace justamente, empleando correctamente su propio entendimiento, el propio lector puede juzgar esto.

43. *Verdades fundamentales*

Como la mente del hombre es muy estrecha, y muy lenta en trabar conocimiento con las cosas y adoptar las nuevas verdades, pues ningún hombre sería capaz, ni en una vida mucho más larga que la nuestra, de conocer todas las verdades, es prudente que en nuestra búsqueda del conocimiento empleemos nuestros pensamientos en las cuestiones fundamentales y esenciales, evitando cuidadosamente las insignificantes, sin apartarnos de nuestro propósito principal en favor de lo meramente incidental. No necesito mencionar cuánto tiempo pierden los jóvenes en inquisiones puramente lógicas. Es lo mismo que si un hombre que va a ser pintor se pasara todo el tiempo examinando las hebras de las diversas telas que va a pintar, y contando los pelos de cada pincel y cepillo que va a utilizar para poner los colores. Mejor dicho, no es tan malo que un joven pintor emplee su aprendizaje en tan inútiles bagatelas, pues al final de todos sus trabajos, descubre que no está pintado, ni haciendo nada que le ayude a ello, y que por tanto lo que hace no sirve para nada; en cambio los hombres destinados al saber han llenado y calentado su mente con disputas o cuestiones lógicas con tanta frecuencia, que toman esas nociones inútiles por un conocimiento real e importante, y creen que su entendimiento está tan bien provisto de ciencia que no necesitan mirar más la naturaleza de las cosas, ni descender al trabajo mecánico y penoso de experimentar e inquirir. Evidentemente, es un mal empleo del entendimiento, y en el camino profesado al conocimiento, en donde no debería permitirse; añadamos a ellos la abundancia de cuestiones, y el modo de tratarlas en las escuelas. Sería infinita la enumeración de las faltas de este tipo particular de las que el hombre es culpable o puede llegar a serlo; basta con haber mostrado que las observaciones y descubrimientos superficiales y ligeros, que no contienen nada importante, ni nos sirven de pistas que nos hagan avanzar en el conocimiento, no deberían considerarse dignos de nuestra búsqueda.

Hay variedades fundamentales que están en el fondo, que son la base sobre la que muchas otras descansan, y obtienen su consis-

tencia. Son numerosísimas estas verdades que alimentan la mente y que, como las luces del cielo, no sólo son hermosas y entretenidas en sí mismas, sino que además dan luz y evidencia a otras cosas que sin ellas no podrían ser vistas o conocidas. Así es el admirable descubrimiento de Mr. Newton, de que todos los cuerpos gravitaban entre sí, y que podría considerarse como la base de la filosofía natural. De qué gran uso es para el entendimiento de la gran estructura de nuestro sistema solar lo que él ha demostrado ante el asombro del mundo ilustrado; y mucho más lejos nos guiará en otras cosas que, aunque correctamente buscadas, aun no son conocidas. La gran norma de nuestro Salvador, «ama a tu prójimo como a ti mismo», es una norma tan fundamental para la regulación de la sociedad humana que, creo yo, sólo con ella podrían determinarse sin dificultad todos los casos y dudas de moralidad social. Estas, y otras como estas, son las verdades que tenemos que esforzarnos en descubrir y guardar en nuestra mente. Esto me lleva a otro aspecto del empleo del entendimiento que no es menos necesario.

44. Llegar al fondo

Hemos de acostumbrarnos, en cualquier cuestión propuesta, a examinar y encontrar lo que tiene en el fondo. La mayor parte de las dificultades con que nos encontramos, si las consideramos bien y rastreamos sus orígenes, nos conducen a alguna proposición que, sabiendo que es cierta, aclara la duda y da una solución fácil a la cuestión; en cambio, los discursos corrientes y superficiales, de los que podemos encontrar montones sobre ambos aspectos de la cuestión, llenan la mente de pensamientos variados y la boca de un discurso copioso, pero sólo sirven para distraer el entendimiento o entretener a nuestra compañía sin llegar al fondo de la cuestión, el único lugar de descanso y estabilidad para una mente inquisitiva que sólo tienda a la verdad y el conocimiento.

Supongamos, por ejemplo, que se nos demanda si un gran señor puede tomar legalmente lo que quiera de su pueblo. Esta cuestión no se puede resolver sin llegar a una certeza, la de que todos los hombres son iguales, pues sobre ella gira, y si esa verdad está bien asentada en el entendimiento, y la llevamos en la mente durante los diversos debates concernientes a los diversos derechos de los hombres en la sociedad, habremos adelantado mucho en poner fin a ellos y en demostrar de qué lado está la verdad.

45. *Transferencia de los pensamientos*

Apenas hay nada mejor para el progreso del conocimiento, la facilidad de la vida y la realización de los propios asuntos que el que un hombre sea capaz de disponer de sus propios pensamientos; y apenas hay nada tan difícil en lo referente al empleo del entendimiento que conseguir un dominio pleno en ese aspecto. En un hombre despierto, la mente tiene siempre algo a lo que aplicarse, y si somos perezosos o despreocupados cambiará fácilmente transfiriendo a placer nuestros pensamientos a otros, y desde allí a unos terceros, que no tendrán la menor relación con los primeros. De ahí que los hombres precipitadamente concluyan, y digan con frecuencia, que nada es tan libre como el pensamiento, y estaría bien que así fuera; pero en muchos casos descubrimos que lo cierto es lo contrario, pues son muchos los ejemplos de que nada hay tan inquieto e ingobernable como nuestros pensamientos, que no se dirigen a los objetos que perseguimos, ni se separan de los que ya hemos fijado, sino que escapan del hombre en busca de las ideas que tienen a la vista, dejándole incapacitado.

No volveré a mencionar aquí, pues ya lo comenté antes, lo difícil que resulta que la mente, limitada por una costumbre de treinta o cuarenta años de atenerse a una colección escasa de ideas comunes y obvias, se amplíe y logre una serie más copiosa, extendiéndose al conocimiento de aquéllas que le ofrecen un material de útil contemplación; no me estoy refiriendo a eso aquí. La inconveniencia que aquí describo, y para la que busco remedio, es la dificultad que hallamos a veces en transferir nuestras mentes de un tema a otro en los casos en que las ideas nos resultan igualmente familiares.

Las materias, recomendadas a nuestros pensamientos por cualquiera de nuestras pasiones, toman posesión de nuestras mentes con una especie de autoridad y no podemos desalojarlas; como si la pasión que los rige se convirtiera, con el tiempo, en el oficial de justicia del lugar, y llegara con su pelotón, el entendimiento queda en poder del objeto introducido, como si éste tuviera un derecho legal a ser considerado allí a solas. Creo que no debe haber nadie con un temperamento tan calmado que no haya encontrado alguna vez esa tiranía sobre su entendimiento, y sufrido sus inconvenientes. ¿Hay alguien que, en un momento u otro, no haya visto obstruida su mente por el amor o la cólera, el miedo o la pena, hasta el punto de que no ha podido pensar en otra cosa? Y digo

obstrucción porque pende sobre la mente de modo que estorba su vigor y su actividad en la búsqueda de otras contemplaciones, y de ese modo avanza poco o nada en el conocimiento de la cosa a la que tan fuertemente se adhiere y que constantemente le absorbe. Es como si esos hombres estuvieran poseídos en el peor sentido, y se hallaran bajo el poder de un encantamiento. No ven lo que pasa ante sus ojos; no escuchan el discurso audible de quienes le acompañan, y si tras apelar a ellos poderosamente despiertan un poco, son como hombres traídos a sí mismos desde alguna remota región, cuando en realidad sólo vienen de la cabina secreta de su interior, donde han estado totalmente absorbidos en la marioneta designada para su entretenimiento en ese momento. La vergüenza que esos vacíos producen en las gentes bien educadas, pues les alejan de sus compañeros con quienes tendrían que estar tomando parte en la conversación, es un argumento suficiente de que es un fallo en el empleo de nuestro entendimiento no tener el poder suficiente sobre la mente para utilizarla en los propósitos y ocasiones en que tenemos necesidad de su ayuda. La mente debería estara siempre libre y dispuesta a dirigirse a la variedad de objetos que se presentan, concediéndoles toda la consideración que en ese momento se considere apropiada. No nos es de ninguna utilidad absorbernos tanto en un objeto que no podamos dejarlo por otro que juzguemos más apropiado para nuestra contemplación. Si este estado de mente permaneciera siempre, todo el mundo le daría sin escrúpulos el nombre de locura; y si perdura, y vuelve a intervalos, tal rotación del pensamiento sobre el mismo objeto no nos hace adelantar para lograr el conocimiento, como tampoco hará un hombre una jornada sobre un caballo de molino que trota en su camino circular.

Concedo que algo hay que permitir a las pasiones legítimas y las inclinaciones naturales. Todo hombre, aparte de afectos ocasionales, tiene estudios queridos con los que la mente está más relacionada; sin embargo, sería mejor que ésta estuviera siempre en libertad y bajo la libre disposición del hombre, actuando como y sobre lo que él mandase. Deberíamos esforzarnos por obtener eso, a menos que nos contentemos con un entendimiento tan imperfecto que a veces sea como si no tuviéramos ninguno; pues no nos es muy útil si no podemos utilizarlo para los propósitos que queremos y necesitamos en un momento dado.

Pero antes de pensar en los remedios adecuados para esta enfermedad, si esperamos trabajar con éxito debemos conocer sus diversas causas y regular la curación.

Lo damos por ejemplificado, pues todos los hombres que reflexionan tienen un conocimiento general del tema y con frecuencia lo han experimentado, por lo que nadie duda de ello. Una pasión predominante prende de tal modo nuestros pensamientos a su objeto e interés que un hombre apasionadamente enamorado no es capaz de pensar en sus asuntos ordinarios, y una madre amante, decaída por la pérdida de un hijo, no puede cumplir su papel en el discurso de la compañía o en la conversación con sus amigos.

Pero aunque la pasión sea la causa más obvia y general, no es la única, sin embargo, que ata al entendimiento, confinándolo durante un tiempo a un objeto del que no puede despegarse.

Encontramos también a menudo que el entendimiento, cuando se ha empleado un tiempo en un tema que el azar, o un ligero accidente, le ofrecieron sin el interés ni la recomendación de pasión alguna, se calienta él solo e inicia gradualmente una carrera en la que, como una bola que baja una colina, va aumentando el movimiento y no se detiene ni se aparta; pero cuando el fuego se ha apagado, ve que toda su aplicación se dirigía a una bagatela que no merecía un pensamiento, y contempla todos los esfuerzos empleados en su labor perdida.

Si no me equivoco, aún hay una tercera causa, de grado inferior a la anterior; es una especie de infantilismo, si se me permite decirlo, del entendimiento, consistente en juguetear sin fin con algo insignificante, sin propósito alguno, pero de lo que sin embargo es difícil liberarse. Por ejemplo, alguna frase trivial, o un fragmento poético, entran a veces en las mentes de los hombres y arman allí tal alboroto que no permiten quietud alguna; no se puede obtener paz, ni prestar atención a nada más, pues ese huésped impertinente ocupará la mente y poseerá los pensamientos a pesar de todos los esfuerzos que hagamos por desembarazarnos de él. Desconozco si todo el mundo habrá experimentado esta intrusión perturbadora de ideas juguetonas que importunan así al entendimiento y le impiden un empleo mejor. Pero he oído quejarse de esto a más de una persona de gran capacidad. La razón de que haya expresado esa duda es que he conocido un caso muy semejante a éste, aunque mucho más extraño, y es el de una especie de visiones que tienen algunas personas estando tranquilas y acostadas, pero perfectamente despiertas, hallándose en la oscuridad o con los ojos cerrados. Se les aparece una gran variedad de rostros, generalmente muy extraños, en forma de cadena uno tras otro; de modo que nada más haber visto uno, éste desaparece y deja su lugar a otro,

que aparece en el mismo instante y sale de la visión tan rápido como el anterior, y así marchan en constante sucesión; mediante ningún esfuerzo les es posible detener uno o retenerlo más allá del instante de su aparición, es empujado por el que le sigue. He hablado con varias personas con respecto a este fenómeno fantástico, y mientras unos estaban perfectamente al corriente de ello, a otros les resultaba tan extraño que apenas podían concebirlo o creerlo. Conocí a una dama de excelentes facultades que a sus más de treinta años ni siquiera había oído hablar de ello; le resultaba tan extraño que cuando nos oyó a otra persona y a mí hablar del tema, apenas podía evitar el pensar que nos estábamos burlando de ella; pero poco tiempo después, tras beber un té diluido (que le había recetado un médico) para irse a la cama, según nos contó en el siguiente encuentro había experimentado que lo que decíamos tenía mucho de cierto. Había visto una gran variedad de rostros en una larga cadena, que se sucedían uno a otro como he descrito; todos eran extraños y desconocidos, nunca los había visto antes ni trató de hacerlo después, y tal como venían se iban, no permaneciendo ninguno ni un momento, y no logrando detenerlos a pesar de sus esfuerzos, pues en su solemne procesión aparecían y luego desaparecían. Me parece que este extraño fenómeno tiene una causa mecánica y depende de la materia y el movimiento de la sangre o espíritus animales.

Cuando la fantasía está atada por la pasión, no veo modo alguno de que la mente se halle en libertad para proseguir con los pensamientos que el hombre pueda elegir, salvo amortiguar la pasión presente o equilibrarla con otra, arte éste que se puede lograr con el estudio y conocimiento de las pasiones.

Quienes se sientan perfectamente capaces de dejarse llevar por la corriente espontánea de sus pensamientos, sin excitarse por la pasión o interés, deberán poner mucho cuidado en detenerla en todos los casos, y no estimular a sus mentes para que se ocupen de ese modo en cosas insignificantes. Los hombres conocen el valor de su libertad corporal, y por tanto no permiten que les pongan voluntariamente grilletes y cadenas. Pero, con el tiempo, tener la mente cautiva es el mayor mal de los dos, y merece nuestro máximo cuidado y esfuerzo el conservar la libertad de nuestra mejor facultad. En este caso nuestros esfuerzos no se habrán perdido; el esfuerzo y la lucha prevalecerán si constantemente, en todas las ocasiones, hacemos uso de ella. Nunca debemos permitirnos las triviales atenciones del pensamiento; en cuanto veamos que la mente

se ocupa de nada, debemos detenerla inmediatamente, introducir consideraciones nuevas y más serias, y no cejar hasta haberla apartado de lo que buscaba. Si hemos dejado que la práctica contraria se convierta en hábito, nos puede resultar difícil en un principio hacerlo así, pero con el esfuerzo constante irá predominando gradualmente, y finalmente resultará sencillo. Y cuando un hombre haya avanzado bastante, y pueda apartar a voluntad su mente de las búsquedas incidentales y sin propósito, no le será malo ir más lejos y probar con meditaciones de mayor importancia, pues por fin tendrá un poder completo sobre su mente y será el dueño de sus propios pensamientos, de modo que podrá pasarlos de un tema a otro con la misma facilidad que puede apartar algo que tiene en las manos, tomando otra cosa para la que su mente tendrá un espacio. Esta libertad de mente es muy importante tanto para la propia ocupación como para el estudio, y el que la posea tendrá una gran ventaja en el empleo elegido y útil de su entendimiento.

El tercer tino de ocupación involuntaria de la mente que he mencionado, es decir el repiqueteo en la memoria de alguna frase o palabras particulares que, por así decirlo, parecen armar mucho ruido en la cabeza, raramente ocurre salvo cuando la mente es perezosa o se emplea muy negligentemente o con poca exactitud. Sería mucho mejor, ciertamente, no tener esas repeticiones impertinentes e inútiles, pues cualquier idea obvia que vague al azar y descuidadamente por nuestra mente es más útil y capaz de sugerirnos algo digno de consideración que ese insignificante alboroto de sonidos vacíos. Pero como el despertar de la mente, resultante del empleo del entendimiento con algún grado de vigor, nos libera en su mayor parte de esos compañeros ociosos, no estará de más, siempre que nos veamos perturbados por ellos, hacer uso de ese remedio tan provechoso, que además tenemos siempre a mano.

BORRADOR DE UNA CARTA DE LOCKE A LA CONDESA DE PETERBOROUGH (1697)

Madam,

Obedeciendo a la petición de Vuestra Señoría, me tomo la libertad de presentaros por escrito de lo que tuvisteis la paciencia de escucharme explicar en vuestra presencia la última vez que tuve el honor de presentaros mis respetos. Siempre he pensado que para dirigir correctamente los estudios de un joven caballero es absolutamente necesario saber a qué camino en la vida está destinado, bien sea por la distinción de su cualidad o fortuna o por la elección y determinación de sus padres. La falta de una atención debida a esto es a menudo la causa de que una gran parte de su tiempo sea dolorosamente desperdiciado en estudios y ejercicios totalmente al margen de su propósito, mientras otros de utilidad y necesidad absolutas son enteramente sobreentendidos y descuidados.

El nacimiento de Mi Señor Mordaunt, sin otra necesidad, dice a todos los que va a ser en el mundo y nos lleva a considerar lo que pueda conducir a hacer de él un hombre consumado y grande en su país. Pero como la pregunta de Vuestra Señoría apenas se refiere ahora a la elección y dirección de sus estudios, ha de quedar fuera del asunto a tratar el entrometernos en otra cosa que no sean los libros y el aprendizaje.

Mi Señor va a ir ahora a un lugar en el que puede tener maestros y tutores de todas las clases y en todas las artes y las ciencias [1]. La primera cosa a considerar, por tanto, es cuando y por cuánto tiempo debería un hombre emplear a un tutor; y sobre eso creo que

[1] Presumiblemente la Westminster School, de la que había sido alumno Locke.

debería darse la misma respuesta que alguien que preguntase durante cuánto tiempo debería ser guiado un niño con correas [2], a lo que cualquiera respondería de inmediato que hasta que pueda marchar solo. Cuando un hombre conozca las tendencias, vea el método y haya sido introducido en alguna de las ciencias, será el momento para él de depender de sí mismo, de apoyarse en su propio entendimiento y ejercitar sus propias facultades, que es el único camino al perfeccionamiento y la maestría. Solamente allá donde los estudios son en sí mismos complicados y duros sigue siendo útil la ayuda del tutor y debe ser gradualmente abandonada, reservando esa asistencia sólo para los casos difíciles.

La historia es considerada como uno de los estudios más necesarios para un caballero y uno de los más entretenidos y fáciles de por sí. Y así es y, por lo tanto, se debería empezar por ahí. Pero para que le sea de provecho, un joven caballero tendrá en los primeros momentos necesidad de un guía, si no para explicarle algunas dificultades del lenguaje, al menos para hacerle notar las bellezas y excelencias particulares del autor al que lea y para enseñarle a observar en él las cosas más importantes en relación con la conducta privada de un hombre en la vida normal, o con los giros del Estado en los asuntos públicos.

A este propósito, creo que lo más aconsejable para Mi Señor Mordaunt sería comenzar con la *Historia* de Livio, que es el gran depósito de la antigüedad romana, así como la mejor historia de ese Estado. En la lectura de este autor, creo que sería útil para él que alguien le pudiera explicar todas las costumbres romanas a medida que cualquier expresión a lo largo de la historia dé ocasión de reparar en ellas. Opino que Mi Señor no tiene necesidad ni debería ser importunado con otras exposiciones críticas en las que suelen abundar los hombres versados en ese tipo de conocimientos. Las personas jóvenes de calidad no deberían malgastar nada de su tiempo en estudios que no serán para ellos de ninguna utilidad cuando sean hombres. Deben tener tiempo disponible para su diversión y recreo. Éstos son tan necesarios como el estudio, y lo que pueda quedar después del cuidado de la salud y la diversión debería ser empleado totalmente sólo en las parcelas del conocimiento necesarias y útiles para ellos. Por eso, a la explicación de las costumbres y usos

[2] *Leading strings*, unas correas o cintas, unidas a la ropa de los niños, con las que se les sostenía mientras se les enseñaba a andar.

de los romanos según tienen lugar en Livio, estaría bien añadir los cambios del Estado y las causas de las que dependieron. Para un joven noble, es adecuado remarcar esto y hacer que repare en ello en su lectura.

El gran propósito de historias tales como la de Livio es dar cuenta de las acciones de los hombres como parte de la sociedad, y tal es el verdadero fundamento de la política. Pero como el florecimiento o la decadencia de las comunidades no depende meramente del tiempo presente o de lo que ocurre en ellas mismas, sino más comúnmente de constituciones y acontecimientos precedentes y remotos, y de una sucesión de acciones concurrentes entre sus vecinos tanto entre ellas mismas, el orden temporal es absolutamente necesario para un conocimiento y un perfeccionamiento adecuados de la historia, al igual que el orden de las frases en un autor debe ser guardado para extraer algún sentido de lo que dice.

A la cronología, debería añadirse también la geografía para un uso y una comprensión correctos de la historia. El escenario de la acción contribuye siempre a su recuerdo, y muy frecuentemente es tan necesario para una comprensión clara del hecho que éste no puede ser comprendido bien sin él.

A pesar de ser la cronología y la geografía útiles ambas para la historia, en absoluto es necesario un conocimiento muy preciso y crítico de ninguna de ellas; no es tanto lo que conviene a un joven caballero. El conocimiento de la figura de la tierra, del meridiano, el ecuador, los trópicos, los círculos polares y los polos, y para ello de la longitud y la altitud por medio de las cifras situadas a los lados de los mapas particulares, es suficiente para empezar; y un poco de esto todos los días, justo antes de que empiece a leer a Livio, le llevará rápidamente al conocimiento y uso de los mapas, y entonces ya tendrá tanta geografía como debe serle enseñada. Si desea una mayor exactitud en estos conocimientos, e introducirse por tanto más en ellos, podrá proseguir lo bastante bien por sí mismo; y en cuanto a que para ello necesite o no de algún sistema impreso, no puedo sino dejarlo a su tutor.

Cuando haya alcanzado la perfección en el uso de los mapas, que debería tener siempre ante sí cuando lea historia, será llegado el momento de entrar en la cronología. Y sin importunarle ahí con las varias formas de contar los años y los meses que han sido empleadas en el mundo, creo que es suficiente con hacer que se forme un concepto del calendario juliano y fijar entonces en su mente las varias grandes épocas que son más destacables en la historia, co-

mo son particularmente la Creación del mundo, las Olimpiadas, la fundación de Roma, el nacimiento de nuestro Salvador y la Hégira, y hacerle recordar en qué años del calendario juliano comenzó cada una de estas épocas. Para esto será suficiente la explicación de algún pequeño fragmento del *Breviarium Temporum* de Strauchii y la *Cronología* de Helvicus. Y cada vez que acuda a una lección sobre un historiador latino, preguntarle en qué año del calendario juliano fue fundada Roma, y cuando sea un historiador griego en qué año del calendario juliano fue la primera Olimpiada, y así con el resto. Porque el único modo de fijar la memoria de cualquier número en la cabeza de cualquiera es repetirlo a menudo.

A la lectura de la historia creo que debe unirse el estudio de la moralidad. No me refiero a la ética de las Escuelas idóneas para las disputas, sino a otras tales como la de Tulio en sus *Oficios*, Puffendorf en *De Officio Hominis et Civis* y *De Jure Naturali et Gentium*, Aristóteles, y sobre todo las enseñanzas del Nuevo Testamento, donde un hombre puede aprender cómo vivir, que es el objeto de la ética, y no cómo definir, distinguir y disputar sobre los nombres de las virtudes y los vicios.

La verdadera política la veo como parte de la filosofía moral, que no es sino el arte de conducir correctamente a los hombres en sociedad y de mantener una comunidad en medio de sus vecinos. De donde Aristóteles puede ser mejor para comenzar, y después, si le place, puede descender a escritores más modernos sobre el gobierno, tanto para los orígenes y las formas de las sociedades políticas como para el arte de gobernarlas.

Con esto, después de un poco de tiempo, puede tomar un curso de filosofía natural, química o, lo que yo elegiría más bien para empezar, anatomía, pues ésta consiste solamente en ver la figura, textura y situación de las partes y alguna pequeña cosa sobre su uso. Pues pienso que en todas las ciencias se debería empezar siempre por lo más sencillo, que es aquello que queda más cerca de los sentidos, y a partir de ahí proceder gradualmente a aquéllos que es más abstracto y reside enteramente en el pensamiento.

Creo que esto, Madam, es suficiente para comenzar; ulteriores indicaciones, pienso que deben ser diferidas hasta que veamos qué es lo que *más* atrae a mi Señor de estas, y cómo sigue o se desvía de estas normas y con qué éxito, para poder dar nuevo consejo como mejor convenga a la ocasión. Pues a donde va, posiblemente pueda caer en manos que sepan hacerle seguir un método mejor que el que aquí se propone.

ALGUNAS IDEAS ACERCA DE LA LECTURA Y EL ESTUDIO PARA UN CABALLERO (1703)

Se lee para perfeccionar el entendimiento. Se perfecciona el entendimiento con dos propósitos: primero, aumentar nuestros propios conocimientos; segundo, capacitarnos para transmitirlo y hacerlo comprender a los demás. El último de entre ellos, si bien no es el propósito principal del estudio en un caballero, es no obstante al menos igual de importante que el otro, pues la mayor parte de su ocupación y su utilidad en el mundo consiste en la influencia de lo que dice o lo que escribe sobre los demás.

La extensión de nuestro conocimiento no puede exceder de la extensión de nuestras ideas [1]. Quien haya de tener unos conocimientos universales ha de familiarizarse, por tanto, con las materias de todas las ciencias. Pero esto no es necesario para un caballero, cuya vocación adecuada es el servicio a su país, y por tanto, le concierne más propiamente el conocimiento de la moral y la política. Y así, los estudios que corresponden de modo más inmediato a su vocación son los que tratan de las virtudes y los vicios, de la sociedad civil y del arte del gobierno, por tanto también la ley y la historia.

Es suficiente con estar equipado de las ideas que corresponden a esta vocación, que encontrará en el tipo de libros antes mencionado. Pero el paso siguiente para el perfeccionamiento de su entendimiento debe ser observar la conexión de estas ideas en las proposiciones que esos libros sostienen y que pretenden enseñar como

[1] Esto se desarrolla en el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, I, 1, 8.

verdades; pues hasta que un hombre pueda juzgar si son ciertas o no su entendimiento no estará sino muy poco perfeccionado, y no hará sino pensar y hablar sobre los libros que haya leído sin por ello tener ningún conocimiento. Por eso los hombres con muchas lecturas son muy eruditos, pero tienen muy poco conocimiento.

El tercer y último paso en el perfeccionamiento del entendimiento; por tanto, es encontrar el fundamento que se halla en el fondo de cualquier proposición avanzada, y observar la conexión entre las ideas intermedias por las que está unida a ese fundamento en que se basa, o a aquél principio del cual deriva. Esto es razonar correctamente, en suma; y sólo por este camino se logra el verdadero conocimiento por medio de la lectura y el estudio.

Cuando un hombre haya adquirido por el uso esta facultad de observar y juzgar el razonamiento y la coherencia de lo que lee, y cómo demuestra lo que pretende enseñar, entonces, y sólo entonces, estará en el camino adecuado para perfeccionar su entendimiento y ampliar sus conocimientos mediante la lectura. Pero como eso (según ya he dicho) no es en absoluto lo que un caballero debe perseguir en la lectura, debería preocuparse más bien de perfeccionarse también en el arte de hablar, de modo que pueda asimismo ser capaz de hacer el mejor uso de lo que sabe.

El arte de hablar bien consiste principalmente en dos cosas, a saber: perspicuidad y razonar correctamente. La perspicuidad consiste en el empleo de los términos adecuados para las ideas o el pensamiento que haya de transmitir de su propia mente a la de otro hombre. Es esto lo que hace que se introduzcan fácilmente, y los hombres escuchan con deleite a aquellos a quienes entienden con facilidad; mientras que lo que se dice oscuramente, que muere según es dicho, no solamente se pierde sino que crea un prejuicio en el oyente como si el que está hablando no supiera lo que dice o tuviese miedo de ser entendido. El camino para conseguir esto es leer libros tales que puedan ser escritos con la máxima claridad y propiedad en el lenguaje que un hombre utiliza. Un autor excelente en este aspecto, así como en otros, es el Dr. Tillotson, último arzobispo de Canterbury, en todo lo que de él se ha publicado. He elegido proponer más bien este modelo para adquirir el arte de hablar con claridad, antes que otros que ofrecen reglas sobre él, porque somos más aptos para aprender mediante el ejemplo que mediante orientaciones. Pero si alguien tuviera en mente consultar a los maestros en el arte de hablar y escribir, en el *De Oratore* de Tulio y en otro tratado suyo llamado *Orator*, y en las *Instituciones*

de Quintiliano, encontraría instrucciones acerca de esto y de otros aspectos del bien hablar.

Junto a la perspicuidad debe haber también un razonamiento correcto, sin el cual la perspicuidad no sirve sino para poner en evidencia al orador. Y para alcanzar esto yo propondría la lectura constante de Chillingworth [2], quien con su ejemplo enseñará tanto la perspicuidad como la forma de razonar correctamente mejor que cualquier otro libro que yo conozca, y por tanto merece ser leído con ese propósito una y otra vez, por no hablar de su argumento. Además de estos libros en inglés, para formar el propio intelecto y deleitarse con un modo correcto de hablar y escribir puede leerse a Tulio (la mejor edición de Tulio es la de Gulielmus y Gruter, publicada en Hamburgo en 1618; también es una excelente edición de Tulio la de Ezelvir, en IX volúmenes en dozavo), Terencio (la última edición de Cambridge), Virgilio (últimamente en el mismo lugar), Livio (la edición de Ezelvir) y los *Comentarios* de César (la edición de Stephen).

Los libros que he mencionado hasta aquí lo han sido solamente en orden a escribir y hablar bien, no obstante lo cual merecen ser leídos por otras razones.

Antes he mencionado el estudio de la moralidad como el que conviene a un caballero no solamente en cuanto hombre, sino en orden a sus asuntos como caballero. Hay suficientes libros sobre esto, escritos por filósofos tanto antiguos como modernos; pero la moralidad del Evangelio les supera tanto a todos que para dar a un hombre un conocimiento completo de la moralidad yo no le enviaría a otro libro que no fuera el Nuevo Testamento. Pero si quiere saber hasta dónde ha llevado esta ciencia el mundo pagano, y en qué se ha basado su ética, se entretendrá con delicia y provecho en los tratados de Tulio *De Officiis*.

La política contiene dos partes muy distintas la una de la otra, la primera de las cuales comprende el origen de las sociedad y el surgimiento y extensión del poder político, y la segunda el arte de gobernar a los hombres en sociedad. La primera ha sido tan manipulada entre nosotros en los últimos sesenta años que es difícil que a alguien le falten libros de este tipo. Yo creo que de los que más se ha hablado entre los que se encuentran en inglés son el primer

[2] Autor de *The Religion of Protestans*, cuyas ideas se convirtieron en dominantes después de la Restauración.

libro de Mr. Hooker, *Política Eclesiástica*, y el libro sobre el Gobierno de Mr. Algernon Sydney; el último de ellos no lo he leído nunca. Permítaseme añadir aquí los *Dos Tratados sobre el Gobierno Civil*, editados en 1690, y un tratado sobre *Política Civil* editado este año. A ellos se pueden añadir *De Officio Hominis et Civis* y *De Jure Naturali et Gentium*, de Puffendorf, el último de los cuales es el mejor libro de este género.

En cuanto a la otra parte de la política, que concierne al arte de gobierno, creo que como mejor puede ser aprendida es por medio de la experiencia y de la historia, especialmente la del propio país. Creo por tanto que un caballero inglés debería estar bien versado en la historia de Inglaterra, partiendo desde tan lejos como empieza a haber noticia de ella, uniendo a ello las leyes que fueron dadas en las distintas épocas a medida que avance en su historia, de modo que pueda observar a partir de ahí los distintos cambios en el Estado y cómo se han producido. A lo largo de la *Historia de Inglaterra* de Mr. Tyrrel [3] encontrará a los distintos autores que se han ocupado de nuestros asuntos, y a los que puede recurrir en relación a cualquier punto que su curiosidad o su juicio le lleven a investigar.

También puede ser bueno para él leer con la historia a los antiguos juristas (tales como Bracton, Fleta, el *Espejo de la Justicia* de Henningham, sobre las segundas *Instituciones* y *Modus Tenendi Parliamentum* de Mi Señor Cook, y otros por el estilo a los que puede encontrar citados en las últimas controversias entre Mr. Petit, Mr. Tyrrel, Mr. Atwood, etc., con el Dr. Brady; como también, supongo, en el tratado de Sedler sobre *Los Derechos del Reino y las Costumbres de nuestros Ancestros*, cuya primera edición es la mejor), en los que encontrará la vieja constitución del gobierno de Inglaterra. Desde la Revolución se han publicado dos volúmenes de *Tratados del Estado* en los que hay muchas cosas relativas al gobierno de Inglaterra.

En cuanto a la historia general, se deben tener los libros de Sir Walter Raleigh y el Dr. Howell [4]. El que desee sumergirse más a

---

[3] James Tyrrel, amigo de Locke desde su época de Oxford, autor de la *General History of England, Both Ecclesiastical and Civil*, de la que sólo llegó a completar tres volúmenes.

[4] Sir Walter Raleigh, autor de *History of the World*. William Howell, de *An Institution of General History*.

fondo en ese océano puede consultar el *Methodus Legendi Historias* de Wheare[5], en la última edición, que le indicará los autores que debe leer y el método con el que debe leerlos.

La cronología y la geografía son absolutamente necesarias para la lectura de la historia. En cuanto a la geografía tenemos dos generales en inglés, las de Heylin y Moll[6]; no sé cuál de las dos sea mejor, pues no estoy muy versado en ninguna de ellas. Pero yo diría que la última debe ser más útil debido a los nuevos descubrimientos tendentes al perfeccionamiento de esa ciencia que se hacen cada día; aunque creo que los países que menciona Heylin están mejor tratados por él, dejando de lado los nuevos descubrimientos que se han añadido desde su tiempo. Estos dos libros contienen geografía en general; pero si un caballero inglés piensa que su tiempo vale mucho como para dedicar demasiado esfuerzo a eso, aunque sin ello no pueda entender bien una gaceta, es seguro que no podrá arreglarse bien sin la *Britannia* de Cambden, que ha sido muy ampliada en la última edición. También se necesita una buena colección de mapas.

Hay que añadir a la geografía libros de viajes. En este género son muy buenas las colecciones hechas por nuestros compatriotas Hacklute y Purchas[7]. También hay una colección muy buena en folio de Thévenot, en francés, y una de Ramuzio[8], en italiano, que no sé si han sido traducidas al inglés. Hay también publicados varios buenos libros de viajes de ingleses, como los de Sands, Roe, Brown, Gage y Dampier. También hay varios viajes en francés que son muy buenos, como los de Pyrard, Bergeron, Sagard, Bernier, etc., que no sé todos ellos si han sido traducidos al inglés. En la actualidad hay una muy buena *Colección de viajes,* nunca antes en inglés y tal como las que están agotadas, que ahora está editando Mr. Churchill[9]. Aparte de éstos hay un gran número de otros via-

---

[5] Degory Wheare, *Relections Nyemales, De Rationi et Methodo Legendi.*

[6] Peter Heylin. *Geography.* Herman Moll, *System of Geographie.*

[7] Richard Hakluyte. *The Principal Navigations. Voyages, Traffique and Discoveries of the English Nation.* Samuel Purchas, *Hakluytus Posthumus, or Purchas his Pilgrimes.*

[8] Melchisédec Thévenot, publicó al menos tres colecciones de viajes (Axtell). Giovanni Battista Ramuzio, *Navigationi e Viaggi.*

[9] Locke colaboró con este editor en preparar la publicación de colecciones de viajes.

jes, un género de libros que contienen una mezcla muy buena de deleite y utilidad. Ponerlos todos llevaría demasiado tiempo y espacio. Los que he mencionado son suficientes para empezar.

En cuanto a la cronología, creo que la mejor para un uso normal es la de Helvicus, [10], que no es un libro para ser leído, sino para tenerlo al lado y consultarlo llegada la ocasión. Quien quiera llegar más lejos en la cronología puede coger las *Tablas* de Talent y el *Breviarium Temporum* de Strauchius [11], y a esos puede añadir *De Emedatione Temporum*, de Scaliger, y a Petavius [12], si es que pretende comprometerse más a fondo en ese estudio.

Aquéllos de quienes se considera que han escrito mejores partes particulares de nuestra historia son Bacon, sobre Enrique VII, y Herbert sobre Enrique VIII [13]; también son elogiados Daniel [14] y la *Historia de la Reforma* de Burnet. La *Historia de España* de Mariana, y la *Historia de su propio Tiempo* de Thuanus, y Phillip de Comines [15] tienen una gran y merecida reputación. Hay también varias memorias y colecciones francesas e inglesas, como las de La Rochefoucauld, Melvil, Rushworth [16], etc., que arrojan una gran luz para quienes quieran investigar lo que ha ocurrido en Europa en esta última época.

Para preparar a un caballero para su propia conducta, sea como hombre privado o como interesado en el gobierno de su país, nada puede ser más necesario que el conocimiento de los hombres; algo que, aunque deba ser obtenido principalmente a partir de la experiencia, y después de ésta a partir de una lectura juiciosa de la historia, hay no obstante libros que tienen como propósito tratar de la naturaleza humana y ayudan a penetrar en su interior. Tales son los que tratan de las pasiones y de cómo actúan, algo que ha tratado admirablemente y en un espacio muy reducido Aristóteles en su segundo libro de la *Retórica*. Creo que esta *Retórica* está tradu-

---

[10] Christopher Helwig, *Theatrum Historicum sive Chronologiae,... mundi origine ad... annum 1609*, sucesivamente reeditado y actualizado.

[11] Gyles Strauch, *Breviarium Chronologicum*.

[12] Dyonisius Petavius, *Rationarium Temporum*.

[13] Francis Bacon, *The Historie of the Reigne of King Henry the Seventh*. Edward Herbert, *The Life and Reigne of King Henry the Eighth*.

[14] Samuel Daniel, *The Collection of the Historie of England*.

[15] Philippe de Comines, *Mêmoires*.

[16] François, sexto duque de La Rochefoucauld, *Mêmoires*. Sir James Melville, *The Memoirs of Sir J. Melville*. John Russworth, *Historical Collections*.

cida al inglés; si no, puede conseguirse en griego y en latín. Los *Caracteres* de La Bruyère son también una pieza pictórica admirable, creo; también está traducida del francés al inglés. También los escritos satíricos, como los de Juvenal y Persius y sobre todo los de Horacio, aunque pintan las deformidades de los hombres, no obstante nos enseñan con ello a conocerlos.

Hay lecturas de otra utilidad, que son para la diversión y el deleite. Tales son los escritos poéticos, especialmente los dramáticos, si están libres de blasfemias, de obscenidad y de lo que corrompe las buenas costumbres, porque en tal caso no deben ser manejados. De todos los libros de ficción que conozco no hay ninguno que iguale al *Don Quijote de la Mancha* de Cervantes en utilidad, gracia y constante decoro. Y, en efecto, no puede haber libros placenteros que no tengan de fondo a la *Naturaleza* y que no pretendan reproducirla.

Hay otro tipo de libros, que casi había olvidado, de los que debería estar bien provisto el estudio de un caballero, a saber los diccionarios de todas clases. Para la lengua latina, los de Cole, Cooper, Calepine, el *Thesaurus Linguae Latinae* de Robert Stephen, *Etymologicum Linguae Latinae* de Vossii. El *Lexicon Etymologicum* de Skinner es excelente en el género para la lengua inglesa. El *Intérprete* de Cowell es útil para los términos legales. El *Glosario* de Spelman es un libro muy útil y estudiado. Y hay varios históricos de utilidad, como los de Loyd, Hofman y Moreri [17]. El *Diccionario* de Bayle [18] es algo del mismo tipo. El que tenga ocasión de mirar libros escritos en latín después de la caída del Imperio Romano y por la pureza de la lengua latina no puede prescindir del *Glossarium* de Du Cange [19].

Entre los libros incluidos arriba he mencionado *Etymologicum Linguae Latinae* de Johan: Gerh: Vossii; todas sus obras han sido editadas últimamente en seis tomos en Holanda. Son libros muy apropiados para la biblioteca de un caballero, pues contienen discursos muy eruditos acerca de todas las ciencias.

---

[17] Nicholas Lloyd, *Dictionarium Historicum*. Johan Jacob Hofmann, título desconocido. Louis Moreri, *Grand Dictionnaire Historique*.

[18] Pierre Bayle, *Dictionnaire Historique et Critique*.

[19] Charles Dufresne Du Cange, *Glossarium ad Scriptores Mediae et Infimae Latinitatis*.

DEL ESTUDIO (1677)

Viernes 26 de marzo.

El propósito del estudio es el conocimiento, y el propósito del conocimiento la práctica o la comunicación. Es cierto que generalmente se obtiene placer de todo perfeccionamiento del conocimiento, pero cuando estudiamos sólo con ese propósito hay que considerarlo más bien como una diversión que como una ocupación, y por tanto debe ser contado entre nuestros entretenimientos.

La extensión del conocimiento o de las cosas cognoscibles es tan amplia, nuestra duración aquí tan corta y la entrada por la que el conocimiento de las cosas penetra en nuestro entendimiento tan estrecha, que el tiempo de toda nuestra vida resultaría demasiado corto, sin contar con las necesarias concesiones para la infancia y la vejez (que no son susceptibles de muchas mejoras), para el refresco de nuestros cuerpos y las inevitables distracciones, y en la mayoría de las condiciones para los trabajos necesarios de sus profesiones, si abandonan los cuales no pueden comer ni vivir. Digo que todo el tiempo de nuestra vida, sin estas deducciones necesarias, no es suficiente para familiarizarnos con todas esas cosas. No diré lo que somos capaces de conocer, sino lo que sería no sólo muy conveniente sino muy ventajoso para nosotros conocer. Quien considere cuántas dudas y dificultades han permanecido en las mentes de los más sabios hombres después de una larga y estudiosa investigación, cuánto han dejado por descubrir en las diversas regiones del conocimiento que han investigado y cuántas otras regiones de lo que puedo llamar *mundus intelligibilis* no han tocado jamás, consentirá en la desproporción de nuestro tiempo y fuerzas frente a la grandeza de esta empresa del conocimiento tomada en toda

su amplitud, y en que si no es nuestro principal asunto aquí, no obstante es tan necesario para él, y está tan entretejido con él, que poco progreso más podemos conseguir al hacer lo que hacemos con el conocimiento —o al menos de poco provecho—, siendo normalmente el actuar sin entender cuando menos trabajo perdido.

Nos incumbe mucho, por tanto, mejorar cuanto podamos el empleo de nuestro tiempo y talento a este respecto y, puesto que tenemos un largo recorrido que hacer pero los días son cortos, tomar el camino más recto y directo que podamos. A este propósito quizás no sea malo rehusar algunas cosas que es probable que nos desconciertan, o al mejos dejarlas de lado, tales como:

1. Todo ese laberinto de palabras y frases que han sido inventadas y empleadas solamente para instruir y entretener a la gente en el arte de disputar y que se encontrará quizás, si se mira en su interior, de poca o ninguna significación; y algunos creen que la lógica, la física, la ética, la metafísica y la divinidad de las escuelas están demasiado llenas de este material. Si de algo estoy seguro es de que si aprendemos distinciones sin encontrar una diferencia entre las cosas, donde lo que hacemos es una serie de frases, o si pensamos que nos proveemos de argumentos sin progresar en el conocimiento real de las cosas, solamente llenamos nuestras cabezas con sonidos vacíos, lo que, por más que creamos que pertenece al estudio y al conocimiento, no va a perfeccionar nuestro entendimiento ni a fortalecer nuestra razón más de lo que el ruido de un asador llena nuestros estómagos o fortalece nuestros cuerpos. Y el arte de defenderse con ellas al que llaman sutileza no es de mayor utilidad de lo que sería ser diestro en hacer y deshacer nudos en las telas de araña. Las palabras no tienen otro valor ni utilidad que la de ser signos de las cosas; por sí mismas valen menos que los ceros, pues en lugar de aumentar el valor de aquéllas a las que se añaden lo disminuyen y lo convierten en nada; y cuando no tienen un significado claro y distinto son como cifras raras o mal hechas que confunden nuestros cálculos.

2. El propósito y el deseo de conocer lo que han sido las opiniones de otros hombres. La verdad no necesita de recomendación alguna, y el error no es enmendado por ella; y en nuestra búsqueda del conocimiento nos concierne tan poco lo que hayan pensado otros hombres como a alguien que vaya de Oxford a Londres saber qué eruditos fueron tranquilamente a pie preguntando el camino y observando el campo según marchaban, cuáles cabalgaron la ruta detrás de su guía sin preocuparse de qué camino tomaba, quié-

nes fueron llevados embozados en un coche con su compañía, dónde se extravió de su camino un Doctor o dónde se atascó en el fango un Licenciado. Si un viajero llega a conocer el camino adecuado, no importa que conozca o no los infinitos caminos vecinales, recodos y caminos tortuosos en los que se han perdido otros; el conocimiento del correcto le asegura contra el incorrecto, y ésta es su gran tarea; y así opino que sucede en nuestra peregrinación a través de este mundo. Las fantasías de los hombres, incluso las de los eruditos, han sido infinitas, y su historia interminable; y algunos, no sabiendo a dónde iban, han seguido marchando aunque sólo hayan vagabundeado; otros han seguido solamente a su propia imaginación, aunque creían estar en lo correcto, lo que es una pura quimera y le conduce a uno a extraños laberintos. El interés ha cegado a unos y el prejuicio a otros que, sin embargo, han seguido confiados; y por mucho que se hubieran desviado del camino se han creído a sí mismos enteramente en la verdad. No digo esto para subvalorar la luz que recibimos de los demás, ni porque piense que no hay quienes nos asisten poderosamente en nuestros esfuerzos en pos del conocimiento; quizás sin los libros seríamos tan ignorantes como los indios, cuyas mentes están tan mal vestidas como sus cuerpos. Pero creo que es cosa ociosa e inútil ponerse uno a estudiar cuáles hayan sido los sentimientos de otros hombres en cosas en que la razón ha de ser la única que juzgue, con el propósito de conocerlos o de poder citarlos en todas las ocasiones. No importa cómo se valore una gran parte del estudio, un hombre que considere cuán poco tiempo tiene y cuánto trabajo que hacer, cuántas cosas debe aprender, cuántas dudas religiosas aclarar, cuántas reglas de moralidad establecer para sí, cuánto esfuerzo realizar consigo mismo para dominar los deseos y pasiones irregulares, cómo precaverse contra miles de imprevistos y accidentes que sucederán e infinitos otros problemas en sus ocupaciones tanto generales como particulares; digo que a un hombre que considere bien esto no le parecerá muy apropiado para sí el familiarizarse de propósito con los distintos conceptos del hombre que pueden encontrarse en los libros, ni siquiera sobre los temas del momento. Lo único que no niego es que el conocimiento de estas opiniones en toda su variedad, contradicciones y extravagancia pueda servir bien para instruirnos sobre la vanidad y la ignorancia de la humanidad, y hacernos más humildes y precavidos a partir de esa consideración; pero esto no me parece motivo suficiente para embarcarse deliberadamente en este estudio, y en nuestra búsqueda de cuestiones más

materiales nos encontraremos con lo bastante de esta mezcolanza como para familiarizarnos con la debilidad del entendimiento humano.

3. La pureza del lenguaje, un estilo pulido o la crítica precisa en lenguas extranjeras —así creo que puede denominarse al latín y al griego, lo mismo que al francés y al italiano— y gastar mucho tiempo en ellos quizás sirva para lanzarle a uno en el mundo proporcionarle la reputación de un estudioso; pero si eso es todo, opino que este trabajar para la galería no es en el mejor de los casos sino un atuendo elegante de la verdad o la falsedad sobre las que nos preocupamos, y hace que la mayor parte de los hombres que desperdician su tiempo de ese modo se conviertan antes en personas de buen tono que en hombres sabios y útiles.

Hay tantas ventajas en hablar bien el propio lenguaje y ser maestro en él que, cualquiera que sea la profesión de un hombre, no puede sino valer la pena dedicarle algunos esfuerzos; pero de ninguna manera debe de ocupar el primer lugar en nuestros estudios. Mas el que ponga un buen lenguaje al servicio de una buena vida y como instrumento de la virtud, estará doblemente capacitado para hacer el bien a los demás.

Cuando habla de desperdiciar nuestro tiempo y estudio en la crítica, me refiero a aquella que puede servir para convertirnos en grandes maestros en Píndaro y Persius, Herodoto y Tácito; debe entenderse siempre que exceptúo todo aprendizaje de las lenguas y estudio crítico que pueda ayudarnos a comprender las escrituras, pues siendo éstas el fundamento eterno de la verdad tal cual viene inmediatamente de su fuente, y fuente también de otras verdades de gran importancia, lo que quiera que efectivamente nos ayude a entender su verdadero sentido bien merece nuestros esfuerzos y nuestro estudio.

4. La antigüedad y la historia, en la medida en que sólo sirvan para proporcionarnos narraciones y materia de conversación. Pues las historias de Alejandro y de César, aparte de cuanto nos instruyen en el arte de vivir rectamente y nos proporcionan observaciones sobre la sabiduría y la prudencia, no tienen por qué ser preferidas ni un ápice a la historia de Robin Hood o de los siete maestros sabios. No niego que la historia sea muy útil e instructiva sobre la vida humana, pero si solamente se estudia por la reputación de ser un historiador se convierte en una cosa muy vacía, y quien sabe decir todas las particularidades de Herodoto y Plutarco, Curtio y Livio sin hacer otro uso de ellos puede ser un hombre ignorante

con una buena memoria, y haber llenado con todos sus esfuerzos su mente solamente con cuentos de Navidad. Y, lo que es peor, como la mayor parte de la historia está hecha de guerras y conquistas, y su estilo, especialmente la de los romanos, habla del valor como la principal, si no la única virtud, corremos el peligro de ser llevados a conclusiones erróneas sobre el curso general y los asuntos de la historia; y al ver a Alejandro y a César y héroes similares como los más elevados ejemplos de la grandeza humana porque cada uno de ellos produjo la muerte de varios cientos de miles de hombres y la ruina de muchos más, invadió gran parte de la tierra y mató a sus habitantes para tomar posesión de sus tierras, somos propensos a convertir la carnicería y la rapiña en las mayores cotas y la esencia misma de la grandeza humana. Y si la historia civil es una gran proveedora de ellas, y por tanto inútil para muchos lectores, las investigaciones curiosas y difíciles en la antigüedad lo son mucho más en cosas como las dimensiones exactas del Coloso, la figura del Capitolio, las ceremonias matrimoniales de los griegos y los romanos o quién fue el primero que acuñó dinero. Confieso que estas cosas lanzan bien a un hombre en el mundo, especialmente entre los eruditos, pero le sitúan muy poco en su camino.

5. Las cuestiones amenas y las remotas especulaciones inútiles como dónde estaba el paraíso terrenal, cuál fue el fruto prohibido, dónde estaba el alma de Lázaro mientras yacía muerto su cuerpo o qué clase de cuerpos tendremos en la Resurrección, etc.

Estas cosas, bien reglamentadas, de inmediato apartarán grandemente de sus ocupaciones a alguien que se haya puesto a hacer un curso de estudios. Con lo que no quiero decir que todas ellas deban ser consideradas completamente inútiles y serles negado el tiempo, pues las cuatro últimas puede ser cada una de ellas la ocupación plena y laudable de distintas personas que, con gran provecho, hagan de las lenguas, la historia o la antigüedad su objeto de estudio. En cuanto a las palabras sin significado, que es el primer encabezamiento que menciono, no logro imaginar que pueda ser útil en manera alguna oírlas o leerlas, tanto menos estudiarlas. Pero existe una armonía tal en toda suerte de verdad y de conocimiento real —se apoyan y arrojan luz de tal manera unos a otros— que no se puede negar que las lenguas y la crítica, la historia y la antigüedad, las opiniones raras y las especulaciones extrañas sirven a menudo para aclarar y confirmar doctrinas muy útiles y materiales. Mi idea, por tanto, no es que no deban ser abordadas por un hombre estudioso en ningún momento. Lo único que pretendo decir

es que no deben convertirse en nuestro principal propósito ni en nuestra ocupación primera, y que han de ser manejadas siempre con cierto cuidado y subordinadamente a nuestro gran objetivo. Porque, desde el momento en que tenemos poco tiempo, debemos economizarlo con mucho cuidado. Esas partes del conocimiento no deberían ocupar la principal ni la mayor parte de nuestros estudios, y debemos tomar tanto más esta precaución por cuanto que se encuentran muy en boga y llevan consigo una gran estima del estudio, y por tanto son tentación reluciente en el camino de un hombre estudioso y es pues muy probable que le desorienten. Si fuera de mi competencia el ordenar las partes del conocimiento y asignar a cada una su lugar y prioridad para orientar nuestros estudios, consideraría natural colocarlas en este orden:

1. Así como el cielo es una de nuestras grandes ocupaciones, también lo es con certeza el conocimiento que nos puede dirigir hacia allá; de modo que no por casualidad es el estudio que debemos abordar principalmente y en primer lugar en nuestros pensamientos. Pero en qué consiste, cuáles son sus partes, su método, su aplicación, merecerá por sí solo un capítulo.

2. La siguiente cosa a la felicidad en el otro mundo es un paso tranquilo y próspero a través de éste, lo que requiere una conducta discreta y un control de nosotros mismos en los diversos acontecimientos de nuestras vidas. El estudio de la prudencia, por consiguiente, creo que merece el segundo lugar en nuestro pensamiento y estudios. Quizás un hombre pueda ser bueno (vivir en la verdad y en la sinceridad de corazón hacia Dios) con una pequeña proporción de prudencia, pero nunca será demasiado feliz en sí ni útil para los demás sin ella. Estos dos son asuntos de todo hombre.

3. Si quienes son dejados por sus predecesores en una situación de abundante fortuna están excusados de tener una profesión particular para su subsistencia en esta vida, no obstante sigue siendo cierto por la ley de Dios que tienen la obligación de hacer algo; lo que, habiendo sido tratado por una pluma capacitada [1], no he de tocar aquí sino dejar a quienes han hecho de las letras su ocupación; y a estos creo que incumbe dar al tema propio de su ocupación el tercer lugar en sus estudios.

Establecido este orden, será fácil para cada cual determinar por

[1] Es probable que se refiera a Richard Allestree, censor en *Christ Church* y su autor de *The Gentleman's Calling*.

sí mismo qué lenguas e historia debe estudiar y en qué medida debe hacerlo subordinadamente a su profesión particular o general.

Estando así parceladas nuestras ocupaciones y siendo cada una de sus partes muy amplia, es seguro que deberíamos ponernos a trabajar sin cesar si no nos retuvieran las dos partes de las que estamos compuestos. Ni nuestros cuerpos ni nuestras mentes están capacitadas para el estudio continuo, y si no tomamos justa medida de nuestras fuerzas e intentamos hacer mucho, no haremos nada en absoluto.

Creo poder decir que el conocimiento que adquirimos en este mundo no se extiende más allá de los límites de esta vida. La visión beatífica de la otra vida no tiene necesidad de este débil crepúsculo; pero, como quiera que sea, estoy convencido de que el fin principal para el cual debemos obtener el conocimiento aquí es para hacer uso de él en beneficio de nosotros mismos y de los demás en este mundo. Pero si para ganarlo destruimos nuestra salud, trabajamos por algo que será inútil en nuestras manos. Y si atormentando nuestros cuerpos (aun con el propósito de llegar a ser más útiles) nos privamos a nosotros mismos de la capacidad y las oportunidades de hacer el bien que podríamos haber hecho con un talento más humilde, el que Dios creyó suficiente para nosotros, al negarnos las fuerzas para mejorarlo hasta los extremos que pueden alcanzar hombres con constituciones más fuertes, tanto es el servicio que robamos a Dios, y privamos a nuestro vecino de toda la ayuda que habríamos podido ofrecer en un estado de salud con un conocimiento moderado. El que hunde su barco por sobrecargarlo, aunque sea de oro y plata y piedras preciosas, mal podrá responder a su propietario de su viaje.

Estando pues fuera de duda que hay que hacer concesiones a las disposiciones y el fortalecimiento de nuestros cuerpos, y que nuestra salud debe regular la medida de nuestros estudios, el gran secreto reside en hallar la proporción; la dificultad de lo cual reside en que no solamente debe variar de acuerdo con la constitución y las fuerzas de cada hombre individual, sino que también debe hacerlo con la disposición, el vigor y las circunstancias de salud de cada hombre particular, dentro de las diferentes variantes de salud o de indisposición del cuerpo, pues todo aquello con lo que nuestros cuerpos tengan algún comercio es susceptible de modificación. De modo que resulta tan difícil decir cuántas horas seguidas debería estudiar un hombre al día como prescribirle cuánta comida debe tomar cada día, lo que sólo puede juzgar su propia prudencia

gobernada por las circunstancias presentes. Pero creo que puede haber unas pocas orientaciones que pueden servir para casi todos los casos, a saber:

1. No estudiar nunca después de comer tan pronto como para estorbar la digestión; el tiempo que hay que conceder a ésta son dos o tres horas, aunque en algunos casos debería ser más largo y en otros más corto, sobre lo cual puede ser un criterio seguro el que si encontramos algún sofoco en la cara, o algún calor en la cabeza, torpeza o pesantez, o algún desorden en el estómago al estudiar después de la comida, es seguro, aunque sea cuatro o cinco horas después, que hemos comenzado demasiado pronto; no siendo aquí la medida adecuada del tiempo la marcha regular de nuestro reloj, sino los movimientos secretos de una máquina mucho más curiosa, nuestro cuerpo, los que han de limitar el reparto del tiempo en este aspecto. De todos modos, se puede proseguir de manera tal que todo este tiempo no se pierda enteramente, pues quizá la conversación y la plática con un amigo ingenioso sobre lo que haya leído uno por la mañana, o sobre cualquier otro tema provechoso, pueda aportar a la mente igual perfeccionamiento del conocimiento, pero con menos perjuicio para la salud, como hemos establecido, que la absorción por los libros a la que generalmente llamamos estudio; la cual, aunque sea una parte necesaria, estoy seguro sin embargo de que no es la única ni quizás la mejor manera de perfeccionar el entendimiento; pero de eso hablaremos en otro lugar.

2. Hay que tener gran cuidado de que nuestros estudios no invadan nuestro sueño. La mayoría de la gente aplica esta regla particularmente a la noche y a levantarse tarde, y yo hago más especialmente a la mañana, para lo cual creo que podría dar razones, pero en este respecto creo que hay que dejar mucho a la experiencia de cada uno. De esto estoy seguro: el sueño es el gran bálsamo de la vida y el restaurador de la naturaleza; y los hombres estudiosos y sedentarios tienen mayor necesidad de él que los activos y laboriosos, porque las ocupaciones de estos hombres, es decir, sus esfuerzos corporales, aunque malgasten el espíritu, ayudan al mismo tiempo, sin embargo, a la transpiración y eliminan los excrementos que son la base de las enfermedades; mientras que el hombre estudioso y sedentario, al emplear su espíritu interior, lo consume igual o más que el otro pero sin el beneficio de eliminar los excrementos que deberían ser expulsados por la transpiración, que al ser acumulados poco a poco se convierten en materia de una en-

fermedad; de donde raramente se percibe la verdadera causa, que fue insensible y gradual. El gran remedio para reparar este mal en los hombres estudiosos es el sueño, que es el gran promotor de la transpiración y el tiempo que la naturaleza se toma para emplear el espíritu (que nuestros pensamientos despiertos apartaron de su ocupación natural) en poner en orden la economía del cuerpo. Un hombre estudioso que esté delgado, supongo, debería dormir tanto como pudiera; y si se calcula bien se encontrará, quizás, que una hora extraordinaria de sueño *no representa* una pérdida de tiempo tan grande como esos dolores de cabeza, estómago enfermo, ojos inflamados, catarros, fiebres y malarias que a menudo son el efecto de una vigilia excesiva.

3. Debemos dejar de lado nuestros libros y meditaciones en cualquier ocasión en que sintamos nuestra cabeza o nuestro estómago indispuestos; estudiar en tales momentos es enormemente perjudicial para el cuerpo y muy poco beneficioso para la mente.

Estas son las distintas normas de autocontrol que el estudio plantea por su parte al estudiante, o al menos todas las que puedo recordar en este momento. Debe dejarse a cada cual el establecer otras reglas más particulares según su propia observación privada de sí mismo y su constitución particular.

1. Al igual que el cuerpo, también la mente impone leyes a nuestros estudios; me refiero a su duración y continuidad. Por muy capaz y activa que sea, no es capaz de un trabajo constante ni de un descanso absoluto. El trabajo de la mente es el estudio o la intención de pensar; y cuando encontramos que está harta de seguir los pensamientos de otro hombre, o de la lectura, o que se agita y revuelve en la meditación, ha llegado el momento de dejarlo y permitir que se recupere. A veces la meditación resulta ser un refresco para el hastío de la lectura, y viceversa; a veces el cambio de asunto, es decir, el pasar de una materia o ciencia a otra, despierta la mente y la llena de fresco vigor; a menudo la plática la aviva cuando decae y pone fin al cansancio sin detenerse una pizca, sino más bien prosiguiendo en su jornada; y a veces está tan perfectamente cansada que solamente una relajación total puede operar el cambio. De todo esto debe hacerse uso de acuerdo con la experiencia que cada cual encuentre más afortunada en su caso para la mejor economía de su tiempo y sus pensamientos.

2. La mente tiene simpatías y antipatías, lo mismo que el cuerpo; a menudo tiene una preferencia natural por un estudio antes que por otro. Estaría bien tener un perfecto control de estas, y al-

gunas veces se debe tratar de lograr el dominio para llamar a la mente al orden y a una obediencia complaciente; pero en general es mejor seguir la inclinación y la tendencia de la mente misma, siempre que se mantenga dentro de los límites de nuestra ocupación adecuada, lo que normalmente es una amplitud suficiente. Por este medio no solamente iremos mucho más deprisa y resistiremos mucho más, sino que los descubrimientos que hagamos serán mucho más claros y harán una impresión más profunda en nuestra mente. La inclinación es a la mente lo que el paladar es al estómago; lo que produce náuseas al paladar y no es recomendado por él, raramente es bien digerido por el estómago o añade mucha fuerza al cuerpo. Es verdad que esto no es como lo físico, sino que tiene un fin diferente y no es como la comida para la alimentación.

Existe cierta inquietud en la mente de casi todos; a veces, sin percibir la causa, se pasma y permanece quieta, y uno no puede lograr que de un paso adelante; otras veces empuja hacia adelante y no es posible retenerla. Siempre es bueno emplearla cuando lo está deseando y proseguir mientras lo haga con facilidad, aunque sea quebrantando alguna de las otras normas relativas al cuerpo. Pero hay que tener cuidado de no excederse por este lado demasiado a menudo, pues el que obtiene placer del estudio se engaña a sí mismo con que un poquito hoy y un poquito mañana no hacen daño, con que no siente ningún efecto nocivo por levantarse una hora antes o retirarse rápidamente a estudiar después de la comida, y mina insensiblemente su salud; y, cuando surge la enfermedad, raramente se responsabiliza a estos extravíos pasados, que le han preparado las condiciones, sino al accidente sensible más próximo, que, como si hubiera iniciado la serie, carga con toda la culpa. Estas dos que he establecido aquí son, creo, las principales indicaciones de la mente a las que debe hacerse caso de inmediato cuando, a través de ellas, invite o disuada del estudio.

Una vez que se ha elegido la materia y que el cuerpo y la mente se encuentran en una disposición al estudio ¿qué es lo que falta para que un hombre se ponga a ello? Estos son ciertamente buenos preparativos, pero, sin embargo, si no hacemos algo más quizá sea mejor que nos sentemos a no hacer nada; o, en el mejor de los casos, no sacaremos todo el provecho que podríamos.

1. Es un deber que tenemos para con Dios, como fuente y autor de toda la verdad, y es también un deber que tenemos para con nosotros mismos si es que queremos tratar cándida y sinceramente con nuestras propias almas, tener nuestra mente constantemente

dispuesta a mantener y recibir la verdad dondequiera que nos encontremos con ella, o bajo cualquier apariencia sencilla, ordinaria, extraña, nueva o quizás desagradable con que pueda surgir en nuestro camino. La verdad es el objeto propio, la riqueza y el suministro propios de la mente, y la diferencia que separa a un hombre de otro va de acuerdo con la cantidad que posee de aquélla. El que llena su cabeza con nociones vanas y opiniones falsas, podrá tener quizá su mente hinchada y aparentemente muy ampliada, pero en realidad será estrecha y estará vacía, pues todo lo que comprende, todo lo que contiene no suma nada, o suma menos que nada; pues la falsedad está por debajo de la ignorancia, y una mentira es peor que nada.

Nuestro primer y gran deber, por tanto, es aportar a nuestros estudios, a nuestra búsqueda del conocimiento, una mente codiciosa de la verdad, que no busque otra cosa, que busque la verdad imparcialmente y que la abrace por muy pobre, vil y poco elegante que pueda en todo momento parecer. Esto es lo que todos los hombres estudiosos aseguran hacer, y sin embargo creo que muchos fracasan. ¿Es que hay alguien que no tenga opiniones que le fueron imbuidas en un tiempo de educación inconsciente, las cuales vienen a ser así como las leyes municipales del campo, que no deben ser cuestionadas pero son aquí vistas con reverencia como los patrones de lo correcto y lo incorrecto, la verdad y la falsedad, cuando tal vez estas opiniones tan sagradas no fueron sino los oráculos de la infancia, o la tradicional, y grave charla de aquellos que pretenden informar nuestra infancia, quienes las recibieron de mano en mano sin examinarlas jamás? Este es el sino de nuestra tierna edad, que, siendo así tempranamente sazonada, se convierte, con el paso del tiempo, en la mismísima constitución de la mente, que muy difícilmente acepta después una tintura distinta. Cuando crecemos encontramos al mundo dividido en bandos y grupos, no sólo congregados bajo distintas políticas y gobiernos, sino unidos por cuenta de simples opiniones, estrictamente combinadas una con otra y separadas de terceras a este respecto, especialmente en asuntos de religión. Si es que el nacimiento o la casualidad no han arrojado a un hombre de joven a uno de aquellos (lo cual, pese a todo, raramente deja de ocurrir), la elección, cuando es adulto, le sitúa con seguridad en uno u otro de ellos, a menudo a partir de la opinión de que tal partido está en lo cierto y, algunas veces, porque se encuentra con que no es seguro permanecer solo, y por tanto cree conveniente apiñarse en algún lado.

Actualmente hay en cada uno de esos partidos de los hombres cierto número de opiniones que son acogidas y poseídas como la doctrina y el dogma de esa sociedad, por cuya profesión y práctica deberían renunciar a sí mismos, o de otro modo difícilmente serán vistos como parte de esa sociedad, o al menos serán considerados como hermanos poco entusiastas o en peligro de apostatar. Está claro en la gran diferencia y contrariedad de opiniones que existen entre estos distintos partidos, que hay mucha falsedad y abundancia de errores en la mayoría de ellos. La astucia en algunos y la ignorancia en otros les hicieron primeramente [...] [2] mantenerlos. Y, sin embargo, cuán raro es que la fe implícita, el miedo a debilitar el crédito del partido o el interés (pues todos ellos operan en su momento) soporten que alguien cuestione cualquiera de los dogmas de su partido; al contrario, los recibe juntos en un manojo, los abraza y, sin examinarlos, los profesa y se aferra a ellos y por ellos mide todas las otras opiniones. El interés mundano también insinúa en las mentes de algunos hombres opiniones diversas que, adecuadas a su provecho temporal, son amablemente recibidas y con el tiempo tan remachadas que no es fácil eliminarlas.

Por estos y quizás por otros medios, vienen a establecerse y fijarse en las mentes de los hombres opiniones que, sean verdaderas o falsas, permanecen ahí reputadas como verdades materiales sustanciales, y por tanto rara vez son cuestionadas o examinadas por aquellos que las mantienen; y si resulta que son falsas, como necesariamente tienen que serlo la mayor parte de ellas en la mayoría de los hombres, apartan mucho a un hombre de su camino a lo largo de todos sus estudios; y aun cuando en su lectura y sus investigaciones se engañe a sí mismo con que su propósito es informar a su entendimiento en el conocimiento auténtico de la verdad, no obstante tiende en efecto y no logra otra cosa que la confirmación de sus opiniones ya admitidas, aceptando o rechazando las cosas que encuentra en los escritos y la plática de otros hombres según se adecuen o no a esas anticipaciones que se han posesionado ya antes de su mente. Esto se verá claramente si nos fijamos en uno o dos ejemplos de ello.

Una doctrina fundamental del partido romano es la creencia de

[2] Aquí se ha perdido un pasaje del manuscrito.

que su iglesia es infalible. Esto es aceptado como la característica de un buen católico, y la fe implícita, el miedo o el interés impiden a todos los hombres cuestionarlo. Manteniéndose esto como un principio fuera de dudas, véase lo que hace de las escrituras y la razón; no se escuchará a ninguna de ellas —aunque hablen con una claridad y evidencia nunca vistas— cuando contradigan cualquiera de sus doctrinas o instituciones; y aunque no haya llegado al extremo descarado de negar las escrituras, no obstante se utilizan, para eludir su significado y preservar intacta la autoridad de este principio suyo, la infalibilidad de la Iglesia, interpretaciones y distinciones evidentemente contrarias al sentido común y a las percepciones compartidas por los hombres. Del otro lado, aclaraos bajo nuestra guía y ved también qué será de la razón y las escrituras. Un hobbesiano, con su principio de autoconservación, del que él mismo es juez, no admitirá fácilmente muchos deberes elementales de la moralidad. Lo mismo se encontrará necesariamente en todos los hombres que hayan adoptado unos principios sin examinar la verdad de los mismos.

Sucediendo así, pues, que los hombres adoptan el prejuicio como si fuera la verdad sin percatarse de ello y, después, como hombres de apetitos corruptos, se alimentan por lo general solamente de aquellas cosas que se adaptan bien y aumentan el humor vicioso, hay que ocuparse cuidadosamente de este aspecto. Estas viejas preocupaciones de nuestra mente, estas opiniones veneradas y casi sagradas, deben ser examinadas si queremos dejar paso a la verdad y poner a nuestras mentes en esa libertad que les pertenece y necesitan. Un error jamás dejará de serlo, ni se convertirá en una verdad, porque hayamos creído en él durante largo tiempo, aunque quizá sea más difícil abandonarlo. Y un error no será menos peligroso, ni menos contrario a la verdad, porque sea gritado o venerado por mi partido, aunque es probable que nosotros seamos los menos dispuestos a creerlo así. Aquí, por tanto, necesitamos de todas nuestras fuerzas y toda nuestra sinceridad; y es aquí donde necesitamos la asistencia de un amigo serio y sobrio que pueda ayudarnos sosegadamente a examinar estas nuestras adoptadas y amadas opiniones. Porque son de esas que la mente, por estar ella misma previamente poseída por ellas, no puede fácilmente cuestionar, observar ni contraargumentar. Son las queridas de nuestra mente, y es tan difícil encontrarles una falta como a que a un hombre enamorado le desagrade su amante. Se necesita, por consiguiente, la asistencia de otro; al menos es muy útil para mostrarnos imparcial-

mente sus defectos y ayudarnos a juzgarlas por los principios sencillos y evidentes de la razón y la religión.

2. Este gran extravío de nuestros estudios trae tras de sí otro de no menores consecuencias, en el cual, sin embargo, es muy natural que incurran los hombres libreseos, y que consiste en la lectura de los autores con mucha atención y diligencia para recordar los argumentos en pro y en contra que utilizan y en esforzarse por almacenarlos seguros en la memoria para servirse de ellos llegada la ocasión; esto, cuando sirve para el propósito buscado (lo que sólo ocurre con las memorias muy buenas, pues efectivamente es cosa de la memoria más que del juicio), hace que un hombre se presente ante el mundo como muy sabio y culto, pero cuando llegue la hora de juzgar se encontrará que en realidad no lo es tanto. Puede hacer de un hombre un buen hablador y polemista, pero no un hombre capaz. Enseña a un hombre a ser un esgrimidor, pero, en la guerra irreconciliable entre la verdad y la falsedad, raramente o nunca le capacita para elegir el lado correcto o para defenderlo habiéndolo asumido bien. Quien desee ser efectivamente erudito, quien anhele más la posesión de la verdad que las muestras de erudición, quien se proponga perfeccionarse en el conocimiento sólido y sustancial de las cosas, creo que debería seguir otro curso, es decir, esforzarse por lograr una noción clara y cierta de las cosas tal como son en sí mismas; si ésta se establece en la mente, siempre sugerirá de modo natural (sin tener que confiar o crear problemas a la memoria, que a menudo nos falla) argumentos para defender la verdad o confundir al error en todas las ocasiones. Creo que esto es lo que hace tan claro, evidente y demostrativo el discurso de algunos hombres, incluso en pocas palabras. Porque solo si ante nosotros está la verdadera naturaleza de cualquier cosa podremos hablar de ella; y nuestra facultad de razonar es tan connatural a nosotros que las inferencias claras se hacen, por así decirlo, realmente por sí mismas: tenemos, por decirlo así, un conocimiento intuitivo de la verdad, que siempre es lo más aceptable para la mente, y la mente lo abraza en su originaria y desnuda belleza. Lo mismo ocurre con el conocimiento, por estar en menor peligro de perderse a causa de que no carga la memoria, sino que está ubicado en el juicio; por eso hace al hombre hablar siempre coherente y consistentemente consigo mismo, por donde quiera o con cualesquiera argumentos que se le ataque; la misma verdad, por su luz natural y su oposición a la falsedad, muestra a pesar de todo sin mucho ruido y sin ninguna larga deducción de palabras la debilidad y el

absurdo de lo que se le opone. Mientras que el hombre tópico, con su gran reserva de argumentos prestados y recolectados, se encontrará a menudo que se contradice a sí mismo; ya que estando los argumentos de distintos hombres con frecuencia basados en conceptos diferentes, y deducidos de principios contrarios, aunque puedan ser todos dirigidos al apoyo o confutación de una misma opinión, no obstante chocan a menudo realmente unos con otros.

3. Otra cosa de gran utilidad para la clara percepción de la verdad es, si tenemos el suficiente ánimo para ello, pensar en las cosas abstraídas y separadas de las palabras. Sin duda las palabras son el gran y casi único modo de transmisión de los pensamientos de un hombre al entendimiento de otro; pero cuando un hombre piensa, razona y habla consigo mismo, no veo qué necesidad tiene de ellas. Estoy seguro de que es mejor dejarlas de lado y tener una conversación inmediata con las Ideas de las cosas [3]. Porque las palabras son por su propia naturaleza tan dudosas y oscuras, y su significado tan incierto e indeterminado para la mayor parte, lo que los hombres han incrementado incluso deliberadamente con su empleo, que, si en nuestras meditaciones se ocupan nuestros pensamientos con las palabras y se aferran a los nombres de las cosas, esto facilita que se vean engañados o confundidos. A primera vista quizá esto parezca una sutileza inútil, y en la práctica tal vez se encuentre que es más difícil de lo que uno imaginaría; pero sin embargo, mientras no se demuestre lo contrario, me atrevo a decir que la experiencia de cualquiera le dirá que valía la pena esforzarse en ello. Quien desea recordar al amigo ausente, o preservar su memoria, lo hace mejor y más efectivamente reviviendo en su mente la Idea de él y contemplándola; y no es sino un modo débil e imperfecto de pensar en el amigo de uno recordar simplemente su nombre y pensar en el sonido por el que suele ser llamado.

4. En la búsqueda del conocimiento es de gran utilidad no confiar ni desconfiar demasiado de nuestro propio juicio, ni creer que podemos comprenderlo todo o que no podemos comprender nada. El que desconfía en todo de su propio juicio y cree que su entendimiento no es de fiar en la búsqueda de la verdad, corta sus propias piernas, de modo que debe ser llevado arriba y abajo por los otros, y se coloca en una dependencia ridícula del conocimiento de los demás, que posiblemente no sea de ninguna utilidad pa-

[3] Véase el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, III.

ra él; porque no se puede conocer por el entendimiento de otro hombre más de lo que se puede ver por sus ojos. Conocemos, poseemos la verdad, estamos en lo correcto tanto como realmente conocemos por nosotros mismos; lo que los demás hombres tienen es su posesión; no nos pertenece ni puede sernos comunicado sino haciéndonos igualmente conocedores. Es un tesoro que no puede ser prestado ni traspasado. Por el contrario, quien piensa que su entendimiento es capaz de todas las cosas vuela con las alas de su propia fantasía, aunque en realidad la naturaleza jamás le haya concedido ningunas, y así, aventurándose en el vasto *expansum* de verdades incomprensibles, se limita a hacer buena la fábula de Icaro y cae a los abismos.

Existimos aquí en el estado de mediocridad, criaturas infinitas, provistas de fuerzas y facultades muy apropiadas para algunos propósitos, pero muy desproporcionadas para la vasta e ilimitada extensión de las cosas.

5. Sería por tanto de gran servicio para nosotros saber hasta dónde pueden alcanzar nuestras facultades, de modo que no vayamos a sondear allá donde nuestra cuerda es demasiado corta, para saber qué cosas son los objetos propios de nuestras investigaciones y nuestro entendimiento y cuando deberíamos parar y no lanzarnos más lejos por miedo de perdernos a nosotros mismos o a nuestro trabajo. Quizá sea ésta una investigación tan difícil como cualquiera de las que encontraremos en nuestro camino hacia el conocimiento, adecuada para ser resuelta por un hombre cuando haya llegado al final de sus estudios, y no para ser propuesta a quien los empieza; pues determinar qué es cognoscible y qué no, es propiamente el resultado que puede esperarse después de una larga y diligente investigación, y no una cuestión a resolver mediante adivinanzas por alguien que apenas se ha familiarizado todavía con las verdades obvias. Por consiguiente suspenderé aquí las ideas que he tenido sobre esta materia, que deberían ser consideradas con madurez. [Memorándum: que las cosas infinitas son demasiado amplias para nuestra capacidad; no podemos tener ningún conocimiento comprehensivo de ellas, y nuestros pensamientos, se extravían y confunden cuando se entrometen con demasiada curiosidad en ellas. También las esencias de los seres sustanciales son incomprensibles para nosotros. Creo que la manera en que en esta gran máquina del mundo la naturaleza produce los distintos fenómenos, y continúa la especie de las cosas en una generación sucesiva, queda también más allá del alcance de nuestro entendimiento. Lo que me parece adecuado

para los fines del hombre, y que queda al nivel de su entendimiento, es el perfeccionamiento de los experimentos naturales para las conveniencias de esta vida, y el modo de gobernarse a sí mismo para alcanzar la felicidad en el otro, es decir, la filosofía moral, que en el sentido que yo le doy comprende también la religión, o el conjunto de deberes de un hombre; *vide,* sin embargo, esto en otro lugar [4]}.

6. Para abreviar nuestros esfuerzos, para guardarnos de la duda incurable, la perplejidad de la mente y la búsqueda interminable tras la necesaria mayor certeza, sería muy conveniente, en los diversos puntos que deben ser conocidos y estudiados, considerar de qué pruebas es susceptible el asunto tratado y no esperar otro género de evidencia que el que soporte la naturaleza de la cosa. Donde existan todas las pruebas de las que tal materia es susceptible, deberemos asentir y aceptarla como una verdad establecida y demostrada; pues para aquello que posee toda la evidencia que puede poseer, toda la que le corresponde en el estado y el orden de cosas normales, y aún suponiendo esto que es tan cierto como nada lo fue jamás, es posible que ya no se pueda inventar ni imaginar cómo tener mejores pruebas que las que se tienen sin un milagro. Lo que quiera que sea así, aunque pueda haber algunas dudas o alguna oscuridad, es sin embargo lo bastante claro para determinar nuestros pensamientos y asegurar nuestro asentimiento. El deseo de esta precaución, temo, ha sido la causa por la que algunos hombres se hayan vuelto escépticos en cuestiones de gran importancia, aunque tuvieran todas las pruebas que, considerando la naturaleza y las circunstancias de las cosas, podrían exigir cualquier hombre racional o la imaginación más cautelosa.

7. Una gran ayuda para la memoria y un medio de evitar la confusión en nuestros pensamientos es diseñar con frecuencia ante nosotros un esquema de aquellas ciencias que empleemos en nuestros estudios, en un mapa, como si dijéramos del *mundus intelligibilis.* Quizá esto lo haga mejor cada cual para su propio uso, de forma más acorde con sus propios conceptos; aunque, cuando más se aproxime a la naturaleza y el orden de las cosas, mejor todavía será. En cualquier caso, no sería decente por mi parte creer adecuado mi esquema ordinario para reglamentar con él los pensamientso de otro, especialmente cuando es posible que nuestros estudios

[4] Los corcheres son de Locke.

sigan diferentes caminos; sin embargo no puedo dejar de confesar que he recibido este beneficio de él, que aunque a menudo haya cambiado la materia que estaba estudiando, haya leído libros a retazos según caían accidentalmente en mi camino, y no haya observado ningún método ni orden en mis estudios, no obstante he evitado la confusión en mis pensamientos haciendo aquí y allá alguna pequeña reflexión sobre el orden de las cosas tal como son —o al menos tal como yo he imaginado que eran en sí mismas—, sirviendo el esquema que había hecho como una cómoda regular en la que almacenar ordenadamente y en su lugar adecuado esas cosas que me venían a las manos confusamente y sin ningún método en absoluto.

8. No será ningún estorbo en absoluto para nuestros estudios si de vez en cuando nos estudiamos a nosotros mismos, es decir, nuestras aptitudes y defectos. En las mentes de casi todos los hombres existen dones peculiares y capacidades naturales, así como defectos y debilidades. Cuando las hayamos considerado y nos hayamos familiarizado con ellas, no solamente estaremos mejor capacitados para encontrar remedio a las debilidades, sino que sabremos mejor cómo dedicarnos a aquellas cosas para las cuales estamos mejor dotados, y aplicarnos así en el curso de nuestros estudios, de modo que seamos capaces de obtener el máximo provecho. Aquél que tiene un mazo [5] y cuñas en su mano puede concluir fácilmente que está llamado a romper piezas difíciles, y un nivel y herramientas de esculpir apuntan hacia estatuas hermosas.

Resulta demasiado obvio para ser mencionado el leer solamente a los mejores autores en las materias de que nos informemos. La lectura de malos libros no es sólo una pérdida de tiempo y de calma, sino un retroceso que nos aparta mucho de nuestro camino. El que tiene su cabeza llena de conceptos erróneos está mucho más lejos de la verdad que el que es perfectamente ignorante. Solamente diré esto en relación a los libros: que aunque así se diga, sin embargo la conversación con los libros no es en mi opinión el aspecto fundamental del estudio. Hay otros dos que deberían unírsele, cada uno de los cuales contribuye en lo que le corresponde a nuestro perfeccionamiento en el conocimiento: son la meditación y la plática. La lectura, pienso, no es otra cosa que el almacenamiento de

[5] *Bitle*, modernizado *bittle* o *beetle*: mazo de cabeza pesada que se emplea para romper piedras o clavar uñas.

los materiales en bruto, una gran parte de los cuales debe ser dejada a un lado como inútil. La meditación es, como si dijéramos, la elección y adecuación de las piedras, el moldeado de la madera, la colocación y alineación de las piedras y la erección del edificio. Y la plática con un amigo (pues reñir disputas es poco útil) es, como si dijéramos, explorar la estructura, andar por las habitaciones, observar la simetría y la conjunción de las partes, prestar atención a la solidez y a los defectos de la obra, y el mejor método de detectar y corregir lo que va mal. Además, a menudo también sirve para descubrir las verdades y establecerlas en nuestras mentes tanto como cualquiera de las otras dos.

Ha llegado el momento de poner fin a este largo discurso demasiado amplio. Solamente añadiré una palabra antes de concluir; y es que, si bien al principio separé la historia de nuestro estudio como una parte inútil, como lo es realmente cuando se lee sólo como se oye un cuento, ahora, por el contrario, la recomiendo, a quien haya establecido bien en su mente los principios de la moralidad y sepa cómo juzgar las acciones de los hombres, como uno de los estudios más útiles a que pueda dedicarse. En ella verá un retrato del mundo y de la naturaleza de la humanidad, y aprenderá por tanto a pensar en los hombres tal como son. En ella verá el surgimiento de las opiniones y encontrará en qué pobres y a veces vergonzosas ocasiones han surgido algunas que, sin embargo, después han tenido gran autoridad y han pasado casi por sagradas en el mundo, amenazando a todas las que se ponen ante ellas. También se pueden encontrar en ella grandes y útiles enseñanzas de prudencia, y ser advertido contra las trampas y picardías del mundo, y muchas más ventajas que no voy a enumerar aquí.

Y esto es todo en relación al estudio. J.L.

ÍNDICE

CRONOLOGÍA 5
PRÓLOGO 9
DEDICATORIA DEL AUTOR 25

PENSAMIENTOS ACERCA DE LA EDUCACIÓN 29
ALGUNOS PENSAMIENTOS CONCERNIENTES A LA EDUCACIÓN 31
SECCIÓN I. §§ 3-30 35
Sobre la salud.—35. *Natación.*—41. *Aire.*—42. *Los hábitos.*—43. *Los vestidos.*—44. *El alimento.*—46. *Comidas.*—50. *Bebidas.*—52. *Frutas.*—54. *Sueño.*—55. *Estreñimiento.*—59. *De la Medicina.*—62.
SECCIÓN II. §§ 31-42 65
El espíritu.—65. *Los caprichos.*—71.
SECCIÓN III. §§ 43-51 75
Los castigos.—75.
SECCIÓN IV. §§ 52-63 79
De las recompensas.—79.
SECCIÓN V. §§ 64-66 87
Sobre las reglas.—87. *De los hábitos.*—89.
SECCIÓN VI. §§ 67-70 93
Sobre la Conducta.—93. *Las maneras.*—93. *El Baile.*—93. *Las compañías.*—95.
SECCIÓN VII. §§ 70-71 97
Sobre las ventajas de una educación doméstica.—97. *El ejemplo.*—103.
SECCIÓN VIII. §§ 72-87 105
Las recompensas y los castigos (resumen).—105. *De la violencia.*—108. *De las reprensiones.*—109. *La obstinación.*—110. *Razonamientos.*—115. *Los ejemplos.*—116. *El látigo.*—116.
SECCIÓN IX. §§ 88-94 121

Cualidades necesarias de un preceptor.—121.
SECCIÓN X. §§ 95-99 135
Sobre la familiaridad de los padres con sus hijos.—135. *Del respeto.*—138.
SECCIÓN XI. §§ 100-102 142
Sobre los diferentes temperamentos del niño.—141.
SECCIÓN XII. §§ 103-110 143
Sobre la voluntad de los niños.—143.
SECCIÓN XIII. §§ 111-114 153
De los gritos y el llanto de los niños.—153.
SECCIÓN XIV. §§ 115 157
Del temor y del valor de los niños.—157. *Fortaleza.*—158. *Cobardía.*—159. *Endurecimiento.*—162.
SECCIÓN XV. §§ 116-117 165
Sobre la disposición a la crueldad de los niños.—165.
SECCIÓN XVI. §§ 118-122 169
La curiosidad de los niños.—169.
SECCIÓN XVII. §§ 123-127 173
De la holgazanería.—173.
SECCIÓN XVIII. §§ 128-129 177
Sobre si se debe violentar a los niños.—177.
SECCIÓN XIX. § 130 181
De los juguetes.—181.
SECCIÓN XX. §§ 131-133 185
Sobre la mentira en los niños.—185.
SECCIÓN XXI. §§ 134-139 189
Sobre la creencia en Dios como fundamento y virtud.—189. *De los espíritus y los fantasmas.*—190. *Veracidad y bondad.*—192.
SECCIÓN XXII. § 140 195
De la Prudencia.—195.
SECCIÓN XXIII. §§ 141-146 197
Sobre las buenas maneras.—197.
SECCIÓN XXIV. §§ 147-195 207
De la instrucción.—207. *La lectura.*—208. *La escritura.*—215. *Del dibujo.*—216. *De la estenografía.*—217; *De las lenguas extranjeras.*—218. *El latín.*—218. *Las disertaciones.*—230. *Los versos.*—232. *¿Es preciso aprender de memoria?*—233. *La geografía.*—237. *La aritmética y la astronomía.*—238. *La geometría.*—239. *La cronología.*—240. *La historia.*—241. *La ley civil.*—242. *La ley.*—242. *La retórica y la lógica.*—242. *El estilo.*—245. *La filosofía natural.*—248. *El griego.*—253.
SECCIÓN XXV. §§ 196-209 259
Complementos.—259. *El baile.*—259. *La música.*—259. *La esgrima.*—260. *La equitación.*—260. *Es preciso aprender un oficio.*—262. *Los recreos.*—264.

SECCIÓN XXVI. §§ 210-211 269
La teneduría de libros.—269.
SECCIÓN XXVII. §§ 212-214 271
De los viajes.—271.
CONCLUSIÓN 275
SOBRE EL EMPLEO DEL ENTENDIMIENTO 277
BORRADOR DE UNA CARTA DE LOCKE A LA CONDESA DE PETERBOROUGH (1697) 351
ALGUNAS IDEAS ACERCA DE LA LECTURA Y EL ESTUDIO PARA UN CABALLERO (1703) 355
DEL ESTUDIO (1677) 363

Locke

Pensamientos sobre la educación

«Creo poder asegurar que de cien personas hay noventa que son lo que son, buenas o malas, útiles o inútiles a la sociedad, debido a la educación que han recibido. Es de ahí de donde viene la gran diferencia entre los hombres». En dicha creencia basa Locke sus concepciones educativas, preponderantes en las sociedades liberales europeas que se van conformando con el ascenso y predominio de las clases burguesas. Frente al viejo ideal de la educación renacentista —humanista pero aristocratizante— el utilitarismo del filósofo inglés iba a influir poderosamente en la reforma de la enseñanza —reducción de los castigos, atención a la naturaleza particular del niño, reivindicación de la importancia de las lenguas,...— y en definitiva en la educación y formación específica del *gentleman*.

ISBN: 84-7600-095-2